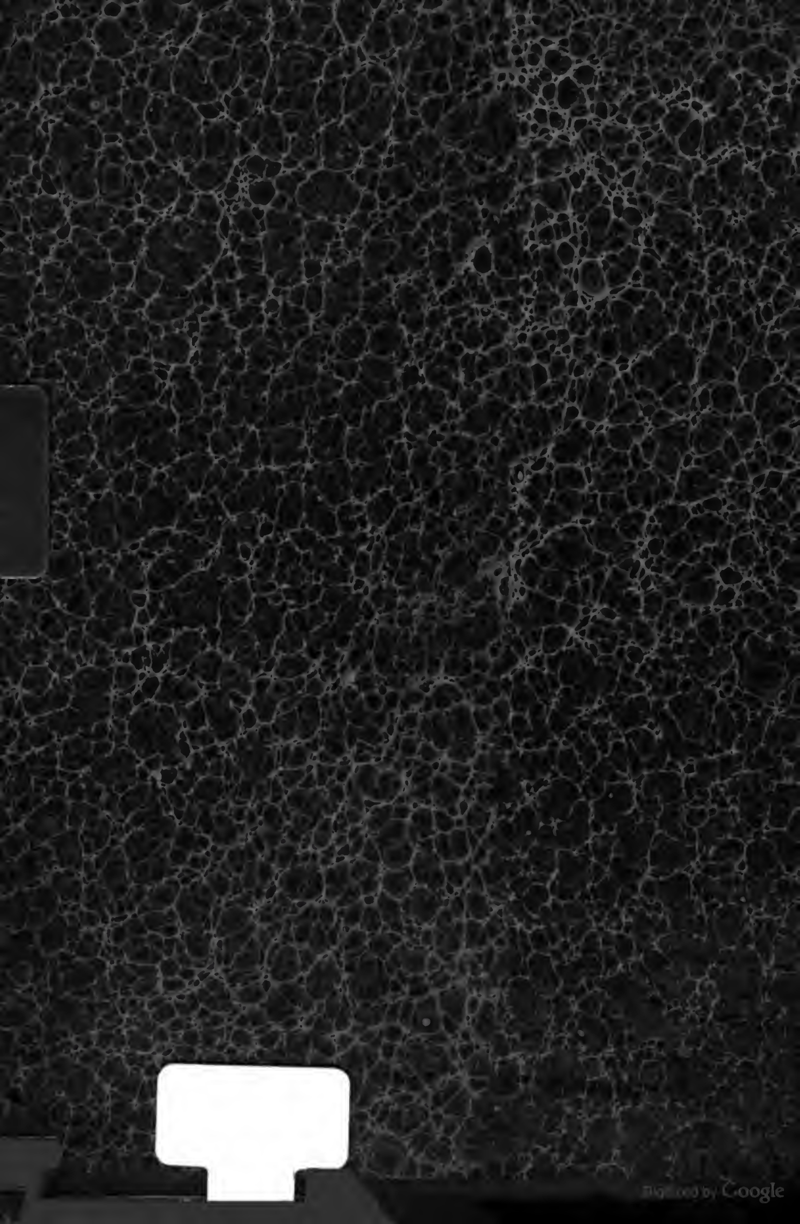
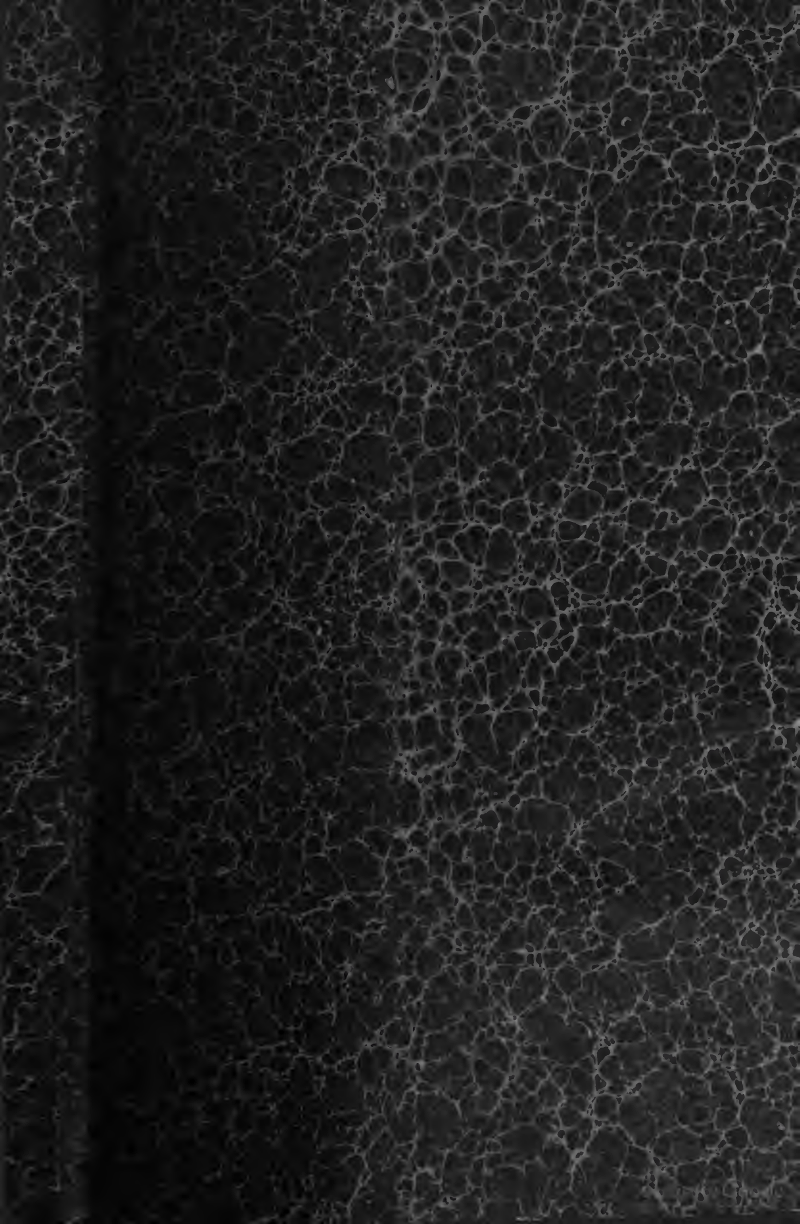

Anales de España, por Ortiz de la Vega
Fernando Patxot y Ferrer





ANALES

DE

ESPAÑA

DESDE SUS ORÍGENES HASTA EL TIEMPO PRESENTE,

POR ORTIZ DE LA VEGA.

TOMO VII.

MADRID,
LIBRERÍAS DE D. JOSÉ CUESTA,
Y DE D. A. SAN MARTIN,
Y EN LA DE LA PUBLICIDAD, PASAJE MATEU.

BARCELONA,
IMPRENTA DE CERVANTES,
CALLE DE FERNANDO,
NÚMERO 2, ESQUINA Á LA RAMBLA.

1858.

BARCELONA: Imp. de CERVANTES, á cargo de Alejo Sierra, Aurora, 12.—1858.





RUINAS DE UN PUENTE ÁRABE SOBRE EL DARRO

PRÓLOGO.

Estas líneas van encaminadas únicamente á dar las gracias á los que por escrito nos tienen manifestado el gusto con que acogieron la idea de ver trazada la historia de nuestra patria, nó con colores locales, sino desde el punto de vista ibérico. Era verdaderamente deplorable la manía de querer ver entre nosotros una tribu conquistadora y unas tribus conquistadas, y no tener valor para despojarse de toda idea infecunda y mezquina al escribir los anales de un pueblo que los tiene tan llenos de acciones generosas. Ha bastado anunciar aquella verdad para que al momento se pusiesen á nuestro lado todos cuantos desean borrar de la historia las pequeñeces. Aquel defecto tan general revelaba en nuestra sociedad unas ideas erróneas difundidas con mala voluntad ó intento dañado. Querer borrar de una plumada los reyes de Aragon y de Navarra; callar las glorias de las dos terceras partes de la nacion para hablar solamente de la restante; negar historia propia á la Lusitania, á la Vasconia, á los suesetanos, bastetanos y lucenses; no ver otra nacionalidad que en la Carpetania ó en los Vacceos; hacerlo confluir todo á esta idea dando tormento á las crónicas, ofuscando claridades y prestando cuerpo á fantasmas; cerrar en fin los ojos á toda luz, y á toda grandeza del alma patria para encerrarse dentro de un provincialismo que, no por cortesano, deja de ser menos engendrador de miserias: eran cosas tan naturales que ha habido escritor que no se dirá sino que ignoraba que en España hubiese habido otros reyes fuera de los de Leon y Castilla. Por mas esfuerzos que uno haga no puede concebir semejante proceder ni darle apariencias de cosa sensata ni atinada siquiera. Lo pasado es imborrable. Aunque supusiésemos que un potentado tuviese poder bastante para alterar los anales, introducir mala yerba en los archivos, suponer escrituras, y pagar inciensos, no conseguiria el objeto de sembrar engaños. Cada historia se roza con alguna otra; y unas con otras compara-

das se aclaran , corrigen ó corroboran ; y tarde ó temprano las apariencias se desvanecen y las realidades se abren paso. La única cosa que perdemos es el tiempo, decia un antiguo lírico, lo demás se atesora en las memorias. Cierto es que todos nacemos con nuestros defectos ; cierto es asimismo que la naturaleza y los hábitos introducen en cada uno de nosotros algunas manchas y lunares; cierto es tambien que seria agradable llevar nuestra condescendencia hasta el punto de hacernos ilusion y no ver mas que bellezas y atractivos en todas partes: pero en punto á historia es imposible dar á la parcialidad un nombre honrado. En otras ciencias ó artes aquel será mas sabio ó ilustre que tenga menos defectos. La indulgencia tiene allí cabida y debe tenerla; se pesan las buenas y las malas cualidades, y se otorgan á los demás los mismos miramientos que para nosotros deseamos. En la misma historia, tratándose de defectos secundarios, seria dureza, inflexibilidad, é injusticia querer convertirlos en crímenes: pero desde el momento que falta en ella la imparcialidad, todo lo bueno falta. La historia es entonces el caos. Se concibe que los paganos tuviesen ideas erróneas respecto á ella, y no viesen en los anales de la humanidad otra cosa que seres salidos de la tierra, arrastrando primero, armándose luego, desatando sus frenillos la ira, y siendo privilegiado entre ellos y honrado con himnos el mas fiero: pero entre cristianos, cuando es sabido que el hombre no nació bruto sino noble, y no subió por la civilizacion á la dignidad, sino que por la soberbia descendió á la villania, no se explican aquellos extravios. Pero es un consuelo el saber que, conocido el mal, se presenten para extirparle los que están poseidos de buenos sentimientos, y animen á los que han consagrado sus estudios al mismo objeto.

ANALES
DE
ESPAÑA.

CONTINUACION DEL LIBRO SÉPTIMO.

LA RECONQUISTA.

CAPITULO VIII.—Los árabes en España: Mohamed V, Ismael II el usurpador, Abu-Said, Mohamed V restablecido, Jucef II, y Mohamed VI; fin del reinado de Pedro el IV, Juan I el Cazador, y Martin I el Humano en Aragon, Valencia y Cataluña. Carlos II, el Malo y Carlos III el Noble en Navarra. Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III en Leon y Castilla. Pedro I, Fernando I, Juan I y Eduardo en Portugal.

DE 1351 A 1400.

§ I. MEMORIAS DE LOS ARABES.

Por muerte de su padre habia subido al trono de Granada Mohamed V por los años de 1354. Apenas llegaba á los veinte de su edad, é inspiraba lisonjeras esperanzas por su moderacion y dulzura. Los cortesanos decian de él que solo le faltaba, para poder reinar, el tener algunas condescendencias con los que le rodeaban, ó bien astucia para prevenir sus tramas y vigor para destruirlas. Un hermano suyo, por nombre Ismael, su cuñado Abu-Abdala, y un deudo, denominado Abu-Said, fueron sus mortales enemigos. Viéndole mas entregado á fiestas y torneos que al consejo y á las armas, les pareció que no seria difícil cosa arrojarle del tro-

no. La ambicion era la fiebre que devoraba desde remotos tiempos á los árabes españoles. Cualquiera gobernador estaba persuadido de que ya tenia derecho para alzarse con el solio. No bien Mohamed habia subido al trono, ya el jefe que mandaba en Gibraltar quiso trocar por una corona su gobierno y se alzó por rey de aquella plaza. La empresa le salió fallida; pues, aunque por el pronto tomó aquel título, se entregó á tales excesos de soberbia y tiranía que sus mismos súbditos le destronaron, y le enviaron á Ceuta en donde murió con un hijo suyo entre tormentos. Este ejemplo no disipó las ilusiones de Ismael. Llevó adelante una conjuracion contra su hermano, y en 1359 le derribó del trono. Para ello echó mano de una sedicion popular, y sembró de estragos la bella Granada. Siguióse á estas alteraciones una guerra civil sangrienta. Mohamed buscó un asilo en Guadix, pasó despues al Africa, imploró auxilios del rey de Marruecos y del de Castilla, allegó una hueste numerosa, y hubiera acaso recobrado el cetro á no haber tenido que abandonarle á toda prisa los africanos, con la noticia de que en Fez un hermano habia tambien destronado á otro hermano. Retiróse entonces á la ciudad de Ronda que se conservaba fiel bajo sus banderas. Poco tardó Alá en vengarle, dice un analista árabe. Abu-Said habia sido el instrumento de la elevacion de Ismael II, y él mismo fué la palanca que derribó su usurpacion y castigó su desagradecimiento. Una alteracion popular casi igual á la que Ismael habia provocado contra Mohamed, sirvió á Abu-Said contra Ismael. Las calles de Granada fueron otra vez regadas con sangre. Ismael y un hermano suyo murieron en ellas degollados, sus cabezas fueron cortadas y las pasearon en picas, y sus cuerpos descuartizados dieron pasto á las aves de rapiña. Abu-Said,

para afirmarse en el poder, tuvo que premiar á muchos traidores. Solo reinó dos años, y fué víctima, dicen los árabes, de una perfidia que casi hizo olvidar las suyas. Mohamed se habia aliado con el rey de Castilla, y juntos talaban las tierras del de Granada, entregándolas á la devastacion y al saqueo. Viendo Mahomed que haciendo esto perdia la estimacion de sus antiguos vasallos, se retiró diciendo que preferia perder su reino á destruirle. Parecióle á Abu-Said que era esta ocasion oportuna para enemistar á Mohamed y al castellano; y como tuviese en su campo prisioneros cristianos de nota, los devolvió á su príncipe sin rescate, y él mismo, llevando consigo ricos presentes en oro, plata y piedras preciosas, pasó á Sevilla para prestar homenaje al rey de los infieles. Este le habia dado salvo conducto, dicen los árabes; y cumplió con él, prendiéndole, arrebatándole sus riquezas, y quitándole la vida en 1362. Mohamed V el destronado, á quien acababan ya de proclamar nuevamente en Málaga, no perdió el tiempo en esta coyuntura, y poniendo en juego todas sus relaciones y poder, se trasladó á Granada, fué recibido en ella como rey, y mostró su agradecimiento con grandes regalos al cristiano que le habia devuelto el cetro. Ya Mohamed se puso mas sobre sí para prevenir alteraciones y sofocarlas con vigor. Dos años estuvo batallando con los propios hasta 1364 en que triunfó de todos sus enemigos interiores; despues estuvo cinco años sirviendo á los cristianos como auxiliar en sus guerras y empresas.

En 1370, cuando el rey de Castilla habia ya sido destronado y muerto por su propio hermano, Mohamed V se declaró contra este, y entró por sorpresa en la plaza de Algeciras, y no pudiendo conservarla la desmanteló y la entregó á las llamas. Á esta empresa siguió un largo período

de paz, fecundo en resultados para los moros. La ciudad de Granada fué hermoseada con bellos monumentos públicos, y se veian en ella viajeros de todas las naciones de la tierra que iban á disfrutar de una hospitalidad generosa. Aquella capital, dice el árabe Lizan-Eddin, era la especie de punto de reunion de los africanos y de los europeos. Las treguas con el castellano fueron prorogadas poco antes de la muerte del nuevo rey de Castilla; y como el granadino acababa de enviar al infiel, entre varias preseas, unos preciosos borceguíes, corrió la voz de que en estos habia sido derramado un sutil veneno; pero ninguno de cuantos conocian á fondo á Mohamed V, añade aquel autor árabe, le creyó capaz de semejante alevosía. Y los que conocian al castellano, y sabian que, cansado de lides, se sentia dispuesto á vivir en buena paz con todos, creyeron que por parte de los granadinos hubiera sido una locura quitarle de en medio. Mohamed habia aprendido en la escuela del infortunio á no apelar jamás al crímen. Cuando recobró el trono mostróse generoso con los cristianos, dando libertad á cuantos cautivos se hallaban en su reino. Fundó establecimientos de beneficencia, hospicios y hospitales, y los dotó llamando sobre sí las bendiciones de muchos. Aconsejaba á todos cuantos ejercen poder que tratasen con comedimiento á los que se les acercasen, pues temia que acaso alguna respuesta suya dura ó mal meditaba hubiese al principio de su primer reinado dispertado enojos que despues se convirtieron en motines. Murió en 1391 y le sucedió su hijo Jucef II. Lo primero que hizo el nuevo rey fué enviar presentes al castellano para mantener su buena correspondencia con él y prolongar las treguas. Deseaba vivir con todos sus vecinos en buena paz y armonía, y halló la guerra en sus propios hijos. Cua-

tro tenia, Jucef, Mohamed, Alí y Ahmed. El segundo odiaba al primero y deseaba arrebatarle la sucesion al trono; y como viese que el padre era tambien un obstáculo á su ambicion, pensó asimismo en usurparle la corona. Una nueva sublevacion popular recordó á Granada los primeros años del reinado de Mohamed V. Amotinada la plebe pedia la deposicion del príncipe reinante echándole en cara sus tratos con los infieles. El embajador del rey de Marruecos salvó á Jucef II. Arengó al pueblo; le manifestó que desde la entrada de Taric y Muza en España la guerra civil habia sido el mas fatal enemigo del islamismo, pues lo que por una parte ganaban con las armas, por otra lo perdian con sus míseras reyertas intestinas; y supo enardecerle con vivas imágenes hasta conseguir que se limitase á pedir la guerra contra los cristianos. Jucef no pudo conservar el cetro sino acaudillando á los mas revoltosos y llevándolos contra los infieles de Murcia y Lorca. La algara fué terrible. Muchas familias que vivian en la seguridad de la tregua hallaron en esta confianza su ruína. Y cuando los amotinados se hubieron cebado en el botin, la paz volvió á reanudarse como por via de juego. Los fronteros de los infieles probaron á vengar cabalgada por algara, y de repente, sin otro aviso que el relincho de los caballos, rompieron por las tierras de Ejea y las pasaron á saco y á cuchillo. Esta empresa no fué tan afortunada como la anterior, pues fué necesario que los infieles por defender su presa viniesen á término de batalla, y en ella quedaron vencidos. Estas arremetidas de los fronterizos eran expansiones toleradas á veces para evitar otros males. Dicen los árabes que las treguas se renovaron, dadas y recibidas algunas excusas, y que Jucef II á lo que parece murió por los años de 1396;

de sus achaques segun unos, emponzoñado segun otros, por el rey de Marruecos que le envió entre otros presentes una túnica inficionada Debia subir al trono su hijo Jucef, pero Mohamed le ganó en actividad y en astucia, se hizo proclamar, encarceló á su hermano, procuró conservar buenas relaciones con los africanos, y pasó secretamente á la corte del castellano, titulándose embajador de sí mismo, para renovar los tratos y alianzas anteriores. Los árabes le llaman Mohamed VI. Aunque quiso, no pudo tener paz con los cristianos. Ni los fronteros lo consentian, sabiendo que no muy lejos podian aglomerar á poca costa una buena presa, ni los pueblos interiores podian vivir sin entregarse á turbaciones dado que no los ocupase la guerra. Esta vez dieron comienzo á las hostilidades los fronteros cristianos, y la guerra duró algun tiempo con varias alternativas. Á ella puso término otra tregua en ocasion en que Mohamed VI cayó enfermo de peligro. Deseaba asegurar en un hijo suyo la sucesion al trono, y para conseguirlo, poco antes de cerrar los ojos, envió órden de que matasen á su hermano Jucef á quien tenia guardado en una prision de Jalubania. Cuando el alcaide recibió la órden estaba jugando al ajedrez con su prisionero. Acabemos la partida, dijo este, y la remataré perdiendo. Y continuaron su juego, el alcaide temblando, Jucef con la mayor sangre fria. Á los pocos momentos les llegó otro mensaje, anunciando la muerte de Mohamed VI y la proclamacion de Jucef. Algunos instantes de calma le habian valido un trono.

§. II.—ARAGON, VALENCIA Y CATALUÑA.

Recobradas las Baleares y el condado del Rosellon, y sosegadas las alteraciones públicas en Aragon y Valencia, Pe-

dro IV habia tomado con empeño la guerra contra Génova. Los venecianos, enemigos de esta república, le ayudaron con parte de su armada, lo mismo que los griegos; y en su conjunto formaron estos tres aliados una escuadra compuesta de sesenta y ocho galeras, las nueve de griegos, treinta y cuatro de venecianos, y veinte y cinco de catalanes. Esta armada no tuvo fortuna en las aguas de Constantinopla, en donde se le opuso otra gruesa de sesenta y cinco galeras, y esta triunfó. Ya fué necesario sostener la guerra por punto de honra. Pedro IV hizo desafiar solemnemente al dux de Génova, echándole en cara las acometidas, agresiones é injusticias de que en plena paz se habia hecho reo, y el favor que habia dado en todos tiempos á los Oria en la isla de Cerdeña. En vano el papa y el emperador de Alemania enviaron mensajes al aragonés pidiéndole que transigiese sus diferencias con Génova. Pedro IV ponia tales condiciones á su desistimiento, que, ni él esperaba conseguirlas ni el genovés podia aceptarlas. En Peñíscola el dia 4 de noviembre de 1352, tuvo consejo el rey don Pedro IV y determinó llevar adelante la guerra con todo el vigor posible. En tales ocasiones, antes, las córtes eran una necesidad para obtener recursos. En Valencia los obtuvo el rey sin acudir á ellas. En Cataluña, donde aun era conveniente conservar las formas, convocó parlamento de los procuradores y síndicos de las poblaciones, y por el mes de marzo de 1353 pidió ayuda y subsidios para ir contra los genoveses. Esta guerra era popular en el Principado. Génova era el enemigo que con mas ahinco ponia rémoras al predominio marítimo de los catalanes. Aquellas cortes lo pensaron tres dias antes de dar respuesta; y tomado acuerdo manifestaron al rey que estaban dispuestas á servirle y á ofrecerle los impuestos de tres

años, con tal que diese el mando de la escuadra á don Bernardo de Cabrera. Esta condicion, impuesta á un monarca que no admitia condiciones, revela en las costumbres de los catalanes de aquel tiempo una espontaneidad y franqueza y una dignidad que merecen ser estudiadas. Las córtes estaban reunidas en la sala capitular del convento de padres franciscos de Villafranca del Panadés, porque á la sazon las órdenes religiosas eran una especie de intermediarios que ponian en contacto á los súbditos con los potentados, y escudaban á aquellos contra las soberbias de los ricos-hombres. Concíbese, sin esfuerzo, que no faltaria quien durante los tres dias de acuerdo instase al monarca á que accediese á los deseos de los catalanes que ponian en sus manos su fortuna, pero que miraban por su honra marítima, aspirando á que sus señeras fuesen confiadas á un varon probado. El rey entregó el mando al elegido de las córtes, aunque jamás pudo olvidar que Cabrera poseia en grado harto eminente la confianza pública. Constó esta vez la armada catalana de cuarenta y cinco galeras, cuatro grandes leños y cinco naves armadas, en todo cincuenta y cuatro velas, que de las playas de Valencia pasaron á Mahon, y desde este puerto hicieron rumbo hácia Cerdeña el dia 18 de agosto de 1353. En Caller las esperaba un refuerzo de veinte galeras venecianas. Bernardo de Cabrera con los catalanes iba decidido á vengar la rota sufrida en el mar de Mármara; y así cuando supo que la escuadra genovesa, compuesta de cincuenta galeras y cinco leños, tomaba la vuelta de Alguer, hizo rumbo hácia ella, aunque tenia contrario el viento, y la acometió con brío. Dos horas duró la batalla, y desde luego se echó de ver que los genoveses iban en derrota. Cinco galeras suyas fueron echadas á pique,

treinta y tres fueron apresadas, diez y siete buscaron su salvacion en la fuga. Ocho mil genoveses murieron á hierro ó agua en esta jornada, y tres mil doscientos prisioneros cayeron en poder de los catalanes y venecianos. La victoria era completa, y el predominio de la mar estaba recobrado. Bernardo de Cabrera manifestaba deseos de apresurarse á diseminar sus fuerzas por la isla. Un genovés, prisionero suyo, se le acercó y le dijo: «no te dé cuidado la tierra, mientras seas señor del agua.» Y en efecto la poblacion de Alguer y otras entraron desde luego en tratos y abrieron sus puertas al vencedor, obtenida la confirmacion de sus franquicias públicas. Hallábase en Valencia Pedro IV cuando le llegó la nueva de este triunfo. Al momento se trasladó á la Seo, dice el mismo en su Cronica, y allí el obispo y el clero cantaron la Salve Regina y otras preces y bendiciones en accion de gracias. Completa hubiera sido aquella jornada, y fecunda en resultados, si Bernardo de Cabrera hubiese sabido desprenderse de toda inspiracion debida al orgullo. Poniendo en olvido que el juez de Arborea tenia mucho derecho á la gratitud de los aragoneses y catalanes, le trató con desapego y provocó una sublevacion poco menos que general en la isla. Ya fué necesario batallar en ella. En el primer encuentro, Cabrera arrolló á sus enemigos y les mató mil quinientos hombres, pero conoció que no era lo mismo hacer la guerra á un estado ó lidiar con un pueblo enardecido.

Cuando su armada se disolvió, volviendo unas galeras á Cataluña y otras á Mallorca y Valencia, y Bernardo de Cabrera presentó á Pedro IV los despojos ganados á Génova, ya era necesario armar nueva expedicion para ir contra los sardos. Por el mes de setiembre de 1353 combinó el rey

su nueva jornada para ir en persona á castigar al juez de Arborea. Muchos caballeros valencianos tomaron parte en esta empresa, aunque algunos habian vuelto enfermos; muy pocos se excusaron de volver á aquella isla: Pedro Boyl fué de los que mas se distinguieron mereciendo que aquel príncipe le llamase el CABALLERO SIN MIEDO. En Barcelona la nueva empresa fué no menos popular que la pasada. El dia 1 de enero de 1354 el rey arengó al pueblo desde un catafalco levantado en la plaza de Santa María del Mar, hácia la parte del cementerio mayor. Habia comisionados encargados de recibir las cantidades ofrecidas para contribuir á la expedicion, y otros á quienes estaba confiado el alistamiento de gente y la construccion de las galeras y pertrechos. Con la noticia de que se hacian tales preparativos, el juez de Arborea escribió diciendo que volveria á la obediencia y haria volver á ella á los rebeldes si se ponia en olvido lo pasado; pero esta condicion no fué admitida por el pronto. Pedro IV nombró procurador general de Aragon, Valencia, Cataluña y Rosellon al infante don Pedro, su tio, y, hechos todos los preparativos, partió de Barcelona por el mes de mayo, y por Gerona se trasladó al puerto de Rosas desde donde se dió á la mar con toda su armada el dia 20 de junio. Constaba la escuadra de mas de cuatrocientas naves, en su número cuarenta y cinco galeras. La travesía fué muy feliz, tanto que el dia 23 ya habian desembarcado los expedicionarios en el puerto del Conde á tres millas de Alguer, y la mañana siguiente se puso cerco á esta plaza por mar y por tierra. La ciudad tenia buenas defensas, foso, contrafoso, guarnicion genovesa, especialmente de ballesteros, y se defendió bien por espacio de seis meses. Algunas naves venecianas, llevando una de ellas el pabellon

del almirante, acudieron para cooperar á los esfuerzos del rey de Aragon. Se dieron varias acometidas por mar y tierra, y se adelantaron los trabucos y máquinas hasta reducir á los sitiados al último extremo. Los sitiadores tuvieron que hacer frente, no solo á las penalidades y fatigas, sino tambien á las enfermedades que produjeron numerosas bajas en sus filas. Los de dentro sintieron á fines del año el escozor del hambre, y tuvieron que entrar en tratos. Convino el rey de Aragon en que saldrian de la ciudad todos sus defensores y sus habitantes para trasladarse con sus bienes muebles á donde quisiesen, y que la poblacion con todos sus inmuebles quedaria á merced de los sitiadores. Pedro IV tomó posesion de la ciudad el dia 22 de diciembre de 1354, y al momento hizo reparticion de las casas, haciendas y tierras de su término entre nuevos pobladores catalanes y aragoneses á quienes dió carta puebla y privilegios. Alguer fué el punto de partida para recobrar en breve tiempo la isla. Divididas las fuerzas de los sitiadores en tres cuerpos, fuéron contra el castillo de Caller, y entraron en él el dia 6 de enero de 1355. Ya el juez de Arborea no era enemigo, sino aliado. Sus proposiciones de paz, que no habian sido admitidas en vísperas de emprender la jornada, parecieron muy dignas de tomarse en consideracion despues de un sitio largo, penoso y mortífero. La esposa y la hija del juez fueron á rendir homenaje al rey de Aragon; pero el juez en persona se negó constantemente á ir á verle. Pedro IV dió por terminada la expedicion, y á 6 de setiembre se embarcó en Alguer, y el 20 del mismo mes tomó tierra en Barcelona. Antes habia convocado córtes generales de la isla de Cerdeña en Caller, y en ellas se hicieron varios reglamentos y constituciones de que existe copia. No bien el aragonés ha-

bia vuelto á sus estados, provocó una lucha que en poco estuvo como no llevó á nuestra tierra la preponderancia de los extraños. Algunas galeras de Vizcaya habian apresado una aragonesa. El rey de Aragon habia reclamado de injuria en carta al rey de Castilla, en tales términos que casi no daba lugar á satisfacciones ni al desagravio, diciendo con arrogancia que si no se le hacia enmienda, sabria tomársela. Al poco tiempo unas naves de guerra aragonesas que iban con otras francesas á hostilizar á los ingleses en sus propios mares, trataron como enemigos á unos genoveses en las mismas aguas del Guadalquivir, allí en donde el pabellon de Castilla debia protegerlas. Estos principios tuvo la mas sangrienta de las luchas que hasta entonces se hubiese encendido entre las varias tribus iberas. Dotados ambos monarcas de un carácter iracundo que no sufria contrariedades, era imposible que diesen el menor paso conducente á una concordia, antes era natural que atizasen la menor chispa de desunion, y la convirtiesen en un incendio.

El castellano á 8 de agosto de 1356 escribió al aragonés diciéndole que en adelante no le tuviese por amigo, pues pensaba volver por su honra en el modo y forma conveniente. Antes de amenazar á su contrario, procuró herirle. Los fronteros de Murcia penetraron en el reino de Valencia y entregaron á las llamas los pueblos de Chinosa, Muntnover y Sietaguas. Los de Molina rompieron por las tierras de Aragon y talaron y devastaron las cercanías de Daroca. El dia 4 de setiembre ya el aragonés habia escrito al castellano, diciéndole que sus alianzas quedaban rotas. Los nobles catalanes y aragoneses, que veian en esta lucha la ruina de las dos monarquías, y aconsejaban poner á ella un término honroso, fueron desatendidos. Los que acariciaban las pa-

siones del rey, y tomaban por via de juego su enardecimiento, fueron escuchados. Los súbditos aragoneses residentes en tierras de Castilla fueron presos y despojados; y lo mismo se hizo en tierras del rey de Aragon con los castellanos y sus pertenencias. Los súbditos de uno y otro reino no se miraban con aversion ni con desvío, ni tenian motivos de queja que echarse en cara; y sin embargo, por la animosidad de sus jefes, iban á perseguirse á sangre y fuego. Estas circunstancias no se escriben con gusto, y uno desearia pasar por encima de ellas sin tocarlas. Pedro IV daba órdenes para que en las fronteras de Castilla se hiciesen las entradas con buenos espías. Al mismo tiempo hizo venir de Francia al conde de Trastamara don Enrique, hijo bastardo de Alonso XI, á quien su hermano Pedro I de Castilla tenia desterrado del reino. Acudió don Enrique y se avino á hacer la guerra á su hermano, ayudado de cuantos parciales tenia en Leon y Castilla, con el pacto de que el rey de Aragon le señalaba para su mantenimiento las rentas de tres lugares de Aragon, Ricla, Epila y Tamarite de Litera, de tres en Valencia, Burriana, Castellon y Villareal, y otros tantos en Cataluña, Tárrega, Vilagrasa y Montblanch. Pedro IV socorrió por el pronto con dinero á su auxiliar, quien allegó gente y por Borja dió comienzo á las hostilidades. El sumo pontífice Inocencio VI intentó poner en paz á los dos reyes, y no pudo conseguirlo. El castellano puso cerco á la ciudad de Tarazona, cuya defensa estaba encomendada á don Miguel de Gurrea. Este caballero no la defendió, antes la puso en manos del enemigo y se pasó con su gente á Navarra. Al tener noticia de esta accion el rey don Pedro IV, entró en uno de sus acostumbrados accesos de ira. Algunos infelices moradores de Tarazona, llevados

del buen deseo de sincerarse y de probarle que con un buen gobernador se hubieran defendido hasta el último extremo, acudieron á él y le manifestaron lo que habia pasado. La respuesta del rey fué mandarlos ahorcar sin espera ni proceso. Enviaba Pedro IV correo sobre correo á sus barones y á las ciudades para que acudiesen con gente; escribió al conde de Foix que tambien le envió refuerzos; y cuando se halló superior en número, se fué hácia Tarazona en busca de su contrario: mas este se habia alejado ya, dejando con buen presidio la plaza. Un cardenal legado pontificio instaba en nombre del papa para que si no era posible sentar paces se firmasen treguas, é iba de uno al otro campo para conseguirlo. En efecto, se firmaron treguas, nó para dar comienzo á un tratado de paz sino para hacer prevenciones de guerra. El aragonés envió á decir á su hermano el infante don Fernando, residente en Castilla, que se viniese á Aragon, seguro de tenerle en su poder si asi lo hacia, ó de confiscarle los bienes si se denegaba. Acudió don Fernando, y el rey su hermano le nombró procurador general del reino, dignidad que, venida de otra procedencia menos intencionada, hubiera parecido una clara muestra de estimacion y confianza. Don Juan, hermano de ese don Fernando y de Pedro IV, murió á manos de su primo hermano el rey de Castilla, mientras duraba la tregua que el legado pontificio habia asentado. Entonces don Fernando rompió la tregua por la parte de Murcia, amenazando la plaza de Cartajena y talando sus cercanías, mientras el rey de Aragon se encaminaba por Calatayud á llevar adelante por esta parte la devastacion de la comarca. Pedro IV en su crónica explica con cierta complacencia sus ventajas, y pasa muy por encima los reveses. Dice que por marzo de 1359 se apoderó

del castillo de Haro, le redujo á cenizas, entró en Escobar, puso sitio á Medina Celi, y tuvo que levantarle y retirarse á Zaragoza, de donde pasó á Barcelona.

La defensa de las fronteras la tenia confiada á su hermano don Fernando, al conde de Trastamara, al conde de Denia y á don Pedro de Ejerica. La ida del rey á Barcelona tenia por objeto reforzar su armada y disponerse á resistir por mar al castellano. Venia este, contra él con naves suyas y de genoveses, que en todo formaban una escuadra compuesta de unas ochenta velas, en su número treinta galeras y otras embarcaciones muy bien armadas. Allí pudieron verse desde cierta distancia los dos reyes que tanto se odiaban sin conocerse. Uno estaba en el puerto deseoso de ganar con un golpe de mano la ciudad de la que sacaba mas tesoros su enemigo. Otro acudia á defender á sus súbditos de las llamas que él mismo habia encendido. Entre el convento de padres franciscos y la calle del Regomir colocaron los barceloneses las galeras y otras naves con que contaban para resistir al enemigo que se iba acercando. Todos los artesanos comparecieron armados por gremios, precedidos de su pendon, de tal manera y con tal órden, que mas parecia que iban á un simulacro que á una pelea. Los acometian por la parte del mar en cuyo elemento fundaban precisamente su orgullo. El dia 10 de junio tuvo allí lugar un triste espectáculo. La flor de los mejores reinos de la Iberia estaba congregada para su mútua destruccion y ruína. Segun la crónica de Pedro IV esta batalla naval quedó indecisa, y hubo muchos heridos de una y otra parte; y al dia siguiente se renovó acercándose los castellanos, y rechazándolos los barceloneses con bravura. La armada agresora disparaba gruesas piedras contra las galeras catalanas y la gente

de tierra; y esta, respondiendo con risas y escarnio, enviaba á su vez á las naves enemigas una nube de dardos y trabucazos. Decidió la victoria por los barceloneses una bombarda puesta en el castillo de popa de la nave mas grande con que se defendian. Sus disparos, que se cree haber sido la primera aplicacion de la artillería á la marina, causaron mucho estrago en la mas atrevida de las galeras enemigas, y obligaron al castellano á alejarse. Ibase quebrantado, pero nó vencido. Hizo rumbo hácia la boca del Ebro, y despues, tomando tierra en Ibiza, saqueó la isla y pensó haber vengado el anterior descalabro. Pedro IV de Aragon creyó que aquel se dirigia á las Baleares; y, prevenidas todas cuantas naves pudo allegar, no vaciló en embarcarse y hacer rumbo hácia Mallorca. Desde esta isla hubiera seguido adelante hácia Ibiza á no haberle llegado nuevas de que el rey de Castilla se habia alejado hácia sus tierras. Bernardo de Cabrera, dice el mismo Pedro IV, fué en busca de la armada castellana y ya no pudo alcanzarla. Á la sazon en Araviana ganaron los aragoneses una batalla sangrienta, sin aprovecharse de la victoria. Restituido el rey de Aragon á Barcelona, convocó córtes para Cervera, y obtenidos los auxilios que deseaba las cerró por el mes de diciembre de 1359 y por Lérida se trasladó á Zaragoza. Estando en esta ciudad en 1360 consiguió recobrar por tratos la de Tarazona, cuya pérdida le habia afectado tanto, y en todo este tiempo, dice él mismo, su imaginacion no descansaba ideando planes para defenderse, y al mismo tiempo para llevar adelante los negocios del estado. Envió su hija doña Constanza por esposa al rey don Fadrique de Sicilia que era cuñado suyo, y por Lérida y Zaragoza se fué hácia Calatayud y Terrer en 1361. Ibanse á dar batalla los dos reyes,

dice el aragonés en su crónica, cuando el legado pontificio pudo conseguir que entrasen en avenencias é hiciesen paces. Ya su ira habia tomado aquella expansion que aletarga los deseos, y ya habian sido autores de suficientes estragos para poder dar por acrisolada su honra. El dia 17 de mayo el aragonés, para probar que no hacia la paz por flaqueza, pasó muestra de su gente é hizo alarde de todas sus fuerzas. La paz fué publicada y pregonada el dia siguiente. Las dos monarquías quedaban como antes, sacrificados inútilmente algunos de sus mas bravos campeones, taladas algunas regiones, y entregados al fuego algunos pueblos. Apenas acababa de licenciar Pedro IV una parte de las milicias cuando le llegó aviso de que las compañías armadas, que eran el azote de la Francia, se disponian á entrar por el Rosellon á tentar fortuna; y le fué preciso armar somaten en el Principado y dirigirse hácia Gerona. Pero, hallándose en esta plaza le llegó la nueva de que aquel azote por el pronto se habia alejado. Otro iba paseándose por la península y diezmando sus moradores. Una peste cruel se cebaba en los habitantes y no perdonaba edad, condicion ni sexo, lo mismo en los terrenos secos que en los húmedos, en los altos que en los bajos, en el interior del país que en las costas. El rey con su familia iba huyendo de los lugares apestados, y se retiraba allí en donde la mortandad habia ya cesado. Por mayo de 1362 se hallaba en Perpiñan, en donde dos meses despues la reina su esposa dió á luz al infante don Alonso. Un año habia durado la paz con Castilla; y los que conocian á fondo á los dos monarcas que la habian firmado, tomaban á milagro el que hubiese durado tanto tiempo. El aragonés dice que quien la rompió fué el castellano. Es la verdad que los dos reyes no habian hecho pa-

ces, y que su concordia no habia sido mas que una mal disimulada tregua.

La poblacion de Calatayud, en que habia sido firmada la paz, fué la primera que fué sitiada por el castellano y reducida á rendirse. Pedro IV convocó córtes generales de sus reinos para Monzon. Reunidas por el mes de noviembre de 1362 duraron hasta el mes de abril de 1363, y otorgaron al monarca los servicios que deseaba para sostenerse contra su enemigo. El rey escribió nuevamente al bastardo conde de Trastamara, residente en Francia, diciéndole que ya podia volver á servirle. Padecia Pedro IV aquella enfermedad moral de que ya hemos hablado, propia de las almas pequeñas que no pueden vivir sin aborrecer á la mayor parte de todos cuantos tienen la desgracia de acercárseles. Habia destronado injustamente á un cuñado suyo, envenenado á un hermano, perseguido á su madrastra, reducido á letra vana las franquicias de Aragon y Valencia, y vengádose de todas cuantas injurias creia haber recibido. Sin embargo, odiaba de muerte á dos personas, y estas existian. Pedro IV tomó pretexto de aquel rompimiento de hostilidades para desprenderse de ellas. Una era su propio hermano don Fernando, á quien habia perseguido en su infancia, y cuyos bienes codiciaba. La madre de este príncipe, doña Leonor, y el hermano del mismo, don Juan, habian muerto á manos del rey de Castilla. Pedro IV de Aragon no lo habia sentido aunque aquella era su madrastra, y don Juan su hermano: solo tenia corazon para sentir que otro se hubiese anticipado á hacer lo que él hubiera hecho. Pero don Fernando no podia escapársele. «Recibimos, dice el rey en su Crónica, acusaciones secretas de que nuestro hermano tramaba malas obras... y tuvimos consejo secreto...» El re-

sultado fué mandar recado á su hermano de que compareciese á verle en el lugar de Castellon. Acudió don Fernando con aquella confianza con que un hermano se presenta á su hermano. Unos alguaciles le intimaron que se diese á prision, y como se moviese por ello alboroto y gritería, mandó el rey que le matasen, «y al momento lo hicieron, dice,» y con él murieron casi todos los que le acompañaban á 18 de julio de 1363. No murió ninguno de los esbirros, porque los desgraciados ni se defendieron ni hubieran podido hacerlo aunque lo hubiesen intentado. Lo primero en que pensó el monarca fué en tomar posesion de los bienes de su hermano. Así lo dice él mismo en su crónica con una frialdad y un cinismo que revelan en él un conjunto y amalgama de bajezas. Esta fué su proeza del año 1363. La del año siguiente se reduce á otra venganza. Habia tenido vistas en Sangüesa con el rey de Navarra, y volvió á tenerlas en Almudevar con él mismo y con el conde de Trastamara y el de Denia, para llevar adelante la guerra contra el castellano, cuando supo que sus huéspedes temian alguna traicion; y pareciéndole que solo Bernardo de Cabrera tenia antecedentes para haberlos puesto en guardia, procuró apoderarse de su persona. Cabrera, que conocia á su rey, buscó un refugio en Navarra, pero fué preso y entregado á aquel príncipe. Odiábale Pedro IV desde que los catalanes le habian obligado á darle el mando de la escuadra en las córtes de Villafranca del Panadés. Los servicios que aquel jefe habia prestado al país no eran bastantes á borrar aquel rencor que iba tomando creces. «Reunido un consejo de sabios, dice el rey, declaramos y quisimos que Bernardo de Cabrera fuese decapitado y sus bienes confiscados.» Al momento el monarca envió órden á su hijo, el príncipe primo-

génito, residente á la sazon en Zaragoza, para que aquella órden fuese cumplida sin pérdida de momento. En vano Bernardo de Cabrera instaba para que se le permitiese defenderse segun las reglas del derecho comun. Respondiéronle que desde la muerte de la Union no era un caso nuevo el negar el derecho de defensa, y que tal vez él mismo habia aconsejado al rey unos actos de justicia análogos. En realidad no es posible la defensa allí en donde la acusacion no existe. El llamado proceso original respecto á Bernardo de Cabrera no es tal proceso: son antecedentes todo lo mas y preliminares para incoarle. Parece que diez y siete años despues el rey reconoció que anduvo precipitado en este punto. Andúvolo en este y en otros; y en su crónica no se arrepiente de ninguna de sus maldades, antes toma complacencia en decir que le fué enviada la cabeza de Bernardo de Cabrera. Esta fué su principal hazaña de 1364. Alábase, además de esto, de haber hecho levantar al rey de Castilla el sitio que tenia puesto á la ciudad de Valencia, y luego el de Orihuela, aunque el castellano se retiró con buena presa, devastada y talada la tierra, y ocupados en ella muchos lugares importantes. Cuando en 1365 el desatentado rey de Aragon juntó córtes á los catalanes en Tortosa, propuso que le ayudasen si no querian ver perdida su tierra, así en Aragon como en Valencia. Es indudable que los aragoneses y valencianos, desde que habian perdido sus libertades, no miraban como cosa de gran monta la defensa de la tierra, pareciéndoles que, Pedro por Pedro, tanto valia como el aragonés el castellano. Las córtes le ayudaron con dinero; pero faltaba en el país aquel entusiasmo que pocas veces logran encender unos potentados como Pedro IV. Este no pudo conseguir otra cosa que recobrar algunas poblaciones, en su nú-

mero la de Murviedro que le era muy contraria y á cuyos moradores castigó quitándoles toda carta puebla, y constituyéndolos en barrio y calle de Valencia. Y viendo que la fortuna le era contraria, reducido á sus elementos nacionales, mendigó el auxilio de la Francia, y trató de meter en nuestra patria aquellas famosas compañías que á las órdenes de Beltran de Claquin eran el terror de los moradores del otro lado del Pirineo.

El papa dió cien mil florines y el rey de Francia otro tanto á dichas compañías para que saliesen de sus estados; y el rey de Aragon las dió otros cien mil florines para que viniesen á talar sus tierras. En la sala principal del palacio de Barcelona, el primer dia del año 1366, Pedro IV dió un gran convite á los jefes de aquellos extranjeros á quienes ofrecia unas fértiles comarcas para que se diesen el placer de devastarlas. Los llanos del Vallés y del Llobregat soportaron por espacio de ocho dias todo el peso de aquella plaga. Además de aquellas compañías francesas, habian entrado otras inglesas mandadas por Hugo de Caviley ó el caballero Verde, las cuales no querian ir mezcladas con las anteriores. A unas y á otras fué necesario facilitarlas armas, víveres y dinero. Beltran de Claquin no tuvo bastante con los cien mil florines, y pidió diez mil mas que al momento le fueron entregados. Pedro IV en su crónica dice que estas compañías eran tan numerosas que tenian espantada la Francia, y que á él mismo le tuvieron en congoja hasta que se alejaron hácia Aragon. En poco tiempo barrieron nuestra desgraciada península confiada á potentados iracundos, pasearon por ella su furia, su rapacidad y sus liviandades, obligaron al rey de Castilla á embarcarse en Sevilla, y coronaron por rey de aquella tierra á un bastardo.

Las tierras de Aragon y Valencia que habian sido conquistadas por el castellano y á las que este daba el nombre de Castilla la Nueva, volvieron en breves dias á la obediencia de Pedro IV, y algunas de sus poblaciones fueron premiadas con el título y consideracion de ciudades. Tales fueron las de Teruel y Calatayud. Á la de Daroca se la dió el mismo título por haber resistido con esfuerzo al castellano. Doña Leonor, hija del rey de Aragon, fué enviada á Castilla para contraer enlace con don Juan, hijo de aquel bastardo, ya coronado. Pero en 1367 cuando el destronado rey de Castilla apeló á los ingleses para recobrar el trono que le habian arrebatado los franceses, y venció á estos y al bastardo en la batalla de Nájera, Pedro IV tembló otra vez por sus estados y entró en tratos con el inglés y con el castellano, de quien por espacio de nueve años habia sido un mortal enemigo. En su crónica se pinta sin rebozo, como si la Providencia se hubiese valido de su propia pluma para darle á conocer á las gentes. Mientras prometia al castellano y al inglés una cosa, volvia á aliarse con el bastardo y el francés para llevar la guerra civil al corazon de la península. Y mientras los franceses entraban con don Enrique por las montañas de Jaca, los moradores tenian órden de mover gran gritería como si entrasen enemigos, y de dejarlos pasar y guiarlos como á amigos. Dice Pedro IV que el rey de Castilla murió esta vez por traicion del francés Claquin que dió salvo-conducto al rey para tratar de concordia, y le puso en manos de su hermano y de otros, que acabaron con él de una manera miserable. La hija del rey de Aragon, desposada con el hijo del bastardo, habia vuelto á su patria, pero fué reclamada por su prometido con vivísimas instancias. Pocas veces nuestra tierra ha pasado por tantas igno-

minias como en esa época en que unos aventureros extraños daban en ella la ley con consentimiento de un monarca aragonés. Cuando este reclamó del nuevo rey el cumplimiento de los tratos que con él tenia hechos, á saber, la entrega de las plazas y tierras de Almazan, Cuenca, Moro, Molina, Requena y Soria, el bastardo le respondió diciéndole que pedia un imposible, y que debia contentarse con algunos puñados de oro: ciento ochenta mil florines pagaderos en tres plazos; quizás poco mas ó menos la suma que el aragonés debia entregar algun dia al hijo del bastardo á título del dote de la infanta de Aragon doña Leonor, aunque don Enrique no exigia dote. En varias comarcas, á la peste y á la guerra habia sucedido el hambre, pues aquellas compañías talaban el pais amigo lo mismo que el enemigo. Terminada aquella lucha que dejó tan abatida moral y físicamente á la Iberia, eligió Pedro IV para esposa de su hijo don Juan á una princesa de Francia, doña Juana, hija de aquella Blanca de Navarra tan celebrada por sus virtudes como por su hermosura. Esto fué en 1370, segun los analistas aragoneses; pero Dios no quiso dar á Pedro IV el consuelo de que entrase en su familia una princesa tan digna de ser el ornamento de un trono. Doña Juana murió en Beziers cuando venia á juntarse con su esposo. Tambien murió la infanta de Aragon doña Constanza, casada con Fadrique, rey de Sicilia, á quien dejó una hija, doña María. Don Fadrique no tardó mucho tiempo en seguir á su esposa al sepulcro, y entonces cuatro barones se repartieron la isla y la gobernaron mientras se discutia si la hija podia reinar en virtud de una dispensa pontificia, ó si la casa de Aragon tenia derecho á recobrar la posesion de aquel reino. Esto fué en 1374, año al que Pedro IV denomina del hambre. Á la sazon, el infante

de Mallorca habia logrado fugarse y penetró por Francia en Cataluña seguido de dos mil hombres bien armados con los cuales llegó á la vista de Barcelona; pero aquel añade en su crónica, con su habitual sangre fria, que el infante tuvo que retirarse por la Seo de Urgel, y murió de un brevaje.

El laconismo de Pedro IV es algunas veces espantoso. Confesamos que no es muy fácil explicar lo que dice en seguida de que su tercera esposa doña Leonor de Sicilia murió POR EXCESO DE DESEO, PER SOBRES DE DESITG, en 1375. La reina deseaba volver á Sicilia con armada para entronizar á su hijo don Martin, ya que su esposo en el acto de partir, por miedo á la muerte, dispersó la armada. «Tuvo que tomar paciencia contra su voluntad, dice el rey; y despues estuvo tan impaciente que por ello murió.» Los antecedentes de don Pedro dan á estas palabras de su crónica una interpretacion horrible. La reina era asimismo obstáculo á que el rey diese por esposa su hija doña Leonor á aquel hijo del bastardo á quien «teníamos á nuestro lado, dice el rey, como si fuese hijo nuestro.» Muerta la reina se consumó aquel matrimonio habiéndose firmado aquel contrato matrimonial en el mismo año 1375. Dos años despues el rey contrajo cuartas nupcias con doña Sibila de Forcia, hija de un caballero ampurdanés y viuda de don Artal de Fosses. Hácia el mismo tiempo el rey don Pedro mandó ejecutar una accion tan repugnante que apenas la daríamos crédito si él mismo no se envaneciese de ella en su crónica. Dijéronle que en Portopisa se preparaban cinco naves, con gran provision de joyas, para pasar en ellas á Sicilia el conde de Virtudes á contraer enlace con doña María, que de hecho habia heredado el trono. Pedro IV, que no habia tenido valor para trasladarse con escuadra á aquel reino, dió órden secre-

ta á uno de sus cabos para que se trasladase á Portopisa con cinco galeras, y de noche, á guisa de mal pirata, las entregase á las llamas. El capitan hizo lo que se le mandó; las naves con toda su tripulacion y valores fueron pábulo del incendio: « y del matrimonio no se habló mas, NE SEN FEU MES MENCIÓ » dice la crónica. Entonces don Pedro IV otorgó á su tercera esposa difunta lo que no la habia querido conceder en vida, es decir, cedió á su hijo el infante don Martin todos cuantos derechos tenia á la Sicilia. Esta cesion lleva la fecha de 1380. Por este tiempo, ó poco despues, el príncipe don Juan, primogénito, se hizo bien querer en el Rosellon sorprendiendo á algunos restos de las compañías de merodeadores que se habian acostumbrado á vivir poniendo á contribucion los pueblos y haciéndoles redimir las talas con gruesas cantidades. Entonces parecia cosa decente este oficio, y hubo condes que le ejercieron por mar, armados en corso, asi como otros lo hacian por tierra. El conde de Agosto, uno de los cuatro nobles que se habian repartido la Sicilia, viendo que no le iban bien en ella las cuentas, ó que el rey de Aragon no le premiaba con munificencia, vendió su patrimonio, armó algunas naves y fué por algun tiempo el azote del comercio en el mar Baleárico: pero algunas galeras de Barcelona salieron en su busca y hallándole fondeado frente de Tarragona, le destruyeron completamente. Este caballero habia prestado un importante servicio al rey de Aragon poniendo en sus manos á doña María de Sicilia: pero ya no se le necesitaba. Pedro IV termina su crónica contando una miseria. Acababa de coronar solemnemente á su cuarta esposa entre fiestas y galas en la ciudad de Zaragoza, cuando llegó á sus oídos la nueva de que el conde de Ampurias trataba mal á cierto caballero por

cuyas venas corria la sangre de doña Sibilia. Al momento don Pedro hizo causa nacional de la defensa de su deudo político, y armó huestes contra el conde de Ampurias hasta reducirle á refugiarse en Francia; y por mas que le instaron para que le perdonase, « havemnos, dice, més al cor de no volerli perdonar» «estamos empeñados en no hacerle merced.» Tenia el conde de Ampurias la desgracia de no correr bien con doña Sibilia. La coronacion de esta reina se habia hecho con el mayor aparato al tiempo de celebrarse las córtes de Zaragoza en 1381. En ellas fué revocada una de las mas trascendentales disposiciones que el rey hubiese tomado durante su reinado. En virtud de reclamaciones de ciertos vecinos de las montañas de Jaca contra sus señores, se habia prohibido á estos maltratar á sus vasallos; por lo que todos los nobles acudieron diciendo que sus derechos quedaban anulados si el estado se metia en querer mejorar la condicion de los siervos: y don Pedro dió por no escrita su prohibicion, facultando de hecho á los ricos hombres para poder tratar á los vasallos casi de la misma manera como los antiguos trataban á sus esclavos. Avínole bien á don Pedro IV el que por este tiempo hubiese cisma, pues pudo con ciertas apariencias de prudencia no reconocer á nadie por jefe, y poner secuestro en las rentas de la cámara apostólica y en los frutos de las mismas, como lo deseaba. Por este tiempo se pusieron bajo la obediencia de Aragon aquellos barones catalanes que se habian sostenido en los ducados de Atenas y Neopatria. Poco despues, en 1383, los sardos que se habian sublevado nuevamente y seguian las banderas del juez de Arborea, se alteraron á su vez contra este jefe y le mataron con el mismo género de crueldad que él usaba con sus enemigos. Y como los Oria se declaraban

por Aragon, ninguna ocasion habia parecido mas oportuna para que recobrasen allí su perdida pujanza los aragoneses. Pedro IV convocó córtes generales de Aragon, Valencia, Mallorca y Cataluña para que le ayudasen como lo hicieron con sesenta mil florines. En su proposicion ó discurso encareció el rey las virtudes de sus vasallos, diciendo de los catalanes que eran un pueblo muy libre y franco. Con esto trataba de acallar muchas quejas; mas no pudo impedir la expresion de las mismas. Quejáronse las córtes de que en la casa del rey ni en la de su primogénito no imperaba la justicia, antes de ellas salian insoportables exacciones; de que allí tomaban la voz del reino unos malos consejeros que revelaban los negocios del estado; que ellos habian dictado recientemente los deshonrosos tratados de paz hechos con Génova; por lo que se suplicaba al rey que los despidiese de palacio y los suspendiese de sus oficios, como así se hizo.

El rey estaba dispuesto á pasar por todo con tal que le diesen dinero, y se aprobasen y confirmasen las donaciones que habia hecho y deseaba hacer á la reina y á la infanta doña Isabel su hija, y á don Bernardo de Forcia, hermano de doña Sibilia. Y las córtes, satisfechas de haber podido dar expresion á las antedichas quejas, pasaron por alto estos principios y cimientos de turbaciones venideras. Por el mes de agosto de 1385 estando el rey en Figueras adoleció de una enfermedad que le tuvo á las puertas de la muerte. El monarca habia deseado que su primogénito, el príncipe don Juan, tomase por esposa á doña María de Sibilia; pero don Juan habia preferido á doña Violante, hija del duque de Bar: y de ahí se originó una lucha doméstica, en la que tomó parte la madrastra doña Sibilia, y que muy luego se convirtió en guerra civil por la parte del Ro-

sellon y de Figueras. Los Forcia tomaron parte en ella contra el entenado de doña Sibilia; y el conde do Ampurias, enemigo de los Forcia, acudió desde Francia contra ellos y en favor del príncipe. Á la prudencia de algunos prelados y barones se debió el que se calmase esta efervescencia, haciendo que el príncipe prosiguiese su derecho por ante el justicia mayor de Aragon, para que su padre no le privase injustamente de su derecho, á saber, el de que corriese en su nombre la administracion general del reino. Poco despues de esta avenencia se firmó paz en Cerdeña con la viuda del juez de Arborea, y otra con la señoría de Génova, menos gravosa que aquella de que se quejaron las córtes de Monzon, y otra asimismo con el sultan de Alejandría y del Cairo, á quien algunos dan el nombre de Soldan de Babilonia. Cuando ya tenia don Pedro IV un pié en el sepulcro, sostuvo una diferencia con el arzobispo de Tarragona, é intentó cortarla con las armas, reclamando el dominio útil de los moradores de aquella ciudad y de su campo. Llegóse por ello al extremo de guerra, sosteniéndose en aquella comarca con la misma furia que si se tratase de resistir al moro. Hay quien dice que el arzobispo de Tarragona, indignado, aplazó al rey para que dentro de sesenta dias compareciese ante el tribunal de Dios. No es cierto: pero del estudio del carácter de Pedro IV se desprende que á haber sido aplazado no hubiera muerto del susto. De enfermedad murió el dia cinco de enero de 1387. Pasados cincuenta años habia reinado este monarca indisciplinado que queria disciplinar á todo el mundo. Aborrecedor de madrastras en su infancia, tuvo que legar á sus hijos el odio de una madrastra. Envenenador de su hermano don Jaime, asesino de su otro hermano don Fernando, despojador de

su cuñado el rey de Mallorca, iracundo, poco sufridor de leyes, usurpador de fueros, vengativo y sañudo, fué una verdadera plaga para sus pueblos. Llamado á reinar sobre hombres, prefirió entorpecerlos y transformarlos á su semejanza en fieras. Quien no le conozca, lea su crónica, y diga y piense cómo es posible dar un nombre honrado á tal cúmulo de bajezas. Ya hablamos de las córtes que convocó hasta el año de 1350. Las posteriores son las siguientes: en Aragon las de Zaragoza en 1352 para jurar como heredero al infante don Juan, las de Cariñena de 1357 para pedir auxilios contra el castellano, las de Zaragoza y Borja en 1360, las de Monzon en 1362 y 1363 que fueron generales de todos los reinos para reclamar subsidios contra Castilla, las de Zaragoza de 1364, las del mismo punto en 1365 las cuales protestaron contra la innovacion de que el infante y no el rey las prorogase, las de Zaragoza y Calatayud en 1366 de las que quedan fueros, las de Zaragoza de 1367, las de Calpe, Alcañiz y Zaragoza en 1371 y 1372, las de Tamarite en 1375, las de Monzon en 1376 y 1377 que fueron generales á todos los reinos para pedir recursos contra el duque de Anjou y los sublevados de Cerdeña, las de Zaragoza de 1381 de cuyas disposiciones hablamos ya, y las de Monzon, Tamarite y Fraga en 1383 y 1384, generales de todos los reinos y de las que ya se hizo mérito; en Cataluña las de Perpiñan en 1350 y 1351, las de Villafranca del Panadés en 1353, ya mencionadas, las de Barcelona en 1355, de Perpiñan en 1356, de Lérida en 1357, de Barcelona en 1358 y 1359, de Gerona en 1358, de Villafranca y Cervera en 1359, de Barcelona en 1362, del mismo punto y Lérida y Tortosa en 1364 y 1365, de Barcelona en 1365, 1367, 1368 y 1369, de Villafranca en 1367, de Tarrago-

na, Montblanch y Tortosa en 1370 y 1371, de Barcelona en 1372 y 1373, de Monzon y Barcelona generales en 1376 y 1377 y de Barcelona en 1380; y en Valencia las de esta ciudad en 1359, 1360, 1362 y 1363, de Murviedro en 1365, de Castellon en 1367, de San Mateo y Valencia en 1369 y 1370, de Valencia del año siguiente, y de Villareal y Valencia en 1373 y 1374.

Cuatro veces casó Pedro IV; primero con doña María de Navarra, en la que tuvo un hijo y tres hijas; el hijo por nombre don Pedro, nacido en Valencia por el mes de abril de 1347, vivió pocas horas; la hija mayor, doña Constanza, casó con don Fadrique II rey de Sicilia; la segunda, doña Juana, nacida en Barcelona á 7 de noviembre de 1344, casó con el conde de Ampurias, á quien don Pedro en su vejez persiguió de muerte, y queriendo doña Juana defender á su esposo, Pedro IV la dió un bofeton, y ella murió del golpe y del disgusto; la tercera, doña María, murió niña. Casó Pedro IV en segundas nupcias con doña Leonor de Portugal en quien no tuvo hijos. Su tercera esposa fué doña Leonor de Sicilia, en quien tuvo al infante don Juan su sucesor, nacido en Perpiñan á 27 del mes de diciembre de 1350; al infante don Martin, que sucedió á su hermano; á don Alfonso, nacido en 1362, el cual feneció en la infancia; y la infanta doña Leonor casada con el hijo del conde de Trastamara que vino á heredar la corona de Castilla, y de quien nació aquel Fernando de Antequera que por muerte del nombrado don Martin se sentó en el trono de Aragon. Y la cuarta y última esposa de don Pedro IV, fué doña Sibilia de Forcia, en quien tuvo á don Alfonso que murió niño, á otro niño cuyo nombre se ignora y que tambien vivió poco, y á doña Isabel que casó con el primogénito del conde de

Urgel, el cual aspiró mas adelante á la sucesion al trono en competencia con dicho don Fernando de Antequera. Esta cuarta esposa de don Pedro IV murió profesa en un convento de monjas de Barcelona el dia 24 de noviembre de 1406. Los restos de don Pedro, depositados primero en la catedral de Barcelona, fueron trasladados despues al monasterio de Poblet. Los que para dar títulos de honra á un monarca, van registrando las piedras, los palacios, los templos, los monumentos, y si ven que durante su reinado se elevaron muchos, dicen que el reinado de aquel príncipe debió de ser glorioso : esos tales dirán que jamás estuvo tan bien gobernado el reino como durante el medio siglo en que imperó Pedro IV. Pero los que no ignoran que los monumentos públicos mas admirables de la Roma pagana fueron debidos á un Neron, el mónstruo, jamás medirán las honras de un reinado por aquella escala. Si Pedro IV hizo muchos ordenamientos, fué porque la dió en anular todas las leyes venerandas que no eran suyas y quiso suplirlas á su antojo. Adoptado su sistema de gobierno, todo monarca deberia dar comienzo á su reinado borrando todo lo existente, y formando segun su capricho nuevos códigos. Su desastrosa guerra con Castilla le enseñó si valia mucho el destruir legislaciones y amortiguar voluntades; pues los pueblos de Aragon y Valencia, en vez de defenderse, se iban entregando al enemigo, como si le dijesen, tirano por tirano, venga quien quiera. Y cuando vió que sucumbia en la lucha, enseñó los caminos del Pirineo y abrió las puertas de la Península á los merodeadores extranjeros, que con el nombre de compañías eran el terror de la Francia. Cuando subió al trono el pabellon aragonés era señor del Mediterráneo; y cuando bajó de él habia firmado con Génova una paz que las

córtes de 1383 llamaron deshonrosa, y habia visto como Castilla venia á provocar á las galeras catalanas en el mismo arsenal de Barcelona. El pago que dió á los mejores servidores de su patria está escrito en la muerte que hizo dar á don Bernardo de Cabrera. Llamáronle el Ceremonioso, porque fué muy dado á las menudencias rituales: pero con mas propiedad hubieran podido llamarle el cruel y el iracundo. El legado del Rosellon y de las Baleares que hizo á sus sucesores fué debido á una baja pasion de venganza cuando hubiera podido ser la obra de un pensamiento franca y noblemente expresado.

Su hijo Juan I, denominado el cazador, tiene poca historia. Aquello mismo que su padre, al subir al trono, quiso hacer con su madrastra doña Leonor, eso mismo lo hizo don Juan con la suya, doña Sibilia. Acusábala de tener hechizado al rey, como si un rey anciano necesitase otros hechizos mas fuertes que las caricias de una jóven gallarda. Confiscóla los bienes, acusóla del delito de lesa majestad, la puso presa, y permitió que la pusiesen á cuestion de tormento junto con todos sus cómplices. Cuando la hubo quitado todos sus bienes, la destinó ciertas rentas y dijo que le perdonaba la vida. Y sin embargo, don Juan era de condicion manso y pacífico. Lo que prueba que en la corte habia creado su difunto padre una atmósfera violenta que continuaba ejerciendo su influencia contra sus propias hechuras. Confirmadas las constituciones y costumbres del Principado fué jurado don Juan por conde de Barcelona á 18 de marzo de 1387. Aunque la guerra de Cerdeña parecia apaciguada, y se firmó paz en 1388, sin embargo, notábanse mas tendencias á rompimiento, que á la reanudacion de aquella cordialidad y buena armonía que antes habia reinado entre los

aragoneses y la familia de Arborea. Pedro IV habia sido el único príncipe cristiano que no hubiese querido declararse por ninguno de los pontífices romanos; Juan I se declaró en favor de Clemente VII. El padre miraba continuamente en torno suyo como para investigar en dónde podria hacer presa; el hijo la dió en vivir con suntuosidad y en gastar casi todas sus rentas en aparejos de caza y montería. El padre compuso versos cuando el amor desarmaba en su ánimo los enojos; el hijo fué muy dado á la música y mató su tiempo en danzas y saraos. El padre era muy inclinado á verlo todo por sí mismo y á tocarlo todo; el hijo propendia á confiarlo todo á sus allegados. Pronto se vió que los sardos y los genoveses no esperaban sino una ocasion oportuna para probar el vigor de este benigno monarca. Movido por ellos, Bernardo de Armañaque hizo entrada en Cataluña por la parte del Ampurdan, pero fué rechazado, lo mismo que del Rosellon. Juan I dió en matrimonio su hija doña Violante al duque Luis de Anjou que se titulaba rey de Jerusalen y de Sicilia; casó al conde de Ejerica, hijo del infante de Aragon don Martin, con doña María de Sicilia; y dispuso jornada y apercibimientos de guerra para recobrar la parte no sometida de esta isla. Fué esto á tiempo en que los genoveses aprestaban tambien una gran armada para ir contra Túnez; y pareciéndoles á los sardos que el nublado que preparaba el rey de Aragon iba contra ellos, y que el de Génova podria ir á donde le llevase el viento, se sublevaron acaudillados por Brancaleon de Oria, y en breves dias se hicieron dueños de la ciudad de Sacer, tomaron el castillo de Osolo, ganaron á su partido la tierra de Gallura y se dispusieron en 1391 para rechazar los esfuerzos que Aragon haria contra ellos. Á la sazon estalló en muchas partes una fiera ex-

plosion de ira contra los judíos, excitada por bajo cuerda por sus deudores que deseaban así tomarse carta de pago. Decíase de ellos que todas las pestes eran obra suya, pues envenenaban los manantiales de las fuentes; y se les echaban en cara otros delitos: acusaciones propias para enardecer contra ellos los ánimos de la plebe, ya ansiosa de sus despojos. Millares de judíos fueron pasados á cuchillo, allanadas sus viviendas, dadas á saco sus casas, y tratadas sus esposas é hijas con el mayor vilipendio. Entretanto por emisarios se trabajaba para volver á la obediencia la Sicilia, y se prometian mercedes, confirmacion de estados, de fueros y privilegios, con tal de obtener en la isla un pié y fundamento para dar principio á una campaña. En unos obraba el temor de perder sus bienes, en otros la esperanza de mejorar de fortuna, y en los mas el deseo de novedades. Estos preparativos se hicieron en 1392. Con tales preliminares, apoyados en una escuadra de cien velas y en un ejército cuya principal fuerza consistia en dos mil hombres de armas, se deja suponer que la reconquista fué conseguida en breve tiempo. Los sicilianos prefirieron el yugo de una reina á la coyunda que les tenian impuesta cuatro ricos-hombres. Uno de estos, Andrés de Claramonte, fué decapitado; dos se pasaron al servicio de la reina doña María; y el cuarto anduvo errante en actitud de quien espera coyuntura favorable para encender de nuevo la guerra. Esta se le ofreció muy luego, de suerte que los preparativos que se hacian en Barcelona para pasar á Cerdeña fueron en su mayor parte destinados á la isla Sicilia. El rey don Juan I murió como habia vivido, cazando. Andando á caballo por el monte, á 19 de mayo de 1396 dió una caída, y quedó cadáver; unos dicen que cayó ya muerto de un ataque de apoplejía; otros

que murió de espanto viendo delante de sí á una loba furiosa. Los negocios de estado eran para él una carga pesada y los confió á doña Violante su esposa. Fué casado tres veces; primero con doña Juana de Valois, matrimonio que por muerte de esta princesa no llegó á consumarse; segundo con doña Matha ó Marta de Armenyach, en quien tuvo á don Jaime que vivió pocos meses, á doña Juana que casó con el conde de Foix y murió sin hijos en 1407, y á otro infante que vivió pocos dias: esta segunda esposa murió en Zaragoza por el mes de octubre de 1376. Á despecho y contra la voluntad expresa de su padre casó el 2 de febrero de 1380 con doña Violante, sobrina del rey de Francia é hija de la hermana de este, doña María, casada con Roberto, duque de Bar. En ella tuvo á don Fernando que murió en 1389, á doña Juana que murió en Barcelona el dia 4 de agosto de 1396, y á doña Violante que casó con Luis II, duque de Anjou, titulado rey de Nápoles, Jerusalen y Sicilia. Esta tercera esposa murió en Barcelona el dia 13 de julio de 1431, denominándose constantemente reina-viuda. Las córtes que convocó Juan I son las de Zaragoza y Monzon en 1388 y 1389 que fueron generales de todos estos reinos y en ellas pidió auxilios para resistir á los Armañaques de Francia. Créese que estas córtes fueron continuadas tambien en Monzon en 1390. Son las únicas, pues, á que convocó á los aragoneses, valencianos, catalanes y mallorquines. Entregado el rey á su diverson favorita miraba con tedio toda obligacion que le distrajese de ella. No pueden atribuírsele leyes, ni constituciones, y si meramente algunos privilegios y una que otra sancion pragmática. Hubo durante su reinado varias alteraciones en el reino, no solamente por la persecucion de los judíos, sino tambien por

otras causas de turbacion, singularmente en el principado de Cataluña; pero Juan I apenas se daba por entendido, y no interrumpia sus monterías ni los sones de su cuerno de caza.

Su hermano don Martin sube al trono, nó sin contradicciones. El conde de Foix, casado con la infanta de Aragon doña Juana, hija de Juan I, y de su segunda esposa doña Marta, aspiraba al cetro y determinó pedirle por las armas. Fué necesario que don Martin le defendiese asimismo con ellas. Cataluña secundó sus esfuerzos y se puso en armas para rechazar á Foix y á su gente. El infante don Martin era aquel mismo caudillo que con el título de duque de Montblanch acababa de trasladarse á Sicilia para sentar en el trono á su hijo don Martin y á su nuera doña María. La esposa del nuevo rey se llamaba tambien María, y tomó brios de reina desde el memento que supo la muerte de su cuñado Juan I. La viuda de este, doña Violante, quiso dar á entender que estaba en cinta; pero la ciudad la dió en guarda cuatro dueñas respetables, y no resultó probado aquel recurso. De órden de doña María y sus consejeros se procedió en el Principado á la prision de varios nobles dispuestos á favorecer los planes del conde de Foix. Algunos, reconocida su inocencia, fueron puestos en libertad, en su número el conde de Ampurias. Los parciales del de Foix comenzaron á penetrar por el vizcondado de Castellbó, y luego se derramaron por el valle de Vilamur. combatieron el castillo de este nombre, tomaron algunas fortalezas del contorno, corriéronse hácia Isona y la tomaron por la fuerza, se dirigieron á Camarasa en cuyo punto no pudieron entrar, y por fin se encaminaron á Barbastro. La defensa que hizo esta plaza fué decisiva para el resultado de esta cam-

paña. Dió tiempo á los amigos de don Martin para acudir con fuerzas superiores y echar del reino al conde de Foix y á los suyos. Ni la estacion, ni la tierra le favorecieron en esta su arrebatada correría, que mas bien pareció cabalgada que expedicion para apoderarse de una monarquía. Esto fué á tiempo en que se hicieron sentir grandes terremotos en el reino de Valencia y hasta en la serranía de Tortosa. Cayeron varias torres, se desplomaron algunas iglesias, y en Alcira brotó de algunos manantiales una agua cenicienta y hedionda. En tanto el rey don Martin, hasta este momento duque de Montblanch, recibidos refuerzos, y conseguida la reduccion de la Sicilia, y entronizados en ella su nuera y su hijo, se volvió para España con buena armada, y con ella entró por el Ródano hasta Arles. Desde esta poblacion se dirigió á Aviñon con siete galeras, y se avistó con Benito XIII, á quien hizo reconocimiento por Cerdeña y Córcega, y con quien trató secretamente sobre el cisma y los medios de concordia con Bonifacio IX. Salió de Aviñon el dia 11 de mayo de 1397 y vino á tomar tierra en las playas de Barcelona. Antes de hacer entrada en la ciudad se aposentó en Badalona. En esta poblacion, á 25 de dicho mes, recibió al arzobispo de Zaragoza y á varios nobles y ciudadanos de la misma ciudad, que en representacion del reino de Aragon venian á suplicarle que fuése á dicha ciudad á jurar los fueros y privilegios, y asimismo los de Valencia, Albarracin y Teruel, para poder ser reconocido como á príncipe. Prometió don Martin que así lo haria, pero antes entró en Barcelona, en medio de grandes regocijos, y proveyó á cuanto convenia para rechazar al de Foix en Cataluña, de suerte que hasta el mes de octubre no entró en Zaragoza. Jurados los fueros en los términos de aquella demanda, con-

vocó córtes á los aragoneses para el mes de abril de 1398. En ellas consistió su proposicion, ó discurso, en recordar á los aragoneses su historia y sus pasadas glorias, manifestándoles cuán envanecido estaba de ser rey de tales súbditos, no sujetos por tiranía ni crueldad ni aun rigores, sino por justicia, y rogándoles que le hiciesen el juramento acostumbrado y asimismo el de reconocer por sucesor en el trono á su hijo el rey de Sicilia. Hubo las acostumbradas demandas sobre enmiendas de agravios; y cumplidas las ceremonias del juramento, el reino otorgó un donativo de ciento treinta mil florines para desempeño del patrimonio real, y otro de treinta mil para las necesidades públicas. El conde de Foix no se habia dado por vencido, y haciendo entrar sus parciales por el reino de Aragon, ganó el castillo que estaba junto á la villa de Tiermas. Mas al punto acudió la gente del rey, y rechazó á los contrarios y los persiguió hasta el otro lado del Pirineo. No tardó muchos meses en morir aquel conde, desapareciendo con él una de las contrariedades opuestas al rey don Martin. Otra le opusieron algunos nobles sicilianos, en su número los condes de Agosta y Veintemilla, sublevándose y obligándole á enviar refuerzos á aquella isla. Por este tiempo, algunos moros berberiscos infestaban estos mares con naves armadas en corso, por lo que se dirigió contra ellos una escuadra salida de los puertos de Valencia y Mallorca. El resultado fué entrar por fuerza de armas en el lugar de Tedeliz y darle primero á saco y luego á las llamas; pero al poco tiempo unos bravos temporales alejaron de aquellas costas á los cristianos. El rey don Martin quiso ser coronado solemnemente á imitacion de algunos de sus antecesores, y lo fué el dia 13 de abril de 1399. Una ceremonia idéntica se efectuaba el mis-

mo dia en Sicilia, en donde tambien se coronaba su hijo como rey de la isla, aunque la guerra continuaba viva y encarnizada en torno suyo. La ceremonia de la coronacion del padre fué aguada por un procedimiento de ejecucion contra los mensajeros de Valencia, que el justicia mayor llevó á término, no sin descontento del monarca, por desafueros anteriores de aquella ciudad sobre cosas y bienes de aragoneses. En el transcurso de los años del reinado de don Martin que abraza este capítulo VIII, celebró el rey las córtes de Zaragoza de 1398 de las que ya hemos hablado; en 1396 su esposa doña María convó dos veces las de Barcelona para atender á la defensa del Principado, y rechazar al conde de Foix y á sus parciales. Muerto este conde, su sucesor Archimbaudo prefirió firmar concierto con el rey de Aragon antes que perder su tiempo y su patrimonio en inútiles tentativas. En el siguiente capítulo IX de este libro VII va continuado el reinado del rey don Martin desde los comienzos del siglo quince.

§ III NAVARRA.

Muerta doña Juana de Navarra entró á reinar su hijo Carlos II el Malo. Tenia diez y siete años cuando se coronó en Pamplona el dia 27 de junio de 1350. Á cuantos reclamaban la observancia de los fueros, los mandaba ahorcar como sediciosos. El rey de Castilla Pedro I, y el de Aragon Pedro IV le incitaban á que se aliase con alguno de ellos y declarase la guerra al otro: pero supo engañarlos á entrambos. Casó con la princesa Juana, hija de Juan, rey de Francia; pero el matrimonio no se efectuó en Navarra sino en Paris con toda la magnificencia imaginable. Aspiró á la posesion de los condados de Angulema, Bria y Champaña, y cayó pri–

sionero. Encerráronle en un castillo, hasta que en 1357 algunos nobles navarros se confederaron para sacarle de prision y lo consiguieron. Como si hubiese querido recobrar el tiempo perdido, tomó parte en todas las turbaciones que conmovieron en aquel entonces la Francia, se formó un núcleo de parciales, y manifestó deseos de añadir otra corona á la de Navarra: pero despues, al cabo de diez años de desvío por este reino, y de ilusiones en pos de mayor soberanía, volvió á Pamplona y tuvo que contentarse mal su grado con el patrimonio de su madre. En Soria tuvo vistas con don Pedro I de Castilla y prometió ayudarle contra su enemigo Pedro IV de Aragon. Cuando lo prometia era ya con ánimo de ver si aquellos dos monarcas se destruian mientras él hacia daños y estragos en las fronteras de Aragon y allegaba algun botin sin gran peligro. Con la misma segunda intencion tuvo despues vistas con el aragonés, y le prometió secundar sus esfuerzos hasta llevar la ruína al corazon de la Península. Los analistas navarros afirman que Pedro IV prometió entregar al navarro muchas plazas y hasta doscientos mil florines. Fué esto á tiempo segun unos en que murió en Francia el rey Juan el Bueno y le sucedió Carlos V el Sábio por los años de 1364. Aquel tratado fué secreto; tanto, que el navarro debia continuar simulando encuentros con los fronteros de Aragon para mantener engañado al rey de Castilla. En mas pequeña escala, el carácter de Carlos el Malo era una copia del de Pedro IV. Es sabido que este, al mismo tiempo que firmaba tratos de paz con el castellano, daba paso libre por el Pirineo á los enemigos del mismo, aunque haciendo que sus soldados moviesen grande estrépito y gritería como si huyesen de un enemigo incontrastable. Ahora en las fronteras de Aragon y Navarra la comedia te-

nia otras escenas. Los soldados, ignorantes de lo que pasaba, adelantaban ó se retiraban segun las órdenes de sus jefes, peleaban, se defendian y sucumbian segun su leal obrar y entender en defensa de su tierra, y era en cumplimiento de una accion desdorosa y baja. Otra vez se avistaron en Sos el aragonés y el navarro, y fué cuando este temió por su existencia y la dió en creer, nó sin fundamento, que su aliado maquinaba contra su vida. Carlos el Malo habia dado muestras de aprecio al caudillo aragonés don Bernardo de Cabrera; y cuando este vió que Pedro IV no podia perdonarle que le hubiese arrebatado de entre manos una víctima, y receloso de su saña se fué para los dominios de Navarra, entonces Carlos el Malo se mostró completamente digno de su apodo, y atado de piés y manos entregó á don Bernardo de Cabrera al mismo de quien sabia que deseaba perderle. Á tenor de las convenciones de Sos, ni Carlos el Malo ni Pedro IV separadamente podian hacer paz ó firmar treguas con el castellano; y en rehenes de esta promesa el aragonés entregó su hijo el infante don Martin, y el navarro entregó un hijo de su hermano don Luis: cuyos rehenes se pusieron en poder de don Enrique, conde de Trastamara, otro de los aliados. Parecia que esta vez debian proceder entrambos como verdaderos hermanos de armas. Lo mismo trataban de engañarse ahora que antes. El navarro pedia dinero antes de abrir la campaña, y el aragonés pedia soldados antes de dar ningun dinero. Parecióle al navarro que su aliado armaba artificios contra él é intentaba abrumarle con la enemistad de la Francia; y al momento envió á Paris su esposa doña Juana para conjurar este supuesto nublado, y emisarios á don Pedro de Castilla para asegurarle que en ningun tiempo haria armas contra su persona. Sin embargo, le pareció que

no era hacer armas el mantener tratos y relaciones con sus enemigos. Cuando vió que el aragonés, dando entrada por su reino á las compañías francesas, habia destronado al rey de Castilla, Carlos el Malo á su vez procuró cooperar al destronamiento de don Enrique de Trastamara abriendo paso por sus tierras á las compañías inglesas. Otro punto de contacto y de semejanza entre el aragonés y el navarro. Es decir que uno y otro contribuyeron á hacer de nuestra península un campo de merodeo para la hez de las milicias extrañas.

Otra vez las compañías francesas deshicieron la obra de las inglesas, y entonces ya fueron inútiles las maquinaciones y artificios en que entró Carlos el Malo, para arrancar de nuevo del trono á su antiguo compañero y aliado. Verdad es que los artificios que labraba con la mano derecha, los deshacia con la izquierda. Era su ánimo andar entre ingleses y franceses, entonces desavenidos, con la misma copia de ardides con que andaba entre aragoneses y castellanos. Esto le parecia el colmo del talento y de la gloria. Firma alianza con el aragonés, el portugués y el inglés, para hacer la guerra al francés y al castellano. No bien acaba de firmarla, mueve tratos secretos con el francés, á quien entrega sus propios hijos en rehenes, y luego asiente á una transaccion con el castellano, prometiendo venderle en alguna manera por ciento veinte mil doblones en oro las plazas de Logroño y Vitoria. Deseaba que el castellano abandonase las banderas de la Francia por favorecer al inglés; pero el rey don Enrique respondió que no llevaria la ingratitud hasta el punto de abandonar al rey á quien despues de Dios debia el trono. Estas palabras le parecieron al navarro, mas bien que una respuesta, un dardo que iba asestado á su corazon di-

rectamente; y ya le pareció que tenia motivos para demorar el trato anterior, pretextando que en vez de oro le daban algunas cantidades en plata. Receloso de cuantos le rodeaban, ni mas ni menos que Pedro IV de Aragon, persiguió al obispo de Pamplona, hizo dar muerte al dean, declaró por traidor é hizo degollar secretamente á don Rodrigo Uriz, antes favorito suyo, ahora acusado de que iba á casarse con una sobrina del rey de Castilla y á servir á este monarca. Carlos no podia tener amigos, ni sabia ser un enemigo franco. De repente supo que su primogénito, que estaba como en rehenes en poder del rey de Francia, habia sido preso, y que el castellano y el francés á una iban á declararle la guerra. Esto fué por los años de 1377. Para abrir la campaña con un golpe, en su opinion, maestro, quiso el navarro probar la fidelidad de don Pedro Manrique, frontero de los castellanos, ofreciéndole varias dignidades y veinte mil doblones si le entregaba la plaza de Logroño. Manrique recibió los doblones, y en vez de entregar la plaza, destruyó á los que iban á ocuparla muy confiados en su palabra. Los analistas navarros vacilan en dar alabanza ó vituperio á quien se metió en una villanía para dar castigo á otra. Por este tiempo, le sucedió á Carlos II el Malo casi lo mismo que á Pedro IV de Aragon, cuando el castellano penetró por sus tierras. Sus vasallos, en vez de defenderse, se iban al enemigo; las poblaciones no tomaban por suya una guerra en que los enemigos eran iberos, y en que les tocaba defender á quien no amaban. Solo se diferenció el navarro del aragonés en que este se mostró terco hasta el último extremo, y aquel por el contrario, con su acostumbrada flexibilidad, pidió al castellano la renovacion de los antiguos tratos de amistad y alianza. Cara le costó esta vez la paz. Tuvo

que despedir á los ingleses y gascones que servian bajo sus banderas; y le fué forzoso entregar veinte castillos en rehenes para que los retuviese el castellano por espacio de diez años. La libertad de su primogénito no pudo obtenerla sino apelando á la mediacion del que le habia impuesto aquel yugo. Tambien se veia obligado á auxiliar en sus guerras al castellano, y, cuando este declaró la guerra á los portugueses, lo primero que hizo fué reclamar la cooperacion del navarro. En otra cosa se pareció este al aragonés, y fué en que al verse infestado de una enfermedad cruel á manera de lepra maligna, que se fué apoderando de todo su cuerpo, le entró el mismo espíritu de devocion que á Pedro IV cuando sintió acercarse su postrer hora: entonces hubiera querido alejar de sí todos los fantasmas que le perseguian, y borrar con actos de piedad todos sus desórdenes. Murió con corta diferencia casi al mismo tiempo que el monarca aragonés con quien tiene tantos puntos de semejanza. Convocó córtes en 1350 en Pamplona para ser jurado; en Tudela en 1362 para pedir subsidios á fin de llevar adelante la guerra contra Aragon; las de 1376 en Pamplona, segun se cree, para jurar al infante don Carlos y á su mujer la infanta de Castilla doña Leonor, y al hijo que de ambos naciese; las de 1379 en Pamplona con motivo, segun dicen los analistas navarros, del duelo público habido entre el señor de Asiair, Ramiro Sanchez, y Fillot de Agramunt; y las de 1385, celebradas al parecer en el mismo punto, á fin de pedir un donativo con ocasion del enlace de la infanta doña Juana, hija del rey, con el duque de Bretaña, Juan de Montfort.

Los historiadores del reino de Navarra afirman que á fines del mes de enero ó comienzos del de febrero de 1387 fué recibido por rey don Carlos III, el Noble, hijo de Car-

los II, el Malo. Estos dos apodos indican bien que la historia no atiende á las descendencias sino á los hechos, para dar encomios ó lecciones. Carlos III se hallaba en Castilla, de cuyo rey era cuñado, y acudió al momento deseoso de gobernar con moderacion y justicia. Su esposa acibaró sus dias. Altanera, caprichosa, iracunda, la dió en decir que el rey no la trataba con el debido miramiento, y aun llegó á afirmar que, estando enferma, un médico judío la habia dado cierta pócima, que mas que medicina, parecia brevaje. Y como acusaba á su marido de que la miraba con indiferencia y era mas atento con otras damas, aquella afirmacion tomaba un colorido repugnante Carlos III permitió que se trasladase á Castilla para ver si con la mudanza de aires se curaba de tales manías. Cuando el rey se coronó por rey de Navarra á 13 de febrero de 1390, la reina estaba lejos de Pamplona; y cuando, por el mes de julio del mismo año, las córtes juraron por heredera y sucesora del trono á la infanta doña Juana, hija mayor del rey, tampoco estaba allí la madre. Carlos no tenia de su esposa mas que hijas, y todas ellas una en falta de otra, las hizo jurar, como sucesoras al trono, en las córtes de Estella de 1396. El dia 11 de setiembre fueron juradas de esta suerte doña María, doña Blanca, doña Beatriz y doña Isabel. En las córtes de Pamplona de 1397 demostró Carlos III que poseia aquella nobleza que mana del corazon, y que nada tiene que ver con el linaje. Pidió á las córtes que jurasen observar el testamento que acababa de firmar antes de partir para Francia. Los tres estados le suplicaron que antes jurase él que su testamento no contenia nada contra los fueros del reino: y sin darse por ofendido, juró lo que las córtes deseaban. La reina habia vuelto de Castilla, mas bien despedida por su

genio violento que no gustosa. El viaje que el rey hizo á Francia, era con intento de reclamar los estados que en aquel reino habia perdido su padre: reclamacion inútil desde el momento que no se podia recobrar por la fuerza lo que por ella se habia perdido. Carlos III volvió de Francia mas triste de lo que se marchó. En las córtes de 1398 fué jurado como sucesor del reino un hijo suyo, poco antes nacido. Esta jura, que borraba las anteriores, fué hecha á 27 de noviembre. Otras córtes de este siglo mencionan las memorias de Navarra, y son las de Olite de 1399, en las cuales se pidió y se obtuvo del monarca, que los moradores del término de Tudela pudiesen aprovecharse de los pastos de aquellos montes. Al terminar el siglo catorce, el rey de Navarra corria en buena armonía con los demás monarcas de la península, y por vias de amor procuraba mantener en paz sus estados.

§. IV. LEON Y CASTILLA.

Quince años y medio tenia Pedro I cuando subió al trono de Leon y Castilla. Lo que habia visto en el palacio de su padre, no era para darle una educacion cristiana ni decorosa. La esposa legítima poco menos que odiada, desatendida, desdeñada y esclava. Una concubina se habia hecho dueña de los alcázares reales, y mandaba en ellos como árbitra soberana, nó por derecho ni justicia, sino por ley de liviandad y desenvoltura. Pertenecia á la familia de los Guzmanes, que entró en la posesion del poder por esas vias torcidas, y que mas adelante por ellas supo hacer suyo el trono y dar estilo y rumbo á nuestras crónicas. En vida, pues, de Alonso XI se habian sembrado las semillas de todas las alteraciones y torpezas posteriores. No habia una reina, ha-

bia dos; una reconocida como á tal por la religion y el estado; y otra, usurpadora, desleal, detractora de la reina legítima, enemiga de su descendencia, y empeñada en despojarla. La belleza. las gracias, los talentos, los atractivos todos, estaban de parte de esta segunda reina. Para esta las glorias; para la otra los desaires y las tristezas. Los hijos de la primera iban á la hueste con su padre, y militaban bajo sus pendones como para prepararse á enarbolarlos un dia. El hijo de la segunda, olvidado, solo, no recibia otra educacion que la que le daban aquellos fatales ejemplos. Era necesario un milagro de Dios para que se hiciese superior á ellos. Alonso XI al tiempo de su muerte dejó, pues, á punto de ser cosechada una lucha entre la legitimidad y la bastardía. No era difícil prever los frutos que de ahí provendrian. En primer lugar, por la muerte del rey, la esposa desairada, desde luego aspiró á vengarse de su rival aborrecida; y esta, sus hijos, y sus parciales, procuraron ponerse en guarda, defenderse primero, y prepararse á acometer con el tiempo si la ocasion era propicia. No deben perderse de vista estos preliminares y comienzos del reinado de don Pedro I. Quince años tenia cuando en su nombre su madre doña María tomó sobre sí la gobernacion del estado. Don Juan Alonso de Alburquerque asesoraba á esta viuda legítima. La otra viuda se habia puesto en salvo en Medina-Sidonia. Alburquerque creyó que estaba en lo justo dando seguro á esta dama y no cumpliéndoselo, con lo que la atrajo á Sevilla y la puso presa en el alcázar. No depuso por verse presa su arrogancia, antes hizo que su hijo don Enrique casase con doña Juana. Manuel, segun lo tenia dispuesto Alonso XI; para aumentar de esta suerte el número de sus parciales dentro del reino. Es de advertir que la reina ma-

dre deseaba que doña Juana Manuel casase con el rey de Aragon ó con don Fernando, hermano del mismo: de suerte que, aun encarcelada, la Guzman, pudo mas que su enemiga. Don Enrique tuvo que buscar su salvacion en la fuga. Las dos madres continuaban la guerra inaugurada por el difunto monarca. Pedro I se puso malo: y esta novedad llevó la consternacion á los dos campos. Lo que entonces pasó da la llave de los sucesos posteriores. Los Lara decian que á ellos les tocaba el trono por representacion de los Cerda. La Reina y Alburquerque eran de parecer que solo tenia derecho indisputable á la sucesion del trono el infante don Fernando, hermano del rey de Aragon, y primo hermano del rey de Castilla. Y la viuda presa, emparentada ya con los Manuel y pudiendo contar con los Guzman, pudo entrever para su hijo primogénito los destinos que se le presentaban en lontananza. El gefe de los Lara murió á poco, y quedó designado en la opinion pública como heredero legítimo del trono aquel don Fernando, á quien su hermano, el rey de Aragon, por baja envidia, odiaba de muerte. El heredero no legítimo no es preciso nombrarle. El rey recobró la salud; pero las esperanzas avivadas continuaron revoloteando en torno suyo. El único hecho de armas del año 1350, primero de su reinado, le hallamos en las costas de Vizcaya en donde los marinos del país se batieron con los ingleses, dejando bien puesto su valor aunque indecisa la victoria.

La reina madre habia tomado á pecho vengarse de la rival que le habia hecho beber hasta las heces la copa de la amargura. No podia acusarla de adulterio. Alonso XI, al dar valor legal al código de las Siete Partidas, habia tenido buen cuidado de mirar si en él se daba aquel nombre á

su favorita, y si nadie tendria derecho á perseguirla. A tenor de la ley IX, título 4, libro tercero del Fuero Juzgo, la mujer que cometia adulterio con marido ageno, era puesta en poder de la esposa de este marido, para que se vengase de ella como quisiese. La reina doña Maria deseaba entrar en los términos y letra de esta ley, para hacer de la Guzman lo que le pareciese. Pero el código de las Partidas habia modificado estas disposiciones, diciendo terminantemente en la ley I, título 17, partida séptima, que la propia mujer no podia acusar de adulterio porque no recibia con él daño ni deshonra. Esta ley habia impuesto silencio á la reina, y condenádola á sufrir en silencio lo que, por mas que dijese la ley, era la violacion del tálamo real, y la mayor de las afrentas. Prefirió pues, atenerse al Fuero Juzgo, hacer trasladar á su rival á Talavera, y allí hacerla matar en el alcázar. Muy pocos aprobarán esta crueldad; ningun cristiano se creerá capaz de saborear el placer que en ella sentiria la reina; pero ninguno tampoco podrá borrar de aquel código la legitimacion de tan negra venganza. Ninguno asimismo podrá dejar de estremecerse viendo que á un rey de diez y seis años se le daban tan iracundos y bajos ejemplos. La reina se habia vengado en nombre de su hijo. Ahora Alburquerque, asesor de la reina, deseaba asimismo vengarse de un noble poderoso, por nombre Garcilaso de la Vega, con quien habia tenido altercados en Sevilla. Pronto se le ofreció ocasion para dar un colorido de justicia á su deseo. En Búrgos fué mal recibida una órden dada por el mismo Alburquerque en nombre del rey para el cobro de alcabalas; y, excitándose con ella un motin, fué muerto en él el cobrador real, y la ciudad se púso en armas y reconoció á manera de gefe á dicho Garcilaso. Este motin le hu-

biera aplacado una simple comision dada á un juez real. Pero, estando en Búrgos Garcilaso, le pareció conveniente al valido ir allá con el rey y hacer que un niño diese órden de prender á aquel caballero y de arrojar á los perros su cadáver. En esta ocasion la reina hubiera querido salvar á Garcilaso, y le envió aviso de que se guardase. Pero ella en nombre de su hijo se habia vengado, y no pudo impedir que su asesor la imitase. Para paliar esta segunda venganza, fue necesario tomar muy por lo serio aquel motin, y condenar á muerte tambien á tres vecinos. De esta suerte los ayos y directores de un príncipe, apenas entrado en la mocedad, le enseñaron á dar rienda suelta á todas sus pasiones. Ya vimos en el anterior capítulo que esta era fruta del tiempo. En Búrgos se avistaron Pedro I y Carlos II el Malo, rey de Navarra; y este prometió buena amistad y correspondencia con ánimo de no cumplirlo. Pedro I pasó de Búrgos á Valladolid para donde tenia convocadas las córtes de 1351. Es bueno tener muy presente una disposicion de estas córtes. Son conocidos los pasos dados en el anterior reinado para cercenar gradualmente los privilegios de la nobleza. Ahora se dieron ordenamientos para los prelados, los hijos-dalgo, y los menestrales, y fueron otorgadas varias peticiones. Se trató de que desapareciesen las behetrías, que es como si dijésemos, de cortar por su raiz el poder formidable que en sus poblaciones hallaban los ricos-hombres. Si se añade esta reforma profunda, hecha en nombre de un rey niño, á todos los combustibles, hacinados ya, que dejamos enumerados, se comprenderá qué multitud de causas se iban aglomerando para producir fatales efectos. Era muy posible que ya estuviesen adelantados los trabajos para acabar con las behetrías, postrer reducto de la

nobleza; pero solo la imprudencia, si nó la malicia, pudo confiar á un imberbe y antojadizo mancebo una carga que hubiera abrumado á un atleta. En las córtes se trató asimismo de casar al rey con una princesa de Francia, á cuyo fin fueron enviados embajadores al francés. Por último, el rey se dirigió á Ciudad-Rodrigo en donde tuvo vistas con el rey de Portugal, abuelo suyo por parte de madre. Este monarca, que tambien habia tenido que luchar con un hermano bastardo, dió á su hija y á su nieto los consejos de moderacion que le dictaba su experiencia, y aun los indujo á que admitiesen en su gracia á don Enrique si querian evitarse grandes contrariedades. Otros creian que el mal estaba hecho ya, y que no era posible tener paz con los hijos, muerta la madre. En este mismo año de **1351** murió el niño don Nuño de Lara, único descendiente varon que quedaba del difunto don Juan Nuñez de Lara.

En **1352** se vió cuán atinados iban los que creian imposible todo buen acuerdo entre el rey y los Guzmanes. Don Enrique y don Tello se sublevaron al mismo tiempo que don Alonso Fernandez Coronel, amigo del desgraciado Garcilaso; y el rey movió gente contra ellos, y la dirigió cuando apenas contaba diez y siete años. La plaza de Xijon se le rindió por tratos, y á tenor de la capitulacion permitió que el presidio y la esposa de don Enrique saliesen libres. Rindiéronselo tambien las plazas de Fuentidueña, Muñoz y Monte-Agudo; y puso sitio á la de Aguilar aunque la estacion era ya avanzada. A dia 7 de julio fué ajustado en Francia el casamiento del rey con doña Blanca de Borbon, princesa de sangre real, á tiempo precisamente en que Alburquerque, para asegurarse en su valimiento, habia conseguido que don Pedro pusiese los ojos en doña María de Padilla.

Parecíale al ministro que esta dama seria en el nuevo reinado lo que la Guzman en el anterior, la reina de hecho, dispensadora de gracias y mercedes. Al monarca, aunque sabia que iba á tomar esposa, no debia parecerle extraordinario el tener una concubina, pues, educado en la escuela de su padre, le pareceria natural imitarle. Faltaba que su amiga tuviese el talento de la Guzman, que don Pedro I supiese tambien imitar á su padre en no abandonar completamente á la esposa por la dama, y en que la nueva reina poseyese la grandeza de ánimo suficiente para avenirse con las condiciones de su nuevo estado. El dia 4 de octubre se vieron en Tarazona don Juan Alonso de Alburquerque y don Bernardo de Cabrera, en nombre de los reyes de Castilla y Aragon, y ajustaron tratos de paz y amistad que no debian ser duraderos.

Por el mes de febrero de 1353 doña Blanca de Borbon vino de Francia á Valladolid para ser una esposa desgraciada. Al rey le acababa de nacer entonces en Aguilar una niña, por nombre doña Beatriz, primer fruto de sus amores con la Padilla. La plaza de Aguilar habia sido tomada por la fuerza, y la mayor parte de sus defensores, incluso don Alonso Coronel, habian sido decapitados: por lo que todos los bienes de esta familia habian sido confiscados y declarados propiedad de la hija del rey. Desde este momento se conoció que Alburquerque se habia engañado creyendo que la Padilla seria un instrumento de sus voluntades. Los hermanos y deudos de esta, y su tio Juan Fernandez de Hinestrosa formaron alianza para tener preso en sus redes al monarca que ya contaba diez y ocho años y habia probado los dos placeres mas venenosos, el de la liviandad que embrutece al hombre, y el de la venganza que le dá los enardeci-

mientos de la fiera. Ya Alburquerque, y la misma reina madre le eran enojosos: y en verdad no merecian ser amigos ni consejeros de reyes. Un antiguo romance habla de la venida de la reina doña Blanca, y dá á entender que por el camino tuvo intimidades con ella el maestre de Santiago don Fadrique. Es muy probable que este romance sea calumnioso, como otras de las muchas voces vagas que se esparcieron para explicar los hechos misteriosos de este reinado. Pero es menester que se pongan á la vista todos los precedentes si se ha de fallar un pleito en el que se cruzan tan opuestos intereses. Fadrique se acercó á los Hinestrosa y los Padilla mas de lo que podia parecer conveniente, en quien como él tenia que deplorar la pérdida de su madre, la Guzman. No se explicarian bien estas relaciones del bastardo con el hijo legítimo, sino suponiendo que todos creyesen que solo la reina madre era autora de la muerte de aquella concubina. Tambien los otros dos hermanos, don Tello y don Enrique, parecieron querer entrar en amistad con el rey, con tal que este se emancipase de la tutela de Alburquerque y de su madre. Antes eran las familias de los Lara y los Haro quien mantenia en continua perturbacion el estado; ahora los nombres de los perturbadores eran otros, el fondo de sus pretensiones el mismo: hacerse superiores al príncipe, mandar en su nombre, y disponer de las fuerzas y del tesoro público. Alonso XI habia humillado á una nobleza, y creado en su lugar un plantel de príncipes adulterinos, mas poderosos que aquella, mas allegados al trono, y mas familiarizados con sus grandezas. El dia 3 de junio de 1353 se celebraron en Valladolid las bodas entre el rey don Pedro I y doña Blanca de Borbon. El rey acababa de dejar en Montalvan á la Padilla, que le hablaria como

quien era, incapaz de dirigir por las vias de la moderacion y la templanza á un príncipe que le confiaba, envuelto en cariños, el bienestar del estado. Asistieron á la ceremonia la madre del rey, su tia doña Leonor viuda de don Alonso de Aragon, los dos hijos de esta princesa, don Fernando y don Juan, y alternando con ellos los dos bastardos don Enrique y don Tello. En segunda línea venian los nobles y los prelados. Ninguno dejó de conocer que aquel matrimonio iba á ser desgraciado. El rey apenas miraba á su esposa, ni la dirigia una palabra de lisonja ó de ternura, ni se acercaba á ella siquiera para salvar las apariencias. La primera mirada que los dos se clavaron fué de mala voluntad por parte del príncipe, de dolor y tristeza por parte de la princesa. Cuanto mas eminentes eran las prendas de esta esposa, mas profunda debió de ser su consternacion al convencerse de que no podia labrar la felicidad de su esposo, ni la suya propia. Los que tienen escudriñados los pliegues del corazon humano, saben que en estos casos los hechizos están de mas, y lo que llamamos antipatía ó simpatía nace á veces de una sola mirada, de una palabra ó de una sonrisa. Hay quien dice que los judíos dieron al rey un encanto; otros que se lo dió la Padilla; otros que la misma doña Blanca en una pretina que á él le pareció una culebra: pero estas imaginaciones de los autores no explican el desamor de don Pedro mejor que hubieran podido hacerlo dos palabras de la Padilla proferidas al oído de un amante crédulo y rendido. Al dia siguiente de la celebracion de las bodas fué el rompimiento entre la reina madre y el rey su hijo, y el valido Alburquerque y su soberano. El rey manifiesta deseos de separarse de su esposa; la madre y el valido no lo aprueban; pero el rey no deja de partir, seguido de don Enrique,

don Tello, y los Padilla. Alburquerque y su amigo el maestre de Calatrava temen ya por sí; y aunque el rey les manda ir á Toledo le desobedecen, y el primero se mete en Carvajales, aprestándose para la defensa, mientras el segundo se traslada á Aragon con su gente. No bien estos dos caballeros han salido de Valladolid con su séquito, el rey deja otra vez en Montalvan á la Padilla y va á ver á su madre doña María, á su tia doña Leonor y á su esposa doña Blanca que habian quedado en aquella ciudad. Lo que pasó en esta entrevista se deja suponer, diciendo que fué la última que Pedro I tuvo con su esposa, pues mandó llevarla al castillo de Arévalo y dió órden de que en ninguna manera la viese la reina madre. Entonces comenzó la deposicion de todos cuantos empleados interiores, en la casa real y en las poblaciones, habia nombrado Alburquerque. La reina madre hizo que el cardenal arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz se trasladase á la corte romana para inclinar al papa á que tomase cartas en aquel negocio en favor de doña Blanca. Ruegos, amenazas, representaciones, lágrimas, todo fué inútil: Pedro I se negó á dejar la Padilla y á vivir en buena armonía con su esposa. Sus hermanos naturales le rodeaban por este tiempo y vivian con él en mucha intimidad. Á don Tello le casó con la heredera de la casa de Lara; á don Fadrique, maestre de Santiago, le trató en Olmedo con mucha consideracion y aprecio; y respecto á don Enrique puso en olvido las quejas que de él tenia, dándole el cargo de frontero, ni mas ni menos que á don Fadrique.

Los acontecimientos de 1354 son capitales para los que deseen juzgar con algun acierto á don Pedro I. Contaba este príncipe diez y nueve años. Sabia que su padre Alfonso XI habia faltado á la palabra real enviando salvo-con-

ducto á un noble para poder darle muerte, tal vez con ánimo de introducir la doctrina de que el príncipe debia ser superior á todas las leyes y costumbres. Quiso, pues, imitarle ofreciendo seguridad al maestre de Calatrava, que se habia metido en Aragon, y haciéndole matar en cuanto lo tuvo en su poder. Si aquella accion nos pareció detestable en don Alonso XI, no es posible que tengamos por honrada la de Pedro I. Este monarca hubiera deseado hacer lo mismo con Alburquerque; pero este hombre de estado era mas conocedor del terreno que pisaba, y algo mas peligroso. Las tramas qus estaba urdiendo fomentaron muy luego una guerra civil calamitosa. El rey se iba apoderando de las plazas de su antiguo valido. Medellin cayó en su poder, y en poco estuvo como no se hizo dueño de la de Alburquerque. En Estremoz tuvo vistas con el rey de Portugal, y no pudo recabar de él que obligase á volver á Castilla á aquel privado para que diese cuentas de la hacienda pública por el tiempo en que corrió á su cargo. Á la sazon, deseando don Pedro I dar por nulo su casamiento con doña Blanca, alegó sus razones por ante los obispos de Avila y Salamanca, y los dos declararon que el matrimonio no era válido. Al momento don Pedro hizo uso de la libertad que le devolvian estos dos prelados, y casó con doña Juana de Castro, viuda de don Diego de Haro. Esta fué la señal que al parecer esperaban todos los turbulentos del reino para mover grandes alteraciones: como si hubiesen provocado al rey á que diese un mal paso á fin de sacar de él un partido ventajoso para sus fines. Y fue notable que doña Juana de Castro fué abandonada á los dos dias como lo habia sido doña Blanca de Borbon. Al momento la reina madre, Alburquerque, don Enrique y don Fadrique, y los Castro forma-

ron una liga secreta segun decian para obligar al rey á vivir con doña Blanca, y en realidad para arrebatar el poder de manos de los Padilla. Era de ver que la misma reina entraba en la trama. El rey quiso asegurarse de ella, y mandó que de Arévalo la trasladasen al alcázar de Toledo. Doña Blanca pidió que la dejasen orar un breve rato dentro la iglesia mayor de esta ciudad, y estando en ella se puso á dar voces diciendo que se amparaba del sagrado del templo contra los mandatos de su esposo, y excitando al pueblo á que la diese favor y ayuda. Equivalia esto á declararse en rebelion abierta: lo que prueba que doña Blanca era cuando menos tan orgullosa y partidaria de las medidas extremas como su mismo esposo, y poco amiga de ganar el corazon de este con la dulzura. Ya podia preverse que la Francia tomaria cartas en este asunto, y por lo mismo la liga se iba haciendo formidable. Viendo don Pedro I que sus hermanos bastardos le habian hecho traicion como fronteros, encomendó este delicado cargo á sus primos hermanos los infantes de Aragon don Fernando y don Juan: y tambien se la hicieron, abriendo los lindes del reino á los rebeldes. Don Pedro I supo con la mayor indignacion que don Fadrique habia entrado en Toledo con los caballeros de Santiago y se habia declarado en favor de la reina. Trató, pues, de deponerle, y convocó capítulo de los comendadores de la órden en Ocaña. Don Fadrique fué depuesto en él con las formalidades de estilo; y para reemplazarle fué elegido un hermano de la Padilla. El reino quedaba dividido en dos parcialidades: la de doña Blanca, y la de los Padilla. Los infantes de Aragon, en son de súplica, pidieron al rey que atendiese á los deseos de la mayor parte de los ricos-hombres; á lo que don Pedro respondió que no se esperase nada

de él por las armas. Era tal el empeño con que la liga tomó esta demanda que, habiendo muerto Alburquerque en Medina del Campo, dejo escrito en su última voluntad que no se le diese sepultura hasta que hubiesen reducido de grado ó por fuerza al monarca: de suerte que su cadáver fué paseado por muchos pueblos, haciendo correr la voz de que el rey habia comprado á un médico judío para que diese á Alburquerque una pócima. Á tales recursos se apelaba para doblar el albedrío de un monarca indomable. La misma reina madre, con ser la que le enseñó las sendas de la venganza, incitaba á la liga á que desconfiase de su hijo pues este sabria burlarlos. En efecto, viéndolos poderosos, supo dominarse hasta el punto de encomendar la decision del negocio á una asamblea compuesta de cincuenta personas por parte. Aveníanse los nombrados por el rey á que este se apartase de la Padilla y admitiese á doña Blanca, pero no se conformaban con que los destinos públicos tuviesen que pasar á otras manos. Y viendo la liga que esto era perder tiempo, volvieron á pasear por los campos y poblaciones aquel cadáver, y por tierras de Zamora se encaminaron á Toro. La reina madre, y la tia del rey, doña Leonor, enviaron á suplicar á este que fuése tambien á Toro, para arreglar el asunto á satisfaccion de todos. No faltó quien aconsejase al rey que no fuése allá; pero Hinestrosa y el judío Samuel Leví opinaron que era conveniente ir: y el rey adoptó este dictámen. Muy pronto á sus consejeros les pesó de habérselo dado y á él de haberle seguido. Por grados el rey fué conociendo que tenia libertad para todo, menos para salir de Toro; y vió que en nombre suyo se disponia de todos los empleos y hasta se reducia á prision á Leví y á Hinestrosa: pero, en vez de entregarse á los extremos de la

fiereza, ni á los del abatimiento, acudió al disimulo y al ardid, y consiguió ir debilitando con promesas y halagos á sus contrarios. Á un legado pontificio que vino para reducirle le respondió con tal mesura y en tales términos que le dejó convencido de que no deseaba otra cosa que alejarse de la Padilla y entrar en intimidad con la reina. Los de la liga creyeron que era llegado ya el caso de dar sepultura al cadáver de Alburquerque. Pero, á fines del año, en los momentos en que mas confiados andaban, el rey salió de Toro como para ir á caza, y luego dió de espuelas á su caballo, y alejándose de sus enemigos se metió en Segovia. Al mismo tiempo que esto pasaba en Castilla tenia lugar en Portugal la trajedia de doña Inés de Castro. Secretamente casada segun de público se decia con el príncipe don Pedro, heredero del trono, el rey tomó consejo, mas bien que de la razon, de su orgullo, y mandó dar muerte á aquella desgraciada. Las lágrimas de la víctima, y la inocencia de los frutos del amor de la misma habian enternecido ya al monarca, cuando sus allegados consiguieron que renovase la órden de muerte que fué al momento ejecutada en un convento de monjas de Santa Clara. Sin saberlo aquel príncipe dijo que tomaria venganza hasta inundar en sangre el reino; y, aunque al pronto le apaciguaron, fué ya imposible cambiar el rumbo que de aquella crueldad habia recibido su carácter.

Los que en 1355 vieron en libertad á don Pedro I, creyéronle superior á sus contrarios, y se pasaron en gran número á sus banderas, aunque él no pudo olvidar á los que habia visto en las contrarias. Los infantes de Aragon don Fernando y don Juan, fueron los primeros en seguirle. El rey convocó córtes en Búrgos cuando llevaba ya cumplidos

los veinte años. En ellas se quejó de su madre y sus hermanos naturales, diciendo que de ellos procedian las turbaciones del reino; y obtenidos recursos prometió vivir bien con la reina. La guerra tomó tal aspecto que no parecia que se la hiciese una madre á un hijo, sino dos naciones salvajes. La madre estaba aliada con los mas encarnizados enemigos de su hijo; los bastardos se habian coligado con quien habia hecho dar muerte á su propia madre. Uno de ellos, el conde don Enrique, indignado porque los habitantes de Colmenar, adictos á don Pedro I, le habian opuesto una tenaz resistencia, entró en la poblacion á saco y á cuchillo, y la entregó á las llamas. Los moradores que no murieron por el hierro, perecieron por el fuego. Á su vez, don Pedro, cuando entró en Toledo, mandó dar muerte á seis nobles y á veinte y dos plebeyos. En Colmenar, mezclados hijos y padres, sucumbieron á centenares sin que uno pudiese dar por el otro su existencia. En Toledo, dicen haberse permitido que un hijo comprase con la suya la vida de un padre octogenario. El rey sitió á su propia madre en Toro; y cuando un legado pontificio vino á intimarle que volviese la libertad al obispo de Sigüenza, á quien tenia preso, lo hizo desde luego; y cuando le pidió que cohabitase con la reina y despidiese á la Padilla, prometió que tambien lo haria; pero cuando le instó á que conservase buenas relaciones con su madre y los bastardos, respondió que no haria tal hasta que Toro fuese tomada y viesen los rebeldes que no bastaba para hacer buena una rebelion buscar mas ó menos especiosos pretextos. La reina fué llevada presa á Sigüenza.

El sumo pontífice escribió en 1356 al castellano, amenazándole con la excomunion si continuaba burlando á sus le-

gados con promesas no cumplidas. Pedro I iba derecho á su fin, sin cuidarse de amenazas ni retroceder ante los mas graves peligros. Si le parecia bien disimular su enojo, sabia hacerlo, y esperar con calma su hora. Con promesas de seguridad indujo á su hermano natural don Fadrique á que se saliese de Toro; y por tratos con algunos cabos de la plaza consiguió penetrar en ella. En vano su madre le pidió la vida de algunas personas. La que habia enseñado á su hijo á ser implacable en sus venganzas, halló en él una inflexibilidad tenaz é incontrastable. Esta madre murió á poco en Portugal, enemistada con su hijo. Este hijo á muy pocos perdonó; pero en su número se cuenta á un ayo de don Juan, otro de los Guzmanes hijos de don Alonso XI. El conde de Trastamara, el mayor de ellos, envió á ofrecer la corona de Castilla al príncipe heredero de la de Portugal; pero, aunque este no se negaba á entrar en aquella aventura, el rey su padre le contuvo diciendo que no era tan fácil el cumplimiento como la oferta. Por este tiempo la arrogancia de un marino catalan, y la altanería del monarca aragonés, mal informado de los elementos con que podia contar el castellano, provocaron la guerra cruel que se encendió entre ámbos estados. En el puerto de Santa María estaban surtas dos naves genovesas con pabellon pisano cuando el almirante aragonés Francisco Perellós acertó á acercarse á las mismas aguas y se apoderó de ellas. Pedro I estaba presente, que fué doble injuria, y se encendió en ira, alegrándose en su corazon de que á falta de una guerra contra el moro, para dar diversion á sus vasallos, se le ofreciese otra contra unos vecinos en quienes hallaban amparo sus ricos-hombres turbulentos. Estos comienzos tuvo la funesta lucha promovida entre las dos mas poderosas nacio-

nalidades iberas. Naturalmente la guerra consistió este primer año en cabalgadas de los fronteros ; y en las consiguientes devastaciones, talas de los campos, y destruccion y saqueo de las poblaciones.

En 1357 murió don Alonso IV, rey de Portugal, y subió al trono su hijo Pedro I, tio del rey de Castilla del mismo nombre. La guerra entre Aragon y Castilla continuaba llevada adelante con encarnizamiento. Si el aragonés entraba en tratos con el francés y con el rey de Marruecos, el castellano los entablaba con el inglés, con el granadino, y con los genoveses; si Pedro de Aragon trataba de hacer la guerra á su enemigo comprando la cooperacion de la parcialidad castellana que habia quedado vencida en Toro, y la del jefe de la misma que por mar habia huido á Francia, don Pedro de Castilla á su vez sacaba partido del desafecto con que muchos valencianos y aragoneses miraban á su rey, é iba por este camino ganando terreno; y si el aragonés, temeroso de su perdicion, instaba por bajo cuerda á un legado pontificio á que interpusiese sus buenos oficios, el castellano admitia largas cuando le convenian, andaba á paso de carga como en la toma de Tarazona, cuando la actividad era necesaria, y sabia rehusar batallas si veia á sus contrarios demasiado bien posicionados. Los infantes de Aragon, primos hermanos del castellano, no sabian á qué lado volverse, pues de una parte veian en Aragon á una fiera dispuesta á ensañarse en ellos, y en Castilla á un príncipe inexorable que no podia olvidar la rebelion de Toro. Y andando perplejos acababan de labrar su propia ruína. Algunos nobles de Castilla movieron alteraciones en Andalucía, pretextando que el rey miraba con sobrada aficion á sus hijas y esposas. Don Juan de la Cerda fué por ello preso y ajusticiado. Di-

con que su viuda llevó el heroísmo por la castidad hasta el punto de mutilarse el rostro para curar de liviandades al monarca. Á Martin de Abarca, á quien en Toro habia perdonado la vida el rey don Pedro I, ya no se la perdonó cuando en Aragon le halló haciendo armas contra él. Los hermanos de don Enrique de Trastamara, don Fadrique y don *Tello*, se mantenian fluctuantes, sirviendo flojamente al castellano, pero dispuestos á rebelársele aprovechando la primera coyuntura. Don Enrique habia procurado sacar de Castilla á su esposa doña Juana Manuel para hallarse mas libre y desembarazado en sus movimientos. El papa habia excomulgado al castellano y puesto entredicho en sus estados, ó en parte de ellos segun creen algunos, sin que fuese posible hacerle desistir de sus intentos.

El rey de Castilla se iba creciendo á medida que mas de cerca le acosaban sus enemigos. Veinte y tres años tenia en 1358. Su crónica no echa en olvido ninguna de sus flaquezas. Bien al contrario de otras crónicas, que apenas hablan de los deslices de los príncipes, y en las cuales todo se convierte en motivo y fundamento de encomios, la de Don Pedro I fué confiada á una pluma hábil en dar colorido á todas las circunstancias repugnantes, y en cubrir de tinieblas lo que pudiese ser interpretado á favor suyo. Otras crónicas hubieran dicho simplemente que el rey tuvo relaciones con una dama de este ó del otro nombre. Las que tuvo aquel monarca con doña Aldonza Coronel, van anotadas con todos sus puntos y señales. Esta dama, en cuanto se vió favorecida del rey, se perdió por sobras de arrogancia. Dió órden de prender á uno de los amigos del monarca y esparció el espanto en las filas de los Padilla. El rey se hizo superior á su pasion, y abandonó á su nueva amiga. Estaba

rodeado de traiciones. Los que le defienden, contra la crónica, dicen que los que antes no habian podido vencerle enardeciendo las pasiones de los propios, ahora se coligaban con los extraños para perderle. Habian ofrecido la corona de Castilla á un príncipe portugués; ahora habian dado á entender al rey de Aragon y á los franceses, que Castilla se levantaria en masa á favor de los extraños, desde el momento que alguno llamase á sus puertas con buen ejército. Don Pedro quiso dar comienzo á una nueva campaña, desembarazado de traidores. En sentir suyo, sus hermanos naturales y sus primos hermanos, se habian hecho reos de lesa majestad en Toro, en Toledo, en Colmenar, y luego reos de lesa nacion en las fronteras de Portugal y en las de Aragon. Uno á uno le iban abandonando en cuanto hallaban ocasion propicia. Si él era malo, añaden, todos y cada uno de ellos le excedian en maldad y podian ser sus maestros en alevosía. Representacion y cabeza de una vasta monarquía, ó esta debia confesarse anulada é ir pereciendo, como la de los califas de Córdoba, á manos de sus propios guardianes, ó debia hacerse justicia de los poderosos, eternos perturbadores del estado. Don Fadrique fué muerto en 1358 de órden del rey, en castigo de su rebelion de 1354 y de sus sediciosos conatos posteriores. El infante de Aragon don Juan pagó al mismo tiempo con la vida su deslealtad pasada. Tales castigos son sobremanera dolorosos; pero sin ellos era imposible que Castilla pudiese respirar holgadamente y rechazar á los extraños. Solo el rey, dicen, habia sabido conocer lo que exigia de la dignidad de su corona la afrenta que le hizo un mal vecino apresando unas naves, á las que su pabellon daba sombra; y cuando él trataba de volver por la honra de todos, los que por su posicion debian secundarle,

urdian tramas para auxiliar al enemigo. Así tratan de defender á don Pedro los que creen que su crónica fué escrita por mano de enemigos suyos. Tambien afirman que el infante de Aragon don Juan, en tanto creia justa la muerte de don Fadrique, en cuanto él mismo contribuyó á prenderlo con ánimo de heredar su señorío en Vizcaya, conforme el rey se lo tenia ofrecido. Si el cronista Ayala recibió encargo de ennegrecer con ciertos toques la historia de don Pedro I, asi como otros le recibieron de buscar en las ascendencias de la casa de Guzman, cuando esta hubo subido al trono, todo lo mas noble y bueno de nuestros anales, es necesario confesar que supo hacerlo con talento, habilidad y decoro. Su crónica aunque parezca la fuente de todas las acusaciones contra don Pedro, es el arsenal en que se apoya su defensa; y aunque se crea dictada para ser el diploma de honor de Don Enrique de Guzman, contiene el sumario completo para dirigirle cargos. En ella están casi indicadas, á manera de mojones, las frases y las cláusulas que debieron ser intercaladas para que la crónica se hiciese admitir de los vencedores y no fuese entregada á las llamas. Hemos visto que don Enrique habia conseguido sacar de Castilla su mujer por medio de ardides. Ahora procuró don Pedro poner presa á la esposa de don Tello, y á la madre de don Fernando. El primero iba con don Enrique haciendo irrupcion en tierras de Castilla, y entró en las plazas de Mesa y Villel. El segundo se habia pasado al enemigo, aunque todos le miraban como á legítimo sucesor de la corona de Castilla por falta de sucesion legítima, y ahora estaba haciendo entradas por el reino de Murcia. Pedro I, al mismo tiempo que pugnaba por desembarazarse de enemigos interiores, procuraba ir en busca de sus contrarios exteriores. Toma-

das á sueldo algunas galeras de genoveses, y armadas otras en Sevilla, no vaciló en hacerse á la mar y tomar rumbo hácia las playas de Valencia. Echó en tierra su gente junto á Guardamar, y se apoderó á viva fuerza de esta plaza. Mientras esto pasaba en la costa, levantóse una tormenta que destruyó casi toda la armada. El rey, muy sereno, entregó á las llamas los restos de los buques y la misma poblacion de Guardamar, y se encaminó por tierra á Murcia. Hechas las prevenciones para renovar su escuadra, internóse en el reino de Aragon como para responder á un cartel de desafío que el aragonés, á fin de ganar tiempo, hizo plantar contra él en la misma corte romana. Tomó á paso de carga varias plazas, entre ellas la de Monte-Agudo, y cuando su enemigo atribulado le esperaba tomando la defensiva, él estaba ya de vuelta en Sevilla preparándose para la campaña de 1359.

Antes de darse comienzo á esta, un legado pontificio anduvo inútilmente de uno á otro campo llevando proposiciones de paz que eran constantemente rechazadas. Ni el castellano la deseaba, ni el aragonés podia admitirla tal como aquel se la ofrecia exigiendo devoluciones y gastos de guerra considerables. Don Pedro deseaba probar una campaña marítima. Reunidas muchas naves de Galicia, Asturias y Vizcaya, construidas otras en las costas de Andalucía, y prevenida la gente, se hizo á la mar con una armada compuesta de ciento cincuenta velas, en su número cuarenta galeras, y ochenta grandes naves, además de las fuerzas sútiles, y de diez galeras que luego envió el portugués como aliado de Castilla. Esta armada se detuvo primero en Algeciras, luego en Cartagena, despues en Guardamar, mientras el rey devastaba las cercanías de esta plaza, y por úl-

timo en los Alfaques. Una division compuesta de galeras daba la vuelta á las Baleares, y se apoderaba en Ibiza de una nave veneciana, mientras el grueso de la escuadra se presentaba ante las aguas de Barcelona. La embestida dada á esta plaza no fué afortunada, y el rey se volvió hácia las Baleares, á cuya capital puso sitio, y tuvo que levantarle sabiendo que contra él venia el grueso de la escuadra aragonesa. Pedro I tomó tierra en Cartagena, y mandó que volviese su armada á las costas de Andalucía. Por este tiempo los fronteros castellanos de la parte de Aragon perdieron la batalla de Araviana, ganada por don Enrique, don Tello su hermano, y el aragonés don Pedro de Luna, sobre la hueste de Hinestrosa, cuyo caudillo quedó en el campo de batalla. La guerra se hacia sin dar cuartel. El castellano habia declarado por traidores á su primo hermano don Fernando, y á todos los bastardos hijos de Alonso XI y de la Guzman. Ni fué perdonada doña Leonor, madre de don Fernando, sino que fué muerta en la misma cárcel. No se creerian las historias de aquel tiempo sino hubiesen quedado monumentos incontestables que los atestiguasen. Cuando don Jaime I de Aragon dice en su crónica que se alegra de la muerte de uno de sus hijos naturales por lo desagradecido que andaba moviendo guerra á su hermano legítimo; cuando Juan I de Aragon no vaciló en poner á cuestion de tormento á su propia madrastra, viuda de un monarca; y cuando un infante de Castilla no vacilaba en degollar mancebos para conseguir que los padres le rindiesen las plazas: es preciso confesar que en la atmósfera de aquellos tiempos habian perdido su colorido mas repugnante todas las fierezas. Ya vimos como Pedro IV de Aragon contaba sin inmutarse que habia hecho beber á sus sediciosos enemigos me-

tal ardiente y líquido. El rey de Portugal, Pedro I, llevó por este tiempo su sed de venganza hasta hacer sufrir los mas atroces martirios á Pedro Coello, y Alvaro Gonzalez por matadores de doña Inés de Castro, mandando arrancarles el corazon y quemarlos todavía palpitantes. De todos los heroísmos el del perdon era el que menos se conocia, por ser, decian, el que menos habia aprovechado. Pocos nobles habia por este tiempo en Castilla que no hubiesen sido indultados como á rebeldes una ó mas veces, sin que sacasen aprovechamiento ni enseñanza. Ahora se caia en el opuesto extremo de no perdonar á nadie. Y como los castigos caian sobre cabezas visibles, el pueblo tomaba cierta atroz complacencia en ver que ya no era meramente él quien sufria todo el rigor de la ley, sino todos cuantos hasta entonces se habian creido superiores á las leyes.

Continuó en 1360 la guerra con varia fortuna. El aragonés recobró la plaza de Tarazona; don Enrique renovó sus acostumbradas correrías en las fronteras de Castilla; Pedro I venció por tierra á los aragoneses tomando los pendones de don Enrique y de don Tello; su escuadra derrotó la de Aragon; visto que sus contrarios iban á tener de su parte al portugués, entró con este en tratos secretos en virtud de los cuales el rey de Castilla entregó al de Portugal sus enemigos personales refugiados, y el de Portugal al de Castilla aquellos de entre sus nobles fugitivos que habian buscado un asilo en la Lusitania. El reinado de Pedro I, verdadera revolucion contra el predominio de la nobleza, como el de Pedro IV de Aragon lo era contra las franquicias públicas, costó la vida á todos cuantos manifestaban tendencias favorables al antiguo régimen que venia proclamando la omnipotencia de los ricos-hombres. Los pueblos, co-

mo si continuasen en la cruzada contra los señores de behetría, poseian en general aquel espíritu favorable á don Pedro, de que se quejaba Enrique de Trastamara con referencia á los moradores de Colmenar y de Toledo. Todos los rigores ejercidos con los potentados eran populares, y sin ser analizados se denominaban justicias. Dicen que un sacerdote, suponiéndose inspirado, anunció al rey que moriria á manos de don Enrique: yo te anuncio que morirás quemado, le respondió el rey, é hizo que así se cumpliese. Es otro de los acontecimientos dudosos que la tradicion ha ido transmitiendo. Ya vimos que en el anterior reinado, un judío, que era el que manejaba la hacienda, fué acusado de malversacion de caudales, y aunque se le probó no fué castigado, porque en la malversacion entraban los gastos secretos por liviandades del monarca. Corriendo este año de **1360**, tambien fué acusado Samuel Leví, á cuyo cargo corria asimismo el tesoro público. Pedro I no hizo lo que su padre, sino que dió satisfaccion completa á los acusadores, mandando ajusticiar á su tesorero, y confiscándole los bienes: que este y no otro era un linaje de justicia expeditiva, muy usada en aquel y en otros tiempos.

En **1361** abrió Pedro I la campaña, pasando con seis mil caballos y doce mil infantes á tierras de Aragon, y apoderándose de varias plazas y castillos, en su número Alhama, Hariza, Torrijo y Verdejo. El portugués auxilió al castellano con un refuerzo de seiscientos caballos. A su vez el rey de Aragon hizo de manera que el granadino se moviese á favor suyo haciendo entrada en Andalucía, ya que por una de las revoluciones entonces comunes en Granada, habia sido depuesto un príncipe amigo de Castilla. En vista de esta novedad, el rey don Pedro I cedió á las instancias de

un legado pontificio que le solicitaba para que hiciese la paz con Aragon, y se avino á firmarla. Por ella los beligerantes debian restituir las plazas ocupadas al enemigo, y el aragonés debia dar despido al conde de Trastamara y á todos cuantos castellanos le servian. Pero ninguno de los firmantes se apresuró á dar cumplimiento á lo que le incumbia: por lo que desde luego se echó de ver que uno y otro no habian deseado otra cosa que ganar tiempo. Lo primero que hizo el rey, al llegar á Sevilla, fué disponer cabalgada contra los granadinos, y fué llevada á cabo por los maestros de las órdenes militares. A ella respondieron los moros con una poderosa algara, y dicen las crónicas de los castellanos, que, al volverse el moro con buena presa fué acometido, arrollado y obligado á abandonar su botin y sus cautivos, y á dejar en manos de los cristianos un gran número de prisioneros. Lo segundo que hizo Pedro I, fué enfurecerse viendo que la salud de la Padilla declinaba visiblemente, como si la hubiesen dado algun bebedizo; por lo que, suponiendo que era obra de algun amigo de la reina, dió órden de que matasen á esta desventurada princesa. Sus panegiristas, y muy autorizados, ha tenido esta noble reina; y dicen que poseyó todas las virtudes, prendas del alma, y todas las perfecciones, gala del cuerpo. Lo que dicen sus detractores se reduce á sus supuestas relaciones con don Fadrique, á la rebelion que provocó en 1354, y al orgullo que no la permitió dominar á su esposo. El mismo fin desgraciado tuvo la mujer de don Tello. De ninguna de ellas existe proceso; y si se ha de formar en vista de la crónica, hubiera sido muy favorable á las ideas de los panegiristas de la primera, el hacer que desapareciese aquella provocacion de Toledo, y la triste circunstancia de que precisamente

fuese don Fadrique el primero que acudió á socorrer á la reina sublevada. La Padilla murió tambien á los pocos meses.

En 1362 la guerra con los granadinos tomó un sesgo desgraciado, pues un cuerpo de mil caballos y dos mil infantes fué arrollado junto á Guadix, quedando prisioneros los jefes que le mandaban. El rey de Granada, temeroso de una explosion de cólera por parte del castellano, pensó que seria bastante á aplacarle el dar libertad á aquellos jefes: pero Pedro I se encendió mas en ira, queriendo vengar con las armas lo que por ellas habia sufrido. Dos entradas hizo en muy poco tiempo en tierras del enemigo, y les tomó una multitud de plazas. El moro, deseoso de aplacarle, fué en persona á Sevilla con grandes presentes para ofrecérselos. Habia pedido salvo-conducto para el rey de Granada, y le habia sido otorgado. Pero Pedro I no reconocia por rey de Granada mas que á aquel Mohamed á quien Ismael habia despojado, y no á Abu-Said que á su vez habia usurpado el trono. No ignoraba don Pedro que todo cuanto traia consigo en prendas de valor el moro se destinaba para él; pero á sus ojos el único rey de Granada, á quien miraba como su vasallo feudal, era Mohamed el desposeido. Imbuido de estos principios, y enemistado con todas las usurpaciones, cayó en la tentacion de acabar de un golpe con la guerra de Granada, destruyendo al usurpador y entronizando de nuevo al despojado. Los que en este acto defienden á don Pedro dicen que acababa de morir aquella doña María de Padilla que era sus amores, y que el dolor no le dejaba atenerse á las conveniencias. Pero este linaje de apología casi implica un desdoro en quien era jefe del estado: y otros prefieren atenerse al efugio de que el seguro se habia dado simplemente á favor del rey de Granada. Poco despues ce-

lebró don Pedro las córtes de Sevilla de este año de 1362. En ellas pidió auxilios para mantener hueste en campaña; y manifestó que antes de ser casado con doña Blanca lo habia sido con doña María de Padilla, estando presentes el abad de Santander Juan Perez de Orduña, el canciller Juan Alonso de Mayorga, Fernandez de Hinestrosa y don Diego García de Padilla. Tres de ellos vivian aun, y juraron ser verdad sobre los Evangélios; y en consecuencia las córtes reconocieron por sucesor á la corona á don Alonso, fruto de aquel enlace, y en su defecto á las hermanas del mismo, Beatriz, Constanza, é Isabel. No hubo protestas; y cuando el rey se acusaba á sí mismo, no pareció necesario acusarle. Hay quien opina que la mejor defensa de doña Blanca, está en esta declaracion hecha ante las córtes de Sevilla. Terminadas, hizo el rey sus prevenciones de guerra, y en Soria tuvo vistas con el rey de Navarra que le prometió apoyarle, aunque estaba muy lejos de querer cumplirlo sino en la parte conveniente. Era entrado el mes de julio cuando don Pedro penetró en Aragon y se apoderó de varias plazas, entre ellas Ariza, Arteca, Torrer, y de la de Calatayud que se le rindió por tratos, apurados todos los medios de defensa. El navarro como por via de diversion habia entrado en Sos y en Salvatierra, y hecho un amago sobre Jaca. El dia 18 de octubre, cuando el rey don Pedro I se hallaba ya en Sevilla de vuelta de su campaña, murió su hijo don Alonso, ya reconocido en córtes por infante heredero, y dice la crónica que de ello el rey tuvo un pesar profundo. La declaracion que ante las córtes de Sevilla habia hecho el castellano respecto á la Padilla, tiene muchos puntos de semejanza con otra que en Portugal acababa de hacer su rey, declarando que la desgraciada Inés de Castro, ha-

bia sido su consorte y legitimando los hijos que en ella tuvo.

Pero la del rey de Castilla habia sido al mismo tiempo un guante arrojado á la Francia que debia tomar por suya la injuria hecha á doña Blanca. Por lo mismo este monarca procuró en 1363 aliarse con los ingleses, enemigos del francés, y obtener auxilios del portugués y del granadino. Hizo en Aragon su primera campaña de este año, y llevó la consternacion hasta dentro de Zaragoza. Entre las muchas plazas que se le rindieron se nombran las de Aranda, Hondes, Maluenda, Fuentes, Tarazona, Magallona, Borja, y Cariñena. Terminada esta primera campaña, tuvo córtes en Bubierca, llamada por otros Abuberca, y en ellas hizo jurar por heredera del trono á doña Beatriz, y faltando ella, á sus hermanas; y volvió á dar por traidores é incursos en las penas de tales á los hijos bastardos de Alonso XI. No falta quien cree que el empeño que puso don Pedro I en querer legitimar á las hijas de la Padilla abrió el camino del trono á los hijos de la Guzman, pues los pueblos son muy lógicos en sus deducciones, y, no siendo posible dar á entender á nadie que doña Blanca no habia sido la reina, dijeron que ilegítimo por ilegítimo era preferible á una mujer un hombre. Ganada la mitad del reino de Aragon, don Pedro, abrió su campaña del reino de Valencia. De paso se le rindieron Teruel, Segorbe, Ejerica, Almenara, Alpuche, Benalguacil, Buñol, Macasta y Murviedro; y otras plazas, con mas ó menos resistencia, le abrieron las puertas; el rey de Aragon acudió para salvar la ciudad de Valencia y no pudo obligar á su enemigo á venir á trance de batalla. Por mar el castellano perdió cuatro galeras. El aragonés, viendo que su enemigo era mas afortunado, hizo que el abad de San Fiscan, legado pontificio, se interpusiese para entablar tra-

tos de paz. Fueron tales las condiciones ofrecidas por el aragonés, que ya el castellano no pudo negarse á aceptarlas. El rey de Castilla debia casar con doña Juana, hija del de Aragon, á la cual se le señalarían en dote algunas de las plazas de que aquel se habia apoderado, y otras que hacia tiempo eran objeto de litigio en el reino de Murcia, en su número la de Alicante; el infante don Juan, hijo y sucesor del rey de Aragon, debia casar con doña Beatriz, hija y heredera del reino de Castilla, prometiendo fundar un ducado con las demás plazas que en Valencia habia conquistado el castellano, y dotar con él al hijo segundo que naciese de este matrimonio; no habria vistas ni ratificacion hasta que se hubiese dado cumplimiento por parte del aragonés á un preliminar que se estipulaba en secreto; y este preliminar consistia en que el rey de Aragon habia de quitar la vida al infante don Fernando, que se titulaba heredero del trono de Castilla, y á don Enrique de Trastamara y sus hermanos como reos de lesa magestad para con el castellano. El aragonés comenzó á dar cumplimiento á lo tratado, solicitando á don Enrique de Trastamara para que le ayudase á dar muerte al infante don Fernando, á quien los dos odiaban mas profundamente que el mismo rey de Castilla, el aragonés por baja envidia, el bastardo porque veia en él único estorbo real, y á su ver insuperable, que le impedia aspirar al trono de Castilla. Consumada esta alevosía, esperaba el castellano á que el aragonés diese cumplimiento á lo restante de la cláusula secreta; pero el conde don Enrique anduvo muy sobre sí, y tan rodeado de buenos amigos, que no fué posible ejecutar con él lo que con don Fernando, aunque para ello el aragonés y el navarro concertaron vistas para Sos y á ellas acudió el mismo don Enrique tomadas mu-

chas precauciones. No pudiendo el rey de Aragon consumar esta segunda perfidia, dicen los analistas castellanos, creyó que Bernardo de Cabrera habia vendido su secreto; cuando en realidad quien le habia vendido al conde don Enrique, y á los demás castellanos, habia sido el conde de Denia, otro de los que intervinieron en los tratos. Estos quedaron rotos y se hicieron grandes preparativos de una y otra parte para abrir la campaña de 1364.

Enrique de Trastamara habia dado su hijo en rehenes al rey de Aragon, y recibido de este en garantía de buena correspondencia al infante don Alonso. Mas no por esto el conde se fiaba del rey, sino que procuraba tener muy unida su hueste, compuesta de castellanos, y elegir constantemente buenas posiciones. El rey don Pedro de Castilla, prevenida armada en las costas de Andalucía, y allegada una buena hueste, dió comienzo á la campaña apoderándose de Alicante, Elche, Denia y otras plazas, y acercándose á Valencia. Atribulado el aragonés volvió á tener vistas en Sos con el navarro y con don Enrique, y dió á este todas cuantas seguridades reclamó para llevar adelante su cooperacion. Ya don Enrique era mirado como el pretendiente á la corona de Castilla. Formando un cuerpo las tropas del rey de Aragon y las del conde de Trastamara, fueron hácia Valencia y consiguieron que el castellano levantase el sitio. Una recia borrasca impidió que la armada de Castilla pudiese destruir á la de Aragon que era muy inferior en fuerzas. Aquella quedó muy quebrantada y el mismo rey de Castilla corrió peligro de perderse: con lo que le fué forzoso replegar sus fuerzas por mar y tierra, y abandonar algunas plazas de las que antes habia conquistado. Pero, recibidos refuerzos, volvió á la carga, consiguió que su armada derrotase á la

aragonesa apresándola cinco galeras, y puso sitio á Orihuela. Hay quien cree que aquí perdió el trono. Dos veces habia rehusado dar batalla campal á sus enemigos, apesar de que sus soldados clamaban por darla, y decian que ganándola hubieran conquistado todo el reino de Valencia, y perdiéndola no hubieran hecho mas que perder parte de lo ganado. Ahora por tercera vez presentó batalla el aragonés para salvar la plaza de Orihuela, y por tercera vez la rehusó el castellano alejándose. Y como ciertas impresiones dificilmente se borran, la desconfianza que el rey de Castilla hizo de su gente, le fué pagada con otra desconfianza cuyos resultados pudo calcular muy en breve.

En 1365 consiguió el rey de Castilla volver á acercarse á Orihuela, y aun tomar esta plaza; pero al mismo tiempo el aragonés recobraba la de Murviedro, y ponia en accion todos cuantos medios le sugeria su despecho para vencer á su enemigo. Embajadas á Portugal, á Navarra, al papa; conciertos con el rey de Francia, para que este hiciese de manera que los aventureros mas perniciosos de sus estados, que no sabian en qué emplearse terminada la guerra, viniesen á dar la ley á Castilla: de todo se echó mano para hacer una guerra á muerte al rey de Leon y Castilla. Hubo quien aconsejó á este, como único medio para destruir los planes de sus enemigos, el mejorar las condiciones hechas por don Enrique á aquellos merodeadores: pero don Pedro respondió que para nada queria valerse del francés, ni mucho menos de su chusma. Sabia que no podia contar con la nobleza, cuyos privilegios habia cercenado y á la que estaba haciendo una guerra implacable; y asimismo le constaba que las milicias de los concejos carecian de la organizacion suficiente para resistir á los ricos-hombres, que esta-

ban jugando el todo por el todo. En alguna manera las fuerzas de unos y otros estaban equilibradas; y si con toda la fuerza de su voluntad habia hasta entonces podido inclinar de su parte la balanza, ya le era imposible sostener su obra á vista de la multitud de extrañas gentes que traia consigo don Enrique. La mayor parte de los nobles daban con gusto la corona á un bastardo porque sabian que en él triunfaban.

Tal vez jamás se vió mas humillada Castilla como en 1366. Los extraños la recorrieron en todas direcciones, asombrados de que los mismos naturales ofreciesen tan noble matrona á su brutal instinto, atada de piés y manos. Las conquistas hechas en Aragon y Valencia fueron abandonadas en un dia. En Búrgos se instaba al rey para que se quedase entre sus enemigos y se perdiese; y al mismo tiempo se tenian inteligencias con don Enrique para que avivase el paso. Adelantábase este renovando las antiguas concesiones de señoríos feudales y restableciendo las inmunidades de los ricos-hombres. Dadivoso con todos, pródigo de honores, distinciones, rentas y riquezas, todo cuanto le pedian lo otorgaba, y aun se anticipaba á todos los deseos. Caminaba á la restauracion, digámoslo así, de la nobleza, y traia para ello los instrumentos menos nobles. Don Pedro podia sacar de Búrgos un tesoro considerable; pero, conociendo el terreno que pisaba, y que deseaban encerrarle en la plaza para tener segura su presa, prefirió trasladarse á Sevilla y pasar á Portugal para probar si en ese reino hallaria lo que los Guzmanes habian hallado en Aragon. Desengañóse muy luego. El portugués solo trataba de alejar de su casa el nublado que cubria los reinos de Leon y Castilla, y únicamente dió á su antiguo aliado la escolta que necesitaba para internarse en Galicia. Tambien en este país hubo quien le

instó á defenderse; pero dijo que las armas con que habia sido destronado necesitaban el uso de otras armas análogas. Es fama que en Santiago hizo dar muerte al dean y al arzobispo, y confió la defensa de las fortalezas anejas á esta dignidad á los Castro, unas de las pocas familias nobles que permanecieron fieles á don Pedro. Todo el mundo sabe que algunas dignidades eclesiásticas poseian ciertos dominios temporales, en virtud de los cuales sus poseedores eran á un mismo tiempo ricos-hombres y prelados. Don Pedro I aborrecia, nó á estos, sino á aquellos. Los Castros, á quienes confió aquellas fortalezas, las defendieron hasta el último extremo, y cuando les fué forzoso emigrar, uno de ellos murió en Lóndres, y su epitafio consistió en estas sencillas palabras «aquí yace la lealtad de Castilla.» De Santiago pasó don Pedro á la Coruña en donde se embarcó en una escuadra compuesta de treinta velas, lo que equivale á decir que no salió de su tierra abandonado y fugitivo, sino muy acompañado, y en actitud de quien parte para una empresa. Detúvose en San Sebastian, en donde recogió en dinero lo que pudo sobre lo que ya llevaba, y se fué á Bayona en busca de una fuerza que equilibrase el poder de las compañías que tenian inundado su reino. Su rival don Enrique se habia hecho coronar en Búrgos, y recibir como á un libertador en Córdoba y en Sevilla, y solamente en Galicia habia hallado quien sostuviese con teson la causa del monarca legítimo. En las demás comarcas, los nobles, acaudillando á los extranjeros, barrian los poblados, talaban los campos, y reponian las cosas en el ser y estado que tenian en tiempo de los Lara y de los Haro. Esta facilidad con que triunfó don Enrique sirvió para ensoberbecer á los ricos-hombres, y preparar la restauracion del año siguiente.

En medio de esta perturbacion murió el rey de Portugal Pedro I, el dia 8 de enero de 1367. Partidario de la política del castellano, habia sido educado en la escuela de las venganzas, y salió sobresaliente. Procuraba, lo mismo que el castellano, ejercer lo que él llamaba sus justicias en los potentados. El usurpador de la corona de Castilla no dormia tranquilo. Sabia que en Bayona trataban de hacerle la guerra con sus propias armas, alistando extranjeros que viniesen á arrojar de la Península á los anteriores advenedizos. Allegó de todas partes gente, prodigó honores, dignidades, privilegios, esperanzas, repartió en breves dias los tesoros de que habia hallado llenas las arcas del estado en Búrgos, en Toledo, en Córdoba y en Sevilla, dió sesenta mil doblas al rey de Navarra para ser engañado, y escribió al nuevo rey de Portugal, don Fernando I, solicitando su amistad y sus auxilios. El navarro habia prometido no dar paso á don Pedro ni á los ingleses, pero lo hizo de manera que cayó prisionero como lo deseaba, y no hizo nada. La nueva nube cruzó los Pirineos por Navarra, como la primera los habia cruzado por Cataluña, y se corrió hácia las llanadas de Castilla. Venia don Pedro con el príncipe de Gales, heredero de la corona de Inglaterra, y ámbos acamparon junto á Vitoria; y el dia 6 de abril se adelantaron hasta Nájera en donde don Enrique les presentó batalla. Don Enrique atendió mas al centro que á las alas de su ejército, y situó en aquel sus mejores tropas y las de Claquin ó Duguesclin su aliado. Don Pedro y el inglés atendieron primero á destruir las alas de su enemigo para caer despues en masa sobre su centro. Don Tello, sostenia el ala izquierda de don Enrique, y fué arrollado muy luego por el príncipe de Gales. Al mismo tiempo el ala izquierda de don Pedro destruyó la derecha

de don Enrique, y entonces á una los tres cuerpos del ejército del monarca legítimo cayeron sobre el centro del usurpador y le destrozaron á pesar del esfuerzo con que pelearon Duguesclin y sus bravos aventureros. Muchos nobles castellanos sucumbieron en aquel campo de Nájera; muchos de los aventureros y sus jefes cayeron prisioneros; y en breve espacio de tiempo los reinos de Leon y Castilla volvieron á prestar obediencia á su príncipe. Los pueblos sufrieron mucho en estos cambios; pero en general pareció mas noble la venida de don Pedro auxiliado por un hijo de un poderoso monarca extranjero, que la de don Enrique cuyos aliados iban capitaneados por algunos merodeadores. Don Pedro habia prometido muchas ventajas á trueque de recobrar sus dominios: pero, en vez de hallar lleno como le dejó el tesoro público, vió que estaba exhausto y que no podia cumplir con sus compromisos ni satisfacer las pagas á los ingleses. No pudo, pues, impedir que se despidiesen de él descontentos, y que le dejasen solo. La crónica dice que volvió á su tema de cortar de raíz la nobleza, ejerciendo lo que los defensores de su memoria llaman justicias, y lo que sus detractores denominan crueldades. Otros opinan que lo que le faltó á don Pedro I, para ser un rey de provecho, fué una invasion de los africanos, ó una guerra encarnizada con los moros españoles. Su actividad, en medio de una atmósfera mas clara, le hubiera hecho olvidar acaso las trivialidades, y hubiera colocado en otras alturas sus afectos y sus pasiones. Algunas poblaciones se mantenian aun por don Enrique, y se necesitaba suma prudencia para que de esos focos aislados no saliese luego otro incendio. Don Enrique recorria el reino de Francia buscando en él la proteccion que su contrario habia hallado en el de Inglaterra.

Facilitósele dinero y gente. Duguesclin y las compañías francesas deseaban vengarse de la pasada rota, y volvieron con gusto á Castilla, esta vez nó por Cataluña ni por Navarra, sino por las montañas de Jaca, por entre los alaridos que daban los aragoneses fingiendo espanto, pero en realidad gustosos de darle paso. Las poblaciones de Leon y Castilla, acostumbradas á recibir las auras del extranjero, ya parecia que careciesen de voluntad propia, y se anticipaban á dar vítores al que se presentaba con mejor escolta. Pero esta vez las fuerzas de los combatientes no estaban tan fuera de equilibrio como en las anteriores entradas. Nos repugna citar nombres de pueblos y de individuos para decir la parte que á cada uno le tocó en esas miserias. Aquí no hubo gloria para nadie. Hubo una nobleza que, por castigar los escesos de un príncipe, y rebajar en alguna manera el brillo de la púrpura, puso el manto real en los hombros de un bastardo. Y hubo unas poblaciones, cansadas de guerras y disturbios, que prefirieron pasar por todas las ignominías antes que hacer un esfuerzo para salvar la independencia de su tierra.

El año de 1368 lo fué de guerra civil para los reinos de Leon y Castilla. Unos pueblos conservaban la voz de don Pedro; otros levantaban señeras por don Enrique; algunos de ellos por la mañana abrian las puertas á una parcialidad y por la tarde se las cerraban. En estos momentos el granadino se acordó de que debia la corona á don Pedro, y acudió á socorrerle con un ejército que algunos creen haber ascendido á treinta mil hombres, los siete mil caballos, aunque los analistas árabes dicen que fué mucho menos numeroso. El moro y el cristiano juntos fuéron á poner sitio á la plaza de Córdoba, mientras don Enrique volvia de hacer su-

yas las Asturias y el corazon del reino de Castilla. Córdoba no pudo ser tomada, y entonces el moro hizo por su cuenta correrías hácia Jaen recobrando algunas plazas que antes habia perdido. La ciudad de Jaen fué en gran parte destruida, y tuvo que rescatar su libertad pagando un crecido tributo; la de Ubeda fué entregada á las llamas, y la de Andújar fué reciamente combatida, pero rechazó á sus enemigos. En tanto la ciudad de Toledo sostenia un sitio vigoroso, y rechazaba todos cuantos esfuerzos hacia don Enrique para apoderarse de ella. Logroño, Salvatierra y Vitoria enviaban mensaje sobre mensaje al rey don Pedro pidiéndole refuerzos para rechazar las huestes del usurpador, y diciéndole que habia quien las aconsejaba que se entregasen al navarro. Antes que cercenar el reino, respondió el castellano, primero entregarse á don Enrique, aunque es mi mortal enemigo. Las apologías del rey don Pedro no necesitaban mas que algunas respuestas como esta, y podian con ellas suplir por tomos enteros. El hombre que pudo responder tal cosa, valia algo mas que otros muchos hombres de su siglo. Sin embargo, algunas poblaciones aborrecian tanto á don Enrique, que prefirieron entregarse al navarro.

En 1369 fué necesario que Duguesclin volviese á España al socorro de don Enrique, con un cuerpo de ejército cuya caballería llegaba á seiscientos hombres. Don Pedro reunió en breve tiempo las milicias de las ciudades de Sevilla, Écija, Carmona y Jerez, que estaban por él, y las del reino de Murcia, y fué á Montiel en busca de su enemigo. Don Enrique tuvo la fortuna, á dia 14 del mes de marzo, de poder dar á su contrario una sorpresa, que fué decisiva. No hubo batalla. Sobre las tropas acampadas de los granadinos y de las milicias de don Pedro, de repente se lanzaron las hues-

tes de don Enrique, dispersaron ó alancearon á sus contrarios, y consiguieron dejar encerrado en Montiel á don Pedro. Don Enrique no se cebó en los fugitivos: solamente procuró que el rey no pudiese escapar por ningun lado. No es posible pintar la satisfaccion con que supo que ya tenia delante de sí, cercado, á ese monarca á quien odiaba de muerte desde su infancia. Ya no podia írsele de las manos; ya tenia esperanzas de saciar en él aquella sed inestinguible de venganza que le animaba; ya podia dar salida y expansion á todos los rencores atesorados en su pecho por espacio de veinte años. No hizo aprestos para combatir el castillo, sino que le rodeó de una alta cerca de piedra. El rey hizo prometer á Duguesclin, el cual se hallaba en el campo de don Enrique, la cantidad de doscientas mil doblas, y el señorío de seis poblaciones, si le daba ocasion para salvarse. Pedro IV de Aragon, en su Crónica, confiesa que Duguesclin se portó con el rey don Pedro I como un traidor, dándole salvoconducto, y poniéndole despues en manos de don Enrique que le cosió á puñaladas ayudado del francés y de los suyos. Este fin tuvo, el dia 23 de marzo de 1369, á la edad de unos treinta y cinco años, el rey don Pedro I de Leon y Castilla. Para unos, todo crueldad: para otros, todo justicia. Triunfaron sus mas encarnizados enemigos, y escribieron su historia, y pudieron colocar en los archivos todos cuantos documentos desearon que llegasen á la posteridad relativos á su memoria. Es, pues, un deber de los historiadores ser muy mirados en la calificacion de la conducta de aquel monarca. Aragon fué su enemigo; Francia lo fué asimismo; no rindió parias á los italianos, y escitó su enojo. Pocos, pues, pueden hablar de él con la imparcialidad debida. Su cronista, amigo del vencedor, procuró no olvidar nin-

guna de sus flaquezas, cargar en su cuenta otras que no son suyas, y pasar muy por encima lo que podia redundar en honor suyo ó en mengua de sus contrarios. Pero de ella se desprende y columbra por entre nieblas la verdad. El espíritu de la nobleza feudal hizo de don Enrique su campeon, ya que tenia en don Pedro su enemigo. Si el rey, siguiendo el ejemplo de su padre, se ensaña en los nobles, no castiga en ellos delitos sino que ejerce crueldades. Si don Enrique entrega, como en Colmenar, las poblaciones á las llamas, y pasa á cuchillo á sus moradores por fieles á su rey, no es un hombre cruel, sino un magistrado severo. Si el primero deja llenas las arcas del tesoro público, le llamarán codicioso; si el segundo sabe vaciarlas en breve tiempo, será llamado el generoso dispensador de mercedes. Contra el primero no hay rebeldes, ni es posible ni justo que se dé castigo á las rebeliones; á los ojos de los defensores del segundo, éste pudo hacer lo que hizo, y sublevarse una y cien veces, y jurar que convertiria en un lago de sangre su tierra, y la haria el juguete de los extraños, si el rey no bajaba del trono. Don Pedro, en una palabra, no pudo castigar á sus mas nobles vasallos, aunque tuviesen probadas muchas traiciones; y por el contrario don Enrique, obró como debia asesinando á su rey y proclamándose señor del estado con el auxilio de los extranjeros.

Como todo se enlaza en las historias, y como don Enrique procedia de la familia de los Guzmanes, ya no se extrañará que desde este momento un Guzman haya sido el mas bueno entre todos los íberos. Reasumiéndonos respecto á aquel reinado, diremos que fué una guerra de diez y nueve años, sostenida por el rey contra los ricos-hombres acaudillados por la rama bastarda; que la nobleza y los mismos

bastardos atizaron la desunion entre el rey y doña Blanca, por el interés que tenian en que el rey careciese de sucesion directa; y que, en medio de aquella atmósfera turbulenta, desordenada, y borrascosa, la crueldad estuvo en todos, y la justicia en muy pocos, nó en los vencedores.

El rey de Portugal, Fernando I, se negó á reconocer por rey de Leon y Castilla á don Enrique, antes dijo que ambas coronas le pertenecian por legítimo parentesco. Algunos castellanos conocieron cuán buena ocasion era esta para que formasen un solo estado unas naciones separadas en mal hora. Pero el rey de Portugal cayó en un error formando liga con el granadino y el aragonés para obtener lo que deseaba; y así hizo impopular una causa, que de otra suerte hubiera contado con numerosos sostenedores. Tanto el aragonés como el granadino deseaban obrar por su cuenta, el primero para ganar terreno por la parte de Murcia, y el segundo para recobrar lo que sus antecesores habian perdido junto al Estrecho. El moro tomó en 1369 la plaza de Algeciras y la desmanteló completamente. Los portugueses en 1370 llegaron con armada á Cádiz, y sacaron de esta plaza un botin considerable; pero la escuadra castellana salió en busca de los enemigos y derrotó á la portuguesa. El aragonés se apartó muy luego de los tratos con el rey don Fernando I; el granadino se avino á firmar treguas con don Enrique; y, unas tras otras, las poblaciones fueron reconociendo al nuevo soberano. Por muerte de don Tello, hermano del mismo, la Vizcaya quedó definitivamente incorporada á la corona. Á costa de dádivas, privilegios, mercedes y honores, todas las ambiciones fueron acalladas por don Enrique, y en torno suyo se formó un coro de cortesanos para bendecirle como al mas generoso de cuantos monarcas hu-

biesen llevado cetro en nuestra tierra. Si en 1371 castiga con pena de muerte á muchos que hasta el último trance habian defendido la bandera del rey don Pedro, no le será imputado á venganza sino á justicia. La fortuna continuaba siéndole propicia. La escuadra castellana, que un año antes habia vencido á la portuguesa, en 1371 arrolló á la inglesa. El aragonés firmó treguas con don Enrique. El mismo rey de Portugal, poco ha tan lleno de ardimiento, entró en tratos de paz, nó para dedicarse á alguna grande empresa, sino para enamorarse de doña Leonor Tellez, casada, hacer que el matrimonio de esta señora fuese anulado, y promover disturbios en Lisboa, tomándola en secreto por esposa. En los reinos de Leon y Castilla, lo que antes era rigores para la nobleza, se habia convertido en fierezas contra los ciudadanos. Los de Paredes de Nava, no habiendo podido sufrir la altanería de un cuñado del rey, le habian quitado la vida. Fernandez de Velasco entró en la poblacion poco menos que á cuchillo; y aun esto le pareció á don Enrique poco castigo, y envió allá jueces que hiciesen pesquisa de nuevos culpables y acabasen con ellos. Esto tampoco fué tomado á crueldad ni á iracundia. Fué notable que en este mismo año de 1371, habiendo sido creado cardenal el arzobispo de Sevilla, se consideró como vacante la metrópoli.

En 1372 el rey de Portugal volvió sobre su pasado acuerdo y pensó en hacer nuevamente la guerra al de Castilla; pero tuvo tan poca fortuna como en la lucha anterior, y le avino bien que un legado pontificio se interpusiese entre él y el castellano, cuando ya en 1373 habia perdido el primero la plaza de Viseo y mucha parte de territorio hácia las fronteras de Galicia, y cuando habia visto entregadas á las llamas sus naves en la misma rada de Lisboa, é incendiados

algunos barrios de esta capital por las tropas de don Enrique. En este apuro, el portugués firmó la paz, obligándose á ser aliado de la Francia y de Castilla contra Aragon, Navarra é Inglaterra si conviniese, ayudando á don Enrique con armada y ejército, y arrojando de Portugal á los enemigos del mismo. En cambio el castellano restituyó las plazas tomadas en Portugal, y prometió casar á su hermano don Sancho con una hermana del portugués, y á un hijo bastardo suyo, con una hija asimismo bastarda del lusitano. Á este triunfo completo siguió una corta campaña contra el navarro, y una negociacion en virtud de la cual el rey Cárlos el Malo cedió á don Enrique, por ciento veinte mil doblas ó florines, la plaza de Logroño y otras de que se habia apoderado aprovechados los disturbios de que Castilla fué teatro. El mismo don Enrique habia asimismo recobrado por dinero las plazas de que tenia hecha donacion á Duguesclin; y ahora trataba de que el aragonés se contentase con una retribucion pecuniaria en cambio de las plazas de Murcia que venia reclamando. Remiso el de Aragon, andaba dudoso entre si admitiria las proposiciones de su antiguo aliado, ó si favoreceria al duque de Alencastre que queria llevar la guerra á Castilla. Preparándose don Enrique para resistir á entrambos, juntó hueste en Búrgos á principios de 1374, y sucedió que su hermano don Sancho fué muerto de una lanzada en una pendencia de sus mismas tropas, queriendo sosegarlas, y como don Enrique lo tomase muy á mal, dice la crónica, procuraron templarle y que el castigo no recayese en la gente noble sino en los plebeyos. En vista de la actitud tomada por el castellano, se decidió el aragonés á admitir ciento ochenta mil florines, en cambio de las plazas que estaba reclamando, y prometió que daria á don Juan, hijo

de don Enrique, su hija la infanta de Aragon doña Leonor. Esta boda se celebró en Soria con la mayor magnificencia en 1375, á tenor de las memorias de Castilla. Las mismas mencionan en 1376 un tratado de casamiento entre el infante don Fadrique, hijo del rey de Castilla, y la infanta doña Beatriz hija del rey de Portugal. Asimismo hablan de un duelo proyectado entre un rico-hombre aragonés y un castellano, que se procuró evitar por parte de don Enrique, diciendo que de él naceria tal vez un rompimiento entre los dos estados sino se cortaba. Aquel tratado de casamiento fué jurado y ratificado por el rey de Castilla en 1377. Al año siguiente pertenece aquella lucha provocada por el navarro para recobrar las plazas que habia vendido al castellano, y de la que este salió ganancioso, ya porque Manrique, adelantado de las fronteras por la parte de Castilla, supo burlar con una mala fé otra mala fé del navarro, ya porque el infante de Castilla don Juan hizo en Navarra una campaña afortunada. Por este tiempo dió comienzo el cisma entre Urbano VI y Clemente VII: y el rey de Castilla, dicen las memorias de este reino, hizo lo que el aragonés, no decidirse en favor de uno ni de otro pontífice, y secuestrar entretanto las rentas pontificias. Recientemente ajustada en 1379 la paz entre Castilla y Navarra, con poco provecho de esta potencia, murió el rey don Enrique II, dia 29 de mayo. El rey de Granada acababa de mandarle en presente unos borceguíes, y como él se los puso, corrió la voz poco fundada de que venian llenos de tósigo. Aunque bastardo, fué el jefe y restaurador de la nobleza de Castilla, á la que trató con mucha generosidad y blandura, no mostrándose inflexible é inexorable mas que con los plebeyos. Templado con los ricos-hombres, muy amigo de li-

viandades, liberal hasta la prodigalidad, fué llamado el DADIVOSO, y tambien podian convenirle los dictados de rebelde y fratricida, sino hubiese triunfado. Ambicioso terrible, supo quitarse de en medio los obstáculos, y contribuyó á dar muerte al infante de Aragon don Fernando, á quien los castellanos miraban como heredero de la corona de Castilla. Las córtes que celebró durante su reinado son las siguientes: las de Búrgos en 1366 y 1367, en vida de don Pedro; se reunieron en el claustro de la catedral de Búrgos, y su cuaderno de peticiones lleva la fecha de 7 febrero de 1367; las de Toro en 1369, y en ellas se dijo que se tomaban disposiciones para que la justicia se cumpliese conforme era debido, y se tasó el precio de la carne y otras cosas y el de los jornales; las de Medina del Campo en 1370, en las cuales fueron reformados varios reglamentos de las anteriores, en el supuesto de que un voto de localidad habia sido tomado por un deseo general; las de Toro de 1371, en las que por ordenamientos se dió respuesta á varias peticiones; las de Búrgos en 1373, de las que existen ordenamientos á peticion de varias poblaciones; las de la misma ciudad celebradas en 1374, de que solo se conserva un ordenamiento sobre usos de cancilleria; las de Soria de 1375, citadas por Pinel y Monroy; y las de Búrgos de 1377 sobre deudas de los judíos, y otras disposiciones.

Juan I, primogénito de don Enrique II, y casado con una hija del rey de Aragon, subió al trono de Leon y Castilla. Procuró estrechar su alianza con el francés, prohibió á los jueces judíos conocer en causas de sangre, visto que por sorpresa le habian arrancado una cédula para proceder contra cierto Pichon recaudador de rentas reales, y tuvo la satisfaccion de que á poco de haber subido al trono le na-

ciese á dia 4 de octubre el infante don Enrique que le sucedió en la corona. Varias galeras castellanas, peleando á la sazon contra los ingleses en favor de los franceses, apresaron cuatro naves de aquella nacion y ganaron por cuenta del francés un castillo en las costas de la Bretaña. Los analistas castellanos mencionan, al llegar á 1381, un hecho que prueba mucho en favor del rey don Juan I. Dicen que firmó tratos con el rey de Portugal, y consiguió que los ratificasen las córtes de ámbos reinos, en virtud de los cuales quedaba convenido matrimonio entre el príncipe de Castilla don Enrique y la infanta de Portugal doña Beatriz, estipulándose que si alguno de los dos moria sin hijos, el otro le sucediese en la corona de ámbos reinos que debian considerarse unidos. Parece que la Inglaterra tomó muy á mal este convenio, y procuró romperle hasta el punto de hacer que el portugués, que acababa de firmarle, declarase la guerra á Castilla. Verdad es que la Inglaterra estaba muy quejosa de don Juan I, pues una escuadra castellana, salida de Sevilla, y unida con otra francesa, habia llevado recientemente la devastacion á sus costas. Don Juan I no imitó á su padre en punto á negarse á reconocer á alguno de los dos papas, antes hizo celebrar una junta en Medina del Campo, y en virtud de su dictámen, y mas en vista de la opinion de los franceses, determinó prestar obediencia á Clemente VII. Antes de esta resolucion, que lleva la fecha de 19 de mayo de 1381, fueron oídos los hombres mas doctos de la universidad de Salamanca. El suceso capital de este año fué la completa derrota de la escuadra portuguesa por la castellana cerca del rio Guelba el dia 15 de julio. Diez y seis galeras quedaron en poder del almirante castellano Fernan Sanchez, y aunque se le quiso culpar porque no se atrevió

despues á acometer otra escuadra inglesa, que iba al socorro del portugués, los conocedores é imparciales dijeron que no hubiera hecho mas que perderse sino se hubiese contentado con aquella ventaja. En efecto, el inglés venia con numerosas fuerzas, y echó en tierra hasta tres mil soldados, y lo primero que hizo el jefe que mandaba estas tropas, fué concertar matrimonio entre su hijo, entonces de seis años, y aquella doña Beatriz que habia sido prometida al infante de Castilla. Esos aventureros fueron para Portugal una plaga, pero opusieron por el pronto un dique á la marcha de los castellanos que se habian adelantado por Elvas y Almeida. En 1382, don Juan I puso en la mar una escuadra de ochenta velas y la envió á la misma rada de Lisboa, que fué un motivo de gran consternacion para los portugueses, pues al mismo tiempo un ejército castellano, compuesto de doce mil infantes y mil quinientos caballos, se adelantaba por la frontera, y no podia oponerle el portugués mas allá de diez mil hombres inclusos los extranjeros. Sin embargo, se adelantó con ellos, y ya estaba á punto de dar batalla á su enemigo, cuando le hicieron observar que iba á ganar muy poco en ella y á perder mucho. Convencido de ello movió tratos de paz secretamente, y convino en dar su hija Beatriz, no ya al infante don Enrique, sino al otro hijo que tenia el rey de Castilla, á saber, el infante don Fernando, que despues fué llamado el de Antequera, y subió al trono de Aragon. Una de las condiciones de la paz era que el castellano devolveria las galeras tomadas á los portugueses. Otra estipulaba la libertad de cierto don Juan Alonso, hijo bastardo de Enrique II, que intentaba hacer con don Juan I lo que el de Trastamara con Pedro I, y no podia conseguirlo por no ser los tiempos unos. Y la última obligaba al cas-

tellano á prestar buques á los portugueses para trasladar á los puertos de Inglaterra los soldados extranjeros. Esta traslacion se hizo felizmente, sin que el inglés tuviese fuerzas para oponerse á lo que era la voluntad de sus aliados y de sus enemigos. Las galeras fueron tambien devueltas. Pero aquella infanta doña Beatriz, prometida primero á don Enrique, luego á un niño extranjero, y ahora á don Fernando, no se pasó mucho tiempo sin que la ofreciesen al mismo rey don Juan I. Acababa de morir su esposa doña Leonor, y él de salir de una grave enfermedad, cuando el portugués movió tratos en este sentido. Halagado don Juan con la perspectiva de la nueva corona que le ofrecian, suscribió á todas cuantas condiciones le impusieron los portugueses, á saber, que la descendencia que él tuviese en doña Beatriz poseeria el trono de Portugal, bajo la tutela de doña Leonor, madre de doña Beatriz, y que cuando don Juan fuése á tomar posesion de aquel reino, debiese entrar en él sin hueste ni aparato de fuerza. En Elvas se efectuó el matrimonio en 1383, y no se pasó mucho tiempo sin que don Fernando I pasase á mejor vida. La muerte de este monarca fué á 22 de octubre de dicho año. Procuró don Juan desembarazarse de su hermano natural don Alonso, poniéndole preso; y asimismo mandó prender al hermano de doña Beatriz, y se dispuso á tomar posesion de la Lusitania. Desde luego se echó de ver que reinaba en Portugal una agitacion sorda que fácilmente podia transformarse en violencias. El maestre de Avis contaba allí con el favor del pueblo, é hizo matar á un favorito de la reina viuda, y dió ocasion para que la plebe amotinada matase tambien y arrastrase al prelado de Lisboa, solo por ser castellano, pues era voz y opinion comun, que Portugal y Castilla no podian

andar unidas. El maestre se hizo jefe de la parcialidad que tal decia, fué nombrado protector y gobernador, arrojó de Lisboa á la reina viuda, y se dispuso á resistir al rey de Castilla y á doña Beatriz si deseaban penetrar armados en aquel reino. Don Juan I penetró con ejército en 1384; y como esto era contrario á los tratados, quedó justificado el armamento general que dispuso contra él el maestre de Avis. Hay quien opina que el castellano se perdió por querer asegurarse demasiado. De Navarra vinieron con buenas tropas á auxiliarle; envió á la rada de Lisboa una fuerte escuadra; hizo poner presa á la reina viuda de Fernando I, doña Leonor; y puso sitio á Lisboa. El valor de los que defendian la plaza, y la peste que se cebó en las filas de los sitiadores, arrebatándoles diariamente unos doscientos hombres, hizo perder el fruto de esta campaña. Don Juan tuvo que volverse, diezmadas sus filas, y el maestre de Avis tomó la ofensiva. Pocos años son mas gloriosos en los anales del reino de Portugal que el de 1385. Reunida la nacion en córtes determinóse en ellas que se estaba en el caso de elegir rey, porque doña Beatriz, ni los llamados infantes don Juan y don Dionis, no eran hijos de legítimo matrimonio. Las córtes dieron la corona al maestre de Avis, Juan I, conocido por hijo natural de Fernando I. Al momento, seguido de su condestable Pereyra, entró en campaña. La fortuna le fué propicia, de suerte que en varios encuentros parciales, batió á los castellanos y recobró algunas plazas. El dia 14 de agosto se avistaron castellanos y portugueses en los campos de Aljubarrota. Don Juan I de Castilla venia á la cabeza de treinta mil infantes y tres mil caballos. El portugués no contaba mas que con ocho mil infantes y unos dos mil caballos. Las tropas del castellano eran en su mayor parte

milicias de los concejos, recientemente alistadas, pues la flor de las tropas aguerridas habia muerto de la peste en la anterior campaña. Las del portugués habian vencido en Lisboa, en Troncoso, y venian de recobrar una multitud de plazas. Si las del castellano perdian la batalla no tenian retirada, internadas en país enemigo. Si el portugués era derrotado, tenia de reserva la nacion que deseaba en masa correr bien con los iberos, pero sin ser esclava de moros ni de iberos. Los castellanos dieron comienzo á la batalla, con jactancia, sin atender á la posicion de sus enemigos, creyendo que era una muy fácil cosa vencer á un tan débil enemigo. Los portugueses dieron una sola acometida con todas sus fuerzas, y en menos de media hora hubieron arrollado y vencido á sus contrarios, sembrando el campo de cadáveres. Muy pocos castellanos se salvaron de esta rota, que puso una valla profunda entre dos pueblos en el momento que iban á formar uno solo. Á duras penas, don Juan I de Castilla, andando sin parar once leguas montado en una mula, pudo embarcarse y pasar á Sevilla. Pereyra se adelantó con solo cinco mil hombres hasta penetrar en país enemigo; y en Valverde, aunque los castellanos habian vuelto á juntar milicias para perseguirle, supo burlarlas, salir ileso de sus manos, y dirigirse á recobrar el país de entre Duero Miño. y El portugués habia triunfado con solas sus fuerzas. El castellano pidió auxilio á los franceses para continuar la lucha. Enviáronle, en 1386, hasta dos mil hombres. Tambien el portugués pidió auxilio al duque de Alencastre, pero nó para sí, sino para meter por Galicia un pretendiente en las tierras de su contrario. El duque de Alencastre desembarcó en Padron de Galicia con unos tres mil hombres, y al momento se dirigió á Santiago en donde le

aclamaron por rey de Castilla. De suerte que el castellano, habiendo dado principio á la guerra con ánimo de ganar un reino extraño, ya tenia que luchar por la posesion del propio. Felizmente el duque de Alencastre tenia dos hijas, doña Felipa, á la que casó con el rey de Portugal, don Juan I, y doña Catalina que le sirvió para sentar tratos de paz con el castellano. Alencastre y el portugués, haciendo entrada de mútuo acuerdo en Castilla, se convencieron de que no era lo mismo rechazar á un extraño, ó hacer incursion en tierras de un enemigo; por lo que tuvieron que replegarse, y los gallegos volvieron á la obediencia de su rey en 1387, y el de Alencastre se volvió á Bayona y prometió la mano de su hija doña Catalina al castellano, para su hijo don Enrique, ó faltando este para su segundo hijo don Fernando, con tal que, en ciertos plazos, se le pagasen hasta seiscientos mil francos, y se enviasen hasta cuarenta mil anuales á su esposa doña Constanza, por cesion de sus derechos como sucesora del rey don Pedro I de Castilla. En las córtes de Bribiesca de 1388 se votaron subsidios para satisfacer estas cantidades, y en ellas se determinó tambien que en adelante los herederos de la corona se denominasen príncipes de Asturias. Estas córtes debian haberse juntado en Búrgos, pero lo impidió la peste que picó en esta ciudad, y que iba haciendo estragos en la Península. Doña Catalina tenia catorce años cuando la trajeron para ser desposada con el infante don Enrique, que llegaba á los nueve. La guerra con Portugal continuaba causando rebatos en las fronteras, pero el portugués iba recobrando algunas plazas y apoderándose de otras como la de Tuy, que cayó en su poder en 1389. Parecióle á Juan I de Castilla que ya debia llamarse á desengaño, y firmó treguas con el portugués, primero por seis

meses, y luego por seis años. Las condiciones fueron, que el rey de Portugal restituyese al castellano las plazas de Salvatierra y Tuy, y el rey de Castilla al portugués las de Castel-Rodrigo, Olivenza y otras varias, quedando otras en tercería confiadas al Prior de los hospitalarios. El portugués acababa de celebrar córtes en Braga, y en ellas ratificó ciertos convenios hechos con los genoveses por reclamaciones de presas durante la pasada guerra. Las últimas córtes que celebró el rey de Castilla, fueron las de Guadalajara de 1390. Son notables porque en ellas se trató en alguna manera de arreglar el presupuesto de los gastos públicos, se fijó la fuerza permanente del ejército en cinco mil quinientos hombres, los mil quinientos ginetes, se reconoció que algunos nobles tenian derecho á la cobranza de diezmos, por concesiones hechas cuando lidiaron sus ascendientes por la expulsion de los moros, se dispuso que fuese guardada la inmunidad eclesiástica, y se dieron reglas para que de los negocios contenciosos conociesen primero los alcaldes, luego en segunda instancia los señores, si el lugar era de señorío, y por último en postrera apelacion los jueces reales. Este mismo año ratificó don Juan las treguas con Portugal, prolongó las que tenia hechas con Granada, y recibió pruebas de amistad del rey de Marruecos, quien, á instancias suyas, permitió que volviesen á Castilla ciertas familias cristianas que años antes huyendo de turbaciones se internaron en aquel reino y eran conocidos con el nombre de tribu de Farfanes. Estos recien venidos fueron inocentemente la causa de la muerte del rey de Castilla. Solicitaron dar una prueba pública de sus ejercicios como buenos ginetes, y enardeciéndose el rey con su ejemplo montó á caballo, dió algunas carreras, y su bruto le arrojó al suelo

con tal violencia que en el acto quedó cadáver. Fué esto en Alcalá á dia 9 de octubre. Rey benigno y afable, tuvo la desgracia de haber tocado sin la delicadeza conveniente un asunto como el de la union de Portugal y Castilla, que reclamaba mucha dignidad y talento. Además de las córtes ya citadas, habia celebrado durante su reinado, en 1379, las de Búrgos para armarse caballero y coronarse rey; las de Soria de 1380, en que se hicieron leyes relativas á los judíos, á los duelos y á los lutos; las de Segovia de 1383, en que al parecer se trató de cosas religiosas y cuyos ordenamientos no pasaron á ser ley; las de Valladolid de 1385, las de Segovia de 1386, las de Bribiesca de 1387 de que ya hablamos, las de Palencia de 1388, y las de Segovia de 1389 para cosas del servicio. En estas de Segovia supo el rey que los franceses é ingleses, enemigos encarnizados, habian formado treguas, y lo atribuyó á la negativa que él habia dado cuando se le hizo proponer, por parte del duque de Alencastre, que formase parte de una vasta alianza para ir contra los franceses.

Apenas llegaba á los once años Enrique III, cuando subió á los reinos de Leon y Castilla. Las poblaciones creyeron que iban á renacer aquellos tiempos calamitosos de la menor edad de Fernando IV y de Alonso XI. Todos se creian aptos para gobernar el reino. Unos deseaban quemar el testamento de Juan I y obrar segun las necesidades; otros querian establecer un consejo de regencia; hubo quien deseó concentrar en su voluntad las de la regencia y la monarquía; y no faltó quien meditase planes de usurpacion completa. El arzobispo de Toledo aspiraba á la privanza; y aquel conde de Gijon, don Alonso, hermano bastardo de Juan I, diez veces rebelde y otras tantas perdonado, volvia

á sus antiguas pretensiones, y habia necesidad de confiar su guarda á algun buen vasallo. Las córtes de Madrid de 1390 manifiestan los deseos de la mayor parte de los castellanos, á saber, que á nadie le fuese quitada sino por delito probado, toda tierra, merced ú oficio, recibidos del rey; que fuesen cumplidas las ligas y tratos hechos con los demás reyes; que sin consentimiento del país no se declare guerra, ni se haga, sino media traicion de propios ó entrada de gente extraña; que el monarca no tuviese intervencion, ni manifestase deseos en punto á casamientos de los súbditos; que, para imponer tributos, mediase necesidad; que no hubiese condonacion respecto á cantidades debidas al rey; y que no se diesen mas títulos de escribano, dado que los habia en abundancia. Las poblaciones trataban de hacerse valer ahora que los ambiciosos las necesitaban. En las córtes de Búrgos de 1391 se manifestaron iguales tendencias, pero en ellas no se decidió nada, lidiando en punto á gobierno los opuestos intereses de algunos magnates. Redújose á su justo valor una moneda del tiempo de Juan I, titulada Agnus Dei. La reina de Navarra, separada de su esposo, atizaba en Castilla todas las animosidades, aunque al parecer intentaba aplacarlas. Y como á la sazon daba estallido en muchas partes la indignacion, con funesta habilidad provocada, contra los judíos, pasó el reino unos dias de gran perturbacion y desasosiego. Las opiniones ó iras de los grandes pasaban á ser provocaciones y asonadas entre los pequeños. En Sevilla y Murcia se formaron parcialidades, unas para sostener el gobierno, segun el testamento del rey, ó sea una regencia compuesta de tutores nobles y de varios ciudadanos de Búrgos, Córdoba, Leon, Murcia, Sevilla y Toledo, y otras para obedecer al consejo de regencia. Por parte del rey, ó de los

que le rodeaban, se hizo llamamiento de gente de guerra. El conde Gijon recobró la libertad y la restitucion de sus bienes, sin que manifestase enmienda. Todo daba indicios de que se iba atravesando una situacion precaria, muy ocasionada á grandes desastres, sino se procedia con mucho tino y prudencia. En el reino de Murcia fué forzoso rechazar una algara de los moros que iban á probar fortuna en 1392, creidos que no hallarian resistencia allí en donde nadie se entendia. Continuando en dicho año las córtes de Búrgos, se inclinaban á que el testamento del rey don Juan fuese ejecutado al pié de la letra por la intervencion que daba en el gobierno á los ciudadanos; y asi quedó determinado, no sin grandes demostraciones de contento de una parte, y mucho encono y tirantez de otra. Las mismas córtes enviaron embajada á Portugal para mover tratos de paz ó prolongar las treguas que iban á terminar; y aunque al principio hallaron obstáculos sus buenos deseos, porque los portugueses deseaban la devolucion de varias plazas puestas en tercería, luego se conoció que el rey de Portugal no trataba de guerra, sino de sacar de aquellas circunstancias todo el partido posible. El duque de Benavente era al mismo tiempo uno de los grandes enemigos de la paz pública en Leon y Castilla. Pero Enrique III, al tomar por sí las riendas del gobierno en 1393, emancipado de tutelas, habia conseguido prolongar por quince años las treguas con Portugal, traer á su amistad al duque bullicioso, y contener al turbulento metropolitano de Toledo. Cumplidos los catorce años don Enrique celebró su matrimonio con doña Catalina de Alencastre que á la sazon tendria diez y nueve. El rey pasó á Vizcaya, y, tomada posesion del señorío, juró los fueros. El mismo año de 1393 celebró córtes en Madrid en las cuales

confirmó los fueros y franquicias públicas, anuló los privilegios dados durante su menor edad, y pidió que le sirviesen. Las córtes no eran ya las de los tiempos de Sancho IV. El tiempo habia dado sus vueltas, y apesar del triunfo conseguido por la nobleza al subir al trono Enrique II, la segur del inexorable Pedro I habia dejado rastros. El estado llano se habia crecido. Atrevióse á manifestar al rey, en el seno de aquellas córtes, la conveniencia de reducir á solo dos mil hombres la infantería permanente, atendida la despoblacion de Castilla, tras de tantas guerras y pestes; y, sirviéndole como lo deseaba, obtuvo del rey la promesa de que en adelante no se exigiese ningun tributo fuera de los consentidos y votados en córtes.

No han andado muy lejos de lo cierto los que han dicho que ya entonces habia en el aire ciertas corrientes contrarias á los ricos-hombres. El rey de Portugal en 1394 obligó á los nobles de sus dominios á venderle sus señoríos. El rey de Castilla preferia tener por privado al arzobispo de Toledo antes que á un noble. Si el duque de Benavente, y otros señores de la sangre real, se daban por ofendidos de que se les hubiesen rebajado sus asignaciones, el rey les contestaba que era cosa hecha en córtes y no se podia pasar por otra. Si la reina de Navarra, centro de los descontentos, apoyaba sus quejas, el rey le decia lo mismo que á los demás. Y por último le fué forzoso alejar á esta señora enviándola á su esposo, y perseguir á aquellos señores y confiscarles sus estados, hasta que vinieron á partido. Uno de ellos, el conde de Gijon, nombró por árbitro de sus diferencias con Enrique III al rey de Francia, y salió condenado á la pérdida de sus bienes. La plaza de Gijon cayó en poder de aquel monarca en 1395. Por este tiempo el in-

fante de Castilla don Fernando, hermano del rey, casó con doña Leonor, duquesa de Alburquerque. Poco antes el maestre de Alcántara, Martin Yañez de la Barbuda, acababa de perder la vida en una cabalgada emprendida sin órden, en tierras del rey de Granada, y se habia hecho necesario disculparse de esta violacion de tregua que habia sido desgraciada. Por la parte de Badajoz, el rey de Portugal, rotas de repente las hostilidades con Castilla, se apoderó por sorpresa de la plaza de Badajoz, é intentó hacer lo mismo con la de Alburquerque, si bien que inútilmente. Aunque de condicion suave, don Enrique III, se dió por muy sentido de la accion del portugués, y la vengó disponiendo una entrada simultánea por las costas y tierras de Portugal, limitándola á talas, recogida de botin y retirada. Esto fué en 1396. Á estas cabalgadas sucedieron otras el año siguiente, apoderándose los castellanos de varias plazas, entre ellas Miranda de Duero. Á su vez los portugueses hicieron entrada en tierras del castellano y ganaron la plaza de Tuy. Cinco galeras castellanas arremetieron contra siete portuguesas, tomaron cuatro, echaron á fondo una y ahuyentaron las restantes. El año de 1398 se pasó en tratos de paz y en preparativos de guerra: y aquellos produjeron el tratado de 1399, en virtud del cual se ajustaron treguas por diez años entre Portugal y Castilla, corriendo los gastos por cuenta de quien los hubiese hecho, devolviéndose las plazas ocupadas, y los prisioneros, y los rehenes ó tercerías antiguas. El último año del siglo catorce lo fué de peste para muchas comarcas de Leon y Castilla, como sino hubiese cesado la guerra mas que para abrir la puerta á otras calamidades. Años hacia que apenas se trataba de los moros. El reinado de don Pedro I habia sido de lucha contra Aragon,

el de don Enrique lo habia sido de reyertas contra Navarra, el de Júan I de recias acometidas contra Portugal, y lo que iba del presente se habia pasado en disensiones domésticas y en defensas contra otros íberos. Ahora, sufridos algunos perjuicios por parte de los corsarios africanos, se volvió contra ellos la atencion, y se dispuso jornada marítima que dió por resultado la quema de Tetuan y su saqueo.

§. V.—SINCRONISMOS.

Fueron papas durante este período de tiempo, Inocencio VI desde 1352 hasta 1362, Urbano V hasta 1370, Gregorio XI hasta 1378. En Roma ocuparon la tiara, Urbano VI hasta 1389, y Bonifacio IX hasta 1404. En Aviñon se denominaron pontífices, Clemente VII desde 1378 hasta 1394, y Benito XIII hasta entrado el siglo XV. En Inglaterra á Eduardo III habia sucedido, en 1377, Ricardo II que reinó hasta 1399. Su sucesor era Enrique IV. Juan el Bueno, entronizado en Francia en 1350, habia reinado hasta 1364; sucedióle Carlos V el Sábio, hasta 1380; y ahora reinaba Carlos VI el Bien Amado. En 1351, Zurich habia entrado en la confederacion suiza; en 1354, murió Rienzi; en 1355, fué la ejecucion de Marino Faliero, dogo de Venecia; en 1356, se dió la famosa batalla de Poitiers; en 1370 se construyó en Paris la Bastilla; en 1374, murió el poeta Petrarca; en 1375, murió Bocacio; en 1376, murió aquel potentado de Gales, llamado el príncipe negro, amigo de Pedro I de Castilla; el año siguiente fué trasladada á Roma la Santa Sede; en 1380 murió aquel Duguesclin, llamado en nuestras crónicas Claquin, amigo de Enrique II; en 1386, los suizos defendieron bravamente su independencia en Sempach; y el siglo catorce acabó entre pestes, hambres,

persecuciones de judíos á hierro y sangre, y las turbaciones consiguientes á un cisma deplorable. El feudalismo estaba agonizando. Para darle golpes contundentes en la Península habia sido necesario crear unos tipos tales como el de Pedro I de Portugal, vengador implacable; el de Cárlos el Malo de Navarra; el de Pedro IV de Aragon, mas bien que ceremonioso, sañudo; y el de Pedro I de Castilla, plaga para los ricos-hombres, cruel en sentir de unos, inexorable en opinion de otros.

CAPITULO IX.—Jucef III, Mohamed VII, Mohamed VIII, Jucef IV, Mohamed IX, Ismael III y Alí en Granada; muerte de don Martin, y reinados de don Fernando I, Alonso V y Juan II en Aragon, Valencia y Cataluña; fin del reinado de Carlos III el Noble, y reinados de Juan II y doña Blanca en Navarra; muerte de Enrique III, y reinados de Juan II y Enrique IV en Leon y Castilla, hasta la union con Aragon. Reinan en Portugal Juan I, Duarte y Alonso V.

AÑOS 1401 A 1474.

Al dar comienzo al siglo quince, ya no es conveniente trazar por partes la fisonomía histórica de nuestra Iberia. Todo camina en ella hácia la union; todo se va enlazando visiblemente hácia un fin y término previsto y deseado.

Las memorias de 1401 mencionan que el rey de Navarra, Cárlos el Noble, dió una de sus hijas, por nombre Blanca, en matrimonio al hijo del rey de Aragon don Martin, y otra hija, por nombre Juana, al primogénito del conde de Foix. Cada una de ellas llevó en dote cien mil florines. En las fronteras de Murcia tuvieron que ser rechazadas con la fuerza algunas ligeras irrupciones de los moros. Enrique III de Castilla celebró córtes en Tordesillas, y en ellas dió su asentimiento á varias peticiones interesantes, ya para la supresion de una especie de tributo personal, muy gravoso para las clases pobres, ya para castigo de malos jueces, ya para

exigir cuentas á cuantos administraban por cualquier concepto rentas públicas, y ya tambien para dar permiso á que pudiese pasarse á segundas nupcias á los seis meses de viudedad. El mismo rey reconoció por papa á Benito XIII, aunque el cisma andaba mas vivo y enconado que nunca entre las dos córtes de Aviñon y Roma. Parece que algunos de nuestros reyes enviaron por este tiempo embajadas á Egipto con instrucciones para que se adelantasen hasta la Persia, y tratasen de descubrir las intenciones del conquistador Tamerlan, cuya fama llenaba entonces el Oriente.

Aquellos embajadores pudieron ser testigos de la batalla ganada por aquel Kan de la Tartaria á los turcos mandados por Bayaceto; y parece que los enviados de Enrique III volvieron en 1402 con ricos presentes, en su número algunas doncellas. El rey de Portugal, don Juan I, perdió este año á su primogénito don Alonso. La misma desgracia tuvo el rey de Navarra con su heredero don Cárlos, de suerte que doña Juana, ya condesa de Foix, fué jurada como sucesora de la corona. Al mismo tiempo los sicilianos celebraban con justas y torneos el matrimonio de su nuevo rey don Martin, hijo del rey de Aragon, con doña Blanca, hermana de dicha doña Juana. El aragonés obedecia á Benito XIII lo mismo que el castellano. Ambos monarcas se veian obligados á reprimir bandos y parcialidades: el primero, los de los Lunas, Gurreas, Urreas y demás que se negaban á obedecer, como procurador del reino, al conde de Denia, por no haber nacido en Aragon; y el segundo las de los Ponces y Guzmanes, que traian revuelta la ciudad de Sevilla, y los de otros que á su imitacion atizaban la discordia en Córdoba. De modo, que el mal, de que se quejan los historiadores árabes, no era solamente roedor de los granadinos, sino tambien un cáncer

que corroia á todos sus vecinos. Se habia puesto en parte un correctivo á las lidias de los poderosos en despoblado, y ahora continuaban sus duelos en las poblaciones.

El rey de Navarra, pasó en 1403 á la córte de Francia, para reclamar los estados que en la otra parte del Pirineo se le habian usurpado, pero se le mantuvo en esperanzas. Este monarca era tan bueno como malo habia sido su antecesor; y en dignidad y buenos sentimientos solo el aragonés don Martin podia compararse con él. Los cuidados, por los que pasaba á la sazon ese rey de Aragon, se reducian á dirigir desde España la marcha del gobierno de su hijo, el rey de Sicilia, enviándole buenos consejeros. Otro cuidado tenia puesto en los negocios eclesiásticos. Defensor de Benedicto XIII, sabiendo que los franceses iban á apoderarse de su persona, hizo ponerle en salvo en un castillo defendido por aragoneses. Tambien el rey de Castilla procuraba, ya que no con tropas, con solemne reconocimiento, dar fuerza moral á aquel pontífice, que en Francia y en Italia la tenia muy quebrantada. Á la sazon, Tamerlan envió respuesta á la embajada de Enrique III. Y casi al mismo tiempo, el infante don Fernando establecia en Castilla la órden militar de la Jarra, cuyos individuos llevaban por blason una jarra llena de azucenas.

Este infante llevaba intento de hacer que el rey su hermano rompiese treguas con los granadinos; pero, trasluciéndolo estos, enviaron en 1404 unos riquísimos presentes al rey de Castilla, y obtuvieron de él nuevas seguridades de concordia. Tambien el rey de Francia, para tener contento al navarro, le prometió el condado de Nemours con título de ducado, y la cantidad de doscientos mil escudos, á títulos de atrasos y cesion que el navarro hizo de la Champaña y Bria.

En Aragon continuaban los bandos de que ya hemos hablado, y llegó á hacerse necesario el rigor para contenerlos. Y como don Martin, al propio tiempo debia tener puestos los ojos en la isla de Cerdeña, en donde los genoveses atizaban la rebelion constantentemente, no eran pocos los afanes por los que pasaba. Las córtes de Maella le sirvieron, así como las de Toledo, en el año anterior, habian servido al castellano.

Pero los Lunas y Urreas eran infatigables en sus desórdenes. Y aunque se les ponian por una parte diques, pasaban á otra, y habian conseguido mantener en un estado de continua alteracion á los aragoneses. Don Martin estuvo malo en **1405**, y acudió á verle su hijo don Martin, rey de Sicilia, aunque otros dicen que este fué á Barcelona para jurar los fueros del Principado. El rey de Navarra anduvo en tratos para casar á su hija doña Beatriz con el conde de la Marca. Las córtes de Monreal de **1403** le habian ofrecido cincuenta mil florines á título de coste de su viaje á Francia, y los empleaba ahora en asegurar el porvenir de aquella hija. Don Enrique III de Castilla celebró córtes en Madrid, y en ellas se dispuso que los judíos y las cortesanas llevasen ciertas señales en el traje: cosa que á muchos les pareció mal, pues harto perseguidos eran los primeros sin llevar distintivo, y demasiado buscadas eran las segundas sin presentar enseña.

Hubo quien aconsejó al rey, en **1406**, que pusiese tasa á las primeras materias, y así lo hizo, fijando en diez maravedís el precio de una fanega de cebada, y en quince el de una de trigo, con lo que le pareció haber adelantado mucho, y en realidad no hizo mas que alejar del cultivo á los que no veian en él un premio proporcionado á su trabajo.

Metido en tales reformas, le llegó á Enrique III la nueva de que el rey de Granada habia roto las treguas sin dar aviso, y se habia apoderado de la plaza de Ayamonte, y luego habia entrado á saco en el arrabal de Quesada. Andando los granadinos en reyertas intestinas, no hallaban otro medio para distraer de ellas á los moradores, que lanzarlos contra los cristianos. Sorprendidos los fronteros de Jaen cuando menos lo esperaban, con dificultad pudieron oponer mil hombres escasos á un ejército de treinta mil, y aun así hicieron prodigios, dicen las crónicas. Por la parte de Murcia sucedió otro tanto, y los moros se replegaron escarmentados. Convocadas córtes para Toledo, no pudo asistir á ellas don Enrique, por habérsele agravado con el disgusto una enfermedad que padecia, y lo hizo por él su hermano don Fernando. En su proposicion ó discurso, expuso este la conducta del granadino, y la necesidad de rechazar con brio tales provocaciones. Díjo, que si Castilla debia hacerse respetar, era necesario reunir un ejército de sesenta mil hombres, los cuatro mil ginetes, y una escuadra de ochenta velas, en su número treinta galeras. Añadió que el sosten de tales fuerzas costaria anualmente cien millones, y doscientos mil maravedis. Las cortes manifestaron que la suma era muy considerable para ser cubierta con donativos, y prometieron dar en seis meses cuarenta y cinco millones si lo demás lo ponia de sus rentas el monarca. En virtud de este acuerdo, se hicieron las prevenciones necesarias á tiempo que don Enrique, achacoso, desazonado, melancólico, sintió que las fuerzas le abandonaban. Vueltos los ojos á su hermano don Fernando, en quien habia podido descubrir un fondo de honradez poco comun, le recomendó su hijo y heredero del trono, don Juan, niño de unos veinte meses, que

era sus amores, y dió su alma á Dios el mismo dia de Navidad de 1406. Díjose con el tiempo que un médico judío le habia dado una pócima. Era la acusacion con que los médicos, no judíos, trataban de desterrar de su profesion á los que les hacian sombra. Una tia de este monarca, reina de Navarra, acusó tambien á otro médico judío de haberla dado veneno. Pero el médico respondió que el veneno de aquella señora estaba en su genio y nó en las pócimas. Desde su infancia pudo decirse que Enrique III estuvo moribundo. Llamáronle el Doliente, y asimismo le hubieran sentado bien algunos honrosos dictados. No fué pródigo de los caudales públicos, y dejó tan lleno el tesoro como lo estuvo al tiempo de la muerte de don Pedro I. Aunque enfermizo, dominó siempre la iracundia, y trató con amor á grandes y á pequeños. Su tristeza profunda tomó los tintes de la devocion, y buscó en ella los consuelos que no hallaba en otra parte. Las córtes que celebró, durante su reinado, fueron las siguientes: en Madrid por los años de 1390 y 1391, de las que ya hablamos; en Búrgos en 1391 ; en Madrid en 1393; las que fueron prorogadas por picar la peste; en Valladolid en 1394; las de Leon en 1395; de Segovia en 1396; las de Torrijos ó Talavera en 1397; de Toro en 1398; de Segovia en 1399; de Tordesillas en 1401; de Toledo en 1402; de Valladolid en 1405; y las de Toledo de este año 1406. Ya dejamos apuntadas en su lugar cronológico las disposiciones mas notables de las mismas. No faltaron cortesanos que hicieron llegar á oídos del infante don Fernando aquellas provocaciones que tan bien les sientan á los que están tocados de la ambicion. Hechos los preparativos para levantar pendones, preguntó uno de los presentes que quién iba á ser proclamado. Castilla por don Juan II, res-

pondió el infante. No se sabe bien si tuvo algunas miras una visita que recientemente habia hecho el rey de Navarra al de Aragon, en Lérida. Volvia el navarro de un viaje á Francia, y estuvo con el aragonés en familia algunos dias, y este le acompañó hasta Zaragoza.

En 1407 fué muy sonada en Valencia una causa promovida contra los asesinos del gobernador de la ciudad, don Ramon Boil, por haberse creido al principio que era, mas bien que una venganza, una preparacion para otros crímenes; pero luego se descubrió que el jefe de los asesinos era don Felipe Boil, hermano de don Ramon. Al fratricida se le cortó la mano; y sus cómplices fueron castigados con pena de muerte. En Castilla, en tanto, se hacian grandes preparativos de guerra. Si el infante don Fernando no hubiese sabido dominarse, todos aquellos armamentos, destinados para defender el honor patrio, se hubieran convertido en teas de discordia. Elementos habia para todo; y solo faltaba un jefe. La reina viuda, temblando, se habia encerrado en Segovia, con el rey niño, como si creyese imposible que pudiesen los castellanos pasar por una menor edad, sin promover turbaciones y guerras. Los nobles clamaban por el restablecimiento de sus pasadas prerogativas. Las ciudades de Sevilla, Murcia y Córdoba, pedian que les fuesen devueltas algunas franquicias y oficios, y les fuesen quitados los corregidores, tales como recientemente se les habian dado para reprimir alteraciones. No sin trabajo se pudo sosegar los ánimos, y aun fué preciso acceder á los deseos de los sevillanos. Las poblaciones, que habian votado en córtes un donativo de cuarenta y cinco millones para llevar adelante la guerra contra Granada, ya casi se arrepentian de su liberalidad, y hacian de manera que el infante y la reina ju-

rasen que aquella suma no seria distraida del objeto á que se destinaba. Decian que en la córte eran muy inclinados á confundir con el nombre de tesoro del rey lo que era tesoro público; y así ahora, las arcas, que Enrique III habia llenado para hacer la guerra al granadino, se llamaban ya por la reina viuda arcas de la corona, y se miraban como patrimonio privado, de suerte que á los fronteros se les dejaba sin pagas, y lo que en momentos de necesidad apremiante se sacaba de aquellos cofres, era á título de préstamo y con cláusula de devolucion forzosa. Añádase á esto el que los cabos, á quienes estaba encomendada la fuerza pública, cobraban por mucho mas número de gente de la que tenian: y se tendrá una idea del malestar de aquellos tiempos.

Hay quien opina que en tal estado la guerra contra el moro, con todos sus estragos, fué un bien, comparada con los males que fermentaban en el seno de una paz engañosa. En las fronteras de Murcia, el castillo de Hurtal fué tomado y perdido en poco tiempo; hácia Ayamonte los cristianos rechazaron una algara de los moros; por la parte de Écija aquellos ganaron por sorpresa la poblacion de Pruna, mientras el infante don Fernando hacia en Sevilla grandes prevenciones de guerra; una tentativa de los granadinos contra Lucena quedó frustrada; algunas naves, en número de veinte y tres, que los reyes de Túnez y Tremecen enviaban como auxiliares al granadino, fueron arrolladas por la armada de Castilla; hácia Teba hicieron los cristianos una cabalgada, y arrebataron á los moros mas de dos mil quinientas cabezas de ganado; en las cercanías de Antequera hicieron los fronteros otra buena entrada; sobre Baeza intentó una sorpresa el mismo rey de Granada con un nume-

roso ejército, y fué rechazado; poco despues se puso sobre la plaza de Bedmar y la tomó por la fuerza; y á 7 de setiembre el infante don Fernando salió de Sevilla y entró en campaña por la parte de Carmona con direccion á Ronda. Trece mil infantes, y mil y cien caballos le habian enviado las ciudades de Córdoba y Sevilla. La poblacion de Zara se le rindió en breve tiempo; la de Audita fué ganada á la fuerza y pasada á saco y á cuchillo; Ayamonte, Cañete y otras fortalezas y pueblos de la parte de Lora y Ronda, abrieron las puertas al castellano; y por último, el infante puso sitio á la plaza de Setenil. Para hacerle levantar, cayó el granadino sobre la de Jaen, mas no pudo ganarla, y tuvo que volverse hecho antes algun estrago en sus cercanías. No menor le hizo en las de Ronda, y en el radio de Setenil el infante don Fernando, habiendo cogido hasta diez y nueve mil cabezas de ganado, sin aflojar un punto en el asedio de la plaza que tenia sitiada. Pero los de Setenil se defendieron con tanto denuedo, que al cabo cansaron al sitiador y le obligaron á levantar el campo. Entonces los de Ronda y demás comarcanos creyeron que era ocasion propicia para acabar con los cristianos y vengarse de los daños recibidos: por lo que cayeron sobre ellos de todas partes con el mayor ardimiento: pero hallaron que el infante era hombre lo mismo para sostener una retirada, que para llevar adelante una cabalgada. Pero no todos cumplieron como él con su deber; y las plazas de Priego y Cuevas fueron abandonadas sin necesidad y con profundo disgusto de los comarcanos. El pueblo murmuraba diciendo, que era muy ridículo haber sacado de Sevilla, con gran pompa, la espada de Fernando el Santo, como lo habia hecho el infante, y no haber tenido valor para invernar en país enemigo. El pueblo de Carmo-

na no quiso abrir las puertas de la plaza á otro jefe fuera del infante; y fueron tales los insultos prodigados á las milicias á su vuelta, que tuvo que castigarse con pena de muerte á algunos provocadores. Y la plebe decia, que hubiera sido justo ahorcar asimismo á algunos de los cobardes.

Las córtes celebradas en Guadalajara en **1408** aumentaron en quince millones el donativo de los cuarenta y cinco anuales, que habian ofrecido las de **1406**, y se hizo llamamiento de gente para continuar la lucha. El primer empeño en que se puso el moro, no fué afortunado. Arremetió con ímpetu y numerosas fuerzas contra la plaza de Alcaudete, y le fué forzoso levantar el sitio. Algunos nobles cristianos, en su número el obispo de Córdoba y don Rodrigo Narvaez, contribuyeron con todas sus fuerzas á obligar al moro á la retirada. Otras entradas y algaras parciales hubo entre los fronteros, con ventaja para los cristianos, dicen los analistas castellanos, con gloria de los muzlimes, dicen los árabes. Pero el resultado fué, que el moro solicitó treguas por ocho meses, y le fueron concedidas á tiempo que las córtes de Guadalajara estaban aun convocadas. Al tener noticia de esta novedad, varios procuradores hicieron de manera que por este año quedasen rebajados á cuarenta los millones del donativo. Mohamed VI, rey de Granada, á poco de ratificada la tregua, murió; pero su hermano y sucesor Jucef III, la renovó con las mismas condiciones y tratos. Al parecer los castellanos debian quedar por algun tiempo tranquilos. No fué así, porque cesando la guerra con los extraños, se renovaban las discordias intestinas. La reina viuda tenia su atmósfera; el infante don Fernando otra; y los cortesanos de una y otra parte andaban solícitos creando desconfianzas y animosidades. La reina, por mas seguridades que le daba

el infante su cuñado, no podia llegar á creer que en el corazon de este, ya que no manifiesto, latente, dejase de existir alguna chispa de la ambicion, que es la enfermedad de los potentados. En realidad el infante era disimulado y prudente; pero con ello, en vez de disminuir los recelos de la reina los aumentaba. Y algunos que conocian en sus intimidades al cuñado, decian que les parecia poco probable que la dominacion no tuviese para él un grande incentivo. De aquellas dos cortesanías, digámoslo así, nacian por lo alto formas apacibles, y por lo bajo y entre el vulgo de los cortesanos, riñas y pendencias. Este año se renovaron en Barcelona las vistas del rey de Navarra con el de Aragon. Tambien como de paso, esta vez para ir á Francia, ya que la anterior habia sido á la vuelta de ese reino. Don Martin de Aragon, muy achacoso por este tiempo, se hallaba metido por la fuerza de las circunstancias, á defender á Benito XIII, que acababa de pasar á Perpiñan, y á llamar á concilio á los prelados de Leon y Castilla. El rival de Benito, Gregorio XII, llamaba tambien á concilio á sus prelados, y no dejaba medio que no emplease para dañar á los protectores de su contrario. Créese que vino de Italia una nueva sublevacion que estalle á la sazon en Cerdeña, y obligó al aragonés, y al hijo de este, el siciliano, á enviar buen número de tropas á aquella isla para comprimirla.

Brancaleon de Oria, era jefe de los sublevados; y militaban por él los genoveses. El rey de Sicilia y el de Aragon á un tiempo enviaron en 1409 á Cerdeña sus escuadras con tropas de desembarco. La del siciliano descubrió no muy lejos de aquella isla á una escuadra genovesa, arremetió con ella y la apresó casi completamente. Esta victoria naval pareció buen presagio para dar comienzo á la campaña

en la isla. Echada en tierra la gente de las dos escuadras, el rey don Martin de Sicilia, se puso á la cabeza de once mil hombres, los tres mil ginetes, y no vaciló en ir en busca de Brancaleon de Oria, que tenia un ejército compuesto de diez y ocho mil infantes y poca caballería. La batalla fué reñida; pero Brancaleon de Oria quedó vencido. Sin embargo el rey de Sicilia, para reponerse de las pérdidas sufridas, se metió en Caller. Reinaban en la isla unas fiebres malignas, y de ellas fué acometido el rey y murió el dia 24 de julio. Otros dicen, que murió por haber andado en destemplanzas con una hermosa jóven. No dejó hijos legítimos, y sí un hijo y una hija naturales. Brancaleon de Oria, creyendo que no podia ofrecérsele mejor coyuntura para recobrar el terreno perdido, volvió á ponerse en campaña; pero don Pedro de Torrellas salió contra él con los aragoneses y catalanes, y le venció, matándole cuatro mil hombres; y recibidos de una y otra parte refuerzos, volvieron este mismo año á darse batalla, y tambien triunfó Torrellas, haciendo perder á su enemigo seis mil hombres. El religioso Vicente Ferrer fué quien participó al rey de Aragon, don Martin, la pérdida de sus mas lisonjeras esperanzas. Este noble anciano no tenia otro hijo que aquel cuya muerte le anunciaban. Y en torno suyo no veia ya otra cosa que ambiciones puestas en atalaya para observarle en sus sueños y en sus vigilias, y en su respiracion y en sus menores movimientos, como para atisbar el instante en que debiesen echarse sobre sus despojos, y apoderarse de ellos, ó batallar por su posesion suspirada. Luego sabrémos cuántos y cuáles eran estos aspirantes. Por el pronto, el rey don Martin, contrajo matrimonio con Margarita, hija del conde de Prades, por si podia burlar las esperanzas de sus allegados.

Uno de ellos era don Fernando, infante de Castilla. Los que rodeaban á este príncipe creyeron que se les abria un cielo nuevo en ese Aragon, cuya corona valia tanto como la de Castilla. Necesitaban para el infante una corona. Un tierno niño, y una madre que velaba por él, les impedian pensar por el pronto en el trono de Castilla. El de Aragon se les ofrecia de repente, ocupadas sus fuerzas en los mares de Italia, rodeado de pretendientes poco poderosos, y en una coyuntura en que Castilla estaba armada y á punto de tomar á pecho cualquier empresa. Creíase generalmente que la guerra con Granada iba á tomar el antiguo carácter de tenacidad que llevaban impreso las luchas de árabe á íbero. Algunos extranjeros, sabedores de que la espada de Fernando III era paseada solemnemente por las riberas, escribian al castellano ofreciéndose á servir con buen número de lanzas y de hacheros, nueva especie de infantería pesada: pero, por las escusas que se les daban, á vueltas de agradecimiento, pudieron calcular que el infante don Fernando, mas bien deseaba rodearse de huestes del país, que sostener guerra. No hubo en 1409 otra cosa que alguna escaramuza por la parte de Priego, cuya plaza, abandonada de los moros, habian ocupado los cristianos, y la perdieron: mas no por esto dejó don Fernando de renovar las treguas. Por este tiempo, el duque de Austria solicitó la mano de doña Beatriz, viuda del rey don Juan I de Castilla; pero aquella noble princesa respondió lo que Blanca de Navarra y de Valois, que las viudas de reyes parecian muy bien viudas. Así conservó doña Beatriz el respeto y estimacion de cuantos tenian influencia en negocios del estado.

En 1410, el granadino rompió las treguas instado de la impaciencia de los suyos, que creian llegada la hora de

recobrar terrenos sobre los infieles, en expresion de los autores árabes. Por tratos penetró el moro en la plaza de Zahara, pasó á cuchillo la guarnicion y se llevó muchos cautivos. El castillo no fué tomado, y el moro se retiró desmanteladas las defensas. El infante don Fernando ya no pudo contemporizar por mas tiempo. Reunidos en Córdoba los jefes de las milicias y de las órdenes, sacada de nuevo con grande solemnidad la espada de Fernando III, como si se tratase, dicen los árabes, de ir á la conquista de Granada, puso sitio, á últimos del mes de abril, á la plaza de Antequera. Seguíanle trece mil hombres, mil de ellos ginetes, y ocupó el cerro de Rabita para situar en él las máquinas é ingénios que esperaba de Sevilla. El granadino allegó gente, en número, dicen los cristianos, de ochenta y cinco mil hombres, los cinco mil ginetes, aunque los árabes dicen que no juntó mas allá de treinta mil hombres, y alguna chusma. El dia 6 de mayo arremetió el moro contra el cerro de Rabita, con ánimo de desalojar de él á los cristianos y hacerles levantar el sitio. La defensa del cerro estaba confiada al obispo de Palencia. Contra la resistencia de este se estrellaron los moros; y cuando iban ya de vencida, los desordenó y puso en fuga una carga de las mejores tropas del infante. No hubo batalla: hubo solamente una impetuosa arremetida, y un sálvese quien pueda. Así es, que los cristianos apenas perdieron trescientos hombres, la mitad de ellos heridos, y su enemigo dejó en el campo y en la fuga quince mil soldados. Esta ventaja vino muy á tiempo para reanimar el ardimiento de los castellanos, que ya habian dejado de familiarizarse con la victoria. En todas partes fué muy celebrada, y se la dieron proporciones tales, que algunos temieron que eran exageradas de intento, para que la

fama del infante don Fernando eclipsase completamente cualquier otro poder que pudiese darle sombra. Al mismo tiempo, uno de los cabos de la frontera de Jaen, hizo cabalgada contra los moros, seguido solo de trescientos hombres; pero todos los perdió por sobras de presuncion y arrogancia. Llegados los ingénios y pertrechos de Sevilla, intentó don Fernando dar un asalto, pero fué rechazado con alguna pérdida. Parecia que la derrota de los granadinos debia haber descorazonado á los de Antequera, y al contrario, resistieron con entusiasmo y denuedo. Varios fronteros cristianos cumplieron entonces con su deber, llamando la atencion de los granadinos hácia varios puntos, de suerte que no pudiesen tentar nueva acometida contra los sitiadores. Ya el rey de Granada sentia haber roto las treguas, y se sabe que solicitó volver á ellas, aunque fuese comprando la cooperacion y las voluntades de algunos nobles cristianos; pero halló en esta parte muy inflexible al jefe que los mandaba, que puso por primera condicion de todo trató la rendicion de Antequera. El granadino pidió auxilios al rey de Fez, y no se le mandaron; envió emisarios que pegasen fuego al campo de los sitiadores, y fueron descubiertos y castigados; allegó, por fin, nuevo ejército, y no se atrevió á renovar la desgraciada embestida de la Rabita. El infante don Fernando sentia crecer sus brios á medida que mas empeño ponia el rey de Granada en querer salvar la plaza. Faltábale dinero al infante, y varias ciudades y cabildos se lo prestaron sobre su palabra, y la reina viuda le envió cinco millones de maravedises. Los moros de Archidona intentaron hacer movimiento contra los sitiadores, pero fueron arrollados. El dia 16 de setiembre ganó el sitiador una de las torres de Antequera. Entonces los cabos principales Arella-

no, Avila, Escalante, Manrique y Narvaez, dirigieron las milicias al asalto. Ya los ballesteros no dejaban con vida á todos cuantos asomaban en las almenas para defenderlas. Brava y recia fué la arremetida. En poco tiempo la ciudad fué toda confusion y espanto. Ni aun perdida la poblacion quisieron rendirse los moros, antes se metieron en el castillo y dijeron que si no se les ofrecian condiciones dignas de su valor, serian ellos y nó los cristianos quien entregaria la poblacion á las llamas. Pareció conveniente, en vista de semejante heroísmo, permitirles que saliesen libres con sus personas y prendas, dejando en el castillo las armas, víveres, pertrechos y cautivos que tal vez hubiese. Diéronseles mil caballerías para transportar sus mujeres é hijos, y fueron acompañados hasta Archidona. Esta rendicion tuvo lugar el dia 24 de setiembre, y á ella siguió la de otros castillos y lugares del radio que no podian sostenerse perdida aquella plaza. El infante quedó admirado al saber que entre mujeres, niños, ancianos y hombres de armas, no habian salido de Antequera mas que dos mil seiscientas personas: cosa que le parecia increible atendida la brillante defensa que habian hecho. Don Rodrigo Narvaez quedó por alcaide de Antequera, y el infante fué con el grueso de la gente á Sevilla, donde devolvió el dia 14 de octubre la espada del rey don Fernando III, con las mismas ceremonias con que la habia recibido. El pueblo parecia haber olvidado ya que la línea legítima de ese santo rey ya no era señora de los reinos de Leon y Castilla. Otros encuentros y escaramuzas hubo este año entre moros y cristianos; pero ya el infante se mostraba dispuesto á entrar en tratos, por lo que fácilmente consiguió el rey de Granada que se sentasen treguas por diez y siete meses, obligándose el granadino á dar

libertad á trescientos cautivos. Don Fernando, llamado por esta campaña EL DE ANTEQUERA, tenia el corazon y el pensamiento muy lejos de Antequera y de Castilla. Diariamente se trataba con teólogos, jurisconsultos, prelados y hombres de estado, deseoso de oir de sus labios aquello mismo por lo que su pecho suspiraba. Nadie le dijo que nó. Como si todos penetrasen en el fondo de su corazon, desde el momento que les hablaba de sus dudas, le respondian conformes en un todo con sus deseos. Á la verdad no queria que le convenciesen ni que le asesorasen, sino que le acompañasen en sus sentimientos. Realmente no les preguntaba si tenia derecho; á esta pregunta el mas ignorante leguleyo de aquellos tiempos le hubiera dado solucion segun las leyes: lo que deseaba era saber si le estaba bien tener derecho y creárselo, y apoyarlo. Existian en Castilla dos parcialidades; la del infante, y la de la reina doña Catalina y del rey niño. Á las dos les convenia llamar la atencion de don Fernando hácia aquello que él llamaba su derecho. A la primera, porque así ya no habia necesidad de hacer la guerra al moro para tener hueste dispuesta, y se comenzaria á dar á entender á las gentes que aquel jefe era muy digno de llevar corona, y acaso no una sola, sino otra que pendia de la existencia de un niño. Á la segunda, porque accediendo á los deseos del infante, se alejarian de Castilla, y darian alimento y satisfaccion á sus miras ambiciosas, en su opinion grandes, como lo habia revelado la circunstancia de que ya por dos veces aquel príncipe se habia creido digno de tener en su poder la espada de don Fernando el Santo. Aquel derecho, ó por mejor decir aquel deseo del infante de Castilla, nacia de que el rey de Aragon habia muerto sin sucesion directa. Don Martin el HUMANO habia sido casado dos

veces. Primero con doña Maria, condesa de Luna, cuya señora habia muerto el dia 29 de diciembre de 1407 en Villareal de Valencia. En ella tuvo don Martin tres hijos, don Jaime, don Juan y doña Margarita, que murieron en edad temprana, y don Martin que llegó á ser rey de Sicilia, y murió en Cerdeña el dia 25 de julio de 1409, sin haber dejado otra sucesion fuera de una hija natural, por nombre Violante, y un hijo tambien natural por nombre Fadrique. Á este nieto le amaba mucho su abuelo, y deseaba legitimarle, y lo pidió con instancias á Benito XIII; pero este pontífice, aunque sabia de cuanto era deudor al aragonés que le habia prestado obediencia, no ignoraba que el castellano, otro de sus buenos favorecedores, se daria por ofendido de que un bastardo fuese preferido en la casa real de Aragon á las descendencias legítimas. Pues si bien la casa de Castilla no podia en justicia hablar mal de los bastardos, no debia entenderse esto de los presentes, sino de los pasados, que unos daban derecho y otros le quitaban. Otro rumbo habia tomado don Martin para tener descendencia directa, y ese habia sido su segundo matrimonio con doña Margarita, de la casa de los condes de Prades. El mismo Benito XIII habia dado dispensas al monarca, y le habia casado en Bellesguard, residencia real sita á unas dos millas de Barcelona, al pié de la cordillera que por tierra la circuye, el dia 17 de setiembre de 1409. Pero este enlace de un rey achacoso, que ya pasaba de los cincuenta, con una jóven lozana, no dió otro fruto que la muerte del esposo antes de los nueve meses. En un convento de Valldonzella, nó el sito ahora dentro de la ciudad, sino otro que estaba extramuros, murió don Martin el dia 31 de mayo de 1410. Ruegos, lágrimas, pinturas patéticas de los males que iba á sufrir el reino,

si no designaba un sucesor á la corona: todo habia sido inútil para decidirle á que se declarase en favor de alguno de los pretendientes. Pero es muy probable que su declaracion no hubiese impedido la marcha natural de los sucesos. No se trataba de una duda de derecho, sino de una cuestion de fuerza. Si alguno de los aspirantes al trono hubiese sido popular á un tiempo en Aragon, Valencia y Cataluña, la corona era suya, hubiese sido ó nó bastardo, y bien hubiese descendido de don Jaime II, bien de don Alonso IV, ó bien de don Pedro IV. Recientemente el reino de Portugal habia sabido dar un ejemplo de entereza en esa clase de discusiones, que deben ser cortadas y no desatadas. Don Juan I habia sido elegido rey por el voto de la nacion, á pesar de Castilla. Ese acuerdo, y casi unanimidad, faltó en los dominios del rey de Aragon, y ahí estuvo el mal, y nó en el mayor ó menor derecho. Don Martin moribundo buscaba esa unanimidad en torno suyo, y no veia mas que disentimientos y discordias. Para morir en paz con los que le rodeaban, era necesario que los dejase en guerra. Don Martin habia celebrado las siguientes córtes. En Segorbe y Valencia las de 1401 á 1403; en Valencia las de 1407; en Cataluña, además de las del siglo anterior, las de 1400 en Barcelona, y las de Perpiñan en 1406, prorogadas en 1407 á San Cugat del Vallés, y en 1408 á Barcelona en donde duraron hasta mayo de 1410; y en Aragon las de Zaragoza de 1400, y las de Maella de 1404. Los pretendientes á la sucesion de los dominios de Aragon, eran: Alfonso, duque de Candía, ya anciano, que murió á poco legando su pretension á su hijo del mismo nombre: este era nieto de don Pedro, conde de Ribagorza, hermano de don Alonso IV. Y aquel anciano, duque de Candía, tenia un

hermano, por nombre don Juan, conde de Prades, que tambien vino á llamarse pretendiente. Don Jaime el DESDICHADO, conde de Urgel, hijo de Pedro, que era hijo de otro Jaime, hermano de Pedro IV é hijo de Alonso IV, era el mas próximo allegado á los reyes por línea masculina, y como á tal el pretendiente mas convencido de su derecho; y ese conde estaba casado con doña Isabel, hija de Pedro IV, habida en doña Sibilia: de suerte que el esposo y la esposa representaban el uno la hermandad legítima de Pedro IV, y la otra la descendencia femenina existente del mismo Pedro IV. Isabel era hermana del último rey don Martin; y su esposo, el conde de Urgel, era biznieto de Alfonso IV por línea masculina, de ese Alfonso de quien el difunto don Martin era nieto. Luís, duque de Calabria, era nieto de don Juan I, nacido de la hija de este rey, doña Violante: y este pretendia la corona, diciendo que si la descendencia por hembra era aceptada, él y no otro debia ser el preferido, como á nieto de rey. Don Fadrique, hijo natural de don Martin de Sicilia, ó su tutor en su nombre, decia que si un bastardo habia podido ocupar el trono de Castilla, y otro bastardo hoy por hoy era rey de Portugal, no le parecia extraordinario ni difícil que se le diese el cetro. Por último, don Fernando, infante de Castilla, reclamaba en calidad de sobrino de don Martin, hijo de doña Leonor, hermana del mismo, y nieto por ella de Pedro IV. Sus contrincantes decian que la cuestion, aunque quisiesen hacerla complexa, era muy sencilla. Ó debia reinar la legitimidad, ó admitirse tambien la bastardía. Si lo primero, quedaba eliminado un pretendiente, don Fadrique. Ó debian admitirse las hembras, ó solamente las descendencias masculinas, por línea masculina; en este último caso don Jaime de Urgel era biz-

nieto por hombres del último rey que habia dejado ó de quien existia descendencia masculina, Alonso IV; y todos los demás quedaban eliminados. Si por el contrario eran admitidas las hembras, apelándose por ello al ejemplo de doña Petronila, don Luís de Calabria era nieto de rey por mujer, doña Violante, hija de Juan I. Resultando, añadian, que el menos favorecido por el derecho era el infante de Castilla don Fernando, sobrino del rey don Martin, por doña Leonor su hermana, parecia que si él reclamaba la corona, con mas razon le tocaba á don Juan su sobrino, hijo de Enrique III. Pero muchos veian la conveniencia pública en la eleccion de ese que era por derecho el menos acariciado. Este príncipe era el heredero de la corona de Castilla; tal vez dentro de breve tiempo podria concentrar en uno los dos reinos poderosos de la Península; y mandaba una hueste aguerrida; y se hallaba en disposicion de sostener con las armas los dominios de la casa de Aragon en Sicilia y en Cerdeña. El bastardo, sobre serlo, ofrecia todos los peligros de una menor edad, sin compensarlos con ninguna ventaja. El duque de Candía, el de Calabria y el conde de Prades, tenian el inconveniente de ser poco para tanta cosa. Y el conde de Urgel y su esposa tenian la desgracia de haberse transformado en jefes de parcialidades, en vez de ponerse á la altura por cuyas auras suspiraban. Los negocios públicos pasaban en Cerdeña por una crísis peligrosa, y cruzaban en Sicilia por unas circunstancias delicadas. El vizconde de Narbona se habia declarado partidario y auxiliar de Brancaleon de Oria en Cerdeña, sin que le hubiese escarmentado don Pedro de Moncada en un desembarco que hizo en sus tierras. Aspirando ese vizconde á la posesion de las pertenencias de la casa de Arborea, y

aliándose con los genoveses y con los Oria, habia conseguido tener ejército en la isla, tomar la plaza de Longosardo, y poner sitio á la de Oristano. Cuando se vió en cierta altura, trató ya de aliarse con el aragonés si este le devolvia los estados que reclamaba, y de esta suerte aseguró una parte de sus pretensiones y dió un respiro á sus contrarios. En la isla de Sicilia no fueron menos graves las alteraciones. El parlamento ó córtes de Mesina queria disponer de la isla á su antojo, y dejar á la reina viuda, hija del rey de Navarra, solamente el título vano de Vicaria. Opuso resistencia la reina, apoyada en los aragoneses y catalanes, y se retiró al castillo de Morqueto, no lejos de Siracusa. Sitiáronla los mesineses, pero fué socorrida y trasladada á Palermo. Tambien este año de **1410** el rey de Navarra, de vuelta ahora de Paris para sus estados, estuvo en Barcelona, para reclamar dicen unos proteccion y libertad en favor de su hija la reina viuda de Sicilia, para apoyar dicen otros, las pretensiones que Luís, duque de Calabria, de la casa real de Francia, tenia á la sucesion del rey don Martin. Y si á todas estas circunstancias se añade la del cisma por el que pasaba la iglesia; la de los bandos que fomentaba el conde de Urgel lidiando de poder á poder, sostenido por los Luna, contra los Heredia y los Urrea; la de las parcialidades sostenidas en Valencia por los Centella contra los Vilaregut: se tendrá una idea de la brava tormenta por la que estaban pasando Aragon, Valencia y Cataluña.

Lo primero que hizo en **1411** el infante de Castilla don Fernando, fué recabar de su cuñada la reina viuda que convocase córtes en Valladolid. En ellas expuso que quedaba asegurada la paz por diez y siete meses, tiempo que creia necesario para hacer valer sus derechos á la corona de Ara-

gon. Manifestó que era necesario hacer frente á todas las eventualidades, así de rompimiento de treguas como otras que pudiesen ofrecerse, y permanecer armado. No faltó quien observase que si la corona de Aragon era un derecho procedente de doña Leonor, esposa de don Juan I, mas derecho tenia á ella don Juan II, como hijo del primogénito de doña Leonor, don Enrique III, que no don Fernando. Pero este príncipe tenia á la mano un arsenal de juristas que afirmaron lo contrario, y que tal vez en caso conveniente hubieran llevado su fuerza de conviccion hasta persuadirle que tambien le tocaba la corona de Castilla. Esto deja comprender una de estas dos cosas: ó que se trataba de alejar de Castilla al infante como peligroso, cediéndole parte de lo que tocaba al rey niño para que no se lo arrebatase todo; ó bien que aquel derecho no le miraban tan claro que pudiese hacerle valer un monarca, aunque era bueno para contentar la ambicion de un infante. Don Fernando procuró desembarazarse de otros cuidados para lo que conviniese. Hizo que le fuese otorgada paz al rey de Portugal, sin condiciones, que fué una especie de renuncia de los derechos del rey don Juan I. Consiguió que el rey de Navarra devolviese la persona del turbulento duque de Benavente, que habia huido de un castillo matando al que le custodiaba, con lo que se evitaron disidencias con Navarra. Y por último se acercó con hueste á los lindes de Aragon, creyendo que en aquella estaba la mejor fuerza de su derecho. Con el rey de Francia anduvo en buena correspondencia, enviándole preciosos regalos y recibiendo de él algunas muestras de aprecio. Tambien procuró tener de su parte á Benito XIII. Pero en donde manifestó sumo tacto, fué en las relaciones entabladas con el religioso Vicente Ferrer, valenciano que á la sazon

predicó en Toledo, y que gozaba de una fama envidiable. Todo cuanto pidió Vicente á la reina viuda y al infante de Castilla, le fué al momento concedido. En vista dé una demanda suya, los judíos tuvieron que llevar un distintivo consistente en aspas amarillas, y los moros otro de lunas blancas. Y cuando predicaba Vicente Ferrer, la reina y el infante le oian con sumo recogimiento. De suerte que aquel santo varon debió quedar satisfecho de la religiosidad del infante, y muy convencido de que un príncipe de su temple y circunstancias, era muy digno de empuñar un cetro. Nuestros lectores saben ya que en punto á historia, lo que parecen insignificancias, son las mas de las veces los comienzos del desenlace. Los dominios de Aragon estaban en interregno. En Valencia, convocado el parlamento, en 1410, no habia podido reunirse, por los bandos de los barones y caballeros, hasta el dia 15 de enero de 1411. Nombróse una diputacion que confiriese acerca de la sucesion con las córtes de Aragon y Cataluña. Despues se decidió que el parlamento pasase á Traiguera, y por último á Vinaroz para ponerse de acuerdo con los parlamentos aragoneses y catalanes, de Alcañiz y de Tortosa. En Cataluña, Guerao Alamany de Cervelló habia sido nombrado por las córtes gobernador general del Principado, luego de muerto el rey don Martin, y habia convocado parlamento para Montblanch. Abrióse con poca concurrencia, á pesar del interés de lo que se ventilaba, y fué prorogado para Barcelona en donde continuó desde el dia 25 de setiembre de 1410 hasta el mes de diciembre de 1411 en cuyo tiempo se trasladó á Tortosa. En Aragon el parlamento se reunió en Calatayud, de donde fué despues trasladado á Alcañiz para estar mas cerca de Tortosa y de Vinaroz á donde debian trasladarse los de Ca-

taluña y Valencia. A Cataluña acudieron enviados del duque de Calabria, Luís rey de Nápoles, en apoyo de su pretension, y otros del infante don Fernando de Castilla que parecia querer encerrarse en los lindes de la legalidad mientras no fuese necesario alegar de bien probado con argumentos mas fuertes. Los barones y los ricos-hombres parecia como que tomasen expansion y explayamiento restituidos á su elemento favorito. Esos bandos que ahora renacian eran su vida; en esas parcialidades se desplegaba su poder; aquí tomaban todo su desarrollo aquellos instintos caballerescos y aquellas arrogancias que son las delicias de cuantos hallan complacencia en las leyendas de la edad media. Este estado de cosas era demasiado halagüeño para que le acortasen. Al contrario tendian á prolongarle, seguros de que quien quier que fuese el elegido, no les daria en todo un reinado por largo que fuese unos dias de soltura y esparcimiento como los que estaban disfrutando. Muchos habia que en los bandos entraban por animosidad y deseos de venganza: pero los mas veian en ellos una manera de vida holgada y libre de trabas y respetos. Los moradores de las poblaciones tomaban gusto en imitar á los barones. Si los de Tremp están quejosos de los de Eroles, no piden justicia sino que se la hacen saqueando el pueblo de sus contrarios. Si en Valencia los Centella y los Maza están quejosos de los Pardo y los Vilaregut, las armas serán su tribunal, y el campo y los pueblos su palenque. Si en Aragon el conde de Luna es partidario decidido del conde de Urgel y oye que el arzobispo de Zaragoza dice que otro será rey, al momento lo mata. Reminiscencias del feudalismo que respiraba por todos sus poros unos nefandos antojos. Aquel asesinato hizo perder al conde de Urgel sus mejores partidarios. No sabia

conteneрse ni refrenar á sus partidarios. Atormentábale la impaciencia. Acercóse con alguna gente á las puertas de Barcelona, y el parlamento tuvo que mandarle que se alejase de ellas. Preguntaba sin rebozo que á qué venian tantas juntas cuando á él le tocaba la herencia: y ya comenzaba á infundir recelos de que fuese muy dado á satisfacer sus caprichos en el mando quien no podia avenirse á obedecer á nadie. De la tropelia ejecutada contra el arzobispo tomaron pretexto los enemigos del conde de Urgel para inundar el reino de Aragon de tropas castellanas. Al principio entraron solamente mil quinientas lanzas, como para ir en persecucion del conde de Luna; pero luego tras ellas vinieron otras y fueron tomando posiciones y desalojando al de Urgel de las que tenia. Con el pretexto de que este intentaba impedir en Alcañiz la reunion de procuradores, íbanlos escoltando los castellanos, con mengua de la propia tierra que no sabia defenderlos. Reunidos los aragoneses en Alcañiz, los mismos castellanos en número de ochocientas lanzas fueron á Tortosa en busca de los catalanes. En Zaragoza, Fraga, Muniesa, Morella, y otras varias poblaciones se veian diseminadas partidas sueltas de soldados castellanos que formaban un parlamento de nueva índole. Si en alguna parte se les oponia resistencia sabian vencerla y entrar en Albarracin, y en Cinco Torres y en otras poblaciones á viva fuerza. En Alcañiz reinaban tales influencias que se trataba de procesar al conde de Urgel porque en algun oficio se habia llamado gobernador y lugar-teniente de rey. Si el parlamento de Tortosa enviaba embajadores al infante de Castilla, pidiéndole que retirase las tropas castellanas, respondia don Fernando que no las necesitaba para sí, pues su derecho era claro y terminante, sino para defender á los parla-

mentos contra las demasías del de Urgel y de su gente. Si el parlamento de Vinaroz solicitaba lo mismo que el de Tortosa, el de Alcañiz respondia que los castellanos defendian la libertad de la discusion contra el conde de Urgel que la coartaba. De esta suerte la cuestion se iba resolviendo por sí misma: y de hecho antes de nombrarse compromisarios ya estaba resuelta. Cuestion de dignidad nacional, perdida esta, las lanzas del extranjero fueron el arbitramento. Portugal en dias análogos habia sabido volver por su independencia. En Aragon Pedro IV habia amortiguado el espíritu de nacionalidad, y hecho que los naturales se acostumbrasen á ver en el castellano un árbitro. Nada mas bello ni mas digno para la Península si se hubiese buscado solucion, fuera de la atmósfera armada, y se hubiese elegido al rey niño don Juan II de Castilla. Pero Fernando de Antequera, ya que no se habia atrevido á arrebatar á su sobrino la corona de Castilla, recurrió al expediente de Sancho el Bravo para usurparle la de Aragon y de Sicilia. No obró pues con la grandeza de quien aspiraba á la union de la Iberia, sino con la pequeñez de quien suspiraba por la posesion de un cetro. Si antes de la publicacion de las Partidas, pudo Sancho el Bravo apelar al efugio de negar á sus sobrinos el derecho de representar al difunto padre, á los ojos de don Fernando no valia semejante expediente, ni para su propia tierra, ni para sus vecinos que conocian bien las reglas del derecho. Todos sabian que ó no le asistia á don Fernando ninguna justicia en sus pretensiones, ó el verdadero pretendiente debia ser su sobrino el rey de Castilla. Ya hemos visto que camino tenian trazado las lanzas. Veamos ahora que expedientes dictó la legalidad para cubrir las formas.

Las memorias de Valencia dicen que el parlamento de Vi-

naroz eligió en 25 de enero de 1412 varias personas que interviniesen en los actos del parlamento de Alcañiz; añaden que los barones y caballeros, congregados en Traiguera, pasaron á Morella y nombraron una diputacion que fuése á Alcañiz; y dicen por último que fué necesario vencer grandes dificultades, una vez trasladado el parlamento de Vinaroz á Valencia, para nombrar síndicos que interviniesen en la declaracion de rey. Las de Cataluña refieren que á 12 de marzo de 1412 la comision de veinte y cuatro miembros nombrada por el parlamento de Tortosa eligió á los árbitros que en union con los de Aragon y Valencia debian cubrir aquellas formas; y dicen tambien que el parlamento se hubiera trasladado á Montblanch el dia 20 de julio sino se hubiese adelantado nada en el asunto. Las de Aragon refieren que el parlamento de Alcañiz, antes de trasladarse á Zaragoza en 13 de abril de 1412, tenia ya nombrados los jueces que debian formar parte del tribunal compromisario. Á principios del año, el infante don Fernando, situado en Cuenca, habia procurado que se prorrogasen las treguas entre Castilla y Granada, y sin embargo reclamó los cuarenta y cinco millones de maravedís que las córtes habian votado para hacer la guerra al moro. En vano se le respondia que los aragoneses no eran moros, y que atendiese á su juramento de que los dineros solo servirian contra los infieles, y se acordase de que en Aragon no era la causa de Castilla lo que él servia, sino la suya propia: á todo respondió que poner órden en Aragon era aumentar las fuerzas de los cristianos contra el moro, que en lo del juramento Benito XIII ya lo dejaba arreglado, y que aunque la corona de Aragon fuese cosa suya siempre era una gloria para Castilla que la llevase un castellano. Y aunque no todos se dieron por sa-

tisfechos, es la verdad que él recibió los millones. Ya pues venia armado para poner en la balanza del pleito de Aragon otra cosa fuera de las lanzas. En realidad su único contendiente era el conde de Urgel. Los analistas castellanos dicen que este trató de confederarse con el rey de Granada, segun la costumbre de aquellos tiempos, y que sus cartas en que hacia proposiciones al granadino fueron interceptadas por el infante y enviadas al parlamento de Alcañiz. En Gascuña habia hecho el de Urgel alguna leva de gente y la metió en Aragon al mando de don Antonio de Luna. De Zaragoza salieron contra él algunas tropas, pero fueron derrotadas. Y al momento acudieron los castellanos para amparar á los vencidos y alejar á los vencedores. En Cataluña hubo necesidad de armar un cuerpo de dos mil hombres que recorriese el país, y de prevenir escuadra para defender las costas. En Valencia unas veces ganaba terreno el gobernador de la plaza, y otras tenia que retroceder ante los Centellas. El gobernador era partidario del conde de Urgel, y tenia á su disposicion diez mil infantes y mil caballos que luego se aumentaron con cuatrocientos hombres de armas venidos de Gascuña. Entonces los mas de los parciales que tenia el de Urgel en Aragon y Cataluña se corrieron hácia Valencia. Lo mismo hicieron los Heredia de Zaragoza, y todos los aliados de los Centellas, y los castellanos, que conocieron ser llegado el momento de apelar al argumento decisivo en aquella clase de cuestiones. El dia 27 de enero de 1412, á corta distancia de Murviedro, se dieron batalla campal los dos pretendientes, aunque ninguno de ellos estuvo presente. Por ellos lidiaron sus parciales. Los castellanos cayeron sobre los gascones y valencianos con tanta furia que en poco tiempo los derrotaron dejando el campo

sembrado de cadáveres. No se dió cuartel. Cinco mil hombres, segun unos, muchos mas segun otros, perdió en esta batalla el conde de Urgel. En ella murió el gobernador de Valencia, y su cabeza fué paseada en triunfo por las calles de Murviedro, obligándose á un hijo del finado á que la llevase clavada en una pica. Tal era la animosidad con que luchaban los partidos. Á consecuencia de esta derrota el parlamento de Vinaroz se metió en Valencia. Al cabo de veinte dias, el 16 de febrero, los síndicos de los tres reinos llevaban ya firmado en la iglesia de Alcañiz un convenio compuesto de veinte y ocho capítulos en el que se decia: que fuese encomendada la decision de aquella causa á nueve personas íntegras que jurasen fallar conforme á ley, metidos en el castillo de Caspe, perteneciente á la órden de San Juan; que en este castillo los compromisarios tuviesen toda la jurisdiccion necesaria para fallar con independencia, jurisdiccion ya otorgada por Benito XIII; que ninguno de los compromisarios pudiese llevarse consigo mas de cuarenta familiares armados ó desarmados; que los nueve jueces tuviesen poder bastante para dirimir aquella discordia; que de ellos lo que firmasen nueve en conformidad aquello fuese ley mientras hubiese entre los firmantes uno de cada parlamento; que los jueces debian dar el fallo desde el dia 29 de marzo hasta igual fecha del mes de mayo, cuyo plazo podian prorogar por dos meses; que antes del fallo oyesen á los pretendientes; que fallasen con justicia, sin amor ni odio; que si alguno de los nueve no pudiese votar, pudiesen los ocho restantes nombrar otro juez que le substituyese; que nadie pudiese acercarse á cuatro leguas de Caspe con mas de veinte hombres de armas; que solamente los embajadores de los pretendientes podian ir allá con cincuenta hombres; que el elegido por los jueces aquel

debia ser reconocido como á rey por los parlamentos de Aragon, Valencia y Cataluña, y por el reino de Mallorca cuyos síndicos iban á una con los catalanes; y que para guarda del castillo de Caspe se nombrarian tres cabos, con cien hombres cada uno, como en representacion de los tres parlamentos. Se deja suponer que este concierto, tomado cuando era tan reciente la victoria de Murviedro, se dictó con completa satisfaccion del infante don Fernando cuyas tropas, á título de conservar el órden, recorrian el pais en todas direcciones. Prevenidos los pretendientes para que enviasen á Caspe sus procuradores y abogados, se pasó al nombramiento de los jueces que recayó en las personas siguientes: Por Cataluña el arzobispo de Tarragona, don Pedro Zagarriga, licenciado en cánones; el doctor en leyes don Guillermo de Vallseca; y el doctor en leyes y cánones don Bernardo Galves á quien otros llaman Gualbes y tambien Gualbis. Por Aragon, el doctor en cánones don Domingo Ram, obispo de Huesca; el cartujo Francisco Aranda, antiguo consejero de los reyes; y el letrado don Berenguer de Bardaxi. Y por Valencia el doctor en cánones y prior de la Cartuja Bonifacio Ferrer; el teólogo y religioso dominico Vicente Ferrer; y el doctor en leyes don Ginés de Rabassa. Este último era uno de los buenos jurisconsultos de su tiempo. Pero, parece que le dió ó fingió una debilidad cerebral, de suerte que los ocho jueces restantes se creyeron facultados para sustituirle con el doctor en leyes don Pedro Bertran. Mas este honrado jurisconsulto, que estaria enterado de la opinion que en este asunto tenia Rabassa, se escusó de dar sentencia, diciendo que no estaba enterado. El arzobispo de Tarragona dijo que la corona de Aragon tocaba al duque de Candia ó al conde de Urgel, y que solamente en-

tre estos dos podia elegirse segun lo aconsejase la utilidad pública. El doctor en leyes Gillermo de Vallseca opinó lo mismo que el arzobispo, y añadió que el pretendiente mas útil para el estado era el conde de Urgel. Quedaban seis jueces, los estrictamente indispensables para poder dar sentencia si estaban conformes. De estos seis el duque de Calabria habia recusado cuatro como notoriamente adictos á don Fernando, á saber, el cartujo Bonifacio Ferrer, Berenguer de Bardaxi, Francisco de Aranda, y el obispo de Huesca, tres de ellos elegidos por Aragon y uno en nombre de Valencia. Esta recusacion no fué admitida; y los gascones del conde de Urgel anduvieron por Castellon de Burriana persiguiendo á los castellanos, y unos y otros se cebaban en las poblaciones, haciéndolas desear un término á estos males. Los procuradores y los abogados de los pretendientes fueron oidos, con tanta mayor benevolencia cuanto menores eran sus probabilidades de buen éxito. Los que estaban seguros de este no escaseaban buenas palabras con los que debian recibir despues crueles desengaños.

Ya hemos hablado de las relaciones íntimas que mediaban entre el infante don Fernando y Vicente Ferrer, y de la persuacion en que estaba este de que aquel era un príncipe modelo de virtudes. Tocante al doctor Gualbes parece que el infante confiaba tanto en él como en don Berenguer de Bardaxi. El dia 25 de junio de 1412 se juntaron los nueve jueces para dar el fallo. El arzobispo de Tarragona y el doctor Vallseca fundaron el suyo favorable al conde de Urgel; el doctor Bertran creyó que en conciencia debia abstenerse imitando á Rabassa. Los tres jueces aragoneses, los dos Ferrer, hermanos y jueces por Valencia, y Gualbes, juez por Cataluña, estuvieron conformes. Vicente Ferrer

fué el primero que votó en favor del infante de Castilla, y los demás le siguieron y votaron en el mismo sentido. No fundaron la sentencia porque debian fallar segun derecho y á tenor de este su sentencia no tenia fundamento. Solo podia tenerle en la útilidad pública, y en tales consideraciones indudablemente se hubieran perdido. Del contexto de la sentencia aparece que fué leida en la sala de tribunal del castillo de Caspe en dicho dia 25, aunque otros opinan que para esto debió firmarse un dia antes. La verdadera publicacion del fallo se hizo en la iglesia mayor de la villa de Caspe el dia 28 de junio. Y se creyó conveniente que, para escitar el entusiasmo de los oyentes, la anunciase y leyese acompañada de un fervoroso sermon el admirable predicador y juez Vicente Ferrer. En su opinion el Espíritu Santo habia iluminado á los jueces; la luz divina se habia derramado sobre ellos, haciéndoles ver en donde estaba el íris de paz para esos dominios; las virtudes mas sobresalientes adornaban al elegido; el orbe entero estaba lleno de su fama; hijo de rey, tio de rey, amparo de un príncipe real, terror de los infieles, habia hecho brillar en Antequera la espada del glorioso rey Fernando III, contemporáneo de don Jaime I, y prometia el renacimiento de aquellos gloriosos dias en que tan abatidos quedaron los infieles. Cuando Vicente Ferrer bajó del púlpito, él y sus oyentes, dicen algunos analistas, derramaban lágrimas, tal vez nacidas del contraste entre lo que oian y lo que miraban. No se crea que el pueblo permaneció indiferente é impasible ante esa humillacion á que se condenaban los jueces. Hubo necesidad de que el mismo Vicente Ferrer subiese nuevamente al púlpito el dia siguiente y se esforzase en persuadir á sus oyentes que era bueno aquello que á ellos en conciencia les

parecia bochornoso, improcedente é injusto. Si á lo menos, dirian en sus adentros, hubiesen tenido valor para elegir al rey de Castilla, hubiera sido una honra para los dos pueblos el agruparse al rededor de un niño, levantarle muy alto, defenderle de propios y de extraños, y abrir con su reinado una nueva era. Pero elegir al pretendiente que daba comienzo por destruir aquella bella perspectiva de la union ibérica, era dar entrada en Aragon al castellano con ignominia propia, y quedar separados de Castilla. En realidad de verdad no se concibe cómo algunos escelentes poetas han tratado de dar esplendor á la fisonomía de aquel pretendiente que estuvo en estas escenas muy prosaico. Ya era rey; ya habia retardado por muchos años la union que ahora era posible, desvaneciendo un cúmulo de circunstancias que difícilmente podian volver á presentarse; ya la rama legítima habia sido sacrificada á una ambicion vulgar: y se habia llevado adelante una gran comedia para dar un barniz de justicia á la mayor de las injusticias. El nuevo monarca, Fernando I de Aragon, fué jurado en Zaragoza, é hizo jurar por sucesor del trono á su hijo don Alonso. Venia acompañado de lucida y fuerte escolta, y seguido de su esposa, cinco infantes y dos infantas. Su primer cuidado fué mover gente contra el conde de Urgel con ánimo de despojarle de cuanto poseia. Pero el conde, viendo que por el pronto no podia oponer resistencia, le envió embajadores que le prestasen obediencia en su nombre, y con ellos fué concertado que un hijo del rey casaria con una hija del conde, que esta recibiria en dote la villa de Montblanc, y que el rey daria al conde en pago de su sumision ciento cincuenta mil florines de una vez, y dos mil florines de renta anuales. Concluidos estos tratos, el rey fué á verse con Benito XIII,

residente á la sazon en Tortosa y á quien debia en gran parte el cetro, por las pláticas que entre dicho pontífice y Vicente Ferrer habian mediado. Trasladóse el rey á Barcelona, en donde juró las libertades públicas y fué jurado, mas no dió las gracias como en Zaragoza en donde habia dicho que, tratando con aragoneses, la jura era mera ceremonia, por cuanto él y ellos se habian sostenido fieles. En Tortosa habia prestado feudo al papa por la Sicilia, y héchole reconocimiento por Córcega y Cerdeña. En esta isla se habia experimentado durante el interregno una efervescencia peligrosa. El vizconde de Narbona habia intentado apoderarse de Alguer, y aunque fué rechazado, sostuvo la campaña con ventaja. Pero una vez conocido el resultado de la eleccion, como de ella se desprendia que por ahora la armada de Castilla auxiliaria á la aragonesa, y los genoveses por ello entraron desde luego en tratos de paz con aragon y firmaron treguas por cinco años, ya no fué posible que los sublevados sardos se sostuviesen; depuestas las armas, el vizconde de Narbona fué á verse en 1413 con el rey de Aragon y á sentar tratos. Las mismas causas produjeron en Sicilia unos efectos análogos. La reina viuda y el conde de Módica se habian hecho una guerra encarnizada, y el segundo habia sido preso; pero una embajada del rey don Fernando I calmó las turbaciones por grados, mientras se iban juntando fuerzas en la isla. La reina viuda quedó por gobernadora, asesorada de diez y ocho consejeros, mitad sicilianos, mitad aragoneses: aunque luego un virey venido de Aragon se asumió todos los poderes.

Los que creian que la eleccion del infante de Castilla habia sido un iris de paz para la Península, se engañaron. La guerra civil tomó en Aragon tales proporciones en 1413 que

desde luego pareció imposible poderla apagar con las propias fuerzas del reino. Castilla se vió obligada á enviar nuevos millones, y buen número de soldados para sostener en el trono al infante don Fernando. Con el granadino, treguas; con los iberos, guerra, nó para unirlos bajo una bandera, sino para satisfacer una ambicion extraviada. El mismo rey de Navarra tuvo que auxiliar al aragonés que penetró en Aragon al frente de un puñado de ingleses y gascones. Indudablemente el país debia estar muy convencido de la injusticia del fallo de Caspe, cuando don Fernando I no podia dar un paso sin inundar las provincias de tropas castellanas, sin rodearse de una guardia personal castellana, y sin nombrar para los cargos públicos y los gobiernos á unos gefes castellanos. En Zaragoza el pueblo decia en alta voz que el conde de Urgel era el rey por derecho, aunque por engaño, error ó malas voluntades de los jueces llevase la corona el castellano. Estos rumores tomaron cuerpo, y pasando á ser motines hubo necesidad de aplacarlos derramando sangre. El conde de Urgel, al frente de dos mil hombres, intentó tomar por sorpresa la ciudad de Lérida, y don Antonio de Luna la de Jaca: ambos á dos sin fortuna. Los castellanos y algunos navarros procuraron correrse hácia el Pirineo y cortarles la retirada. Luna sufrió una derrota y su gente se encerró en Loarre; los extranjeros que iban con él se fugaron; y dos castillos del conde de Urgel abrieron sus puertas al castellano. El conde se metió en Balaguer. Con esta noticia don Fernando conoció que los momentos eran preciosos, y allegada gente, en su mayor parte castellana, fué con muchos ingenios y gran copia de pertrechos á cercar en aquella plaza á su rival aborrecido. Hizo arrojar sobre la ciudad á todas horas enormes piedras, y la mandó cer-

car estrechamente para que nadie pudiese salir de ella. Algunos lo probaron y tuvieron que volver á su recinto. Un francés halló medio de sacar al conde una gruesa suma para levantar gente: pero se fugó con el dinero. Algunos gascones é ingleses que venian á socorrer al conde se volvieron. Los de la ciudad continuaban oponiendo una tenaz resistencia. Cierto dia don Fernando se indignó sobremanera porque cayó no lejos de él una piedra disparada desde la plaza, y juró que en llegando á conquistarla la arrasaria. Ordinarios extremos de las almas débiles. Reinaba en el campo de los sitiadores el mayor desconcierto. Los cabos castellanos despreciaban á los aragoneses y catalanes; y estos hacian burla de aquellos y los llamaban fátuos é ignorantes. Corrió la voz de que venian dos mil extranjeros para hacer levantar el sitio; y, aunque el rey tenia á sus órdenes un ejército cuya sola caballería llegaba á tres mil hombres, hubo entre los jefes tal alarma que no parecia sino que debiesen levantar el sitio. Don Fernando I prometió indulto á todos cuantos se pasasen de Balaguer á sus filas, é hizo estrechar de tal manera el cerco, que ya obligado del hambre el desdichado conde tuvo que rendirse. Primero la condesa vino á echarse á los piés del rey; despues el mismo don Jaime, descendiente de reyes, se postró ante el monarca. A los dos los recibió con dureza, gozándose en su triunfo, les hechó en cara su orgullo, los llamó rebeldes, y concedió por gran merced al conde de Urgel la prolongacion de una existencia pasada entre grillos y cadenas. El conde fué llevado primero al castillo de Lérida y despues al de Urueña para tenerlo mas seguro en Castilla. Loarre y otros castillos se entregaron en breve.

Fernando I hubiera deseado castigar con pena de confis-

cacion de bienes á todos cuantos llamaba cómplices del conde de Urgel, y aun lo hizo proponer á las córtes de Zaragoza en 1414; pero alguno observó que en este caso mas de la mitad del reino deberia ser confiscada, y no se habló mas del asunto. El mismo año, entre justas y fiestas, con mucha pompa y solemnidad, se coronó el rey, y coronó á su esposa, estando Zaragoza llena de castellanos armados. Otras córtes tuvo este año en Montblanch el rey don Fernando I, y como en ellas pidiese auxilios, le respondieron los tres brazos cuan bueno seria que antes apartase de sí y despidiese de su casa á los castellanos. Pero don Fernando no se consideraba seguro si ellos no le rodeaban. Al conde de Urgel, aunque preso, le temia. Las hermanas de aquel desventurado fueron presas y metidas en un castillo. La propia madre de aquel vástago de los mas nobles reyes de Aragon fué acusada de haber escrito al rey de Portugal y á otros potentados á fin de que intercediesen por el conde, y fué encerrada en una cárcel. Un caballero fué condenado á muerte como cómplice en esa correspondencia de una madre que suspiraba por la libertad de su hijo. Los ciento cincuenta mil florines que el rey habia prometido dar al conde si desistia de sus pretensiones, los prometió ahora al vizconde de Narbona si renunciaba á sus condados y baronías en Cerdeña. Don Fernando habia prometido casar su hijo el infante don Juan con doña Isabel, infanta de Navarra, pero luego mudó de parecer, y pidió para dicho don Juan á doña Juana reina de Nápoles, suponiendo que la hija del Navarro se contentaria con aquel otro infante de Aragon don Enrique que al principio habia sido destinado para una de las hijas del conde de Urgel. En gran parte su elevacion al trono de Aragon la debia don Fernando á los

buenos oficios de Benito XIII. Ya se acordó de ello muy poco; y, para correr bien con los franceses, á tenor de las tradiciones de Castilla, procuró minarle con desprestigios. Mientras se ocupaba de estas cosas y prevenia armada para llevar á Sicilia al infante don Juan, y sacaba de Castilla grandes tributos de oro y sangre para afianzar en la Península un poder independiente de Castilla, el portugués, don Juan I, rey por eleccion nacional espontánea, volvia la vista á donde debiera haberla fijado el castellano. Viendo que en la Península le faltaba campo para espaciarse, dirigió una mirada al África, y le pareció que en ella debia buscarse campo y atmósfera. Dijo á sus hijos que allí era donde debian ser armados caballeros y nó en algun torneo. Envió á Nápoles con pretexto de planes de casamiento una nave, cuyo capitan á la ida y á la vuelta se detuvo en Ceuta, tomó vistas, levantó planos, redactó instrucciones, y se convenció de que esta plaza era un pié admirable para cualquier principio de campaña, y un centinela investigador del Estrecho. Al momento corrió por Europa la voz de que el portugués hacia grandes armamentos; y como le preguntasen á don Juan I que contra quién iban dirigidos respondia que contra el duque de Holanda para vengar agravios hechos á mercaderes portugueses. Y como el duque de Holanda era el único que estaba en el secreto del armamento, aparentaba recelos, y en realidad estaba muy tranquilo.

La expedicion contra Ceuta se llevó á cabo en 1415; y el rey no la confió á nadie, sino que él mismo, seguido de sus hijos don Enrique y don Pedro, se hizo á la vela tomando rumbo con toda la escuadra portuguesa hácia las aguas de Ceuta. Los castellanos de la opuesta orilla podian ver á ese príncipe de la Lusitania que les tomaba la de-

lantera como si les echase en cara su desidia. El dia 21 de agosto fué tomada la ciudad á viva fuerza; por la noche los moros abandonaron el castillo y al dia siguiente Ceuta era una plaza portuguesa. Algunos títulos tenia ya don Juan I para ser llamado el Grande; y mayores los tenia ahora que echaba en cara á Castilla las miserias de sus potentados. Así armó caballeros á sus hijos; y al volver á Évora fué recibido con un entusiasmo digno de su proeza. Al mismo tiempo el rey de Aragon recibia de la reina de Nápoles una injuria, sin atreverse á pedir satisfaccion por ella. Doña Juana, al tener cerca de sí al hijo de don Fernando I á quien habia prometido dar la mano de esposa, se casó con el conde de la Marca. Los grandes cuidados de don Fernando consistieron: en perseguir á la condesa de Urgel y á sus hijas, á quienes deseaba tener custodiadas lo mismo que al padre; y en tratar de obtener de Benito XIII una renuncia del Pontificado, profiriendo contra él tales amenazas que en vez de reducirse con ellas á que obedeciese al concilio de Constancia, le impulsaba á la terquedad en la negativa. Y lo que mas ofendia al pontífice era ver que de aquella suerte le tratase el mismo que dos años antes se le mostró tan sumiso y rendido, solicitando que se le abriesen para subir al trono de Aragon unos atajos trabajosos y torcidos. Benito procuró meterse en la plaza de Peñíscola y hacerse fuerte en ella: y al ver esta actitud Aragon y Castilla le negaron la obediencia. Para continuar sacando jugo y substancia de Castilla, casó don Fernando á su hijo don Alonso con doña María, hermana del rey de Castilla Juan II, cuyas bodas fueron celebradas en Valencia. El dia 27 de febrero habia muerto en Navarra la reina doña Leonor, esposa del rey Cárlos III, el Noble. Poco des-

pues este monarca tuvo que auxiliar al conde de Foix contra el de Armañac que habia invadido sus estados mientras él estaba ausente á una romería en Santiago.

Dícese que en 1416 aspiraba don Fernando á demostrar al mundo que para algo habia usurpado á su sobrino el rey de Castilla sus derechos al trono de Aragon; y que trataba de trasladarse á aquel reino con varios pretextos, y consumar allí sus planes. Tratando de convocar córtes en Barcelona, pedia lo mismo que habia pedido en las de Montblanc en 1414, y se le respondia como en Montblanc que la provincia estaba exhausta. Ya el año anterior habia probado don Fernando á sustraer su servidumbre del pago del derecho de consumo sobre la carne al que todos estaban sujetos en Barcelona, de lo que se siguió en la ciudad una gran alteracion; y el conceller segundo, Juan Fivaller ó Fiviller, tuvo que ir á reclamar del monarca el cumplimiento de las leyes por parte de sus familiares castellanos. El conceller primero se habia escusado por indisposicion ó por miedo. El mismo Juan Fivaller hizo testamento antes de apersonarse con el monarca: tal idea tenian formada todos de su carácter. Entonces el monarca habia cedido, y aun habia procurado ganarse la amistad de aquel esforzado conceller. Ahora se alejó de Barcelona con siniestras intenciones sin despedirse. Iba indignado, en direccion á Aragon y Castilla. Pero en Igualada le dió una enfermedad mortal, y murió el dia 2 de abril de 1416. De su mujer doña Leonor de Alburquerque, denominada la rica-hembra de Castilla, dejó cinco hijos y dos hijas, don Alonso, don Juan, don Enrique, don Sancho, don Pedro, doña María y doña Leonor. El primero, nacido al parecer en 1394, le sucedió con el nombre de Alfonso V. El segundo, nacido en 1398, heredó

mas adelante al primero. El tercero murió en 1445; el cuarto en 1417; y el quinto en 1438. Doña María, la primera de las hijas, casó con don Juan II de Castilla, fué madre de Enrique IV y murió en 1445, creyéndose que don Álvaro de Luna la habia dado un tósigo. Doña Leonor, la segunda de dichas hijas, casó en 1428 con Duarte que cinco años despues fué rey de Portugal, de cuyo matrimonio nació Alonso V del mismo reino. En su testamento trató de justificar su derecho al trono de Aragon, disponiendo que le sucediesen sustituyéndose sus hijos, y los hijos varones de los mismos, y en falta de hijos varones de ellos «los hijos varones de las infantas doña María y doña Leonor.» Celebró córtes en Valencia en 1415 en las cuales fué jurado como á rey, y don Alonso su hijo como á Príncipe heredero; en Barcelona en 1413; en Montblanc en 1414; y en Zaragoza en 1412, 1413 y 1414. Llamáronle el de Antequera, por la expedicion á esta plaza, de la que volvió desairado la vez primera, y muy envanecido la segunda, llevando siempre por delante la famosa espada de Fernando III. Otros le llaman el honesto, tal vez porque no se le supo ningun trato ilícito con mujeres, ni dejó aquellas largas listas de hijos naturales que afean las historias de otros reinados. Alguno le denomina el justo, y es tal vez el dictado que menos le cuadra, pues si supo mantenerse honrado, no despojando de la corona de Castilla á su sobrino, le arrebató la de Aragon segun ya dijimos. Es una de las figuras históricas en las que la tradicion anda mas opuesta con la verdad que arrojan de sí los anales. Puede decirse que la sociedad de aquellos tiempos, estaba tan acostumbrada á las acciones feas que tomó por heroísmo una virtud negativa. Y seguramente que nadie se hubiera atrevido á

provocar á don Fernando á que se ciñese la corona de Castilla, si no hubiesen sabido que con esta tentacion halagaban sus mas íntimos deseos. Fuera de aquella carencia de espontaneidad para el mal, no hay grandezas en don Fernando I. Su muerte fué recibida en Castilla con pocas muestras de tristeza, calculándose que con ella se pondria término al desagüe de millones que se enviaban á Aragon y no se devolvian. La reina viuda manifestó que por muerte del otro tutor quedaba ella por única tutora. Así lo manifestó delante de algunos prelados y señores; pero estos la suplicaron que para evitar en el gobierno malversaciones eligiese seis personas de su confianza con quienes despachase los asuntos y firmase las cédulas y documentos: y vino en ello al momento. Aclamado en Aragon don Alonso V, una de sus primeras acciones fué muy bella. Presentáronle una lista de varios amigos del conde de Urgel suponiéndolos conjurados para ponerle en libertad y darle el trono. Alonso V puso en el fuego la lista y dijo que así quedaban castigados los que la formaban. Envió dos vireyes á Sicilia con pretexto de recibir el juramento á los nobles y á las ciudades, en realidad para que activasen la vuelta del infante don Juan que ya daba sombra en aquella isla. No quiso reconocer por Papa á Benito XIII pero tampoco pensó en sitiarle por hambre en Peñíscola como lo habia intentado don Fernando I. La mayor parte de los prelados de Cataluña eran adictos á aquel pontífice, é instaron con el rey para que le volviese la obediencia: pero se negó á ello resueltamente, aconsejado antes, y dió órdenes para que sus embajadores fuésen al concilio de Constancia, á donde se dirigian tambien otros de Portugal, Navarra y Castilla.

Es sabido que en 1417 este concilio declaró por cismá-

tico y hereje al llamado Benito XIII, y eligió por papa á Odon Colona que tomó el nombre de Martin V. Á la sazon la reina viuda de Castilla habia dado permiso á Bethencourt para que armase gente en Sevilla y fuese á la conquista de las Canarias rindiendo por ellas vasallaje á Castilla, y esta expedicion fué el comienzo de la conquista de aquellas islas. Los historiadores antiguos hablan de ellas en términos de no poder dudarse que fueron conocidas. Diodoro Sículo, lib. v, cap. LXXXII, «estas islas, dice, barridas por el viento, ofrecian á sus habitantes un ambiente saludable; eran ricas en frutos, y prosperaban, lo que las valió el nombre de Afortunadas..... Y le merecieron por la fertilidad de su suelo, por su bella situacion y la suavidad de su clima.» Se cree que el cartaginés Hannon las visitó, pues en su Periplo se lee que costeando el África tomó tierra en una isla cuyos moradores le recibieron á pedradas, y se retiraron en cuanto fueron perseguidos. Añade que los naturales se llamaban Gorgadas, que se apoderó de tres de sus mujeres, y que estas se defendieron con tanta fiereza que tuvo que matarlas. Ignórase cuál de las Canarias visitó Hannon, en caso de haber sido una de las Canarias aquella isla. Estrabon, en su lib. III, cap. II, pág. 150, dice así: «Los poetas posteriores á Homero han imaginado el robo de los bueyes, de Gerion, y la conquista de las manzanas de oro del jardin de las Hespérides, junto á estos sitios, y han hablado de las ISLAS AFORTUNADAS que todavía se encuentran no lejos de la costa de Maurusia, frontero á Cádiz. Estoy en que los fenicios descubrieron este país.» Plinio el Viejo, lib. IV, capítulo XXXVI, dedica dos líneas á la existencia «de seis islas de los dioses á las que algunos han dado el nombre de Afortunadas, sitas frente del promontorio de Arrotrebas.»

« Insulæ..... é regione Arrotrebarum promontorii, Deorum sex, quas aliqui Fortunatas appellavere. » El mismo, en el lib. VI, cap. XXXVI, opina que las Afortunadas están mas afuera de las Gorgadas que vió Hannon; y en el cap. XXXVII siguiente añade: que la primera isla se llamaba Ombrion, y que en ella no habia restos de edificios, sino un estanque, y árboles parecidos á una férula, de los cuales los negros daban una agua amarga, y los blancos una agua agradable; que otra isla se llamaba Junonia y en ella solo se descubria un templete de piedra; que junto á esta existia otra isla del mismo nombre y mas pequeña; que luego se hallaba la de Capraria, llena de grandes lagartos « lacertis grandibus refertam; » que de ella se pasaba á Nivaria, así llamada por las nieves eternas de su montaña, cubierta de nieblas; que á ellas seguia Canaria, así llamada de los perros de una magnitud enorme que en ella abundaban, « canariam vocari á multitudine canum ingentis magnitudinis; » que todas ellas abundaban en árboles frutales y en aves de toda especie; y por último que en Canaria se veian muchas palmeras cubiertas de dátiles. Otros autores no admiten la etimología dada por Plinio á la voz Canaria, y la hacen proceder de los primitivos moradores de aquellas islas. Procopio, historiador, y que al mismo tiempo hizo en África la guerra que nos describe en su libro de Bello Vandálico, dice que la Mauritania fué poblada por los fenicios que arrojó Josué de la tierra de los cananeos. Añade lib. II, cap. X, que esos cananeos fugitivos levantaron en Tánger dos colunas, en cuyas inscripciones se apellidaban «fugitivos de Josué, hijo de Nave. » Fué pues muy natural que esos cananeos pasasen tambien á poblar las islas vecinas, y que de Caná las denominasen Canarias. El anónimo

de DIVITIONE GENTIUM habla de esos cananeos fugitivos, y dice que tambien poblaron las Baleares; otros son de opinion que aportaron á Italia; y se añade que los jebuseos, otros de aquellos fugitivos, se establecieron en Cádiz. Plutarco, en la Vida de Sertorio, dice que las Afortunadas se denominaban tambien Atlánticas. « En ellas, dice, las lluvias son raras y suaves, los vientos agradables, los rocíos abundantes y benéficos; todo germina allí y da fruto, como si la tierra se complaciese en dar alimento y felicidad á una poblacion exenta de penas y quebrantos. El clima es puro y sano, gracias á la temperie que no está sujeta á variaciones fuertes y repentinas..... Hé aquí porque es tan general la creencia de que existen en ellas los Campos Elíseos, mansion de las almas felices que celebró Homero. » Es cierto que los romanos no las conquistaron. Pasaron algunos siglos y nadie las menciona. Los alanos, suevos, vándalos, godos y hunos no las conocieron, ni tal vez oyeron hablar de ellas. Los escritores árabes dan á entender que á principios del siglo XI fueron á las Azores y á las Canarias desde las riberas del Tajo. Este viaje no tuvo consecuencias, ni dejó de ser una mera exploracion que vino á recordar al mundo antiguo una memoria ya casi borrada. En 1345, el papa Clemente VI dió las Canarias á un hijo de aquel Alonso de la Cerda que habia sido desposeido de la sucesion á los tronos de Leon y Castilla por su tio Sancho IV el Bravo. Fueron dadas con el título de rey, con la obligacion de hacer predicar en ellas el Evangelio. No pasó todo ello de un proyecto. Apesar de esto se afirma que los navegantes catalanes se atrevian ya á explorar las costas de aquellas islas y excitaban á que fuesen conquistadas. Á fines del siglo XIV algunos navegantes de las costas de la Cantabria

fueron á ellas y por tratos obtuvieron de los naturales pieles, cera y frutos. En 1402, dice una historia antigua, partió Juan de Bethencourt para su expedicion á las Canarias, autorizado segun se cree por Enrique III de Castilla; tomó posesion mas bien que conquistó algunas islas, volvió en este año de 1417 á España para solicitar recursos, y obtuvo el señoría de las islas, prestando por ellas homenaje. Cuando Bethencourt tomó el título de rey de Canarias ya el sumo pontífice habia dado la mitra de las islas á un religioso, Fr. Mendo, cuya predicacion difundió en breve tiempo la fé. Eran tan blandas las costumbres de los isleños, que no parecia sino que la Providencia hubiese preparado el terreno, para obtenerse de él una preciosa cosecha. No conocian los sacrificios cruentos; no quemaban los cadáveres como los romanos y los griegos, sino que los conservaban embalsamados, como los egipcios. Tenian una especie de vestales, cuya pureza de costumbres era muy notable. En algunas islas era permitida la poligamia, aunque otros dicen que solo se permitia cuando la primera esposa estaba atacada de la enfermedad del cútis llamada elefancia. Eran altos, esbeltos, bien formados, afables, inteligentes, cultos. Bethencourt vivió con ellos mas bien que como un conquistador como un aliado. La ciudad de Sevilla de donde habia salido Bethencourt con su armamento acababa de ser teatro de algunos desórdenes, nacidos de la emulacion de los Guzman y Zuñiga, alcaldes mayores, cuyas parcialidades, lo mismo que las de años antes de Valencia y Zaragoza, convertian la poblacion en un teatro de sangrientas lides. Aquellos jefes fueron llamados á la córte, y encarcelados. Las treguas entre Castilla y Granada fueron prorogadas por dos años devolviendo el granadino sin rescate

cien cautivos cristianos. En Cerdeña hubo turbaciones promovidas por la alevosía con que fueron muertos dos nobles que reclamaban de sus vasallos el juramento de obediencia. Se les mandó á decir que podian presentarse en el pueblo de Barrigada para recibirle, y en él algunos amigos del vizconde de Narbona los asesinaron cruelmente. Y como al mismo tiempo, una parte de la isla de Córcega ocupada por los aragoneses era blanco de continuas acometidas por parte de los genoveses, y pareció que ya el dux de esta república, desde la muerte de Fernando I de Aragon, no miraba como cosa sólida la alianza de Aragon y Castilla, fué fácil prever que el jóven Alonso V solo por las armas y obrando con presteza podria sostener su señorío sobre las tres mayores islas de las aguas de Italia.

Alonso habia creido que el papa Martin V se mostraria muy amigo suyo, y le haria gracia de los atrasos y pensiones por censos de Cerdeña y Sicilia. Pero luego vió que el pontífice iba muy remiso en hacer concesiones. Por lo que á su vez, cuando Martin V pidió al aragonés que obrase con vigor contra el llamado Benito XIII, arrojándole de Peñíscola por la fuerza, Alonso se negó á hacerlo mientras aquel no le otorgase sus pretensiones. El papa tuvo que ceder, y aun hizo de manera que el clero concediese al aragonés un subsidio de sesenta mil florines. Esto fué en el año 1418. Mientras se hacian simultáneamente los aprestos contra Peñíscola y Córcega, varios diputados por Cataluña, Aragon y Valencia se acercaron al rey y le manifestaron que no siendo Aragon y Castilla un mismo reino, pues así lo habia decidido el parlamento de Caspe, anteponiendo al rey de Castilla un infante, resultaba que los castellanos eran en Aragon unos extraños á quienes no podian ser confiados cier-

los cargos y oficios, á tenor de las leyes del reino. Indignóse Alonso V al oir esta pretension, diciendo que cada uno era dueño de servirse de quien le pareciese. Y como insistiesen los diputados haciéndole presentes las leyes y fueros escritos, les respondió con el VOLIEM de Pedro IV, amenazando á unos con la cárcel, y prendiendo á otros. Los cortesanos alabaron al rey; pero los consejeros honrados le dijeron que el príncipe debia dar ejemplo á sus súbditos respetando las leyes. Por el pronto no pudo llevar adelante sus miras sobre Córcega, y se limitó á enviar algunas galeras contra los berberiscos y argelinos cuyos piratas hacian mucho daño en las costas de Sicilia y de Cerdeña. Confió esta comision á don Pedro de Moncada, que se volvió diciendo que no era cuestion de fuerzas sutiles sino de armada el hacerse respetar de los africanos. Por este tiempo Carlos III de Navarra habia casado á su hija la infanta doña Isabel con el conde de Armañac, y se cree que para ello tuvo córtes en Pamplona, pues existen fueros del reino de este año y en ellos se expresa que fueron dados estando reunidos los tres estados, á saber, los prelados, los ricos-hombres y caballeros, y los hijos-dalgo y hombres de buenas villas. Son las propias palabras de uno de los fueros. Aquella infanta recibió en dote cien mil florines. El rey de Portugal don Juan I envió nuevamente refuerzos á Ceuta, ya para convertirla en plaza inexpugnable, ya para ver si por ella podia dar principio á alguna empresa provechosa. El papa le animó concediéndole cruzada y subsidios del clero, sin que ninguno en Castilla levantase la voz para decir que en aquella parte del África tenia tambien injurias de que pedir cuenta el castellano. Verdad es que el portugués procuraba entretener á los consejeros ó gobernantes de Juan II de Cas-

tilla, proponiéndoles tratados de paz definitivos y el casamiento de este monarca con doña Leonor de Portugal. El rey de Castilla rayaba entonces en los catorce años, y sus consejeros procuraron que contrajese esponsales con doña María de Aragon, hija de don Fernando I. El dia primero de junio de este año **1418** habia muerto casi repentinamente la reina viuda de Enrique III doña Catalina. Acusábala la voz pública de haber tenido demasiada intimidad con don Juan Alvarez Osorio, de haber dejado que pusiesen mano en el gobierno sus confidentes, y de sobrada propension á las bebidas. Algunos creyeron conveniente, muerta ella, salirse de tutores, y aclamar como á mayor de edad al rey, aunque no habia llegado á ella; y así se hizo. Los presos por las turbulencias de Sevilla recobraron la libertad, y pareció que se daba comienzo desde este dia al reinado. El rey de Francia puso el primero á prueba á los consejeros del mancebo monarca, reclamando en virtud de antiguas alianzas una escuadra para hacer la guerra á los ingleses. Era un recuerdo del auxilio dado cincuenta años antes á don Enrique el Bastardo. Los que dejaban en paz á Granada, y permitian que el portugués tomase posiciones en África frente por frente de Algeciras, no vacilaron en enviar fuerzas navales de Castilla á lidiar por una causa extraña en las costas de Inglaterra. Los vizcainos, armados en corso, causaron entonces muchos daños á los ingleses en sus propios mares.

Las memorias de **1419** mencionan el casamiento de don Juan, infante de Aragon, con doña Blanca, infanta de Navarra y heredera de este reino. Para ello el navarro celebró córtes en Olite á fin de tratar de los ajustes de aquel matrimonio. Doña Blanca era viuda de don Martin el Jóven,

rey de Sicilia. El enlace se efectuó en Olite el dia 5 de noviembre. Don Alonso el V, hermano del novio, estaba por este tiempo en Cerdeña á donde fué con armada y fuerzas suficientes para apoderarse de las plazas que oponian resistencia. Las mas de ellas se le rindieron por tratos, y de Sacer sacó un tesoro considerable, que dicen pasaba de cien mil florines y le sirvió para hacer aprestos destinados á sostenerle en Sicilia el año siguiente. El rey de Portugal sostuvo con esfuerzo la conquista hecha en África. Sabedor de que los moros iban á poner sitio á la plaza de Ceuta, envió allá con buenas tropas á su hijo el infante don Enrique. Este ganó gloria para sí, para su padre y para su patria, rechazando varios asaltos dados á la plaza por un ejército numeroso, y obligando á sus enemigos á levantar el sitio. El mismo don Juan hubiera ido en persona á África si el rey de Castilla le hubiese otorgado la paz que le pedia. Pero el castellano no queria ceder por ella lo que sus consejeros llamaban derechos antiguos ni mirar como un amigo al que lo era de la Inglaterra. Con el granadino, sí, firmó treguas por dos años. La corte de Castilla era el foco de muchas intrigas. Nobles, prelados, infantes de Aragon, enviados, granadinos, embajadores franceses, bretones, portugueses, y navarros, se agrupaban allí para dar impulso ajeno á la máquina del gobierno que sabian no le tenia propio. Convocadas córtes, se juntaron en Madrid por el mes de marzo en lo que era alcázar, ahora palacio real, y en ellas declaró el monarca que tomaba sobre sí el gobierno. Á esta declaracion se siguieron fiestas, justas y torneos, y en una de estas diversiones don Álvaro de Luna, que tenia ya alguna íntimidad con el rey, fué herido de tanta gravedad que estuvo en poco como no perdió la vida. La armada de Cas-

tilla navegó á la sazon unida con la del rey de Francia, y apresó algunas naves inglesas.

Los infantes de Aragon, don Juan y don Enrique, continuaban en Castilla las tradiciones de su difunto padre. Querian pertenecer á un mismo tiempo á dos reinos, nó para gloria de los mismos, sino para exprimir los recursos de entrambos. No atendian á la union de las coronas, y á darlas una misma direccion, sino á dar satisfaccion á sus personales miras é intereses. Don Enrique trataba de derribar del poder al arzobispo de Toledo que gobernaba en nombre del rey; mientras un noble, don Álvaro de Luna, hacia esfuerzos por derribar á aquellos y á todos cuantos deseasen privar con el monarca. Don Enrique puso los ojos en la infanta de Castilla, doña Catalina, hermana del rey, y viendo que el infante don Juan, hermano suyo, contrariaba en este punto sus planes, aprovechó una ausencia que aquel hizo á Navarra, y se apoderó en Tordesillas, el dia 12 de julio, de la persona del rey don Juan I, de la esposa de este, hermana del agresor, y de doña Catalina, hermana del rey, y se los llevó á Segovia. Doña Catalina habia intentado meterse en un convento de monjas, pero fué sacada de él con amenazas de entregar el edificio á las llamas. No bien el arzobispo de Toledo y el infante don Juan tuvieron noticia de este atentado, allegaron gente, indagaron por don Álvaro cuál era el ánimo del rey, y sabiendo que deseaba salirse del poder de don Enrique, hicieron aprestos de guerra. Don Juan I tenia diez y seis años, y no se notaban en él aquellos vislumbres que revelan un hombre. Casó en Ávila con su prima hermana doña María, y anduvo solazándose con ella como si lo que pasaba en el reino fuese una cosa trivial y de escasa importancia. Los hijos de aquel Fernando I de Aragon que habia

hecho pasar este reino por las agonías de una ocupacion extranjera, ahora devolvian de rechazo á Castilla convulsion por convulsion, mengua por mengua. Doña Leonor, la rica-hembra, madre de los dos infantes que así cubrian de luto la tierra en que habian nacido, trató de recordarles que eran hermanos y debian obrar como á tales. No la atendian; y don Juan acusaba de traicion á don Enrique; y este hacia que el rey escribiese á las ciudades y á los nobles diciendo que iba gustoso con don Enrique. Don Juan habia llegado á reunir hasta seis mil hombres, y dió despido á la mayor parte, convencido de que el mejor camino que podia tomar no era el de la fuerza. Don Enrique hizo juntar córtes en Ávila, y en la catedral consiguió que en los tres estados, aunque faltaban algunos votos calificados de la nobleza y del clero, fuese aprobada su conducta en Tordesillas. La ambicion del infante iba creciendo á medida que se saboreaba en ella, y como maestre que era de la órden de Santiago, aspiraba á convertir en mayorazgo suyo todos los bienes de la órden, y así lo hizo pedir al papa. Su hermano don Juan, y don Álvaro de Luna se pusieron de acuerdo para adormecerle en la confianza. El rey consintió en casarle con su hermana doña Catalina; esta infanta depuso el ceño con que le miraba, y le dió su mano en Talavera; y con motivo de la celebracion de este enlace se hicieron gracias y donaciones varias. Á don Álvaro de Luna le tocó en ellas San Estéban de Gormaz, á título de condado. Don Enrique estuvo algun tiempo sobre sí; y á título de alianza con el francés sostuvo en la mar escuadra; y con pretexto de obtener de Portugal una paz ventajosa pidió al reino ciento veinte millones de maravedís para sostener en campaña ocho mil caballos y treinta mil infantes. Pero dicen las crónicas que don Enri-

que, aunque estaba muy sobre sí, se dejó burlar de don Álvaro de Luna. Acababa de casarse el infante el dia 8 de noviembre, y tomó por costumbre no ser madrugador como antes lo era; por lo que el rey y don Álvaro, con pretexto de salir á caza, dieron rienda á sus caballos y se metieron en el castillo de Villalba el dia 28 de dicho mes de noviembre, y luego pasaron al de Montalban. La reina habia quedado en Talavera. Aquello mas que una grave complicacion pública pareció un juego y esparcimiento de algunos magnates. La reina, don Enrique, y la mujer de este fueron á sitiar al rey y á impedir que el infante don Juan y el arzobispo de Toledo se apoderasen de la persona del monarca. Pero estos no eran ya sus rivales mas temibles. Don Álvaro de Luna era el jefe en Montalban, y al acercarse don Juan con su hueste hizo que el rey le mandase quedarse en Fuensalida, y á la reina la mandó pasar á Toledo, y á don Enrique le escribió que ya no necesitaba de sus buenos oficios, y que esperase órdenes en Ocaña, y despidiese su gente. Notábase en el conjunto de esas órdenes una direccion de que nadie habia creido capaz á don Álvaro y que todos suponian no ser obra de don Juan II, en quien era imposible tomarla. Sorprendidos los dos infantes rivales, comprendieron sin embargo que naturalmente careceria de estabilidad y firmeza todo cuanto tomase por basa el carácter del monarca. Por el pronto don Álvaro de Luna concentró hueste en torno suyo y del monarca, y procuró que los infantes se mantuviesen lejos de la corte. Por Navidad el rey entró en triunfo en Talavera de donde habia salido como fugitivo. Á la sazon uno de los infantes de Portugal, don Enrique, el mismo que tan esforzadamente habia rechazado de Ceuta á los moros, ganó una nueva celebridad con el descubrimiento de la

isla de Madera, así llamada porque parecia un gran tejido de árboles enlazados en todas direcciones y sentidos á manera de las selvas vírgenes de las regiones templadas. Una casualidad habia abierto este año el reino de Nápoles á las armas de Aragon. Hallábase en Cerdeña Alonso V cuando vino á él un enviado de la reina Juana de Nápoles proponiéndole que si queria servirle contra Francia y Génova le adoptaria por sucesor ó hijo, y le daria por el pronto la Calabria. Era una aventura. Como castellano, Alonso V era amigo de Génova y de Francia. Como aragonés era enemigo de entrambos. Alonso pensó que ante todo era rey de Aragon, dueño de tres grandes islas en el mar de Italia: y se entró en la aventura. La reina de Nápoles le habia engañado una vez; pero ahora ella misma, obligada de la necesidad, se castigaba llamándole en clase de auxiliar poderoso. El duque de Anjou tenia sitiada en la misma capital á aquella reina. El sitiador propuso á don Alonso que le auxiliase á él y no á la reina; pero don Alonso le dijo que antes se separase de los genoveses, cosa que no podia hacer en aquella coyuntura sin destruirse. El dia 6 de setiembre una escuadra aragonesa mandada por Perellós, Moncada y Centellas se puso á la vista de Nápoles. Los de la reina rompieron en gritos de triunfo, y los sitiadores callaron consternados. Los genoveses que andaban por aquellas aguas, dieron remo al mar y se alejaron; y la gente del duque de Anjou levantó el sitio. Perellós entró en triunfo en aquella ciudad, celebró en él la adopcion de Alonso V, y en nombre de este tomó posesion de la Calabria y de varios castillos. Muchos sicilianos iban con Perellós, y no sabian cómo demostrar su júbilo viendo que Nápoles, su antigua enemiga, era quien llamaba como á libertadores á los aragoneses para arrojar del reino

á los franceses, tiranos de la Sicilia. Lo que en aquella ciudad ganó en consideracion Alonso V casi lo perdió en Córcega. Habiendo ido en persona á esta isla para poner sitio á la plaza de Bonifacio, los genoveses enviaron al socorro de los corsos una armada cuyos jefes no vacilaron en romper por entre la de Aragon y entrar víveres y refuerzos en Bonifacio. El rey de Aragon tuvo que levantar el sitio, ni mas ni menos que Luis de Anjou habia levantado el de Nápoles.

La noticia de este descalabro sufrido por su aliado llegó abultada á oídos de la reina de Nápoles, y en poco estuvo como no la hizo apartarse de la alianza. Pero cuando lo estaba meditando, llegó Fernandez de Hijar con algunas galeras y gente aguerrida, como á virey de la Calabria, y dió comienzo á la campaña de 1421 contra el de Anjou y su gente. Algunas plazas cayeron en poder de Hijar, y en poco tiempo la Calabria quedó sujeta á los aragoneses. Esto fué á manera de declaracion de guerra, cual estaba encargado de hacerla y añaden que se la hizo muy solemnemente Hijar al de Anjou. Á ella siguió la llegada de Alonso V en una escuadra compuesta de veinte y cuatro naves de guerra y muchos buques de transporte que conducian un ejército cuya sola caballería llegaba á mil quinientos hombres. Martin V, amigo del de Anjou, trató de poner en concordia á los dos beligerantes, mas no pudo conseguirlo. Alonso puso sitio á la plaza de Cerra. Los genoveses quisieron socorrerla animados con la victoria de Bonifacio; pero esta vez no fueron afortunados. De ocho galeras perdieron cinco, y quedó prisionero el jefe de la expedicion por nombre Juan Fregoso, el mismo que habia ahuyentado de Bonifacio á los aragoneses. No por esto se rindió la plaza de Cerra, aunque combatida con el mayor esfuerzo. Cuando estaba ya á punto de

capitular, destruida otra expedicion que envió Anjou por tierra, el papa Martin V la salvó, pidiendo con instancia á Alonso una suspension de armas, y haciendo que un legado tomase la plaza como en rehenes. El papa estaba muy quejoso del aragonés por la habilidad con que este sostenia al anti-papa Benito XIII en vez de hacerle la guerra. Hácia este tiempo, otro rey de la Península, menos dado á lides, Carlos de Navarra, firmaba tambien ajustes con su yerno, el conde de Armañac, muy nimio y mirado en intereses. En Castilla unas perturbaciones se daban la mano con otras. Habia paz con el moro, lo que equivalia á decir que habia guerra en casa. El rey de Granada, no menos atormentado de disensiones que el de Castilla, habia ofrecido trece mil doblas anuales con tal que le prorogasen las treguas por tres años, y su proposicion habia sido aceptada. El infante don Enrique permanecia armado por mas instancias que le hacia el rey para que despidiese su gente. Don Juan, y don Pedro, hermanos de don Enrique, enviaban memoriales al rey suplicándole que anduviese con cuidado no sea que se renovase lo de Tordesillas; que se rodease de personas concienzudas, que era decirle que estaba mal rodeado; que volviese por la honra de aquellos á quienes don Enrique habia ultrajado, y pagase los sueldos debidos, y restituyese en sus bienes á los despojados, y nombrase para su consejo á sus fieles servidores, que era decirle que no se fiase de otros que de los reclamantes. La reina se fué á Roa en donde volvió á juntarse con el rey. Si este tenia que pasar de una fortaleza á otra, pedia escolta á don Juan, y luego, llegado al término de su viaje, mandaba que la escolta fuese despedida. Don Enrique tomaba posesion del ducado de Villena dado en dote á su mujer doña Catalina; pero los que ro-

deaban al rey decian que la donacion debia revocarse como hecha á un rebelde. Lo mismo les pasaba á cuantos habian sido favorecidos por recomendacion de don Enrique, entre ellos á Fernandez Manrique: y todos querian defender ó tomar por la fuerza lo que les habia sido otorgado. Como si hubiesen renacido los dias de doña María, viuda de Sancho IV, el rey mandaba, y el infante y sus parciales escusaban su inobediencia diciendo que cumplian con las órdenes que antes el mismo rey habia dado. Los nobles pasaban de uno á otro bando segun eran los premios con que se les brindaba. Ya que el primer rebelde no podia ser castigado, trató don Álvaro de que el rey amedrentase con penas severas á los menos culpables. La comarca de Castañeda fué entrada poco menos que á sangre y fuego; se prendió á muchos, se azotó á otros, se ejecutó pena capital en otros varios, y fueron confiscados muchos bienes, y varias casas de los culpables fueron derribadas: pero todos conocieron que tales rigores empleados en los débiles no suplian por un solo castigo que se hubiese hecho en los fuertes. En medio de estas alteraciones nació en Peñafiel el dia 29 de mayo, aunque otros dicen el 19, en este año 1421, el príncipe de Viana de quien tendremos que ocuparnos mas adelante. Era hijo del infante don Juan, hermano del rey de Aragon, y de doña Blanca, infanta heredera de Navarra y viuda de don Martin rey de Sicilia. Don Carlos le pusieron por nombre, segun la voluntad expresada por su abuelo el rey de Navarra don Carlos III el Noble. Castilla era una corte central en donde por este tiempo estaban reunidos los herederos de Aragon, y los de Navarra. Y como si todos ellos estuviesen trabajando sin saberlo en la gran obra de la concentracion de fuerzas de la Península, agitábanse, se mo-

vian, se estremecian, é iban formándose una educacion cuyos resultados debian conocerse en tiempos posteriores. En realidad quien sufria por el pronto de esos estremecimientos era Castilla. Su mal consistia en tener en su seno demasiadas frentes acostumbradas á la diadema. Una reina viuda de Sicilia, una reina viuda de Aragon, un infante de Aragon que era mirado como heredero de Navarra, otro infante de Aragon que era cuñado del rey de Castilla, formaban en su conjunto un coro mal avenido de voluntades casi supremas. El rey debia estar colocado muy alto en la escala de la inteligencia y de la energía para hacerse superior á tantas y tan calificadas influencias. Añádase á esto que habia alguna cosa de halagüeño en esa corte brillante cuyos primeros ricos-hombres eran personas coronadas ó muy próximas á serlo. El infante don Enrique, por mas alardes de fuerza que hacia, conoció que el rey era mas fuerte, y tuvo que replegarse á Ocaña primero, á Montiel despues, viendo como volvian á recobrar el ducado de Villena las tropas del monarca. Insistiendo este año el rey de Portugal en la celebracion de la paz con Castilla, fué enviada una embajada á Lisboa para que tratase de ella partiendo de la base de que en el fondo debia ser una tregua y nó muy larga.

Muchos nobles, viendo la entereza con que hablaba ya el rey de Castilla don Juan II, habian ido abandonando al infante don Enrique. Instaba este en 1422 al rey para que le diese seguro y licencia para ir á besarle la mano. El rey contestaba que podia hacer lo segundo siempre y cuando le pareciese, sin necesidad de lo primero, despidiendo antes la gente armada de que iba rodeado. Don Pedro, hermano de don Enrique, pasó á Nápoles, así para servir á su hermano el rey de Aragon que se lo pedia, como para ponerle al

corriente de lo que pasaba en esa tierra de Castilla que era un iman para toda su familia. Don Enrique iba de vencida, y viendo que el rey allegaba una numerosa hueste para castigarle, fué á Madrid á verle, acompañado solo de Garci-Manrique. En cuanto llegó, ya le pareció mal presagio la noticia que le dieron de que su hermano don Juan y otros nobles habian salido á una cacería. Ya tienen, dijo, segura la caza. Fué esto el dia 13 de junio. El rey le recibió severo, y le aplazó para el siguiente dia. En él, sentado en el trono, le manifestó que tenia acusaciones graves contra él, entre otras la de inteligencia con los moros. Garci-Manrique, que habia seguido al infante, respondió por él que esta acusacion era falsa y lo sostendria con las armas. Mas el rey tenia ya tomadas sus medidas, y al infante y á Manrique los hizo meter en el alcázar. Alonso XI y su hijo no se hubieran contentado con esto. Doña Catalina, hermana del rey, se fugó en una mula, hácia Aragon. Los bienes del infante y de sus adictos fueron confiscados. La acusacion sobre connivencias con el moro era supuesta, y luego se descubrió quien era el autor de las cartas que se atribuian al infante. Ese autor, Juan García, fué condenado á muerte, mas bien que para castigarle para que no comprometiese á los verdaderos fautores de la trama. Para que doña Catalina y sus adictos no propagasen en Aragon nuevas falsas, envió el rey de Castilla una embajada al aragonés, explicándole lo que habia en el asunto, y manifestándole la conveniencia de que le hiciese entrega de la persona de la infanta doña Catalina, y de los principales culpados que se habian metido con ella en Valencia. En poder de don Enrique se hallaron novecientos marcos de plata que al momento fueron repartidos entre el infante don Juan y sus amigos á manera

de despojo de guerra. Poco despues de esta derrota de los enriqueños, nació á 5 de octubre la infanta doña Catalina, hija del rey. El arzobispo de Toledo, don Sancho de Rojas, murió el dia 24 del mismo mes, cuando ya habia conseguido el objeto á que tendió constantemente, la humillacion de don Enrique. De esta muerte data la mudanza de la forma de gobierno establecida en Toledo, quitándose de ella por decirlo así las apariencias del feudalismo eclesiástico que venia rigiendo, é introduciéndose los jurados y regidores como en otras partes. Mientras se daban en Castilla estas batallas, el rey de Aragon luchaba en Nápoles con el duque de Anjou, le ganaba las plazas de Vico, Massa y Amalfi, le echaba de la tierra de Labor, y se apoderaba de Sorrento por tratos. Ya la reina de Nápoles temia mas á su hijo adoptivo que al duque de Anjou y á los franceses. Veleidosa por naturaleza, urdia tramas contra el mismo á quien habia llamado á su defensa, y se recelaba de él como de un capital enemigo. Picó en Nápoles la peste, y la reina creyó un momento que esta plaga iba á ser su auxiliar. Y cuando cesó el contagio, era de ver como se daban al pueblo justas y torneos, pareciendo que se celebraban bodas y triunfos, y en realidad á la guerra armada habia sucedido otra encubierta y sin duda mas detestable. El rey de Aragon metido en su palacio de Castel-nuovo, y la reina encerrada en el castillo de Capua, parecian exteriormente unos aliados, llenos de animacion y buenos sentimientos, siendo así que en el fondo eran unos enemigos que se estaban atisbando y armando celadas. El aragonés heredó por este tiempo los estados del duque de Candía, hijo de aquel otro duque que habia aspirado á la corona de Aragon, como descendiente de sus reyes por línea masculina.

La reina de Nápoles temia en 1423 que su sucesor adoptivo fuése á prenderla y embarcarla. El rey don Alonso á su vez recibia avisos de que anduviese cuidadoso pues la reina intentaba quitarle la vida. Esta señora envió á llamar al rey por medio del senescal de su palacio. El rey, sabedor del complot, puso preso al senescal, y fué en busca de la reina. Pero esta se habia puesto en guarda. La guarnicion del castillo de Capua levantó el rastrillo, y recibió á tiros al sucesor del reino. Naturalmente en esta lucha tomó parte la plebe; é indudablemente el rey se hubiera visto perdido á no dar la casualidad de presentarse en breve ante las aguas de Nápoles una armada aragonesa compuesta de treinta naves de guerra. Los que poco ha eran enemigos de la reina, ahora acudieron á su socorro. Las calles de Nápoles fueron campo de una devastacion espantosa. Se dieron batallas de calle en calle, de plaza en plaza; las casas servian de reductos, y de todas partes, por mar y tierra, llovian sobre la ciudad destrucciones, llamas y ruína. La reina tuvo que abandonar su capital y refugiarse en Nola. Formada liga con el papa, con el duque de Anjou, y con el de Milan, dió por nula la adopcion del rey de Aragon, é intentó la reconquista de aquella plaza: pero el aragonés se habia aferrado ya á su presa y no tenia ánimo de soltarla fácilmente. Rechazó á sus enemigos, se apoderó de la isla de Iscla, y tomó la resolucion de ir á mover guerra al de Anjou, en su propia casa. Dispuesta su armada, hizo rumbo hácia Marsella, y llegó á la vista de esta plaza el dia 19 de noviembre. Sin detenerse combatió y tomó una torre que estaba en la boca del puerto, rompió la cadena que impedia la entrada, penetró con ímpetu, se apoderó en él de cuantas naves valian algo, y acometió á los defensores de la ciudad

por donde menos le esperaban. Al mismo tiempo la artillería de las naves de Aragon abria brecha en la muralla, y los soldados entraban en la plaza por asalto. Don Alonso habia dado órden de respetar los templos y las mujeres, y, dada la ciudad á saco, se volvió á embarcar, sacando solo para sí de esa embestida el cuerpo de un santo. Reembarcadas las tropas y ganado en Marsella un botin inmenso, el rey se volvió á la Península y tomó tierra en Palamós, puerto de Cataluña, el dia primero de diciembre, y sin detenerse se encaminó al reino de Valencia, con ánimo de pedir explicaciones al castellano acerca de la prision del infante don Enrique. Así como algunos habian supuesto que la familia real de Aragon trataba de llevar adelante en Castilla la usurpacion á que habia dado comienzo y nó término don Fernando de Antequera, otros por el contrario decian en alta voz que el rey de Castilla trataba de mover apelacion contra el proceso de Caspe, dando por inconcuso que el único perjudicado en ella habia sido él, y nó los demás pretendientes. Habia sido jurada en Toledo por heredera del trono la infanta doña Catalina, primer fruto del matrimonio del monarca don Juan II. Casi al mismo tiempo este rey, y el de Portugal don Juan I, habian firmado treguas por veinte y nueve años, con obligacion de no romperlas sin avisarse mútuamente diez y ocho meses antes. Continuaban las treguas con Granada, aunque recientemente habia muerto Jucef III y habia subido al trono Mohamed VII, hijo suyo, á quien las memorias de los árabes llaman vano, altanero é insufrible. Á algunos les parecia que el castellano debia aprovechar este período de paz para seguir reclamando del rey de Aragon á los rebeldes que en él habian buscado un asilo. Pero el aragonés se negaba á devolverlos y por el contrario pedia la libertad

del infante don Enrique. Quejoso estaba tambien del aragonés el castellano porque la infanta doña Catalina habia dado entrada en su casa á don Juan de Tordesillas, fugitivo de Castilla, de quien se decia que se llevó consigo un tesoro cuya guarda le habia encomendado el rey don Enrique III. La fuga de Juan de Tordesillas tuvo lugar en este mismo año 1423, poco antes de que la reina diese á luz otra infanta á la que se puso por nombre Leonor. Antes habia muerto á 23 de mayo en Peñíscola aquel Pedro de Luna llamado Benito XIII; y, por instigacion secreta del rey de Aragon, dos cardenales habian querido continuar el cisma dando la tiara á don Egidio Muñoz, canónigo de la catedral de Barcelona. Doña Blanca de Navarra, esposa del infante de Aragon don Juan, se habia trasladado de Castilla á Tudela junto con su hijo don Carlos. El rey de Navarra, abuelo de este príncipe, juntó en Olite los tres estados del reino, é hizo aprobar por ellos la ereccion del principado de Viana á favor del hijo de doña Blanca, heredera del trono.

Créese que por el mismo tiempo don Carlos de Navarra hizo algunas reformas en el gobierno interior de la ciudad de Pamplona, formando uno solo de los tres barrios en que andaba dividida, no sin discordia de los naturales. Despues juntó córtes en Tafalla. El decreto de convocacion lleva la fecha de 2 de marzo de 1424. En ellas se hicieron varias declaraciones de alguna importancia, tales como la de que los servicios de acuartelamiento y alcabalas eran voluntarios. Á 9 de junio de este mismo año doña Blanca dió á luz una infanta, que llevó su mismo nombre. Y hay quien afirma que el infante de Aragon, don Juan, esposo de doña Blanca, permaneció por intervalos de tiempo en Pamplona, cuando ya declinaba mucho la salud de su suegro el rey

Carlos. Todo el año anduvieron en embajadas y contestaciones el aragonés y el castellano, reclamando aquel la libertad del infante don Enrique, y este la entrega ó el destierro de los súbditos castellanos refugiados en Aragon. Y se agriaron los ánimos hasta el punto de hacer de una y otra parte armamentos. El castellano, por muerte de la princesa doña Catalina, hizo jurar por sucesora del trono á su segunda hija doña Leonor, y convocadas córtes las pidió servicios para obligar al aragonés á que le satisfaciese. No falta quien atribuye esta discordia entre aragoneses y castellanos á las artes empleadas por el papa Martin V para mantener en jaque á don Alonso V en sus dominios mientras trabajaba para hacerle perder en Italia el terreno que habia ganado. En gran parte salió el pontífice con su intento. Los milaneses, los genoveses, los parciales de la reina doña Juana, y las huestes del duque de Anjou á una, acudieron contra los aragoneses, les tomaron las plazas de Gaeta, Castellamare Massa, Vico y Sorrento, y luego los desalojaron de la misma ciudad de Nápoles, aunque no pudieron ganar los castillos Nuovo y Ovo. Don Pedro, hermano del rey de Aragon, queria entregar la ciudad á las llamas; pero los principales cabos de su ejército le dieron á entender que semejante venganza no produciria otro efecto que enajenarles para siempre las voluntades de aquellos naturales, que ahora podian ser recobradas. Este triunfo del papa hizo perder su natural prudencia á don Alonso de Aragon, hasta el punto de llegar á prohibir á sus súbditos toda relacion con los de Roma.

El dia 6 de enero de 1425 nació en Valladolid el infante don Enrique, y poco despues fué jurado en el convento de San Pablo como á sucesor del trono. Convocadas córtes,

celebráronse en Valladolid, y en ellas se determinó no otorgar al aragonés lo que pedia en orden á la libertad de don Enrique de Aragon, y rechazar con las armas toda agresion que intentasen los aragoneses. Estos en las córtes de Zaragoza acababan de declarar justa la demanda de su rey relativa á reclamar por medio de las armas la libertad de aquel príncipe. De suerte que los dos pueblos, á quienes se decia haber hermanado la decision del parlamento de Caspe, se mostraban inclinados á un rompimiento, nó por intereses generales sino por antojos de los potentados. Tambien Martin V atizó este año la discordia entre los iberos para mantenerlos en cuanto pudiese alejados de Nápoles. El rey de Navarra quiso interponer sus buenos oficios entre aquellos dos reyes, y no pudo avenirlos. El castellano tenia en su poder al conde de Urgel, y ya meditaba de qué manera sacaria de esta posesion el mejor partido posible en caso de rompimiento con los aragoneses. Don Alonso iba juntando hueste y se adelantó con ella hasta Tarazona. El rey de Castilla envió á la misma ciudad al infante de Aragon don Juan para probar cuál era el ánimo del aragonés. El rey de Navarra se acercó á Olite deseoso de aprovechar estos momentos que eran preciosos para cuantos deseaban evitar un rompimiento. Su noble corazon juzgaba de los sentimientos de los demás por los propios. Y mientras hacia esfuerzos por la bella causa de la union de los iberos murió de una apoplegía en Olite. En el mismo campo de los aragoneses su yerno don Juan y su hija doña Blanca fueron aclamados por reyes de Navarra. Casi da vergüenza decir que poco despues se firmó entre Aragon y Castilla un tratado de paz cuyas condiciones consistian en que el infante don Enrique seria puesto en libertad, devolviéndosele sus bienes, y lo

mismo á las personas que por él habian sido presas. Un término tan pobre tuvo ese grande armamento de dos naciones que parecian dispuestas á darse batalla por alguna grave cuestion de honra. El rey de Castilla celebró córtes en Burgos, y en ellas dijo que los armamentos hechos, si el reino le prestaba su apoyo, podian ser dirigidos contra el granadino; y de esta manera obtuvo de los procuradores un donativo de treinta millones de maravedises. Entretanto, una armada, salida de Sicilia, se habia presentado á la vista de Nápoles, y hostilizado por algun tiempo la plaza, nó con ánimo de recobrarla, sino solamente de tomar á bordo al infante don Pedro y dejar encomendada á algunos caballeros la defensa de los castillos. Don Alonso de Aragon iba á oponer intrigas á intrigas. Sabedor de que algunos genoveses estaban descontentos del duque de Milan, que se habia hecho dueño de su república, entró en tratos con ellos, se alió con los Fregoso de Génova, é hizo que el infante don Pedro barriese aquellas costas hasta hacer entrar en alarma al duque de Milan. En breve consiguió su objeto, pues este potentado, inclinándose por su interés á separarse del papa y del duque de Anjou, envió una embajada al aragonés.

La historia de los tres reinos de Aragon, Navarra y Castilla, está sumamente mezclada en 1426. Toda ella consistió en artificios urdidos por el aragonés en la misma corte del rey de Castilla para poner mal á este con el navarro y con sus propios vasallos. Unas demandas se sucedian á otras. Que fuese enviada á Aragon la RICA HEMBRA, viuda de Fernando de Antequera, junto con su hija doña Leonor; y el castellano accedió. Que les fuesen pagados á don Enrique y á sus parciales todos los atrasos por pensiones y rentas; y el castellano se avino, tomando esta suma del dinero que

tenia recaudado para hacer la guerra al moro. Que no se pusiese dificultad á que el conde de Urgel, recientemente sacado por maña y concusion de la fortaleza de Castrotorafe fuese trasladado al castillo de Játiva, poniéndole en manos de su mas cruel enemigo: y el castellano lo hizo. Con la idea de resistir al aragonés habia armado don Juan II algunas compañías; y ahora que ya no las necesitaba no sabia cómo despedirlas. Para dar satisfaccion á todos cuantos se habian repartido los bienes de don Enrique y de sus parciales, multiplicó las mercedes, los consejeros reales, los cargos y los oficios; tanto que las córtes tuvieron que suplicarle que por espacio de veinte y cinco años no hiciese nuevas mercedes, y que desminuyese en dos terceras partes al menos el número de consejeros. Cada uno de los excluidos fué transformado por los emisarios del rey de Aragon en un enemigo del órden público en Castilla. Propalaban voces las mas absurdas; ya decian que don Álvaro de Luna solicitaba livianamente á la reina y que los dos trataban de deshacerse del rey y formar una regencia; ya que el rey iba á repudiar á la reina y tomar por esposa á una infanta de Portugal á fin de ganar un aliado que le ayudase á barrer de Castilla la mala simiente de los hijos del de Antequera. Todo zizaña sembrada por el incansable Alonso V. A la sazon era obispo de Burgos y fué creado cardenal don Juan de Cervantes. Créese que por conducto de este, y de los obispos de Orense y Gerona, el papa Martin V hizo citar por ante su tribunal á aquel monarca, no tanto porque por bajo cuerda sostenia al supuesto papa Muñoz, como porque traia revuelta la Italia con otros artificios análogos á los que usaba en Castilla. Ya el duque de Milan se habia separado de la alianza de la reina de Nápoles y de los amigos de la

Santa Sede; ya los Fregoso de Génova, y los florentinos formaban causa comun con los aragoneses; y las naves de Aragon, abastecidos los castillos de Nápoles, iban á hacer alarde de sus fuerzas hasta en las costas de África: mientras la reina de Nápoles y el duque de Anjou no habian podido recobrar completamente aquella capital por cuyas antiguas delicias suspiraban. Ahora la ansiedad reinaba en ellas, y estaba en la mano del gobernador de un castillo el transformarla en ruinas.

El papa hizo los mayores esfuerzos en 1427 para ver de contentar y tener á raya á ese rey de Aragon que traia revuelta la Italia y la España. Envióle un legado que fué recibido en Valencia con la mayor solemnidad; como si en ningun tiempo el aragonés hubiese faltado á los respetos debidos á la Santa Sede. En realidad el delegado iba á buscar en Aragon las paces. Si no consiguió completamente su objeto, cosa difícil tratando con un monarca del temple de don Alonso V, á lo menos firmó con este un tratado en que se decia: que el aragonés se esforzaria en hacer que el supuesto papa Muñoz prestase obediencia á Roma ó fuese entregado á la autoridad pontificia; que revocaria don Alonso todo cuanto hubiese decretado contra el sumo pontífice Martin V; que en nada dejaria de respetar las inmunidades eclesiásticas; y que renunciaria á hacer la guerra á doña Juana de Nápoles siempre que la Santa Sede nombrase jueces intachables para dirimir la cuestion promovida y fallar en derecho. Y como el rey de Portugal habia imitado al aragonés en sacar partido de las circunstancias para hacer suyos muchos frutos de las rentas eclesiásticas, tambien este año tuvo que volver sobre sí amonestado del papa por conducto de los metropolitanos. Por este tiempo el reino de Granada pasó

por una crisis sangrienta. Un primo del rey, visto que era el cuarto año del reinado de Mohamed VII sin que este monarca hubiese cesado de mostrarse lo que fué desde el primer dia, lleno de altanería, vano é insufrible, agrupó en torno suyo á los descontentos, le acusó de estar en íntimas relaciones con los infieles, dicen las memorias árabes, y levantó contra él una de las tormentas populares mas furiosas por las que haya pasado la ciudad de Granada. Á duras penas Mohamed VII pudo ponerse en salvo y embarcarse para Túnez, mientras su primo Mohamed VIII subia al trono. En Castilla las turbaciones estaban tambien en su creciente. Convencidos todos cuantos rodeaban al rey don Juan II, que era muy fácil cosa convertirle en instrumento de todas las pasiones que le rodeaban, no se olvidaban de atizarlas en diferentes sentidos. El rey de Navarra perdia en Castilla unos dias que hubiera podido emplear con provecho en sus estados. Mientras su esposa doña Blanca celebraba córtes en Pamplona, segun se cree, y hacia jurar en ellas como sucesor del reino al príncipe de Viana, y en su defecto á doña Blanca y á doña Leonor, el rey su esposo se aunaba en Castilla con aquel hermano don Enrique á quien un dia persiguió de muerte, y declaraba una guerra palaciega á aquel don Alvaro de Luna que antes habia sido su aliado. No se sabe quien promovió asonadas y conmociones populares en Valladolid, Zamora y otras poblaciones; pero es indudable que en la primera de dichas ciudades hubo motines, riñas encarnizadas é incendios de casas, como un ensayo de venganzas populares hecho á imitacion de las de los ricos-hombres. El rey fué allá con don Alvaro, y cerradas las puertas de la ciudad hizo en los delincuentes plebeyos aquella justicia expeditiva que no podia hacer en los nobles:

azotados unos, degollados otros, ahorcados los mas, y arrastrados al patíbulo y cortadas las manos á los incendiarios, la ciudad quedó tranquila. En Zamora hubo otros desórdenes no menos graves, y fueron impuestos iguales castigos: solo que se notó que los caballeros encausados luego fueron puestos en libertad, y los no caballeros sufrieron el escarmiento. Aquellos urdian conjuraciones impunemente. Agrupados en torno del rey de Navarra y del infante don Enrique, acababan de ganar á su devocion á los maestres de Alcántara y Calatrava, é iban á echar el resto para apartar de los consejos de la corona á don Alvaro de Luna. A este se atribuian las alteraciones públicas, á este el descontento que reinaba en los pueblos, á este el fundamento de las quejas que elevaban los procuradores de las ciudades. Por último presentaron al rey un memorial en que le pedian que apartase de sus consejos á don Alvaro y mandase formarle causa. El monarca, que en esto no pudo consultar á su valido, consultó á su confesor, y determinó que se formase causa á don Alvaro. Pocas sentencias se han dado mas ridículas que el fallo fulminado contra don Álvaro. Por espacio de diez y ocho meses debia vivir separado del monarca. El rey y no el valido quedó castigado; pues era tal el afecto que profesaba á don Álvaro que no podia pasar un dia sin verle ó escribirle. Ahora le escribió mas amenudo, ya que no pudo verle, y acrecentó el amor que le tenia. Todos sus súbditos, nobles y plebeyos, le parecian muy poca cosa si los comparaba con don Álvaro.

Los que habian alejado de la corte á este valido, luego se convencieron en 1428 de que mandaba ahora lo mismo que antes, pero por medio de cartas. A tenor de estas el monarca dictaba sus decretos. Mandó que fuesen disueltas

las confederaciones de los pueblos; que por las pasadas otorgaba olvido en cuanto no hubiese reclamacion de tercero, pero que castigaria con rigor las venideras; y que los grandes viviesen cada uno en su tierra. Los enemigos de don Álvaro, visto que no habian conseguido su objeto, creyeron preferible la dominacion de don Álvaro presente á su gobierno por misiva; y pasaron por la humillacion de suplicar al rey que volviese á llamar á la corte al valido. Este se hizo de rogar. Dos veces se escusó de salir de su retiro, dando por pretexto su insuficiencia; y á la tercera dijo que cedia por obedecer á su príncipe. Se le hizo un recibimiento magnífico. El mismo rey de Navarra y el infante don Enrique, un tiempo amigos y luego enemigos suyos, salieron á su encuentro, y le condujeron á palacio, como para decirle que era deudor á entrambos del poder que se le conferia. Al principio todo fueron concordias y buenas correspondencias. Precisamente se detuvo en Castilla la infanta de Aragon doña Leonor, que acababa de desposarse por poderes con el infante de Portugal don Duarte, llevando en dote doscientos mil florines. Valladolid, que un año antes habia sido teatro de grandes perturbaciones é incendios, ahora presenció justas, torneos, y espléndidos banquetes. La reina y el rey de Navarra, los reyes de Castilla, la reina viuda de Aragon, madre de la desposada, fueron la gala de estas fiestas. Nadie hubiera dicho que tras de todos ellos existiese un pueblo que sufria y deploraba los males públicos. Cuando hubo cesado el bullicio, quedaron las malas voluntades que dieron comienzo á una nueva guerra. El rey de Navarra, que descuidaba una corona por hacerse cortesano de otro príncipe, aspiraba á mandar por boca de don Álvaro. Don Enrique tenia iguales deseos. Y don Álvaro trató de despren-

derse de uno y de otro. Á don Enrique le envió una carta del rey en que se le mandaba pasar á la frontera de Granada. Al rey de Navarra le hizo decir en nombre del de Castilla lo mucho que le convenia que se fuese á sus estados en donde le esperaba su esposa. Y así se descartó de entrambos. En breve pasó por Castilla don Pedro, otro príncipe de Portugal que venia de tomar por esposa en Valencia á doña Isabel hija del conde de Urgel don Jaime el Desdichado. Don Pedro, infante de Aragon, entró tambien en Castilla con pretexto de visitar á su madre la reina viuda de Aragon doña Leonor: en realidad para informar á don Alonso de Aragon de cuanto pasaba en esa tierra que insensiblemente atraia á sí, como al corazon de la Península, la circulacion de sus gérmenes de vida. No se pensaba en acabar con el moro, ni en completar la reconquista de nuestra tierra. Así como el navarro olvidaba sus deberes de rey por meter en Castilla sus pasiones de infante, así el castellano, no veia en Granada una comarca destinada á ser suya por la espada, sino un pais en donde debia entretenerse en derribar unos reyes y entronizar otros. El rey de Castilla escribió al de Túnez pidiéndole que le enviase con algunas tropas á Mohamed VII, á quien las memorias castellanas dan el nombre de el Izquierdo, pues prometia favorecerle y derribar á Mohamed VIII, á quien las mismas memorias llaman el Chico y tambien el Pequeño. En realidad este, dicen los árabes, se mostraba duro, soberbio y fiero con sus vasallos, principalmente con los que podia presumir que eran favorables á aquel otro monarca destronado; pero añaden que si el otro Mohamed no habia aprendido nada en el infortunio, era difícil la eleccion entre ambos. Pero el rey de Castilla, ó don Álvaro, por él, creyó que era digno de su corona fa-

vorecer al uno en vez de pedir cuentas á entrambos. Y dicen que dió ocasion á ello la circunstancia de haber huido recientemente á Murcia un noble granadino á quien perseguia de muerte el Izquierdo, y haber dado á entender que bastarian pocos esfuerzos para derribar á aquel tirano. Mohamed VIII se habia atraido tambien el enojo del aragonés dirigiendo una algara hácia el reino de Valencia. Don Alonso de Aragon habia contestado con una cabalgada, que entró talando en tierras del granadino, y con una expedicion marítima que hizo mucho daño en sus costas. El aragonés acababa de celebrar córtes en Teruel, y obtener de ellas un donativo de ciento veinte mil florines que se consumió en hacer ganar á los fronteros un botin considerable. Ya en la Calabria habia perdido don Alonso todo cuanto tenia conquistado. La reina doña Juana hizo que el duque de Anjou deshiciese en una campaña lo que en otra habian hecho los aragoneses.

Dicen los autores árabes que en 1429 vino de Túnez con algunas fuerzas Mohamed VII el depuesto; y que los cristianos no solo le facilitaron hombres sino gruesas sumas de dinero para destronar á su primo Mohamed VIII. Las mismas personas que dos años antes habian tramado un complot y hecho estallar una sedicion popular para derribar del poder al Izquierdo, ahora dieron comienzo á asonadas y motines en favor suyo y contra su contrario. Mohamed VIII movió hueste contra su enemigo, pero casi toda ella se pasó al campo del recien venido, y aquel príncipe no halló otra salvacion fuera de la fuga. Pareciéndole que aun era tiempo de sacar partido de los elementos de agitacion que existian en Granada, metióse en esta capital y quiso hacerse fuerte en la Alhambra. En tanto su rival iba recorriendo los

pueblos, y en ellos era aclamado, y de ellos iba sacando recursos y gente. Cuando llegó á la vista de Granada, el pueblo se sublevó en favor suyo; y Mohamed VIII fue acometido en la Alhambra, se le obligó á rendirse, y le decapitaron. Las córtes de Castilla habian otorgado á su rey cuarenta y cinco millones para que los emplease en dar á los granadinos un príncipe mejor que el que tenian. Esa historia de Granada, con ser tan poco halagüeña, es mas digna que la de los iberos en este año de 1429. El rey de Navarra habia partido para su reino, y celebradas córtes en Pamplona, juró los fueros del reino y fué coronado junto con doña Blanca. Pero la sencillez y la gravedad que allí reinaban le parecian cosas muy pálidas comparadas con el brillo, la magestad y la magnificencia de la corte de Castilla. Aquí la paz tenia todos los atractivos de la guerra. La campaña contra don Álvaro continuaba viva y sostenida como si se tratase de la restauracion de la patria. Acusaciones, defensas, rumores al parecer inofensivos, memoriales, misivas, escritos anónimos, de todo se habia echado mano para sustituir al menos á don Álvaro, ya que un don Álvaro era necesario en los consejos del gobierno. Los hombres de estado decian que esta lucha tenia la ventaja de prescindir del jefe de la nacion y no aspirar á otra cosa que á la posesion del favor de la misma. Los tiros que antes iban dirigidos al monarca, ahora se clavaban en su valido, que era en alguna manera su escudo. El rey de Navarra estaba encargado de hacer firmar al de Aragon la concordia entre este reino y el de Castilla; pero, en vez de hacerlo, instaba por bajo cuerda á sus hermanos á que se mostrasen hostiles con el castellano. Don Alvaro á su vez procuraba encender en Aragon las mismas dificultades que sus enemigos

sembraban en Castilla. Para ello envió emisarios é hizo que el arzobispo de Zaragoza hablase con la reina de Aragon. Pero don Alonso V era un hombre sobrado receloso y poco mirado en sus justicias para que dejase de sofocar semejantes artificios. El arzobispo de Zaragoza fué ahogado, y aun se quiso injuriar su memoria suponiendo que habia dirigido á la reina una palabra torpemente intencionada. A la sazon el rey de Francia pedia al aragonés que le socorriese contra el inglés que le tenia en apuro. Don Álvaro se escusó mientras no le fuesen devueltas las señorías de Montpeller y Carcasona á tenor de antiguos tratos; pero sacó partido de esta circunstancia para hacer armamentos, en el supuesto que servirian á favor del francés, cuando iban dirigidos contra el castellano. Este á su vez decia por lo alto que hacia levas de gente para ir contra los granadinos, y en realidad iba acercando huestes á las fronteras de Aragon y Navarra. Hay quien dice que Martin V no era ajeno á esas mútuas manifestaciones de hostilidad de los iberos para impedir que el aragonés volviese á Nápoles. Es lo cierto que este año un legado pontificio intimó solemnemente á don Alonso V que cumpliese con lo ofrecido respecto al supuesto papa Muñoz; y el aragonés se vió obligado, agotados en esta parte sus efugios, á cumplir con lo pactado y á hacer de manera que Muñoz renunciase á la tiara y se contentase con el obispado de Mallorca. Por la primavera se despejó la situacion de los reyes de Aragon, Navarra y Castilla. Los dos primeros entraron armados en tierras del segundo. El infante de Aragon don Enrique se fué con ellos, no habiendo podido apoderarse de Toledo como deseaba. El conde de Castro y el infante de Aragon don Pedro se habian hecho fuertes en Peñafiel, y tuvieron que salirse de esta plaza. Don Alvaro en-

tró en campaña con un cuerpo de tropas que no pasaba de dos mil hombres, y fué á situarse en Jadraque para hacer frente á los reyes de Aragon y Navarra que tenian su campo en Cogolludo á fines de mayo, y eran muy superiores en fuerza. Ya se iban á dar batalla cuando se presentó el cardenal de Foix, con un crucifijo en la mano, y poniéndose entre los dos campos, exhortó á todos á la paz. El rey de Aragon y el de Navarra suspendieron la acometida muy á pesar suyo. Aquella noche le llegó á don Alvaro, que estaba atrincherado en su campo, un refuerzo de doscientos caballos. Al dia siguiente aquellos dos reyes volvieron á presentar batalla. Pero entonces se presentó de repente entre las dos huestes la reina de Aragon, diciendo con ánimo varonil que era una mengua querer de esta manera decidir con las armas unas diferencias que podian arreglar en una hora dos hombres buenos. Esta noble matrona consiguió fácilmente del rey don Alonso su esposo, y del rey de Navarra su cuñado, que se retirasen; y recabó de don Alvaro que pidiese al rey de Castilla que respetase los bienes y rentas del rey de Navarra y de don Enrique, y dejase de hacer llamamiento de guerra. Cuando el rey de Castilla supo que su gente se iba aumentando y que los enemigos iban de retirada, acercóse á Piquera, y aunque se le presentaron la reina de Aragon y el cardenal de Foix pidiéndole que accediese á los deseos de sus cuñados, negóse á ello y se adelantó el dia 4 de julio hasta el Burgo de Osma. Pasó despues á Belamazan, en donde puso preso al duque de Arjona por resultar complicado en relaciones con los aragoneses. Don Alvaro habia conseguido levantar un ejército de setenta mil hombres, los diez mil ginetes; y ante semejante argumento conocieron los reyes de Aragon y Navarra que se habian

adelantado sobrado inconsideradamente. Ahora el terror habia penetrado en Aragon. Algunas plazas, como las de Monreal, se entregaban por capitulacion; otras, como las de Cetina y Hariza, eran entradas á fuerza de armas y dadas al saqueo. El rey de Navarra instaba al aragonés á que presentase batalla al castellano; pero don Alonso prefirió cortarle los víveres, retirarse delente de él, presentarle una tierra yerma y despoblada, y obligarle así á emprender la retirada. Emprendióla en efecto, y la guerra quedó confiada á los fronteros, que es como si dijéramos á los merodeadores, á quienes se encomendaban las talas, las devastaciones y saqueos. En estas escaramuzas y cabalgadas se perdia por una parte lo que se ganaba por otra. Los vizcainos y alaveses hicieron entrada en Navarra causando graves daños. Los navarros á su vez penetraron en Castilla y fueron derrotados. Algunas plazas ganó el aragonés, en su número Borovia, Ciria, Deza y Vozmediano. Celebradas córtes en Burgos, el castellano pidió un ejército de cincuenta mil hombres, una armada poderosa, y mil millones de maravedís para sostener la guerra. Y no sabiéndose de dónde sacar esta enorme suma, se convino en tomarla prestada de los acaudalados, y de las iglesias, y en exigir todos sus atrasos á los arrendadores de rentas. Los infantes don Enrique y don Pedro se habian metido en Trujillo queriendo asegurarse la retirada hácia Portugal, y tuvieron que acudir á este recurso, acometidos vivamente por el mismo don Alvaro con un grueso de gente. Que es decir que los agresores quedaron escarmentados en todas partes. El rey de Aragon tuvo que celebrar córtes de Aragon, Valencia y Cataluña para pedir servicios extraordinarios. Los procuradores no estaban bien convencidos de la justicia de su causa. Decian que les pare-

cia mal que por intereses de familia se comprometiese así la tranquilidad del estado; y que no creian que del compromiso, del cual debia haber salido la union íntima de Aragon y Castilla, hubiesen nacido las disensiones de familia y la guerra. Sin embargo se sirvió á don Alonso con el tributo de sisas por tres años, se facultó al rey para empeñar las rentas del condado de Ribagorza, se renovó la contribucion por fuegos, y quedó acordado que las córtes no se juntasen en adelante allí en donde no hubiese á lo menos cuatrocientos vecinos. En vano el Papa, á instigacion del rey de Navarra, y á peticion del aragonés, que en esta ocasion humilló su altanería, interpuso sus buenos oficios para poner en paz á los principales reyes de nuestra Península. En vano asimismo el rey de Portugal envió á Castilla un embajador que entablase tratos de amistad entre dichos monarcas. El castellano manifestó al papa y al portugués la copia de justicia que le asistia para rechazar la agresion mas injusta.

En 1430 el rey don Juan II tuvo que mover gente contra Aragon y Navarra, como el año anterior, y al mismo tiempo dirigir una buena hueste á la raya de Portugal para hostilizar á los infantes de Aragon don Enrique y don Pedro, que se habian hecho fuertes en Alburquerque. Ya el príncipe de Castilla don Enrique, heredero del trono, tenia por este tiempo casa particular, aunque solo contaba cinco años. Y los que hayan seguido con alguna atencion la historia de Castilla no extrañarán que les digamos que en ese palacio de un tan tierno príncipe germinaban ya unas intrigas que no debian tener su desarrollo hasta mucho mas adelante. En Aragon se desnaturalizó el conde de Luna y pasó á servir al rey de Castilla recibiendo de él el ducado de Arjona. Don Alonso V de Aragon sentia en el alma haberse dejado

arrastrar por sus hermanos á un rompimiento que le habia desprestigiado entre los extraños y arrebatado los restos de afecto que le profesaban los propios. Habia tenido que apelar al auxilio del francés; y en cambio no habia podido impedir que el castellano entrase en tratos con el inglés y con el conde de Armañac. La madre del rey de Aragon habia sido metida en un convento de órden del rey de Castilla, y no salió de él para volver á disfrutar de sus estados sino á peticion del rey de Portugal que lo pidió con vivas instancias. Ya el rey don Juan II habia allegado un ejército de cincuenta mil hombres, en su número cuarenta mil infantes. El aragonés y el navarro, apesar de sus esfuerzos, no habian podido poner en campaña mas allá de ocho mil hombres, los tres mil caballos. Verdad es que el rey de Aragon habia debido enviar refuerzos á Cerdeña y á Sicilia, y preparar expedicion en esta isla para no perder en Nápoles el fruto de sus trabajos. La gente que esperaba de Francia no venia. El duque de Milan y el papa se alegraban de verle en compromiso, aunque le manifestaban sentirlo. El rey de Granada, á quien se habia dirigido para tenerle por aliado, tenia interés en verle luchar á brazo partido con el rey de Castilla. Y aunque el conde de Foix, disgustado con el castellano, envió algunas lanzas en auxilio del aragonés: este se convenció de que era llegado el caso de humillar la arrogancia y pedir treguas. Contento con esta humillacion el rey de Castilla se avino á concederlas por cinco años á sus enemigos. Por ellas quedó establecido que entrasen en la tregua nó solamente los súbditos de los tres reyes sino tambien el conde de Armañac y el de Foix, que se daria seguridad al conde de Luna, que los súbditos desterrados de los reinos respectivos no se considerasen indultados, que el cas-

tillo de Alburquerque le entregarian al rey de Castilla los dos infantes don Pedro y don Enrique, y que diez y seis árbitros, mitad aragoneses, mitad castellanos, darian solucion á las dificultades que pudiesen ofrecerse. Esta tregua fué firmada el dia 25 de julio de 1430. Ignorando esta circunstancia el almirante de Castilla se habia puesto á la vista de Alicante con una numerosa escuadra, é hizo un alarde sobre la ciudad, pero fué rechazado; otro hizo en la isla de Ibiza, en donde echó gente en tierra, y tambien fué rechazado. Pero luego de sabida la tregua, el almirante se volvió á Cádiz. El rey de Portugal tuvo conocimiento de la tregua cuando acababa de contratar matrimonio entre su hija doña Isabel y el duque de Borgoña; y dicen las memorias castellanas que lo sintió porque esperaba sacar algun partido de aquella lucha. Al contrario del papa, pues como hubiesen variado los vientos en Italia, y habiendo cedido el aragonés en el asunto del supuesto Muñoz, y no corriendo ahora bien el duque de Anjou con la reina de Nápoles, ya volvia á suspirarse en aquellas regiones por la vuelta del rey don Alonso, casi tanto como anhelaba este volver á ellas. El rey de Castilla por su parte, deseoso de aprovechar los aprestos que tenia hechos, solicitó del granadino tales condiciones para renovar con él las treguas que fué como si le declarase cortesmente la guerra. Asimismo echó en cara al rey de Granada unas supuestas consideraciones que habia tenido con los aragoneses hasta permitir que se entrasen víveres en el castillo de Segura: á lo que respondió Mohamed VII que si lo hizo fué porque en Segura estaba sitiada doña Catalina, hermana del rey de Castilla, y no era razon que padeciese hambre. Pero la guerra era cosa resuelta. El rey de Túnez queria favorecer al de Granada; pero lo impidió

el castellano enviando allá ricos presentes y una embajada. Por el pronto esta guerra se hizo por medio de cabalgadas: una la hicieron los fronteros de Jaen; otra el alcaide de Antequera, Pedro de Narvaez. Esta fué desgraciada.

Así el rey de Aragon como el de Navarra, cual si estuviesen avergonzados del fatal éxito de su mal meditada empresa contra Castilla, permanecieron tranquilos en 1431. Á don Alonso le presentaba mal cariz la fortuna. El papa Martin V murió precisamente cuando se le declaraba propicio en la cuestion de Nápoles; y su sucesor Eugenio IV no pareció por el pronto que quisiese tomar nuevo rumbo del que hasta entonces ostensiblemente su antecesor habia seguido. Limitóse, pues, el aragonés á tener bien prevenida su armada, y dispuestas algunas tropas en Sicilia. El rey de Portugal fué quien supo sacar mas partido de las circunstancias. Sabiendo que el castellano iba á emprender jornada contra el granadino, envió embajadores para convertir en paz definitiva la tregua temporal que tenia firmada con Castilla: y consiguió su objeto, sin que en el tratado se hiciese mencion de los supuestos derechos que los reyes castellanos pretendian tener á la corona de la Lusitania. Y aun con esto procuró que no se moviesen de Portugal los infantes de Aragon don Enrique y don Pedro, que eran en aquel reino una amenaza contínua contra Castilla. En Aragon, Cataluña y Rosellon se sintieron á fines de junio y principios de julio unos terremotos violentos que pusieron en consternacion el reino. Dos meses antes, el dia 24 de abril, se habia sentido otro en Ciudad Real, á tiempo que se encontraba en esta poblacion el rey don Juan II quien saltó de la cama azorado y se salió al campo. Algunos recelos le dió tambien este año al aragonés el casamiento del

conde de Foix con doña Juana, hija del conde de Urgel, por mas que ese desdichado príncipe en su cárcel de Játiva hubiese hecho en favor del rey de Aragon todas cuantas renuncias este apetecia. La verdadera historia de la Península durante este año de 1431 está en la guerra entre Granada y Castilla. Castigados algunos disturbios interiores, y la rebelion del conde de Castro y sus amigos; efectuado con régia pompa en el mismo palacio real el segundo enlace de don Álvaro de Luna con la hija del conde de Benavente, doña Juana Pimentel: obtenida la sumision del maestre de Alcántara que en la raya de Portugal habia estado al servicio del infante de Aragon don Enrique; demolido en odio del rey de Navarra el castillo de Peñafiel, en donde halló un baluarte al tiempo de su entrada en Castilla; y por último exterminada á hierro y horca una sublevacion de diez mil gallegos que se habian levantado contra su señor feudal Freyre de Andrade, diciendo que preferian mil veces la muerte á los sufrimientos por los que pasaban: dióse comienzo á la campaña contra el granadino. La primera entrada hecha por la parte de Cazorla con mil infantes y trescientos caballos, no fué afortunada. Por falta de prevencion estos fronteros fueron destruidos. La segunda la llevó á buen término con tres mil hombres, talando la vega de Granada y la de Loja el mismo don Álvaro. Y animado con el buen éxito de esta expedicion el rey se puso con don Álvaro á la cabeza de una hueste que no bajaba de treinta mil hombres, los siete mil ginetes. Ya el adelantado de Jerez de la Frontera, García de Herrera, habia tomado por sorpresa la plaza de Jimena. El rey se adelantó hácia Granada y se puso á la vista de esta plaza. Algunas de sus tropas, dicen los árabes, andaban descuidadas; por lo que

salió contra ellas un cuerpo moro de tres mil caballos y doble número de infantes. Al principio los moros llevaban ventaja; pero luego los cristianos recibieron un refuerzo y fué necesario que saliese el mismo rey Mohamed VII con sus reservas para contener al enemigo; entonces el rey don Juan II y don Álvaro cayeron tambien con lo mas escogido de sus tropas contra el rey de Granada y le derrotaron completamente. Los cristianos dicen que quedaron tendidos en aquella vega treinta mil moros. Los árabes dicen que la ciudad quedó consternada, y confiesan que si entonces los cristianos hubiesen hecho un esfuerzo, Granada corria peligro. Pero creen que la victoria les costó cara á los vencedores, y que por esto talada la vega y saqueados los pueblos de las cercanías se replegaron. Pero aquella derrota habia sido funesta al rey Mohamed VII. Jucef, príncipe de sangre real, aunque anciano y muy achacoso, lleno de ambicion, se acordó de que su abuelo habia sido destronado y muerto en Sevilla por aquel Pedro I, enemigo de la dinastía ahora reinante en Castilla; é hizo sus tratos con los castellanos, diciéndoles que en ningun tiempo como ahora era fácil derribar á Mohamed VII, y que si le ayudaban á subir al trono les prometia parias y vasallaje. Á esta trama siguió una revolucion pronta y completa en el reino de Granada. Un donativo hecho al rey don Juan II por las córtes de Castilla sirvió en gran parte para este objeto. Los fronteros castellanos recibieron órden de tratar bien á los moros que se declarasen por Jucef; y en breve tiempo Mohamed VII fué por segunda vez depuesto, y obligado á buscar en Málaga un asilo, mientras se entregaba la corona á aquel pretendiente que tomó el nombre de Jucef IV.

Jucef IV, viejo y enfermizo, no pudo aguantar mucho

tiempo el manto real. Creia que todo eran delicias en los palacios de los reyes, y luego vió que todo eran tribulaciones y amarguras. Por cada alabanza ó adulacion de los cortesanos llegaban á sus oídos mil quejas de los que se creian víctimas de alguna injusticia. Al poco tiempo murió de enfermedad en 1432; y como el depuesto Mohamed VII permanecia en Málaga con esperanza de recibir socorros del rey de Túnez para encender una guerra civil, los granadinos creyeron prudente volverle á colocar en el trono, sin atender á las vivas instancias que para impedirlo hacia el rey de Castilla. Por varios motivos deseaba el rey de Túnez favorecer á Mohamed VII. Estaba quejoso del castellano porque le derribó sin su consentimiento. Y lo estaba mucho mas del aragonés con quien andaba en guerra. El rey de Aragon, mientras esperaba que se le volviesen á abrir las puertas del reino de Nápoles, habia pasado á Cerdeña con fuerzas suficientes, puesto en órden la isla, y trasladádose á Sicilia, y dirigídose desde este punto á la costa de África. La isla de Gerbes habia sido nuevamente conquistada por los catalanes; y aunque el rey de Túnez acudió con un numeroso ejército á la defensa de sus tierras, perdió una sangrienta batalla, dejó en manos de su enemigo veinte y tres cañones, y no pudo recobrar aquella isla. En esta lucha ganó el aragonés una buena parte de la consideracion que habia perdido en su guerra con Castilla; y pudo conocerlo muy bien cuando á su vuelta á Sicilia halló embajadores del papa, del dogo de Venecia, de las autoridades de Florencia, y de la misma reina de Nápoles, suplicándole que volviese á este reino para hacer en él la guerra contra el duque de Anjou, el de Milan, y el emperador Segismundo. El Senescal, favorito de la reina doña Juana, habia sido

asesinado por arte y mandato de la duquesa de Sessa y otros cómplices; y, quitado de en medio aquel estorbo, la reina firmó con el rey de Aragon un tratado secreto, en virtud del cual esa señora revocaba la adopcion que habia hecho del duque de Anjou, y confirmaba nuevamente la de don Alonso V para sucesor del reino. El rey de Castilla, no batallando con los extraños, debia hacerlo con los propios. Muchos nobles y prelados de Galicia no habian concurrido al juramento del príncipe heredero; y procuró que ahora lo jurasen en Valladolid. Algunos ricos-hombres castellanos, en su número el conde de Haro, fueron acusados de tener inteligencias secretas con los reyes de Aragon y Navarra, y al momento fueron presos y encausados. El maestre de Alcántara, don Juan de Sotomayor, coligado con los infantes de Aragon don Enrique y don Pedro, y acaso con el mismo rey de Portugal, mantenia en estado de contínua perturbacion los lindes de este reino, y entregó al infante don Pedro la villa y fortaleza de Alcántara. El rey de Castilla lo sintió vivamente; pero de este esceso de mal nació el remedio. Como don Pedro detuviese en Alcántara al Maestre, un sobrino de este, comendador de la órden, hizo que los vecinos de Valencia de Alcántara aclamasen al rey y pusiesen preso á aquel infante. Para recobrar su libertad se pusieron en juego todos los recursos, y por último fué indispensable acudir á la mediacion del mismo rey de Portugal, que la obtuvo con la condicion de que los infantes de Aragon devolverian al castellano la plaza de Alburquerque, se saldrian del reino de Portugal, y pasarian al de Valencia. Aquel comendador, que habia contribuido á este desenlace, obtuvo el maestrazgo de Alcántara, el olvido para su tio el anterior Maestre, y una pension de cuatro mil florines para

ese mismo tio que poco tiempo despues fué depuesto.

A principios de 1433 temió el castellano que aquellos infantes, en vez de encaminarse á Valencia, querian pasar á Navarra: por lo que envió una embajada á Pamplona pidiendo que no fuesen recibidos; pero se le respondió que ya estaban en Valencia y que luego pasarian á Italia. Algunos analistas castellanos dicen que la ciudad de Sevilla estuvo á punto de ser saqueada por don Fadrique, conde de Luna, que hacia en ella armamentos para pasar á Sicilia: otros presumen que esto fué un pretexto para prender á dicho don Fadrique, dando así una satisfaccion al aragonés que lo solicitaba. En las fronteras de Granada hubo varias entradas, aunque nó una campaña formal: las poblaciones de Benamurel, Soleras y Benzalema, fueron tomadas á viva fuerza. El dia 14 de agosto de este año de 1433 murió de la peste en Lisboa el rey de Portugal don Juan I, á quien las crónicas portuguesas llaman con justicia el Grande. Aunque bastardo, la nacion le eligió en unos momentos en que la corona debia ser ganada por las armas; y supo ganarla y defenderla. Despues enseñó á los lusitanos el camino del África, y se formó en Ceuta una posicion inexpugnable. Y por último, viendo que los castellanos habian tomado posesion de las Canarias, hizo investigar el océano Atlántico, y consiguió el descubrimiento de la isla de Madera, primeros pasos que mas adelante debian conducir á otros mas grandes resultados. Tenia setenta y cinco años cuando pasó á mejor vida. Su hijo Duarte ó Eduardo fué proclamado. Hácia el mismo tiempo murió con sospechas de tósigo, en el castillo de Játiva, aquel don Jaime, el Desdichado, conde de Urgel, que hacia veinte años andaba de cárcel en cárcel sin otra culpa que la de tener de su parte la justicia.

Encerrado en una mazmorra, y cargado de grillos, le temian mas que á cualquier caudillo puesto á la cabeza de un ejército. El rey de Aragon don Alonso V respiró mas holgadamente al saber que tenia un enemigo menos; pero en el fondo de su corazon habia un secreto que no le daba sosiego. Si hubiese podido deshacerse de la reina de Nápoles como del conde de Urgel, la Italia á su modo de ver le hubiera admitido por uno de sus árbitros y señores. Esta tierra le tenia robados los amores por lo mismo que un dia le acariciaba y otro le despedia y desechaba. Ahora el papa ya trataba de favorecer otra vez al duque de Anjou, y veia que no le era dado oponerse al emperador Segismundo. Don Alonso, desde sus anteriores desengaños, miraba con recelo el pais de Nápoles, y le parecia que todo él estaba sembrado de traiciones; y sin embargo tomaba empeño en ocuparle. La reina le habia adoptado para cuando ella muriese, y nada revelaba que este suspirado término se acercase. La duquesa de Sessa, que habia sabido descartarse del Senescal, y habia reemplazado á este en su valimiento con doña Juana II, era al mismo tiempo la confidenta del aragonés. Intentaba este obligar al papa, ladeándose hácia el concilio de Basilea, como antes se habia ladeado hácia los antipapas. Pero los políticos italianos decian de él que pecaba por demasiado fecundo en ardides. Así es que nadie creia injuriarle devolviéndole ardides por ardides. El papa coronó á Segismundo y no dió la investidura á don Álvaro; y doña Juana II recabó de este que firmase treguas por diez años, y dejando abastecidos los castillos de Nápoles, á sueldo de la reina, aunque sometidos al aragonés, se trasladase á Sicilia desde la isla de Ischia. Su hermano el rey de Navarra le escribió que se volviese á Aragon en donde el castellano tenia pues-

ta la vista en sus fronteras y especialmente en las plazas de Calatayud y Tarazona; pero el aragonés le respondió que debia hacerse la guerra al castellano si no devolvia al infante don Enrique sus bienes y no le asignaba para alimentos doscientos mil florines anuales, y no le cedia asimismo el derecho de hacer la conquista del reino de Granada: de suerte que algunos creyeron que los aires de Italia habian enturbiado el buen juicio de don Alonso V.

En 1434 los infantes don Enrique, don Pedro, y sus allegados fuéron á Sicilia, y en poco estuvo como no inclinaron á su hermano el rey de Aragon á que dejase de pensar en Nápoles, y fijase sus miradas en Castilla. Decíanle que el rey de Navarra se habia puesto en buenas relaciones con los condes de Foix prometiendo la infanta doña Leonor á don Gaston de aquella ilustre casa, ya que el rey de Castilla, oyendo solo los consejos de don Álvaro, y apesar de muchas y fundadas reclamaciones, habia dado el condado de Cangas al conde de Armañac para tenerle de su parte. Y añadian que acaso don Álvaro no estaba tan asegurado en el poder como él se lo creia. Vacilaba el aragonés en vista de lo que le decian sus hermanos, cuando unos graves acontecimientos le abrieron nuevamente la puerta de las esperanzas que tenia puestas en su amada Italia. El emperador Segismundo y el duque de Milan, apoyados en las ideas dominantes del concilio de Basilea, hicieron entradas en tierras de los estados pontificios, y provocaron en Roma una sublevacion popular á favor de los Colona, á la que se siguió la fuga de Eugenio IV á Florencia. El rey don Alonso envió embajadores á éste ofreciéndole sus respetos y su apoyo, si en vez de trasladarse á Aviñon pasaba á Venecia. Pero el papa decia que se recelaba mas del aragonés meloso que

del mismo irritado. Hácia el mismo tiempo el duque de Anjou murió de enfermedad, suspirando por una sucesion y herencia que jamás venian. Tambien la reina doña Juana II de Nápoles estuvo enferma de gravedad; pero aun halló en su ánimo la serenidad suficiente para enviar á decir al aragonés como en nada habia variado respecto á él, y para adoptar por bajo cuerda á Renato de Anjou, hermano del difunto duque. Los analistas del reino dan á entender que si treinta hubiesen sido los aspirantes á su sucesion, á todos los hubiera adoptado en secreto. Á su vez Alonso V la volvia artificio por artificio, y estaba formando liga con el príncipe de Tarento, enemigo de los Anjou. Ya todos los príncipes cristianos de nuestra Península habian enviado embajadores al concilio de Basilea. El de Castilla rompió otra vez las treguas con los granadinos; y tambien tuvo que hacer lo que entonces se llamaban justicias severas entre sus vasallos. Puso preso al conde de Luna, é hizo arrastrar y descuartizar á algunos de sus parciales; castigó por el mismo estilo á los motores de varias alteraciones acaecidas en muchas villas y ciudades; en alguna manera en compensacion de aquellos rigores, se mostró benigno con don Diego de Castilla, hijo del rey don Pedro I, y anciano inofensivo, á quien envió á Coca; visitó el santuario de Guadalupe; é hizo un recibimiento magnífico á un embajador francés que vino á pedirle favor y ayuda contra los ingleses. El rey don Juan estaba sentado en un trono suntuoso, y á sus piés, dicen las crónicas, yacia un leon muy amansado, de asombrosa corpulencia. No se sabe si la embajada francesa se inmutó, ó si imitó á aquellos romanos que no se dignaron volver los ojos hácia un elefante bruto que veian por la vez primera, ó á aquel príncipe español que estando en Túnez

pasó por entre fieras sueltas como lo hubiera hecho por entre sus soldados. Tampoco se sabe si aquella muestra de uno de sus animales domésticos fué para don Juan II de Castilla una diversion como lo fué para uno de los primeros doce césares cuando queria dar espanto á sus convidados; ó bien si fué una mera arrogancia castellana. La guerra con el moro habia tenido sus vicisitudes, y no daba lugar á una satisfaccion completa. Juan Arias, alcaide de Jimena, habia tomado la plaza de Castellar; pero Diego de Ribera habia muerto en el sitio de Toro que no fué afortunado; y don Juan Fajardo, que habia hecho entrada en tierras del moro por la parte de Murcia, sucumbió en la cabalgada. El dia 11 de noviembre la plaza de Huescar habia sido tomada por sorpresa, y luego al pié de sus muros habian sido derrotados los moros que iban á recobrarla; pero tambien el maestre de Alcántara, que habia hecho irrupcion en tierras del granadino á la cabeza de mil doscientos hombres, los cuatrocientos ginetes, habia sufrido una tan completa derrota que solo él y cien de los suyos se salvaron. El año terminó para Castilla y los demás reinos con unas espantosas inundaciones que ocasionaron grandes estragos en los meses de noviembre y diciembre, especialmente en Madrid, Valladolid y Sevilla.

Fernan Álvarez de Toledo recibió órden en 1435 de hacer nuevas entradas en tierras del granadino. Primero puso sitio á la plaza de Huelma, pero tuvo que levantarle con pérdida. Despues allegó hasta seis mil infantes y mil quinientos caballos, y se encaminó contra la ciudad de Guadix. Tampoco pudo tomarla, aunque sostuvo en su vega sangrientos choques, y dijo que habia rechazado los esfuerzos de cuarenta mil hombres que habia dentro. Los árabes por el

contrario afirman que la guarnicion, aunque poco numerosa, hizo una salida y obligó á los cristianos á alejarse con pérdida. Entretanto el rey y la reina de Castilla celebraban con festejos públicos el nacimiento de un niño del valido don Álvaro. Murió por entonces la duquesa de Arjona, señora riquísima; y, como habia dudas acerca de quien debia heredarla, vinieron á las manos los herederos, lo mismo que si la nacion se hallase en pleno feudalismo; y el rey tuvo que intervenir para que procediesen por términos de justicia. Las reinas de Aragon y Navarra habian solicitado y obtenido prorogacion de treguas con Castilla hasta el 10 de noviembre, fundándose en la ausencia de sus maridos. Luego despues, recibidas de Italia unas noticias alarmantes, la reina de Aragon procuró verse en Soria con su hermano el rey de Castilla, y obtuvo una nueva prorogacion de treguas hasta el dia primero de abril del siguiente año 1436. Los reinos de Aragon y Navarra no podian volver en sí del asombro que les habian causado las novedades venidas de de Italia. El dia 2 de febrero habia muerto en Nápoles la reina doña Juana II, dejando instituido por heredero á Renato, duque de Anjou. Al momento el rey de Aragon habia entrado en tratos con el príncipe de Tarento, enemigo del de Anjou, y le envió dos mil hombres de armas. El príncipe recobró en poco tiempo lo que en la anterior campaña habia perdido, y se acercó á Cápua, cuya plaza hizo que se declarase por don Alonso. Ya este habia enviado una embajada al concilio de Basilea, pidiéndole la investidura del reino de Nápoles. El duque de Milan se mostraba inclinado á aliarse con el aragonés, para impedir que los franceses volviesen á Italia como escolta del duque de Anjou: y le escribió en estos términos avisándole de quién debia recelar

y de quién fiarse. Ensoberbecido don Alonso V, por creer que ya era llegada su hora, y que podia dar leyes á todos los potentados de Italia, trató con desapego á los enviados del duque, y reclamó de este los atrasos que le debia por su anterior alianza. Indignado el duque de Milan se declaró por el papa, y con él y los venecianos formó una liga contra don Alonso. Este, seguido del rey de Navarra, y del infante don Enrique, habia puesto sitio á la plaza de Gaeta, mientras don Pedro, su otro hermano, preparaba en Sicilia una nueva armada para enviar refuerzos á la que habia salido para Nápoles á las órdenes del rey. El sitio de Gaeta tuvo principio el dia 7 de mayo. Defendia la plaza el gobernador Espínola, y viendo que escaseaban los víveres, sacó fuera las mujeres, los niños y los ancianos. Obraba en ello como capitan prudente. Pero los cabos aragoneses y catalanes dijeron que por lo mismo que él se quitaba estorbos, era necesario devolvérselos si la plaza debia ser tomada. Don Alonso no pensó así, y dió paso á aquella multitud, acreditándose no solamente de humano sino de muy benigno. Así Espínola tuvo tiempo de esperar el socorro que le venia de Génova. Quince gruesas naves de guerra acudieron para hacer levantar el sitio al rey de Aragon. El aragonés tenia consigo veinte y cinco naves, y se embarcó en ellas para presentar batalla naval á los genoveses y milaneses. Iba tan seguro de alcanzar victoria que no se procuró reserva, ni quiso que ninguno de sus hermanos ó cabos de cuenta dejasen de acompañarle. Fuése hasta costear la isla de Ponza y ponerse á la vista de la escuadra enemiga. Esta le presentó en línea doce buques, y guardó tres en reserva. Dióse esta batalla naval el dia 5 de agosto de 1435. Duró por espacio de diez horas. Los aragoneses acometieron; los geno-

veses y milaneses se defendieron. Luego se apercibieron estos de que la arremetida de los aragoneses no iba concertada, sino al azar y brusca, como de gente que iba confiada en ver tomar la fuga á sus contrarios. Tambien observaron que la capitana aragonesa iba muy suelta y sin la escolta conveniente. En este momento la hicieron acometer, aprovechando un repentino cambio de viento, por las tres naves que tenian de reserva. Don Alonso, en este momento supremo, no dió muestras de aquel ardimiento de los antiguos reyes de Aragon. Metióse bajo cubierta; y la tripulacion se rindió, expresando que lo hacia nó á Génova sino al duque de Milan. Los demás buques imitaron á su capitana. Solo uno se salvó, como para poder dar noticia de lo que pasó en este dia de infausto recuerdo para los aragoneses. Los prisioneros vencidos resultaron ser dos veces superiores en número á los vencedores. Acereto, jefe de estos, dió libertad á cuatro mil prisioneros, temeroso de que se hiciesen dueños de la escuadra. Es indecible el dolor que se apoderó de los catalanes viendo que por mala direccion de su príncipe perdian en un dia la fama que habian ganado en dos siglos. Todos decian que bien se conocia que allí no habian presidido la sensatez, el golpe de vista y la energía de un aragonés ó catalan, sino la vana arrogancia de un castellano. Acereto pidió al rey de Aragon una órden para que la plaza de Cápua se rindiese; pero don Alonso demostró en el cautiverio la entereza que le faltó en el combate, y dijo que antes de dar tales órdenes moriria. Toda la nobleza de Aragon cayó prisionera con su réy; y en naves genovesas fué llevada con su príncipe y con el rey de Navarra á Saona. El duque de Milan no acertaba á dar crédito á lo que oia cuando le participaron una tan completa victoria. No

sabia bien qué recibimiento debia hacer á esos reyes de Aragon y Navarra que muy luego iban á serle presentados. El dia 15 de setiembre entraron en Milan. Abrumado el duque bajo el peso de la victoria, creyó que para sus intereses era preferible procurarse buenos aliados antes que llenar sus arcas con un crecido rescate. Al rey de Navarra le dejó embarcarse desde luego para Cataluña. Con el rey de Aragon firmó alianza ofensiva y defensiva contra aquel duque de Anjou, poco antes amigo de los milaneses. Génova se dió por muy ofendida de estos tratos, diciendo que era en vano que ella hubiese ganado su mas gloriosa victoria marítima, si aquel duque no sabia aprovecharse de semejante fortuna ni se mostraba digno del vencimiento. De suerte que el vencido sacó fuerzas de su derrota, y el vencedor halló desdoro en el triunfo. El infante don Pedro de Aragon salió de Sicilia con una nueva armada hácia el reino de Nápoles, y habiéndose detenido casualmente en la isla de Ischia, tomó por tratos en 15 de diciembre aquella plaza de Gaeta, que don Alonso no habia podido ganar por la fuerza. Don Alonso V á fines de año tenia fundadas esperanzas de que Nápoles seria conquistada por sus armas. En tanto se hacian en Aragon grandes preparativos para enviarle refuerzos, aunque se le consideraba muy poco capaz de dirigirlos. La madre del rey, doña Leonor, acababa de morir en el convento de las Dueñas, sito en Medina del Campo, víctima del sentimiento que le causó, no tanto la noticia de que sus tres hijos habian caido prisioneros, como la conviccion en que estaba de que habian sufrido una ignominiosa derrota.

Mientras don Pedro de Aragon y el rey su hermano preparaban la campaña de 1436, el rey de Navarra recorria los reinos de Aragon, y hacia vivas instancias para que las

córtes favoreciesen á su hermano don Alonso. Reunidas en Alcañiz las de Aragon hicieron un donativo de ciento veinte mil florines; pero manifestaron su deseo de que el rey volviese de Italia. Las de Cataluña, celebradas en Tortosa, votaron cien mil florines para servir con armada al rey; pero con la misma condicion que en tiempo de Pedro IV, á saber, que la escuadra debia confiarse á quien designasen las córtes, y esta vez lo fué el conde de Módica. Las de Valencia sirvieron asimismo al rey con un donativo. Los prisioneros que no habian sido trasladados á Milan, sino á Génova, fueron rescatados en setenta mil ducados, y por los jefes se exigieron gruesas sumas, segun su estado. Don Alfonso V habia pasado á Gaeta, y dado el mando de sus tropas, á tenor de los convenios con el duque de Milan, al milanés Picinino. Confirió el condado de Ampurias al infante don Enrique, y dispuso que pasase á Gaeta la reina de Aragon, y un bastardo que habia tenido en otra dama. Manifestábase decidido á no permitir que nadie supusiese siquiera que la empresa de Nápoles no se llevaria á cabo. En la Calabria la esposa del duque de Anjou ganaba terreno; pero Terracina, San-Angelo y otras poblaciones se entregaron al infante don Pedro. La reina de Aragon escribió que mientras no se firmasen paces con Castilla era imposible que ella se saliese de la Península, á lo que tampoco querian acceder los aragoneses. Don Alonso no se mostró en esta campaña ni mas avisado, ni mas digno capitan que en las anteriores. Su terquedad casi rayaba en pueril cuando le instaban á que se contentase con la posesion de las islas del Mediterráneo, y no antepusiese sus caprichos al bien del estado. Decíanle que conservando las islas y una buena escuadra tendria siempre á su devocion la Italia. Pero respondia que Nápoles de-

bia ser suya. Desengañado del papa, se ofrecia en cuerpo y alma al concilio de Basilea, y luego volvia á brindar con su amistad al pontífice á quien habia despreciado. Su hermano don Pedro y el príncipe de Tarento, adoctrinados en aquella escuela de artificios, un dia batallaban con ardimiento contra Colona y el duque de Anjou, y otro dia entraban con él en tratos y avenencias. Algunas ciudades se entregaban á don Alonso; pero otras, entre ellas la capital de Nápoles, resistieron repetidos asaltos y le rechazaron. La de Nápoles, aunque combatida por mar y tierra, y aunque dominada por dos castillos de que eran dueños los aragoneses, persistió en no querer admitirle. Mientras así se derramaba en Italia por intereses mal aclarados la mas preciosa sangre de nuestra Iberia, el rey de Castilla continuaba sus cabalgadas contra los granadinos. Sus fronteros se habian propuesto conseguir por medio de incesantes talas que los pueblos limítrofes les rindiesen vasallaje. Así lo hicieron primero algunos de Guadix y luego los de Galera y Castilleja con la condicion de dejárseles libre el ejercicio de su culto y de no imponerles mas tributos que los que venian satisfaciendo. Los fronteros de Sevilla hicieron una expedicion contra Gibraltar, y salió desgraciada. Al mismo tiempo el rey don Juan II envió algunos refuerzos á las islas Canarias, temeroso de que el portugués intentase la conquista de las que aun no estaban sometidas. En realidad se hacian grandes armamentos en las costas de Portugal; pero el rey Eduardo decia que tenia ánimo de dirigirlos, con consentimiento del papa, contra los moros africanos. El acontecimiento capital de 1436 resultó ser la paz ajustada entre Castilla, Aragon y Navarra, el dia 22 de setiembre, en Toledo, con las condiciones siguientes: Casamiento entre don

Enrique, príncipe heredero de Castilla, y doña Blanca infanta de Navarra; dote á favor de esta infanta de todo cuanto el rey de Navarra poseia en Castilla; indulto general recíproco; prohibicion de que los infantes de Aragon entrasen en Castilla sin licencia de este rey; pago del dote de doña Catalina, hermana del rey de Castilla y mujer de don Enrique de Aragon, estimándola en cincuenta mil florines; y alimentos de cinco mil florines anuales pagados por el castellano á su cuñado don Enrique. Nada mas humillante que este tratado para aquellos infantes que tan hondamente habian turbado la paz de Castilla, y para el rey de Aragon que reclamaba cien mil florines anuales por alimentos de su hermano don Enrique.

Don Alonso V no adelantó en el reino de Nápoles en **1437** mas de lo que habia adelantado en **1436**. Ni acababa de declararse por el papa ni por el concilio de Basilea; y entretanto Eugenio IV levantaba gente contra él y le hacia una sangrienta guerra. El patriarca de Alejandría, Juan Vitelesco, jefe de las tropas pontificias, consiguió hacer entrada en Nápoles y dió por excomulgado á los partidarios de don Alonso; sabedor de que Caldora, partidario del duque de Anjou, habia sido derrotado por Picinino, jefe de las tropas de don Alonso, hizo, á su vez movimiento contra el príncipe de Tarento, y le derrotó haciéndole prisionero. En consecuencia el príncipe se declaró contra don Alonso. Este entró en campaña contra el patriarca y le sitió en Salerno. Escapóse el patriarca, y juntándose con Caldora, y aquel príncipe, obtuvo algunas ventajas, hasta que don Alonso firmó á solicitud del papa un armisticio hasta la primavera. Era tal la desconfianza con que se trataban allí los potentados que el patriarca no vaciló en intentar hacer prisionero

al rey de Aragon durante la tregua, y en muy poco estuvo como no lo consiguió completamente. El rey de Portugal llevo este año á efecto su campaña contra los africanos. Envió á Ceuta á sus dos hermanos los infantes don Enrique y don Fernando con un ejército de catorce mil hombres, con órden de que pusiesen sitio á la plaza de Tanjer. El dia quince de setiembre la avistaron y combatieron. Pero esta plaza no pudo ser tomada con un golpe de mano; y luego acudieron tropas africanas que á su vez sitiaron á los portugueses. Estos rechazaron con el mayor brio las salidas de los sitiados y las acometidas de los que acudian á su socorro. Las crónicas cuentan que en dos batallas derrotaron ejércitos numerosos, compuestos de mas de cien mil hombres; y añaden que acudió por último contra ellos el mismo rey de Fez con medio millon de combatientes. No era posible que los portugueses resistiesen por mas tiempo. Tampoco era posible salir sin graves compromisos de aquella posicion delicada. Los dos infantes de Portugal determinaron que uno de ellos se sacrificase por el bien de los demás. Prometieron al moro darle en rehenes uno de los dos príncipes hasta que Portugal devolviese al rey de Fez la plaza de Ceuta. Harto sabian que Portugal no consentiria en devolverla. Don Fernando se entregó en prenda, y su noble corazon presentia que era entregarse á la muerte. Los restos del ejército volvieron á Lisboa; y las córtes del reino votaron todo cuanto dinero se necesitase para rescate de aquel infante, mas nó la entrega de Ceuta. Hay quien acusa á los castellanos de haber hecho sabedor al rey de Fez del intento que llevaban los portugueses. Otros dicen que bastante tenia que hacer el rey don Juan II de Castilla en entregarse á la caza, en ofrecer á su querido don Álvaro rentas tales como las de la villa de Montblanch, y en

sosegar á los Manrique que andaban alterados por haber sido preso sin causa su jefe el adelantado don Pedro Manrique.

El rey Duarte ó Eduardo, de Portugal, no sobrevivió mucho al sentimiento que le ocasionó el descalabro de Tanjer y la desgracia de su hermano don Fernando. En 1438 volvió á picar la peste en Lisboa, y aunque el rey se fué con toda su familia al monasterio de Tomar, murió el dia 9 de setiembre al poco tiempo de haber abierto una carta procedente de aquella ciudad. Estuvo casado con doña Leonor, hermana del rey de Aragon Alonso V, y en ella tuvo á don Alonso su sucesor, á don Fernando, conocido por duque de Viseo, á doña Leonor que casó con Federico III emperador de Alemania, y á doña Catalina, doña Felipa y doña Juana. Fué tambien hijo suyo un bastardo denominado Juan Manuel. El príncipe heredero don Alonso era niño. Duarte en su testamento manifestó que confiaba la tutoria del príncipe y la gobernacion del reino á su esposa: pero la nacion creyó conveniente deber separar los dos cargos. En Castilla continuaron las entradas en tierra del granadino. Los fronteros de Jaen se apoderaron por sorpresa de la plaza de Huelma, pero tuvieron que combatir vivamente el castillo antes que se les rindiese. Y fué notable en la toma de la poblacion que querian entrar en ella con prelacion los tres pendones de las milicias de Baeza, Jaen y Ubeda, y un caballero puso término á la contienda, cogiéndolos todos en una mano, de manera que entraron á un mismo tiempo. Pero esta ventaja apenas bastó á compensar la desgracia sufrida por los fronteros de Cazorla que en una entrada perdieron mil cuatrocientos hombres, la cuarta parte ginetes. Andando así equilibradas las ventajas con los des-

calabros, se supo que la faccion de los Manrique habia conseguido sacar del castillo de Fuentidueña á don Pedro Manrique, trasladarle á la fortaleza de Encinas, y prepararse en ella para resistir á don Álvaro: nuevo comienzo de perturbaciones para los castellanos. A la sazon acababa de morir, no lejos de Olmedo, en el castillo de Brazuelos, aquel don Fadrique de Luna, hijo del último rey don Martin de Sicilia, y aspirante que habia sido á la corona de Aragon ante el parlamento de Caspe. El aragonés tuvo con esto una pesadilla menos. Seguia Alonso V en su empeño de querer apoderarse del reino de Nápoles, apelando hoy á una alianza, mañana á otra, sembrando artificios por un lado y destruyéndolos por otro con sobras de lijereza. A todos los jefes enemigos solicitaba, y todos estaban seguros de que en último recurso la alianza con el aragonés no podia faltarles. Renato de Anjou, á quien habia tenido en cautiverio el duque de Borgoña, habia recobrado su libertad por doscientos mil florines, y recorria la comarca de Abruzzo, puesto á la cabeza de veinte mil hombres. Una vez estuvo á punto de coger desprevenido á don Alonso, que andaba entregado á la caza con don Pedro su hermano, y con el príncipe de Tarento, poco ha su enemigo, ahora nuevamente su amigo. En otra ocasion le hizo creer que iba á darle batalla, y solo fué para hacerle abandonar una posicion ventajosa, que el de Anjou ocupó muy luego, hasta que recobradas algunas fortalezas se volvió á Nápoles. El aragonés se echó sobre la plaza de Arpadi y la entró á saco y la desmanteló, mientras el conde de Módica daba con su armada contra la del duque de Anjou, borrando en parte la afrenta sufrida años antes en aquellas mismas aguas por Alonso V. Aquella victoria puso á don Alonso en estado de poder sitiar por mar y por tierra

la ciudad de Nápoles, blanco de todas sus esperanzas. Anjou acababa de salirse de ella con su ejército cuando se dió comienzo al sitio el dia 20 del mes de setiembre. Las memorias de Nápoles dicen que el dia 17 de octubre la guarnicion hizo muchos disparos contra el campo enemigo, y uno de ellos mató al infante de Aragon don Pedro, jóven que apenas llegaba á los veinte y siete años, y en quien el ejército tenia fundadas grandes esperanzas. Pocos dias despues el príncipe de Tarento, que habia puesto sitio á la plaza de Aversa, tuvo que levantarle y volverse por Capua á Gaeta. Don Alonso tuvo que alejarse asimismo de Nápoles. Los diputados catalanes que habian ido á Italia en la armada de Cataluña, instaban al rey don Alonso á que se volviese á la Península; pero el rey les respondió que no pensaba en abandonar sus pretensiones al reino de Nápoles, antes deseaba que su hermano don Enrique viniese á ayudarle, y le parecia conveniente que el rey de Navarra se dispusiese para hacer lo mismo. Y añadió que la reina y los naturales de aquellos reinos sabrian dirigirlo todo con equidad y justicia durante su ausencia, por entonces á su modo de ver, indispensable.

En el Rosellon algunas compañías al mando de don Rodrigo de Villandrando y de don Alejandro de Borbon traian alarmado el pais en los primeros meses de 1439; pero el segundo desistió de sus correrías en cuanto el primero entró al servicio del rey de Castilla. Mas tranquila con esto Cataluña envió refuerzos á don Alonso V, que bien los necesitaba. Este monarca habia entrado por tratos en Cabiano, Pomillano y algunos otros castillos; pero algunos de ellos en cuanto le vieron distante, proclamaron de nuevo al duque de Anjou. Génova envió á este príncipe una arma-

da que se puso á la vista de Nápoles, y animó á sus habitantes para que pusiesen sitio al castillo de Ovo. En vano Alonso V procuró socorrer á la guarnicion: sus esfuerzos fueron rechazados y la plaza tuvo que rendirse. El rey conquistó entonces las fortalezas de Erola, Lezano, Avelino, Acerra, Castelamare y Salerno, y llevó en derrota delante de sí al jefe enemigo Caldora, que murió en una de las marchas cuando iba á entregar á saco la ciudad de Circelo; mas todas estas ventajas no compensaron en la opinion del rey la pérdida de aquella posicion en la misma ciudad de Nápoles. El papa Eugenio IV estaba en Ferrara, y por mas instancias que se le hacian no podia avenirse á dejar de favorecer al duque de Anjou. Cuando el concilio de Basilea le depuso por noviembre de este año, y nombró en su lugar al duque de Saboya Amadeo, que tomó el nombre de Felix V, el aragonés hizo nuevos esfuerzos para atraerle á su partido, y pensó poder conseguirlo al saber que los españoles se habian separado del concilio y mantenido su obediencia á Eugenio. No habia contribuido por poco á aquel resultado el mismo rey don Alonso que ahora hacia ademan de deplorarlo, y aun hay quien dice, que el mismo rey de Navarra don Juan habia ayudado á los primeros poniendo en juego todas sus relaciones. Ahora el navarro acababa de casar á su hijo don Carlos, príncipe de Viana, con doña Ines á quien otros llaman Ana, hija del duque de Cleves. Doña Leonor, reina viuda de Portugal, hermana del navarro y del aragonés, hallaba grandes dificultades en dar cumplimiento á la última voluntad de su difunto esposo. Su cuñado don Enrique, por voto de córtes, tuvo que encargarse de la gobernacion del reino, reservándose doña Leonor la mera tutoria, y los nombramientos de empleados. Los analis-

tas portugueses dicen que esta innovacion se hizo para impedir que el navarro y el aragonés dispusiesen de las fuerzas de Portugal, por medio de su hermana la reina viuda, contra el reino de Castilla. Sobradamente perturbado andaba este. La parcialidad de los Manrique habia tomado tal incremento que ya se atrevia á pedir al rey que separase del gobierno á don Álvaro, si deseaba atender al bien de sus súbditos. Algunos nobles, llamados por el rey, acudian á su servicio; pero otros muchos se pasaban á las filas de los Manrique, y algunos, favorecidos de la plebe, se apoderaron de Leon, Cabrijas, Gomara, Osma y Ucero. En Toledo habia síntomas de alteracion, y se publicaron bandos sumamente rigorosos que, en vez de disipar el peligro, le dieron creces. El descontento era general y profundo. El clero regular quiso interponer su influencia para evitar un rompimiento. Pero el rey estaba tan aferrado á su rigidez, y los enemigos de don Álvaro estaban tan dispuestos á derribarle del mando, que se hizo imposible por el pronto toda concordia. Valladolid entró en los planes de los Manrique, y se entregó al conde de Ledesma. Luego se traslució que el rey de Navarra y su hermano el infante de Aragon don Enrique no eran extraños á estas novedades. Debian venir á Castilla para la celebracion de las bodas del príncipe heredero con doña Blanca, infanta de Navarra: y entraron con gente armada. El rey de Navarra se fué á donde estaba el rey de Castilla; don Enrique se unió con los sublevados; mas no por esta aparente divergencia los dos hermanos dejaron de andar acordes. Así es que los sublevados no vacilaban en nombrarlos árbitros. El rey no quiso adherirse á semejante compromiso; ni tampoco se avino á dar su consentimiento para que el infante don Enrique y el almirante

Manrique se batiesen en duelo con don Álvaro y el maestre de Calatrava, para poner un término á las perturbaciones. Juntáronse en Tordesillas los mas prudentes de ambas parcialidades para buscar á ellas un remedio. Consistia la dificultad en que el rey de Navarra y el infante de Aragon don Enrique pedian la restitucion de sus bienes; y los poseedores se negaban á entregarlos. Muy luego se conoció que esta era cuestion de fuerza. Don Álvaro habia tenido la poca habilidad de enemistarse con los mas, y ahora necesitaba tropas extrañas para romper el equilibrio en que se habian puesto las propias. Rodrigo de Villandrando amenazaba los lindes del Rosellon por haber sido despedidas sus compañías y no poder vivir ya de otra cosa que del merodeo. Hay quien supone que la reina de Aragon quiso servir á su hermano el de Castilla, y sacarse cuidados de casa, haciendo que don Juan II tomase á sueldo á Villandrando. Solo así se explica cómo es que este pasó con su gente por tierras de Aragon, y cayó de repente entre las dos parcialidades en que estaba dividida Castilla. Ya la de los Manrique no se mostró tan exigente. El conde de Haro habia sido el primero en decir que sacrificaria todos sus intereses á la paz pública, y devolveria cuántos bienes tuviese que hubiesen pertenecido al rey de Navarra y al infante don Enrique. Un religioso, por nombre Pedro Regalado, visto que los ánimos habian llegado á aquel punto en que solo se desea un pretexto honroso para emprender la retirada, movió tratos de paz, yendo del uno al otro campo, calmando enardecimientos, y sembrando concordia. En Castro Nuño se vieron los jefes de las parcialidades, y convinieron en acabar con ellas, y en sentar las bases de un acomodamiento. Consistió este en que al infante de Aragon don Enrique y al rey de Navarra les

serian devueltos sus bienes, ó se les daria su valor, siendo antes legalmente justipreciados; y en que don Álvaro de Luna sufriria un segundo destierro de la corte por seis meses, obligándose durante este tiempo á no hablar con el rey ni escribirle por sí ni por otra persona. Esta condicion les pareció á muchos que, mas bien que castigo para don Álvaro, era deshonra para don Juan II. Y no pocos cortesanos, en vez de abandonar al valido, le siguieron hasta Sepúlveda, punto que se le destinó para residencia. Desde luego se vió que las parcialidades quedaban mal apagadas. En algunas poblaciones, en su número la de Toro, hubo alteraciones con motivo de la carga de aposentamiento. En Salamanca, el arcediano Gomez de Anaya se hizo fuerte en el palacio del obispo como en ademan de hostilizar al rey. En Segovia echaron al corregidor real, pareciéndoles que era llegado el caso de deshacer todo cuanto habia hecho aquel valido. Y sin embargo don Álvaro era mas valido ahora que antes. El rey de Navarra y el infante de Aragon don Enrique no habian conseguido tener á su lado por mucho tiempo al monarca. Este, pretextó una cacería, se les fué de las manos, y dió órden á los que le rodeaban de que no los recibiesen. De suerte que en el fondo á nada se habia puesto remedio. Este año murió de parto en Alaejos la infanta de Castilla, doña Catalina, esposa del infante de Aragon don Enrique.

El año de 1440 es no menos triste que el anterior en las memorias de Leon y Castilla. Los descontentos, acaudillados por el rey de Navarra, seguian las huellas de don Juan II y del príncipe heredero. Una nueva concordia parecia ya necesaria; y era querer armonizar unos intereses que se rechazaban. En Madrigal tuvieron lugar algunas conferen-

cias entre los enviados de una y otra parte. El cardenal Cervantes era quien hacia mas vivas instancias con el rey de Navarra y el infante de Aragon don Enrique, para que formulasen un memorial de agravios en virtud del cual el rey don Juan pudiese meditarlo y tomar providencias segun fuesen las razones expuestas. Hiciéronlo así aquellos príncipes y los demas nobles que seguian su bandera, y escribieron al rey diciéndole que el condestable don Alvaro de Luna habia fulminado injustas sentencias contra muchos, desterrando á unos, confiscando bienes á otros, y condenando á muerte á varios; que era enemigo de la nobleza, y sembraba en ella discordias; que habia alterado el valor de la moneda, mirado como patrimonio propio las rentas reales, creado tributos sin consultarlo con el rey, enviado por su cuenta propia gruesas cantidades á Venecia y Génova cobrándose los réditos que de ellas sacaba, y juntando tesoros inmensos; que hacia suyos los subsidios eclesiásticos concedidos para hacer la guerra al moro; que disponia de los empleos á su capricho, y lo mismo de las prelacías, y compelia á venderse lo que bien le parecia; que á los magistrados no les permitia proceder por ley, sino en virtud de las órdenes que para cada caso les expedia; que se habia hecho suyas las alcaldías de los castillos, dándolas á gente muy adicta; que á cuantos se negaban á cumplir con sus caprichos los deponia, ó los encarcelaba, ó los mataba; que habia hecho dar muerte á algunos contadores porque no quisieron firmar una donacion del rey á su favor por las salinas de Atienza; que á don Pedro Manrique le habia preso porque se opuso á las permutas que él solicitaba de Talavera y Guadalajara; que él era el amo y el rey su criado; y que, delante del mismo monarca, se habia atrevido en

Arévalo á apalear á uno y dar muerte á otro. Los mas de los cargos eran generalidades. El delito de don Álvaro consistia en haber venido pobre de Aragon, y en poseer ahora grandes tesoros y señoríos. El rey, convencido de que, por cada cargo que los descontentos dirigian á don Álvaro, se les podian dirigir á ellos otros muchos casi análogos, no hizo caso del memorial, y solamente consintió en convocar córtes para Valladolid. En medio de estas alteraciones, y cuando las principales poblaciones obedecian á los mas revoltosos ó atrevidos, el rey nombró por mayordomo de la casa del príncipe heredero don Enrique á aquel mismo don Álvaro de Luna contra quien parecia haberse desatado la nobleza en masa. Por el mes de abril se dirijió á Valladolid con toda la familia real, obteniendo antes seguro del rey de Navarra para todos cuantos le acompañasen. Habíase dado despido á la gente de guerra, pagados por el rey los sueldos á los del uno y otro bando. El príncipe heredero, don Enrique, influido por su doncel Juan Fernandez Pacheco, se separó de repente del lado de sus padres, se fué á casa del Almirante, y envió á decir al rey que se mantendria lejos de él mientras no apartase de su lado á los enemigos del estado que le rodeaban: principio de nuevas é inesperadas complicaciones. Y sin embargo, donde no se pensaba mas que en darse batallas palaciegas, el corazon y la mente no se espaciaban en otros horizontes. Tal como habia sido educado el príncipe, no podia dar mejores frutos. Tras de este preliminar siguió la boda de este príncipe con doña Blanca, hija del rey de Navarra, jefe de los descontentos. Desde este dia pudo preverse la nueva serie de perturbaciones en que debian andar revueltos los reinos de Leon y Castilla. Pedro Manrique acababa de morir de enfermedad. Los que rodea-

ban á doña Blanca , esposa del príncipe , se decian en voz baja que aquella princesa continuaba tan doncella despues como antes del matrimonio : y aunque parecia que sazonaban sus dichos con la sonrisa , conocíase á la legua que tras de las risas habia esperanzas malignas y deseos de prolongar esa vida alegre y poco menos que airada que llevaban. El príncipe era para ellos una alhaja , fácil de escitar en todo , ambicioso, inquieto, y muy amigo de satisfacer caprichos. Diéronle á entender que su padre no cumplía con lo que tenia ofrecido de apartar de sí á los enemigos del estado, y consiguieron que se fuése á Segovia , y allí se juntase abiertamente con los descontentos. Por este tiempo pasó tambien á Castilla la reina viuda de Portugal doña Leonor , quejosa de que las córtes de este reino le hubiesen quitado nó solo el gobierno del estado, sino tambien la tutela de su hijo don Alonso, dando entrambas cosas al infante don Pedro , hermano del difunto Duarte. Y doña Leonor iba á buscar en Castilla elementos para recobrar por la fuerza lo que no supo conservar con la política. En tanto su hermano el rey de Aragon don Alonso continuaba en el reino de Nápoles, tan olvidado de las cosas de la Península que no veia en ella mas que un arsenal al que incesantemente enviaba en busca de socorros y pertrechos. Habíasele entregado no lejos de Nápoles, por el mes de enero, la poblacion de Aversa, aunque no pudo ganar el castillo. Manteníase en relaciones con el supuesto papa Felix, y al mismo tiempo escribia incesantemente á Eugenio IV procurando apartarle de la amistad con el duque de Aragon. De nuevo, llegada la primavera, pensó en poner sitio á la plaza de Nápoles, y volvió á llamar á su lado á aquel general Picinino, á quien antes habia confiado el mando de sus tropas.

Renato de Anjou hizo un esfuerzo para acometer al rey don Alonso, y para ello se juntó con las tropas de Caldora formando una hueste numerosa. Avistó al ejército del rey de Aragon el dia 30 de junio, en ocasion en que don Alonso estaba enfermo, y le acometió en sus mismas líneas. Don Alonso hubiera querido evitar el lance, pero le fué forzoso rechazar al enemigo. La mala inteligencia que reinaba entre el duque de Anjou y Caldora le hizo ganar la batalla. El de Anjou habia arrollado las primeras líneas de los aragoneses; pero don Alonso, haciéndose llevar en una silla, animó á los suyos, hizo que se rehiciesen, y consiguió llevar en retirada á su enemigo. Anjou instaba á Caldora para que á su vez cargase sobre su contrario, y se negó, ya porque el duque se lo pidiese con sobras de arrogancia, ya porque estuviese en tratos con don Alonso. Es la verdad que á los pocos meses el duque de Anjou tuvo que buscarse nuevos aliados, visto que Caldora habia vendido al aragonés el castillo de Aversa, y que los de Montefúsculo y Benavento se le habian entregado asimismo por tratos.

En 1441 don Alonso obtuvo de las córtes de Zaragoza un nuevo donativo de cincuenta y cinco mil libras, y sacó de los arsenales de Cataluña todo cuanto deseaba. Aquellas cortes le enviaron al Justicia Mayor de Aragon para suplicarle que volviese á la Península. Antes decretaron que dicho Justicia no pudiese ser preso ni depuesto ni en ninguna manera castigado sino por jueces nombrados por las córtes. Don Alonso confirmó aquel decreto, no puso preso, ni castigó, ni depuso al Justicia: pero tampoco hizo el menor caso de sus representaciones. En punto á gobierno su máxima favorita consistia como ya dijimos en el VOLIEM de Pedro IV; solo que Alonso V deseaba que su VOLIEM dominase

nó solamente sobre sus súbditos, sino tambien sobre los demas reyes y el mismo papa. La plaza de Lanchano se declaró por él; su cabo Picinino derrotó á Francisco Esforcia; la fortaleza de Cayazo le abrió las puertas á la primera embestida; la de Pádula le prestó homenaje; y lo mismo hicieron luego las de Bañolo, Casano y Montela. No era ya él quien solicitaba un arreglo con el duque de Anjou, sino Eugenio IV. Mas el papa, visto que la cuestion no era meramente de fuerza, formó alianza íntima con los Esforcia y Génova, contra los Caldora, el príncipe de Tarento y Alonso V. Aquello mas parecia guerra de partidarios que de grandes capitanes; y las marchas y contramarchas no se hacian porque se llevase algun plan combinado, sino por meras indicaciones de los guías, y, digámoslo así, por caprichos bélicos. Un legado del papa y Alejandro Esforcia con diez mil infantes y mil quinientos caballos volvieron á tomar la ofensiva. No muy lejos de Ursaria, el dia 10 de julio, un cuerpo de los Esforcia fué derrotado por Alonso V. En general las poblaciones se mantenian espectadoras pasivas, convencidas de lo poco que iban á ganar ó perder en el cambio de señor y amo. El que tenia á sus órdenes mas aventureros, aquel era el jefe. La plaza de Bicari, por haber sido infiel otra vez, fué entrada á saco: aunque otros afirman que lo fué para dar esta satisfaccion á los soldados aragoneses. Algunas plazas de la Calabria abandonaron la parcialidad del duque de Anjou y se pasaron á la de don Alonso. El papa buscó en Venecia y Florencia nuevos aliados, y los halló animados de ideas hostiles contra el aragonés, cuya fortuna infundia serios recelos. La isla de Capri, y las plazas de Espinelo y Pinnatelo, Puzol y Bisignano acababan de rendírsele; y su ejército habia puesto sitio á Nápoles, con ánimo de ganarla

mas que con la fuerza por hambre. En la Península su hermana doña Blanca habia muerto en Santa María de Nieva el dia 3 de abril, dejando el trono de Navarra á su hijo don Cárlos, príncipe de Viana, aunque encomendándole que no tomase posesion de él sin consentimiento de don Juan su padre. Otros analistas navarros dicen que la reina doña Blanca murió el dia primero de abril de 1842. Pero todos ellos andan conformes en afirmar que el rey viudo don Juan, hermano del rey de Aragon, usurpó á su hijo el príncipe de Viana el ejercicio de la autoridad suprema, y se denominó rey de Navarra no pudiendo serlo. Y atendidos sus antecedentes en las rebeliones de Castilla se descubre desde luego que era hombre para sacrificar á su ambicion todos sus deberes. El príncipe de Viana soportó con resignacion aquella contrariedad, pareciéndole que tal vez el reino no perderia nada en que su padre le gobernase. Y fué singular coincidencia que al mismo tiempo que un hermano del rey de Aragon usurpaba la corona de Navarra, una hermana del mismo se lamentaba en Castilla de que las córtes de Portugal no querian en ninguna manera darla parte en la gobernacion del reino como perteneciente á una familia demasiado amiga de sembrar discordias en los reinos. El reino de Castilla era á la sazon su presa favorita. El infante de Aragon don Enrique se habia apoderado de Toledo, negado en esta plaza la entrada al rey, y permitido en ella el saqueo de los judíos recien convertidos. El rey de Navarra y los demas descontentos se mantenian armados y enviaban á decir al rey que no estarian por él ni por lo que hiciesen las córtes mientras don Álvaro de Luna continuase dirigiendo los negocios como lo hacia por bajo cuerda. Doña María, esposa del rey don Juan, se habia declarado en favor de los suble-

vados y consiguió que su hijo el príncipe heredero hiciese lo mismo. Esposa, hijo, y cuñados del rey de Castilla se habian aunado en su daño. Lástima da el leer en la crónica los rieptos que se dirigian el navarro y don Álvaro, citándose para darse batalla, y esperándose en campo llano, como si de la destruccion de uno de ellos dependiese la conquista de la gobernacion del reino. El príncipe heredero desobedecia al rey su padre; la esposa al rey su esposo; los infantes al monarca; y la mayor parte de los nobles á su soberano. Don Álvaro y su hermano el arzobispo de Toledo, no pudieron impedir que los sublevados ocupasen la villa y el castillo de *Alcalá*; pero estos tampoco pudieron evitar que aquel arzobispo derrotase á Iñigo Lopez de Mendoza y á don Rodrigo Manrique, ni que el condestable don Álvaro consiguiese algunas ventajas importantes, ni que el rey don Juan II tomase posesion de Cantalapiedra y Medina del Campo, poblaciones del rey de Navarra. Este á su vez ocupó la villa de Olmedo. Por último, los conjurados sorprendieron á don Juan II en Medina, y le compelieron á firmar todo cuanto deseaban; todas las mercedes de juro y vida hechas en los últimos tiempos y en los años anteriores quedaron revocadas; el rey debia hacer cuanto estuviese de su parte para que doña Leonor su cuñada recobrase el gobierno de Portugal; todas cuantas reclamaciones por agravios hiciesen los nobles coligados debian ser resueltas por la reina de Castilla y el príncipe su hijo, junto con un prelado y un caballero por parte; los sueldos de ambas huestes debia pagarlos el rey á espensas del erario público; todos cuantos seguian la parcialidad del condestable, ó ejercian á su devocion cargos de nombramiento real fueron desterrados; el destierro del condestable debia durar seis años, dando en

rehenes su hijo primogénito y nueve fortalezas; y los coligados quedaban en predicamento de muy leales servidores. En realidad subsistieron los mismos elementos de perturbacion que antes, mas enconados con esta especie de tregua: que estos frutos habia traido á Castilla la simiente del infante don Fernando de Antequera.

Ya á fines del año anterior segun unos, en el presente de 1442 segun otros, se trató matrimonio entre el rey de Navarra, viudo de doña Blanca, y una hija del almirante de Castilla; y el del infante de Aragon don Enrique con una hermana del conde de Benavente: conciertos de enlace que acabaron de dar á las alteraciones públicas de este tiempo una fisonomía muy semejante á la de los disturbios del tiempo de don Juan el Tuerto y de la menor edad de Luis XI. En virtud de la pasada concordia el rey don Juan II envió una embajada á Portugal, pidiendo que su cuñada doña Leonor fuese restituida en los cargos y dignidades de que se la habia desposeido. La respuesta fué tal como el rey de Castilla la deseaba: á saber, que no era posible servir al castellano en sus buenos deseos. Celebradas córtes en Toro, quejóse el rey de que en desdoro del poder real se permitiese que le faltasen al respeto los mismos que debian dar ejemplo. Las córtes sirvieron al rey con ochenta millones de maravedis. Algunos amigos del condestable trataban de acabar de una vez con aquellos infantes que traian revuelto el estado; pero su plan fué descubierto. A la sazon en Santo Domingo de la Calzada y en Valladolid fueron quemados vivos algunos que habian sido acusados de herejes en Durango; y hay quien cree que hubo quien dió satisfaccion por este medio á sus odios políticos vistiéndolos con otro colorido. Por el señorío de algunos lugares se batie-

ron los Castañeda y los Mendoza, acaudillando unos y otros á los moradores de varios pueblos, lo mismo que si se hallasen en los tiempos de Ruy Diaz de Vivar. El rey enviaba mensajes al príncipe heredero manifestándole cuán negra cosa era que un hijo acibarase de esta suerte los dias de su padre: pero el hijo se hallaba mejor suelto que morigerado, y le parecia que obedeciendo á su madre ya cumplia con los deberes filiales. El infante de Aragon don Enrique, por ocupar algunos lugares del maestrazgo de Calatrava, consintió que hubiese un choque mortífero entre trescientos coligados y otros tantos adictos al rey, de cuyas resultas la mitad murieron en el campo. Algunos de los coligados quedaron prisioneros; y el mismo rey tuvo que obligar por las armas á sus propios amigos á que devolviesen la libertad á aquellos rebeldes. En el camino, quien va de Toledo á Talavera, en donde estaban presos los culpables, el condestable se hizo encontradizo con el rey y le besó la mano, y aun se dice que despues habló con los dos infantes de Aragon, autores de todos los disturbios. Ninguno de ellos habia querido trasladarse á Nápoles como se lo tenia rogado y aun mandado Alonso V. Este príncipe, á lo menos, habia sabido buscarse un campo en que espaciar su actividad con mas honra. Años hacia que tenia delante de sí la ciudad de Nápoles sin poder llegarse á ella. Ahora la tenia estrechamente cercada, y le convenia que los genoveses no pudiesen entrarla víveres por mar. El duque de Milan le propuso una alianza con Génova para estar completamente asegurado, y le escribió que la obtendria cediendo la isla de Cerdeña. A lo que don Alonso respondió que preferia tener que presentar batallas navales, auque en alguna hubiese sido desgraciado. Viendo que por el pronto sus enemigos le

habian dejado libre el campo, aprovechó el tiempo apoderándose de la isla de Capri, y de las plazas de Vico y Massa, y recobrando la de Januela, recientemente perdida. La fortuna que antes se le habia mostrado tan adversa, ahora se le sonreia. Unos albañiles, fugitivos de Nápoles, en donde se sentia ya el hambre, le dijeron que por un acueducto, si los seguian doscientos cincuenta hombres animosos, penetrarian en Nápoles y se apoderarian de una de las puertas. Así lo practicaron, no sin grave riesgo; y como al mismo tiempo dispusiese don Alonso dar un asalto general, aquella capital fué tomada el dia 2 de junio de este año 1442. Fué entrada á saco y á cuchillo; y los soldados no tenian órden de respetar otra cosa fuera de los templos y el honor de las mujeres, y la existencia de los inermes y rendidos. Es sabido que en estos casos los antiguos romanos primero exterminaban, y luego allegaban el botin y los cautivos. Los iberos, que entraban ahora en Italia como para vengar agravios anteriores de quince siglos, se contentaban solamente con que les fuese devuelta una parte de aquel oro que los italianos habian ido á buscar en sus minas. El duque de Aragon, que habia defendido la ciudad con grande aliento, huyó en unas naves genovesas. Los castillos Nuovo, San Telmo y Capua se rindieron unos en pos de otros, el primero mas tarde. Ya era tiempo. Esforcia y Caldora venian con un numeroso ejército á hacer levantar el sitio. Don Alonso, que se iba creciendo con los obstáculos, salió contra ellos y les presentó batalla junto á Sejano, el dia 28 de junio, aunque era muy inferior en número su ejército al de sus contrarios. Pero estos venian cansados, y la toma de Nápoles habia dado á los aragoneses y catalanes unos grandes alientos. Un movimiento de caballería, orde-

nado y dirigido por don Alonso, perdió á sus contrarios y le dió la victoria. Hizo ademan de ir á cortar la retirada al enemigo haciendo un amago sobre sus bagajes; y cuando vió que Caldora acudia á defenderlos, revolvió sobre el centro de sus contrarios y los derrotó completamente. Caldora quedó prisionero. Á esta victoria siguió la rendicion de muchas plazas. Basto, Francavila, Ortona, Pescara, Atri, Lanciano, Adria, Semenara, las poblaciones del Abruzio, y casi todos los pueblos del condado de Águila, en muy poco tiempo le rindieron vasallaje. Los nobles acudian de todas partes, sabiendo que el aragonés los trataba generoso, y que casi siempre estaba dispuesto á dar indultos, y á no tomar por la fuerza lo que podia adquirir por tratos. Á aquellas plazas imitaron las mas de la Calabria y de la Pulla, de modo que á fines del año, cuando un legado del papa pidió y obtuvo de don Alonso V una suspension de hostilidades, ya casi no sabia este contra quien dirigirlas.

Llegado el año de 1443 instó Alonso V para que la suspension de hostilidades se convirtiese en un tratado de paz con el papa Eugenio IV. Al mismo tiempo procuró asegurarse en cuanto era posible el aprecio público en aquellos nuevos dominios celebrando córtes en Nápoles y haciendo entrada pública en esta capital, entre fiestas y magnificencias. A los que le preguntaban qué pensaba hacer de ese nuevo reino que habia conquistado con el oro y la sangre de los aragoneses y catalanes, les respondió que pensaba formar con él un estado para su hijo natural don Fernando: y asi hizo que aquellas córtes jurasen á este bastardo por sucesor suyo en aquellas provincias con la denominacion de duque de Calabria. Los mismos cortesanos quedaron asombrados de que para llegar á tan bajo término se hubiese puesto en

juego lo que las gentes llaman grandes cosas. Doña María, hija de don Alonso V, tambien bastarda, debia casar con el duque de Ferrara, llevando en dote las poblaciones de Aversa y Capua, aunque antes habia sido prometida á un hijo de Picinino. Alonso V era muy pródigo en promesas. Al antipapa Felix le habia prometido y hecho esperar algunas veces la obediencia bajo ciertas condiciones: mas ahora el rey ajustó paces en Terracina con el papa Eugenio con los siguientes pactos: olvido de lo pasado, reconocimiento de este pontífice, confirmacion de la adopcion hecha por doña Juana II de Nápoles á favor del rey, homenaje prestado por don Alonso V al papa por el feudo de Nápoles, concesion perpetua de la gobernacion de Benevento y del condado de Leonisa á favor del aragonés, obligacion por parte de este de poner anualmente en campaña contra los turcos seis galeras, otra obligacion por parte del mismo de ayudar al papa á recobrar la Marca de Ancona usurpada por los Esforcia, y promesa del papa de ligitimar á aquel hijo bastardo de don Alonso V. Con los genoveses firmó don Alonso suspencion de hostilidades por todo el año, y se preparó para abrir campaña contra los Esforcia. Habia ganado en el papa un escelente aliado; pero perdió en el duque de Milan otro muy poderoso. El duque entró en recelos de que, conquistada la Marca de Ancona y el Abruzio, no fuese don Alonso el árbitro de la Italia. Rompió pues con él tomando por pretexto que el conde Esforcia era yerno y amigo suyo á quien habia de defender como lo hizo aliándose con Venecia y Florencia. De esta suerte la victoria trocó en amistades algunas enemistades, y en rompimientos algunas alianzas. Apesar del duque de Milan don Alonso ganó en breve tiempo algunas plazas ocupadas por el conde Esforcia, y si-

tió á este caudillo en la de Fano. Hallábase por este tiempo en Sena el español Tostado de Madrigal sosteniendo contra el mismo Cardenal, Juan de Torquemada, unas proposiciones por las que se le habia acusado, y de que salió con bien, aunque tenia poderosos contrarios. La familia real de Portugal habia perdio este mismo año á 5 de junio, en las mazmorras de Fez, á aquel infante don Fernando que se sacrificó, aunque otros dicen que fué sacrificado, para que su patria no perdiese la plaza de Ceuta. El rey de Fez habia enviado varias misivas pidiendo el cumplimiento del tratado en virtud del cual esta plaza le debia ser devuelta, y no habia podido obtener respuesta favorable. Parece que el mismo rey de Granada Mohamed VII, entonces en paz con los cristianos, habia solicitado lo mismo que el rey de Fez, sin mas fortuna. La reina viuda de Portugal, doña Leonor, continuó este año en Castilla atizando unas deplorables turbaciones. La nobleza, cobrando brios á vista del funesto ejemplo que la daban los infantes de Aragon, se hacia insoportable. Tanto, que en varias provincias se notó que la plebe estaba muy dispuesta á levantarse en favor del rey y á castigar á aquellos enemigos del órden público. Faltóla un jefe. En Vizcaya el pueblo quiso escarmentar á varios nobles, en su número á Lopez de Ayala; pero luego acudió allá el conde de Haro con cuatro mil infantes y quinientos caballos arrolló al pueblo que tenia sitiada la plaza de Salvatierra, y derribó las casas de todos los amotinados ó acusados de tales, suponiendo que asi castigaba otros iguales escesos cometidos por aquellos. El rey se veia obligado á sancionar lo que mas reprobaba. Instábanle para que diese el maestrazgo de Calatrava á don Alonso, hijo naturaldel rey de Navarra; y en apariencia le daba; pero por bajo ma-

no decia á los comendadores que en ninguna manera diesen satisfaccion al hijo de su inmortal enemigo. En general las órdenes que el rey daba en voz alta eran revocadas en voz baja. Bajo pretexto de sofocar alteraciones en Andalucia y otros puntos, los infantes se hacian dar importantes comisiones, mudaban gobernadores por medio de órdenes supuestas, y lo que no podian obtener de buen grado lo iban arrebatando con la violencia. El maestre de Catalatrava, don Fernando de Padilla, fue sitiado en el mismo castillo de Calatrava, y murió en la defensa, no se sabe como, de una piedra que le dió en la frente, disparada por uno de sus propios escuderos. Don Álvaro, ausente, reinaba en palacio lo mismo que si estuviese presente. Habiéndole nacido este año una niña, el rey fué padrino, y quiso que la reina fuese madrina: y para serlo pasaron ambos á Escalona. Con esto la animosidad de los infantes de Aragon llegó al extremo de poner guardas de vista al monarca, para ser testigos de todas sus acciones. Parece que el rey de Aragon envió á principios del año al castellano una embajada solicitando que rompiese toda relacion con los genoveses, á lo que el rey don Juan II respondió que eran amigos suyos, aunque fuesen enemigos de los aragoneses.

En 1444, por el mes de abril, ya Génova era tambien amiga del rey de Aragon á quien prometió enviarle todos los años un vaso de oro. Pero don Alonso continuó enemistado con el duque de Milan y con los florentinos y venecianos. Sobrevínole á don Alonso una enfermedad que puso en peligro su vida; y en aquellos momentos se vió cuán poco sólida era la conquista de Nápoles, aunque hubiese sido un hecho de armas brillante. Súbditos y aliados, amigos y enemigos encubiertos, todos procuraban poner en salvo sus

cosas, seguros de que nada habia allí estable, dado que Aragon y Cataluña no se sentian dispuestas á agotar sus recursos en favor de un bastardo que tarde ó temprano se lo pagaria con ingratitudes. Recobrada la salud, y visto que todos sus amigos habian estado á punto de abandonarle, procuró don Alonso V casar á su hijo natural don Fernando, ya legitimado por el papa, con una hermana del príncipe de Tarento; como asi se hizo por el mes de julio. Esta boda se llevó á cabo mientras Esforcia hacia levantar el sitio de Fano á los aragoneses y á las tropas pontificias, derrotándolas completamente. Don Alonso se habia enemistado por una nimiedad con el marqués de Croton; y este le tomó en la Calabria algunas plazas. De manera que se vió obligado á formar dos cuerpos de ejército, uno para ir contra Esforcia, y otro para recobrar lo que Croton le habia arrebatado. Entretanto la fortuna se mostraba otra vez reacia con sus hermanos en Castilla. La nacion estaba cansada de ser el juguete de algunos hombres osados que querian ejercer el poder real sin tener osadía para apellidarse reyes. El rey de Navarra, viudo de una reina, rebajó su dignidad hasta el punto de contraer esponsales con una hija del almirante de Castilla. El infante de Aragon don Enrique, viudo de una hermana del rey de Castilla, imitó el ejemplo de su hermano escogiendo para esposa á una hermana del conde de Benavente. Los dos creyeron haber afianzado de esta suerte la liga con los grandes turbulentos; y no hicieron otra cosa que poner en realce el móvil de sus acciones. El obispo de Ávila, ya desde principios del año, sintiendo que el pueblo y la parte sana de la nobleza, y el clero en general, estaban profundamente disgustados de ver lo que pasaba, procuró inducir al príncipe heredero don Enrique á

que se apartase de la liga y pasase á Segovia. Obedecióle el príncipe, y rechazó todos cuantos pasos dieron los nobles para volverle á su partido, antes formó alianza con el condestable don Álvaro de Luna para devolver al rey don Juan II la libertad perdida. Fué indispensable acudir para ello á las armas; pero la lucha fué corta y decisiva. Hecho un convenio entre el príncipe y su padre, muy luego dió un estallido la indignacion pública, y ante ella, mas que ante la fuerza, tuvieron que declararse impotentes los infantes de Aragon y sus parciales. El infante don Enrique que habia sojuzgado la Andalucia y puesto sitio á Sevilla, tuvo que levantar el cerco é irse en retirada hasta Lorca. El rey de Navarra, sufridos algunos descalabros y desengaños, se vió obligado á meterse en su reino, y á trasladarse en seguida á Aragon, ganoso siempre de desquites. Fué una fortuna para el buen nombre de don Alonso V, que se mantuviese distante de la atmósfera corrompida que rodeaba á sus dos hermanos. El navarro hizo proponer á su cuñado el rey de Castilla una suspension de hostilidades; mas este, ya vencedor, se preparó para rechazar toda agresion, y se fué apoderando de la mayor parte de los estados que aquel poseia en Castilla.

Las memorias de los árabes relativas al año 1445 dan noticia de una nueva revolucion que destronó por tercera vez á Mohamed VII y puso la corona en las sienes de su sobrino Mohamed IX, nó porque este príncipe fuese mas digno del trono, sino porque supo allegar gente dispuesta á usurparle. Á un mismo tiempo hubo varias sublevaciones en distintos pueblos; y habiendo diseminado Mohamed VII sus tropas, no supo sofocar una alteracion promovida en Granada, y fué depuesto y encarcelado. Mohamed IX no pudo

gozar con tranquilidad de su triunfo. Los castellanos ayudaron con armas y dinero á otro príncipe de sangre real, por nombre Ismael, y encendieron en tierras del granadino una guerra civil sangrienta. El rey de Aragon don Alonso V se hallaba ocupado en la empresa del sitio de Croton cuando supo las mudanzas acaecidas en Castilla. Los buenos consejeros le decian que en ninguna manera formase causa comun con el rey de Navarra; pero otros le instaban á que tomase su favor con empeño. La ciudad de Croton se le rindió, la de Catanzaro hizo lo mismo y en ella el marqués de Croton volvió á su obediencia. El papa Eugenio IV, si hemos de creer á los analistas italianos, concedió este año la investidura de Nápoles al aragonés, y este en cambio le hizo reconocimiento por la Sicilia. Y añaden que, si bien el papa deseaba arrojar de la Marca de Ancona á Esforcia, é hizo para ello juntar sus tropas con las de don Alonso, á poco mudó de parecer, y creyó prudente no aumentar la preponderancia del aragonés á costa de los demás príncipes italianos. En esto don Alonso recibió á un enviado del navarro que le pedia instrucciones y le aconsejaba que diese la vuelta á la península. Don Alonso respondió que por entonces no podia volver á sus reinos, y nombró por virrey de Aragon, Valencia y Cataluña al rey de Navarra, designándole consejeros con quienes debiese asesorarse. Los aragoneses se dieron por ofendidos, diciendo que su rey los miraba ya como á colonias, y queria transformar á Nápoles en metrópoli. El rey de Navarra deseaba convertir á los aragoneses en instrumentos de su ira contra el castellano. Este á su vez tenia tomadas buenas medidas para dar escarmiento al navarro y á su hermano don Enrique. El condestable don Álvaro de Luna no habia vacilado en aliarse

para ello con el portugués y pedirle algunas tropas auxiliares. A la sazon murió en Toledo doña Leonor, reina viuda de Portugal. En el Espinar murió asimismo la reina de Castilla doña María. Ambas eran hermanas de los infantes de Aragon y de don Alonso V. En voz baja se dijo que muriendo ellas habia desaparecido una plaga para el reino; pero tambien se dijo que las dos habian muerto con síntomas de veneno, y que el condestable don Álvaro sabia algo en esto, y que el rey don Juan II no tuvo el menor sentimiento por ello. Tambien se dijo con misterio que don Álvaro, ignorándolo el rey, trató de casarle con doña Isabel, hija del infante de Portugal don Juan, dando así comienzo por sus manos á su propia ruína. El rey de Navarra logró juntar sus fuerzas con las de su hermano don Enrique, y se apoderaron de Olmedo. El rey don Juan II fué contra ellos y les presentó batalla. Admitiéronla el dia 19 de mayo dos horas antes de ponerse el sol. El rey don Juan II estaba en el centro de sus tropas; el príncipe don Enrique en la derecha, opuesto al rey de Navarra; y el condestable don Alvaro en la izquierda contra el infante de Aragon don Enrique. Don Alvaro y el principe acometieron con ímpetu, y arrollaron á los dos infantes. El cuerpo del rey don Juan II se cebó en la persecucion de los fugitivos é hizo en ellos algun estrago. El infante don Enrique huyó herido en una mano, y llegado que hubo á Daroca murió al dia siguiente. Asi tuvo un término desastroso una existencia pasada en míseras reyertas palaciegas y en sembrar discordias. En todas partes fué celebrado con fiestas este triunfo, manifestacion del espíritu de órden contra el de agitacion y turbulencia. Don Álvaro de Luna salió herido; y en su tienda tuvo el rey consejo de estado, y determinó confiscar los

bienes de los rebeldes, y levantar en aquella colina una capilla servida por ermitaños. No pasó mucho tiempo sin que las plazas que estaban por los rebeldes se diesen á partido. Alguna sombra de alteracion de buena armonía hubo entre el rey don Juan II y su hijo, sobre la reparticion de los bienes confiscados: pero al poco tiempo pareció que se disipaba favoreciéndose á los mas allegados al príncipe y estimando en su valor las recomendaciones que venian de su parte.

Pero no quedó contento. Acostumbrado por su suegro el rey don Juan de Navarra á apelar en todo á las intrigas y artificios, quejábase públicamente de la arbitrariedad con que en todo ponia mano el condestable don Álvaro. El rey don Juan tuvo que armarse nó solamente contra el navarro, que en los primeros meses de 1446 amenazaba las plazas de Torija y Atienza, sino para imponer respeto á su propio hijo. Cerca de Ataquines estuvieron á la vista padre é hijo, cada uno á la cabeza de su hueste, dispuestos á darse batalla. Claro es que el hijo era quien faltaba á su deber, adoctrinado en la fatal escuela de los hijos de don Fernando de Antequera. Algunos prelados y buenos caballeros llamaron al padre y al hijo á concordia. Da vergüenza tener que decir que los artículos de esta que se firmó el dia 11 de mayo versan sobre ventajas que debian concederse á varias personas. Y aun no fué posible desvanecer todas las desconfianzas. El rey puso sitio á la plaza de Atienza, que se sostenia por el navarro. Sus defensores dijeron que la pondrian en rehenes en poder de la reina de Aragon, á lo que accedió el rey: mas no pudo impedir que su parcialidad entrase en la villa y entregase á las llamas algunas casas. Tampoco pudo impedir que su hijo y los nobles de su parcialidad

volviesen á entrar en tratos con el navarro, ni que este llamase á su auxilio algunas compañías de gascones que entraron decididas á recojer todo el botin que pudiesen. En vano el principe de Viana manifestó á su padre que no le parecia conveniente que aquellos merodeadores entrasen por Navarra: pues no consiguió otra cosa que acarrearse el encono de quien era poco digno de tener tal hijo. Las poblaciones de Buraton, Belorado y Grañon fueron entradas á saco por aquellos extranjeros y reducidas á cenizas: pero luego fueron rechazados de Calahorra y Alfaro, y obligados á buscar un refugio en ese reino de Aragon, cuyo virrey los habia llamado. Mientras esto pasaba en las riberas del alto Ebro, el arzobispo de Toledo habia puesto sitio á las plazas de Torija y tuvo que levantarle. El rey de Aragon, aunque le instaba vivamente su hermano el de Navarra, no pudo avenirse á abandonar su querida Nápoles por esos dominios de nuestra península pospuestos ya en su cariño á las comarcas de Italia. Allí hallaba un campo mas vasto su espíritu dado á los artificios políticos, y sobre todo no se oponian á sus voluntades aquellas rémoras legales que en nuestra tierra no le dejaban dar un paso cuando queria concentrar en sí todas las leyes. El rey de Granada sacó provecho de la rebelion sostenida en Castilla por el príncipe don Enrique bajo pretexto de querer apartar del lado de su padre á don Álvaro de Luna. Tenia mandado dicho rey que los fronteros de Baeza, Jaen y Úbeda no favoreciesen á las plazas fronterizas, seguro de que si alguna caia en poder de los moros, no dejaria de imputarlo el pueblo á don Álvaro ó al rey don Juan, á quien deseaba llevar á términos de que abdicase por aburrimiento. Mohamed IX, apesar de que sostenia guerra civil con Ismael III, embistió con fuerzas superiores

las dos plazas de Benamurel y Benzalema, las tomó por la fuerza, las entregó á saco, y redujo á cautiverio á los moradores á quienes perdonó la espada.

En 1447 se dice que Mahomed IX tenia firmada alianza con el rey de Navarra para mover hostilidades al de Castilla por la parte de Murcia; pero las memorias de los árabes dan á entender que el granadino supo sacar partido de la guerra en que andaban los príncipes iberos, se apoderó de las plazas de Velez Blanco, Velez Rubio, Huescar y Arenas, é hizo muy afortunadas algaras. Su aliado el navarro hizo asimismo entrada en el reino de Murcia, y trató de apoderarse de los castillos de Molina y Martin Gonzalez: pero fué rechazado con pérdida. Disgustado andaba este príncipe. Su hermano el rey de Aragon le escribia desde Nápoles que en ninguna manera como á virey de Aragon hiciese guerra al Castellano. Otro tanto le escribia su hijo don Cárlos, príncipe de Viana, diciendo que en Navarra era no menos detestada que en Aragon la guerra contra Castilla. Y á pesar de esto aquel príncipe allegaba gente advenediza, sacada de las fronteras de Aragon y de Navarra, de la hez de la Gascuña, y de entre los nobles mas turbulentos de Castilla, para meter en este estado la guerra. Primer actor del período histórico menos glorioso y mas repugnante en su lectura por el que haya pasado Castilla, no sabia buscarse un horizonte claro, y andaba siempre á caza de acciones bajas, y como inquiriendo y rastreando poquedades. A principios del año la plaza de Torija se habia rendido á don Juan de Castilla. Don Alonso de Aragon, no pudiendo mover abiertamente la guerra á su cuñado el rey de Castilla, procuraba metérsela en casa haciendo que el papa diese el maestrazgo de Santiago á don Rodrigo Manrique, jefe de los

descontentos. Por las fronteras de Aragon y Navarra hubo refriegas é incursiones por parte de los castellanos hasta que los aragoneses y navarros se pusieron de acuerdo para arrojar del país á los restos de los gascones que le devastaban. La diputacion de Aragon y los estados de Navarra, presididos por el príncipe de Viana, todos respondian á las intimaciones del castellano que deseaban correr con él en buena paz y armonía. Y sin embargo el rey de Navarra con elementos sacados de los dos reinos hallaba medio de añadir combustible á la hoguera que ardia en Castilla. Aquí el príncipe don Enrique por su criminal ambicion, don Rodrigo Manrique por su deseo de apoderarse del maestrazgo de Santiago, y don Álvaro de Luna por sostenerse en una posicion que escitaba la envidia de los demás potentados, la tierra pasaba por una crisis tremenda. Las poblaciones eran un campo de batalla. El obispo de Cuenca, que estaba por el rey, sostuvo en las mismas calles de esta ciudad una sangrienta batalla contra don Diego Hurtado de Mendoza, amigo de Manrique. Algunas casas fueron pábulo de las llamas. El rey tuvo que avenirse á dar á Mendoza la villa de Canete, para que acabase de abandonar la plaza de Cuenca, cuyo castillo ocupaba. Y mientras de esta suerte los campos eran devastados y las poblaciones ardian, el rey de Navarra, autor de tantos desastres, celebraba en Calatayud, entre fiestas y banquetes, su matrimonio con doña Juana Enriquez, hija del almirante de Castilla; y el rey de Castilla, á quien no debian tener muy apesadumbrado aquellos públicos quebrantos, recibia en Madrigal entre justas y saraos á doña Isabel, hija del infante don Juan de Portugal, y la daba la mano de esposo. Esta señora supo cautivar su corazon, que la reina anterior no poseyó nunca. El rey don Juan II,

como todo monarca débil, tenia necesidad de andadores. Don Alvaro de Luna se los habia sostenido durante muchos años, y le habia enseñado, ya que no á gobernar bien el estado, á lo menos á navegar por él con mas ó menos fortuna. Tan impotente de alma, como su hijo quizá lo fué de cuerpo, don Juan II no podia moverse por voluntad propia. Hasta el presente le habia movido don Álvaro. Ahora ya tenia otro motor. La reina doña Isabel habia engañado á don Álvaro. Este habia creido hallar en ella otra criatura dispuesta á llevar otros andadores, y la halló capaz nó solo de andar sin ellos sino de sostener los de su esposo. Los cortesanos que fuéron testigos de la afabilidad con que la reina supo ganarse la voluntad del rey, presajiaron desde luego la caida de don Álvaro de Luna. El rey envió por embajadores á las córtes de Zaragoza al letrado Zurbano y al juez Carabeo para que declarasen la guerra á Aragon si no eran devueltas desde luego á Castilla las plazas de Atienza y Peña de Alcázar, esta última tomada recientemente por sorpresa. Aquel paso franco reveló una nueva direccion en los negocios públicos. Las córtes de Zaragoza, ni la reina de Aragon no deseaban la guerra; y aunque mandaron que en todos los pueblos, de cada diez habitantes se sortease uno para ir á la hueste, dieron seguridades de paz y las cumplieron. Los fronteros castellanos, en desquite de la pérdida de Peña de Alcázar, tomaron la plaza de Verdejo. El rey pasó con la reina á Valladolid á fines del año.

El rey de Granada Mohamed IX renovó en 1448 sus algaras, dirigiéndolas esta vez no solamente contra el reino de Murcia sino tambien contra el de Jaen; y tambien tuvo fortuna en ellas, así por la presa y cautivos que sacó como por la rota que dió á un cuerpo de seiscientos cristianos,

mandado por Tellez Giron. En Portugal el rey don Alonso V casó con su prima hermana doña Isabel, hija del gobernador del reino don Pedro. En Italia el rey de Aragon don Alonso V, por mas instancias que le hacian para que volviese á la Península, respondia dando largas y diciendo que en cuanto pudiese poner punto con honra á sus campañas volveria á verse con sus leales súbditos. En realidad Italia era ya la corte de los nobles aragoneses y catalanes. Muerto el año anterior el papa Eugenio IV, habíale reemplazado Nicolás V, y el rey de Aragon se habia metido entre la atmósfera de los cardenales, en donde creyendo que dominaba era un instrumento. Ahora hacia la guerra á los florentinos, y estaba sitiando la plaza de Plombino. Las memorias del reino de Navarra mencionan á dia 6 de abril la muerte de doña Ana ó Inés de Cleves, esposa del príncipe de Viana. En ellas se lee que el rey de Navarra levantó gente con ánimo de auxiliar á los ingleses que estaban á punto de perder en Francia la plaza de Mausilion; pero se retiró sin efectuarlo, y en realidad llevó la hueste á Castilla. El mismo rey de Navarra estuvo en Valencia para poner en paz á dos parcialidades que se habian puesto en armas é iban á darse batalla. Y lo que hizo el rey fué encaminar asimismo hácia Castilla á los mas turbulentos. El príncipe de Castilla don Enrique habia ofrecido al navarro el reino de Murcia con tal que le ayudase á destronar al rey don Juan II. Las tropas del navarro, bajo pretexto de defender las fronteras, habian hecho incursiones en tierras del castellano, tomado la plaza de Cruz de Campo, entrado en el castillo de Huelamo, é intentado talas en Murcia. En el camino que va entre Villaverde y Tordesillas habian tenido vistas el rey don Juan II y su hijo, y de resultas algunos nobles de una y otra par-

cialidad habian sido presos. Antes se habia convenido en que los nobles acudiesen á la cita montados en mulas y no en caballos, para evitar su fuga. De resultas muchos nobles turbulentos ya no se habian creido seguros en Castilla, y habian pasado á Zaragoza. Concertada hasta primero de setiembre una suspension de hostilidades entre Aragon y Castilla, aprovechó este tiempo el rey don Juan II para apoderarse de algunas de las plazas que pertenecian á los presos; pero nó en todas fué afortunado. En Tordesillas tuvo nuevas vistas con su hijo don Enrique; y menos amigos quedaron despues que antes. El conde de Benavente, preso en Portillo, halló medio de hacerse dueño de esta fortaleza. Los gobernadores de Murcia y Cuenca habian entrado secretamente en tratos con el navarro, y si no le rindieron las dos plazas no fué por falta de voluntad sino por no haber podido vencer todas las dificultades. Un donativo que las córtes de Zaragoza habian hecho al rey de Navarra se consumió casi enteramente en la compra de traiciones. Decia el rey de Navarra que aspiraba á derribar del poder á don Álvaro de Luna; pero ya no se trataba de esto sino de colocar en el trono al príncipe don Enrique. Don Álvaro habia perdido el rumbo. Veia que el timon se le deslizaba de entre manos; y se mostraba azorado no pudiendo comprender lo que le pasaba. Antes tan manejable el rey, ya no se dejaba conducir ni aconsejar siquiera. La reina, que estaba destinada á ser su pesadilla, era su amiga y su confidente. El rey de Navarra odiaba de muerte á don Álvaro. El príncipe don Enrique veia en él á un aliado pernicioso. La reina doña Isabel habia jurado no consentir que otro fuera de ella dirigiese al monarca. El pueblo no veia en el valido mas que á un necesitado que á costa de la nacion se habia hecho poderoso.

Tambien en 1449 los granadinos renovaron sus talas por tierras de Jaen, Baena y Utrera; y aunque contra ellos salieron algunos fronteros para recobrar la presa que se llevaban, no pudieron conseguirlo, antes en Valdecartama fueron arrollados y perdieron mucha gente. El rey de Portugal don Alonso V dió comienzo á su reinado declarándose abiertamente contra su suegro y tio el infante don Pedro, gobernador del reino; y sabiendo que iba á trasladarse á Lisboa, le salió al paso, le acometió con los suyos y le dejó muerto de un flechazo. Está por demás decir que á los portugueses no les pareció buen preludio este principio de una dominacion naciente. El conde de Benavente se habia fugado de Castilla y metídose en Portugal en donde procuraba recordar al rey que su madre doña Leonor habia muerto en Castilla con síntomas de envenenamiento, porque era hermana de los infantes de Aragon. Ya el rey de Navarra creyó que podia contar con un nuevo aliado. Sus huestes habian hecho varias entradas en tierras del castellano. De las cercanías de Requena y Utiel se habian llevado mas de doce mil cabezas de ganado y habian derrotado á los que quisieron recobrarlas. Habian intentado tomar por sorpresa la ciudad de Cuenca, pero habian sido rechazados. En tanto el rey de Castilla habia entrado en Mayorga y en la villa de Benavente. Don Alvaro de Luna habia hecho levantar el sitio de Cuenca á don Alonso, hijo natural del rey de Navarra, habido en doña Leonor de Escobar; pero habia tenido la imprudencia de provocar en Toledo una rebelion popular, exigiendo un préstamo forzoso de un millon de maravedís. La plebe se puso furiosa, diciendo que se conculcaban sus fueros, y se entregó á los mas criminales desórdenes. Allanadas varias viviendas, entregadas algunas de ellas á las llamas, y pro-

nunciada sentencia de muerte contra cuantos eran adictos á don Alvaro, la ciudad se apartó de la obediencia debida al rey, y dijo que no volveria á ella hasta que el rey apartase de sus consejos á aquel potentado. El rey de Castilla tuvo al saberlo un disgusto profundo; y se deja entender que don Alvaro no ganó en ello nada. Don Juan II tuvo que retirarse de Benavente, y fué á poner sitio á Toledo. Por mas esfuerzos que hizo y por mas acometidas que dió don Alvaro á los sublevados, resistiéronle estos, mandados por su gobernador Sarmiento, y viéndose reducidos al mayor aprieto llamaron al príncipe don Enrique y entraron en tratos con él antes que abrir las puertas al monarca. Los que intentaron favorecer á este fueron tratados como reos de alevosía. Sabedor de esta circunstancia el rey de Navarra trató de coligarse estrechamente con el príncipe y con los mas de los nobles descontentos para probar un nuevo esfuerzo contra el rey don Juan de Castilla. En Coruña del Conde se avistaron con él los ricos-hombres, y juraron lo mismo que ya habian jurado cien veces por espacio de treinta años, á saber, que arrancarian la dominacion de manos de don Alvaro y se repartirian el mando y sus frutos. El rey de Navarra prometió al conde de Haro una cosa á la que no estaba en su mano dar cumplimiento. Díjole que el príncipe de Viana casaria con una hija suya. Con esto conseguia el navarro que su hijo no pudiese echarle en cara su segundo matrimonio con una hija del almirante. Pero el hijo tenia pensamientos mas dignos, y no creia que debiese un príncipe contraer enlaces solo para dar pábulo á bajas parcialidades. Los fronteros de Aragon y Castilla asimismo, cansados de ser instrumento de las pasiones del navarro, firmaron á primero de octubre, con consentimiento de las córtes de Aragon y del

rey de Castilla, una tregua que debia durar quince meses, es decir, hasta fin del siguiente año.

Mohamed IX, rey de Granada, halló en 1450 un auxiliar poderoso en la persona de don Alonso Fajardo, primo del frontero castellano del reino de Murcia. Fajardo se sublevó en Lorca, se apoderó de Alhama y otras poblaciones, y puesto en connivencia con los granadinos, devastó la comarca y se llevó mucha presa y cautivos. Las córtes de Aragon, dirigidas por la reina doña María, que desempeñaba con mucho tacto la lugartenencia del reino, continuaban animadas de los mejores sentimientos, tocante á la buena armonía de Aragon y Castilla, y se mostraban poco dispuestas á hacerse cómplices de las iras del rey de Navarra. Aquella noble y recatada señora, á quien los propios llamaban por sus puras costumbres espejo de limpieza, era al mismo tiempo un modelo de soberanas por su moderacion en el mando. Mientras su esposo la tenia casi olvidada manteniendo relaciones criminales con doña Lucrecia de Alañó, resignada doña María cumplia con sus deberes mas que de reina de tutora de sus súbditos, diciendo que ya que no tenia hijos deseaba que todos probasen su amor de madre. Comparados con esa virtud y dignidad eran muy pálidos los laureles que ganaba don Alonso V en Italia para dejar una corona á un bastardo. Dícese que este año agenció don Alonso el matrimonio de su sobrina doña Leonor, hermana del rey de Portugal, con el emperador de Alemania Federico III, nacido en 1415. El rey de Portugal un año antes habia dado pábulo á su iracundia causando la muerte de su tio y suegro don Pedro, y llevando al suplicio á muchos amigos de este infante. Ahora las respetuosas representaciones de sus mejores vasallos le hicieron volver sobre sus acuerdos; y

encomendada una investigacion á jueces íntegros resultó que ninguno de los presos merecia la cárcel, ni ninguno de los ajusticiados mereció la menor pena. Los portugueses decian que, devuelta la honra á los finados, no sentian su pérdida con tal que esta leccion fuese provechosa. En Castilla ninguna lo era. A unas rebeliones sucedian otras; y unas con otras se iban eslabonando las injusticias y las tropelías. El príncipe don Enrique no queria devolver á su padre la plaza de Toledo, ni sabia como desterrar de ella á don Pedro Sarmiento que la gobernaba y poseia en ella el alcázar. Solo por medio de una concordia, aviniéndose á dejarle salir con doscientas caballerías cargadas, pudo sacarle de Toledo. Sarmiento se fué á Aragon á disfrutar de sus rapiñas. Dejó los calabozos del alcázar llenos de presos que recobraron la libertad, mas nó los tesoros que les habian sido arrebatados. La hueste del rey se apoderó de parte de aquellas cargas, pero no las devolvió á los toledanos que habian sido despojados. Visto que el príncipe don Enrique persistia en su rebelion, negándose á devolver la ciudad de Toledo, el rey de Castilla entró en convenios con algunos nobles emigrados y les devolvió los bienes, entre ellos al conde de Castro, al almirante, y á don Alonso, hijo bastardo del rey de Navarra, á quien dió el maestrazgo de Calatrava. El príncipe deseaba ya obrar con sus allegados como á rey, y quiso prender al marqués de Villena, aunque hasta ahora habia sido uno de sus mayores amigos; pero se hizo fuerte y fué forzoso darle seguro para que se alejase. Don Alvaro de Luna trató de celebrar la amnistía dada á algunos nobles asistiendo con los reyes á la feria de Medina del Campo, que tuvo lugar por el mes de mayo y fué muy lucida. A ella asistió la princesa doña Blanca, hija del rey de Navarra y

olvidada esposa del príncipe don Enrique. Doña Blanca residia en Olmedo, mientras el príncipe recorria el país corriendo aventuras. Se sabe que despues el rey y don Alvaro de Luna estuvieron unos dias en Salamanca para apaciguar unos antiguos bandos, denominados de Manzanos y Monroyes que en ella turbaban el público sosiego.

El rey de Navarra ni el de Aragon su hermano no pudieron impedir en **1451** que el papa Nicolás V, á peticion del rey de Castilla, amenazase con el entredicho á los rebeldes de este reino, si desde luego no deponian las armas, y concediese indulgencias á los que se mantenian fieles á su rey. Publicóse esta bula pontificia poco antes que la reina doña Isabel, segunda esposa de don Juan II, diese á luz en Madrigal en la noche del 22 al 23 de abril una infanta á la que se puso por nombre Isabel, y que estaba destinada mas adelante á subir al trono y á ser la primera de su nombre. Hija de una infanta de Portugal, debia no obstante impedir años despues la union entónces legítima y deseada de aquel reino con los de Leon y Castilla. La publicacion de aquella bula produjo su efecto. A peticion de los mismos toledanos, antes hostiles al rey, se juntaron en Tordesillas don Juan II y el príncipe su hijo, y juraron una nueva concordia cuyos capítulos pueden reducirse á la ocupacion de Toledo por la hueste real, al castigo de Sarmiento y sus cómplices, y á la devolucion de bienes á varios amigos del príncipe. Fueron presos y castigados con pena de muerte algunos infelices instrumentos de aquel rebelde; y los nobles, fautores de la rebelion primitiva, volvieron á la gracia del monarca. Sarmiento habia sido condenado á muerte, pero poco despues obtuvo indulto completo. Tambien le obtuvieron en general los toledanos, una vez hechos aquellos escar-

mientos, y aquella concordia fué luego celebrada con fiestas y regocijos. El príncipe don Enrique, para probar cuán en armonía deseaba correr con su padre, allegó gente y fué á hacer la guerra á su suegro el rey de Navarra en sus mismos dominios. El rey de Castilla siguió en breve á su hijo; y, hechos antes algunos amagos sobre Viana y Torralva, pusieron sitio á la plaza de Estella. El príncipe don Carlos de Viana gobernaba el reino de Navarra, nó con el título de rey, aunque podia usarle, sino meramente con el de gobernador, por respeto á su padre que seguia llevando la corona. Este atraia los males sobre su tierra; pero el hijo los conjuraba. Obtenido salvoconducto avistóse este con el rey de Castilla y con el príncipe don Enrique, y les suplicó que no confundiesen en un mismo rencor al padre y al hijo, y que viesen que la Navarra en nada pertenecia á quien se titulaba rey de ella. Fácilmente se convenció el rey de Castilla, y firmó paz y concordia con aquel digno gobernador del reino, tan diferente en todo de su padre. Este, que no habia podido defender su reino con las armas, se enfureció al saber que su hijo lo habia hecho con la persuacion y buenos modos, y desaprobando cuanto este habia hecho, armó la tierra en dos bandos. Su síno funesto, ó sus pasiones mal dominadas le hacian engendrar la guerra civil en todas partes. Apenas se hablaba en Navarra de unos antiguas parcialidades de agramonteses y beamonteses; pero él las rejuveneció, haciendo que los primeros se declarasen en favor suyo, y contra su hijo, á cuya parcialidad, compuesta de todos los hombres honrados del reino, dió la denominacion aplicada á los segundos. Ya sabemos que el hijo se habia negado á tomar por esposa á una hija del conde de Haro, aunque era su mismo padre quien le proponia



este casamiento. Todo ello antecedentes que nos darán muy luego la explicacion de algunos hechos posteriores. El rey de Navarra, para vengarse de la entrada del castellano en su reino, hizo meter gente en Palenzuela, y hacer incursiones desde esta plaza por tierras de Castilla. Pero el rey don Juan II y don Alvaro de Luna acudieron á poner cerco á aquella plaza, y la rindieron á principios del siguiente año.

Si el sumo pontífice Nicolás V habia expedido una bula á favor del rey de Castilla habia sido con la condicion de que este rompiese treguas con los granadinos. Pero quien las rompia todos los años era el mismo rey de Granada Mohamed IX. Sus fronteros hicieron en 1452 varias algaras; una en tierras de Ronda y Setenil que fué rechazada con pérdida por Ponce de Leon, conde de Arcos; otra en el reino de Murcia, ejecutada con mil ochocientos hombres, las dos terceras partes ginetes, y llevada adelante al principio con fortuna. Pero el alcaide de Lorca, don Alonso Fajardo, viendo que los moros se llevaban muchos cautivos y hasta cuarenta mil cabezas de ganado, salió contra ellos, unido con la gente de Murcia mandada por Diego de Ribera, y los derrotó en los Alporchones el dia 17 de marzo. El ganado se recobró; pero los cautivos habian sido ya pasados á cuchillo. La tercera algara la dirigieron los granadinos hácia las tierras de Jaen; y en ellas pusieron á saco varias poblaciones, entraron en Villa-Carrillo por asalto, entregaron este pueblo á las llamas, y se llevaron de él mas de mil quinientos cautivos. En otras ocasiones, sabida una desgracia como esta, los cristianos hubieran ardido en deseos de tomarse un desquite. Ahora se contentó el rey don Juan II con solicitar una bula de indulgencias para los que contribuyesen á la redencion de aquellos cautivos. Tambien

pedia indulgencias por este mismo tiempo el rey de Portugal, pero era para llevar sus armas á Africa, ya que el castellano no veia nada al otro lado del Estrecho. La hermana del rey de Portugal habia sido recibida en Italia por el emperador Federico III, y celebrado matrimonio con él en Roma, en donde el papa, no tanto por magnificencia como por necesidad, concentraba la nobleza de Florencia, de Venecia y de Alemania con objeto de oponer un dique al aragonés que era en Nápoles una constante amenaza para el resto de aquella península. Don Alonso V de Aragon queria asimismo serlo para el castellano, y le envió una embajada, diciéndole que para correr en buena concordia Aragon y Castilla era necesario que al navarro se le devolviesen sus bienes, y á los amigos del navarro sus honores y patrimonios, y á los aragoneses la plaza de Verdejo: á lo que contestó el rey de Castilla que lo conveniente para ajustar paces era que el navarro se desprendiese de los hábitos de rebelion que tenia contraidos. El dia 10 de marzo de este año, segun los mejores cronólogos apoyados en buenos documentos, aunque otros lo contradigan, nació en Sos, un hijo de este rey de Navarra y de doña Juana Enriquez, á quien se puso por nombre Fernando. Este príncipe, hijo del mayor enemigo que tuvo don Juan II de Castilla, estaba destinado á contraer enlace con la princesa que un año antes dijimos haberle nacido á dicho don Juan en su segunda esposa. Ya la estrella de don Alvaro de Luna iba palideciendo. Tratábase mas bien que como á noble como á rey. Deseaba vengarse del conde de Plasencia, uno de sus antiguos enemigos; y precisamente este conde dió el último impulso necesario para derribarle. Por sí solo hubiera sido muy impotente el conde. La alianza del desacreditado prín-

cipe don Enrique tampoco le hubiera servido, aunque la solicitó con empeño. Una tentativa que el conde probó en Valladolid para poner preso á don Álvaro de Luna, salió frustrada. Don Álvaro, aunque conocia que llevaba perdida la amistad del rey, fué á servirle con gente escogida en la toma de Briones, una de las plazas que aun se sostenian por el rey de Navarra. A la sazon este monarca, viendo que en Castilla su odio no hacia mella, le volvió contra su propio hijo el príncipe de Viana. Desde el dia de la muerte de la reina doña Blanca correspondia á este príncipe la corona de Navarra. No se la daba una parcialidad, sino la ley. Su padre le tenia usurpado el cetro. Las principales poblaciones del reino instaban al príncipe á que le recobrase, evitando que en manos de su padre fuese el reino de Navarra un miserable instrumento de las iras de un príncipe ibero contra otro príncipe tambien ibero. Aybar, Pamplona, Tafalla y Olite, entre otras plazas, tomaron la voz del príncipe y levantaron gente para defenderle. Naturalmente el rey de Castilla quiso defender al príncipe de Viana; y con esto le perdió. Sin aquel auxilio Navarra hubiera bastado para defender las leyes, como un dia bastó para emanciparse del francés: pero la entrada de un príncipe extraño dió fuerzas á los que preferian la alianza de Aragon á la de Castilla. El rey de Navarra allegó en Aragon una hueste numerosa, diciendo que iba á arrojar de Navarra á los castellanos. En los campos de Aybar estuvieron á punto de darse batalla el padre y el hijo. Aquel era el agresor. Ningun navarro dejaba de sentir en su pecho que allí no habia rebelion sino grandeza por parte del hijo, y miras mezquinas por parte del padre. La magnanimidad del hijo se aveniaá firmar concordia con tal que fuese ratificada la paz que

en Estella firmó con los castellanos, y hubiese olvido para todos, y quedase el príncipe en Navarra dueño de la gobernacion del reino mientras su padre estuviese ausente. Pero el padre deseaba que hubiese derramamiento de sangre, y le hubo en aquellos campos el dia 23 de octubre de este año, aunque otros anticipen de uno esta batalla El príncipe de Viana, aunque merecia vencer, fué vencido, y tuvo que rendir la espada á su hermano don Alonso de Aragon el Bastardo. Mas alegría hubiera tenido el padre si le hubiesen dicho que el príncipe habia sucumbido. Odiábale profundamente viendo en él un obstáculo á sus miras. Hízole encerrar en el castillo de Tafalla, por amigo de la paz, cuando él necesitaba la guerra. Se sabe que este mismo año estuvo el padre en Zaragoza solicitando un donativo bajo el pretexto de que don Alonso venia luego de Italia con toda su armada. Aunque otras veces habia ya pedido lo mismo, sin que don Alonso viniese, las córtes accedieron á su demanda con la condicion de que el donativo seria entregado así que el rey don Alonso se presentase. Pero al mismo tiempo tuvieron que levantar gente para la defensa de las fronteras, bajo el convencimiento de que no habria paz sólida mientras el rey de Navarra rigiese los destinos en Aragon, Valencia y Cataluña.

En 1453 tuvieron comienzo en Granada nuevas alteraciones. Ismael III, primo de Mohamed IX, renovó sus esfuerzos para derribar á este del trono. En algunas poblaciones consiguió su objeto; en otras fué aclamado otro príncipe, resultando de ello por algun tiempo una serie de perturbaciones funestas para los granadinos y muy favorables á los cristianos. Poco antes Mohamed habia hecho renovar las algaras por la parte de Jaen y hácia Jimena, y habia

allegado no pocas presas y cautivos. Algunos analistas árabes dan á entender que Mohamed IX continuó aliado estrechamente con el rey de Navarra y que Ismael III obraba por cuenta del rey de Castilla. Seguia el navarro teniendo preso á su hijo el príncipe de Viana, y le habia hecho trasladar del castillo de Tafalla al de Mallen, y de este al de Monroy para tenerle mas seguro. Los tres brazos del reino de Navarra, las córtes de Aragon, el rey don Alonso y la reina doña María, solicitaban, nó el perdon del príncipe de Viana, pues sabian que era inocente, sino su libertad: y no podian conseguirla, por lo mismo que su encarcelamiento no nacia del deseo de hacer justicia sino del de dar satisfaccion á una saña. Las córtes de Aragon hicieron jurar á los fronteros que en ninguna manera volverian sus armas contra el príncipe de Viana ni contra sus parciales. Esta circunstancia les fué muy grata á los navarros, de suerte que mandaron asimismo suspender las hostilidades contra los aragoneses y se pusieron de acuerdo con ellos para conseguir que aquel padre depusiese su injusta ira. Lo mas que les fué dado alcanzar fué que eligiese á dos diputados aragoneses de su devocion para que custodiasen al príncipe. Tambien el rey de Castilla habia solicitado la libertad del príncipe, aunque otros cuidados le habian traido muy ocupado. Ya dijimos que el condestable, ahora maestre de Santiago, don Alvaro de Luna, habia perdido la amistad del rey don Juan II, reemplazándole en el corazon de este la reina doña Isabel. Don Alvaro habia probado inútilmente á ganar el afecto de esta señora. Vencedor hasta el presente de todos sus enemigos, no se habia ensañado en los vencidos, pero no se habia olvidado de allegar despojos, y darse el tono de un potentado. El pueblo no le amaba, porque no podia ci-

larse de él ninguna de aquellas acciones gloriosas que hacen poner en olvido muchas faltas. Hacia algo mas de treinta años que era en alguna manera el árbitro de los destinos de Leon y Castilla; y en todo este tiempo el estado habia consumido sus brios en míseras discordias civiles sin que ninguna gloriosa empresa viniese á turbar la repugnante monotonía de las asonadas, de las rebeliones y de las intrigas palaciegas. Los grandes le aborrecian como á un intruso extranjero que se habia hecho superior á ellos en autoridad y en bienes de fortuna. Todos decian que estaban en manos de don Alvaro el poder, la grandeza, y la quietud del estado. La reina se puso de parte de los descontentos. Hacia tiempo que ya el confesor del rey aconsejaba á este que hiciese prender á don Alvaro en cuanto pudiese hacerlo sin peligro. Don Alvaro andaba precavido. En Burgos el rey le envió á llamar á mediados del mes de marzo, y le dijo que dejando los negocios del estado se encerrase en Escalona sino queria verse en grave riesgo. Don Alvaro era uno de esos hombres que no saben ni pueden vivir fuera de la corte. Conoció que otros le habian ganado en intrigas y quiso vengarse. Habia interceptado algunas cartas dirigidas al rey por don Alonso de Vivero. Llamó á su casa á este caballero, le hizo arrojar de lo alto de una torre, y luego prorrumpió en lamentos diciendo que por casualidad se habia caido. Cuando él tenia que llegar á tales extremos para sostenerse en el mando, naturalmente debia provocar y justificar otros extremos por parte de sus enemigos para derribarle. Las crónicas cuentan que fué preciso sostener una accion de guerra para poner preso en Burgos el dia 4 de abril á don Alvaro de Luna. Dióse este encargo á un hijo del conde de Plasencia, otro de los muchos enemigos del

valido. El rey vaciló distintas veces ; y enviaba recado sobre recado para que cojiesen vivo á don Alvaro, y cercasen su casa sin combatirla. Don Alvaro se rindió por capitulacion, dándosele seguridad de que por ningun pretexto él ni los suyos padecerian en honra, vida ni hacienda. Pero en el salvo-conducto se añadió que por nada padeceria contra justicia. Don Alvaro se dió á prision, y envió á decir al rey que le hiciese la merced de permitirle hablar con él : á lo que respondió el rey recordando un consejo que de él habia recibido, á saber, que nunca hablase el rey con hombre á quien prendiese. Don Alvaro fué trasladado á Portillo. Algunas de sus fortalezas fueron ocupadas por tratos. En la de Portillo se hallaron veinte y siete mil doblas de oro ; y en la de Hermedilla nueve mil. En Escalona fué sitiada la mujer de don Alvaro. Formósele causa á éste en Valladolid, no encomendándola á los tribunales, sino á una especie de consejo de estado compuesto de doce personas elegidas por el rey ó por los enemigos de don Alvaro. El arzobispo de Toledo formaba parte de él, y viendo el sesgo que tomaba el asunto no quiso votar como negocio de sangre en el que no podia entender segun los cánones. Don Alvaro no fué oido, ni se tomaron deposiciones, ni se llegó á formar lo que se llama sumaria, creyéndose que un hombre que habia conseguido hacerse superior á las leyes, podia ser condenado fuera de ellas. Tratóse el asunto como á negocio de estado. Condenado don Alvaro á muerte y á confiscacion de bienes, el rey confirmó la sentencia, no sin que tuviesen que echar el resto en persuasiva todos cuantos le rodeaban. El rey obedecia ahora á los que le rodeaban, lo mismo que antes habia obedecido á don Alvaro. Era una cosa nueva y nunca vista en Castilla, dice la crónica,

que un gran señor muriese sentenciado á muerte por el rey y pregonado. Por esto los nobles creian vengarse completamente, tratando á don Alvaro, como á un plebeyo. Pero á los ojos del vulgo, no era un plebeyo quien iba á ser ajusticiado sino un gentil-hombre. De manera que los ricos-hombres se castigaban á sí mismos á los ojos del vulgo vengándose de don Alvaro. Lleváronle de Portillo á Valladolid y por el camino le fué notificada la sentencia de muerte. Fué á parar en Valladolid á una vivienda de la calle de Caldefrancos. En la plaza mayor, cerca del monasterio de San Francisco, se levantó un cadalso. Don Alvaro, pasada la noche, en la que fué muy poco su dormir, dice la crónica, oida misa en la propia posada; y tomadas algunas guindas y un poco de pan: salió en una mula cabalgando como en los pasados tiempos de su risueña fortuna. El pregonero decia delante de él, dejando antes oir el son de la trompeta, que llevaban á matar al maestre por haber estado apoderado de la persona del rey. La mula iba enlutada; y el maestre llevaba una larga capa negra. Llegado al pié del cadalso, bajó de la mula, subió tranquilamente al patíbulo, tendió una mirada en torno suyo, quitóse el sombrero, le echó á uno de sus pages, por nombre Morales, dió un lazo al sayon para que le atase los pulgares, tendió la cabeza sobre el poste, y el verdugo se la separó de los hombros. El pueblo se habia mantenido silencioso, obedeciendo á un pregon que así lo ordenaba; pero en cuanto vió la cabeza separada del cuerpo, rompió todo el mundo en llanto: los caballeros, porque conocieron que acababan de borrar una de sus inestimables prerogativas; el vulgo, porque en aquel momento solemne conoció que don Alvaro moria por hombre del pueblo, que habia querido refrenar á los poderosos, aunque sin

saber hacerse superior á las pasiones que los devoraban; y el rey, porque entonces sintió renacer en su alma todo el afecto que profesó un dia á aquel desventurado. La crónica dice que el rey se mató matando á don Alvaro, y que fueron dias de amargura y llanto los que pasó muerto el maestre. Algunas veces le sorprendieron á solas derramando lágrimas. Fué don Alvaro de Luna hijo bastardo de un noble aragonés que murió pobre. Crióle un tio suyo, que era arzobispo de Toledo, y entró muy mozo en palacio en donde fué amigo de la infancia del rey don Juan II. Fué pequeño de cuerpo, menudo de rostro, robusto, buen cabalgador, avisado en juegos, diestro en armas, algo hablador aunque gracioso y bien razonado, discreto, muy amigo de cautelas y artificios, esforzado, y sobre todo muy hombre en palacio. Preciábase de linaje, no acordándose que su madre fué una infeliz mujer, natural de Cañete, nombrada María de Urazandi. Tenia lo que se llama ancho y levantado pecho, y una grande audacia. Oia atentamente los consejos que le daban, aunque despues no los siguiese: los dos defectos capitales que le llevaron al suplicio, fueron el haberse tratado mas bien como á rey que como á caballero, y no haber sabido dominar su codicia que fué insaciable. Subió pobre y desnudo al poder, y cuando bajó de él tenia veinte mil vasallos, sin los del maestrazgo de Santiago, y ascendian las rentas de su propiedad á mas de cien mil doblas anuales sin contar los sueldos que recibia del tesoro público. Miró como una propiedad la privanza real, y no supo desprenderse de ella á tiempo. Fué muy sospechoso, y muy dado á deshacerse de sospechosos. Hubo quien le acusó de haber dado tósigo á la reina de Castilla, hermana de los infantes de Aragon, y á la reina viuda de Portugal doña Leo-

nor, tambien hermana de los mismos; como así mismo al conde de Castañeda, á don Alonso de Robles, al duque don Fadrique, y al conde don Fadrique de Luna. Acusósele igualmente de haber dado muerte violenta á don Alonso de Vivero. Hay quien en vista de sus defectos escusa las rebeliones de los nobles de su tiempo. Otros dicen que las rebeliones nacieron antes que se desarrollase ninguno de los defectos de don Alvaro. Algunos creen imposible que casi todos los nobles de Castilla á una voz faltasen á sus deberes para con su rey sin algun poderoso motivo. Y por último opinan los mas que en aquel pleito que duró por espacio de treinta años ninguno estaba en su derecho, actores ni reos. Tuvo lugar el suplicio de don Alvaro por el mes de junio. El rey ó sus consejeros escribieron y circularon una especie de manifiesto en que se esplicaban las causas de aquel suceso conforme á los deseos de los enemigos del finado. La viuda de este rindió la plaza de Escalona con la condicion de que el tesoro que en ella guardaba fuese parte para el rey y parte para ella y su hijo. Quedó tan triste el rey don Juan que no bastó á ensanchar su pecho el haberle nacido en su esposa á 15 de noviembre el infante don Alonso de quien tendremos que hablar mas adelante. Por este tiempo doña Blanca, esposa del príncipe heredero don Enrique, fué enviada á Navarra bajo el supuesto de nulidad de este matrimonio. Ignórase quien puso la demanda; pero se sabe que el obispo de Segovia, amigo del príncipe, declaró nulo el matrimonio, y que el arzobispo de Toledo, por comision del papa, confirmó la sentencia.

El último acto del reinado de don Juan II de Leon y Castilla fué una embajada dirigida al rey de Portugal para que sobreyese en las expediciones á África en atencion á que

por privilegio pontificio correspondia esta conquista al castellano. Y de no hacerlo así, hizo amenazar al portugués con la guerra. Don Alonso V de Portugal respondió que ignoraba lo del privilegio, y que mientras este punto se ponia en claro no era razon que las dos naciones estuviesen en guerra. Deseaba el rey de Castilla componer las diferencias que le traian en cuestiones con los reinos de Aragon y Navarra; y como su hermana la reina de Aragon hubiese pasado á verle recientemente, en ocasion en que se hallaba muy molestado de unas cuartanas, determinó don Juan II trasladarse á Valladolid para tratar con eficacia aquel asunto. Pero en el camino le dió un accidente; y aunque volvió en sí, y pudo pasar por Medina del Campo á Valladolid, en estando en esta ciudad no tardó en dar el alma á Dios el dia 21 de julio de 1454. Habia reinado cuarenta y siete años, siempre en tutela, primero de su madre, luego de don Álvaro de Luna, y últimamente de su segunda esposa y de algunos grandes. Nunca tuvo voluntad propia; y así la historia debe ser con él tan indulgente como con un niño. Traido y llevado, era á manera del leño inocente á quien dan impulso los motores, y direccion la caña. Lo que le adveraba don Álvaro, eso era el evangelio; lo que despues le dijo la reina doña Isabel, eso le pareció lo justo. En manos de un buen ministro hubiera sido el mas admirable de los príncipes. Poseia una prenda poco conocida en los palacios de los poderosos: y fue una constancia grande en la amistad, como si todos los actos de su voluntad se hubiesen concentrado en un solo afecto. Cerca de cuarenta años duró su cariño á don Álvaro de Luna; y fué necesaria la alianza de su director de conciencia con los halagos de una reina jóven para arrancarle del pecho aquella estimacion profunda.

Y ni aun matando á don Álvaro la desarraigaron, pues como dice la crónica se mató á si propio de pesar don Juan II al firmar aquella sentencia de muerte. Celebráronse durante su reinado las siguientes córtes; en Segovia en 1407 para prestar homenage al rey y abrir el testamento de su padre; en Guadalajara en 1409 para hacer la guerra al moro; en Valladolid el mismo año para aprobar los desposorios de doña María, hermana del rey, con don Alonso, primo hermano del mismo; en la misma ciudad en 1411 para prestar servicios contra el moro y acordar concordia con el rey de Portugal; en Madrid en 1419 para jurar el rey los fueros y privilegios; en Medina del Campo el mismo año en las que se tomó á mal que se hubiese destinado para servir á la Francia contra Inglaterra parte de lo que debia servir contra el moro; en Valladolid en 1420 para enviar armada en favor de los franceses; en Ávila el mismo año para aprobar lo hecho por el infante de Aragon don Enrique en Tordesillas; en Ocaña en 1422 para atender á peticiones varias; en Toledo en 1423 para la jura de doña Catalina, hija del rey; en Valladolid en 1425 para jurar á su otra hija doña Leonor por muerte de doña Catalina; en Palenzuela el mismo año para servir al rey contra los moros y los perturbadores; en Toro en 1426 para disminuir los gastos de la casa del rey; en Zamora en 1427 para prohibir entre otras cosas el barato de las mercedes y gracias reales; en Valladolid dos años despues para acordar ó negar treguas con el moro, y se negaron; en Medina del Campo el mismo año para rechazar la invasion del aragonés y del navarro; en Burgos el mismo año para atender á varias peticiones; en Medina del Campo en 1430 para tratar de la manera de proceder con los infantes de Aragon don Enrique

y don Pedro, á lo que las córtes dijeron que antes debian consultarlo con las ciudades; en Palencia en **1431** de las que existe un ordenamiento; en Medina del Campo del mismo año en que se acordó con Portugal una paz perpetua; en Zamora en **1432** para que los gallegos jurasen al príncipe don Enrique; en Madrid el siguiente año y el de **1435**; en Medina del Campo en **1434** para hacer ordenanzas contra los bandos; en Zamora y en Toledo en **1436**; en Toledo en **1437** sobre concordia con Aragon y Navarra; en Madrigal en **1438** sobre peticiones; en Bonilla y Valladolid en **1440**; en Toro en **1442** para servir al rey con dinero; en Valladolid el mismo año, y en ellas fué jurada una pragmática en que el rey promete no enajenar ciudades, villas ni términos pertenecientes á la corona; en Burgos en **1444** y el siguiente para tratar de subsidios; en Real de Olmedo en **1445** segun consta de una declaracion que existe de las leyes del Fuero Real y de las Partidas; en Valladolid en **1447** para atender á varias peticiones; en la misma ciudad en **1448** para reprimir los alborotos; en la misma ciudad en **1451** en que se hicieron varias peticiones; y en Burgos en **1453** á poco de haber sido preso don Álvaro de Luna. Por su última voluntad dejó don Juan II á su segunda esposa doña Isabel las poblaciones de Arévalo, Madrigal y Soria; al infante don Alonso los réditos del maestrazgo de Santiago; y á su hija la infanta doña Isabel un dote en dinero para cuando tomase estado, y la villa de Cuellar con sus rentas. Don Alonso V de Aragon escribia desde Italia á su esposa que en ninguna manera se hiciese liga con el príncipe don Enrique, y sí únicamente con el rey, ignorando que este ya no existia.

Enrique IV, hijo de don Juan II, fué jurado en las cór–

tes de Valladolid el dia 23 de julio de 1454. Sus cualidades como príncipe son ya conocidas. Lo primero en que pensó fué en renovar con Francia los antiguos tratados de amistad y alianza, aunque borrada la cláusula de ellos en que se decia que nadie podia pasar de Inglaterra á Castilla, ni de Castilla á Inglaterra sin licencia y pase del francés. Á tenor del nuevo convenio bastaba para ir á Inglaterra una licencia del rey de Castilla; y con la misma podian venir anualmente de Inglaterra á los puertos de Castilla hasta veinte naves. Por las licencias se exigian ciertas cantidades de que debia dar cuenta un recaudador designado para percibirlas. Este arreglo se habia ya agenciado en tiempo del difunto rey, pero ahora se firmó en nombre de su hijo. Andaban asimismo muy adelantados los tratos con la reina de Aragon para dar cimiento á una paz sólida entre este reino y el de Castilla; y ahora, á dia 8 de octubre, aquella señora y su sobrino Enrique IV convinieron en las siguientes bases: el rey de Navarra daria por renunciado todo cuanto poseyese en Castilla; su hijo natural don Alonso renunciaria asimismo á sus pretensiones sobre el maestrazgo de Calatrava; su sobrino don Enrique, hijo del infante de Aragon del mismo nombre, cederia cuantos derechos le tocasen por parte de su padre; en compensacion el navarro recibiria una pension anual de tres millones y medio de maravedís, y su hijo medio millon, y su sobrino otro medio; las plazas mutuamente ocupadas se restituirian; ninguno de aquellos, ni los nobles castellanos que habian seguido su bandera, podrian entrar en Castilla sin licencia del rey don Enrique; y si estas bases eran aprobadas, habria congreso en Agreda para ratificarlas, y al mismo tiempo para ajustar las diferencias entre el rey de Navarra y su hijo el príncipe de Viana. En-

viadas las bases de Nápoles, puso en ellas su aprobacion el rey don Alonso V, aviniéndose á que en el tratado de paz el nombre del rey de Castilla se escribiese el primero, dicen los analistas castellanos, como á jefe honorario de las dos familias. El rey de Navarra, aunque deseaba oponer obstáculos á esta concordia, no le fue posible dejar de acceder á ella, aunque sobre las quejas que antes tenia contra el castellano podia ahora añadir la de haber este echado de su palacio á doña Blanca, hija del navarro. Y nó solamente esto, sino que ahora Enrique IV estaba en vísperas de contraer matrimonio con doña Juana, hermana del rey de Portugal, para lo cual se andaba en tratos secretos sirviendo de agente un médico en cuya opinion la impotencia del rey para con doña Blanca habia sido relativa, naciendo, mas bien que de falta en el príncipe, de defecto en esta señora. La reina viuda de don Juan II, doña Isabel de Portugal, permanecia en Arévalo con su hijo el infante don Alonso y su hija la infanta doña Isabel; y se dice que don Pedro de Giron, valido del nuevo rey, y maestre de Calatrava, tuvo la osadía de aspirar á su mano: á lo que ella respondió, lo que otras nobles matronas, que no estaban bien en un tálamo particular las viudas de reyes. Por este tiempo ya Ismael III era dueño del cetro en Granada, y hacia amagos en las fronteras de Castilla deseoso de renovar las algaras que recientemente habian sido muy productivas para el moro. Hubo quien aconsejó á don Enrique IV que declarase á aquel monarca una guerra sin tregua si queria que reinase la paz en Castilla; y hay escritores que afirman haber adoptado el rey esta idea, nó con ánimo de llevarla muy adelante, sino como pretexto para obtener recursos. Dícese que en Ávila celebró córtes, que otros confunden con las de Cuellar del

siguiente año y en ellas manifestó que deseaba arrojar de España los restos de los moros, con lo que se le hicieron grandes ofrecimientos, y se halló en estado de poder levantar una hueste numerosa y hacer aprestos para sostenerla.

En 1455 obtuvo cruzada del papa Calixto III para llevar adelante esta guerra. Calixto acababa de suceder á Nicolás V, y algunos creyeron que su eleccion habia sido el mayor triunfo obtenido en Italia por el rey de Aragon don Alonso V. Allí los príncipes temporales se agrupaban en torno de la tiara, lo mismo que los barones alrededor de los reyes. Calixto III era español, nacido en Játiva del reino de Valencia. Á los tres meses de su pontificado fué canonizado aquel santo varon Vicente Ferrer que habia dado el trono de Aragon á don Fernando de Antequera, padre de don Alonso V. Pero Calixto, aunque nacido en los dominios del rey de Aragon, y favorecido antes con la prelacia de Valencia, y luego con la dignidad de cardenal, no olvidó por los intereses de su protector los generales de la Península. Al castellano le otorgó cruzada y subsidios eclesiásticos para ir contra el granadino. Al rey de Portugal le animó para que á un mismo tiempo continuase la guerra con los africanos, por la costa de Guinea, y se la renovase por Ceuta. Esta expedicion fué encomendada al infante don Fernando, hermano del rey; y la primera lo habia sido al infante don Enrique su tio. Esta fué afortunada, y valió á los portugueses la ocupacion de algunos puntos en la costa de África; pero la dirigida por el hermano del rey fué contrariada por un contagio, que casi destruyó completamente la hueste. El dia 3 de mayo habia nacido en Lisboa el infante don Juan, que mas adelante debia subir al trono; y siete meses

despues murió su madre la reina doña Isabel, que no corria en los mejores términos de armonía con el rey su esposo. El vulgo dió en decir que habia muerto de un tósigo por demasiada terca en recordar la muerte violenta de su padre el infante don Pedro. Doña Juana, hermana del rey, se desposó este año con el rey de Castilla, y en sus capítulos matrimoniales consta que no llevó dote y que su esposo se la hizo de cien mil florines, y además añadió á título de arras veinte mil, y las plazas de Olmedo y Ciudad-Real para seguridad de la princesa, y prometió á esta señora establecer bien á una aya y á cuatro doncellas que con ella vinieron de Portugal para su servicio. Tales sacrificios hizo Enrique IV para llegar á segundas nupcias con una princesa. Su primera esposa estaba en Navarra al lado de su hermano Cárlos de Viana. Este príncipe continuaba teniendo por mortal enemigo á su propio padre. El rey de Navarra habia pasado por todo, ratificando el convenio de Agreda, arreglado á 13 de enero por varios plenipotenciarios aragoneses y castellanos; pero en ninguna manera quiso avenirse á transijir sus diferencias con su hijo. Cárlos de Viana á pesar suyo tenia que ceder á la presion de sus parciales que no podian consentir que fuesen sacrificados á unos respetos filiales los fueros del reino. No habia en Navarra otro rey legítimo fuera de aquel príncipe. Y como el titulado rey de Navarra no queria desistir de sus intentos, fué preciso llegar á vias de fuerza. El padre firmó alianza con su yerno el conde de Foix, declarando por inhábiles para ocupar el trono de Navarra á dicho don Cárlos y á su hermana doña Blanca, y solo apta para ocuparle á doña Leonor, mujer de dicho conde de Foix. Los beamonteses se apoderaron de San Juan de Pie de Puerto arrebatando esta

plaza á la parcialidad del padre; y los agramonteses entraron en Lumbier á sangre y fuego y la destruyeron como á patrimonio del hijo. El padre y el yerno escribieron á un mismo tiempo al rey de Francia para ponerle mal con el príncipe de Viana. El francés acababa de enviar una embajada á Castilla, mas bien para enterarse del estado general de la Península que para obtener en Castilla la ratificacion de la alianza firmada un año antes, aunque de público se dijo que este era el único objeto. Los embajadores se convencieron de que el rey de Navarra, visto que no podia mover turbaciones contra sus deudos de Castilla, las movia contra su propio hijo, por vicio de naturaleza que le impedia concentrarse en los términos de la justicia. Y asimismo conocieron que la única guerra popular en la Península seria la que se hiciese contra el moro. En Valencia habia habido una terrible asonada de la que habian sido víctimas muchos infieles cuyas casas se habian dado al saqueo: y la plebe decia que allí en donde moraban cristianos no era bueno que habitasen sarracenos. Entre los fronteros de Castilla y Granada habian cesado las buenas relaciones y vuelto á encenderse aquel ardor con que antes se hostilizaban. Enrique IV de Castilla, vista la buena disposicion de ánimo de sus súbditos, juntó córtes en Cuellar, segun unos, en Medina del Campo segun otros, é hizo preparativos para entrar en campaña. En muy poco tiempo juntó una hueste compuesta de treinta mil infantes, en su mayor parte gente allegadiza, y dos mil buenos caballos, con cuya fuerza hizo entrada en tierras del moro, y talando los campos y saqueando las viviendas llegó hasta las mismas puertas de Granada. Pero se volvió, para poner en salvo el botin, con la misma priesa con que habia venido. Parece que á la vuelta, es–

tando el rey en Alcaudete, algunos nobles quisieron apoderarse de él y arrojar de su lado á los validos que ejercian en su nombre el poder; mas no pudieron conseguirlo. En Córdoba se solemnizó el matrimonio del rey con la infanta de Portugal el dia 20 de mayo; pero los cortesanos observaron que el monarca deseaba muy vivamente hacer entrada en tierras del granadino como para alijerarse de aquella carga. Las tierras de Archidona, Antequera y Málaga fueron en breve taladas. Uno de los príncipes granadinos de la sangre real ofreció sus servicios al castellano contra Ismael III. El rey Enrique pudo reunir en poco tiempo veinte mil buenos infantes y ocho mil caballos, además de tres mil hombres de armas; y, devastando todo cuanto halló al paso, llegó el dia 11 de junio á la vista de Granada. Á haber tenido otro jefe, este ejército hubiera hecho grandes cosas. Á las órdenes de Enrique IV y del marqués de Villena, gastó sus fuerzas en estériles escaramuzas. Algunos nobles demostraron su valor lidiando con los mas bravos moros que salian á provocarlos, y venciéndolos. Garcilaso de la Vega ganó un buen nombre en estos parciales encuentros. Una torre, desde la cual los moros molestaban á los cristianos, fué combatida, asaltada y demolida. Pero en esto el príncipe granadino, que habia firmado alianza con el castellano, se apartó de ella, y se ajustó con el rey de Granada. Este pudo ya hacer frente á su enemigo, presentándole batalla. Enrique IV no la admitió y prefirió replegarse talada antes aquella vega. Tampoco admitió Enrique IV las bases de un concierto que le proponia el granadino, ofreciéndole parias mucho mayores que las que pagó jamás ningun rey de Granada, y al mismo tiempo la libertad de todos cuantos cautivos cristianos habia en aquel reino. Pero entre los cris-

tianos se iba arraigando ya la idea de que no convenian treguas con los moros, sino hostilizarlos incesantemente hasta obtener sobre ellos un triunfo completo. Don Enrique y la reina pasaron á Sevilla, y luego á Ávila, haciendo preparativos de guerra, y al mismo tiempo fomentando con su falta de prevision y de dignidad en el mando los gérmenes de perturbacion que tantas raíces tenian echadas en Castilla. Los empleos se tomaban al barato y como por asalto, y se daban sin atender al mérito, sino á los artificios. Los mismos maestrazgos de las órdenes ya no se prometian á personas de buenos antecedentes sino á unos míseros intrigantes.

El rey don Alonso V de Aragon ratificó en Nápoles los tratos de paz anteriormente firmados entre Aragon y Castilla, ó por mejor decir entre don Juan de Navarra y don Enrique de Castilla. A instigacion del mismo don Alonso, dos sobrinos del papa, valencianos ambos, fueron nombrados cardenales, casi al mismo tiempo que tambien lo fueron un castellano y un portugués: pero en varios puntos de la Península especialmente en Aragon se publicó cruzada contra el turco, que por este tiempo se habia hecho muy temible en oriente. La cruzada en que se habia empeñado el rey de Navarra, era en ver de completar por todos los medios posibles el injusto despojo de su hijo el príncipe de Viana. Llegada la primavera, fué contra él con un numeroso ejército, al que se juntó el de su yerno el conde de Foix, y en los campos de Estella derrotó á su hijo. En Estella y Sangüesa se juntó en córtes la parcialidad del padre; en Pamplona tuvieron las verdaderas córtes del reino los tres estados. Aquellas decian que el padre era el rey y debia ser obedecido. Y estas respondian que el padre era el rey viudo, pero que el rey por derecho y por fuero era el hijo. Este para

huir de un compromiso deplorable en que le habia puesto su padre, fué á la corte de Francia, y expuso en ella nó la justicia de su derecho pues era cosa clara á los ojos de todos, sino la honradez de los que seguian su bandera, estuviese él ausente ó presente, y la natural y no mendigada expansion de su entusiasmo. Trasladóse despues á Italia, vió al papa que no pudo menos de honrarle, como á hijo digno de mejor padre, y por último pasó á Nápoles, y dijo á su tio el rey don Alonso de Aragon que ponia en sus manos y á su arbítrio la solucion de las lamentables diferencias provocadas por su padre. Parece que los beamonteses y agramonteses sentaron treguas con la amenaza que de no sentarlas los segundos, entrarian en Navarra algunas tropas francesas y castellanas. Fué cosa notable que el marqués de Villena, antes de ahora valido del rey de Castilla, habiendo sido enviado á Aragon para tratar del arreglo de los asuntos de Navarra, se desnaturalizó en Castilla, y prestó homenaje al rey de Aragon en manos de Ferrer de Lanuza, justicia mayor del reino. Tambien fué un acontecimiento que llamó mucho la atencion el haberse presentado en las aguas de Italia á peticion del papa una escuadra portuguesa compuesta de quince gruesas naves, y haber tenido que volverse por no haber acudido otras escuadras de príncipes cristianos que debian aunarse para ir contra el turco. El rey de Portugal habia tenido vistas en Badajoz con los reyes de Castilla, y quedaron en ellas muy amigos. El castellano se habia entregado al ejercicio de la caza con un ardor que le obligó á dejar encomendados al arzobispo de Sevilla todos los negocios del estado. Y como el marqués de Villena no podia olvidar el ejemplo dado anteriormente en don Álvaro á todos los validos, le pareció que era prudente buscarse una

comision fuera del reino y no volver á él en mucho tiempo. Ya vimos que en Aragon á fines del año dió cumplimiento á sus deseos. Entretanto los fronteros renovaban sus cabalgadas en tierras del moro. Fernando de Narvaez, alcaide de Antequera, llegó en una hasta Cartama, y tuvo la fortuna de volver con buena presa habiendo derrotado un cuerpo moro que quiso atajarle el paso. En cambio los moros entraron por sorpresa en el castillo de Solera. El rey don Enrique, á la cabeza de diez y seis mil hombres, las tres cuartas partes infantes, recorrió el valle de Cartama, amenazó la ciudad de Málaga, se corrió hácia Marbella, llegó á Benalmadan cuya poblacion fué entregada á las llamas, aunque no fué posible tomar el castillo, rindió de paso la plaza de Fuengirola, entró en la de Estepona, que halló desocupada, y taló la vega deMarbella. El conde de Odemira, portugués, á quien estaba encomendado el presidio de Ceuta, sabiendo que el rey de Castilla andaba por las cercanías de Gibraltar, armó cinco naves y fué á ofrecerle sus respetos. Don Enrique entró en deseos de ver aquella plaza y la tierra de África, y se embarcó en una de las naves del conde de Odemira. Se supone que le movió á ello el deseo de ir á la caza de leones, que abundaban en la otra parte del estrecho. Los moros le impidieron entregarse á su diversion favorita, y se volvió al cabo de algunos dias sin pensar que los verdaderos leones que debia buscar en África no eran aquellos en los que soñaba. No pudiendo asistir á una cacería de leones pasó á Bejer de la Miel en donde presenció la pesca del atun, y luego se fué á Sevilla. Los analistas castellanos dicen que por este tiempo se vió por espacio de un mes y medio todas las noches un cometa admirable cuya cola cogia un espacio inmenso. Los mismos afirman que en un torneo sosteni-

do en Sevilla como por via de recreo por el marques de Villena y el duque de Medina Sidonia, se enardecieron tanto los combatientes que hubo varias muertes y muchos heridos, y el rey tuvo que acudir á poner término al combate. Despues de esto la plaza de Jimena fué recobrada por sorpresa. El rey se fué por Segovia para Vizcaya; y Villena se fué para Aragon en donde dicen los autores aragoneses que se salió de su servicio. La ida del monarca á Vizcaya parece que tuvo por objeto poner un término á los bandos de los Otañez y Gamboa que traian dividido el pais y lleno de alteraciones. El granadino aprovechó la ausencia de su enemigo, y dispuso una algara por la parte de Jaen. El obispo de esta ciudad y el conde de Castañeda salieron contra los merodeadores, pero dando en una emboscada vieron perecer á su lado á la mayor parte de los suyos, y ambos cayeron prisioneros. El obispo murió en el cautiverio. El conde se rescató en sesenta mil doblas, empeñando su patrimonio.

Parece que en los primeros meses de 1457 se avistaron entre Corella y Alfaro, en los lindes de sus respectivos dominios, el rey de Castilla y el de Navarra. Temia don Enrique IV que los ricos-hombres, bajo el pretexto de que miraban por el bien público, moviesen nuevas alteraciones en sus estados. Habia ido á Vitoria para poner órden en el señor de Vizcaya, y tuvo noticia de que en efecto los grandes se habian aunado y tomado por tema de sus quejas, para dar color á sus pretensiones, el desgobierno en que se hallaba el reino, por haber sido confiados los negocios del estado, decian ellos, á gente de baja esfera. Parecióle al rey que sus nobles serian impotentes mientras no pudiesen contar con el rey de Navarra; y así procuró volver á su gracia

al marqués de Villena, y obtener por su medio aquella entrevista con el navarro. A su vez el rey de Navarra se alegró de entrar en intimidad con el castellano, pues así tenia por seguro que sucumbiria abandonado á sus propias fuerzas el príncipe don Cárlos de Viana. En aquellas vistas quedó ajustado casamiento entre el infante don Alonso, hermano del rey de Castilla, y doña Juana, hija del navarro y de su segunda esposa; y entre doña Isabel hermana del castellano, y don Fernando, otro hijo del navarro, habido tambien en segundas nupcias: dándose así comienzo por tales vias á lo que mas adelante debia producir la union definitiva de los tres reinos allí representados. El navarro habia ya echado el resto contra su hijo don Cárlos convocando córtes en Estella por el mes de enero, y haciendo que en ellas los agramonteses declarasen desheredado de la sucesion al trono al príncipe de Viana y á su hermana doña Blanca, y reconociesen por única sucesora á la infanta doña Leonor, esposa del conde de Foix, y á este con ella. Pareceria increible esta saña con que un padre perseguia á su hijo si no estuviese probada en vista de incontestables monumentos históricos. Si á lo menos el navarro hubiese llevado en ello alguna profunda mira de estado, acaso podria echarse un velo sobre aquella injusticia; pero precisamente todas las razones de estado aconsejaban que el príncipe de Viana fuese protegido en vez de hacerle blanco de una persecucion odiosa. Por ley y fuero era el único rey de Navarra; por ley y fuero debia heredar forzosamente algun dia la corona de Aragon. Representaba pues la union íntima y legal de ambos reinos; y la persecucion y guerra que le movia su mismo padre tendia á volver á separar para siempre las dos coronas. Los partidarios del hijo, aunque este estaba

ausente, juntaron córtes en Pamplona, bajo la direccion de don Juan de Beaumont, gobernador del reino, en nombre del príncipe, y declararon que ya no podian consentir por mas tiempo que un padre cruel tuviese usurpada la corona á su hijo, y por tanto reconocian por único rey, como era procedente por derecho, al príncipe de Viana. Fué pues aclamado con el nombre de Cárlos IV el dia 16 de marzo de 1457. El príncipe era demasiado digno de ser rey para poder serlo en aquellas circunstancias. Aunque sabia que de su parte estaba toda la justicia, y que aquí estaban trocados los papeles pues el padre era el usurpador y el hijo el despojador, escribió á sus parciales reprobando aquella aclamacion y diciendo que ponia aquella cuestion en manos de su tio el rey don Alonso de Aragon. Este monarca tomó á pecho el negocio, y envió á Navarra á don Rodrigo Vidal para que pusiese término á la guerra civil; y visto que el navarro se resistia, le envió á decir por don Juan de Hijar y don Luis Despuch que tomaria medidas graves si no se conformaba en nombrarle árbitro, imitando en ello al príncipe de Viana. Ante esta amenaza cedió el rey de Navarra, y firmó compromiso en Zaragoza dando por nulo lo actuado contra su hijo y lo firmado á favor de su yerno el conde de Foix. Así por el pronto se puso término á la guerra. El rey de Castilla la continuó este año en tierras del granadino con varias alternativas. Por el mes de junio penetró por la parte del Montefrio á la cabeza de diez y siete mil hombres, los doce mil infantes. Los árabes dicen que el rey de Granada, Ismael III, se avino á pagarle doce mil doblas anuales con tal que la guerra quedase limitada á la frontera del reino de Jaen. Las memorias de los castellanos añaden que el moro se avino asimismo á dar anualmente la libertad á

seiscientos cautivos cristianos. Y todos convienen en que, á consecuencias de algunos tratos, el castellano retiró sus tropas. Los analistas castellanos añaden que por el mes de julio recibió Enrique IV á un enviado del rey de Fez que le trajo ricos presentes; y aquel monarca, para obsequiarle, dispuso un simulacro de guerra dando una embestida á la plaza de Cambil, y haciendo que la misma reina disparase con ballesta contra los moros. Añaden que en Jaen pusieron en sus manos una representacion los nobles descontentos, y les respondió que atenderia en córtes á sus quejas. Cuando el rey de Granada vió ocupado en otra parte al castellano, dirigió una algara contra las tierras de Jerez de la Frontera, y se llevó de ellas riquísimos despojos. Sabedor de ello el rey de Castilla volvió á renovar su cabalgada por el reino de Granada, y esta vez se apoderó de la plaza de Cogollon por fuerza de armas, y la puso á saco y la entregó á las llamas. Los fronteros de Murcia, á las órdenes de don Pedro Fajardo, tuvieron que rechazar las agresiones de don Alonso Fajardo y de su hijo don Gomez, que se habia llamado á independencia, apoderándose de las importantes plazas de Lorca, Mula, Alhama y otras, y desde ellas, hecha alianza con el moro, eran el terror de la comarca. La plaza de Alhama la ganó Pedro Fajardo por tratos, y en la de Lictor entró por la fuerza; pero las demás quedaron en poder de aquellos rebeldes.

Los analistas aragoneses dicen que en 1458, por el mes de junio, se dejó ver en el cielo un cometa, cuya cola era no menos vasta y esplendente que la del otro cometa de que hacen mencion los árabes y los castellanos como visto dos años antes. El de este año anunciaba segun decian grandes sucesos. El rey de Aragon don Alonso V se

sintió malo ya antes de dejarse ver el cometa, y murió el dia 27 de junio. Pocas horas antes de su muerte otorgó su última voluntad en la que dispuso que su hijo natural don Fernando fuese su sucesor en Nápoles, y despues de él sus descendientes. Este testamento es el mayor enemigo de la gloria de don Alonso V. La sangre derramada por los aragoneses y catalanes en la conquista de aquel reino; y los tesoros prodigados á manos llenas por Aragon y Cataluña para aquella empresa: todo se declaraba perdido para siempre y destinado meramente para crear un patrimonio á favor de un bastardo. De ahí se desprendia que la conquista de Nápoles se habia hecho por vias de juego, nó para el engrandecimiento de la patria. Esta disposicion testamentaria fué muy del gusto de los nobles italianos que vieron abrírseles un camino por el que podian recobrar en breve su independencia; y fué muy sentida de los súbditos aragoneses que se convencieron de que debian volver á dar comienzo á la conquista. El trono de Aragon le dejó don Alonso V á su hermano don Juan, el rey de Navarra, y á sus legítimos descendientes. Fué don Alonso casado una sola vez con doña María, hermana de don Juan II de Castilla, y en ella no tuvo hijos. La correspondencia epistolar de los dos esposos no revela ninguna enemistad profunda, ni aun desvio; y sin embargo el rey no amaba á su esposa. Tenia estimacion por ella, y una confianza completa en su pureza, en su honradez y nobles sentimientos: pero no sentia por ella el el cariño tierno que prodigó á otras damas. Y aun parece que intentó repudiarla, y que puso demanda en este concepto por ante el papa en 1457; pero Calixto III le contestó que, por mas amigo suyo que fuese, no podia servirle en dar aquel pesar á una reina tan esclarecida. Por lo que

doña Lucrecia de Alañó, última barragana del rey, y portadora de aquella carta al pontífice, tuvo que volverse de Roma confusa: cuando habia ido allá, dicen los autores italianos, con aires de reina. Don Alonso V tuvo muchas prendas y pocos defectos. Supo buscarse, á diferencia de sus hermanos don Juan y don Enrique, una atmósfera mas pura en que aspirar grandezas, en vez de perder el tiempo en la urdimbre de míseras intrigas para mantener alterado el reino de Leon y Castilla. Demostró grandeza de ánimo, ya cuando le fué propicia la fortuna y perdonó á muchos de sus enemigos, ya en la adversidad cuando supo arróstrar dignamente el cautiverio y ganar á sus banderas al duque de Milan, que le habia vencido y hecho prisionero. Ya dijimos que al subir al trono habia hecho quemar unas listas de conspiradores, diciendo que así quedaban castigados sino ellos sus nombres. Distintas veces, en medio del horror de los asaltos, se le vió dar órdenes terminantes para que fuesen respetados los templos y el honor de las mujeres. Por último, tomó bajo su proteccion al príncipe de Viana, y de seguro hubiera mudado sus destinos á no haber muerto tan pronto. Si en vez de dar el trono de Nápoles á un hijo natural hubiese declarado que era conquista de la casa de Aragon, la memoria de don Alonso V hubiera sido grata sobremanera. Dispuso que le sepultasen sin caja en la tierra nuestra madre. Sus defectos nacieron de sus liviandades. Algunas veces llevó hasta el extremo su carácter artificioso, y pareció haber llegado á persuadirse de que con intrigas se dominaba todo, lo sagrado como lo profano. En su juventud hubiera deseado tener como en balancin á dos pontífices para manejar á su gusto la iglesia y el estado. Esto revelaba una ambicion vasta, pero poca soli-

dez de principios. Muy dado don Alonso á las letras, las protegió en sus dominios, y en Italia que pudo llamarse su patria adoptiva. Era recto, íntegro, cumplidor de promesas, conciliador, é indulgente. Agradecido con la ciudad de Barcelona por los armamentos que de ella sacaba, la dió en 3 de setiembre de **1450** privilegio para abrir universidad que gozase de las mismas gracias de que disfrutaban las de Perpiñan y Lérida. Durante su reinado fueron convocadas en sus dominios de la Península las córtes siguientes: en Valencia en **1417** y **1418** para jurar los fueros y privilegios; en la misma ciudad el año siguiente; en Traiguera en **1421** trasladadas luego á Cuevas y despues á San Mateo, y convocadas por la reina doña María en calidad de lugar-teniente del reino; en Valencia en **1428**, las cuales luego fueron trasladadas á Murviedro; en Traiguera el año siguiente y tambien trasladadas á Murviedro; en Morella en **1436** como secuela de las de Monzon de **1435**, y parece que fueron convocadas por el rey don Juan de Navarra; en Valencia en **1437** y **1438** convocadas por el mismo rey de Navarra en calidad de lugar-teniente general del reino; y en la misma ciudad en los años **1443**, **1445** y **1446**. En Cataluña las de **1416** terminadas á lo que parece en el siguiente año; en San Cugat del Vallés en **1419**, trasladadas por peste á Tortosa el año siguiente; en Tortosa en **1421** prorogadas por la reina doña María para Barcelona en **1423**; en la misma ciudad de Tortosa en **1429** y **1430**; en Barcelona en **1431** continuadas en **1434**; en Barcelona en **1437**, continuacion de las generales de Monzon de **1435**; en Barcelona en **1438** para tratar, dice el sumario de las mismas, de defender el Principado contra los franceses; en Lérida en **1440**, que no se abrieron en Tarragona, por picar

en esta ciudad la peste; en Ulldecona trasladadas luego á Tortosa en 1442 y año siguiente; en Barcelona en 1446 y 1448 para tratar de los subsidios que debian concederse al rey por su venida de Nápoles, conforme á lo dicho por el rey don Juan de Navarra, y no cumplido; en Perpiñan en 1450, trasladadas á Villafranca del Panadés en 1451, y terminadas en Barcelona el dia primero de octubre de 1453; y en Barcelona en 1454, continuadas en 1456 y 1457, y concluidas en 1458: estas se habian prorogado para Martorell, y no se juntaron en esta poblacion por la peste. En Aragon, las de Maella en 1423; de Teruel en 1428; de Valderrobles en 1429; de Monzon en 1435 que eran generales para Aragon, Valencia y Cataluña, y luego se continuaron en 1436, para Aragon solamente, en Alcañiz, presididas por el rey de Navarra; las de Zaragoza en 1439 para rechazar á los merodeadores franceses que intentaban introducirse en el reino; las de Alcañiz en 1441, que luego pasaron á Zaragoza y se continuaron en este punto el siguiente año; las de Zaragoza que duraron desde 1446 hasta 1450, procurando el rey de Navarra sacar de ellas el mejor partido posible para sostenerse contra el rey de Castilla, y para ofender al príncipe de Viana; y las de la misma ciudad en 1451. Poco mas de dos meses sobrevivió la reina de Aragon á su esposo, y murió bendecida de todos por sus virtudes el dia 4 de setiembre segun unos, el dia 7 segun otros. Don Juan II de Aragon fué jurado en Zaragoza el dia 25 de julio, y en Barcelona á fines del mes de noviembre. Un embajador de Portugal fué á darle el parabien por su elevacion al trono y le propuso el casamiento de una infanta de Portugal con el príncipe de Viana; pero el rey deseaba, mas bien que casar á este príncipe, perderle.

Nombró por gobernador y vireina de Navarra á la condesa de Foix; envió órdenes á Sicilia, en donde permanecia aquel príncipe, para que le vigilasen, y se dispuso á transformarle en víctima en sus enojos. Ya hemos visto lo que habia sido don Juan como infante de Aragon y como esposo de una reina de Navarra, y viuda de ella. Perturbador perpetuo de la paz de Castilla. Y no pudiendo derribar del trono al castellano, y usurparle la corona, arrebató la de Navarra que por ley no tocaba al esposo viudo de la reina doña Blanca, sino al príncipe de Viana, heredero del trono. Y ahora llegaba su desamor paterno hácia este hijo desventurado hasta el punto de cortarle el porvenir, desvaneciendo el enlace que el rey de Portugal le proponia. Á este monarca se le habia frustrado asimismo otro plan con la muerte del papa Calixto III; acaecida tambien este año por el mes de agosto. Tenia hechos el portugués grandes aprestos para ir contra el turco, y faltando aquel pontífice, le pareció que podria dirigirlos contra los africanos. Desembarcó pues veinte y cinco mil hombres en Ceuta, y fué con ellos contra la plaza de Alcacer, y la rindió en breve tiempo. El rey de Fez acudió con un numeroso ejército, cuya caballería llegaba á treinta mil hombres, decidido á recobrarla. Don Alonso creyó prudente volverse á su reino dejando en la plaza una guarnicion aguerrida. En Castilla pasaron cosas en cuya relacion se debe proceder con delicadeza. Enrique IV, á pesar de que le llamaban el impotente, mantenia relaciones muy íntimas con doña Guiomar de Castro, dama de palacio, cuya señora se ensoberbió por ello tanto que provocó su enojo. Esto fué en el alcázar de Madrid. La reina arrojó al suelo á doña Guiomar en la escalera de palacio, y la dió muchos golpes con un chapin. Acu-

dió el rey, y se puso de parte de doña Guiomar, de suerte que á la reina le dió un desmayo. La dama salió de palacio, pero fué para tener otro muy cerca de Madrid en donde era ama y señora. Muy luego los pretendientes supieron el camino de su casa, y se dice que el mismo arzobispo de Sevilla, por conservar la gracia del rey, no faltó á ofrecer sus respetos á aquella dispensadora de mercedes. Entonces muchos pequeños aspiraron á la grandeza, nó ganándola á lanzadas contra el moro, sino á humillaciones ante doña Guiomar de Castro. Por este tiempo don Beltran de la Cueva, hijo del vizconde de Huelma don Diego de la Cueva, fué nombrado mayordomo mayor de palacio, de paje de lanza que antes era. Y algunos afirman que desde aquella escena ruidosa acaecida en palacio, don Beltran prodigó consuelos á la reina afligida. Este año se recobró Lorca, por la lealtad de sus moradores que la entregaron á la hueste real cuando don Alonso Fajardo iba á dar entrada en ella al moro. Retiróse Fajardo al castillo y tambien hubo de venir á vias de acomodamiento, lo mismo que su hijo Gomez, devolviendo entrambos las fortalezas que tenian ocupadas y recibiendo del rey algunas mercedes. Por la parte de Huescar hicieron una cabalgada feliz don Diego Sanchez de Benavides, y don Pedro Manrique, de la casa de los condes de Paredes. Por la de Loja hizo otra el mismo rey con poca fortuna, y murió en un encuentro un buen caballero, por nombre Garcilaso de la Vega. Hay quien dice que el rey estaba enemistado con él. Otros por el contrario afirman que el monarca hizo extremos de sentimiento por aquella pérdida. Enrique IV se retiró de Loja con muy poca presa. Poco despues volvió á su gracia don Pedro Giron, hermano del marqués de Villena, que años antes la habia

perdido. Las memorias de Galicia hablan con variedad de una persecucion sufrida de órden del rey por el arzobispo de Santiago, solo por ser sobrino de don Álvaro de Luna, dicen unos, aunque otros aseguran que la conducta del arzobispo hizo dictar contra él muchos rigores. En Arévalo el mismo rey dictó sentencia de muerte contra cierto Tiedra, falsificador de cédulas reales; y en Leon dió otra contra un caballero gallego que habia tomado por la fuerza una fortaleza á otro noble. Mas bien librado salió el conde de Paredes, pues no recibió ningun castigo aunque habia penetrado de noche con violencia en plaza propia de una cuñada suya, y habia tenido presa á esta señora.

Crecieron en 1459 las tribulaciones del príncipe de Viana. Desde Sicilia escribia á su padre instándole para que se le permitiese volver á su patria. El rey don Juan se mantenia inexorable. Concentrados sus afectos en una segunda familia, parecíale odioso todo cuanto pertenecia á la primera, á escepcion de la condesa de Foix, que habia puesto estudio en halagar sus rencores. Retardaba, animado de tales sentimientos, la conclusion del enlace de su hijo con la infanta de Portugal doña Catalina. Este casamiento hubiera sido muy del gusto del portugués, pues hubiera compensado por este medio la dote de doña Catalina con una demanda de doscientos mil florines que debia hacer al rey de Aragon á título de dote asimismo de aquella infanta doña Leonor, hermana de dicho rey don Juan. Los navarros enviaban emisarios al príncipe, suplicándole que fuése allá ó les diese instrucciones para que continuasen defendiéndole. El príncipe les respondió que si el duque de Bretaña y el rey de Castilla no le amparaban, por parte de su padre no podia esperar otra cosa que desafueros. Ya en Sicilia los nobles,

apiadados de él é indignados contra su padre se inclinaban á favorecerle en todo; pero el rey don Juan lo supo, y dispuso que se embarcase para Mallorca. El príncipe, antes de pasar definitivamente á esa isla, tomó tierra en el puerto de Salou, junto á Tarragona, y envió á su padre tres amigos suyos, Bernardo de Requesens, Jimenez de Urrea y Pedro de Sada, para que procurasen concordarle con él, y le pidiesen en nombre suyo olvido completo para él y los suyos, pues se contentaba con ser mero príncipe sucesor de Aragon y Navarra siempre que le reconociesen por tal las córtes; el padre tal vez se hubiera conmovido, si su esposa, madrastra del príncipe, no se hubiese conjurado tambien para perderle. Tuvo, pues, que trasladarse á Mallorca sin que le cupiese duda acerca del destino que le preparaban. En Alcacer, cerca de Ceuta, los portugueses hicieron este año una heróica defensa. Guiados por Meneses, gobernador de la plaza, y por un hijo del mismo, rechazaron durante muy cerca de dos meses unos asaltos contínuos, y causaron tanto estrago en el campo del rey de Fez que le obligaron á levantar el sitio. Entretanto el rey de Castilla cazaba. Alguna vez interrumpia esta diversion por las liviandades á que era muy dado. Era una de sus damas doña Catalina de Sandoval; y como sospechase que tenia relaciones con el jóven Alonso de Córdoba, hizo que este fuese degollado en Medina del Campo, y á ella la metió de abadesa en un convento de San Pedro de las Dueñas. El arzobispo de Toledo no pudo cerrar los ojos ante semejante sacrilegio, y puso entredicho en la córte; pero el monarca, roto el freno, hizo escarnio del prelado y del entredicho. Algunos analistas indican que el prelado dió demasiado relieve á su indignacion, y dicen que obró, mas bien que como á tal, en

calidad de amigo y aliado del rey de Aragon. No por esto Enrique IV dejó de enviar una embajada al papa Pio II, ofreciéndole sus servicios contra el turco, ni dejó de hacer un magnífico recibimiento á un enviado del duque de Bretaña que vino á solicitar su alianza. Cuéntase que en este recibimiento don Beltran de la Cueva se escedió en magnificencia, mostrándose tan espléndido que con dificultad podia igualarle ningun príncipe. Tambien se dice que el rey don Enrique IV se complacia en quitar á los nobles las poblaciones y castillos de que habian vuelto á apoderarse, merced á las discordias civiles, en calidad de señores de vidas y haciendas. Á un pariente de don Álvaro de Luna le quitó los castillos de Soria, Ayllon y San Esteban de Gormaz. Al mismo marqués de Villena en poco estuvo como no le puso preso, aunque luego le volvió á su gracia; y al arzobispo de Santiago y á sus parciales continuó persiguiéndoles con encarnizamiento. Y mientras así andaba entretenido en dos géneros de caceria, una en el monte y otra en las poblaciones y castillos, el rey de Granada no se olvidaba de que por la parte de Jaen estaban siempre rotas las hostilidades, y hacia en este reino unas crueles algaras.

Los acontecimientos de 1460 marcan en el reino de Castilla las mismas eternas oscilaciones del anterior reinado. El maestre de Calatrava, antes aliado con los descontentos, ahora se separa de ellos; el arzobispo de Toledo y los nobles turbulentos elevan al trono unas sentidas representaciones como si hablasen en nombre del bien de la patria; el rey don Juan de Aragon vuelve á tomar parte en esas intrigas cortesanas, prefiriendo siempre representar el papel de rico-hombre de Castilla antes que el de un monarca independiente; el arzobispo de Santiago murió en la persecucio n que contra él se

habia levantado; y el rey don Enrique IV, olvidado de hacer la guerra á los moros, y negándose á que, por falta de sucesion suya directa, fuese jurado por heredero de la corona su hermano don Alonso, pensaba solo en favorecer á don Beltran de la Cueva, á quien otorgó el título de conde de Ledesma, consiguiendo que el marqués de Santillana le diese su hija menor en matrimonio y abandonase las banderas del arzobispo de Toledo. En Aragon, á principios del año, se habia ajustado concordia entre el rey de Navarra y su hijo, disponiéndose en ella que el príncipe de Viana fuese restituido en las rentas de su principado, que no pudiese habitar en Navarra ni en Sicilia, y sí en todas las demás provincias, que habria olvido para sus parciales, y que en Navarra se pondrian gobernadores aragoneses ó catalanes. Firmó el rey don Juan esta concordia para que su hijo, en virtud de ella, diese órden á sus parciales de hacer entrega á su padre de cuántas fortalezas poseian. El príncipe de Viana lo practicó así, y creyó estar ya en su derecho saliendo de Mallorca y llegando á Barcelona el dia 28 del mes de marzo. Dos meses antes habian estado en aquella ciudad unos enviados de Sicilia que habian ido á jurar fidelidad al rey y á recibir en cambio la promesa de que serian guardadas sus franquicias. El rey habia salido para Navarra, y manifestó sumo desagrado al saber que el príncipe se hallaba en Barcelona. Disimuló no obstante, y aun permitió que su hijo saliese á recibirle á Igualada, en donde la reina, su madrastra, le acogió al parecer con benevolencia, aunque estaba meditando su ruína. Naturalmente se trató luego de realizar el matrimonio entre el príncipe y doña Catalina, hermana del rey de Portugal. Pero al saberlo el rey de Castilla, quiso oponerse á este enlace, é hizo prometer secreta-

mente al de Viana que si desistia de aquella boda le daria por esposa á la infanta doña Isabel, hermana suya, aunque antes la habia ofrecido á don Fernando, hijo del rey de Navarra y de doña Juana Enriquez. Créese que esta señora traslució las intenciones del castellano y dió aviso á su esposo. Celebradas córtes á los aragoneses en Fraga y los catalanes en Lérida, quedó resuelto en ellas que nunca mas quedasen separados de la corona los señoríos de Sicilia, Córcega y Cerdeña; pero en ninguna parte se dispuso que el príncipe don Cárlos fuese jurado en calidad de sucesor del reino como lo esperaban todos. Algunos creyeron conocer que el padre vacilaba á veces, y que su esposa le endurecia contra su hijo mayor para hacerle pensar solamente en los frutos de su segundo tálamo. En una de estas ocasiones la madrastra rompió en llanto diciendo que su entenado habia de perderlos y aliarse con el rey de Castilla para despojarlos: de suerte que el esposo se dejó persuadir á poner preso á su propio hijo. Otros ánalistas dicen que las lágrimas de la madrastra fueron muy del gusto del padre, para quitar el colorido de espontaneidad á sus rigores. El príncipe habia hecho una romería al santuario de Montserrat, y vuelto á Barcelona, cuando fue llamado para asistir á las córtes de Lérida. Pareciale que esta vez acaso iban á cumplirse los deseos de sus amigos y en general de todos cuantos le rodeaban y querian verle jurar por heredero del trono: pero al ir el dia 2 de diciembre á besar la mano á su padre, este la retiró diciéndole que quedase arrestado. Segun los fueros del Principado, dicen los analistas de Cataluña, no podia ser preso el príncipe hasta seis horas despues de terminadas las córtes. Desde luego se vió en la conducta del padre un plan tramado para perder al príncipe heredero del trono. Acostum-

brado el rey en su juventud á ser el mas turbulento de los nobles, no vacilaba ahora en ser el mayor menospreciador de las leyes. Acuden los diputados de Aragon reclamando la libertad del príncipe: y el rey se niega á otorgarla. Elevan representacion los catalanes, diciendo que si el príncipe ha delinquido sea entregado conforme á fuero al Veguer de Lérida para que le castigue. El rey responde enfurecido que si ha preso el príncipe es porque conspiraba contra su vida y su poder: respuesta que por poco no hace estallar la indignacion de cuantos la oyen, pues precisamente quien acusaba de conspiracion habia sido y continuaba siendo el mayor conspirador de España; y su hijo, acusado de tal, jamás habia conspirado, víctima siempre de las malévolas conjuraciones de su padre y de su madrastra. Por este tiempo, en Portugal era nombrado conde de Viana aquel Meneses, gobernador de Alcácer en Africa, por haber rechazado nuevamente con gran denuedo unos repetidos asaltos intentados por el moro. Aquel príncipe infortunado fué conducido al castillo de Aytona.

El rey de Navarra estaba en su elemento. En esa Cataluña, tierra predilecta, en donde hasta los mas humildes se llamaban esclavos de las leyes, y en donde los desórdenes habian sido casi siempre sofocados con la cooperacion del estado llano, habia conseguido encender un foco de perturbacion y de guerra. Los catalanes tenian el convencimiento íntimo de que aquel padre inhumano deseaba desprenderse de su hijo, aun con mas ahinco que la fiera madrastra del mismo. Téngase en cuenta al leer estas líneas que son sospechosos la mayor parte de los autores castellanos que trataron esta materia á gusto y satisfaccion de quien recogió el fruto de las persecuciones dirigidas contra

el príncipe de Viana. Allí no hubo otra rebelion fuera de la del monarca mismo contra las leyes establecidas, y contra los preceptos divinos, y todos los respetos humanos. Solamente por via de irrision ha podido darse el nombre de GRANDE á don Juan II de Aragon. Cuando vasallo, urdió rebeliones; y las provocó cuando monarca. Tal fué su existencia: y ahora estaba poniendo el sello á todos sus timbres. El condado de Barcelona se halló en el caso, agotadas todas las representaciones del respeto, de tener que arrojar al fuego los pergaminos en que constaban las leyes venerandas, ó presentarlos á su rey y pedirle que le diese otros, pues en ellos no constaba que el rey fuese señor de vidas y haciendas, y pudiese á su arbitrio atentar contra la existencia del heredero del trono. Y no era una sola clase, eran todas en masa las que creian que allí no se trataba solamente de contener á un poderoso desatentado, sino de sacar incólumes los principios mas santos. Si el príncipe era culpable, allí estaban los tribunales para juzgarle. Negarse á esta demanda era confesar que no se aspiraba á ejercer justicia sino á tomar venganza. En nombre de la perpetuidad de la monarquía se armaban los vasallos; y en nombre asimismo de la union ibérica simbolizada por aquel príncipe que iba á enlazar los dominios de Aragon con los de Navarra. Por el contrario el padre, llevado de un inconcebible instinto, queria romper aquel lazo, y entregar la Navarra á un conde extranjero. Era tan extraña esta idea en aquellos dias en que todos los intereses se iban mezclando y propendian á la union general de la península, que naturalmente el rey don Juan II debia ser mirado por la parte sensata del país como el mayor enemigo del reposo público. Hay aquí al mismo tiempo una cosa providencial y

tremenda. Aquel monarca, reo de tantas conspiraciones en Castilla, y usurpador en Navarra, ahora hallaba en los dominios de Aragon su natural castigo. Incansable atizador de discordias en tierras agenas, rebeliones era lo que cosechaba en las propias. Mientras sus vasallos se armaban contra él, no aconsejados como en Castilla por algunos ricos-hombres rebeldes, sino presentándole el código de las leyes cuya observancia habia jurado, él sacaba á su hijo de una cárcel para ponerle en otra, y de Aytona le hizo conducir á Zaragoza, y de esta ciudad á la fortaleza de Morella. Aquí dicen ciertas crónicas que tuvo lugar alguna cosa misteriosa. Los catalanes habian levantado hueste, y puesto en la mar una escuadra. La hueste se adelantó por Lérida hasta Fraga por el mes de febrero de 1461. El rey cedió y se avino á que su hijo fuese entregado á los catalanes. El rey, que en ningun tiempo habia cedido á nadie en altanería; el rey que pocos dias antes habia amenazado á los diputados por Cataluña, diciéndoles que la ira de los poderosos presagiaba muertes y ruína; el rey que no respiraba otra cosa que furor contra su hijo: ahora mandaba hacer entrega de él á los que pedian su libertad con imperio. Hay quien afirma que al dar esta órden sabia que entregaba solamente un cadáver. Era aquella una época en que andaban muy en boga los tósigos. Dos hermanos del rey habian muerto en Castilla con sospechas de atosigamiento; el conde de Urgel habia muerto con síntomas dudosos; el conde don Fadrique, hijo natural de don Martin de Sicilia, feneció con idénticos recelos. El médico del príncipe de Viana, antes de que este se fuése á Lérida, le dijo que mirase bien lo que tomaba. Estando en Morella se sintió indispuesto, y lo estuvo tambien su repostero, y parece que á los dos se

les dió un mismo medicamento. Ambos salieron de Morella pálidos, y desmejorados. La misma reina, esa madrastra, poco ha tan declarada enemiga del príncipe, fué á ponerle en libertad, le acompañó por Tolosa hasta Villafranca, y aunque no la permitieron en mucho tiempo entrar en Barcelona, pasó por todo, con tal de no morar lejos de su entenado. Barcelona el dia 12 de marzo hizo al príncipe un recibimiento tan magnífico que pudo hacerle poner en olvido todos cuantos sinsabores le habian dado antes en Navarra los agramonteses, enemigos suyos, por celos de privanza mas bien que por cariño que tuviesen á su padre. Algunos hombres prudentes decian que el pueblo se escedia en aquellas demostraciones; lo mismo que los que mandaron formar causa á los enemigos del príncipe, solo por tales; y los que dispusieron que los castellanos y gascones saliesen desterrados del principado; y por último los que se mostraron poco cortesanos con la reina. Pero otros indicaban que la provocacion habia sido manifiesta; y que habiéndose llegado al extremo de ser conmovidas profundamente las masas, allí en donde habia un estado llano numeroso, era imposible evitar de golpe ciertas demasías, y negar á la indignacion general algunas satisfacciones. En Villafranca del Panadés, en donde moraba la reina, tuvieron lugar las conferencias para llegar á una concordia. Los catalanes pedian que el príncipe de Viana fuese reconocido y jurado en calidad de sucesor al trono, que quedase nombrado lugarteniente del rey en el Principado hasta que le tocase la corona, que tuviese facultad de celebrar córtes, que el rey no entrase en Cataluña sin ser llamado, que los vegueres del Principado fuesen catalanes, que los parciales del príncipe fuesen restituidos en sus estados y se les declarase por

buenos, que los gobiernos de Navarra se diesen á aragoneses, y que doña Leonor de Foix saliese de Navarra. La concordia no abrazaba, pues, solamente los intereses de Cataluña, sino tambien los de Aragon y Navarra. No ponian condiciones unos meros diputados de una ciudad sublevada sino los que llevaban la voz de aquellos dos reinos en demanda de un nacional desagravio. La reina procuró ganar tiempo antes de dar respuesta. Creia que la exaltacion popular iria en descenso, y que sus relaciones y tratos con algunos nobles la amortiguarian completamente. Aprovechó el rey estas demoras, viéndose con su yerno el conde de Foix, y enviando una embajada al castellano para ajustarse con él, y otra al francés para destruir el efecto que en Luís XI hubiesen hecho algunas cartas que el príncipe le habia escrito. Por lo demás el rey y la reina allanaban todos los caminos, conforme á los deseos de los catalanes y del príncipe, como si estuviesen muy seguros de que este no los recorreria. Cataluña pide á la reina que se entregue como en rehenes, saliendo por fiadora de lo que con el rey se convenga; y se aviene á serlo. Bien es verdad que si queria moverse de Villafranca, los pueblos la cerraban las puertas, y la recibian con el toque de somaten, como sucedió en Tarrasa. Por último firmó el dia 21 de junio todo cuanto deseaban los amigos del príncipe, no solo catalanes, sino aragoneses y navarros. Pero aun así el rey previno ejército y armada. Parecia que él y su esposa tenian puesto empeño en retardar todo matrimonio que entablase el príncipe. Ya vimos las largas que dieron al casamiento de este con una infanta de Portugal. Ahora, los amigos del príncipe, visto que este necesitaba tener aliados no tan distantes como el portugués, hicieron que abriese tratos de enlace

con el castellano para que este le prometiese la mano de su hermana, y tratos asimismo con el rey de Francia tambien para obtener promesa de casamiento con una hermana de este. Al castellano le enviaron para ello una embajada que fué detenida en Calatayud por el rey de Aragon. Este monarca, muy versado en la direccion de intrigas cortesanas, mandó á don Antonio Nogueras que fuése á Barcelona á verse con el príncipe y explicarle en qué consistia la detencion de su embajada. La eleccion de aquel enviado era hecha á propósito para exasperar á don Carlos de Viana. Nogueras era el mismo personaje de quien se habia valido el rey para formar causa al príncipe y tomarle declaraciones. Al verle delante de sí don Carlos no pudo contener su indignacion y le dijo que cómo se atrevia á presentarse á su vista, y no temia que le hiciese cortar aquella mano con que escribió su causa, y aquella lengua con que profirió contra él unos inmundos cargos. Apesar de esto otro dia le dió audiencia á ruegos de sus allegados y de los diputados catalanes; y se convenció de que era caso negado pensar en que su padre pusiese en olvido lo pasado. La salud del príncipe iba declinando desde que salió de Morella. Dábanle vértigos unas veces, y desfallecimientos. Por el mes de setiembre le entró una calentura maligna que fué arreciando, y le llevó al sepulcro el dia 23 de dicho mes. Luego publicarán mi proceso, dijo poco antes de morir; y se despidió de cuantos le rodeaban con una ternura de sentimientos inexplicable. Tenia á la sazon cuarenta años, la mitad de ellos pasados sufriendo los rigores de un padre fiero. Algunos de sus amigos manifestaron deseos de que en sus últimos momentos tomase por esposa á una amiga suya, doña Brianda Vaca, en quien tuvo un hijo natural, por nombre Felipe:

pero dijo con entereza que esto no era conveniente. Mas bien alto que bajo, y de buenas proporciones, su fisonomía naturalmente grave y melancólica sabia tomar en la conversacion un tinte risueño, que á todos pareció agradable menos á su padre. Era de condicion apacible, dado al estudio, protector de las letras, claro en el pensar y en el obrar, en la adversidad tan placentero como en la buena fortuna. Noblemente educado por un noble abuelo, Carlos III de Navarra, desde el dia de la muerte de su madre doña Blanca hubiera podido llamarse rey, á tenor de la declaracion de las córtes de Olite de 1422: y por respeto filial no lo hizo. Su madre, al dar el postrer suspiro, conocedora del carácter altanero del rey don Juan su esposo, rogó al príncipe que pidiese la bendicion paterna antes de llamarse rey de Navarra. Temia ya que el padre no se la daria jamás. El príncipe obedeció, como él mismo dice, por honestidad y para no obscurecer ni disminuir el honor paterno. Cuando los navarros, sin quererlo él, le proclamaron, los reprendió diciéndoles que era bueno que, nó él, sino su padre se llamase rey «aun de aquello que es nuestro.» En punto á matrimonio queria conservar su independencia; y por mas que su padre le brindó á que tomase por esposa á una hija del conde de Haro, así como él habia tomado á doña Juana Enriquez, hija del almirante de Castilla, jamás quiso consentir en ello. La parte sana y honrada de Navarra estuvo por él; los turbulentos estuvieron siempre por la turbulencia de que era su padre, el rey, legítimo representante. Años antes, ya en Tafalla, la primera vez que estuvo preso el príncipe, se pronunció la palabra tósigo. Tres años despues de su muerte, volvió á pronunciarse cuando su hermana doña Blanca, que tambien habia merecido el odio pa-

terno, murió de otra pócima en el castillo de Ortez. Seria, pues, la mayor de las vulgaridades, negar todo asentimiento á los que llaman parricida al rey don Juan II. Poco despues que el príncipe, murió tambien su repostero, que lo mismo que él habia enfermado en Morella, y parece que á los dos se les hallaron en estado de podredumbre los pulmones: y acabó de convencer á los que dudaban, la circunstancia de que el padre, el dia 11 de octubre, calientes en alguna manera los restos del príncipe, hizo jurar por heredero del trono á don Fernando. No habia querido que lo fuese don Carlos, y ahora se apresuraba á mirar por el porvenir del hijo habido en su segundo tálamo Con estos antecedentes ya no parecerá extraño que el dolor de los catalanes por la muerte de aquel príncipe se convirtiese en ciego furor contra quien les parecia reo de aquella alevosía. La plebe decia que el príncipe habia sido un mártir, y que Dios por él obraba prodigios. El mayor prodigio sin duda era esa concentracion de voluntades al rededor de un sepulcro para declararse por la virtud contra el vicio. Pero era muy facil que esa exaltacion popular, muerto el jefe, se extraviase. Luis XI, rey de Francia, trataba ya de sacar partido de ella, y envió á los catalanes una embajada mimosa, y se preparó para entrar en Navarra so color de mirar por los derechos de doña Blanca, hermana del de Viana, á quien su padre tenia tambien presa. Los catalanes mas prudentes creian que la irritacion pública no pasaria á mayores con tal que el rey no viniese á provocarla con su presencia. Y sin embargo la reina instaba en Barcelona para que el rey fuese recibido. Doña Catalina, infanta de Portugal, entró en un convento así que recibió la noticia de la muerte del príncipe de Viana. El conde de Foix y su esposa entraron en Na-

varra para tomar posesion del mando, y se prepararon para resistir al francés que armaba contra ellos al conde de Armañac, enemigo de entrambos. En Castilla, si hubiésemos de juzgar de los precedentes por las consecuencias, hubieron de pasar cosas en otro órden no menos graves que las de Navarra y Cataluña. El rey de Granada hizo algara por la parte de Cazorla, entró en Quesada, la puso á saco y la entregó al fuego. Los fronteros castellanos estaban ocupados en otra parte. El rey deseaba dar favor al príncipe de Viana y á sus parciales. El arzobispo de Toledo y los nobles descontentos formaban lo que podia llamarse el partido aragonés favorable al rey de Aragon y contrario del príncipe de Viana. Los cortesanos reconocian por jefe al arzobispo de Sevilla, que por este tiempo obtuvo bula pontificia para pasar á la metropolitana de Santiago y entregar la de Sevilla á un sobrino suyo. Apesar de la bula tuvo que ganar con las armas el nuevo arzobispado que el conde de Trastamara queria para un hijo suyo. El rey estuvo algun tiempo, junto con la reina, en Aranda, desde donde envió mil quinientos hombres por Valencia á Cataluña para auxiliar al príncipe y á los catalanes, y otros mil á las fronteras de Navarra para hostilizar á los agramonteses. Estando en Aranda se declaró que la reina estaba en cinta; y aunque algunos tenian sus dudas acerca de las facultades varoniles del rey, nadie protestó ni podia protestar fuera de este, siendo válido y subsistente el matrimonio. Algunas plazas de Navarra habian ya caido en poder de los castellanos cuando el rey se encaminó á Logroño, tomó las plazas de Arcos de San Vicente, y puso sitio á Viana, obligándola á rendirse por tratos. La de Lerin se defendió bien y le obligó á desistir del empeño de tomarla; y como entonces se volviese á Aranda, los no-

bles descontentos consiguieron que la mayor parte de aquellas plazas fuesen recobradas por el conde de Foix. Entonces el rey se trasladó con la reina á Madrid, conducida esta señora en silla de manos, aunque al entrar en aquella villa la hizo montar en las ancas de su mula. La reina estaba en los meses mayores, y nadie elevó ninguna queja, ni dejaron de tributarle los honores debidos á una reina. Los dos infantes don Alonso y doña Isabel, hermanos del rey, pasaron de Arévalo á Madrid y se les dió servidumbre en palacio. Don Beltran de la Cueva era muy solícito en el servicio de la reina, pero en ello no hacia mas que cumplir con las órdenes recibidas del monarca.

Créese que por el mes de enero de 1462 la reina dió á luz una infanta, que fué bautizada entre fiestas, con mucha pompa, por el mismo arzobispo de Toledo, siendo madrina doña Isabel, hermana del rey, y padrino el conde de Armañac que fué á la corte de Castilla para reanudar la alianza de esta nacion con la de Francia. Se sabe que dos meses despues, corriendo marzo, se celebraron córtes en Madrid, y en ellas fué jurada por heredera del trono la nueva infanta, á la que se puso por nombre Juana. Hay quien dice que en secreto protestaron algunos contra este juramento: pero en aquellos dias no se dijo que nadie hubiese protestado, ni en ninguna parte han podido constar aquellos pretendidos protestos. No se pasaron muchos meses sin que la reina volviese á estar en cinta, pero esta vez malparió de resultas de un susto por habérsele encendido el tocado. El rey de Aragon y sus amigos los descontentos de Castilla no dijeron nada por el pronto; pero el marqués de Villena, amigo del rey don Enrique, muy artificioso y dado á soltar medias palabras, fué á Zaragoza á tratar de paz y

amistad entre los dos reinos, y tuvo íntimas entrevistas con el rey de Aragon y la reina. De ellas volvió muy enemistado con don Beltran de la Cueva, y por labrar su ruína dió pretexto y fundamento á otras perturbaciones. Se necesita mucha calma para escribir este período de la historia de Leon y Castilla, por lo mismo que de una cosa mala nació una obra buena; y estando todos los afectos por esta, seria muy fácil que la pluma se atreviese á dar un buen colorido á los medios puestos en juego para alcanzarla. Entretanto el granadino habia probado una algara por la parte de Osuna y Estepa, y aunque tuvo fortuna en los principios, acabó mal, pues los fronteros cristianos esperaron á los moros á su vuelta en el paso llamado del Madroño, y los arrollaron. Lo mismo les sucedió á otros moros que probaron tambien algara en tierra de Écija. Hácia Jaen fueron los cristianos quienes movieron cabalgada, y les salió bien, volviendo con buena presa. La plaza de Archidona la tomó este año don Pedro Giron, maestre de Calatrava. Por este tiempo parece que el rey don Enrique recibió una embajada de Cataluña en que se le brindaba con el señorío de esta provincia. Poco hombre don Enrique para tomar determinaciones vigorosas, puso la resolucion á tela de dictámen en su consejo. Los amigos del aragonés decian que era injusto oir tales proposiciones. La parcialidad enemiga del mismo, se mostró favorable á los catalanes, diciendo que una vez que el rey de Aragon era un eterno sembrador de zizaña, parecia justo que se le pagase con maravedises del mismo cuño. A este dictámen se mostró favorable Enrique IV y manifestó á los enviados catalanes, uno de ellos el arcediano de Gerona, y otro Mosen Copons, que admitia aquel señorío y homenaje, y procuraria sostenerle en

cuanto estuviese de su parte. A la sazon la fortuna se le mostró propicia por donde menos lo esperaba. El descontento suscitado en Granada por las cabalgadas de los cristianos provocó alteraciones, y una traicion de parte de un moro que se pasó á los cristianos, recibió el bautismo, é hizo que la plaza de Gibraltar, mal guarnecida y peor pertrechada, sucumbiese, hecha antes una débil defensa. Este triunfo, tan facilmente obtenido, animó á los cristianos dirigidos por el maestre de Calatrava, á hacer entrada por la frontera de Jaen y el Puerto de Lope. Esa entrada se hizo por el mes de octubre, y de ella sacaron los cristianos un botin considerable; y los árabes confiesan que las plazas de Alcocha, Padul y otras fueron entradas á viva fuerza y dadas á saco; y que los cristianos solo se replegaron al tratar de poner en salvo la presa recogida. Los acontecimientos mas notables de la Península en el presente año pasaron en Cataluña. El rey don Juan II procuraba por medio de embajadas atraer á su partido al rey de Francia, para que le diese tiempo de sofocar las alteraciones del Principado. A los que le decian que se mostrase benigno con su hija doña Blanca, legítima sucesora del reino de Navarra, para probar de esta suerte que no habia perseguido por odio ni sistema al príncipe de Viana, les respondió entregando á aquella infeliz princesa á los condes de Foix, de cuyas manos estaba seguro que no saldria con vida. La reina doña Juana permanecia en Barcelona con el príncipe don Fernando su hijo, procurando dividir los ánimos de los ciudadanos, y excitando por medio de emisarios á los vasallos llamados de remensa para que se levantasen á favor suyo. Y cuando supo que no muy lejos de la ciudad podian ya formar una hueste, dijo que salia contra ellos, y se fué á

Gerona con dicho príncipe. Esta fué la señal del rompimiento entre el rey y sus súbditos. En Barcelona se dió á don Juan II por desposeido del trono, y se dispuso armamento general para rechazarle como parricida. El conde de Pallarés salió con algunas compañías en seguimiento de la reina, derrotó á los vasallos de remensa que quisieron cortarle el paso, y amenazó la plaza de Gerona. Entretanto la Diputacion del Principado, desengañada del francés, envió á brindar al rey de Castilla con el señorío de Cataluña. El pueblo se acordaba de que los ancianos, desde los tiempos del parlamento de Caspe, decian que el verdadero rey de Aragon, Valencia y Cataluña, antes que don Fernando de Antequera, debia haber sido don Juan I de Castilla. Brindaban pues ahora al hijo de este soberano con la corona que habia sido usurpada á su padre. Muchos son los que no ponen en duda que si en este tiempo hubiese reinado en Castilla un monarca menos apocado que Enrique IV, el descontento reinante en los dominios del aragonés y la cruel persecucion sufrida por la desgraciada doña Blanca de Navarra, hubiera producido la union ibérica por la que muchos suspiraban. Pero ocupando el trono de Leon y Castilla un príncipe de poco corazon, si aquella union debia tener lugar, habia de ser obra mas bien de los aragoneses que de los castellanos. El rey don Juan II fué al socorro de su esposa sitiada en Gerona, mientras el conde de Foix acudia asimismo por la parte de Francia con un ejército cuya caballería constaba de seis mil hombres. En Lérida le cerraron las puertas al rey don Juan; en Balaguer tuvo que abrírselas por fuerza de armas; una hueste salida de Barcelona no pudo detener al rey en su marcha por la alta montaña; otra hueste catalana, mandada por el vizconde

de Rocaberti, fué arrollada en la frontera por el conde de Foix; y esta primera campaña terminó replegándose el conde de Pallarés, levantado el sitio de Gerona, y formando de las tres huestes catalanas un cuerpo para hacer frente al rey situado entre Tárrega y Lérida, con quien estaban ya la reina y el príncipe don Fernando, y á los franceses que se adelantaban por la parte de Gerona. Parecerá increible la energía desplegada por los catalanes en esta sangrienta lucha. Con diez mil hombres escasos se atrevieron á hacer frente á un triple número de contrarios aguerridos. Destacaron mil hombres para meterlos en Lérida, y no pudieron evitar que, cortados, se metiesen en Castell D'Asens, y en él se entregasen. Queriendo vengar este descalabro, cuatro mil catalanes acometieron á don Juan de Saravia, y le obligaron á meterse en Rubenat, en donde le sitiaron. Acudió el rey don Juan al socorro de Saravia y tuvo la fortuna de derrotar el dia 23 de julio á los catalanes. En Cervera celebró el rey esta victoria haciendo degollar á dos jefes de los catalanes, Jofre de Castro el uno, Juan de Agulló el otro. Varias poblaciones, en su número Tárrega, abrieron sus puertas al vencedor; el rey y la reina, incorporadas en su hueste las tropas francesas, hicieron un amago sobre Barcelona y fueron rechazados. Dirigiéronse contra la poblacion de Villafranca del Panadés, y la entraron por fuerza de armas, á filo de la espada, sin respetar el asilo del templo. Embistieron despues la ciudad de Tarragona, que al principio se resistió y luego se entregó por tratos. Algunas tropas castellanas hicieron por la parte de Alcañiz y Tortosa una diversion que fué muy favorable á los catalanes, y obligó al rey don Juan á correrse hácia Aragon con sus tropas y las francesas, aunque estas manifestaron que tenian

rden de no romper hostilidades contra el rey de Castilla. Aprovecháronse sí de aquellas circunstancias para apoderarse del Rosellon y cometer en Perpiñan muchas tropelias. Animados los catalanes con el refuerzo llegado de Castilla emprendieron una campaña de otoño, hicieron un nuevo amago poco feliz contra la ciudad de Gerona que estaba por el rey, y entre las varias alternativas de una lucha enconada consiguieron que muchos pueblos, poco antes recobrados por el rey, volviesen á levantarse contra él.

Pero en 1463 no pudieron impedir que los consejeros del rey de Castilla se declarasen en favor del rey de Aragon ó hiciesen de manera que el castellano y el aragonés firmasen compromiso en que se obligaban á poner sus diferencias en manos del rey de Francia. Los dos enviaron legados á Bayona; y el francés dió su fallo, disponiendo que el rey de Castilla sacase sus tropas de los dominios del rey de Aragon; que se le diese la merindad de Estella y á mas cincuenta mil florines por los gastos que reclamaba; y que se decretase olvido á favor de los vasallos comprometidos de una y otra parte. Esta sentencia lleva la fecha del dia 23 de abril. Las memorias castellanas, ni mas ni menos que las francesas, hablan de la entrevista que tuvo en las riberas del Bidasoa el rey de Francia con el de Castilla. Este llegó al punto de reunion partiendo de Fuenterrabia; el francés vino de Bayona á San Juan de Luz. Los castellanos ostentaban la mayor magnificencia en el traje; los franceses iban muy sencillos. Enrique IV de Castilla pasó el rio en una vistosa barca, rodeado de otras muchas, todas con las armas de Leon y Castilla. En la misma márgen del rio el francés recibió al castellano, y fué leido aquel fallo con el cual se conformó Enrique IV. Tambien se conformó con él

el rey de Aragon. Y no obstante esto los dos reyes procuraron no ejecutarle sino á medida de sus deseos. El aragonés hizo que los navarros se opusiesen á la entrega de Estella, y el castellano discurrió de qué manera podia sin estrépito apartar de su lado al arzobispo de Toledo y al marqués de Villena, conociendo que mas bien servian los intereses del rey de Aragon que los de Castilla. La reina de Aragon debia quedar en poder de los castellanos como en rehenes de la ejecucion de aquella sentencia, pero el arzobispo de Toledo la dejó en libertad sin condiciones. Á su vez el marqués de Villena trató de que la merindad de Estella se trocase por varias poblaciones á que el aragonés pretendia tener derecho en Castilla. Muy luego el arzobispo y el marqués conocieron que habian perdido la confianza del rey, y se pusieron en guarda, lo que en boca de los hombres turbulentos de aquel reino indicaba que harian una guerra sin tregua á don Beltran de la Cueva y al mismo rey, en provecho de los aragoneses. No les animaba en ello una idea nacional profunda, sino un espíritu dado á las alteraciones. Lo mismo le pasaba al rey de Aragon don Juan II. Pudiendo ver enlazada la corona de Navarra con la de Aragon en las sienes de un hijo suyo, prefirió separar ambos reinos á trueque de poder vengarse. Ahora no atendia á la union de Aragon y Castilla sino á sus propios intereses: y si esta union fué el fruto de sus tramas, resultado providencial puede llamarse, y nó consecuencia de un plan que se hubiese trazado. Enrique IV se dirigió á fines del año á Sevilla para apaciguar varias alteraciones promovidas por los Fonsecas, tio y sobrino, que lidiaban, nó por términos de justicia sino con las armas, por la posesion de aquel arzobispado. El sobrino estaba en posesion de él, y no quiso avenirse á cederle al

tio, que se lo reclamaba en virtud de una bula pontificia, dándole en cambio el de Santiago. El pueblo se declaró en favor del sobrino, y el rey hizo lo mismo por el pronto, pero luego dió al tio la prelacía que deseaba. Cuando les llegó á los catalanes la noticia de que el rey de Castilla no tenia el corazon bastante ancho para aspirar á la dominacion en Aragon ni para recoger la herencia de Navarra con que le brindaba una princesa amable, que un dia se habia llamado esposa suya, lo sintieron pero no se descorazonaron. La guerra siguió con varias alternativas, mientras de parte del Principado se enviaba una embajada al infante de Portugal don Pedro, residente en Ceuta, brindándole con el señorío de Cataluña. Este infante descendia de una de las hijas del conde de Urgel, Jaime el Desdichado. Algunos catalanes deseaban ajustar diferencias con su rey; pero otros decian que no era posible borrar en tan corto plazo las huellas de un fatal parricidio. El jefe de la armada barcelonesa se atrevió á llegar hasta Mahon y hacer presas en este puerto. Varias plazas, en su número la de Cervera, antes perdida, y la de Solsona, fueron recobradas por el rey don Juan. Otra tentativa hicieron los barceloneses contra la ciudad de Gerona; pero sus contrarios les hicieron tambien desistir de ella como de las anteriores. El infante don Pedro de Portugal parece que hubiera acudido con prontitud á la demanda de los catalanes, á no haber sufrido en África los portugueses un descalabro muy sensible. Habian querido apoderarse por tratos de la plaza de Tánger, y los moros hicieron con ellos lo que un Manrique hizo en otro tiempo en Logroño con los navarros: cobrar el precio de una traicion, y pagar con otra.

Don Pedro de Portugal desembarcó en Barcelona el dia

5 de enero de 1464, y diez y seis dias despues fué proclamado, nó meramente conde de Barcelona, sino rey de Aragon y de Sicilia, como á nieto del conde de Urgel. Poco tardó en entrar en campaña. Conociendo que las fuerzas de su enemigo eran superiores, procuraba evitar todo encuentro decisivo, y se limitaba á socorrer las plazas amenazadas. La de Lérida no pudo sostenerse mucho tiempo contra los esfuerzos del rey don Juan, y fué una pérdida muy sensible para los catalanes, pues llevó tras sí una desercion numerosa. Algunas poblaciones, en su número la de Flix, sucumbieron asimismo. La guerra se hacia con fiereza. Allí donde podia el rey cebar su saña, lo hacia como si la tierra le fuese enteramente enemiga. Para poder concentrar todas sus fuerzas sobre los catalanes, firmó treguas con la república de Génova. Hizo que su hijo don Fernando fuese jurado como sucesor suyo en el reino de Sicilia Acordó capítulos de paz á los condes de Foix y á los beamonteses de Navarra para tener este cuidado menos en que ocuparse. Y creyó que así conseguiría dar á la guerra de Cataluña aquella actividad que en su opinion debia acabar con ella en breve tiempo. Pero la tenacidad de los catalanes iba formando eco. El duque de Borgoña les envió algun refuerzo. Algunos aventureros de otras comarcas tomaban á punto de honra acudir á pelear bajo sus banderas. No veian egoísmo en ellas, sino un orgullo nacional herido en su pundonor y que luchaba en nombre del reino, y nó de intereses privados, contra un príncipe á quien acusaba del mas cruel atentado. Este año el rey de Portugal estuvo en Ceuta, y á invitacion del de Castilla se avistaron ambos monarcas en Gibraltar, y sentaron las bases de una mutua concordia. Doña Isabel, hermana de don Enrique IV, debia dar la mano de esposa

al rey de Portugal Alonso V. Pero aquella infanta sabia que de muy niña habian prometido su mano al heredero del trono de Aragon; y tenia la suficiente perspicacia para traslucir las telas que urdian el arzobispo de Toledo, el marqués de Villena y otros nobles contra el rey don Enrique y á favor del rey de Aragon; por lo que al serle propuesto aquel enlace, respondió que á tenor de la costumbre de Castilla las hijas de reyes no se casaban sin consejo y consentimiento de los grandes; género de excusa en que tenia demasiada transparencia la negativa, pero que fué muy del gusto de los grandes coligados. A pesar de todos los reparos puestos por el monarca á su concordia con el aragonés, se avino á que fuesen publicadas las paces, y se entregó mas que nunca á la amistad con don Beltran de la Cueva: como si dijese á los conjurados que, aunque habian hasta entonces conseguido todos sus deseos, ya era en vano que preparasen nuevos artificios. La venganza que meditaron aquellos poderosos ofendidos fué una de las mas villanas ruindades. Confederados con el rey de Aragon y con todos los amigos de turbaciones, siempre numerosos en las córtes, trataron de desdorar el trono, que fué un milagro como resistió al embate de su infernal intriga. Hasta este tiempo habia sido acatado el honor privado de los reyes, apartando del tálamo real toda mirada profana, y reconociendo á tenor de las leyes que solamente el esposo tenia derecho de acusar de adulterio á su esposa. Ahora los grandes de Castilla debian dar el funesto ejemplo de querer vengarse de un valido, acusándole de tener intimidades con su reina, y de esparcir por el cieno las joyas mas bellas de una corona para hacerla despreciable á los ojos del mundo. Los conspiradores sabian bien que en tales casos el vulgo no deja de creer á ciegas

todas las maldades de que se acusa á los potentados, y aun las abulta enormemente. Y sabian asimismo que, como á ese linaje de acusaciones no hay respuestas posibles, y que, una vez proferida la acusacion, el escándalo está ya dado, y el efecto está ya producido, ya no era posible que el rey don Enrique IV, de suyo muy poco hombre, pudiese presentarse ante el pueblo, ni enseñarle su hija, presunta heredera del trono, sin que la plebe le silbara. Propalaron pues, que el rey era á todas luces impotente, y que don Beltran de la Cueva, y nó el rey, era el padre de aquella princesa. Todos los amantes de la monarquía se llenaron de rubor, escandalizados de que unos que se llamaban grandes del reino se metiesen en tales bajezas. Pero era necesario vengarse del rey por sus desamores, y de don Beltran de la Cueva por su fortuna, y la conspiracion pasó adelante tomando cada dia mayor incremento. Los orígenes de aquella trama demuestran bien su índole. Varias veces el rey procuró atraer de nuevo á su partido al marqués de Villena, conociendo cuán peligroso era tenerle por enemigo. La única condicion que ponia el marqués era que el arzobispo de Sevilla fuese alejado de los consejos del reino. Convino en ello el rey y aun mandó que aquel prelado fuese preso: pero el mismo Villena dió aviso del mandato al arzobispo, y le hizo pasarse al bando de los descontentos. Aunados todos ellos decidieron arrancar del trono al monarca y poner la corona en las sienes de su hermano don Alonso, príncipe no menos débil y apocado que su hermano Enrique IV. No propendieron á que los reinos de Aragon y Castilla quedasen unidos, sino á buscarse una nueva sombra de monarca que les dejase obrar á su albedrío. Para ello era necesario intentar un golpe atrevido; y al efecto acudieron

á Madrid para sorprender al rey, apoderarse de su persona y de las de los infantes, y perder á don Beltran de la Cueva. La vigilancia de este mas bien que la del rey frustró la tentativa. Villena suspiraba por el maestrazgo de Santiago. Si, el rey se lo hubiese dado, acaso la conjuracion se hubiese disuelto: pero Enrique IV hizo que aquella dignidad fuese conferida á don Beltran de la Cueva; y esto acabó de exasperar al marqués y á sus secuaces. Todo les pareció lícito para vengarse de un rey que les negaba tales destinos. En Segovia intentaron prenderle, comprando á doña María de Padilla que velaba junto al dormitorio de los reyes: mas tambien les salió frustrado este designio. Instaron para que el monarca acudiese á unas vistas con ellos en el monasterio de San Pedro de las Dueñas; y el rey tuvo de escapar á uña de caballo para no caer en sus manos. El dia 29 de setiembre estalló en Burgos el levantamiento y rebelion de algunos nobles y prelados, á quienes secundaba el aragonés con todos los esfuerzos que las circunstancias le permitian. Declararon que destituian al rey por tirano, que nombraban por sucesor suyo al infante don Alonso, que levantaban el juramento hecho á favor de la princesa doña Juana, á la que llamaban supuesta, y que apartaban del gobierno á don Beltran de la Cueva y le despojaban del maestrazgo de Santiago. En respuesta á aquella manifestacion, mandó don Enrique IV que el obispo de Astorga y el de Cartagena abriesen exámen sobre el vergonzoso extremo de que hablaban aquellos rebeldes. Entre los testigos que prestaron declaracion hay la del doctor don Juan Fernandez de Soria, médico de los reyes desde el tiempo de don Juan II de Castilla. De ella se desprende que desde la edad de doce años no se habia notado en la constitucion orgánica del rey nin-

gun defecto; que despues se habló de maleficios, y parece que á ellos fué achacado el impedimento para la union con doña Blanca de Navarra; pero que, disuelto este enlace, el rey habia recobrado su virilidad, por cuya razon la princesa doña Juana no podia dejar de ser mirada como hija suya. Pero esto no era ya cuestion de derecho, sino de fuerza. Los conjurados eran numerosos; todos los hombres turbulentos del reino estaban á favor suyo; la parte sana hubiera hecho estallar contra ellos su indignacion si hubiese habido un buen jefe para dirigirla. El rey se puso á temblar y lo perdió todo. Parecióle que concertando enlace entre su hija y el infante don Alonso, conjuraria todos los peligros, y en Cabezon concedió vistas á los conjurados, y, á pesar de todas cuantas representaciones le hicieron muchos buenos patricios, entregó dicho infante don Alonso en rehenes de sus buenas intenciones, y accedió á que don Beltran de la Cueva renunciase el maestrazgo de Santiago. Esta fatal concesion confirmó á los ojos del vulgo las sospechas sobre la legitimidad de la heredera del trono, y dió á los conjurados el poder de la opinion que les faltaba.

El conde de Foix intentó en 1465 sacar algun partido de las alteraciones de Castilla, y se apoderó de la plaza de Calahorra, y luego se puso sobre la de Alfaro. Escarmentáronle los vecinos de esta poblacion, y tuvo que alejarse, con cuya noticia los de Calahorra se sublevaron y pasaron á cuchillo la guarnicion francesa que allí habia dejado el conde. El rey de Aragon tuvo que dividir sus fuerzas, yendo con parte de ellas á dar favor á los castellanos rebeldes, y dejando otra parte en Cataluña para hacer la guerra á los catalanes sublevados. Mandaba á estos don Pedro de Portugal, y á sus contrarios el príncipe don Fernando, hijo del

rey de Aragon. Este tenia puesto sitio á la ciudad de Cervera, ahora ocupada y defendida por los catalanes. Don Pedro intentó entrar socorro en la plaza, acudiendo con un convoy custodiado por dos mil infantes y seiscientos treinta caballos. El príncipe le esperó y le acometió á vista de Calaf el dia 31 de enero, y tuvo la buena suerte de derrotarle completamente. Los portugueses dijeron que la necesidad de tener que defender el convoy los habia perdido. Los catalanes dijeron que antes de defender el convoy debian haberse asegurado de la victoria. El socorro que no pudo entrar el portugués, le entró don Beltran de Armendariz. Don Pedro se fué al Ampurdan, y entró en Ciurana y despues en la Bisbal. No pudo impedir que su enemigo entrase en Igualada, parte por tratos, parte á la fuerza. El sitio de Cervera le vino á dirigir muy luego en persona el mismo rey don Juan II con fuerzas superiores; y las crónicas catalanas dicen que don Pedro juntó entonces en Manresa una hueste compuesta de seis mil hombres y se adelantó con ella y presentó batalla á su enemigo el dia 5 de julio. La posesion de Cervera debia ser para el aragonés el premio de esta jornada. Fué reñida, y se disputó la victoria con el mayor encarnizamiento. Don Pedro quedó vencido, dejando en el campo mil trescientos hombres. Cervera tuvo que abrir sus puertas al vencedor; Prats de Rey y Ulldecona imitaron su ejemplo; pero Tortosa fué sitiada y rechazó á los aragoneses; y por otra parte las plazas de Bagá, Olot y Camprodon cayeron en poder de don Pedro: de suerte que, cuanto mas se empeñaba la lucha, mas ardimiento iban tomando los que no veian en el rey don Juan un príncipe digno de ceñir corona. Parecia que en Castilla estaba vengándose de las amarguras por las que pasaba en Cataluña. El rey don En-

rique IV consintió en que su hermano don Alonso fuese jurado por heredero de la corona, casando con doña Juana, hija del rey. Don Beltran de la Cueva, conde de Ledesma, manifestó que renunciaba al maestrazgo de Santiago, no porque se considerase por indigno de ejercer este cargo, sino por servir á su rey en todo cuanto á este le pluguiese. En cambio de este noble proceder el rey le dió el ducado de Alburquerque. Ya el marqués de Villena, el arzobispo de Toledo y el almirante de Castilla fueron los árbitros y señores del reino. Nonbraron jueces de su devocion para dirimir las diferencias entre el rey y sus vasallos, pero en realidad para asumirse todos los poderes. Cuando el rey se vió poco menos que preso, quiso volver sobre sus acuerdos, y recobrar la guarda del infante don Alonso; pero ya no era tiempo. El mismo arzobispo de Toledo, depuesto todo miramiento, rompió abiertamente con el monarca, enviándole á decir que luego veria quién era rey de Castilla. Los coligados iban allegando gente y se denominaban restauradores de la monarquía. Los hombres honrados decian que cómo podian ser tales los que en el acto mismo la llenaban de vilipendio. Junto á Ávila levantaron un gran tablado, sentaron en él una como estatua de don Enrique IV, cetro en mano, manto en hombros, corona en sienes, é hicieron leer una sentencia por la que declaraban depuesto al monarca. En seguida el arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo subió al tablado y quitó la corona de la cabeza de la estatua; en pos de él subió el marqués de Villena, y la tomó el cetro; luego el conde de Plasencia, y la arrebató el estoque; y por último otros nobles la despojaron del manto y la arrojaron al suelo, profiriendo blasfemias: que de esta suerte unos magnates vendidos al rey de Aragon creyeron

honrar en Castilla la monarquía. Y luego hicieron subir al tablado al infante don Alonso, le aclamaron por rey, y dijeron que acataban en él aquello mismo que acababan de tratar con la mayor ignomínia. Uno desearia no tener que contar tales cosas, y borrar los nombres de los actores de tales escenas. Pero no es posible decir que esto no haya pasado en Castilla. Una rebelion de tan mala índole hubiera en otros paises, menos familiarizados con las rebeliones, conmovido profundamente la opinion pública. En aquella tierra se tomó con calma, pareciendo á los ojos de la gente sensata una expiacion tremenda. Ese príncipe, ahora víctima de las rebeliones, antes habia sido rebelde con su propio padre. Pero aun no estaba perdido todo. No faltaron nobles que, al igual de don García de Toledo, conde de Alba, pusieron toda su fortuna á la disposicion del legítimo monarca. El marqués de Villena, conociendo que el aparato teatral de Ávila no habia bastado para destronar á don Enrique, deseaba mantenerse entre dos aguas y darle consejos; y como el arzobispo de Toledo le echase en cara este proceder, se fingió malo hasta el punto de recibir el viático y encomendar á aquel prelado todos sus haberes para desvanecer sus sospechas: y así dejó de asumirse á su entender la responsabilidad de ciertos actos y preparó otras peripecias. Conocia que se habia dado un grande escándalo sin dar un gran golpe. En Zamora la hija del rey habia sido recibida con un entusiasmo que destruia lo hecho en Ávila. El arzobispo de Toledo se apoderó de Peñaflor, y luego fué á poner sitio á Simancas; pero en esta ciudad desde la muralla le escarnecian y le llamaban don Opas, que era compararle con el tipo mas repugnante de los hombres conocidos por traidores. La reina habia ido á Portugal por gente,

y volvió sin ella; pero no se necesitaba. Los Santillana, Mendoza, Medina-Celi, Almazan, Cameros, y otros grandes, y muchos prelados, aunque no estuviesen contentos del rey, acudieron á su servicio, conociendo que lo que allí se ventilaba era un proceso de honra pública. Treinta y cuatro mil hombres, los veinte mil infantes, rodearon en breves dias al monarca castellano en Toro; y si hubiesen podido encender en su pecho la menor chispa del ardor que ellos sentian, muy mal lo pasaran los rebeldes. Pero Enrique IV era la desesperacion de los bravos. Todavía volvió á sentar tratos con los turbulentos, y firmó con ellos suspension de armas por cinco meses, y prometió que despediria sus tropas haciendo otro tanto con las suyas los rebeldes. Las ciudades que estaban por el rey, en su número la de Jaen, que habia resistido con el mayor ardimiento á sus contrarios, cayeron de ánimo al saber la pusilanimidad del monarca; y las que estaban por los rebeldes cobraron brios. Y como la gente despedida de las dos parcialidades infestaba los despoblados y se daba al merodeo, fue necesario que las poblaciones, á imitacion de lo que ya antes de este tiempo se habia hecho en Aragon, creasen hermandades para perseguir á aquellos malhechores.

De las memorias de los árabes se desprende que en **1466**, aunque otros anticipan un año este suceso, murió en Granada el rey Ismael III y le sucedió su hijo Ali-Abu'l-Hassan, sin oposicion alguna, si bien es verdad que ya fermentaban en el reino las alteraciones que luego debian conducirle á la ruína. En Cataluña los naturales siguieron sosteniendo su causa con una intrepidez digna de los mejores dias de su historia; y el rey de Aragon continuó hostilizándolos y obtuvo algunas ventajas. La plaza de Amposta,

agotados todos los medios de defensa, tuvo que rendírsele; en la de Tortosa entró por tratos, el dia 15 de julio, tras de un largo sitio, allanándose á no perjudicarla en sus franquicias. Don Pedro de Portugal, titulado rey de Aragon, habia muerto en Granollers el dia 29 de junio; y en su testamento nombraba por heredero á don Juan de Portugal. No por esto los catalanes se dieron por vencidos. Celebráronse con la mayor pompa los funerales del príncipe en Barcelona, y al mismo tiempo no se dió oido á los proposiciones de paz que hicieron las córtes de Aragon por medio de enviados. Miraron en quién podian poner los ojos para nombrarle su caudillo y les pareció que podia serlo un descendiente de aquel Anjou á quien dos siglos antes habian hecho una guerra de exterminio. Renato de Anjou admitió su señorío, y dijo que luego mandaria al Principado un hijo suyo para que le defendiese. Á la sazon el rey don Juan estuvo enfermo de unas cataratas mal cuidadas, y entró en mucho cuidado al tener noticia de los aprestos que hacia el de Anjou para hacerle la guerra en Cataluña. Hizo escribir al papa, á los príncipes y duques de Italia, y á los reyes de Inglaterra, Portugal y Nápoles, explicándoles á su manera el levantamiento de Cataluña y suplicándoles que no diesen socorros á los sublevados. Deseaba impedir que la escuadra barcelonesa pasase á la Provenza en busca de la hueste del de Anjou, y para conseguirlo hizo salir de los puertos de Mallorca otra escuadra. Los jefes de esta dijeron que habian avistado á la enemiga, dándola caza y derrotándola; pero los de la barcelonesa dijeron que habian continuado su rumbo como deseaban. En Barcelona procuró el rey de Aragon introducir aquella cizaña de la discordia que habia sabido sembrar con tanta maestría en Castilla; y se dice que ganó

á su partido á un letrado por nombre Estopinan, y á un conceller llamado Cestortes: pero ambos fueron presos y ahorcados. Las tramas urdidas por don Juan en el reino de Castilla daban resultados mas lisonjeros para su partido y no menos fatales para la monarquía. Los pueblos pasaban de una parcialidad á otra con una volubilidad solamente comparable con la de los grandes. Valladolid, que antes estuvo por los turbulentos, ahora se puso á favor del monarca. El arzobispo de Sevilla y el marqués de Villena ofrecian servir al rey con todo su poder si daba al hermano del marqués don Pedro Giron la mano de doña Isabel su hermana. Estos tratos matrimoniales estuvieron muy adelantados, y como tenian ejemplos en anteriores reinados, es muy probable que hubiesen llegado á términos de boda sino lo hubiese estorbado la muerte del marqués acaecida el dia 2 de mayo. Ya Villena volvió á formar en las filas del infante don Alonso; el duque de Medina-Sidonia se apoderó de Gibraltar; el conde de Arcos entró en Cadiz, casi despoblada por la peste; y las gentes decian que estas turbaciones eran claramente presagiadas por un cometa que se dejó ver por el mes de mayo, y por una estrella que brilló en mitad del dia. Otras plazas fueron ocupadas por la hueste del rey; algunos amigos de Villena se pasaban á veces al campo de don Enrique; y todo era confusion en medio de una caterva de potentados ganosos de dar leyes, y poco amigos de sujetarse á ellas. En las márgenes del Duero, no muy lejos de Palencia, se avistó la hueste del rey con la de los rebeldes: mas no llegaron á darse batalla. A muchos les parecia grata esta existencia pasada en la soltura: pero para la nacion fueron aquellos unos dias muy tristes. Por mediacion de un legado pontificio hubo otra suspension de hostilidades, y se enta-

blaron nuevos tratos en Coca: pero á nada condujeron por la malicia y los ardides del marqués de Villena. Hubiera sido imposible por este tiempo vivir en Leon y Castilla á no haber sido por las fuerzas que con nombre de hermandades pusieron en campaña las poblaciones para perseguir á los malhechores.

Acababa de ser nombrado gobernador de Aragon el príncipe de este reino, don Fernando, que apenas contaba quince años en 1467. Existe una escritura de poder de este príncipe dada á primero de mayo de este año, en que se faculta al condestable de Navarra Peralta para contraer matrimonio en nombre del príncipe con doña Beatriz Pacheco, hija del marqués de Villena, por este tiempo ya maestre de Santiago. El rey don Juan de Aragon deseaba concertar este matrimonio para obtener de los sublevados de Castilla algunas tropas con que pudiese activar la guerra de Cataluña. Tambien deseaba casar á su hija la infanta de Aragon, doña Juana, con don Alonso, hermano del rey de Castilla. Pero las memorias de los castellanos dicen que el almirante de Castilla, suegro del rey de Aragon, y abuelo de dicho príncipe don Fernando, se opuso al matrimonio de este con la Pacheco. La necesidad de obtener auxilios se hacia sentir viva para el rey de Aragon en el Principado. El duque de Lorena, hijo del de Anjou, habia penetrado, al parecer, en el Ampurdan por Rosas, desembarcando algunas tropas merced á la armada barcelonesa. La misma reina de Aragon, doña Juana Enriquez tuvo que embarcarse en Tarragona, y echar gente en el Ampurdan junto á Rosas para poner sitio á esta plaza y atajar los progresos del duque de Lorena. Este acababa de poner cerco á la ciudad de Gerona. Iba con la reina su hijo don Fernando, y luego acudió

por mar desde Tarragona, aunque enfermo, el rey don Juan II. Los tres hicieron algunas incursiones por el Ampurdan, y consiguieron que el de Lorena se alejase de Gerona; pero fué para correrse hácia Barcelona, en donde fué jurado y juró los fueros, y para amenazar la provincia de Tarragona hasta el punto de obligar al rey y á la reina á reembarcarse en Rosas y volverse con lo mejor de su gente á cubrir aquella plaza. Al de Lorena le habia enviado algunos refuerzos el conde de Armañac su aliado. El príncipe don Fernando se habia metido en Gerona desde donde procuró tener el Ampurdan en alarma y recobrar algunas plazas; y en una de sus salidas, como mozo inexperto y arriscado, sufrió una completa derrota, y hubiera caido en manos de sus enemigos á no haberle salvado, cubriendo su retirada, don Francisco Rebolledo que cayó prisionero. La reina de Aragon entretanto tenia vistas con su entenada la condesa de Foix, acusada por la voz pública de haber envenenado tres años antes en Otez á su hermana doña Blanca de Navarra, y ajustaron el modo y forma como podrian impedir que el conde de Armañac diese auxilio al duque de Lorena. Otros dicen que en estas vistas se trató tambien de probar si por la parte de Logroño y la Rioja podrian los navarros recobrar algunas poblaciones, sacando partido de la guerra civil en que ardia Castilla. Alborotos en Madrid, sedicion en Toledo, entrada de los rebeldes en Olmedo por sorpresa, necesidad en que se vieron los leales servidores del rey de pedirle que les diese en rehenes su hija para que la custodiasen y estuviesen seguros de que ya no se entraria en avenencias parciales con los sublevados: son otros tantos episodios de una lucha fecunda en irresoluciones, veleidades, y malos ejemplos. Los sublevados, dueños de la for-

taleza de Medina del Campo, querian hacer suya la poblacion; mas el rey fué á socorrerla. Junto á Olmedo le esperaron los rebeldes, mandados por don Alonso y por el arzobispo de Toledo, cuya caballería llegaba á unos dos mil hombres. Los crónicas de Castilla no se olvidan de decir que el rey don Enrique dejó para sus capitanes la empresa, y se retiró á un sitio denominado Pozal de Gallinas, como por epígrama. El dia 20 de agosto llegaron á las manos las dos huestes. Mas pareció torneo á muerte que batalla. Los dos príncipes contemplaban desde opuestas alturas las arremetidas que se daban los combatientes. La infantería no sirvió, de una ni de otra parte, porque ninguna llevaba plan ni concierto. La noche separó á los adalides, que dejaron en el campo unos quinientos cadáveres, mitad del un bando, mitad del otro. Cada parcialidad hizo prisioneros á la contraria; cada una tomó banderas á sus enemigos; todas ellas celebraron la victoria, y dijeron haberla obtenido muy señalada. Los sublevados ganaron por traicion la plaza de Segovia, y perdieron la de Iscar. Antonio de Veneris, obispo de Leon y legado pontificio procuraba poner en paz á los combatientes y se convencia de que esto seria imposible mientras alguno de ellos por talento ó valor no dominase á sus contrarios. El marqués de Villena era el eterno atizador de la discordia. Habia obtenido de don Alonso el maestrazgo de Santiago; y ahora halló medio de que tambien se lo diese don Enrique con la esperanza de un arreglo. El cándido monarca era traido y llevado de un congreso á otro sin que los desengaños hiciesen mella en su ánimo. Juntáronse unos en Segovia y otros en Montejo de la Vega sin que ninguno pudiese avenirse. En Segovia la infanta doña Isabel cayó en poder de los rebel-

des, y los siguió desde entonces á todas partes sin hacer ningun esfuerzo para volverse á donde estaba su legítimo monarca. El legado pontificio fulminó sentencia de excomunion contra los nobles y señores que no prestasen desde luego obediencia al rey don Enrique IV; pero los rebeldes tomaron el entredicho por via de juego, diciendo que apelaban de él por ante el concilio. Como para muestra de sumision se apoderaron por connivencia de la ciudad de Valladolid. En Extremadura, Monroy sostenia la causa del rey contra el maestre de Alcántara; y se apoderó de Brozas, Zalamea y Alcántara, y derroló completamente á aquel contrario. Lo que á muchos les parecia extraño era que un príncipe tan desatentado como don Enrique IV hallase tan bravos defensores, á pesar de seguir malogrando sus triunfos.

En 1468 el infante don Alonso puso á su hermana doña Isabel en posesion de Medina del Campo, sin que ella se opusiese á esta manifestacion de un poder ilegítimo. Don Enrique perdonó al maestre de Alcántara sus desafueros, y aun le dió campo para que muy luego pudiese cometerlos mayores. El legado pontificio habia informado al papa Paulo II manifestándole que si bien la debilidad del rey podia dar camino á las sediciones, sin embargo no las justificaba. A consecuencia el pontífice recibió con semblante muy severo una embajada que le envió la liga, y manifestó la injusticia de su proceder, diciendo que en vez de atraer las bendiciones del cielo sobre el infante don Alonso á quien habian ensalzado, llamaban sobre él los castigos eternos y la muerte. Con su ejemplo provocaban á todas las clases á la desobediencia. Un dean de Sigüenza, por muerte del prelado de esta diócesis, habia usurpado la prelacía, y se hizo indispensable sacarle de ella por la fuerza. Las ciuda–

des, fluctuantes entre los dos bandos, hoy obedecian al uno para pasarse mañana al otro. La de Toledo volvió á la obediencia de don Enrique con la misma facilidad con que se habia pasado á la del infante. Burgos hizo lo mismo. El infante don Alonso, y su hermana doña Isabel fuéron con hueste para recobrar la ciudad de Toledo. El dia 5 de julio se detuvieron en Cardeñosa, y no bien habian comido cuando don Alonso se tendió para descansar un rato, y le dió un mortal parasismo. En vano le suministraron remedios, pues espiró muy luego. Algunos dijeron que habia muerto de un ataque de apoplejía; otros que de un caso fulminante de peste de la que venia acometido; y hubo quien dijo que su carácter se habia dado á conocer en dos ocasiones distintas, excitando el descontento entre los rebeldes, que creyeron conveniente deshacerse de él por tósigo dado en una trucha. En sentir de los que esto último afirman, el infante habia dichoque muy luego se haria respetar de los turbulentos y castigaria maldades. Tenia á la sazon quince años; y no puedeserle imputada la rebelion de que era instrumento. No sedesconcertaron por esto los sublevados, antes pasando á Avila con lainfanta doña Isabel, la ofrecieron la corona. Esta princesa tenia mas dicernimiento; habia oido hablar del escándalo ofrecido al tiempo de la coronacion de su hermano; sabia que el papa no aprobaba ni podia aprobar semejantes sediciones; y tenia la reciente experiencia del difunto á quien la corona le habia ofrecido muy pocas dulzuras. Respondió, pues, que mientras viviese su hermano no podia titularse reina; pero, amaestrada por los que la rodeaban, dijoque deseaba ser jurada heredera del trono, en competencia con doña Juana, hija del monarca, á quien llamó supuesta. Algunas ciudades, al recibir la nueva de la

muerte del infante don Alonso, volvieron á la obediencia de don Enrique. Otras, como Sevilla, y Jerez de la Frontera, levantaron pendones por doña Isabel. Los jefes de la sublevacion creyeron que seria prudente entrar en tratos con el monarca, y como este en su apocamiento lo facilitaba todo, nombráronse comisionados de una y otra parte, y parece que en Cebreros ajustaron concordia en virtud de la cual doña Isabel debia ser jurada como heredera del trono, y sucesora muerto el rey, dándosela entretanto las rentas de algunas ciudades, y prometiéndose en todo lo demás el acostumbrado olvido. La infanta no tomaria estado de matrimonio sin consentimiento del rey; y la reina y su hija serian trasladadas á Portugal cuanto antes. Concesiones hechas al espíritu de rebelion, dijeron unos, pues no consta que el rey sea impotente, ni que la infanta doña Juana sea supuesta. Resultado de las guerras civiles, decian otros en que de una y otra parte han de hacerse sacrificios para llegar á un acomodamiento. El dia 19 de setiembre el rey y la infanta se avistaron en Toros de Guisando, en presencia del legado pontificio, y leida la concordia fué aprobada. El legado absolvió al reino del juramento hecho á doña Juana, y fué jurada como á heredera sucesora en el trono doña Isabel. Nada se dijo de la suposicion ni de la impotencia. La rebelion presentó sus condiciones; el monarca pasó por ellas á trueque de conservarse en el poder algunos años mas; y quedó sacrificado su honor, y el de la reina; y los intereses de una inocente infanta quedaron sin justicia postergados. La reina se fugó del castillo de Alaejos, en donde la tenia el arzobispo de Sevilla, y se pasó al de Buytrago donde el marqués de Santiago guardaba en rehenes á la princesa doña Juana. La maledicencia de los nobles turbu–

lentos se cebó en la fama de aquella señora, diciendo que en Alaejos tuvo intimidades con un sobrino del arzobispo de Sevilla, y que llegó por ellas á los meses mayores; todo calumniosos recursos de la malignidad que no sabia de qué manera justificar uno de los mas desabridos atentados de que hace mencion la historia. En vano la reina hizo protestar por ante el legado de todo cuanto se habia acordado contra los derechos de su hija, hija del rey: el legado no pudo darla oidos, nó porque le pareciese probada la impotencia del rey, sino porque habia recibido encargo de poner en paz á dos pleiteantes, y habia cortado un nudo, no pudiendo desatarle. Llamóse á córtes para Ocaña á las ciudades á fin de que jurasen por heredera á la infanta, confirmando lo hecho por los nobles en Guisando. Y dicen los analistas que en ellas no se hizo nada tocante al juramento, guardándolo para ocasion mas oportuna. Ya todo el ardor de los turbulentos quedó concentrado en la eleccion de esposo para aquella infanta. El almirante de Castilla deseaba enlazarla con su nieto el príncipe de Aragon, no para unir en una las dos monarquías, sino para tener en Aragon un auxiliar poderoso. El marqués de Villena se oponia á aquel matrimonio, no para impedir la alianza de las dos coronas, sino para mirar por el engrandecimiento de su propia casa, toda vez que le habian propuesto casar al príncipe con una hija suya. Procuró pues poner de su parte á muchos nobles, y al rey con ellos; y como la infanta habia manifestado que no tomaria estado sin el consentimiento de los grandes con el rey, creyó que esto bastaria para determinarla á casarse con el rey de Portugal á quien aquellos elegian, dando al hijo del mismo rey por esposa á la hija del de Castilla. Pero la infanta doña Isabel tenia sus reservas;

y poniéndose de acuerdo con el arzobispo de Toledo y con el almirante, hizo que estos y sus amigos se declarasen en favor del príncipe de Aragon, que era mancebo de esperanzas, y nó viudo y entrado en dias como el lusitano. De suerte que, no bien apagadas unas discordias, nacian otras en la trabajada Castilla. Los amigos de desórdenes prosperaban. En Sepúlveda se formó un complot para despojar á los judíos, allí numerosos y ricos, y para conseguirlo se esparció la voz de que uno de ellos habia clavado en cruz á un niño cristiano: y esto bastó para que la plebe se echase sobre los hebreos, allanase sus casas, las saquease, y á ellos los pasase á cuchillo. La justicia tomó parte en causa en favor de la plebe, y á unos hizo ahorcar, á otros mandó quemar, y al resto desterró del pueblo. Nada hubiera sido comparable á la alegría del aragonés cuando fué recibiendo tales nuevas de Castilla, si hubiese podido olvidar sus propios sinsabores. Su esposa la reina doña Juana Enriquez habia muerto en Tarragona por el mes de febrero: y en ella perdió una animosa compañera. Los pueblos no la amaban ni podian amarla. Salida de una familia patricia, habia llevado al trono mucha arrogancia y muchos rencores. Los catalanes muy especialmente la aborrecian, por lo mucho que contribuyó á las desgracias del malogrado príncipe de Viana. La guerra del Principado continuaba con varia fortuna. El duque de Lorena habia tenido que levantar el sitio puesto á San Juan de las Abadesas; pero luego volvió con refuerzos, y puso en grave aprieto á sus contrarios. Acudió al remedio el mismo rey don Juan y fué derrotado. El de Lorena puso cerco á Gerona y se adelantó con otras fuerzas hasta Hostalrich, y por el Vallés llegó hasta Vilafranca. El rey se replegó por Tárrega. Sirviéronle con donativo las

córtes de Zaragoza; y él, deseoso de alguna tranquilidad en el ocaso de una existencia dada á las intrigas, lo que por deber no habia hecho con su hijo el príncipe de Viana, lo hizo por voluntad á favor de su otro hijo don Fernando, cediéndole la corona de Sicilia, y nombrándole compañero suyo en la de Aragon. La ciudad de Gerona fué oportunamente socorrida por gente enviada por mar al Ampurdan. La de Berga fué tomada por el príncipe don Fernando, capitulando los vecinos su rendicion, salvas vidas y haciendas. Por este tiempo un médico judío muy afamado, por nombre Abiabar, quitó las cataratas al rey don Juan y le devolvió la vista. Parecióle que renacia su antiguo ardimiento, y le empleó en enviar emisarios á Castilla para activar el matrimonio de su hijo con la infanta de aquel reino, y en burlar las esperanzas de los que preferian al rey de Portugal para esposo de aquella princesa. El infante de este reino, don Fernando, acababa de morir de vuelta de una expedicion hecha al África, para consolidar en ella los presidios portugueses.

Las memorias de los árabes mencionan en 1469 una entrada hecha por los granadinos en tierras de Baeza con una hueste compuesta de cuatro mil hombres, la cuarta parte ginetes; pero en un desfiladero, no muy lejos de Quesada, los acometió el cristiano don Lope Vazquez de Acuña y los arrolló en breve tiempo, dejando el campo cubierto de cadáveres, tomándoles trescientos caballos, y haciéndoles quinientos prisioneros: hecho de armas que hizo mucho eco en la comarca. En Navarra hubo graves alteraciones. El conde de Foix, temeroso de que el rey de Aragon desease evitar algun dia el cumplimiento de las promesas que le tenia hechas respecto á la posesion de aquel reino,

entró en él á mano armada, se apoderó de muchas poblaciones, y puso sitio á la de Tudela. Al mismo tiempo los beamonteses, aliados ya con el de Foix, entraron en varias poblaciones de la Alta Navarra, y en ellas se hicieron fuertes. Acudieron de Aragon algunas tropas, hicieron levantar el sitio de Tudela, y obligaron al conde de Foix á replegarse. Poco despues este príncipe perdió en Burdeos á su hijo don Gaston, á quien en unas justas, por casualidad ó por malicia de algun enemigo, le hirieron de muerte. Los beamonteses convocaron córtes para Pamplona, cuya ciudad tenian á su devocion, y como en ellas hubiese quien deseaba poner un término á los males públicos, y el obispo de aquella ciudad cargase sobre ello el discurso, reprendiendo muy vivamente á don Pedro de Peralta, quedaron enemistados ellos y sus amigos, y se retiraron de las córtes con ánimo enardecido. Y sucedió que la princesa doña Leonor, condesa de Foix, envió á llamar al obispo; y acudiendo este al llamamiento, saliole al encuentro Peralta y le quitó la vida. Peralta tuvo que huir á Aragon, y los navarros quedaron no menos indignados contra él que contra la princesa. Don Juan de Aragon no podia hacer grandes esfuerzos en Navarra. El duque de Lorena habia conseguido apoderarse de Gerona, despues de un largo sitio, y hacerse dueño de la mayor parte del Ampurdan. El príncipe don Fernando de Aragon, ya rey de Sicilia, quiso atajar sus progresos y fué desgraciado en un lance de guerra que empeñó contra él. El rey don Juan II tenia sembradas en Barcelona algunas discordias, recordando á los naturales su alianza antigua con Aragon, y la ojeriza con que siempre habian mirado al francés á quien favorecian ahora. El duque de Lorena fué á aquella capital del Principado, y sembró á

su vez rigores que le enajenaron muchas voluntades. Tarragona era por entonces la acostumbrada residencia del rey, desde donde podia atender á las necesidades de mar y tierra. Y estando allí despues de celebradas córtes en Zaragoza, y antes de otras que convocó para Monzon, parece que vendió las poblaciones de Crevillen, Albaida y Elche, y tomó cantidades á préstamo de varios particulares, no precisamente para hacer la guerra, sino para remesarlas á Castilla. Los emisarios que envió á este reino iban cargados de oro; y á todos los grandes ofrecian tesoros, mercedes y esperanzas. Algunos rechazaron sus ofrecimientos, entre ellos el marqués de Santillana, que estaba por la hija del rey, y el marqués de Villena, que estaba por sí mismo. Pero otros, y muy especialmente el obispo de Toledo, se prestaron á todo cuanto deseaba el rey de Aragon. Y se dió principio á la campaña del matrimonio entre la infanta doña Isabel de Castilla, y el príncipe de Aragon don Fernando. Por los actores que juegan en escena se puede venir en conocimiento de los medios que fueron empleados. Ya dijimos que no habia aqui ningun plan profundo, ninguna grande idea noblemente manifestada. Eternizar las parcialidades; buscar en Castilla elementos de perturbacion; tener incesantemente puesta en ella una palanca de guerra: esto se deseaba, y nada mas que esto. Si hubiese faltado una doña Isabel hubieran buscado otra bandera. Y lo mismo que en tiempos de don Pedro I apelaron á un bastardo para destronar á un rey legítimo, y á los extranjeros para derribar á los propios, de la misma manera ahora, con tal de poder asegurarse en sus tropelías, hubieran pasado por todas las humillaciones. Si los efectos fueron otros de los que esperaban; si en vez de perpetuar las alteraciones, resultó que dieron armas á

dos príncipes capaces de sofocarlas: no fué esto lo que ellos pretendian. De una rebelion de mala índole nació, por vias providenciales, una cosa buena. Pero el analista debe llamar á las cosas por su nombre. El marqués de Villena pensó oponer al proyecto de aquel matrimonio otro proyecto: é hizo que el rey de Portugal enviase á Castilla una embajada solemne pidiendo la mano de la infanta doña Isabel. Esta señora, aconsejada por el arzobispo de Toledo, respondió con una negativa, suavizadas las formas. Frustrada esta esperanza, hizo el marqués de manera que el rey de Francia pidiese la mano de aquella princesa para un príncipe francés. La infanta, por consejo asimismo de aquel arzobispo, se negó casi sin salvar las formas. El rey don Enrique IV deseaba recobrar algunas ciudades de Andalucía que casi se gobernaban por su propio albedrío, y fué allá con el marqués de Villena. Antes tomó juramento á su hermana doña Isabel de que no se casaria antes de que él volviese. La infanta lo juró, aconsejada del mismo arzobispo, y protestó en secreto que haria lo que bien le pareciese. Ya se sabe que estas protestas eran frecuentes. Pedro III de Aragon, siendo infante, habia prometido varías cosas á su padre don Jaime I mediante juramento; y en secreto habia protestado. No bien estuvo ausente el monarca, para poner órden en las ciudades de Andalucía, doña Isabel, por consejo del mismo arzobispo, escribió al rey de Aragon diciéndole que asentia al matrimonio con don Fernando si antes firmaba este unas condiciones reducidas á que fuese buen católico; á que tratase con reverencia al rey de Castilla mientras este guardase en todo y por todo la concordia firmada en Guisando; á que administrase justicia segun leyes y fueros de Castilla, firmando con Isabel los decretos, no nombrando para los desti-

nos públicos mas que á castellanos, y no enajenando nada de la corona sin consentimiento de la princesa; á que reservase para esta los nombramientos eclesiásticos; á que otorgase olvido por todo cuanto hubiese pasado en Castilla; á que guardase todos los miramientos posibles con el arzobispo de Toledo y demás nobles á quienes la princesa debia el ser heredera del trono; á que residiese en Castilla, é hiciese la guerra al moro si pudiese, y llevase consigo gente armada de Aragon si estallaba en aquel reino la guerra civil; y á que diese á la princesa cien mil florines, y cuatro poblaciones en Aragon y Valencia y dos ciudades en Sicilia. Esto mas que contrato matrimonial, dijeron en voz baja algunos, parece una venta. Todo lo firmó el rey don Juan. Por todo pasó su hijo don Fernando. El arzobispo de Toledo envió emisarios á Aragon para que por nada se demorase la llegada de don Fernando. La infanta, no creyéndose segura en Ocaña, determinó entrar por tratos en Arévalo, mas no pudo conseguirlo, y se fué á Madrigal. Los emisarios que el arzobispo de Toledo envió al rey de Aragon, le hallaron en Tarragona, y tuvieron varias juntas con sus consejeros hasta que consiguieron que todos ellos entrasen en sus planes. Algunos se resistian, diciendo que aquello no era un matrimonio digno de un heredero de la corona de Aragon sino la compra de una esperanza de usurpacion en Castilla; que era muy dudosa la justicia de los que daban por supuesta la hija del rey don Enrique; que, aun dada la justicia, no ganaria Aragon en su enlace con Castilla, pues pasaria á ser un reino acesorio; y que meterse en Castilla era encerrarse en una tierra dada á las rebeliones, de tal manera que no parecia que pudiese vivir sin ellas. Pero los emisarios decian que ya, en la opinion

pública, aunque doña Juana fuese realmente hija del rey, nadie dejaria de llamarla la Beltraneja; que seria un golpe maestro juntar en una las dos coronas, sin que los grandes de uno y otro país perdiesen sus preeminencias ni las ciudades sus fueros; que algo valia este porvenir; y que por medio de un decreto de perdon general aquella tierra quedaria tranquila. Vencidas todas las oposiciones, el príncipe don Fernando hizo que fuesen entregadas á los emisarios las joyas y ocho mil florines á cuenta de las arras, y se dispuso para pasar á Castilla. Recibidas aquellas prendas, la infanta doña Isabel procuró asegurarse en Madrigal escribiendo al arzobispo de Toledo que fuése allá con gente. Acudió con hueste el arzobispo, á quien imitaron el almirante y otros señores, no sin riesgo de darse batalla con las tropas del rey por la ejecucion del enlace. Los analistas castellanos pintan la efusion y ternura con que la infanta recibió á los sublevados que venian á su auxilio para llevarla escoltada al tálamo. Con ellos fué á Ontiveros, y despues fué acompañada hasta Valladolid en donde entró como en triunfo. Desde esta ciudad escribió á sus parciales y á todos los nobles de su devocion, nó pidiéndoles consejo, sino manifestándoles que iba á desposarse con el hijo del rey de Aragon. Los mas, recordando que ese rey de Aragon era aquel mismo rey de Navarra que hacia medio siglo que traia revuelto el reino, auguraron mal de este enlace; y mas viendo que se hacia sin consentimiento del rey, y como á cosa de necesidad y muy aprisa. Pero los menos tenian mas osadía, y mandaban. Don Fernando tardaba, y se le enviaban mensajes sobre mensajes para que avivase el paso. Por último el dia 14 de octubre el suspirado novio vió en secreto á la princesa, y el dia 18 se celebró el matrimonio.

Algunos decian que no era válido por haberse hecho sin dispensa pontificia. El arzobispo de Toledo dijo que la tenia; y faltó en esto á la verdad. Lo que primero procuró fué crear un cuerpo permanente de mil guardas para que los recien casados viviesen seguros en medio de aquel vivero de alteraciones. Déjase suponer el disgusto con que recibiria el rey la noticia de estas novedades. En su opinion todo eran consecuencias de una misma premisa: el espíritu de rebelion atizado por el aragonés, y llevado ahora á su mayor altura. Ya el poder real era impotente para contener á una grandeza entregada á perpetuas conspiraciones. El rey tuvo que pasar por la amargura de que los sublevados como por mofa le enviasen una embajada excusándose por lo hecho, y acompañándole las condiciones del matrimonio. Su hermana la infanta le escribió asimismo diciéndole tiernamente cuánto le veneraba, y cuán poca era su ambicion pues no habia querido admitir el título de reina que le daban los grandes, y cuánto habia sentido tener que elegir esposo contra el gusto de su rey y hermano. La carta era muy afectuosa: pero el rey decia que las buenas razones no podian justificar una accion mala. Cuando esto pasaba en las altas regiones, es por demás historiar las explosiones de iras y motines en las bajas.

El rey de Aragon se constituyó en 1470 en árbitro de las diferencias suscitadas entre los buenos navarros y el asesino del obispo de Pamplona. Ya dijimos que este se habia refugiado á Aragon. Aqui halló el mismo rey que en Navarra; pero en Navarra hubiera sido condenado á muerte; y en Aragon tenia esperanzas de echar tierra al asunto. Don Juan II celebró córtes á los catalanes en Monzon y á los aragoneses en Zaragoza. No pudo dar mucha actividad á

la guerra de Cataluña, ya porque le fué forzoso enviar socorros á Cerdeña para reprimir una sedicion provocada por don Leonardo de Alagon y Arborea, ya asimismo porque los mejores caballeros habian tomado el camino de Castilla en seguimiento del príncipe don Fernando. Por fortuna para él tampoco los catalanes pudieron oponerle mucha gente ni hacer grandes adelantos, por haber enfermado su jefe el duque de Lorena que murió en Barcelona el dia 16 de diciembre. Algunos creyeron que Barcelona volveria luego á la obediencia de don Juan: pero era tal la repugnancia inspirada á los mas por aquel potentado, que aun esta vez se desvanecieron aquellas esperanzas. En Portugal se hicieron este año grandes aprestos marítimos, en sentir de unos para pasar á África, en opinion de otros para vengar agravios recibidos de los cruceros ingleses: y en realidad no fueron á ninguna parte, ya porque pareciese peligrosa toda tentativa contra el reino de Fez, ya asimismo porque estuviese á punto de volver á subir al trono de Inglaterra Eduardo IV, amigo de los portugueses. Los fronteros del reino de Granada renovaron por este tiempo sus algaras, viendo cuán turbadas andaban en Castilla las gentes. El casamiento de la infanta habia sido un botafuego. Muchos de los grandes que habian dado por supuesta á la hija del rey, ahora decian que todo habian sido calumnias, que doña Juana era verdadera hija del monarca, y legítima sucesora, y la infanta y su marido unos rebeldes. Instaron al rey de Francia para que pidiese en matrimonio para su hermano á aquella doña Juana antes desatendida; y se prepararon para oponerse por fuerza de armas al aragonés y á sus parciales. Doña Isabel y don Fernando entraron en inquietud. El arzobispo de Sevilla les instaba para que echasen mano de las armas. Es-

cribió al rey recordándole el juramento de Guisando, y diciéndole que pusiese sus diferencias en manos de una junta compuesta de cuatro religiosos, ó bien dejase su solucion al arbitrio del conde de Haro. Consultado este noble dijo que habia jurado defender como á sucesora del reino á doña Juana, única que por ley lo era. En todas partes volvian á retoñar las turbulencias. Vizcaya ardia en bandos; Extremadura en parcialidades; el almirante se apoderaba de Simancas; el duque de Medina-Sidonia se hacia dueño de Jimena; en el reino de Toledo dos facciones se disputaban con las armas el principado de Consuegra; en Valladolid los cristianos viejos estaban á matar con los cristianos nuevos; en Galicia la condesa de Santa Marta moria á manos de sus vasallos; y en Leon los Benavente y los Lemos se daban poco menos que batallas. Los partidarios del arzobispo de Toledo y del almirante decian que, en cuanto el rey cediese á sus deseos, doña Isabel y don Fernando calmarian muy pronto la tempestad que habian levantado. Aquella infanta habia pasado á Dueñas en donde el dia 2 de octubre dió á luz una niña á la que se puso por nombre Isabel. El rey, no lejos del Paular, en el valle de Lozoya, se juntó con la reina, con su hija la princesa doña Juana, con los representantes de las ciudades, y los nobles no sublevados, é hizo declarar solemnemente por nulo lo hecho en Guisando, por haber celebrado la infanta doña Isabel un matrimonio que el rey no aprobó, y por ser una concesion arrancada por la fuerza contra los derechos de su legítima hija doña Juana. Acto continuo esta princesa fué jurada por heredera del trono, y la casa de Mendoza manifestó que no la juraba porque ya lo tenia hecho y no habia querido reconocer por heredera á doña Isabel. Asistian á la ceremo-

nia, como delegados del rey de Francia, el conde de Bolonia y el cardenal de Albi, y tomaron juramento al rey y á la reina de sí miraban y tenian por hija suya á doña Juana; y siéndoles contestado afirmativamente, celebraron matrimonio con ella en nombre del hermano del rey de Francia. Circulóse por todas las poblaciones un testimonio de este acto. Las que estaban por los rebeldes no lo aprobaron. Las que se pagaban de leales y no habian entrado en la conjuracion, dieron á él su asentimiento. Sevilla fué de las primeras; Córdoba de las segundas. La infanta se trasladó á Medina de Rio-Seco, y allí publicó, constituida ya en cabeza de los sublevados, un manifiesto en el que recordaba lo hecho en Guisando, y apelaba de injusticia contra el acto de Lozoya. Los turbulentos pusieron en las nubes esta manifestacion, y los leales á don Enrique dijeron que era un nuevo escándalo, consecuencia de los anteriores. Los castillos de Canales y Perales fueron recobrados por el rey; pero las fuerzas de las dos parcialidades estaban tan equilibradas que no podia saberse realmente quien mandaba. Año fué este de carestía en varias partes de Leon y Castilla. Pero los castellanos decian que les era mas sensible que la carestía de pan, la falta de órden público.

Por el mes de mayo de **1471** don Juan II tuvo vistas con doña Leonor su hija, condesa de Foix, en Olite, y convinieron en ajustar concordia relativa á que el padre continuase siendo rey de Navarra hasta su muerte, á que no sufriesen perjuicio los fueros públicos, á que los condes de Foix fuesen jurados como herederos, á que los mismos gobernasen en ausencia del rey, á que se decretase un olvido completo y restitucion de castillos á sus propietarios, y anulacion de donaciones reales hechas durante los distur-

bios, á que hubiese tregua entre agramonteses y beamonteses, y á que los nobles criminales fuesen acusados por término de justicia. Doña Leonor se dirigió á Pamplona, creyendo que este ajuste llevaba la paz del reino: pero no llevó otra cosa que nuevas alteraciones. La circunstancia de acompañarla el mariscal don Pedro de Navarra, enemigo declarado de los beamonteses, acabó de concitar los ánimos, y llevarlos otra vez á términos de rompimiento. En Cataluña se declaró próspera á don Juan II la fortuna. Aunque el primogénito del difunto duque de Lorena se titulaba rey de Aragon, perdió en breve tiempo la plaza de Gerona, que se rindió por tratos, todo el Ampurdan, la de Hostalrich, Rosas, Perelada, y la misma poblacion de Perpiñan, capital del Rosellon. Siguiendo don Juan el consejo de algunos nobles catalanes, en todas partes prometia la conservacion de las franquicias públicas. Por último concentró sus fuerzas y envió con ellas á su hijo natural don Alonso para poner sitio á Barcelona. En las riberas del Besós, á unas tres millas de aquella ciudad le esperaron formados en batalla los barceloneses el dia 25 de noviembre. La accion fué reñida; era muy superior en número la hueste de don Juan, y triunfó; aquellos campos quedaron llenos de cadáveres; unos cuatro mil hombres, que componian el mejor núcleo de fuerza de los barceloneses, quedaron destruidos; y el estandarte de la ciudad cayó en poder de sus enemigos. Granollers se rindió en cuanto tuvo noticia de este descalabro; un cuerpo de italianos y portugueses que vagaban por los afueras de la capital del Principado fué arrollado; y ya no quedó en pié mas que Barcelona. En el reino de Granada mencionan los árabes una algara efectuada por el mes de octubre de este mismo año contra dos poblaciones cristia-

nas sitas en el radio de Porcuña; y dicen que las dos fueron dadas á saco, y luego á las llamas, y que de ellas se sacaron unos cuatrocientos cautivos y un botin considerable. En cambio los fronteros cristianos tomaron á los moros la plaza de Cardela, y, aunque no la pudieron sostener, sacaron de ella mucha presa y cautivos para rescatar á los anteriores. El rey de Portugal hizo en las costas de África una atrevida campaña á fines del mes de agosto y principios de setiembre. La escuadra portuguesa, compuesta en su conjunto de trescientas velas, en que iban treinta mil hombres, echó gente á la vista de la plaza de Arcila, y la tomó pasando á cuchillo á sus moradores, exceptuados los niños y las mujeres. En los castillos se rindieron cinco mil moros. Dió esta noticia tal espanto á los comarcanos, entonces víctimas de una guerra civil sangrienta, que de resultas la ciudad de Tánger fué abandonada, y los portugueses entraron en ella y la pusieron presidio lo mismo que en la de Arcila. De vuelta de esta expedicion, el rey Alonso V de Portugal fué á las fronteras de su reino, no lejos de Yelves, á avistarse con don Enrique IV de Castilla. El hermano del rey de Francia, deseoso de llevar adelante otro casamiento, no habia querido cumplir la palabra que por poderes tenia dada á doña Juana, hija del castellano; y este, por consejo del marqués de Villena, propuso al rey de Portugal su casamiento con aquella princesa, llevando en dote los reinos de Leon y Castilla. El rey de Portugal dió largas á este negocio, temeroso de los artificios del de Villena mas bien que de las dificultades del asunto. Á la sazon el arzobispo de Toledo era el verdadero rey de Castilla. Por mas proposiciones que le hizo Enrique IV para que desistiese de su rebelion, insistia en ella tenazmente. Habia puesto sitio á

Perales, y tuvo que levantarle. El papa le mandó que volviese á la obediencia del rey, so pena de formársele causa, y no hizo caso. Cuatro canónigos de Toledo, obedeciendo á un breve pontificio, le formaron sumaria, y en cuanto pudo haberlos en la mano, los puso presos: y no los soltó hasta que por este medio pudo rescatar algunos adictos á su faccion. El marqués de Villena, temiendo que tras de la causa del arzobispo no viniese la suya propia, puso tierra en ella. Seguian las alteraciones á la sombra y bajo la influencia de tales ejemplos. En Vizcaya el conde de Haro quiso dar á su autoridad mas fuerza de la que consentian los fueros del país, y provocó turbaciones y aun sangrientas batallas. Los nobles que rodeaban al rey pedian continuamente mercedes en pago de su lealtad, y no podia negárselas, y grandes: orígen de nuevos descontentos, y pábulo de nuevas ambiciones. En varios pueblos los amigos de las dos parcialidades del reino tomaron nombres varios, y convertian en teatro de guerra las calles. En Tordesillas los amigos del rey se denominaron alderetes, y los de la infanta cepedas: y unos á otros se persiguieron con encarnizamiento. En Medina del Campo unos se llamaban mercados y otros bullinos; y en las mismas calles, por espacio de cuatro dias, reunidos en ellas hasta ocho mil infantes y mil quinientos caballos, batallaron con un furor que solo pudo apagar la vista del comun estrago. En Toledo, un bando se denominó de los Ayalas y otro de los Silvas, y se dieron tanta mano en los denuestos, pendencias y motines que la ciudad parecia un anfiteatro en que se diese lidia de fieras. Los buenos castellanos aconsejaban al rey que hiciese un esfuerzo de autoridad y arrojase del reino á su hermana doña Isabel, á su cuñado don Fernando, y al arzobispo de

Toledo, padre y protector de todas estas rebeliones: pero el marqués de Villena y el metropolitano de Sevilla se opusieron á ello y lo desaconsejaron. En Extremadura se batallaba por la posesion del maestrazgo de Alcántara. En Sevilla retoñaron unos bandos antiguos, tomando las denominaciones de Guzmanes y Ponces, acaudillados estos por el marqués de Cadiz y conde de Arcos, don Rodrigo Ponce de Leon, yerno del marqués de Villena, y aquellos por don Enrique de Guzman, duque de Medina Sidonia. Sevilla fué teatro de sangrientas lides, dirigidas por aquellos dos jefes, mozos ambos, y mas llenos de ardimiento que de prudencia. El almirante de Castilla se habia reservado la custodia de los príncipes doña Isabel y don Fernando. Al arzobispo de Toledo le pareció mejor tenerlos á su lado y á sus órdenes. Escribióles en este sentido; y como su suerte estaba en manos del prelado, no les fué posible negarse á sus indicaciones. El arzobispo tenia todas sus rentas empeñadas; pero tomó sobre ellas nuevos préstamos á trueque de salir completamente con su intento. Á sus ojos aquellos príncipes debian contentarse con ser una figura que él vestiria á su gusto y moveria á su antojo. Desde el momento que manifestasen voluntad propia, ya no serian amigos suyos. Estaba pues en el interés de ambos el fingirse niños. El arzobispo fué con hueste en su busca, y hallándolos en Dueñas, recien salidos de Rioseco, se mostró muy disgustado al ver que la infanta no miraba con buen ojo á los que le rodeaban. El almirante tuvo que escribir al prelado, dándole satisfaccion por aquella inadvertencia de la princesa; y esta tuvo que manifestar que solamente al lado del arzobispo se creia segura y respiraba holgadamente. Los anales de Castilla refieren que el marqués de Villena quedó viudo este

año, y que su esposa al tiempo de morir le pidió con lágrimas que restituyese todo cuanto poseia, pues todo podia llamarse usurpado. Á lo que respondió con su calma habitual que él no deseaba otra cosa que hacer muchas y muy grandes restituciones.

El conde de Foix, que esperaba la sucesion del reino de Navarra, murió por el mes de julio de 1472, y fué sepultado en aquella misma poblacion de Ortés donde ocho años antes habia muerto envenenada por órden suya, y de su mujer doña Leonor, aquella infeliz y noble doña Blanca de Navarra, cuñada de él, hermana de ella. La condesa doña Leonor acababa de celebrar córtes en Olite, y trabajaba para poner en paz á aquellos mismos agramonteses y beamonteses á quienes años antes habia dado enardecimiento en odio del principe de Viana y de doña Blanca. En Cataluña la guerra quedaba concentrada en el sitio de Barcelona. El rey don Juan, algo mas manso, á fuerza de años y de experiencias, deseaba recobrar la posesion de aquella ciudad, apelando á medios suaves, ya que veia que en ella habia provocado por medio de una crueldad una guerra que hacia doce años se sostenia terca y encarnizadamente. Desde Pedralbes, monasterio sito á unas dos millas de aquella ciudad, escribió el rey á dia 6 de octubre una carta en que ofrecia á los barceloneses olvido completo y observancia estricta de los fueros. Ya los ardores habian tenido tiempo de amortiguarse; y el clero y varias personas sensatas hablaron en el sentido de la persuacion con buen éxito, de suerte que el dia 17 de octubre los sitiados y los sitiadores convinieron en que el rey declarase que, no obstante lo pasado, miraba á los barceloneses como á leales; en que todo lo anterior quedase olvidado y como no sucedido; en que to-

dos los extranjeros se volviesen á sus tierras y con ellos el hijo del conde de Lorena; en que el rey jurase nuevamente los fueros del condado y aprobase hasta las derramas hechas por la diputacion durante la guerra; y en que los bienes confiscados fuesen restituidos si volviesen sus dueños dentro de cierto plazo, como asimismo los que antes fueron propiedad del cabildo de Barcelona. Solo el conde de Pallás fué exceptuado de la capitulacion y concierto, y se puso en salvo. Los extranjeros se embarcaron socorridos, y el rey hizo entrada pública en la ciudad por la puerta de San Antonio, y juró el dia 28 de dicho mes los fueros. Por este tiempo el rey prometió en matrimonio su hija doña Juana á don Fadrique, segundo hijo del rey de Nápoles. Este monarca prestó un buen servicio al rey de Aragon mediando con los sublevados de Cerdeña para que volviesen á la obediencia del rey don Juan II como lo efectuaron. El papa y los venecianos instaban al aragonés á que tomase parte en la guerra contra el turco, transigiendo las diferencias que tuviese con sus súbditos. Llevábalo hecho ya en Cataluña. Pero, al apagarse este incendio, estalló otro en Aragon entre los Urrea y los Luna, como si el sino de aquel príncipe no le consintiese poder apagar en ningun tiempo las alteraciones de los propios, ya que todo su conato le tenia puesto en meter rebeliones en casas extrañas. Los bandos aragoneses, no pudiendo por el pronto ser puestos en paz, adoptaron una tregua de seis meses conforme á fuero. Entonces el aragonés volvió toda su atencion, nó hácia la Turquía como le pedian los venecianos, sino hácia Castilla. Sucedia en este reiuo lo que en una casa de enseñanza en donde falta direccion y tacto. Los subalternos se solazan, los niños juegan á todas horas: todo son gritos, confusion y tu-

multo. Solamente recobrará el establecimiento su estado tranquilo, entre suave bullicio unas veces, y con grave fisonomía otras, cuando vuelva á reinar la disciplina. Leon y Castilla eran un colegio mal dirigido. El rey no castigaba. Las leyes eran letra muerta. Los Guzmanes y los Ponces firmaban treguas en Sevilla, nó por deseo de paz sino por conveniencia. El rey solicitaba casar á su hija con un hijo de aquel infante don Enrique que cincuenta años antes fué el primer perturbador del reino. El conde de Cifuentes movia alborotos en Toledo como por via de esparcimiento. El marqués de Villena y otros señores, que antes habian jurado por heredera á doña Isabel, ahora, contritos de aquella culpa de rebelion, juraban que sostendrian á doña Juana. El papa Sixto IV, reciente sucesor de Paulo II, envió á la península un legado con instrucciones para que estudiase bien el carácter de las turbulencias que traian revuelta la desconcertada España. Trajo la revalidacion del matrimonio de don Fernando y doña Isabel; se avistó con el rey don Juan en Tarragona; observó, inquirió con gravedad y reserva; y por último pasó á Madrid para ver de descubrir el orígen de un mal que era bien patente. Al mismo tiempo manifestó las miras ostensibles que le habian traido á estos reinos.

Convocó en 1473 un junta del clero de Castilla, y obtuvo de él un subsidio para ayuda de costa de la guerra contra el Turco, mediante á que les fuese concedido á los cabildos el nombramiento de dos de sus respectivas canongías. Á la junta faltaron los adictos al arzobispo de Toledo, y á los príncipes. Pero el legado, antes de volverse, no dejó de avistarse con aquel prelado y con los príncipes; y dicen los autores italianos que se llevó formado el concepto de que el

rey don Enrique era demasiado bueno, el arzobispo de Toledo demasiado malo, el príncipe don Fernando demasiado receloso, y la princesa doña Isabel sobradamente animosa y discreta para que dejase de conseguir lo que deseaba. Con semejante auxiliar el rey de Aragon no necesitaba lanzas en Castilla. Dueño ya de Cataluña este monarca, procuró recobrar el Rosellon, y en breve tiempo se declararon á su favor las plazas de Elna y Perpiñan, á pesar de que el castillo de esta le ocupaban los franceses. En vano el rey de Francia probó una y dos veces á recobrarlas. Los naturales estaban por el aragonés y contrariaron todos los planes de los franceses. Si alguna vez el rey don Juan se mostró digno del rango que ocupaba fué en esta ocasion solemne. Lástima grande que el analista no pueda tributarle encomios mas que en estas postrimerías de una larga existencia. Por mas que algunos aconsejaban al rey la salida de la ciudad, no quiso moverse de ella, convocó á los ciudadanos en la catedral y los exhortó á que no se rindiesen al francés antes imitasen el ejemplo que él iba á darles en la resistencia. Ningun noble dejó de imitar á don Juan en su ardimiento. La nueva del aprieto en que se hallaba el monarca llegó á oidos del príncipe don Fernando, y al momento dejó á su esposa, allegó hueste, y fué al socorro de su padre. Que es decir que el valor de este engendró en su hijo otra accion digna. Armendariz, uno de los buenos servidores del rey don Juan, murió en una salida, cuando ya se habia rendido, y esto encendió tanto en ira al rey que hizo dar muerte á algunos prisioneros franceses, y hubiera continuado con los demás á no haberle enviado el general enemigo un parlamentario que le dió explicaciones sobre aquel suceso. Una noche se vió desde la plaza un incendio voraz

en el campo enemigo, y luego se supo que los franceses levantaban el cerco con la noticia de que el príncipe don Fernando acudia con ocho mil hombres aguerridos. Á esto siguió un armisticio de tres meses que debia terminar el dia 10 de octubre. El rey de Francia, sabedor de que el príncipe don Fernando se habia vuelto á Cataluña, envió contra Perpiñan nuevo ejército. Tampoco esta vez quiso el rey don Juan II alejarse de la ciudad aunque los franceses ocupaban el castillo. Tambien el enemigo tuvo que levantar el cerco, aunque contaba con un numeroso ejército: y el rey de Francia se avino á firmar paces con la condicion de devolver al aragonés todas las plazas del Rosellon y la Cerdaña, de recibir trescientas mil coronas á título de sueldo de las tropas enviadas años antes contra Barcelona, y de casar algun dia al heredero del trono de Francia con doña Isabel hija del príncipe don Fernando. Al volver de Perpiñan á Barcelona el rey don Juan II pudo conocer cuán justos son los pueblos y cuán naturalmente expansivos en sus demostraciones. La ciudad de Barcelona que años antes le habia cerrado las puertas, ahora le recibió en triunfo, dando vítores al rey que se habia acordado al fin de lo que era. Castilla fué en este año lo que habia sido en el pasado. Villena queria oponer el príncipe aragonés don Enrique al otro príncipe aragonés don Fernando. Y fué cosa de ver como aquel príncipe acudia con ánimo de renovar en aquella tierra lo que un dia fué su padre, aquel don Enrique casado con doña Catalina, infanta de Castilla. En todas partes continuaron los motines y asonadas. En Córdoba los cristianos viejos se batieron con los conversos ó cristianos nuevos, los derrotaron, acuchillaron, entraron á saco en sus viviendas, y cometieron con ellos unas tropelías muy indignas del

nombre de los que á ellos se entregaban. Á los que buscaban su salvacion en la fuga los desnudaban en los despoblados. En Sevilla, rotas las treguas entre los Guzmanes y los Ponces, apoderáronse estos de Alanís, y aquellos se juntaron en número de siete mil hombres para recobrarla, y una vez lo hubieron conseguido ahorcaron á cuantos vecinos hallaron dentro. Era tal el poder del duque de Medina Sidonia, jefe de los Guzmanes, que delante de Alcalá de Guadayra se puso en batalla llevando en pos de sí veinte y dos mil hombres, los dos mil ginetes. Los príncipes don Fernando y doña Isabel enviaban embajadas á ese duque que mas que tal parecia ya el rey de Sevilla. Murió por entonces el arzobispo de esta ciudad, aquel Fonseca no menos dado á las rebeliones que el de Toledo, y habiendo el papa nombrado á un italiano para que le sucediese en aquella dignidad, no fué admitido por su calidad de extranjero. Villena, así que tuvo en Castilla al nuevo pretendiente don Enrique, procuró que el rey no se diese prisa á casarle con la princesa doña Juana, sino que le mandase permanecer por el pronto en la plaza de Odon. Al mismo tiempo procuraba apoderarse de las mejores fortalezas. El alcázar de Madrid ya era suyo. Ahora intentaba apoderarse del de Segovia. Para ello le pareció el mejor medio simular un motin contra los cristianos nuevos, y aprovechar la asonada para sus fines. No le salió bien y causó la muerte de muchas personas, y la ruina de otras; pero pensó que otra vez lo conseguiria. Tambien intentó apoderarse de Toledo, y no pudo conseguirlo. Incansable en sus artificios movió tratos con el rey de Portugal para que tomase por esposa á la princesa doña Juana; y parece que el Portugués procuró allegar gruesas cantidades sin las cuales le decia Villena que no adelantaria un paso en Cas-

tilla. Creése que el rey don Enrique en las córtes que celebró este año en Santa María de Nieva propuso el matrimonio de su hija con el infante de Aragon don Enrique. En las mismas dió por nulas muchas donaciones hechas desde **1462**, disolvió varias cofradías, que tenian mas bien color de guerra que de piedad, pero dió firmeza á las hermandades hechas contra los malhechores. La poblacion de Aranda de Duero se declaró en rebelion contra su gobernador, y, para librarse del castigo, levantó bandera por los príncipes Isabel y Fernando. Á fines del mes de diciembre, Andrés de Cabrera, y su mujer Bobadilla, que tenian á su cargo el alcázar de Segovia, hicieron de manera que el rey tuviese en él una entrevista con doña Isabel su hermana. Esta no queria persuadirle, porque sabia que las persuasiones del rey duraban poco tiempo: deseaba si que las poblaciones creyesen que corria en perfecta armonía con el monarca, lo mismo que el dia siguiente al de la jura de Guisando. Pocas veces desplegó doña Isabel su talento y discrecion como en esta entrevista. No trató de disculparse; trató solamente de enternecer á su hermano y de conseguir que el dia siguiente se dejase ver del pueblo á su lado. Hízolo así don Enrique, ella montada en palafren, él en el diestro, de suerte que el pueblo rompió en aclamaciones presagiando paz y concordia. Fué otra de las tantas representaciones públicas de aquellos calamitosos tiempos. El arzobispo de Toledo acababa de convocar concilio de sus sufragáneos en Aranda; y se cree, atendidos los antecedentes del prelado, que se trató política por lo bajo y disciplina por lo alto. Reprodujéronse en Sevilla los alborotos contra los cristianos nuevos, y estos apelaron al recurso de morar en barrio separado y mantener á sus espensas una hueste que los pro-

tegiese. Los Guzmanes y Ponces guerreaban por mar y por tierra. Los segundos fueron derrotados por agua y los primeros perdieron la plaza de Medina-Sidonia. En Extremadura don Alonso de Monroy recobró la fortaleza de Alcántara, se hizo elegir maestre de esta órden, y tomó por las armas las demas fortalezas de la misma. Tambien los granadinos hicieron este año algaras en tierras de Jaen. Y como les saliese bien, los de esta ciudad creyeron vengarse moviendo un motin contra los cristianos nuevos y los judios conversos y pasándolos á cuchillo. Decíase de estos desgraciados que esperaban por entonces el Mesías por haber varado en las playas de Portugal una enorme ballena que les parecia ser su nuncio Leviatan.

Es necesaria alguna calma para trazar los acontecimientos de 1474. Aspiró el rey de Francia á recobrar el Rosellon. El rey de Aragon procuró que su nuera doña Isabel de Castilla accediese al proyectado enlace de su hija con el Delfin de Francia, y lo consiguió á fuerza de misivas. Cuando lo hubo conseguido, ya el francés no pasaba por ello. Hizo Luis XI de Francia grandes aprestos de guerra, y mandó cortar todo trato de paz y enviar al Rosellon un ejercito compuesto de unos cinco mil hombres Don Juan II se dispuso á oponerle resistencia; y obtenidos recursos de las córtes celebradas en Barcelona, allegó hueste en breve tiempo. Necesitábala, pues el francés tenia ya no muy lejos de Perpiñan hasta once mil hombres. El rey envió á buscar á su hijo don Fernando. Este no abandonó con gusto la maraña de Castilla, ya porque tuviese asido un buen cabo de la madeja, como dicen unos, ya por no ignorar que en el reino de Valencia habia alteraciones por haber sido confiscados los bienes de su primo el infante don Enrique, ya por-

que sabia que la ciudad de Zaragoza, agotada por otras demandas, no seria complaciente en ofrecer recursos. Llegóse á Zaragoza, de paso para Barcelona. Diéronle quejas contra un hombre de la plebe, muy influyente en la ciudad, por nombre Jimen-Gordo. Mandóle á llamar y en una sala dispuso que un sacerdote le reconciliase con Dios, y que un sayon le degollase. Los analistas no saben quién ganó aquí mas honra, y creen que fué Jimen-Gordo. Alguno retarda este suceso de algunos meses. Hubiera sido mejor retardarle de muchos para que no manchase la historia de aquel príncipe. Despues se halló, por necesidad, que Jimen tenia cómplices, y fueron castigados. Entretanto el francés se apoderaba de Elna, y hay quien dice que llegó á entrar en Figueras poniendo en alarma al Rosellon y á Cataluña. El príncipe llegó á Barcelona, habló con su padre acerca de los asuntos de Castilla, y le dió á entender cuánto convenia no dejarlos de la mano en aquellos momentos críticos. Éranlo en efecto. Por mas amor que tengamos á los príncipes don Fernando y doña Isabel, es forzoso dejar aquí consignado un hecho grave. Ya dijimos que el alcaide del alcázar de Segovia habia procurado que en él se viesen don Enrique IV y su hermana doña Isabel. La entrevista no la pidió el rey ni tenia para qué pedirla. Á una entrevista sucedió otra sin que tampoco la pidiese el rey. Al contrario pudo creer que su hermana se apartaria de los sublevados. Doña Isabel presentó su esposo don Fernando al monarca. Indújose á Enrique IV á que el dia de reyes diese á su cuñado y hermana una muestra de afecto, yendo á misa con ellos y volviendo con gran comitiva al alcázar. Así lo hizo. El alcaide de Cabrera tenia prevenido un abundante almuerzo. El rey comió con su hermana y su cuñado, y al caer

de la tarde le dió un agudo dolor en el costado, y tuvieron que volverle á palacio en una silla. Llegó de esta dolencia á la última extremidad; y aunque se levantó de la cama, quedó quebrantado de estómago, y echando sangre entre las aguas menores. El pueblo la dió en creer que en el alcázar de Segovia se le habia dado un tósigo. Y no fué solamente el pueblo. Mientras el rey estuvo malo, todo fueron instancias para que declarase por heredera á su hermana, á lo que se negó constantemente. Villena era el abogado de doña Juana; el arzobispo de Toledo lo era de la infanta. En poco estuvo como los parciales de doña Juana no prendieron al príncipe don Fernando, á doña Isabel y al alcaide. Don Fernando se alejó del peligro; pero su esposa le arrostró, manifestándose dispuesta á sostener á todo trance sus pretensiones á la sucesion contra la hija del monarca. Hay otra circunstancia. Doña Isabel estaba tranquila en medio del riesgo, y á vista de sus contrarios: pero don Fernando andaba de una á otra parte temeroso, como quien no tiene la conciencia tranquila. Fué á Turuégano, luego á Sepúlveda, despues á Aranda de donde sacó á su hija, y por fin á Ávila donde creyó haberla puesto en salvo. Tuvo frecuentes relaciones con el cardenal Mendoza, tanto que puso en recelo al arzobispo de Toledo, el cual muy sentido escribió al rey don Juan II y este tuvo que desagraviarle en misivas y por enviado. Don Fernando habia puesto empeño en ganar á su partido á todos los Mendoza, y en particular al marqués de Santillana hermano del cardenal; y para ello, en ocasion de unas diferencias que este tuvo con el conde de Benavente sobre ocupacion de la plaza de Carrion, le favoreció abiertamente con setecientas lanzas, y despues, en Monzon, tuvo con él una entrevista, y por entre expre-

siones de agradecimiento soltó el marqués una promesa de alianza. Á esta entrevista siguió por parte del marqués otra en Segovia con doña Isabel, y en ella acabó de ganar esta infanta un aliado sumamente poderoso. Don Fernando habia pasado á Dueñas en donde recibió del conde de Borgoña una embajada, y con ella el collar del Toison de oro. De tiempo en tiempo daba una escapada á Segovia, hablaba con la infanta y con el alcaide, y no tardaba mucho en volverse. Una de sus excursiones, á que iba bien acompañado, la empleó en arrebatar al rey la poblacion de Tordesillas y ocuparla. No por esto dejó de enviar al monarca sus excusas, manifestándole que solo hacia esto por servirle bien y lealmente. El rey sufria mucho desde el referido almuerzo; y mas viendo que en torno suyo podia fiarse de muy poca gente. Por este tiempo, en Andalucía, el conde de Tendilla y don Alonso de Velasco pusieron concordia entre los jefes de los Ponces y Guzmanes: y fué que unos á otros se restituyeron lo no usado ó destruido, y Ponce, marqués de Cádiz, quedó facultado para pescar atunes en aquel puerto, y el duque de Medina-Sidonia recobró la plaza de su nombre. No se trató de dar satisfaccion á las leyes: ni los dos contendientes se hubieran avenido á ello. A dia 4 de octubre murió el marqués de Villena, ya maestre de Santiago, pues el marquesado le pasó á su hijo. Si la ciencia de los hombres de estado consistiese en jugar á cubiletes con el trono, ese Villena seria un dechado de eminencias politicas; pero si para ser sobresaliente en ella se requieren otras circunstancias, solo en pequeñeces fué grande ese Villena. Sin embargo al tiempo de su muerte, estaba por la justicia y el derecho; es decir, por la sucesion de doña Juana: y fué una victoria para los príncipes su desaparicion de la es-

cena del mundo. Dejaba vacante el maestrazgo de Santiago; que era echar una nueva manzana de discordia entre los grandes de Leon y Castilla. El duque de Medina-Sidonia, el de Alburquerque, el marqués de Santillana, los condes de Benavente y de Paredes: todos se creian con méritos y derecho para pretenderle. La infanta deseaba que le administrase su esposo don Fernando. La órden celebró capítulo en Castilla, y eligió para maestre al conde de Paredes. La misma órden celebró capítulo en Leon, y eligió á don Alonso de Cárdenas. El rey deseaba que el hijo del difunto le sucediese en la dignidad. El conde de Osorno, hermano del de Paredes, puso preso en Fuentidueña á aquel hijo; y tuvo que soltarle porque sus contrarios habian tambien puesto presa á su esposa y le amenazaban con tomar por la fuerza á Fuentidueña. Las crónicas castellanas afirman que el arzobispo de Toledo habia procurado enardecer al rey para que, apesar de lo adelantado y crudo de la estacion, fuése en persona al sitio de aquella plaza. El rey obedeció como obedecia á cuantos sabian mandarle con arte. Volvió del sitio en un estado muy alarmante. Los dolores de estómago no cesaban desde el almuerzo de Segovia, y ahora se avivaron y se extendieron por todas las entrañas. Diéronle vómitos y cámaras muy frecuentes y penosas. Purgáronle, y á aquellos síntomas sucedió un intenso dolor de costado. Estaba en cama, y le participaron que se acercaba su hora postrera. En este momento solemne, llamó al prior de San Gerónimo, su confesor, platicó con él reposadamente, y recibió con calma y resignacion la Eucaristía. Fué en la noche del dia 12 de diciembre. El marqués de Villena, el cardenal Mendoza y el conde de Benavente estaban junto á la cama. La reina no estaba allí: la hija del rey

tampoco. Preguntáronle si dejaba hecho testamento, y respondió que sí, y que le presentaria su secretario Juan de Oviedo. Inquirieron de él quiénes eran sus albaceas y dijo que, menos el prior, los presentes y el conde de Plasencia. Deseaban saber de él que en dónde deseaba ser sepultado, y dijo que en el convento de Nuestra Señora de Guadalupe, al lado de su buena madre. Dijéronle por último que á quién dejaba por heredero del trono, y respondió que á su hija la princesa doña Juana. En tales ocasiones un hombre del carácter de don Enrique IV no miente. Poco despues dió su alma al Eterno. En su infancia, en su juventud, y en su edad madura, siempre niño, casi seria una injusticia hacerle responsable de lo que pasó durante su reinado. Los nobles le llevaban, los nobles le traian. Un dia le hacian declararse contra su padre, otro dia contra su hija. Daba lo suyo lo mismo que daba lo ajeno. Los que le burlaron una vez volvian á burlarle ciento. Los enemigos de su hija se dieron buen cuidado de llenar las crónicas de hechos favorables á lo que ellos llamaron su derecho. Por ley, por equidad, por dignidad de la monarquía, y por justicia, el trono pertenecia á la hija del monarca. Dejando á un lado las consideraciones de conveniencia, tan rebelde anduvo la infanta como rebelde habia andado el infante don Alonso su hermano. Si valiesen los pretextos de que se echó mano para arrebatar el trono de manos de doña Juana, ninguna dinastía podria ser estable en la tierra. Vigente estaba la ley de las Partidas. En la séptima, título séptimo, ley tercera, está dicho terminantemente que solo el marido puede acusar de suposicion de hijo, y aun en este caso es indispensable que haya suposicion de parto. La reina estuvo realmente en cinta, y dió á luz una niña. Hijo de mujer que

cohabita con su marido, es hijo del marido, diga lo quiera el mundo. Nadie acusó de adulterio á la reina, ni podia acusarla. Y aun en el supuesto caso de una acusacion, hija del marido era por ley la habida durante la cohabitacion. Respecto á la supuesta impotencia, las declaraciones del único médico que pudo darlas en esta materia deshacen cuanto propaló la maledicencia de los cortesanos. Es sabido que el rey tuvo tratos con varias damas. Tambien es sabido que la reina estuvo zelosa de su marido y riñó por zelos con una de aquellas concubinas. De todo lo cual se desprende que los ricos-hombres turbulentos, fecundos en invenciones que justificasen su conducta, así como en tiempo de Pedro I procuraron dar bulto á las crueldades de este para arrebatarle el cetro, de la misma manera no vacilaron en desprestigiar á don Enrique IV, y echar infamias sobre la reina, para ejercer el mando mientras aquel viviese, y conferirle faltando él á quien les pluguiese. No atendieron á las prendas de doña Isabel ni á los talentos de don Fernando, ni miraron al beneficio de la union de los reinos. Aspiraban meramente á quedar impunes en sus rebeliones. Casi es inútil hablar de córtes allí en donde reinó siempre la fuerza. Celebráronse durante el reinado de don Enrique IV las siguientes: en Valladolid en 1454 para jurar al rey; en Cuellar en 1455 para hacer la guerra al moro; en Córdoba el mismo año; en Toledo en 1457, aunque algunos dudan si llegaron á celebrarse; en Madrid en 1462 para jurar por heredera á doña Juana, hija del rey, sin protestas de ninguna clase; en Toledo el mismo año; en Cigales en 1464, efecto ya de la rebelion del infante don Alonso: en ellas manifestó el rey que se jurase por sucesor al dicho infante si prometia casar con su hija doña Juana; en Salamanca

en 1465; otras de 1466 que no se sabe si llegaron á reunirse; en Madrid en 1467 en que se trató de que no se desmembrasen bienes de la corona; en Ocaña en 1468 y 1469 para que las ciudades ratificasen la transaccion hecha con los rebeldes en Guisando; en 1471 en Segovia para destruir solemnemente lo hecho en Guisando, y volver á jurar como heredera á la hija del rey doña Juana; y en Santa María de Nueva en 1473 de las que ya hablamos.

Hemos dado mas extension á este capítulo para abrazar en él los fundamentos de la union de Aragon y Castilla. Ya vimos que el parlamento de Caspe dió el trono de Aragon á un infante de Castilla; vimos asimismo que este infante murió precisamente cuando volvia á su patria, no se sabe con qué intenciones, aunque se presume que no las llevaria muy favorables á su sobrino á quien habia usurpado con arte el cetro de Aragon; y tambien vimos de qué manera sus hijos se mantuvieron incansables en esa Castilla que era sus amores, haciendo correr en uno y otro reino aquellos flúidos que tarde ó temprano asimilan los imperios. La obra se habia ido labrando por si misma. Providencialmente se salvaban todas las vallas, y se daba el nombre de iniquidad á todo cuanto retardaba la marcha, y el de justicia á todo cuanto la favorecia.

SINCRONISMOS.

Fueron papas, durante el período de tiempo que abraza este capítulo IX de este libro VII, Inocencio VII desde 1404 hasta 1406; Gregorio XII hasta 1409 en que fué depuesto; Alejandro V en Pisa en 1409 y 1410; Juan XXIII en Pisa hasta 1415 en que fué depuesto; Martin V desde 1417 á 1431; Eugenio IV hasta 1447; Nicolás V hasta 1455; Calixto III hasta 1458; Pio II hasta 1464; Pablo II hasta 1471; y lo era

ahora Sixto IV y lo fué hasta 1484. Génova habia pasado por varias alternativas de las cuales es conveniente tomar nota. En 1415 se habia entregado al duque de Milan; en 1458 habia vuelto al dominio de la Francia en cuya posesion estuvo ya en 1396; y en 1464 habia sido nuevamente sometida por el duque de Milan. En Francia á Cárlos VI, el Bien-Amado, sucedió en 1422 Cárlos VII el Victorioso; y desde 1461 reinaba Luis XI sucesor de Cárlos VII. Juan sin Miedo fué duque de Borgoña desde 1404 hasta 1419; Felipe el Bueno lo fué hasta 1467; y Cárlos el Temerario le sucedió, y fué el último, hasta 1467. En Inglaterra reinó Enrique IV desde 1399 hasta 1413; Enrique V, hasta 1422; sucedióle Enrique VI depuesto en 1461 por Eduardo IV de York. Consignemos algunos hechos notables. El dia primero de abril de 1405 murió Tamerlan el Grande; el dia 2 de diciembre de 1406 un decreto del parlamento de Inglaterra devolvió á las mujeres el derecho al trono; el dia 3 de setiembre de 1409 fueron pasados á cuchillo en Génova los franceses; en 1414 se juntó por el mes de noviembre el concilio de Constancia; el dia 8 de mayo de 1429 la heroína Juana de Arc hizo levantar el sitio de Orleans á los ingleses; el dia 12 de julio del mismo año murió aquel inimitable Gerson que publicó sin nombre la Imitacion de Cristo, libro atribuido á Kempis; el dia 30 de mayo de 1431 Juana de Arc fué quemada viva por los ingleses; el mismo año se dió comienzo al concilio general de Basilea; hay memorias de que en 1437 se representó el misterio de la PASION en Metz; el dia 10 de noviembre de 1444 los turcos y los húngaros se dieron la sangrienta batalla de Varna; el dia 29 de mayo de 1453 los turcos se apoderaron de Constantinopla; el dia primero de agosto de 1464 murió aquel Cosme de Médicis,

llamado el Padre de la Patria. Ahora que el islamismo, cansado de luchar por la parte del Estrecho de Gibraltar para invadir la Europa, habia cruzado en Oriente otro Estrecho, el del Bósforo, como para devolver á los cristianos las devastaciones de los tiempos de las cruzadas, la atencion de las gentes se dirigia hácia las riberas del Danubio con deseos de saber si allí se reproducirian los hechos de guerra inacabables de nuestra Iberia. Y el resto del imperio de los árabes que en el seno de esta subsistia, temblaba ya por su existencia. Las convulsiones civiles le atormentaban en el momento en que mas necesitaba de entereza y brios; y oia hablar con espanto del nuevo carácter que tomaba ya en las fronteras la guerra. Decian los cristianos que ya era vergonzoso sufrir por mas tiempo el padron de ignominia puesto en Granada; no bastaba para salvar á los moros la circunstancia de que acudiesen al extremo de tomar de buena ó mala voluntad el bautismo: los recien convertidos eran mirados como enemigos encubiertos; se les perseguia lo mismo que antes á los judíos; y, tomando la lucha de raza en sus últimos momentos un colorido religioso, hacia ya presentir que si de nuevo se rompia abiertamente la guerra seria para completar la obra á que siete siglos y medio antes se habia dado comienzo. Las mismas turbulencias interiores que atormentaban á los cristianos, manteniéndolos constantemente familiarizados con las armas, sirvieron despues para que, en un momento dado, estuviesen á punto de entrar en la última y decisiva accion de guerra. Faltaba un impulso para completar la reconquista. Luego veremos quién le dió y cuáles fueron sus resultados.

FIN DEL TOMO VII

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SÉPTIMO.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SÉPTIMO.

ADVERTENCIA.

Desde el fin del tomo I quedó cerrada la suscripcion á esta obra. Los que despues han venido solicitando que se abriese nueva suscripcion, quedan anotados, y serán servidos al publicarse la segunda edicion que será luego de terminada la presente. Todo cuanto en ella se aumente sobre la primera, se repartirá gratis á los que lo son á esta.

EL EDITOR.

ANALES

DE

ESPAÑA

DESDE SUS ORÍGENES HASTA EL TIEMPO PRESENTE,

POR ORTIZ DE LA VEGA.

TOMO VIII.

MADRID,
LIBRERÍAS DE D. JOSÉ CUESTA,
Y DE D. A. SAN MARTIN,
Y EN LA DE LA PUBLICIDAD, PASAJE MATEU.

BARCELONA,
ADMINISTRACION DE CERVANTES,
CALLE DE FERNANDO,
NÚMERO 2, ESQUINA Á LA RAMBLA.

1859.

BARCELONA: Imp. de Tomás Gorchs, calle del Cármen núm. 38.—1850.





LA ALAMBRA

PRÓL[illegible]

PRÓLOGO.

La obra de la reconquista se va á consumar en breve. La nacion que desunida, de tribu en tribu, habia sido avasallada por el paganismo italiano, y que habia pasado siete siglos bajo el yugo, un dia de los emperadores, otro dia de los septentrionales; esa nacion que, apesar de tan prolongado letargo no habia sucumbido, antes habia dispertado el dia de la ruína del godo para dar principio á una guerra que debia traer ocupadas unas en pos de otras á veinte generaciones; ese pueblo que habia hallado dos concentraciones admirables, en el renacimiento de la nacionalidad ibérica una, en la unidad de creencias otra, para llevar la guerra contra el comun enemigo: ya ve cercano el término de sus deseos. No hablaba de los habitantes de nuestra península aquel poeta romano que decia que no habian nacido de tales padres los que tiñeron el mar con sangre de los cartagineses, y los que domaron á Pirro, al grande Antíoco y al terrible Aníbal. En nuestra patria se ha podido notar un fenómeno sorprendente. No existe en ella lo que se llama degeneracion de raza. Acostumbrada á todas las grandezas, como ya tuvimos ocasion de decirlo en otra parte, si un dia las deja otro las toma; familiarizada con todos los atavios, ninguno habrá que bien no la siente; y habiendo corrido las mas bravas borrascas, es nave de aguante para todos los temporales. Pareció que la Providencia tenia reservados dos grandes beneficios para cuando aquellos moradores se hiciesen dignos de ellos, por medio de una union intima. La toma de Granada, y el descubrimiento del Nuevo Mundo. Desde el momento que cesan las alteraciones civiles, y los principales pueblos hacen el sacrificio del propio orgullo en aras de la union de todos ellos; desde

que los grandes pierden la costumbre, resíduo de los tiempos de los godos, de promover alteraciones y crear conflictos; y desde que los humildes han dejado de agruparse bajo diferentes banderas, y han preferido la dominacion de un señor poderoso á la de muchos: la nacion emprende otra marcha, y se adelanta en ella incontrastable. El árabe es vencido; los senos del Atlántico son investigados; y la Europa atónita pregunta de dónde ha salido ese poder colosal que en un dia se ha levantado como para tomar posesion del mundo. Luego veremos si tal vez la concentracion tomará proporciones exajeradas, sofocando completamente las individualidades en vez de nutrirlas, conservarlas y dirigirlas. Que de esta suerte los males van mezclados con los bienes en las historias de los pueblos.

ANALES

DE

ESPAÑA.

CONTINUACION DEL LIBRO SÉPTIMO.

CAPITULO X — Alí-Abu l Hassan, reina en Granada hasta 1482. Sucédele Mohamed X, ó Boabdil (Abou-Abdallah) solo hasta 1484. Guerras civiles entre Abdallah, tio, y Boabdil hasta 1491. Sucumbe Granada reinando Boabdil en 1492.—Doña Leonor en Navarra hasta 1479; Francisco Febo en 1479; Catalina, su hermana hasta 1483: Juan III de Albret hasta 1494; Enrique II su hijo. La Navarra es incorporada á Aragon y Castilla. Isabel I y Fernando V (en Aragon II) en Leon, Castilla y Aragon. Muerte de don Juan II de Aragon en 1479. Muerte de los reyes católicos. El nuevo mundo en 1492. Fin del reinado de Alonso V en Portugal en 1481; Juan II del mismo reino muere en 1495, sucédele Manuel.

DE 1475 A 1516.

Calientes aun los restos del rey don Enrique IV, su hermana doña Isabel se hizo aclamar reina en Segovia é hizo proclamar así mismo á su marido á la sazon ausente. Pasó al templo é hizo entonar un solemne Te-Deum como si acabase de conseguir el mayor triunfo; y luego fué á aquel mismo alcázar en donde entró algunos meses antes en compañía de su esposo y del monarca difunto; y se sentó junto á aquella misma mesa al rededor de la cual los tres comieron; y regaló al alcaide del castillo aquella misma copa de oro en que Enrique, dicen algunos, bebió un tósigo. Confir-

mados los privilegios de Segovia, al poco tiempo el príncipe de Aragon don Fernando, ya rey de Leon y Castilla, se juntó con su esposa, y los dos de comun acuerdo procuraron consolidar su triunfo. Su mayor enemigo por el pronto fué el marqués de Villena que tomó partido por doña Juana, hija del rey difunto, y procuró casarla con el rey de Portugal Alonso V.

Un segundo enemigo hallaron muy luego, entrado el año 1475, en el mismo arzobispo de Toledo. Creia este prelado poder llevar de la mano á los dos príncipes, y recabar de ellos todo cuanto desease. La discrecion de la infanta le habia burlado. Y convencido de que no seria él el amo ni el director de los negocios, solicitó mercedes exorbitantes, y siéndole negadas, se despidió de los reyes con desentono. Otro peligro tuvo que conjurar la princesa. Algunos letrados creian que el poder real correspondia á don Fernando como varon descendiente de los reyes de Castilla, y nó á doña Isabel. Pero esta princesa manifestó que no habia deseado el trono por pura vanidad, sino para hacer en él alguna cosa y procuró calmar á su colérico marido que ya iba á salirse de Castilla despechado. Convinieron en fin en que la legislacion y la justicia corriesen en nombre de entrambos. Durante algunos dias, no se habló de otra cosa que de severidad, rigores y castigos para dar espanto á los turbulentos; pero luego se vió que así se aumentaba la parcialidad de Villena y de doña Juana, y pareció mas prudente proceder con calma, concediendo indulto por todo lo pasado. Á Villena le enviaron persona que entablase tratos, y fueron tantas las mercedes que pidió para sí, para el arzobispo de Toledo y para sus amigos, que los reyes creyeron mas conveniente entrar en campaña. La esperanza de

los partidarios de doña Juana estaba puesta enteramente en el rey de Portugal. La de los príncipes se fundaba en las fuerzas de Aragon. Denuedo le tenian todos. Nobleza habia en uno y otro bando. La justicia ya sabemos de parte de *quién* estaba. Ahora veremos quién trajo á sí los favores de la fortuna. La gran ventaja de los príncipes consistia en que el apocamiento de don Enrique les habia permitido prepararse con tiempo, y que su contraria era una inexperta niña. El rey de Portugal procuró sondear los ánimos de los nobles castellanos, y creyó que habia elementos en Castilla para sostener una guerra encarnizada, mientras al mismo tiempo el rey de Francia llamaba hácia el Rosellon las fuerzas de los aragoneses. Entonces acabaron de dar un estallido todas las ambiciones comprimidas. En Navarra, viendo muy ocupado al aragonés, volvieron á desatar su furia los agramonteses sin que doña Leonor pudiese contenerlos. Renováronse en Aragon las turbaciones pasadas. Los franceses se adelantaron con un numeroso ejército hácia Perpiñan, obligaron á los defensores de esta plaza á rendirse, firmaron por seis meses una tregua con el aragonés y terminada penetraron en Cataluña talando las campiñas. Los pueblos se lamentaban de que por los intereses de Castilla quedase desatendida la defensa de las fronteras. El rey de Portugal, conociendo cuan preciosas eran aquellas circunstancias, declaró la guerra á don Fernando y doña Isabel. Por la actividad que manifestó esta princesa se vió que merecia vencer, aunque fuese injusta su causa. Envió quien hablase al arzobispo de Toledo y le hiciese proposiciones de arreglo: y este se atrevió á responder que de la rueca habia sacado á la reina y á la rueca la volveria. Los demás nobles hablaron con no menos teson aunque con mas cortesanía á favor

de doña Juana. No se descorazonó doña Isabel, antes multiplicó sus fuerzas poniéndolas en movimiento. Los pueblos, amigos de las situaciones francas, abandonaban las medias sombras pasadas, y se declaraban abiertamente por uno ú otro bando. Ciudad Real y Alcázar se levantaron en poder de los príncipes. Alonso V de Portugal penetró en Castilla á la cabeza de un lucido ejército, y entró en Plasencia. Hay quien cree que la entrada de tropas portuguesas fué mas perjudicial que favorable á la causa de doña Juana. Y los que tal creen son los mismos que afirman que un siglo antes, lo que afirmó la corona de Leon y Castilla en las sienes de don Enrique II, el bastardo, fué la circunstancia de haberla reclamado por suya con fuerzas numerosas el rey de Portugal don Fernando I. Ahora, á don Alonso V le recibieron bien en Palencia, donde contrajo esponsales con la princesa doña Juana, y los dos se titularon desde luego reyes de Castilla y Leon y de Portugal. Algunos castellanos preferian la union con Portugal á la de Aragon: pero otros decian que Aragon y Castilla se apoderarian facilmente de la Lusitania. Doña Isabel y don Fernando, viendo al portugués tan dado á tomarse títulos, añadieron tambien á los suyos el de reyes de Portugal: de suerte que no parecia que luchasen unos por la union ibérica y otros en contra, sino meramente para dar la presidencia de aquella union al mas afortunado. Dióse comienzo á la lucha con escaramuzas. La reina viuda de Castilla, poco afortunada esposa de don Enrique IV, murió en el momento de darse principio á estas jornadas. Sus enemigos han procurado obscurecer su fama, diciendo que era muy dada á las liviandades: otros dicen que, por haber rechazado, si no todas, muchas impurezas, atrajo sobre sí y su hija las iras de al-

gunos sediciosos. Era de cortos alcances: que á tenerlos mas largos no llegaran sus contrarios á lo que se atrevieron. Mientras los portugueses y sus aliados se internaban en Castilla, encendian la guerra civil en Galicia, penetraban en Toro y ponian sitio á la fortaleza esta plaza, algunos destacamentos de los príncipes entraban en Portugal, se apoderaban de Nodar, derrotaban un cuerpo portugués, tomaban por sorpresa el castillo de Ougela y rendian la plaza de Alegrete. El portugués entró en Zamora por tratos. Don Fernando acudió hácia Toro, tomó por la fuerza una torre de las cercanías, hizo ahorcar á treinta de sus defensores, y creyó que por este medio pondria terror en sus enemigos. Nada de esto. Desde Toro se atrevieron á motejarle. Encendido en ira envió á desafiar al rey de Portugal, diciendo que cómo se habia atrevido á entrar en Castilla; á lo que respondió el portugués que cómo se atrevia á llevar una corona usurpada. Don Fernando, á pesar de su arrogancia, creyo deber alejarse de Toro. Esta campaña tuvo varias alternativas; ó por mejor decir no hubo campaña, sino algunas incursiones y correrías mas ó menos afortunadas. El duque de Medina-Sidonia hizo entrada en Portugal como la hubiera hecho en tierras del moro; un destacamento portugués fué destruido; la fortaleza de Toro tuvo que rendirse por no haberla dado auxilio don Fernando; este príncipe y doña Isabel, faltos de recursos, se apoderaron del oro y la plata de todas las iglesias, con ánimo es verdad de restituirlo si triunfaban; la comarca de Uclés se declaró á su favor por la actividad del conde de Paredes; la ciudad de Burgos los aclamó aunque los del castillo estaban por doña Juana; don Fernando puso sitio á este castillo mientras doña Isabel iba á Leon á preparar medios de resistencia y á concertar tra-

tos para el recobro de Zamora; el rey de Portugal y doña Juana enviaron fuerzas al socorro del castillo de Burgos; el mismo don Alonso V fué á Arévalo, obtuvo algunas ventajas parciales, se acercó á Valtanas, entróla á saco, y luego se apoderó de Cantalapiedra; y el castillo de Burgos, aunque no pudo ser socorrido por el portugués, opuso á don Fernando una resistencia heróica. Doña Isabel por sí y por sus emisarios trabajó con el mayor ahinco. Vióse con su esposo en Valladolid, y determinaron jugar el todo por el todo. La plata sacada de los templos sirvió para comprar el favor de muchas poblaciones, visto que los nobles eran muy veleidosos y caros. La mayor parte de los pueblos del marquesado de Villena se declararon contra su señor y á favor de aquellos príncipes; Baeza tomó la voz de estos; Trujillo y Ocaña siguieron el mismo ejemplo; Pedro de Mazariegos, ganado por doña Isabel, hizo traicion al portugués, se apoderó del puente de Zamora y dió entrada en esta plaza á don Fernando; y el rey de Portugal tuvo que replegarse otra vez hácia Toro. Á fines de año el portugués, cansado de tomar y perder plazas, deseaba venir á términos de una batalla decisiva.

La campaña de 1476 dió la corona de Castilla á los reyes católicos y la quitó á doña Juana. La cuestion no era de derecho, sino de fuerza. La fortaleza de Zamora habia quedado por el portugués, y don Fernando la puso sitio. Quiso despues adelantarse hácia Toro, y tuvo que retirarse y esperar refuerzos. Entregósele por tratos la ciudadela de la plaza de Villena; la de Burgos hizo otro tanto; el conde de Plasencia y el marqués de Villena, poco satisfechos del rey de Portugal, se retiraron de su servicio; varios nobles le imitaron; el inconstante arzobispo de Toledo, antes pro-

lector de doña Isabel, ahora su enemigo, se alejó tambien del campo portugués y se metió en Alcalá de Henares; el marqués de Villena, viendo la táctica adoptada por los reyes católicos de hostilizarle por medio de sus propios vasallos, sublevándolos contra los nobles turbulentos, hizo correr la voz de que ya estaba convenido con aquellos príncipes; el mismo duque de Alburquerque don Beltran de la Cueva, recibia mercedes de estos príncipes y los servia; los títulos de los grandes que se habian declarado por doña Juana se daban por anulados; y se procuraba que en las acciones de guerra los cuerpos de castellanos lidiasen encarnizadamente con los de los portugueses encendiendo antipatías y enconos de pueblo á pueblo. El príncipe de Portugal don Juan habia acudido con refuerzos para su padre el rey don Alonso V. Ya se atrevió este á ir contra los castellanos que tenian estrechado el sitio de la ciudad de Zamora; pero, por falta dè vituallas le fué forzoso levantar el campo y volverse á Toro. Ibase retirando el dia primero de marzo, cuando, al llegar á un sitio denominado el campo de Pelayo Gonzalo, á unas cuatro millas de Toro, vió que los castellanos le iban al alcance. Volvióse y les presentó batalla. Decimos mal: no les presentó una sino dos batallas. Venia con el rey de Portugal su hijo don Juan, quien formó asimismo su gente en línea. Los castellanos se adelantaban divididos en dos cuerpos; la derecha mandaba por don Álvaro de Mendoza y en cuya reserva iba el rey don Fernando; y la izquierda, dirigida por el duque de Alba y en cuya retaguardia formaba el cardenal Mendoza. La derecha de los castellanos cayó sobre el príncipe don Juan, y no pudo romperle, antes este arrolló á sus contrarios, los deshizo, llegó hasta sus reservas, puso terror en el rey don Fernando, hizo va-

rios prisioneros, en su número al conde de Alba de Liste, y se mantuvo toda la noche en un repecho sobre el campo de batalla. Esta arremetida dió, pues, una victoria á los portugueses. La otra arremetida la dió la izquierda del castellano contra el cuerpo portugués mandado por el mismo Alonso V. Este monarca no pudo contener el ímpetu de sus contrarios, y se retiró, perdidos unos mil quinientos hombres entre muertos y prisioneros, á Castro Nuño. Esto fué una victoria para el castellano. Y como el principal cuerpo portugués habia sido arrollado, no es extraño que los escritores castellanos hayan confundido bajo el nombre de una sola victoria las dos batallas. No lo hacen así los portugueses, sino que dicen que su rey fué vencido y su infante ganó una batalla. Las primeras noticias que llegaron á Tordesillas no fueron del gusto de la reina, que allí moraba por entonces; pero las posteriores la llenaron de consuelo, de manera que descalza fué al convento de San Pablo á dar gracias á Dios por haberla salvado de un gran peligro. Los castellanos se volvieron á Zamora, los portugueses á Toro. En la dispersion perdieron los portugueses mucha gente, por cuanto hacian la guerra en pais extraño. Las fortalezas de Mota del Rey y de Zamora no pudieron resistir mas tiempo, y las ocupó don Fernando. Garci-Bravo sorprendió la de Atienza y la entregó al rey junto con un tesoro que allí se guardaba del arzobispo de Toledo. Varios nobles ya no vacilaron viendo que la fortuna favorecia á doña Isabel y á don Fernando; por industria de don Pedro Nuñez de Toledo la villa de Madrid fué ocupada por los castellanos, al igual que la de Uclés, y quedaron sitiadas las fortalezas de ambas poblaciones. Celebradas córtes en Madrigal, se dispuso que en ellas fuese jurada como heredera

del trono la infanta doña Isabel, hija de los dos príncipes. El marqués de Villena y el arzobispo de Toledo trataron de hacer levantar el sitio que el conde de Paredes tenia puesto á la ciudadela de Uclés, mas no pudieron conseguirlo. Dos veces distintas hubo quien probó á mover tratos de paz con el portugués, y fueron rechazados. Sin embargo se ajustó una tregua de seis meses con la condicion de que el castellano levantaria el sitio que tenia puesto á Cantalapiedra, y que el portugués permitiria al conde de Benavente, prisionero suyo á quien soltó, el hacer armas en favor de quien quisiese. Las fortalezas de Portillo, Mayorga y Villalva las dió el portugués en rehenes de esta tregua. Con esto el rey de Portugal y su hijo se volvieron á su reino á prepararse para la campaña siguiente; y el primero pasó á Francia para ponerse de acuerdo con los enemigos de los aragoneses. En Tours tuvo vistas con el rey de Francia; y aconsejado por este envió á Roma para obtener dispensa de parentesco á fin de casarse con doña Juana de Castilla. Tambien se vió el portugués con el duque de Borgoña, enemigo del francés, que tenia sitiada la ciudad de Nanci, y probó á ponerle en paz con aquel monarca, mas no pudo conseguirlo. El francés habia procurado mover guerra al rey de Aragon por Cataluña y por Navarra á un mismo tiempo. En Navarra la intervencion del príncipe don Fernando podia á duras penas calmar la efervescencia de los agramonteses y beamonteses. En Vizcaya los franceses habian puesto sitio á Fuenterrabia. Una vez tuvieron que levantarlo por falta de víveres y por la bella defensa que hicieron los sitiados. Volvieron á sitiarla nuevamente en el decurso de este año, y de nuevo les fué forzoso volver á levantar el sitio. La guarnicion fué reforzada, y el presidio abastecido. Por

tercera vez volvieron á cercarla los franceses; y fué á tiempo que el príncipe don Fernando, sentadas treguas con el portugués, pudo acudir con hueste y ahuyentar al extranjero. En la raya del Principado el francés se habia apoderado de Salsulas y de Livia, y le favorecian mucho varias disensiones en que andaban metidos los catalanes, en el Ampurdan principalmente. Picaba en algunos puntos la peste y muchos lugares eran abandonados. En Zaragoza, lo mismo que en algunos pueblos de Navarra, se trataba de dar nueva forma á aquellas hermandades ya conocidas y destinadas antes á la persecucion de malhechores, aunque no concentradas como se pretendia ahora para transformarlas en fuerza pública puesta á disposicion del príncipe. De esto se trató en unas córtes celebradas este año en Zaragoza. De esta suerte las hermandades, establecidas á imitacion de las que funcionaban en Castilla, eran, aunque no lo pareciese, otro lazo de union entre las dos monarquías, lo mismo que debia serlo toda fuerza permanente creada en ambos reinos. Las treguas con Portugal las aprovechó don Fernando para pasar segun queda dicho á Vizcaya, verse con su padre el rey don Juan en Vitoria y en Tudela, y dar providencias para poner en paz á los navarros ganando las voluntades de algunos jefes de las parcialidades. El rey de Aragon procuraba moderar el ardimiento con que su hijo queria perseguir al arzobispo de Toledo y á los nobles castellanos; y se cree que á sus consejos fué debido el acomodamiento con el marqués de Villena. La plaza de Toro fué bloqueada por mandato de doña Isabel y tuvo que rendirse por efecto de una sorpresa. Huete y otros lugares se rindieron: y cuando los dos príncipes volvieron á juntarse en Ocaña, ya tenian asegurado el cetro. La órden de Santiago habia conferido su

administracion al rey, lo que valió á este una gran concentracion de poder, que, unida á la de la consolidacion de las hermandades de Castilla, formaban dos grandes núcleos de prepotencia. Fué notable en Segovia una sublevacion popular contra aquel Andrés de Cabrera, de quien ya hemos hablado, alcaide del alcázar. El pueblo pedia su destitucion, y amotinándose penetró en el alcázar. Acudió la reina desde Tordesillas, habló al pueblo con ánimo varonil, prometiendo que daria satisfaccion á sus quejas, y allanándose á nombrar otro alcaide; pero en cuanto quedó libre el alcázar, Cabrera fué repuesto en su destino.

Obtenida la posesion del trono, trataron los reyes católicos de consolidarla en 1477. Habíanla obtenido á despecho de muchos grandes y con el favor de muchas poblaciones. Esta vez los castillos, ocupados por los poderosos, no habian podido resistir al impulso de la comunidad aliada con el príncipe. Cierto que se procuraba fomentar desórdenes en las poblaciones en donde los antiguos señores conservaban alguna influencia; pero eran aplacados con actividad y energía. Continuando en su rebelion el arzobispo de Toledo, era natural que algunos toledanos moviesen perturbaciones: moviéronlas, pero fueron castigados. La Hermandad fué entonces un elemento que contribuyó á hacer renacer el órden, y á sostenerle á pesar de todos los embates de las ambiciones mal contenidas. Su establecimiento halló en algunos puntos las dificultades que se debian esperar naturalmente. Los grandes la creian intolerable, y tendian á que tambien lo fuese para el pueblo, á fin de levantar por este medio contra ella un general clamoreo. Escribieron á los reyes pidiéndoles que la aboliesen; pero respondieron estos que en ella buscaban un remedio para que

Castilla no fuese lo que era, un semillero de alteraciones. Al mismo tiempo procuraban que por las fronteras de Granada se encendiese la animosidad contra los moros. Habian estos intentado sorprender la plaza de Alcalá la Real, y en el reino de Murcia habian destruido la de Cieza: por lo que fué muy fácil enardecer contra ellos los ánimos y hacer que los fronteros clamasen por la guerra. En Baeza hubo perturbaciones, y se mandó desmantelar su alcázar. Terminada la tregua con Portugal, rompiéronse por mar y tierra las hostilidades con mútuo quebranto, pues mas se tendia á causar daño al enemigo que á llevar á cabo ningun plan combinado. El castellano recobró las plazas de Cantalapiedra, Siete-Iglesias y Cubillas; pero halló en la de Castro-Nuño una tenaz resistencia, y le costó bastante vencerla. El portugués recobró las de Nodar y Alegrete. En Leon y Castilla las fortalezas se iban reduciendo á la obediencia, y las Hermandades formaban en ellas, digámoslo así, otras fortalezas movibles en que se encastillaban los príncipes. A pesar de la oposicion de los nobles la Hermandad quedó establecida en Andalucía. En Córdoba, Sevilla, Extremadura, y en Cáceres muy particularmente, fueron apaciguados algunos sangrientos bandos. Por el pronto los reyes hallaron oposicion en que no se proveyese la plaza de Maestre de Santiago, por lo que hicieron que recayese en don Alonso de Cárdenas, aunque le impusieron la obligacion de dar todos los años tres millones de maravedises para reparaciones de las plazas fronterizas con el moro. La insistencia del rey de Portugal en sus pretensiones daba á los reyes católicos algun cuidado. Alonso V desde Francia habia obtenido dispensa para contraer matrimonio con su sobrina doña Juana de Castilla. De repente le entró desapego por las cosas

del mundo. Le parecia que ninguna de ellas valia la pena que se daban los hombres por conservarlas. Renunció al trono, y se escondió con ánimo de ir hasta Jerusalen peregrinando. Fuéron en su busca algunos leales servidores, y pudieron recabar de él que volviese con ellos á su patria. Habia escrito á su hijo don Juan dándole noticia de su renuncia; por lo que este, convocadas córtes, habia tomado el título de rey á 10 de noviembre. Cinco dias despues llegó su padre, y el hijo le entregó la corona. En el Principado continuó el francés haciendo amagos, y ocupando las posiciones que habia ganado en el Rosellon y en la cordillera misma del Pirineo. La infanta de Aragon doña Juana partió para Nápoles, esposa ya del monarca de este reino. En Barcelona murió ajusticiado un noble, don Jaime de Aragon, que se habia apoderado del estado de Villahermosa y provocado alteraciones en Valencia. Hubo quien dijo que por bajo cuerda era otro quien provocaba esas alteraciones contra los grandes para humillarlos. Algunos de ellos fueron asesinados por sus propios vasallos, en su número Hernan Gomez y don García de Sesé. En Navarra los beamonteses y agramonteses rompieron las treguas que se habian jurado á peticion de don Fernando; y hubo necesidad de que doña Leonor pidiese fuerzas á este príncipe, hermano suyo, no tanto para hacer respetar su autoridad, como para proveer á la seguridad propia.

El rey don Juan II de Aragon se convenció en 1478 de que, ni aun teniendo sentado en el trono de Castilla á un hijo, era dueño de dirigir los destinos de este reino. Mientras él hacia preparativos de guerra contra el francés, su hijo, en nombre de los castellanos y por intereses de Castilla, ajustaba la paz con Francia. Habia, pues, alguna cosa

mas que hacer para que pudiese decirse que los destinos de ambas coronas quedaban unidos. El aragonés se vió obligado á firmar treguas con Francia, viendo el Rosellon en manos de sus enemigos. Verdad es que otros cuidados llamaban su atencion mas vivamente. El marqués de Oristan sostenia contra él en Cerdeña una lucha sangrienta. Tuvo que enviar contra él grandes refuerzos á aquella isla, y al fin consiguió que le hiciesen prisionero, junto con dos hijos y tres hermanos, junto con el vizconde de Luri, y á todos los hizo trasladar al castillo de Játiva, confiscándoles los bienes. Antes fué necesario que el rey entrase en ajustes de paz con la república de Génova. Al mismo tiempo don Juan II se vió obligado á sofocar alteraciones en Segorbe y varias perturbaciones en el reino de Valencia. Anduvo disgustado con el papa, porque, habiendo muerto el arzobispo de Zaragoza, el rey deseaba que esta dignidad fuese conferida á un don Alonso, hijo natural del rey Católico, habido en una jóven de Cervera, por nombre Ibarra: y el papa se negaba por la corta edad del niño. Al fin quedó acordado que este niño seria administrador de aquella metrópoli hasta que pudiese ser arzobispo. Á los portugueses se les frustraron este año dos planes: uno para apoderarse de la plaza de Bayona en Galicia; y otro para conseguir que el arzobispo de Toledo les entregase la ciudad de este nombre. Apenas nos darán crédito nuestros lectores si les decimos que este prelado supo obtener perdon y olvido de los reyes católicos, y volver á su gracia. Algunos le creian mas temible como amigo que en calidad de enemigo. Aquellos príncipes habian firmado treguas por tres años con el rey de Granada mientras completaban la conquista de sus estados. Eran muchos los que en esta empresa los auxiliaban. Fernando de Saavedra

les entregó la plaza de Tarifa; Pedro de Godoy los castillos de Carmona; la fortaleza de Castro-Nuño se rindió y fué demolida; varias plazas de Andalucía les fueron abriendo las puertas. Sin embargo algunos grandes estaban tenaces en oponerles resistencia. El marqués de Villena sostuvo varios encuentros con las tropas de los reyes porque estos habian mandado sitiar la plaza de Chinchilla que él dijo que le pertenecia. Al duque de Medina-Sidonia y al marqués de Cádiz tuvieron que prohibirles vivir en Sevilla, como á jefes eternos de los bandos de Ponces y Guzmanes. Á algunas poblaciones, entre ellas la de Córdoba, les fueron restituidos los bienes de propios que los poderosos les tenian usurpados. Dieron un decreto por el que castigaban con multa del séptuplo á los magistrados reos de cohecho. En el alcázar de Sevilla, la reina dió á luz un príncipe á quien se puso por nombre Juan, y fué bautizado el dia 9 de julio. Por este tiempo salieron de los puertos de Andalucía dos espediciones: una para renovar los tratos con los africanos del golfo de Guinea que por avalorios daban oro; y otra para llevar adelante la conquista del resto de las Canarias: fundamentos y principios para cosas mas altas.

Á las siete de la mañana del dia diez y nueve de enero de 1479 murió en el palacio del obispo de Barcelona, don Juan II, rey de Aragon y de Navarra. Hacia cincuenta y cuatro años que miraba como cosa propia esa Navarra en la que no fué mas que rey esposo, y luego rey viudo; hacia veinte y dos años que reinaba en Aragon; y hacia sesenta años que era el atizador de las guerras civiles de Castilla. Algunos le han llamado el grande: otros no han querido imitarlos para no hacer resaltar mas la pequeñez del rey don Juan. Ya hemos visto que en el decurso de una tan larga

existencia, descartada la defensa que hizo de Perpiñan, no hay ningun hecho, ninguna accion que le haga acreedor á aquel dictado. En las perturbaciones de Castilla no atendió á la union de este reino con el de Aragon, sino á sus particulares intereses. Si aquella union tuvo lugar fué por la audacia y por la discrecion de doña Isabel de Castilla. La muerte de sus dos hijos el príncipe de Viana y doña Blanca de Navarra no puede olvidarla la historia. Tampoco puede olvidar la guerra civil que provocó en Cataluña y que duró por espacio de doce años; ni la que encendió en Navarra arrebatando el cetro al mas digno de los príncipes. Pudiendo ser en Navarra un monarca claro, prefirió ser en Castilla un conspirador obscuro. Casado de primeras nupcias con doña Blanca de Navarra, tuvo en ella, al ya nombrado príncipe de Viana á quien usurpó la corona y es fama que le dió veneno; á doña Blanca á quien asimismo usurpó el trono é hizo dar un tósigo; y á doña Leonor, de quien se valió para dar veneno á doña Blanca. Esa Leonor murió al cabo de pocos dias de muerto su padre. Acaeció su muerte en Tudela el dia 12 de febrero de 1479. Estaba casada con el conde de Foix, y era viuda desde 1472. La infortunada doña Blanca estuvo casada con don Enrique IV de Castilla; mas este matrimonio fué legalmente disuelto: de suerte que doña Blanca no halló amores en su esposo, ni cariño en su padre, ni otra cosa que crueldad en su hermana. Murió en 1441 la primera esposa de don Juan, y en primero de setiembre de 1444 casó de segundas nupcias con doña Juana Enriquez, hija mayor del almirante de Castilla don Fadrique Enriquez. En esta señora tuvo don Juan á don Fernando el Católico, á otra doña Leonor y á doña María, que murieron en la infancia, y á doña Juana que habia casado en 1476 con

el rey de Nápoles Fernando I, hijo natural de don Alonso V de Aragon, llevándole en dote diez mil florines de oro. Durante su reinado se celebraron cortes de Navarra por los años de 1442 en Olite: en ellas don Juan debia entregar la corona á su hijo el príncipe de Viana, y este protestó contra la usurpacion de su padre; otras celebraron don Juan, ó sus parciales los agramonteses, en 1444, 1450, 1456 y siguiente; en las de 1457 hizo dar por desheredados á sus dos hijos don Cárlos y doña Blanca, pero á su vez la parte sana del reino juntó córtes en Pamplona y aclamó por rey á don Cárlos; en 1462 don Juan hizo que unas córtes declarasen nulo todo lo hecho por su hijo; en 1463 consiguió que otras córtes protestasen contra lo dispuesto en sentencia arbitral por el rey de Francia á favor del de Castilla; años despues doña Leonor convocó otras en Olite, en 1469 unas en Tafalla; en 1470 y 1472 las últimas de este reinado en Olite. En Navarra hubo pocos dias de paz mientras tuvo usurpado el cetro don Juan II. En este mismo año de 1479 doña Leonor juntó otras córtes en Tudela. En el reino de Valencia don Juan celebró córtes en 1469 y 1471 en Monzon primero, como generales, y luego en Tolosa como particulares; en Valencia por último en 1473 y 1475. En el principado de Cataluña las celebró: en 1460 en Barcelona y Fraga, estas últimas generales tambien para Aragon, Valencia y Mallorca; en Lérida el mismo año; en Barcelona tambien en 1460, nó de órden del rey, sino para reclamar contra la prision del príncipe de Viana; en Tarragona en 1464 y en el siguiente; en Villafranca del Panadés en 1467; en Cervera en 1468 y el siguiente; en Monzon, generales, en 1469; en Gerona en 1472; y en Perpiñan en 1473 que luego se trasladaron á Barcelona y parece que

duraron hasta el dia de la muerte del rey. Los analistas aragoneses mencionan las de Fraga en 1460 y siguiente, trasladadas á Zaragoza y Calatayud; las de Zaragoza en 1464; las de la misma ciudad y Alcañiz en 1466 y 1469; las de Monzon en 1469 y 1470; las de Zaragoza en 1474 y los dos años siguientes; y las de la misma ciudad en 1478. La mejor obra del rey don Juan es una carta que escribió á su hijo don Fernando un dia antes de cerrar los ojos. Dícele en ella que hoy por hoy desearia haber sido uno de los hombres mas ínfimos de sus estados y señoríos; que conserve los reinos en paz y justicia, sin injuria del prójimo; y que evite en cuanto pueda todas guerras y disensiones. Que es como si le dijese que pusiese en olvido los ejemplos que de él habia recibido, y solo se acordase de lo que ahora le aconsejaba.

Ya es rey de Aragon don Fernando, y al mismo tiempo tambien lo es de Castilla. El reino de Navarra, aunque legado por doña Leonor á su nieto don Francisco Febo, hijo del difunto Gaston de Foix, en realidad era patrimonio de los agramonteses y beamonteses que le habian transformado en palenque de sus lides. Don Fernando, en calidad de rey de Castilla, acababa de firmar paces con Francia; en calidad de rey de Aragon comenzó á pesarle. El rey de Portugal llevó á cabo tres expediciones contra los castellanos, marítima una en que logró apresar algunos buques castellanos que volvian de la costa de Guinea con oro; otra contra el reino de Galicia que fué desbaratada por el denuedo del prelado de Santiago que á su vez obtuvo la toma de la fortaleza de Pontevedra; y una en tierras del castellano por la parte de Extremadura. Presa esta provincia desde muchos años de guerras civiles, ahora á estos males se añadia el

del hambre que la atormentaba. El portugués hizo un amago contra Mérida, y procuró juntar su hueste con la del castellano don Alonso de Monroy que le favorecia. Acudió á impedirlo el maestre de Santiago, Cárdenas, presentó batalla á los portugueses y los batió. El vencedor trató como á rebeldes á los castellanos, y solo como á enemigos á los portugueses. Pero aquellos eran muchos, y se derramaron por Extremadura creciéndose con los rigores. La condesa de Medellin, señora de Mérida, se declaró por doña Juana. Ambas plazas fueron sitiadas. La de Leitosa se rindió á los castellanos; la de Montanches fué ganada por los portugueses y sus aliados. Acudieron á amenazarla los castellanos, y se hicieron fuertes á corta distancia de su castillo. En tal estado las cosas de la guerra, la infanta de Portugal doña Beatriz se avistó con doña Isabel de Castilla en Alcántara, y trataron de firmar paces. El papa habia declarado nula la dispensa dada al rey de Portugal para contraer enlace con su sobrina doña Juana; y los desengaños del portugués habian sido fuertes, y la actividad de sus contrarios grande: por lo que don Alonso V creyó que era llegado el caso de entrar en convenio. La paz quedó ajustada el dia 24 de setiembre; por ella se otorgó indulto por lo pasado á los respectivos súbditos; el portugués renunció á llamarse rey de Castilla; doña Juana debió elejir entre meterse monja ó desposarse con el hijo de doña Isabel que apenas tenia un año; y la navegacion á Canarias quedó para los castellanos, y la de Guinea para los portugueses. Doña Juana prefirió meterse monja en el monasterio de Santa Clara de Coimbra antes que perder su juventud esperando un esposo. Hay quien afirma que no se metió monja sino que la metieron y muy obligada. Y asi quedó terminada la guerra de sucesion

con el triste sacrificio de la legítima sucesora. La autoridad suprema de Aragon y Castilla quedó vinculada en el último de estos dos reinos. El título de rey de Aragon fué pospuesto al de rey de Castilla. Á Aragon se envió un gobernador, don Felipe de Castro; á Cataluña un virrey, don Enrique de Cardona. La concentracion del poder en manos de los reyes se fué llevando á cabo con la humillacion de la nobleza. El marqués de Villena envió á los reyes un emisario para sincerar su conducta: el enviado fué preso y ajusticiado. Llamábase Rodrigo de Castañeda. Al propio tiempo don Fernando y doña Isabel procuraban correr en armonía con el papa; para las prelacías le suplicaban que nombrase determinadas personas y jamás á los que no fuesen naturales de estos reinos. Firmaron treguas con el duque de Anjou; trataron alianzas con los príncipes de Italia y especialmente con el rey de Nápoles á quien recientemente el turco tomó la plaza de Taranto. Á poco de haber sido jurado en Zaragoza el rey don Fernando, publicó un edicto que revelaba claramente el triunfo del poder real sobre el feudalismo. Decia en él á los humildes que no temiesen los agravios de los poderosos, pues en el rey tenian quien protejeria al desvalido. Hizo demoler un castillo diciendo que era, mas bien que tal, morada de facinerosos. Pasó á Barcelona á jurar los fueros, y mandó que se observase como paz la que habian firmado Francia y Castilla. Trasladóse despues á Valencia, en donde juró asimismo los privilegios y franquicias. Y por el mes de octubre estaba ya en Toledo, en donde la reina doña Isabel dió á luz una infanta, doña Juana, que debia ser madre de Cárlos I, conocido por Cárlos Quinto.

La otra doña Juana, hija de don Enrique IV, hizo pro-

fesion solemne en 1480 en su monasterio de Coimbra. Los reyes católicos continuaron la obra de la concentracion monárquica. Todas sus disposiciones iban por este rumbo. Un antiguo valido del arzobispo de Toledo fué preso y condenado á horca, yendo á ella arrastrado. Se dispuso que los moros y judíos viviesen en las poblaciones en barrios apartados; se enviaron á todas partes jueces pesquisidores para indagar las quejas de los sufridos que no se atrevian á clamar contra los potentados ni resistirles; se mandó restituir á las ciudades todo cuanto les habia sido usurpado de propios; se prohibió á los nobles el tener guardia en las puertas de sus casas, ni porteros de maza, ni coronas en sus escudos fuera de las heráldicas; se anularon muchas donaciones hechas por Enrique IV enriqueciendo de esta suerte el real patrimonio; se destinaron cuantiosas sumas para recompensar servicios hechos al estado; se mostró inflexibilidad en la justicia, haciendo que los grandes, que hasta entonces la habian hallado muy suave, la encontrasen recia é inexorable; y por fin se estableció, con consentimiento de Roma, un tribunal llamado de Inquisicion que fué como una secuela de la Hermandad y una institucion de policía pública dirigida contra las turbulencias de los magnates y sus secuaces. El primer tribunal de esta nueva especie, muy parecido á otros análogos que hubo en Roma y en Cartago, funcionó en Sevilla y habia sido aprobado por bula de Sixto IV en 1479. En Toledo fué jurado por heredero del trono el príncipe don Juan. Una disposicion de los reyes no fué muy celebrada: á saber, la que confirió el marquesado de Moya á aquel Andrés de Cabrera, el alcaide de Segovia, de quien hemos hablado y á quien por vias torcidas debia doña Isabel la corona. Mas lo fué el órden puesto en la expedi-

cion de los negocios, dividiéndole en el mismo palacio real en cinco salas del consejo. Los restos de la parcialidad de doña Juana se iban desvaneciendo; el castillo de Montanches se rindió; el marqués de Villena se dió otra vez á partido obtenidas las mejores condiciones; la gran Canaria fué conquistada por don Pedro de Vera; consolidada la paz con Génova, se hicieron preparativos marítimos para rechazar en Italia las invasiones del turco; y por último fué preciso no sin un disgusto profundo, reconocer en el arzobispo de Toledo la calidad de legado pontificio con que le honró el papa. Con los portugueses, diezmados á la sazon por la peste, hubo algunas diferencias acerca del cumplimiento de los capítulos de la paz: pero fueron transijidas.

Los anales portugueses hablan en **1481** de una escuadra dirigida á las costas de Italia para oponerse al turco; pero se volvió con la nueva de que este habia sido ya arrojado de la Calabria. El rey de Portugal don Alonso V murió el dia 28 de agosto. Habia huido de Lisboa con motivo de la peste que allí picaba: y no obstante murió del contagio en Sintria, donde creia que el ambiente seria mas sano. Suponen algunos que si este monarca hubiese tenido veinte años menos, al tiempo de la muerte del rey don Enrique IV de Castilla, la union ibérica hubiera tenido buen comienzo, partiendo de sus regiones mas occidentales; y dicen que unidos los reinos de Portugal, Leon y Castilla, se hubiera seguido luego la consumacion de la reconquista. Pero esto son historias soñadas; y es la verdad que Alfonso V tuvo demasiados dias cuando se le brindó con el reino de Castilla; y sobre todo tuvo la desgracia de tener por contraria á una princesa de las prendas de la reina católica. El hijo, de Alonso, Juan II, fué aclamado por rey de Portugal. Desde

luego continuó enviando fuerzas á la costa de Africa para proteger á los portugueses que iban allá en busca de oro. Uno de sus cortesanos le enemistó con don Fernando, duque de Braganza, enseñándole una correspondencia de este con los reyes de Castilla. Un anciano, hombre de estado, le dijo que esta clase de papeles se entregaban á las llamas al dar comienzo á un reinado; pero prefirió tomar copia de ellos: cosa de que auguraron mal algunos. Las memorias de los granadinos dicen que les fué forzoso rechazar varias cabalgadas del marqués de Cádiz, y que en desquite hicieron algara, y entraron por la fuerza en Zahara y la dieron á saco. De ellas aparece tambien que algunas familias de judíos y conversos huian de Sevilla y sus contornos y buscaban un asilo en tierras de Granada, temiendo los rigores del nuevo tribunal que allí se habia establecido. En Andalucía reinó la misma peste que cubria de luto varias comarcas de la Península: y se sabe que solo en Sevilla murieron quince mil habitantes en pocos meses. Don Fernando tenia fija la atencion en Italia, codiciada del turco, y procuró juntar escuadra para enviarla á aquellos mares. Algunas naves se construyeron para este fin en las costas de Vizcaya, aunque con poco gusto de estos moradores: pero por este año la armada tuvo que volverse sin combate ni mas ni menos que la de los portugueses. Ambos reyes católicos hicieron entrada en Calatayud primero, y luego en Zaragoza, en donde el infante don Juan fué jurado. Tambien la hicieron muy solemne en Valencia, y se juró asimismo al infante. Las memorias del Principado dicen que en Barcelona se hizo la jura con no menos fiestas que en aquellas dos ciudades. En Zaragoza los judíos, deseosos de declinar de si los fieros que daban quebranto á sus hermanos de An-

dalucía, regalaron á los reyes una muy grande copa llena de oro acuñado, de tal peso que doce hombres apenas podian con ella; y por via de acompañamiento añadieron á su regalo una bajilla de plata, doce carneros, otras tantas terneras, y algunos ricos cubiertos tambien de plata. El reino de Navarra se le iba deslizando de entre las manos á don Fernando. Tenia formada intencion de pacificarle; pero las córtes de aquel reino, celebradas en Tafalla, se manifestaron dispuestas á admitir por rey á Febo; y, como por el mismo tiempo los jefes de las dos parcialidades dominantes se reconciliaron, pudo preverse que el pretexto de la pacificacion no daria el resultado que se deseaba. Á Galicia enviaron los reyes católicos magistrados y gente que pusiesen en órden la provincia. En ella los potentados se habian hecho tan temibles y odiosos, que todo el mundo clamaba por la concentracion monárquica cuyas consecuencias se sentian ya en Leon y Andalucía, en Aragon y Castilla. Los memoriales de agravios fueron numerosos, y se llegó en breve á temer mas bien un reflujo de fuerza contra los poderosos que una necesidad de desagravios para los desvalidos. En todas partes se aprovechaban ocasiones para humillar á los arrogantes. En Aragon los condes de Valencia y de Luna fueron presos, encausados y multados. En Castilla don Fadrique Enriquez, aunque hijo del almirante y primo del rey, por sobras de ensoberbecimiento fué metido en una cárcel, y luego desterrado á Sicilia. Á todo lo cual el pueblo daba aplausos, pareciéndole que habia hallado quién midiese á todos por una misma vara, y no ocurriéndosele que en aquel rozamiento alguna cosa iba perdiendo él tambien de lo que en mas estimaba. Pero veian en aquella campaña contra la soberbia de los poderosos, nó una necesidad

local meramente, sino una obra cuya consumacion reclamaba generalmente toda la sociedad cristiana. En Francia la iba llevando á cabo por otros caminos, mas ó menos torcidos, Luis XI. En otras partes se iba á aquel término por varios atajos. En nuestra Península se marchaba por aquellas vias franca y abiertamente.

Pero en España existia otro deseo al que debia darse satisfaccion si se aspiraba á adquirir en ella títulos claros. Debia darse cima y complemento á la reconquista. Ya hemos visto que esta no era una restauracion consular ni cesárea, ni visigoda, sino un renacimiento de la antigua nacionalidad ibérica y un restablecimiento de aquel espíritu monárquico que luchó á brazo partido contra el paganismo romano. Ahora Roma no era ya nuestra enemiga. Sus ídolos estaban destruidos; era aliada moral nuestra; y tenia interés en rodear de magestad nuestras dinastías y en consentirlas aquellos derechos ó regalías que las diesen tono y dignidad entre los vasallos. Hasta el presente las discordias intestinas, y las mutuas rivalidades habian impedido que los iberos hiciesen un postrer esfuerzo para arrojar al mar á los restos de los árabes que habian querido imponernos un nuevo yugo, librándonos de otro muy odioso. Su irrupcion habia sido útil á los invadidos, dispertándolos de un prolongado letargo, y obligándoles á sostener una lucha que duraba hacia ya siete siglos y medio. En la hora presente era ya una mengua que subsistiese enclavada en una tierra ibera y cristiana una colonia asiática que daba culto á una divinidad fabulosa. Formaba en nuestra España el reino de Granada una lengua de tierra cuya punta miraba al estrecho de Giraltar, como si por esta parte esperase algun alimento, y cuyas raíces llegaban hasta lo que llamamos reino

de Murcia, entre el cabo de Gata y el de Palos por mar, y metidas por tierra hasta el nacimiento del Segura. La cordillera de las Alpujarras, cuyos ramales cruzaban esta comarca, parecia la verdadera ciudadela del reino. Los reyes católicos, sopena de anularse, no podian dejar esta tierra tranquila. La obra de la union de Aragon y Castilla debia dar algun resultado, y quedar por él sólidamente trabada. Granada era la capital de aquel estado enemigo. Alhama y Baza eran en alguna manera sus alas. La toma de Antequera habia sido un buen avance hácia la conquista de la primera de estas dos plazas. Los reyes católicos procuraron hacerse dueños de Alhama en 1482. Consiguieron por fuerza de armas la toma de la fortaleza el dia 27 de febrero y luego se les rindió la ciudad entrada antes á saco y á degüello. Tres mil cautivos hizo en ella el marqués de Cádiz, ayudado de sus cabos Galindo, Ortega, Merlo, Toledo, Estremera y Miranda. El rey de Granada se sintió herido en el pecho. Allegada su mejor hueste, y seguido de todas sus tropas, se adelantó el 4 de marzo con ánimo de recobrar la plaza. Pero los fronteros conocieron que aquella era una magnífica conquista que debia sostenerse. En varios encuentros fué batido el granadino, y se vió obligado á levantar el cerco. Es grato en estos momentos tener que consignar que el marqués de Cádiz y el duque de Medina-Sidonia se reconciliaron á vista del comun enemigo. Es agradable asimismo decir que los reyes católicos, comprendiendo toda la importancia de Alhama, fuéron á Córdoba y dictaron providencias para la defensa de aquella conquista. Era necesario. Ya el granadino volvia sobre ella con ánimo de recobrarla á toda costa. Segunda vez la sitió, y segunda vez tuvo que alejarse de ella, admirablemente defendida por los

cristianos y socorrida por el rey don Fernando. Las mezquitas de Alhama, de las cuales la mayor habia sido entregada á las llamas, fueron convertidas en iglesias. En las fronteras del moro no se hablaba de otra cosa que de la ventaja obtenida por los cristianos. En las de estos se hacian nuevos preparativos de guerra. Don Fernando, para distraer la atencion del granadino, puso sitio á la plaza de Loja, y aunque le levantó muy luego, fué cuando habia ya llamado sobre sí al grueso de los enemigos y derrotádolos. En la retirada corrieron algun peligro los cristianos por haber cargado sobre ellos la tierra levantada. Los árabes dicen que don Fernando perdió una buena parte de la artillería que llevaba. Fuése á Córdoba en donde habia nacido el dia 28 de junio la nueva infanta de Castilla doña María. Los moros habian á su vez hecho entrada en los campos de Tarifa y arrebatado de ellos una rica presa; pero al volverse perdieron una buena parte de lo que llevaban. Por tercera vez pusieron sitio á Alhama, y nuevamente tuvieron que levantarle. En otra entrada se apoderaron por sorpresa de la plaza de Cañete; pero no pudieron sostenerse en ella, y fué recobrada. Reinaba entre los moros un profundo disgusto. Fomentaba el público descontento y las murmuraciones un hijo de Ali-Abu'l Hassan, príncipe reinante. Primero e hijo murmuró é hizo murmurar contra los ministros, y luego hizo estallar una sublevacion contra el monarca. En Granada, teniendo á la vista en son de guerra un príncipe poderoso, fué depuesto el rey y se sentó en e trono su hijo Mohamed X, mas conocido con el nombre de Boabdil. Era muy experto el padre, y procuró con liberalidades conservarse un partido, acudir con él á las armas, y encender una guerra civil que fué muy favorable á los

cristianos. Á la sazon no mediaban las mejores relaciones entre el rey don Juan II de Portugal y los reyes católicos. El portugués andaba en embajadas con los ingleses y con los franceses. El rey de Francia deseaba que el castellano tuviese ocupacion en una ú otra parte para que volviese la vista del Rosellon, dándole por perdido. La reina doña Isabel trataba con mucha afabilidad á los portugueses descontentos que por cualquier motivo iban á su corte. Diéronse por terminadas las tercerías pendientes entre Portugal y Castilla desde que se firmó la paz ; y á poco de este suceso el rey don Juan mandó poner casa y domésticos á doña Juana, hija de don Enrique IV , sacada ya del convento en que vivia profesa. Á muchos les pareció que este acto era una amenaza del francés y del lusitano unidos. Otros dijeron que doña Juana entró en el convento contra su voluntad y que se salió de él con gusto. Picaba en Portugal la peste ; y otra mas viva picaba en la corte por no saber el rey don Juan hacerse superior á las murmuraciones de los cortesanos. En Navarra entró con hueste el rey Francisco Febo, y aun hay autores que dicen si hizo ó no un amago hácia el Ebro; aunque luego conocieron los que le rodeaban que bastante tenian que hacer con refrenar las iras de los antiguos bandos. Íbase por este tiempo completando la conquista de las Canarias , recibidos constantemente refuerzos. Tambien hablan las memorias de 1482 de algunos pasos que hizo dar en Nápoles y en otros estados de Italia el rey Católico para poner en paz, decia, á los príncipes italianos, aunque realmente para continuar en aquella península la política de don Alonso V de Aragon algun tanto enmendada y añadida. En Alcalá de Henares, el dia primero de julio, murió el mayor favorecedor y amigo que tuvo doña Isabel, y el mas

temible enemigo que despues ella y su esposo tuvieron: el arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo, incansable perturbador de los reinos de Leon y Castilla.

El rey de Navarra, Francisco Febo, murió en Pau el dia 30 de enero de 1483 con síntomas sospechosos. Se dijo que el rey don Fernando deseaba casarle, á su tiempo, con una hija suya. Muerto Febo, y sucediéndole en el trono su hermana doña Catalina, se trató del casamiento de esta con el hijo de los reyes católicos: todo expedientes para volver á juntar lo que don Juan II habia desunido. Las córtes celebradas en Navarra durante el corto reinado de Francisco Febo se reducen á las de 1480 en Pamplona, á lo que se cree para tratar de la venida de dicho rey; á las de Tafalla en 1481 para recibirle en el reino; y á las de Pamplona en 1482 para jurarle y coronarle por el mes de noviembre cuando tan próximo estaba á su término. En Portugal, el rey, aunque parecia que estaba en paz con las demás naciones, estaba en guerra consigo mismo. Creia que el duque de Braganza era su mortal enemigo, y en realidad el odio estaba en él y nó en el duque. Hízole prender, le mandó formar proceso por traicion, cosa que le fué muy fácil, y le hizo decapitar con igual facilidad: pero no le fué tan fácil borrar de su propia memoria lo que tenia de feo esta, que algunos autores llaman venganza. El marqués de Montemayor y el conde de Faro, hermanos de la víctima, y los hijos de la misma, buscaron un refugio en Castilla. Algunos dicen que realmente el duque salió complicado en correspondencias con los castellanos, aunque por pecados en los que ya se habia echado tierra al hacer paces con Castilla. Los buenos oficios del rey don Fernando en Italia habian dado por consecuencia un arreglo momentáneo entre los

príncipes que allí andaban en diferencias, y muchas mercedes otorgadas á los reyes católicos para que continuasen la guerra contra Granada. Continuóse esta en efecto con varia fortuna en los lindes de ambos reinos. Los reyes deseaban que la lucha fuese franca y leal. Habiendo llegado á su noticia que Juan del Corral por engaños, suponiendo un trato de treguas, habia obtenido del rey de Granada algun dinero y cautivos, le hicieron poner preso hasta que restituyó lo que por tales medios habia conseguido. Algunos fronteros hicieron incursiones poco afortunadas. Boabdil fué con el grueso de sus tropas contra la plaza de Lucena. Opusiéronle una tenaz resistencia y tuvo que alejarse; en la retirada fué á su alcance con muy poca hueste el conde de Cabra, y no vaciló en acometerle, aunque la caballería llegaba á mil quinientos hombres y la infantería á siete mil en el campo del moro. En el de los cristianos iba un jóven que valia por un ejército. Llamábase Gonzalo de Córdoba, hermano del conde de Cabra. Reinaba una neblina favorable á los cristianos. Bajaban los moros por un declive cuando cayeron sobre ellos los cristianos. La derrota del moro fué completa. El mismo rey, aunque se escondió entre unas zarzas, fué hecho prisionero. La presa fué muy rica, y el hecho de armas pareció tan brillante que encendió la emulacion de nobles y plebeyos. Mientras doña Isabel iba á dar órdenes en las fronteras de Navarra, segun se presentasen las circunstancias, don Fernando allegó hueste, se dirigió á Córdoba y recibió en esta ciudad á los vencedores y al rey prisionero. Á este se negó á verle, diciendo que en España los reyes daban libertad á todos cuantos prisioneros se les presentaban. Hallábase don Fernando á la cabeza de un brillante ejército, y entró con él en tierras del moro. Los es-

critores árabes dicen que fué esta una de las mas terribles algaras de que hablan sus anales, Tajara fué destruida, su comarca quedó devastada, y la vega de Granada sufrió una espantosa tala. El rey dió la vuelta á Córdoba recogiendo un botin considerable. Dos embajadas recibió muy luego: una del padre de Boabdil que le ofrecia vasallaje y treguas, si le devolvia su hijo; otra de la madre del mismo príncipe que le proponia mayores parias y la libertad de todos los cautivos cristianos si otorgaba á Boabdil libertad y treguas. El padre pedia su hijo para decapitarle; la madre para restituirle al trono. Don Fernando y doña Isabel accedieron á la peticion de la madre, seguros de que entre hijo y padre volveria á encenderse una guerra civil sangrienta. Y sucedió así. El padre explotó contra su hijo el mismo descontento público de que este habia echado mano para derribarle, y creó contra él un partido numeroso. Unos contra otros se batian los moros con la mayor saña mientras los cristianos les iban arrebatando la posesion de unas fértiles campiñas. Algunos granadinos probaron á hacer incursion en tierras del enemigo, y fueron rechazados con pérdida. Al contrario el marqués de Cádiz consiguió tomar por sorpresa la fortaleza de Zahara, y la dejó bien presidiada. Por otra parte el conde de Tendilla, aunque rodeado casi por todas partes de enemigos, supo defender admirablemente la plaza de Alhama con valor y con travesura. Hallóse un dia con que por las lluvias se habia desmoronado un lienzo de la muralla, y le suplió con tela pintada mientras hacia la reparacion conveniente. Otra dia murmuraba el presidio por falta de pagas, y se la dió á cada uno en papel diciendo en él que á fé de caballero devolveria la suma allí anotada: con lo que todos se dieron por satisfechos. Á este servidor

y á otros, en su número el conde de Cabra, supo premiarlos la reina con dignidad y largueza. La prudencia de esta señora puso término al descontento de los vizcaínos. Al mismo tiempo, haciendo cruzar por el Mediterráneo la mayor parte de su escuadra, impidió que los tunecinos, argelinos, berberiscos, y las tribus de Marruecos, pudiesen enviar socorros al granadino. De la misma manera que en Vizcaya, sosegáronse otras alteraciones en Galicia, en donde el conde de Lemos quiso poner estorbos al ejercicio del poder real, y murió al ir á ejecutarlo. La Hermandad ó policía pública se iba extendiendo, y al mismo paso se establecia y arraigaba el nuevo tribunal pesquisidor en Toledo, Leon y Castilla. El rey convocó córtes á los aragoneses en Tarazona. Al mismo tiempo procuró calmar una alteracion fomentada en Cataluña contra los señores por los vasallos llamados de Remensa. Los males usos que estos prestaban á sus señores venian siendo intolerables. Es fama que procedian de otros que antiguamente prestaron al moro, y fueron exigidos por los conquistadores iberos. Pero ya algunos de estos usos habian parecido poco cristianos. Quedaban seis titulados despojo forzado, arcia, remensa personal, cugucia, intestía y jorquía. Clamaban los remensales por emanciparse de ellos ó redimirlos por dinero: pero los señores se denegaban. El rey, continuando en su sistema de política, se declaró en favor de los remensales, y á los mas de ellos los armó caballeros para eximirlos por este mero hecho de toda mala usanza. Es preciso confesar que habia alguna habilidad en esta táctica seguida á un mismo tiempo con inflexibilidad en Vizcaya, Galicia, Andalucía, dominios de Aragon y tierras de Leon y Castilla. Algunos creyeron que al tiempo de la muerte del rey de Francia, Luís XI, acaecida en

este año, iba á ser devuelto á los aragoneses el condado del Rosellon por encargo especial de aquel monarca moribundo aconsejado de Francisco de Paula: pero el obispo encargado de la ejecucion supo ir tan despacio en ello que, muerto el rey, dió tiempo para que le diesen contraorden y esta la cumplió presuroso.

En 1484 tuvo lugar en Portugal la muerte del duque de Viseo, hijo del infante don Fernando. No todos los autores andan contestes en explicar las causas de aquella desgracia. Afirman unos que los ricos hombres portugueses estaban sentidos de que el rey don Juan II se diese á protejer el estado llano, y á ir cercenando los fueros de la nobleza, y se aunaron para destronarle y dar el cetro al duque de Viseo. Alguno descubrió la trama, que tal vez no habia pasado de meros deseos, y el rey se dió en desbaratarla una actividad que acaso hubiera sido mas bien empleada en conocerla á fondo; y sin consultar mas que su enojo llamó al duque de Viseo, le mató á puñaladas el dia 23 de agosto; hizo meter en una cisterna al obispo de Évora, en la que perdió la vida; mandó degollar públicamente á don Pedro de Albulquerque y á Fernando de Meneses, hermano de aquel prelado; mandó encerrar á Gutierre de Coutiño en la fortaleza de Alvis, en la cual murió; desterró del reino á otras personas: y, cuando hubo sembrado el terror entre los grandes, dijo que adoptaba á don Manuel, hijo del duque de Viseo. Los portugueses ganaron á la sazon por tratos la poblacion de Azamor en tierra de África. Los reyes católicos no perdian el tiempo. Tenian entre manos tres negocios capitales. Uno el deseo de recobrar el Rosellon, otro el de continuar domando orgullos y concentrando voluntades por medio de la Hermandad y del tribunal á ella unido, y el

tercero la idea de no dejar de pecho la guerra contra Granada. Para lo primero fué enviada á Francia una embajada que no dió buen resultado, y no pareció conveniente por el pronto apelar á la fuerza. Para lo segundo se hizo de manera que la nueva institucion echase raíces en Aragon y Valencia, lo que no pudo obtenerse sin tener que apagar antes algunas graves alteraciones. Para lo tercero allegaron gente y recursos, y abrieron nueva campaña. En Tarazona habian juntado córtes de los reinos de Aragon y Valencia y del principado de Cataluña; pero les fué preciso prorrogarlas para sus respectivas capitales porque no se prestaban á ser tan condescendientes como lo esperaban los reyes en aquellas circunstancias. Una avanzada de tropas castellanas hizo irrupcion en tierras de Granada, y hechos algunos daños se volvió á Antequera. La reina doña Isabel era el alma y el impulso de esta guerra. Hizo que acudiesen muchas tropas á Córdoba; y al frente de ellas el rey don Fernando hizo entrada en país enemigo. La plaza de Alora fué tomada; la de Alozaina se rindió; no muy lejos hubo un sangriento encuentro entre moros y cristianos, de cuyas resultas murieron los nobles Rodrigo de Vera y conde de Belalcazar; la vega de Granada y las poblaciones mas cercanas á ella fueron taladas y saqueadas; la plaza de Alhama fué reforzada con vituallas y gente; en una segunda entrada é irrupcion la plaza de Setenil fué sitiada y rendida; y por fin toda la comarca de Ronda sufrió los estragos de la guerra como jamás los hubiese sentido. Cuando los reyes, terminada esta campaña, entraron en Sevilla, era pública la creencia de que en tal guerra no debia ya haber treguas. La Hermandad, tomada en alguna manera la costumbre de las córtes, hizo un donativo á los reyes precisamente para

que continuasen la guerra contra el granadino. No se dió, pues, oídos al rey de Granada, cuando envió á poco embajadores solicitando tratos. En Navarra existian dos partidos, uno compuesto de los amigos de la union ibérica, que deseaban casar á la reina doña Catalina con el hijo de los reyes católicos; y otro, llamado el partido francés, que triunfó por el pronto consiguiendo que aquella señora diese su mano á don Juan de Albret. De resultas los moradores de Tudela se entregaron al castellano.

El reino de Granada se iba desmoronando. Ali-Abu'l Hassan, que en 1482 habia sido destronado por su hijo Mohamed X, llamado el Saghir ó el Zaquir, y habia sostenido con él una guerra civil encarnizada, murió en este año de 1485. No por esto terminó la guerra civil. El Zaquir ó Boabdil, favorecido con la proteccion intencionada de los reyes católicos, sostuvo otra lucha con un tio suyo, Abdala el Zagal, hermano de Ali-Abu'l Hassan. En otros tiempos los moros podian entregarse impunemente á la discordia porque los cristianos hacian lo mismo. Pero ahora que Castilla y Aragon andaban unidas, y habian conseguido acallar sus reyertas de familia, aquella division debia ser funesta. Así es que los cristianos no vacilaban ya en decir que era llegada la hora de arrojar al mar los restos de los conquistadores de nuestra Península. Y esta fiereza manifestada contra los fuertes y temibles caia tambien de rechazo sobre los débiles y sumisos que ya se habian convertido al cristianismo, y sobre quienes las Hermandades querian ejercer vigilancia. Esto originó en Zaragoza algunas turbaciones y hasta el martirio del eminente varon Pedro de Arbues. Pero el impulso estaba dado, y se necesitaba entrar en una especie de calentura para asegurar la independencia de esta tierra. Po-

díase temer si el marroquí tomaria parte en la guerra á favor del granadino; pero este recelo se disipó al recibirse una embajada del rey de Fez, sumamente pacífica. El rey de Portugal, el de Nápoles, y el nuevo pontífice Inocencio VIII enviaron asimismo embajadas amistosas á los reyes católicos. No corrian tan bien con Navarra y Francia; pero procuraban no acelerar la marcha de unos sucesos para los cuales en el porvenir ya se prevenian. Isabel y Fernando eran respetados dentro y fuera por haber sabido dar una corriente al espíritu público. En realidad sabian sostener el decoro del trono, y no consentian en perder ninguna de sus prerrogativas. En Roma defendieron la regalía de la suplicacion y presentacion para prelados sobre la cual allí se deseaba echar tierra. En la hueste procuraron moderar la magnificencia con que se presentaban los ricos-hombres humillando en alguna manera con su fausto á los príncipes. Hechos nuevos preparativos, y tomadas disposiciones para el abastecimiento del ejército, intentaron al principio de esta campaña de 1485 tomar por sorpresa la plaza de Loja. No lo consiguieron, pero sí el saqueo de Nijar y Guejar, y la derrota de los moros que se empeñaron en recobrar la presa. Otra vez concentraron fuerzas en Córdoba. Ya la organizacion de las tropas indicaba, nó el mero deseo de llevar á cabo una cabalgada, sino la voluntad decidida de mantener un ejército permanente. Habia batallones destinados para ir allanando los caminos, otros para ir á la descubierta, fuerzas ligeras, fuerzas pesadas, y una artillería cuya defensa necesitaba tropas escogidas. La plaza de Benamaquex fué entrada á filo de la espada; la de Coin fué sitiada, asaltada inútilmente, y luego entrada por tratos; la de Cartama capituló muy luego; otras poblaciones del enemigo

abrieron sus puertas al vencedor y fueron desmanteladas; la de Málaga fué amenazada; y la de Ronda fué sitiada y batida con todos cuantos medios de destruccion se conocian, y aun hay quien afirma que contra ella se usaron enormes proyectiles huecos. El rey católico se mostró clemente con los moradores de Ronda cuando se rindieron; pero transformó las mezquitas en iglesias, y entregó la ciudad á pobladores cristianos. La caída de Ronda le valió al monarca la de muchos otros pueblos de aquellas cercanías, en su número la importante plaza de Marbella y otras en número de setenta. Pocos espectáculos hay mas tiernos, en medio de las escenas sangrientas, que el de la reina Isabel cuando recibia á los cautivos cristianos rescatados y les facilitaba medios para volver á sus hogares, de los que hacia tiempo que estaban ausentes. Algunos de los vencidos, á tenor de las capitulaciones, debian ser trasladados á África junto con sus haberes. Los encargados de la ejecucion de este convenio mataron á muchos de aquellos desgraciados para apoderarse de sus bienes. Las crónicas afirman que Isabel I se indignó al saberlo, é hizo castigar á los reos de aquella alevosía, y devolver sus bienes á los parientes de los despojados. En esta campaña los cristianos habian tenido muy pocos tropiezos. En Moclin un destacamento habia sido arrollado. Abdala el Zagal habia arrollado un cuerpo de tropas; pero, en cambio, terminada la campaña, el rey don Fernando habia obtenido la rendicion de los castillos de Cambil, Alhabar, Calela y Arenas. En Alcalá de Henares, el dia 15 de diciembre, la reina doña Isabel dió á luz una infanta, á la que pusieron por nombre Catalina.

Pareció que en 1486 comprendian sus intereses los dos príncipes que traian turbado con sus disensiones el reino de

Granada. Ajustaron en efecto una especie de treguas, y quedándose cada uno con la tierra en que dominaba prometieron defenderla contra los cristianos. Pero este propósito duró muy poco tiempo, y no tardaron en hacerse nuevamente una sangrienta guerra por mas que sus comunes enemigos fuesen ganando terreno. Los africanos no les auxiliaban. Allí los portugueses, aunque muy paulatinamente iban extendiendo su dominacion y robusteciéndola. Ya se atrevian á enviar una embajada al rey de Etiopia, como para ir tomando lengua en el interior de aquel vasto continente. No se sabe lo que fué de aquellos embajadores, pues aunque llegaron á Egipto y de allí salieron para su destino, no se oyó hablar mas de ellos. Las alteraciones públicas no tomaban ya entre los cristianos aquel carácter que antes favoreció no pocas veces á los árabes. En Galicia habia movido turbaciones el conde de Lemos, y fué vencido y castigado. En Cataluña el rey Fernando habia conseguido poner en paz á los vasallos de remensa y sus señores, aboliendo las prestaciones llamadas malos usos, y reduciendo á una especie de censo anual los derechos de vasallaje. El mismo rey habia tenido la fortuna de poner en paz al rey de Nápoles y al sumo pontífice, y enviaba á Sicilia fuerzas navales que á un mismo tiempo imponian respeto á la Italia, preparando en ella un porvenir no muy distante, y al África, impidiendo que de ella saliesen socorros para los granadinos. Por el mes de abril los reyes católicos habian juntado en Córdoba doce mil caballos de guerra, cuarenta mil infantes, seis mil gastadores y no menor número de artesanos que iban abriendo caminos y echando puentes á medida que el ejército adelantaba, cincuenta mil acemilas para el bagaje, y dos mil carros para la artillería y mu-

naciones. Cada año la hueste iba ganando en aguerrimiento y bizarría. En vano Boabdil trataba de recordar á los reyes católicos la amistad que les debió un dia: para los cristianos lo mismo daba que un pueblo perteneciese al Zagal ó al Zaquir. Desde luego pusieron sitio á la ciudad de Loja. Sus arrabales fueron entrados á viva fuerza; y la ciudad fué tan reciamente batida que sus defensores se vieron obligados á solicitar tratos. Renovábanse entonces las escenas de las conquistas del tiempo de Fernando el Santo. Los vencidos salian por una puerta, yendo en su mayor parte á concentrarse en Granada, su postrer esperanza, mientras los vencedores entraban por otra, y transformaban en iglesias las mezquitas. Á la rendicion de Loja siguió la de otras poblaciones, que se llamaron á espanto. La de Illora fué sitiada, y capituló. La de Moclin opuso alguna resistencia, y fué allá la misma reina doña Isabel y obtuvo su entrega. El rey don Fernando se adelantó con el grueso de la hueste hasta la vega de Granada como para estudiar bien sus avenidas, y la taló completamente. Las plazas de Colomera y Monte-Frio fueron otras de las que por este tiempo se entregaron á los reyes católicos. Cuando estos volvieron á Córdoba, dejaron encomendada la vigilancia de la frontera á don Fadrique de Toledo, y emprendieron un viaje á Galicia para poner sosiego en los ánimos alterados por los parciales del conde de Lemos. Con prudencia y cordura consiguieron pacificar la comarca, y hacerse populares en ella, venerando el sepulcro de Santiago y determinando fundar en él una hospedería pará los peregrinos y al mismo tiempo un hospital para los que en sus romerías cayesen enfermos. De suerte que este año terminó para los reyes católicos dándoles fundadas esperanzas de que en el siguiente podrian conti-

nuar dirigiendo contra el moro todos los brios de sus vasallos, y el poder que habia concentrado en sus manos la union de las principales monarquías de nuestra tierra. El papa les otorgó una nueva décima; y allegaron fondos por medio de préstamos para hacer frente á todas las eventualidades.

Mientras Isabel I y Fernando en 1487 iban reduciendo á muy escasos límites la dominacion de Granada, los dos príncipes que en este reino se disputaban el trono, añadian á los estragos de la guerra nacional los horrores de las reyertas civiles. Granada pasaba por unas convulsiones muy parecidas á las que afligieron al califato de Córdoba tres siglos antes. Todos mandaban y nadie obedecia. Todos se acusaban mutuamente de ser causadores de la ruina de su tierra, y ninguno queria hacer el menor sacrificio de su amor propio en aras del bien público. Boabdil compraba la proteccion de los reyes católicos con todo linaje de bajezas, y pudo por fin arrojar de Granada á Abdala el Zagal, y morar en aquellos palacios que parecian fabricados para reyes de muy larga vida. Orgullo y necia vanidad tenian mas que vida. En ningun tiempo como en la ocasion presente necesitaban vivir mas unidos los moros, y en ningun tiempo anduvieron mas discordes. En África los portugueses, sin quererlo, auxiliaban á los castellanos, pues con contínuas excursiones mantenian en alarma aquel país, é impedian que los marroquíes pensasen en enviar refuerzos á los granadinos. Portugueses, castellanos y aragoneses á la vez, tendian á rechazar de su seno á los llamados conversos, que habian abandonado las malas creencias por temor, y parecian dispuestos á volver á abrazarlas en cuanto hubiesen depuesto el miedo. Lo que equivale á decir que se conside-

raba necesario, para limpiar de árabes la península, declarar una guerra de destruccion al elemento árabe. Á fines del invierno, y primeros dias del mes de marzo de 1487, se juntaron en Córdoba ochenta mil soldados, los veinte mil ginetes, los cincuenta mil peones de varias armas, y los restantes gastadores y carpinteros que formaban parte del ejército. En marzo y en los primeros dias de abril las lluvias no permitieron dar impulso á las operaciones. Pero en cuanto cesó este obstáculo la plaza de Velez-Málaga fué sitiada. Mientras duraba el sitio, la de Ventomiz se rindió. Á los de Velez les animaban dos esperanzas; primero, que les llegarian refuerzos de Abdala el Zagal; y segundo, que los cristianos tardarian en recibir la artillería con que poder batirlos. Ambas esperanzas quedaron desvanecidas. Abdala el Zagal acudió con hueste, y tuvo que alejarse. La artillería les llegó luego á los sitiadores con un refuerzo de gente; y ya no fué posible que los sitiados conservasen esperanzas de salir de aquel apuro. El dia 27 de abril se rindieron con la condicion de hacer entrega de armas, víveres y pertrechos, de dar libertad á los cautivos, y de poder elegir entre permanecer en la poblacion sumisos en clase de vasallos ó expatriarse vendiendo todo cuanto poseian. Todos los cautivos rescatados por las armas iban á Córdoba á presentarse á la reina, y salian de palacio con algun socorro para poder restituirse á sus hogares. Conquistada la plaza de Velez se trató de recobrar la de Málaga. Primero se intentó entrar en ella por tratos; pero luego, frustrado este designio, se la puso sitio por mar y tierra el dia 7 de mayo. Los moros habian salido á defender una de las avenidas; y lo hicieron con tanto brio que por dos veces rechazaron á los cristianos; pero últimamente estos ganaron una colina y

encerraron en la plaza á sus contrarios. Lo primero que hicieron los sitiadores fué cortar toda comunicacion entre los defensores de la plaza y la guarnicion del castillo de Gibralfaro. Y despues, á medida que iban rechazando las salidas de los sitiados, procuraban abrir brechas en las murallas de los arrabales. Es digno de notarse que el príncipe Maximiliano envió de Flandes dos gruesas naves con artillería y pertrechos de guerra para dar refuerzo á los sitiadores. La peste picó en las cercanías de la plaza, y los moros creyeron que esto daria márgen á que se levantase el sitio. Pero entonces acudió la misma reina con la infanta doña Isabel, y ya se hizo punto de honra la toma de Málaga. Asestáronse varias baterías contra la ciudad, una de ellas montada con siete cañones de grueso calibre, denominados las siete hermanas; hízose venir pólvora de Barcelona, de Valencia, y de Portugal, cuyo rey se mostró generoso en darla; y se fueron acercando á la ciudad los varios cuerpos de ejército que la estrechaban. Los moros malagueños se defendieron con heroísmo. Eran partidarios de Abdala el Zagal, y por lo tanto el imbécil Boabdil, ahora dueño de Granada, dicen las leyendas árabes, creyó cubrirse de gloria impidiendo que su rival la socorriese, y se cubrió de ignominia á los ojos de los muslimes. Los cristianos se lo agradecieron en el alma. Un moro que cayó prisionero en manos de los sitiadores dijo que queria hablar con el rey y enseñarle la manera de tomar la ciudad de Málaga Lleváronle á las habitaciones reales, y por fortuna en la antesala tomó por el rey y la reina á don Álvaro de Braganza y á doña Beatriz de Bobadilla, y cerró con ellos con su alfange hasta que los presentes le hubieron muerto. Los sitiadores arrojaron dentro de la ciudad el cadáver del moro

á manera de proyectil; y con este alarde de crueldad no consiguieron sino que los sitiados matasen á un prisionero cristiano y así mismo le arrojasen hecho trizas al campo enemigo. Las salidas que hacian los malagueños eran furiosas, y las mas de ellas produjeron desórden en los sitiadores. Las crónicas castellanas dicen que el Dey de Tlemecen envió á suplicar á los reyes católicos que fuesen piadosos con los malagueños; y que el rey Fernando respondió que Málaga habia hecho verter ya demasiada sangre para que pudiese ser perdonada. Las crónicas llaman El-Zegri al defensor de Málaga; y llaman Dordux al que, viendo que en la ciudad hacia estragos el hambre, trató de entregarla. Dordux, obtenido buen trato para sí y sus allegados, capituló la entrega de Málaga que se rindió á discrecion el dia 18 de agosto. Pocos dias despues El-Zegri se vió obligado á rendir asimismo el castillo de Gibralfaro. Muy luego los castillos de Osuna y Mijas imitaron el mismo ejemplo. Los moros malagueños quedaron reducidos á cautiverio, y muchos de ellos fueron enviados como un regalo al rey de Portugal, y á otros príncipes y al mismo papa. El triunfo era grande, por la nombradía de la ciudad, y la seguridad que tenian sus defensores de poder conservarla. Málaga era grande, rica, industriosa, comercial, y muy poblada. Sus moradores quedaron despojados, y algunos de ellos recibieron á gran merced que se les permitiese ir á vivir libres lejos de aquella tierra que antes fué su pensil y ahora era para ellos un manantial de tristezas. En Roma fué celebrada la toma de Málaga como una victoria del cristianismo. Ganada la ciudad, los reyes católicos fueron á Aragon, y parece que entraron en Zaragoza el dia 9 del mes de noviembre. Los analistas aragoneses dan á entender que en esta visita

recibieron el primer serio embate los fueros de Aragon que un siglo despues debian recibir el golpe de gracia. Tres compañías de la Hermandad quedaron establecidas en Zaragoza, al mismo tiempo que el rey se asumia el nombramiento de oficiales y jurados de la diputacion del reino, que antes correspondia á los salientes. Esta transcendental innovacion se hizo, como cosa de rúbrica entre las fiestas con que era celebrada la llegada de los reyes, y la del príncipe don Juan.

Parece que en 1488, el príncipe Maximiliano, que habia auxiliado á los reyes católicos enviándoles refuerzos para ayudar á la toma de Málaga, les envió una embajada solicitando que á su vez cooperasen con él contra la Francia, y en prenda de amistad le diesen la mano de la infanta doña Isabel, y á su hijo don Felipe la de la infanta doña Juana. Los reyes católicos dieron largas á todas tres proposiciones. Esta embajada la recibieron, dicen los cronistas, estando en Valladolid. Desde esta ciudad llevaron á cabo una campaña no tan digna como la de Granada. Querian arrebatar la ciudad de Plasencia del señorío de don Álvaro de Zuñiga, titulado duque de ella; y no pudiendo hacerlo, con justicia, franca y abiertamente, apelaron al recurso de promover una sedicion contra el duque y aprovecharse de ella. La trama les salió á medida de sus deseos; el señorio de Plasencia quedó radicado en la corona, y el duque de aquella ciudad tuvo que contentarse mal su grado con llamarse duque de Béjar. Otra sublevacion mas verdadera hubo el mismo año en Gaucin, poblacion recientemente sometida, y cuyos moradores, maltratados por el gobernador cristiano, hallaron medio de hacerse dueños de la ciudadela y rebelarse: pero acudieron los fronteros antes que Abdala el Zagal pu-

diese auxiliar á los alterados y nuevamente volvieron estos á la coyunda. Aquel caudillo moro habia ya conseguido recobrar por asalto los castillos de Nijar y Competa, y despues habia caido sobre la plaza de Cullar y entregado esta poblacion á las llamas. No habian permanecido ociosos los reyes católicos. Obtenidos subsidios de las córtes de Zaragoza, é instaladas en Aragon las Hermandades, al parecer con miras de celo religioso, en realidad como un elemento popular que debia mantener á raya á los grandes, pasaron los reyes á Daroca, se vieron en esta poblacion con un enviado del rey de Nápoles y acordaron con él que el príncipe de Capua en vez de casar, segun antes se habia convenido, con la infanta doña Isabel, lo haria con la infanta doña María. Trasladados á Valencia el dia 20 de marzo hicieron jurar en córtes por heredero del trono al príncipe don Juan. Estas córtes de Valencia fueron prorogadas para Orihuela por donde debian pasar los reyes para trasladarse á Murcia. Quedaban aun en el reino de Valencia algunos restos de los antiguos bandos por cuyo medio los poderosos querian hacerse la justicia, y pareció conveniente tomar disposiciones para acabar de extirparlos. En la misma ciudad de Valencia le fué ofrecida al rey católico la cooperacion de la Navarra si queria recobrar el Rosellon y declarar la guerra á la Francia; pero don Fernando respondió lo mismo que poco despues, segun hemos ya dicho, debia contestar en Valladolid al príncipe Maximiliano, á saber, que por el pronto solo pensaba en la guerra de Granada. Emprendida la campaña por la primavera dió por resultado la sumision y entrega de las plazas de Vera, Velez Blanco, Velez Rubio, Cuevas, Benamaurel, Cuellar, Galera, Orce, Tijola y otras varias, sin mas necesidad que la de algun alarde de

fuerza. Las cercanías de Almería fueron taladas. Las de Baza sufrieron la misma suerte, aunque los defensores de esta plaza rechazaron todas cuantas acometidas intentaron contra ella los cristianos. Allí murió bravamente en accion de guerra el maestre de Montesa; y allí se mostró sobresaliente en valor el adelantado de Murcia don Juan Chacon. Esta vez la reina doña Isabel esperó en Murcia el resultado de la campaña. Y por no permanecer ociosa dió disposiciones para que los recaudadores de rentas reales fuesen respetados en todas partes, de suerte que un alcalde de cierta poblacion sufrió la pena de amputacion de mano y de destierro, y otro fué ahorcado, por faltas de miramientos con dichas personas. La pena fué arbitraria, y dirigida contra individuos dependientes del duque de Alba de Tormes, como leccion dada mas bien á los grandes que á los pequeños. Protegidos por los grandes, y en calidad de vasallos suyos, vivian muchos conversos y judíos, que tambien fueron perseguidos, y contra ellos se concitaron conmociones populares, vivas y de mala índole. En Toledo la plebe tomó á diversion el apedrear y quemar á los que llamaba hebreos y apóstatas.

Fué en el año de 1489 un acontecimiento memorable la conquista de la ciudad de Baza. Á cosa de la mitad del camino quien va de Lorca á Granada se encuentra aquella plaza que en manos del moro fué muy rica, poblada y bella. Es decir que los árabes la querian mucho, y los cristianos la codiciaban ardientemente. Aquellas conquistas escitaban á un tiempo la sed de los grandes y la de los pequeños, porque de antemano podia ya calcularse el botin que se repartiria. Los caballeros preferian su parte en bienes inmuebles; los plebeyos estaban por lo mueble. Y los directores

sabian bien que las empresas mas nobles deben tener las mas de las veces su aliciente é incentivo para ser llevadas á cabo. El dia 27 de mayo el rey don Fernando se puso en Jaen á la cabeza de un ejército que en sentir de buenos autores llegaba á setenta mil hombres, los cincuenta mil infantes, los catorce mil ginetes, y el resto ingenieros y peones de varios oficios. El pueblo de Zujar opuso resistencia, y fué necesario combatirle. Entonces capituló, y sus moradores se fueron á Baza. Bastó algun pequeño alarde para que los habitantes de Bacor, Benzalema y Freyla capitulasen. Muy luego los cristianos se pusieron á la vista de Baza. Esta poblacion no obedecia á Boabdil sino á Abdala el Zagal que metió en ella la flor de sus valientes en número de ocho mil hombres, dicen algunas historias, sin los que en ella ya habia. En torno de la ciudad, como el espacio de tres millas, vieron los cristianos una huerta deliciosa. Las murallas de Baza eran altas y sólidas, y en ellas dominaban á trechos unas fuertes torres; y en una como colina asomaba la ciudadela ó Alcazaba. En la huerta, dice un autor árabe, se veian unas líneas que reflejaban el azul del cielo, y eran otros tantos arroyos artificiales que fertilizaban aquella hermosa vega. Ya desde el primer dia pudo conocerse que el sitio seria largo y sangriento. Los de Baza hicieron una salida para impedir que los cristianos tomasen posiciones, y defendieron á palmos el terreno. Aquella huerta fué la sepultura de muchos cristianos; y las aguas de aquellos arroyos corrieron no pocas veces enrojecidas. Un dia perdian los sitiadores lo que adelantaban en otro. De repente empezó á cundir entre ellos el desaliento. Se habian recibido proposiciones del gran sultan de Turquía para que se le auxiliase como lo hacia encubiertamente la Francia, antigua

aliada de Castilla. Y al parecer habian venido con tales proposiciones dos guardianes del Santo Sepulcro. No se sabe como fué que luego corrió la voz de que los turcos tratarian á los cristianos de oriente de la misma manera como en España se tratase á los moros: de suerte que parecia un acto de humanidad levantar el sitio. El mismo rey vacilaba. Pero doña Isabel, desde Jaen, aunque envió dinero y un riquísimo velo labrado por sus manos para los santos lugares, dispuso que continuase el sitio y envió vituallas y refuerzos para activarlo. La vega de Baza fué talada en muy poco tiempo, y la ciudad quedó completamente descubierta y hecha el blanco de la artillería. Los sitiadores enviaban partidas sueltas hasta Guadix é infundian desaliento en los moros. En Granada hubo una conmocion popular, provocada por los partidarios de Abdala el Zagal, para que se echase un velo sobre las pasadas discordias y se le socorriese: pero triunfaron los secuaces de Boabdil, dice una leyenda árabe, para quienes la ruina de aquel reino era nada comparada con el deseo de que Abdala el Zagal sucumbiese. No por abandonados á sus propias fuerzas decayeron de ánimo los sitiados. Diariamente hacian salidas, y aunque por la mañana los escarmentasen, volvian á la carga por la noche y se miraban como vencedores si podian tenderse moribundos al lado del cadáver de un enemigo. La reina doña Isabel sabia multiplicar en alguna manera desde Jaen los recursos de los cristianos. De su órden iban y venian constantemente catorce mil mulos con víveres, y pertrechos; seis mil hombres se ocupaban incesantemente en abrir caminos, echar puentes, y hacer reparaciones; las joyas mas preciosas de la corona eran llevadas á Valencia y Barcelona y sobre de ellas se tomaban préstamos para atender

á los gastos de la guerra; y en todas partes se notaba el impulso debido á una de aquellas capacidades que saben avasallar y dirigir los movimientos de todo cuanto las rodea. Los de Baza no cedian. Los sitiadores contaban en sus filas á don Gonzalo Fernandez de Córdoba, que mandaba un cuerpo de la hueste, y en mas de una ocasion se distinguió por su golpe de vista y por su denuedo. Pero nada bastaba á vencer la resistencia de los sitiados. Entonces la reina católica, á fines de otoño, fué con refuerzos, y con la infanta doña Isabel, á reunirse con el grueso del ejército á vista de la ciudad cercada. Este paso consternó á los sitiados tanto como dió alientos á los sitiadores. Para venir á vias de acomodamiento necesitaban los dos campos el efecto producido por la llegada de aquella princesa. Los de Baza se reunieron en asamblea; y visto que Boabdil los habia abandonado y que Abdala el Zagal no podia socorrerlos por falta de fuerzas, ofrecieron entrar en tratos de sumision si no se hacia con ellos lo que con los moros de Málaga. Las circunstancias no eran las mismas. Allí los sitiadores contaban con fuerzas marítimas, y no tenian que temer el rigor del invierno. Los moros malagueños habian quedado reducidos á servidumbre; pero á los de Baza se les concedió la conservacion de sus bienes y el uso de su creencia. Á últimos del mes de noviembre se firmó la rendicion, y el dia 4 de diciembre fué ya una obra consumada. De sus condiciones aparece que los reyes católicos habian modificado sus deseos, y aspiraban ya á quitar á la resistencia de los granadinos todo carácter religioso. Almuñecar, Paterna, Purcherna, Taberna, y casi toda la sierra de las Albujarras se dió por vencida cuando Baza se rindió. Hay quien afirma que la política batalló mas en esta campaña que la

misma hueste. Hacia tiempo que se notaban idas y venidas, no ya solamente entre los partidarios de Boabdil y los cristianos, sino tambien entre estos y los de Abdala el Zagal. Es decir que los reyes católicos habian dividido profundamente á los granadinos, y luego, dando la mano á unos y á otros, los iban despojando á todos. Abdala el Zagal entregó el dia 22 de diciembre la ciudad de Almería, y se deja suponer que no lo haria de balde. Veinte mil hombres habia perdido el rey católico delante de Baza, los tres mil muertos á hierro, y los restantes al rigor del tiempo. Pero la toma de Almería borraba todos los desastres de la campaña.

Tambien en 1490 fueron instados los reyes católicos para tomar parte en los diturbios y guerras promovidas en el extranjero, singularmente á favor de los genoveses y contra los duques de Milan; pero respondieron que por entonces sus cuidados y sus deseos estaban en el reino de Granada. La infanta doña Isabel la dieron por esposa al hijo del rey de Portugal, y llevó en dote ciento veinte mil florines. Abdala el Zagal vendió la plaza de Guadix como habia vendido la de Almería, y recibido el precio de su deshonra, se pasó con él á ostentarla en África. Las poblaciones de Andarax, Abla, Berja, Calahorra, Cenete, Dalias, Juviles, Ferreira, Fiñana, Orguiba, Peza, Salobreña, Újijar, Valle de Lecrin, y otras imitaron el ejemplo de Guadix y Almería. Boabdil tenia asimismo ofrecido que entregaria la ciudad de Granada luego que su rival hubiese hecho entrega de las que poseía; é, instado para que cumpliese su palabra, respondió que las circunstancias habian cambiado, que del mismo esceso del mal estaba naciendo un bien para Granada, pues de todas partes se retiraban á ella los buenos muzlimes dispuestos á defenderse, y ya pensaban mas que en

sus discordias en restaurar la patria. Alguna cosa habia de verdad en esta respuesta. La poblacion de Granada habia duplicado; dentro se hablaba de sostener una guerra á muerte contra los cristianos: mas no por esto reinaba la desunion menos que antes. Cuando Isabel y Fernando, ocupada Guadix, fuéron por Jaen y Écija á Sevilla, en donde celebraron el enlace de su hija entre justas, torneos, festines, danzas, máscaras y representaciones que duraron quince dias, los moros pareció que volvian en su acuerdo, y dieron principio á una especie de zambra guerrera. No era su rey quien la dirigia, sino las poblaciones ávidas de recobrar la perdida pujanza. Dióse comienzo por una y otra parte á algaras y cabalgadas que fueron la ruina de los pueblos fronterizos. El mismo rey don Fernando fué á talar la Vega de Granada, ayudado de Abdala el Zagal que, antes de despedirse para el África, quiso acabar de merecer su oprobio. La toma del castillo de Romaná se debió á una estratajema suya, que era en ardides muy sabio. En aquella tala murió don Alonso Pacheco, y se ilustró su hermano el marqués de Villena salvando la vida á un criado suyo y acuchillando seis moros que le perseguian. Á su vez Boabdil, visto que los reyes católicos se negaban ya á admitirle como tributario suyo, trató de echar el resto en brios cuando ya casi tenia agotadas las fuerzas. Tomó por sorpresa las plazas de Alendin, Marchena y Valadui; hizo de manera que muchas poblaciones de las que habian estado sujetas á Abdala el Zagal se sublevasen. En poco estuvo como la plaza de Guadix no se llamó á rebelion. Los árabes dicen que los cristianos la provocaron, enviando allá siete mil hombres, los dos mil ginetes, y dando órden de que los moros se pasasen á los arrabales. Esta órden era

contraria á lo capitulado. Pero los cristianos respondian que no se habia capitulado que su rey no mudase de voluntad segun las circunstancias. En suma, el vencedor intimó á los vencidos que iba á hacer en ellos un escarmiento por haber intentado levantarse, y que si querian alejar de sí una tremenda justicia debian alejarse con sus haberes y dejar libres las ciudades de Almería, Baza y Guadix. Y los vencidos tuvieron que pasar por ese yugo. Por vias torcidas se logró, pues, en dichas ciudades lo que en la de Málaga, franca y abiertamente, se habia conseguido.

Algunos autores árabes no pueden hablar con calma de la agonía por la que pasó Granada en **1491**. Con un ejército no menos numeroso que el que dos años antes habia puesto sitio á la ciudad de Baza, se adelantó el rey don Fernando á mediados de abril desde Sevilla hácia Alcalá la Real, seguido de toda la nobleza por decirlo así de sus reinos, y de aquel plantel de soldados que luego habia de ser el terror de la Italia y el espanto de unas tierras ahora no conocidas. El dia **23** de dicho mes, en Ojos de Huecar, acampó á dos leguas de Granada un ejército cristiano que iba á completar una obra nacional emprendida muy cerca de ocho siglos antes. Allí estaba la última concentracion de fuerzas de los descendientes de aquellos árabes que en un dia habian borrado del mapa el imperio godo. Allí estaba, dice un árabe, el pensil mas bello que poseyó jamás ningun hijo del desierto. Y al rededor de ella se veia el centelleo de unas lanzas que no eran las de los defensores de Granada. Los cristianos acamparon no muy lejos, dispuestos no ya solamente á talar la Vega sino á tomar posesion de ella. Un cuerpo de trece mil hombres, los tres mil ginetes, se corrió hasta el valle de Lecrin para devastarle y destruir los pueblos de

donde Granada sacaba víveres. Otro cuerpo mas numeroso, mandado por el mismo Fernando, se juntó con el anterior, para recorrer y llevar la desolacion á los pueblos de las Alpujarras. Ambas expediciones fueron llevadas á cabo en breve tiempo. Unos setenta mil cristianos aguerridos obedecian allí á unos jefes probados y á un rey que habia sabido ser condescendiente con una esposa digna, y en el cumplimiento de unos deseos nobles. Fernando hubiera deseado ante todo recobrar el Rosellon y enarbolar alguna enseña en Italia; pero, á instancias de la reina, aspiraba á limpiar de extranjeros sus reinos antes de llevar la guerra á tierras extrañas. Y cuando los franceses le enviaban embajadas de paz, como este año lo hicieron, daba respuestas evasivas; y al contrario procuraba ponerse en buenas relaciones con el príncipe Maximiliano de Alemania á cuyo hijo don Felipe prometió en matrimonio la infanta doña Juana; y asimismo buscó la amistad del rey de Inglaterra prometiendo al hijo de este su otra hija la infanta doña Catalina. La que un año antes habia casado con el heredero del trono de Portugal tuvo el sentimiento de perder muy luego á este príncipe, que murió de una caida de caballo. Es decir que el rey católico iba llevando á cabo una obra gloriosa mientras meditaba otras y las preparaba. La reina se vino al sitio con todas sus damas y su familia: lo que daba á entender que se hacia cuestion de honra la toma de Granada. Las crónicas se detienen en pintar las prendas eminentes de aquella matrona; y bastaba para retratarla contar sencillamente sus acciones. Durante algunos dias ocupó una tienda, al igual de los demás soldados, en aquel bosque de tiendas que formaba el campo de los cristianos. Una noche, el 14 de julio, por descuido de una de las damas, se pegó fuego á la

tienda de la reina, y de ella se propagó á las demás y en breve el campo pareció un mar de llamas. De este desastre nació un bien, pues al momento se dió órden de levantar alojamientos de piedra, de suerte que en vez de un campo se formó un pueblo, al que algunos quisieron llamar Isabela, pero la reina quiso que llevase Santa Fé por nombre. Esta determinacion fué para los granadinos el colmo del abatimiento. Ya no podian dudar que quien levantaba tal acampamento hubiese hecho ánimo de no alejarse hasta tener asegurada su presa. En la ciudad se sentia ya la falta de víveres, cuando en Santa Fé nadaban en la abundancia. Es característico el relato de una de las escaramuzas entre sitiados y sitiadores conformé está en las crónicas de los cristianos. La reina tuvo deseos de ver de cerca la ciudad sitiada, y la llevaron á una casa desde donde se descubria bien, y al mismo tiempo parte de su vega. Los moros hicieron una salida contra la escolta de la reina, compuesta de seis mil caballos. La reina y su familia, el rey, algunos prelados, el embajador de Francia y muchas damas, presenciaban el encuentro desde unas ventanas. En breve tiempo los cristianos, estimulados por la presencia de los reyes, arrollaron á sus contrarios. Durante el combate la reina se puso de rodillas y oró síncera y tiernamente. Gonzalo Fernandez de Córdova estuvo en esta accion de guerra que tuvo lugar en 25 de agosto; y hay quien afirma que el dia siguiente la renovó contra los moros que salian á recoger los cadáveres de sus amigos, y le mataron un caballo, de suerte que hubiera caido prisionero á no prestarle un soldado el suyo. Cuando los granadinos, sintiendo el hambre, y mas que el hambre el abatimiento, trataron de entrar en capitulacion, los reyes católicos enviaron á Granada á aquel



CONQUISTA DE GRANADA.





ISABEL I DELANTE DE GRANADA.

mismo Fernandez de Córdova y á su secretario Fernando de Zafra, ya porque los dos hablaban bien el árabe, ya porque el primero era al mismo tiempo buen soldado y hombre de ingenio claro. Algunos dias duraron dentro de la ciudad y fuera de ella las conferencias, y el dia 25 de noviembre se firmó un convenio reducido á las siguientes bases: la ciudad se rendiria al cabo de cuarenta dias; á Boabdil se le darian rentas en las Alpujarras ó su equivalencia en dinero si queria salirse del reino; los granadinos podrian vender sus bienes y llevarse los muebles á donde quisiesen para lo cual se les daria pase y seguro; y los que quisiesen permanecer en Granada, vivirian en ella como súbditos, con derecho de usar de su creencia, y de tener jueces de su ley. De estas bases aparece que Boabdil vendia la ciudad de Granada, lo mismo que Abdala el Zagal habia vendido las de Almería y Guadix. El pueblo de Granada se sublevó al saberlo, y recorrieron las calles unos veinte mil hombres armados diciendo que era una ignominia acabar con un reino de una manera tan villana. Pero en los mas de los moradores pudo mas el espanto que el amor á la patria. Boabdil dió libertad á quinientos cautivos cristianos, y envió á decir á los reyes católicos que la ciudad les seria entregada, antes de finir el plazo, el dia 2 de enero. Por este tiempo los portugueses se habian apoderado, en la costa de África, de la plaza de Canize, y en Targa habian destruido un cuerpo de africanos y entregado á las llamas veinte y cinco naves enemigas.

El dia 2 de enero de 1492, dicen los árabes, se eclipsó Granada. Contaba en su seno cuatrocientos mil habitantes y unos sesenta mil soldados. Sus murallas eran altas y fuertes, y las defendian mas de mil torres colocadas en ella á trechos Aquella poblacion tenia entonces nueve millas de

circunferencia, y se contaban en ella setenta mil casas. Poseia veinte plazas, numerosas fuentes, varios jardines públicos, muchos paseos, y unos soberbios palacios. Las Torres-bermejas, la puerta de Elvira, la Alcazaba y la Alhambra, ostentaban allí su magnificencia y sus primores á la luz de un sol que ya no volveria á lucir para Granada. No la habian tratado mal sus reyes. La habian embellecido y adornado con todos los adornos del arte. Las maderas mas preciosas, las piedras mas ricas, los mármoles y jaspes, los metales mas codiciados, todo lo habian prodigado allí los que vinieron de lejanas tierras para ser sus señores. El árabe, poco amigo de la escultura, puede decirse que habia puesto aquí en la arquitectura el genio del cincel. En este dia Granada era un jardin. Desde este dia la yedra va á roer sus muros; muchos de sus edificios comenzarán á ser ruínas; ya su Darro no dará mas que escasas pajuelas, y su Genil no cruzará por una vega sembrada de pensiles. Pero esta tierra habia sido arrebatada de manos de sus naturales señores, y ahora la recobraban, y eran dueños de cultivarla ó de dejarla yerma. No muy lejos del puente del Genil, en un llano, se formó aquel dia el ejército cristiano. El rey, la reina, su hijo é hijas se situaron en Armila. Sale de Granada á la cabeza de cincuenta ginetes el rey moro Boabdil, hace ademan de querer besar la mano á don Fernando, y retirándola este, le besa aquel en el cuello en prenda de homenaje y le entrega las llaves de la ciudad. Las tropas entraron en la ciudad como por sorpresa, nó por el camino conocido, sino por otro abierto para aquel objeto. Se hubiera dicho que en la ciudad no habia ningun habitante. Los granadinos se habian encerrado en sus casas, y, como si estuviesen sufriendo una inevitable condena no querian saber, lo que pa-



VISTA GENERAL DE GRANADA.

saba fuera del recinto de sus viviendas, y lloraban. Lloraban, porque no habian sabido permanecer unidos, y el Dios vengador los estaba reduciendo de estado de nacion á estado de servidumbre. En el momento en que algunos reyes de armas enarbolaron en dos altas torres el estandarte del rey y el de Santiago, mientras el cardenal Mendoza ponia en lo alto de la torre de Comares la enseña de la cruz, se oyeron en medio de una especie de sepulcral silencio las voces de «Castilla, Castilla... Granada por Fernando é Isabel:» y parecian estos gritos una de las voces de alerta dadas en tierra enemiga. Y al resonar por encima de aquella ciudad, se oyeron en su seno gemidos, y en sus afueras unas inmensas aclamaciones. Boabdil, cuando hubo entregado las llaves de la ciudad, y besado la mano á la reina, se fué hácia el Padul y Pulchena, y dicen las crónicas que al volverse en una loma prorumpió en llanto. Algunas leyendas añaden que iba con él su madre y le dijo que le estaba bien el llanto de las hembras allí en donde le faltó el brio de los varones. Pero esta leyenda se aviene mal con el carácter de los árabes que no se desdeñan de derramar una lágrima, y no saben comprender la risa. Á cinco mil cautivos cristianos se dió aquel dia libertad en Granada, los cuales fueron á Santa Fé recitando himnos y cantares. El dia 6 hicieron los reyes católicos su entrada pública; y desde luego pudo decirse que quedaba reconquistada la España. Rendida Granada, los demás pueblos tendieron la cerviz al yugo. Algunos moros ardientes intentaron conmover á aquel pueblo poniéndole por delante el baldon por el que estaba pasando: pero no consiguieron otra cosa que causar algunas víctimas. Don Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz y conde de Arcos, habia dirigido esta guerra; y murió

en Sevilla, terminada ya, el dia 27 de agosto. Dos dias antes habia muerto en San Lucar el duque de Medina Sidonia que tambien sirvió bien desde la toma de Málaga. Las crónicas castellanas dicen que en Santa Fé, el dia 17 de abril, la reina doña Isabel pidió prestados sobre joyas de la corona unos diez y siete mil ducados para dárselos á un genovés que deseaba ir á la India, por el occidente, suponiendo que nuestro globo era una esfera. Decia que las preciosas mercancías que nos venian de la India por Alejandría, podian irse á buscar directamente, teniendo valor para cruzar el Atlántico. No buscaba un mundo nuevo; queria enseñar á los navegantes una navegacion osada pero lógica. El sol le estaba diciendo á ese genovés el camino que debia seguir: el sol que iba á bañarse en el Atlántico para poder despues asomar por Alejandría. Muchos doctos fueron consultados, y dijeron que la posibilidad la veian, certeza ninguna, inmensidad en el océano vasta é inconmensurable. En otras partes le habian dicho lo mismo al genovés y nadie queria probar aquella aventura. Un cenobita le amparó en tal conflicto; estudió con él ese orto y ocaso del sol que marcaba un rumbo, y habló por él á la reina hasta persuadirla de que era muy poco lo que iba á ariesgarse en vista de lo mucho que podia adquirirse. Merced á esta intervencion, y á la circunstancia de haber sido conquistada la ciudad de Granada, Cristóbal Colon, que así se llamaba aquel genovés, fué ennoblecido, y se firmaron con él capitulaciones en virtud de las cuales seria almirante mayor del mar océano y virey y gobernador perpetuo de todas las islas y tierra firme que descubriese y ganase. Fué á la villa de Palós, armó tres naves, y se hizo á la vela desde la barra de Saltes el viernes dia 3 de agosto. Tomó rumbo hácia las

Canarias. El dia 9 de agosto llegaron á la Gran Canaria, en donde una de las naves, la carabela Pinta, tuvo que ser reparada. El jueves dia 6 de setiembre salieron, no ya con direccion á ninguna parte, sino mar adentro buscando el orto por el camino del ocaso. Unos ciento veinte hombres, metidos en tres frágiles leños, huian de lo conocido para ir en busca de lo presumible aunque incierto. El genovés contaba las leguas y no las contaba todas porque no desmayase la gente. Los marineros no gobernaban á su gusto y decaian siempre sobre la cuarta del nordeste, pero él los reñia y corregia siempre hácia el oeste. El dia 11 vieron un mástil; el 14 dos pájaros; el 15 vieron caer al mar á unas cinco leguas un meteoro al que Colon llama maravilloso ramo de fuego; las agujas noruesteaban; los aires eran templados; el 16 se vió mucha yerba y los dias siguientes lo mismo; los marineros, dice Colon, estaban penados y no decian de qué; el 22 tuvieron viento contrario cuando ya los marineros temian que nunca podrian volver á España con viento próspero; el dia siguiente el mar se alteró sin que hubiese viento; el 25 don Martin Alonso Pinzon, capitan de una de las carabelas, la Pinta, pidió albricias diciendo que veia tierra al suroeste, pero no pareció aunque navegaron hácia ella; el 26, dice Colon, la mar era como un rio, y los aires dulces y suavísimos; continuaron su rumbo en direccion al oeste, con mar llana, aires sabrosos, entre yerba, aves y peces dorados, dice el diario de la navegacion; el 30, añade él mismo, «las agujas noruesteaban una cuarta y en amaneciendo iban con la estrella, por lo cual parece que esta hace movimiento como las otras estrellas, y las agujas piden siempre la verdad;» el primero de octubre tuvieron un grande aguacero y llevaban andadas setecientas siete leguas,

aunque á la gente se les contaba ciento veinte menos; dice Colon que por estas alturas tenia pintadas en su carta ciertas islas, «pero si me detuviera, añade, no fuera buen seso;» el 7, en la carabela Niña que iba delante por ser mas velera levantaron una bandera en el tope y dispararon una lombarda como señal de que veian tierra; todos pusieron la proa hácia el suroeste; el 8 los aires eran olorosos como por abril en Sevilla, dice el diario, y se vieron muchos pájaros y yerba fresca; el 10 la gente se quejaba, y el almirante los esforzó dándoles buena esperanza y añadiendo que era por demás quejarse pues habia venido á las Indias y lo habia de proseguir hasta hallarlas; el 11, muy de noche, desde la Pinta, vieron tierra; y el almirante añade que á las diez él habia visto lumbre que la denotaba, y lo habia hecho notar á un repostero y á un veedor: y á las dos de la madrugada del viernes dia 12 de dicho mes de octubre descubrieron claramente la costa. Era una isleta á la que los naturales llamaban Guanahani, y que despues se llamó San Salvador y ahora se cree ser la Gran Turco. Vieron en ella gente desnuda, y Colon salió á tierra en la barca armada, y lo mismo hizo Pinzon, capitan de la Pinta, y Yañez, su hermano, capitan de la Niña. El almirante sacó la señera real, y los capitanes sus banderas de la cruz verde con una F y una I á los lados de la cruz. Los árboles eran verdes, las aguas abundantes, las frutas diversas. Luego acudió mucha gente de la isla: «conocí, dice Colon, que mejor se libraria y convertiria á nuestra fé con amor que no por fuerza; les dí bonetes colorados y cuentas de vidrio que se ponian al pescuezo, y hubieron mucho placer.» Iban á las barcas nadando y traian papagayos é hilo de algodon en ovillos. Andaban desnudos, y eran de hermosos cuerpos y



COLON DESCUBRE EL NUEVO MUNDO.

buenas caras, no traian armas ni las conocian; sin embargo algunos mostraban señales de heridas y dieron á entender que venia gente de cierto punto y los querian coger y ellos se defendian. Tambien hicieron comprender que el oro que llevaban colgado de la nariz en pedazuelos les llegaba del sur, y que al sur y al suroeste y al noroeste, por todas partes habia tierras. Colon creia estar en las Indias, é iba buscando por allá la isla de Cipango que Marco Polo asegura haber visto y lo dice en el capítulo ciento seis de la relacion de su viaje. El dia 14 dió la vuelta á la isla en las barcas, y los moradores le traian de comer y de beber y parecian preguntarle entre aclamaciones, hombres y mujeres, si era el cielo quien los enviaba. Y dada la vuelta se avistaron tantas islas que el almirante no sabia determinarse á cuál iria primero. Este es el famoso viaje denominado del descubrimiento del nuevo mundo. Se andaba en busca de las costas asiáticas del mundo antiguo, tales como las habia descrito Marco Polo, y se halló una tierra desconocida en medio de un mar no surcado hasta entonces sino por frágiles canoas. Este resultado le ignoraron los reyes católicos hasta el mes de marzo del año siguiente que fué cuando Colon volvió á España terminado su primer viaje. Conquistada Granada, ganaron predominio en los consejos de la corona los que creian que la sociedad ibérica debia ser purificada de todo elemento que fomentase en ella la desunion. En aquella ciudad, el dia 30 de marzo, se dió un decreto en virtud del cual los judíos que se negasen á recibir el bautismo debian abandonar estos reinos dentro el plazo de medio año, pudiendo vender sus bienes muebles é inmuebles y llevarse su valor, con tal que no se sacase del reino oro ni plata ni joyas, sino géneros y efectos en que no hubiese

nada de aquello. Algunos condenaban esta disposicion diciendo que era mala tanto si los judios se iban como si se quedaban; si se iban por el vacío que dejaban en ciertas artes y en el comercio; y si se quedaban porque se mezclaria entre los cristianos una raza que solamente de nombre perteneceria al gremio de los fieles. Otros decian que si de tiempo en tiempo debian ser renovados los despojos de los judios en nombre del pueblo y por mano del pueblo, era preferible que de una vez se consumase la obra. Treinta mil familias de aquellos desdichados salieron de España, unos se acogieron á Portugal y fueron bien recibidos; otros fuéron al Africa y murieron de una manera miserable; y por fin algunos volvieron lívidos, hambrientos y se hicieron cristianos para acabar en paz sus dias. En Roma, á la sazon, por muerte del papa Inocencio VIII habia subido al solio pontificio don Rodrigo de Borja, valenciano, que tomó el nombre de Alejandro VI. Aquellos reyes se habian trasladado por Córdoba á Segovia y Valladolid, y ahora se dirigian por Aragon á Cataluña con ánimo de reclamar de los franceses la restitucion de los condados de Rosellon y Cerdaña. El 18 de agosto entraron en Zaragoza, y por el mes de setiembre se dirigieron á Barcelona. En Figueras se habian juntado algunos enviados franceses con otros facultados por el rey católico para que tratasen de aquella restitucion; y no habian podido entenderse porque el francés, con ánimo de que no se entendiesen, pedia que ninguna infanta de Castilla ó Aragon pudiese casarse sin consentimiento del rey de Francia, como feudo por el Rosellon y la Cerdaña. Permanecian los reyes en Barcelona, cuando el 7 de diciembre, apenas acababa el rey de dar audiencia en la capilla de Santa Agueda, un labrador de los llamados de remensa, por

nombre Juan de Cañamares, se arrojó hácia el monarca y le dió una cuchillada entre la oreja y el pescuezo. Hay quien afirma que el rey gritó «traicion, traicion, ya veis lo que me dan en esta tierra;» y añaden que cierto Bussot, que pertenecia al cabildo de la ciudad y acababa de contener al reo para que no secundase, respondió «que en Cataluña hacian los locos lo que en Castilla los cuerdos.» Y en efecto pareció que el agresor era un demente, fugado pocos dias antes del hospital de locos, y que habia entrado diciendo «volvedme la corona.» No le valió la locura, pues unos autores afirman que el pueblo le hizo pedazos y los dió al fuego, aunque otros dicen que antes fué condenado á la pena de los parricidas y muerto en garrote vil y que sobre sus restos cebó la plebe su saña. El pueblo casi se mostró furioso de indignacion al tener noticias de aquel atentado; y fué necesario que el rey, aunque estuvo todo un dia de peligro, se asomase á una ventana para que todos le viesen y le victoreasen. Cuando, al cabo de pocos dias, el monarca pudo dar un paseo por la ciudad, recorrió sus principales calles llevado en alguna manera en hombros. Muchos individuos de la casa real fuéron entonces á pié en peregrinacion á Montserrat, seguidos asimismo de un numeroso gentío. Llevábanse adelante los tratos por la devolucion del Rosellon y la Cerdaña, al mismo tiempo que el rey católico hacia ocupar el condado de Pallarós. El rey de Portugal, sin quererlo, ayudó á los reyes católicos; pues habiendo los franceses hecho apresar indebidamente una carabela portuguesa, estos á su vez apresaron diez naves francesas, hasta obtener la devolucion de aquella; y el rey de Francia llegó á entender que se movia contra él una alianza general, y trató de conjurarla.

Prometió, pues, por el mes de enero de 1493 la restitucion de Cerdaña y el Rosellon, con ánimo de dilatarla lo mas que pudiese. Entre tanto aquel genovés, á quien dejamos el año anterior en lo que él llamaba las islas de las Indias, hacia rumbo hácia la península, y estuvo á riesgo de perderse, y con él su descubrimiento: « Dicen todos los hombres de la mar que jamás hubo tan mal invierno ni tantas pérdidas de navíos. » Son palabras del mismo Colon. Cuarenta y ocho dias estuvo á merced de los vientos surcando el Atlántico para venir á hacer sentir á la Europa una vibracion extraordinaria. A la primera isla que descubrió la habia llamado San Salvador; á la segunda, Concepcion; á la tercera Fernandina; á la cuarta Isabela; á la quinta Juana; y á otras varias otros varios nombres de que él mismo apenas se acordaba. Juana le pareció tan grande que al principio la tomó por continente y por tierra del Catay ó de la China. A otra isla la dió por nombre la Española. Esta le pareció maravillosa por sus montañas, sus vegas, sus sierras y su valles. En ella vió hermosos puertos, y grandes rios que acarrean oro. Los habitantes eran bien formados, pero tímidos. Todos decian en su idioma que deseaban ver la gente venida del cielo. Algunos de esos isleños navegaban en canoas tan largas que cabian en ellas ochenta hombres, cada uno con su remo. En la Española tomó posesion de una grande poblacion á la que llamó Navidad, y en ella levantó una ciudadela, no muy lejos de unas minas de oro. Los naturales le hablaban de otra grande isla en donde habia oro sin tasa. En conclusion, decia Colon en una de sus cartas, de estas y otras cosas traigo conmigo muestras é indios para testimonio;... yo daré oro á sus altezas cuanto hubieren menester con muy poquita ayuda que me darán;

especería y algodon cuanto mandaren; almásiga, lignaloe y esclavos cuantos cargaren; ruibarbo y canela y otras mil cosas creo haber hallado, sin lo que hallarán los que allí dejé. «Y á la verdad mucho mas ficiera si los navíos me sirvieran como razon demandaba.» El rey don Juan de Portugal sintió gran despecho cuando le dijeron que acababa de arribar á Lisboa con tales nuevas el mismo navegante á quien él un dia no quiso dar oídos teniéndole por un visionario. Lisboa en masa deseaba ver á Colon y cerciorarse por sus propios ojos de que traia cosas de las Indias. La voz que corrió entonces por Europa fué un eco de lo que creia Colon. Hemos visto documentos de aquel tiempo, y en ellos se dice que se va á hacer la relacion «del descubrimiento de las islas de las Indias, halladas poco ha sobre el Ganges.» Colon se hizo á la vela, y el dia 15 de marzo entró en el mismo puerto de Saltes de donde habia salido el dia 3 de agosto del año anterior. Algunos historiadores dicen que fué por tierra á Barcelona en busca de los reyes. Otros opinan que fué allá por mar. El diario del primer viaje de su navegacion dice con fecha del 15 de marzo: «y así dice él (Colon) que acababa ahora esta escriptura, salvo que estaba en propósito de ir á Barcelona por la mar, en la cual ciudad le daban nuevas que sus altezas estaban, y esto para les hacer relacion de todo su viaje.» Y como la estacion era buena, y debia ser natural en aquel navegante el deseo de que todo cuanto viniese en sus naves pudiese ser ofrecido directamente á sus soberanos sin necesidad de trasbordos, y transportes difíciles y peligrosos: por lo mismo son mas en número los que creen que el puerto de Barcelona fué el primero de Europa en el que saltó en tierra Colon, el primero que recibió mercancías del nuevo mundo, y el primero en

el que ostentó sus banderas una de las naves que habian sido las primeras en ir y volver del mar de las Antillas. El dia 3 de abril de 1493 se le hizo á Colon en Barcelona un recibimiento magnífico. Otros dicen que fué á mediados de abril. Si fué el 3, debió ir por mar, pues de otra manera no habia tiempo para lo que dice Herrera de enviar desde Sevilla un mensaje á Barcelona, esperar la respuesta, y ponerse despues en camino con indios, pájaros y mercancías. Por esto Herrera lo arregla poniendo la recepcion de Barcelona á mediados de abril. Ortiz de Zuñiga supone que á principios de abril estubo Colon en Sevilla; pero Muñoz le prueba que equivocó las fechas; y como la recepcion entusiasta de que habla Herrera hubiera dejado rastro y recuerdo en los pueblos de la península, y ese no existe, prefieren muchos creer que ningun otro español antes que nuestros reyes en Barcelona vió las primicias del viaje de Colon. Nos hemos detenido en la dilucidacion de estos pormenores precisamente porque es evidente que algun enemigo de la gloria de Colon hizo de manera que en los archivos de Barcelona no constase ninguna circunstancia de aquella recepcion, ni aun el hecho. Varios son los historiadores que afirman que el rey hizo sentar á su lado al almirante, mientras este hacia la relacion de su viaje y presentaba los indios, los pájaros de todos colores, y el oro traido de aquellas lejanas regiones. Y cuando el rey salia á paseo por la ciudad llevaba á un lado á Colon y al otro al príncipe. Colon fué nombrado almirante de las Indias; se dió órden para poner á sus órdenes una escuadra á fin de que continuase el descubrimiento; se recabó del papa que el dominio de todo lo descubierto y por descubrir perteneciese al rey don Fernando, y aunque acudió en queja el portugués, se le contentó tirando á favor



COLON, DE VUELTA DEL NUEVO MUNDO, ES RECIBIDO POR LOS REYES CATÓLICOS.

suyo una línea en la altura de las Canarias y dándole el sur; y se procuró dar tales proporciones á aquel acontecimiento que de do quier acudieron voluntarios brindándose á tomar parte en el segundo viaje. Otros sucesos de alguna importancia mencionan este año los anales del reino. La ciudad de Cádiz volvió á la corona, indemnizado su dueño el conde de Arcos á quien se nombró duque. El rey de Francia hizo entrega del Rosellon y parte de la Cerdaña cuando vió que el rey católico iba á apoderarse de todo con las armas. Por muerte del maestre de Santiago, fué incorporado á la corona el maestrazgo. Alonso de Lugo tomó por las armas la isla de Palma en las Canarias, por cuenta de los reyes Isabel y Fernando. Estos dos soberanos hicieron un viaje á Perpiñan como para tomar posesion del condado del Rosellon, y volvieron á Barcelona muy satisfechos. Los mismos príncipes recibieron á algunos enviados de la nobleza de Nápoles que estaba descontenta de su actual rey Fernando I, hijo bastardo de Alonso V de Aragon, y deseaban destronarle, y darse á los aragoneses ó á los franceses; y los reyes respondieron que á nadie querian destronar, y que no sufririan que otro reinase en su lugar. Si á esto se añade que el rey de Portugal arrojó de sus dominios á los judíos á quienes un año antes habia dado asilo, y levantó en la boca del Tajo dos fortalezas, casi al mismo tiempo que una enfermedad peligrosa le tuvo á las puertas del sepulcro: tendremos bosquejado el año de 1493. Nos olvidábamos de consignar que Boabdil, el destronado rey de Granada, dejó la España con consentimiento del rey Fernando, y recibidos socorros en dinero se fué al África, en donde es fama que murió en accion de guerra, que es como, dice un árabe, debió morir en Granada.

El rey de Nápoles, á quien deseaban destronar algunos de sus súbditos, murió á fines del mes de enero de 1494, y entró á reinar su hijo don Alonso II. Tenia este monarca un enemigo en el rey de Francia Cárlos VIII, y un amigo en el papa; y deseaba tener un protector en el rey católico. Envió á este una embajada pidiéndole amparo, la cual fue acompañada de otra en que el papa solicitaba lo mismo: y el rey católico respondió que jamás consentiria que el francés se apoderase de Nápoles, ni que el papa dejase de ser independiente en sus estados. Antes de meterse en ello, procuró ir consumando en sus reinos la concentracion de poderes en que él y su esposa hacia tiempo trabajaban. Agregaron á la corona la administracion de las órdenes de Calatrava y de Alcántara como ya lo habian hecho con la de Santiago; y crearon en Ciudad Real una nueva Chancillería. Habíase hecho demasiado general la costumbre de montar en mula, de lo que resultaba la declinacion de la cria caballar, y se decretó que solamente los clérigos y las mujeres pudiesen ir en mula. Procuraron asimismo dar alguna satisfaccion al portugués que se quejaba de la estrechez de la línea que para recorrer los mares y conquistar tierras le habia señalado el papa, y se convino con él en que, tirada desde la Gran Canaria una línea para el sur, y lo mismo desde trescientas setenta leguas al occidente de dicha Canaria, todo al sur fuese region portuguesa, y al norte region de los reyes católicos. En Portugal hubo este año una carestía de granos extraordinaria, y el rey don Juan, aunque continuaba muy enfermo, dictaba las medidas mas conducentes al alivio de las clases menesterosas. En Navarra, á dia 10 de enero, acababan de ser coronados y solemnemente jurados como á reyes doña Catalina y su esposo don Juan

de Labrit, quienes á su vez juraron conservar los fueros y los privilegios del reino. La verdadera historia política de 1494 estuvo en Italia. El rey de Francia deseaba reconquistar para su familia el reino de Nápoles, y anduvo en embajadas con los reyes católicos para que no pusiesen obstáculo á sus miras. Si los reinos de Castilla y Aragon hubiesen continuado separados, acaso el francés hubiera conseguido ponerlos en lucha mientras él se aseguraba en Italia. Pero ahora habian variado en Castilla las circunstancias. Ya este reino no era el antiguo aliado de la Francia, sino el hermano de Aragon. Si los aragoneses no habian vacilado en atender primero á los intereses de Castilla antes que á los propios, ahora tenian derecho á que los castellanos mirasen por la honra de Aragon como por la suya propia. Y los mas graves consejeros opinaban que, hallándose concentrado en Italia el centro de un gran poder católico, no era malo que los católicos se acercasen á él, le protegiesen, y corriesen con él en intimidad y armonía. El rey de Francia no atendió á representaciones, y se fué para la Italia á la cabeza de unos treinta mil hombres, los tres mil quinientos de caballería pesada, y en muy poco tiempo se hizo el árbitro de una multitud de pueblos. Los analistas pintan la consternacion que se iba apoderando de los habitantes, y las humillaciones con que procuraban tener propicios á aquellos guerreros extranjeros. Y los mismos que se maravillan de que en el nuevo mundo un puñado de hombres diese la ley á muchos millones de habitantes, encuentran muy natural que en una vasta comarca como la Italia no se hallasen héroes dispuestos á defender su independencia. Nacion degenerada, era un campo de batalla para las lidias de los demás pueblos: pero en él no habia alma. Cárlos VIII

sin dar una batalla fué tomando posesion de la tierra, y el dia último del año entró en Roma. El rey católico llamó entonces á Gonzalo Fernandez de Córdova, y le dijo que iba á confiarle una armada y un ejército.

La enfermedad que aquejaba al rey de Portugal don Juan II, le llevó al sepulcro en 1495. Reinaba desde el año 1481, y dejó el trono á su primo hermano Manuel, hijo de aquel duque de Visco, á quien el mismo rey habia muerto por su mano. Lo primero que hizo el nuevo monarca fué convocar cortes y hacerse jurar en ellas; y lo segundo, atemperar el rigor de las leyes que su antecesor habia promulgado contra los judíos. La muerte de don Juan II acaeció en Alvor el dia 25 de octubre cuando apenas contaba cuarenta años. Otro acontecimiento notable del mismo año fué la conquista de la isla de Tenerife, llevada á cabo por Alonso de Lugo con auxilios y fuerzas que pusieron á su disposicion los reyes católicos. El rey de Nápoles, don Alonso II, que aun no contaba bien un año de reinado, temeroso de los franceses y del desamor de los propios, renunció la corona á favor de su hijo Fernando II, y se retiró con sus riquezas á Mecina, en donde murió el dia 18 de noviembre. Hay quien dice que antes de su muerte se hizo cenobita. De suerte que en Italia los grandes hacian lo mismo que los pequeños, temblar ante los franceses, y huir de ellos. El rey de Francia se habia dado en Roma buena maña, y habia conseguido que el papa le confiriese la investidura del reino de Nápoles y se mostrase con él muy condescendiente: á bien que por bajo cuerda el mismo pontífice Alejandro VI entró en una liga formada por los venecianos, los milaneses, los napolitanos y el rey católico. El último nombrado era el espíritu de la union, y casi el todo de la misma. Fernando II de Ná-

poles perdió en pocos dias su reino, y tuvo que buscar un asilo en la isla de Ischia. Ya le pareció á Cárlos VIII que podia volverse á su reino, en la seguridad de que Nápoles era una comarca suya, cuya defensa podia confiar á un cuerpo de ejército. Instábanle los grandes á que no demorase la partida, antes que los confederados, en particular Milan y Venecia, le cortasen la retirada. Dejó, pues, cuatro mil franceses y suizos en el reino de Nápoles, y se volvió precipitadamente. Una batalla tuvo que dar en Fornovi para romper por entre sus enemigos, y en el campo dejó unos dos mil hombres y alguna artillería, pero pudo conseguir abrirse paso. Entretanto una escuadra española se habia hecho á la mar en Málaga, llevando á bordo unos seis mil hombres, la décima parte ginetes, y tomó puerto en Mecina el dia 24 de mayo. La toma del castillo de Rijoles fué el primer hecho de armas de Gonzalo. Y bastó el eco de esta novedad y de que acababa de llegar gente de Aragon y Castilla para que algunas plazas, en su número la de Seminara, se entregasen á los enemigos de la Francia. En realidad los franceses se habian hecho odiosos desde el primer dia, no tanto por actos tiránicos como por la arrogancia con que hablaban de sí, y el desprecio con que trataban á los sojuzgados. Viéndose tan repentinamente acometidos, juntaron mil quinientos hombres de sus mejores tropas, y se encaminaron á recobrar la plaza de Seminara. Acudió contra ellos el rey de Nápoles, seguido de Gonzalo, y los acometió: pero fué arrollado, y á duras penas pudo volver espantado á Sicilia. Pero Gonzalo reunió los dispersos, se entró con ellos en Seminara, reforzó la guarnicion, y se pasó á Rijoles. La escuadra española tomó en Sicilia á bordo al rey de Nápoles, y se encaminó á Nápoles; y esta ciudad

que pocos meses antes habia aclamado al francés, ahora se deshizo en demostraciones de respeto hácia su rey y los españoles que se lo devolvian. Gonzalo debia atender con muy corto número de soldados á dar guarnicion á muchas plazas y al mismo tiempo á sostener la campaña contra un enemigo disciplinado y aguerrido. Es admirable irle siguiendo en estos comienzos de gloria, en que tomaba las apariencias de un guerrillero, armador de emboscadas, el que muy luego debia mostrarse un batallador consumado. Los reyes católicos perdieron este año á 11 de enero un íntimo consejero en la persona del arzobispo de Toledo don Pedro Gonzalez de Mendoza. El postrer consejo que les dió el moribundo fué que encomendasen aquella sede metropolitana á un cenobita, que tenia un gran corazon, y se llamaba Francisco Jimenez de Cisneros. Y así lo hicieron. No podian dudar los reyes católicos que la guerra de Nápoles volveria de rechazo sobre el Rosellon, y se prepararon para resistir en él al francés, y buscarle enemistades. Consiguieron que el rey de Inglaterra entrase en la liga contra la Francia, y le prometieron para el príncipe heredero la mano de la infanta doña Catalina. Tuvieron por noviembre una entrevista en Alfaro con la reina de Navarra doña Catalina, y procuraron asegurar por esta parte sus fronteras. Juntaron cortes á los aragoneses en Zaragoza por los meses de setiembre y octubre, y cedieron algun paso respecto á la jurisdiccion de la Hermandad, con tal de obtener recursos. En San Mateo convocaron cortes para los valencianos, y en Tortosa otras para los catalanes, para pedir subsidios. Y por último metieron gente en el Rosellon y declararon la guerra al rey de Francia.

Hubo, pues, en 1496 dos campañas: en Nápoles una,

en el Rosellon otra. Habian concentrado los reyes católicos en las cercanías de Perpiñan un ejército de cuarenta mil hombres, la cuarta parte caballería, y tenian en continua alarma la Galia Narbonesa. Al mismo tiempo su escuadra recorria aquellas costas y era el azote de los comerciantes franceses. El año anterior aquellos reyes se habian conquistado la alianza de la Inglaterra por medio de un casamiento. En el presente concertaron, ó por mejor decir completaron los conciertos para casar á la infanta doña Juana con el hijo del emperador Maximiliano, y así acabaron de formar la red que tenian tendida al rededor de la Francia. En el reino de Nápoles Gonzalo de Córdoba habia ido subiendo de las emboscadas á las escaramuzas, y por grados iba conociendo la comarca en todas sus sinuosidades, y aprovechándose de ella. Ahora ya daba asaltos, como en Grimaldo, cuya poblacion no quiso abrirle de buen grado las puertas, y las echó por tierra y la entregó á las llamas. Los enemigos creyeron que les seria fácil devolverle emboscada por emboscada. Una le armaron los moradores de Murano, y los dejó burlados apoderándose de esta plaza. Otra le prepararon los franceses esperándole con cuatro mil hombres, y los arrolló cogiéndolos de noche descuidados. Esto fué á fines de mayo. Es decir que Gonzalo no podia ser herido por los mismos filos con que heria. El rey de Nápoles tenia por este tiempo bloqueados en Atela á los principales gefes franceses, y al duque de Montpensier con ellos. Los soldados clamaban porque viniese á acabar allí con los franceses aquel gefe que ya era su terror en la sierra y en el llano. Gonzalo acudió, y el dia 24 de junio se le hizo un recibimiento capaz de llenar de orgullo á todo hombre menos eminente. Acababa de cruzar por entre un país enemigo,

triunfando de todos los obstáculos, y á pesar de esto presentaba entero un cuerpo de cuatro mil quinientos hombres con el que acababa de hacer aquel milagro. Los soldados á una voz le llamaron el GRAN CAPITAN, y desde este dia no fué conocido con otro nombre. No habian pasado siete dias cuando ya tenia tomada la posicion de unos molinos que eran la llave de la plaza, ya por la situacion, ya por la necesidad que de ellos tenian los sitiados: de suerte que, habiéndolos perdido, capitularon la entrega de la ciudad si dentro treinta dias no eran socorridos. Gonzalo de Córdoba procuró dar ocupacion á los que podian socorrerlos, y fué en busca de los franceses que habian quedado en las Calabrias hasta obligarlos á dejarlas libres. Los condados de Senes y de Lauria, la plaza de Valdelaino, el castillo de Murano, las poblaciones de Valdecrato, y los lugares de Casano y Castrovilari, y por último Cosenza, otras veces ganada y perdida, se rindieron al gefe español afortunado. En esto supo Gonzalo de Córdoba que el rey de Nápoles don Fernando II habia muerto el dia 7 de octubre, y habia entrado á sucederle su tio don Fadrique. El nuevo monarca procuró tener propicio al rey de Aragon, y al momento le envió embajada poniéndose á sus órdenes y pidiéndole amparo. Gonzalo hizo una rápida marcha para ir á juntarse con el recien entronizado príncipe. Pasando no muy lejos de Autela negáronse los moradores á darle ningun socorro, y Gonzalo se los tomó haciendo asaltar la plaza y entrándola á saco y á cuchillo. En Gaeta le recibió el rey Fadrique como á un protector; mas no se detuvo mucho Gonzalo, antes salió contra los franceses que quedaban en el condado de Oliveto, y así acabó de arrojarlos del reino. Terminada la guerra por falta de enemigos envió Gonzalo á solicitar de los reyes católicos que

le permitiesen regresar á España. Mientras de esta suerte andaba reñida la lucha en Italia, el rey de Francia solicitaba de los reyes católicos una suspension de armas en el Rosellon para poder avistarse con ellos. Esta suspension se convirtió luego en tregua hasta el 28 de octubre, visto que el rey católico tenia en Perpiñan muy buenas tropas. El dia 15 de agosto pasó á mejor vida en Arévalo la reina viuda doña Isabel, segunda esposa del rey de Castilla don Juan II, y madre de la reina católica. Ya recordarán nuestros lectores que la entereza de aquella reina habia llevado al cadalso á don Alvaro de Luna. Siete dias despues, el dia 22 de agosto, se envió á Flandes una escuadra de 130 velas en que iban veinte mil hombres de todas armas, para llevar allá á la infanta doña Juana y traer de aquellas tierras á la princesa Margarita. Las gentes no comprendian bien cómo se hacia tan formidable y costoso armamento por una causa tan sencilla: y creyeron que el dote de las dos princesas salia caro. Por el pronto no vino la princesa Margarita destinada para esposa del príncipe don Juan. Finidas en el Rosellon las treguas se prepararon españoles y franceses para venir á vias de rompimiento. Con la córte de Portugal se mantuvieron este año en muy pacíficas relaciones los reyes católicos, pues el rey Manuel se avino á arrojar de Portugal á los judíos que allí habian hallado un asilo procedentes de los reinos de Leon y de Castilla.

En 25 del mes de febrero de 1497 firmaron los reyes católicos nuevas treguas con el rey de Francia hasta fin de octubre. El reino de Nápoles obedecia ya á don Fadrique. Pero en los estados pontificios los franceses habian dejado guarnicion en la plaza de Ostia, y el papa se empeñó en recobrarla. Para ello solicitó que fuése allá Gonzalo de Córdoba.

y este, obtenido permiso de sus reyes, se puso á las órdenes del papa, y al cabo de pocos dias ganó por asalto aquella plaza. No es posible pintar al vivo el entusiasmo con que los romanos recibieron al vencedor. Parecia que se renovasen en honor suyo las ceremonias triunfales con que un tiempo se saludaba á los cónsules, de vuelta de alguna expedicion gloriosa. Mientras tanto en los reinos de Aragon y Castilla se habian estado preparando para recibir con magnificencia á la princesa Margarita. Por marzo habia llegado esta á Laredo, en la misma escuadra que el año anterior se llevó á la infanta doña Juana, y luego pasó á Burgos en donde la esperaban los reyes y el príncipe, y celebró sus bodas con este entre fiesta y banquetes. En una de las justas murió de una caida de caballo uno de los nobles justadores, don Alonso de Cárdenas, y pareció mal agüero. Casi al mismo tiempo se trató con un enviado de Portugal del enlace entre el rey don Manuel y la infanta doña Isabel, viuda del que fué príncipe heredero de aquel reino. Poco despues, habiéndose trasladado á Valladolid los reyes católicos, recibieron una embajada de Francia cuyo rey les proponia que en cambio de los derechos de Aragon al reino de Nápoles, haria de manera que se les cediese el reino de Navarra, indemnizada antes con el ducado de Bretaña la reina doña Catalina. Y los reyes dijeron que lo meditarian. Encaminábanse á Valencia de Alcántara con la infanta doña Isabel para entregarla á su novio el rey de Portugal, cuando les llegó la nueva de que en Salamanca habia caido enfermo de gravedad el príncipe don Juan. La reina continuó su viaje hasta entregar su hija al portugués; pero el rey se encaminó á Salamanca en donde solo llegó á tiempo para poder recibir el postrer á Dios de su hijo que murió el dia 4 del mes

de octubre. La princesa Margarita, viuda del príncipe, quedaba en cinta: pero poco despues abortó de una niña muerta. Al rey de Portugal don Manuel y á su esposa la infanta de Castilla doña Isabel, se les escribió que pasasen á estos reinos á ser jurados príncipes herederos. Á la sazon, por encargo de los reyes católicos, el duque de Medina Sidonia se apoderó en África de la plaza de Melilla, que halló desierta, y la puso desde luego en buen estado de defensa.

Por muerte del príncipe don Juan, fueron á Toledo los reyes de Portugal á fines de abril para ser jurados por sucesores de Castilla, y si entonces los reyes católicos hubiesen admitido las proposiciones que respeto á Navarra les habia hecho el de Francia, quedaban unidos todos los reinos de la península. Algunas nubes hubieron de cruzar por un horizonte tan bello. El mismo juramento se hizo por el mes de junio en córtes de Aragon. Los analistas afirman que por este tiempo, habiendo subido al trono de Francia Luis XII por muerte de Cárlos VIII, se concertó por enviados entre él y los reyes católicos un tratado de amistad y .casi de alianza. La reina de Portugal habia venido á Castilla y Aragon, estando en los meses mayores. En Zaragoza, el dia 23 de agosto, la dieron los dolores del parto, y murió dando á luz un príncipe á quien se puso por nombre Miguel. Calientes aun los restos de la madre fué jurado como á sucesor del trono aquel tierno niño que era á un mismo tiempo príncipe heredero de la Lusitania. Y mientras los reyes se preparaban para que asimismo en Castilla fuese jurado el príncipe don Miguel, les llegó la nueva de que en Flandes el dia 5 del mes de noviembre la infanta de Castilla doña Juana, despues llamada la loca, esposa de archiduque del Austria don Felipe, habia dado á luz una princesa á la que se puso

por nombre Leonor. A la sazon Gonzalo de Córdoba habia venido á España á hacer uso de la licencia que tenia concedida, y á concertar secretamente con el rey católico el plan de campaña que este meditaba hacer en Italia. Los dos creian que la sangre española no debia haberse derramado sin objeto en Italia; y opinaban que, mientras Roma fuese el corazon del cristianismo, como era conveniente, las arterias que de allí saliesen debian ser cuidadas. Otros retardan de un año la venida á España de Gonzalo de Córdoba.

La jura del príncipe don Miguel como heredero de Castilla tuvo lugar en Ocaña, cuyas córtes se juntaron en enero de 1499, y luego fueron trasladadas á Madrid. Otras córtes hubo este año en Sevilla, y se dice que fueron convocadas para ver la manera y recursos con que pagar el dote debido á las infantas del reino que habian tomado estado. De mayor consecuencia que las córtes fueron las juntas que los reyes tuvieron con algunos teólogos, y con los arzobispos de Granada y de Toledo para ver de obligar á los granadinos á hacerse cristianos ó á salirse del reino, apesar de las declaraciones hechas á su favor cuando se rindieron. Los teólogos opinaron lo mismo que deseaban los reyes; á saber, que lo que antes no hubiera sido justo, ahora pasaba á serlo, ya porque los moros africanos hacian desembarcos de noche, auxiliados de los moros españoles, ya porque habia precedentes, y no parecia un grave mal abrir los ojos á los que los tenian cerrados. Mandóse pues que los moros granadinos abriesen los ojos á la fé, ó bien vendiesen sus bienes, y se ausentasen del reino. No todos los moros pudieron oir este pregon con indiferencia. Los de Albaycin se alteraron, y fué necesario sosegarlos por medio de las armas, de la persuasion y de los castigos. Muchos moros, por no abandonar sus ho-

gares, se convirtieron y recibieron el bautismo. Otros se mostraron tercos, diciendo que no querian abrazar una creencia que consentia tales cosas. Con el rey de Portugal andaban estrechamente unidos los reyes católicos. Con la reina de Navarra no tanto: pues, instada del francés, solitaba esta la devolución de muchas plazas de Aragon y Castilla, nó precisamente para obtenerlas, sino para tener á la mano un pretexto. Con el rey de Inglaterra ratificaron un plan de liga contra la Francia, confirmando el tratado de matrimonio entre el príncipe de Gales y la infanta de Castilla y Aragon doña Catalina. Al mismo tiempo el rey católico deseaba marear al nuevo rey de Francia, y le hizo proponer que Aragon y Francia se repartiesen el reino de Nápoles. Es decir que el rey don Fadrique debia quedar abandonado á su suerte y vendido por su protector. Para justificar este proceder se decia que don Fadrique no mostraba reconocimiento, ni trataba bien á la reina viuda doña Juana, hermana del rey católico, hasta el punto de verse esta obligada á pasar á España con una hija suya; y se añadian otros capítulos de culpa del mismo tamaño y peso. Los verdaderos motivos eran los mismos que al tiempo de la muerte de don Alonso V de Aragon en 1458 habian hecho desaprobar que este monarca separase Nápoles de la Sicilia, y diese á un bastardo lo que parecia ya patrimonio de los aragoneses. La princesa Margarita, viuda del malogrado príncipe don Juan, volvió en 1499 á los estados de Flandes.

La conversion forzosa de los granadinos dió sus frutos en el año 1500. En Guejar y en las Alpujarras á un mismo tiempo se formaron varias partidas de moros, se apoderaron de los pasos de las sierras, y apellidaron levantamien-

to en una multitud de pueblos. A Guejar tuvo que acudir con gente el mismo Gonzalo de Córdoba, y entró la poblacion á saco y á cuchillo. Desde Murcia se envió un buen cuerpo de tropas para ahuyentar de las cercanías de Margena á los sublevados, y se logró el objeto, pero luego fué forzoso que las tropas retrocediesen. El rey católico tuvo que hacer llamamiento general de guerra, y se adelantó desde Granada, á primeros del mes de marzo, contra los sublevados. La plaza de Lanjaron fue entrada por fuerza de armas, á hierro y saco. Otras poblaciones sufrieron la misma suerte, y quedaron reducidos á dura servidumbre sus moradores. Los que no sucumbieron en esta campaña, se dieron por vencidos. Desde este dia se mandó que se procediese con mas prudencia en la conversion de los moros, y no se les exasperase, antes se distinguiese bien en sus costumbres lo que era forma de lo que era fondo. Sosegadas á tanta costa estas turbaciones, procuraron los reyes católicos mantener buenas relaciones con los navarros para quitar á la Francia un aliado. Al rey de Portugal le otorgaron la mano de la infanta doña María. Cuando este matrimonio se llevó á término, ya habia muerto en Granada á veinte de julio aquel príncipe don Miguel, hijo del rey de Portugal, y en quien estaba radicada la esperanza de la union de estos reinos. El archiduque de Austria don Felipe y su esposa la infanta doña Juana fueron entonces declarados sucesores de Aragon y Castilla. A los dos príncipes les habia nacido el dia 24 de febrero un niño á quien pusieron por nombre Carlos, y cuyos hechos ocuparán mas adelante algunas páginas de estos anales. Por el mes de mayo habia salido de los puertos de Málaga una escuadra de unas setenta velas, las veinte y siete mayores, que llevaba á bordo cuatro mil

infantes y unos seiscientos ginetes. Iba en ella Gonzalo de Córdoba, y hacia rumbo hácia la Sicilia. Fadrique, rey de Nápoles, andaba receloso, y enviaba embajadas al rey católico mostrándose muy rendido: pero no recibia contestacion ni atenciones. Por último insistió el napolitano diciendo que sabia que el rey de Francia y el católico iban á repartirse sus estados, tocándole al francés la ciudad de Nápoles con sus condados contiguos, y al aragonés las Calabrias y el Abruzo: á lo que respondió el rey católico que en efecto no habia hallado otro medio que dar una parte al francés para que no lo tomase todo. El dia 10 de julio entró Gonzalo de Córdoba en Mesina. Los venecianos le enviaron una diputacion, los napolitanos otra, y á todos respondia que serian su ley las instrucciones que llevaba. Sirvió á los venecianos arrojando á los turcos de un puerto de Corfú, obligando á la armada turca á replegarse, y apoderándose á viva fuerza de la isla de Cefalonia, y volviéndola al veneciano á quien se la habia quitado el turco. Esta excursion marítima le valió una alianza con Venecia, mientras preparaba Gonzalo su verdadera campaña de Italia.

A fines del año anterior algunos pueblos de las Alpujarras habian vuelto á alterarse; y en los comienzos del de 1501 otras poblaciones imitaron el mismo ejemplo. Los cristianos tuvieron que concentrar hueste y poner sitio á la poblacion de Belefique. Los moradores se rindieron en el último apuro, y fueron condenados al pago de una fuerte multa. Pero mientras una poblacion se sometia, otra se sublevaba. Adra se alteró, y atrajo sobre sus moradores el mismo castigo de los de Belefique. En pocos dias diez mil moros recibieron el bautismo para dar á entender que quedaban sojuzgados. No bien los de las Alpujarras se acababan de dar

á partido, cuando hicieron llamamiento de rebelion y guerra los de la serranía de Ronda, y de Sierra Bermeja. Acudieron varios cuerpos de cristianos, hasta el número segun se cree de siete mil hombres mandados unos por el conde de Cifuentes, y otros por don Alonso de Aguilar y el conde de Urueña. Estos acamparon en Monarda, junto á la sierra, y principiaron á trepar por ella el dia 21 de marzo. Ya llevaban en derrota á los moros, cuando en un rellano se detuvieron cebándose en las mujeres y el bagaje que allí habian dejado los sublevados. Esta demora les fué funesta; pues los moros volvieron sobre ellos, los arrollaron y pasaron en su mayor parte á cuchillo. Murió en esta triste jornada el gefe de la artillería don Francisco de Madrid, y á su lado perecieron tambien don Pedro de Sandoval, y el esforzado don Alonso de Aguilar que sucumbió abrazado con su bandera. Esta derrota causó tal sensacion en la comarca que no parecia sino que de repente aquella tierra hubiese vuelto á ser patrimonio de los árabes. El rey tuvo que adelantarse, reunidos unos diez mil hombres de todas armas, con ánimo de vengar aquella afrenta. Creyéronse perdidos los sublevados y se rindieron con la condicion de que los llevasen á África, pagando ellos sesenta mil doblas, es decir, diez doblas cada sublevado. Desde este dia los moros que quedaron en España se vieron compelidos á abrazar la fé, ó á ser esclavos. En Laredo hay memorias de que el dia 21 de setiembre de este año salió de él para Inglaterra la infanta doña Catalina que debia ser esposa desgraciada del infeliz Enrique VIII. En los archivos las hay de una embajada que los reyes católicos enviaron al sultan de Egipto para explicarle la necesidad en que se habian visto de desterrar de sus reinos á los moros, y la conveniencia para todos de que él

no usase represalias con los cristianos de sus dominios. Lo que el año anterior habia hecho Gonzalo de Córdoba, favoreciendo por mar á los venecianos, lo hizo este año el rey de Portugal enviando su escuadra á Corfú para protejerlos contra el gran turco. De paso la escuadra portuguesa quiso tentar un esfuerzo contra la plaza de Mazalquivir en África, mas no fué afortunado. En el reino de Nápoles estuvo la verdadera historia de este año. Decididamente el francés y el aragonés deseaban repartirse aquel estado. Gonzalo de Córdoba, antes de romper las hostilidades, devolvió al rey de Nápoles los títulos de propiedad de varias tierras que de él habia recibido, casi seguro de recobrarlas sin título. Don Fadrique, en cuanto vió que se adelantaba el nublado, fué á la isla de Ischia en busca de un asilo. Luis XII, rey de Francia, envió á la Lombardía un aguerrido y numeroso ejército cuyo mando confió al duque de Nemurs; en Capua entró á saco y á cuchillo; y el dia 8 de julio penetró en Nápoles, recibido con aclamaciones por un pueblo acostumbrado á no negarlas á nadie. Al poco tiempo de su llegada, el desposeido rey don Fadrique recibió orden de trasladarse á Francia. Mientras el francés se adelantaba por una parte, Gonzalo de Córdoba echaba en la Calabria cinco mil doscientos hombres, los seiscientos de caballería, y en pocos dias ganaba la Calabria ulterior sin que le fuese necesario tomar por la fuerza mas allá de dos plazas, y luego se hizo dueño de la esterior sin tener que rendir por las armas mas que una, la de Cosenza. En muy poco tiempo quedó consumado el despojo. Pero ahora permanecian frente á frente los dos aliados, y entraban en cuentas sobre aquella repartícion de ciudades, y condados. Gonzalo de Córdoba dijo que las poblaciones de la Basilicata y de la Capitanata toca-

ban al rey católico; el duque de Nemurs respondió que tocaban al rey de Francia; el general y el duque se avistaron, y cada uno se mantuvo en su dictámen: de suerte que, para darse algun respiro, mas bien que para ceder en nada, dijeron que lo consultarian con sus reyes, pero en realidad se miraron ya mútuamente como enemigos.

Mientas de esta suerte se preparaba en Italia una larga y sangrienta guerra, el rey de Portugal se disponia en 1502 á pasar á África, siguiendo la política tradicional adoptada en su patria desde el tiempo de don Juan I. Antes tuvo en la reina doña Maria un príncipe á quien puso por nombre Juan, y luego hizo una romería á Santiago, mientras esperaba que las circunstancias favoreciesen su designio. Por el pronto la peste, que volvió á picar en sus dominios, contrarió sus miras. Los reyes católicos tuvieron que atar este año muchos cabos. Arturo de Inglaterra, príncipe de Gales, acababa de morir, cuando de él se esperaba que hiciese la felicidad de la infanta doña Catalina, hija de aquellos reyes: por lo que se dieron pasos para que esta tomase por esposo al príncipe Enrique, hermano de dicho Arturo. En las costas de Andalucía los reyes querian incorporar á la corona la plaza de Gibraltar, y lo consiguieron procurando resarcir con otras mercedes al duque de Medina Sidonia á quien pertenecia aquella plaza. El archiduque de Austria Felipe, y su esposa la princesa doña Juana, vinieron á España por Francia para ser jurados, y el dia 7 de mayo entraron en Toledo en donde los esperaban ya los reyes. Quince dias despues tuvo lugar la solemne jura. Las córtes convocadas para este objeto fueron luego trasladadas á Madrid, en donde las continuó la reina católica, mientras los príncipes pasaban á Zaragoza para cumplir asimismo con aquella ceremonia del

juramento. Algunas dificultades fué preciso vencer en Aragon, mas por último los príncipes fueron jurados y servidos con un donativo el dia 4 de octubre. El rey estuvo en las córtes de Aragon, pero volvió á Madrid por haberle llegado la nueva de que su esposa habia enfermado. Hay quien dice que la enfermedad fué peligrosa: otros afirman que solo fué muy conveniente para disuadir al rey del intento que llevaba de pasar á Italia. Tambien el archiduque Felipe y la princesa doña Juana estuvieron en Madrid; y aunque al primero se le procuró disuadir de que se volviese á Flandes, ó al menos de que no fuése allá por Francia, no fué posible conseguirlo, y se mostró, mas que resuelto, terco y poco condescendiente. Á doña Juana la dejó en cinta, confiada á la reina católica. El yerno se entró por Francia á pesar de que sabia que su suegro andaba reñido con los franceses. A una embajada del rey de Francia sobre cesion á su favor de las provincias de la Basilicata y Capitanata reclamadas por Gonzalo de Córdoba habia contestado el rey católico no cediendo, sino designando por árbitros al papa y á los cardenales, y sometiéndose á lo que determinasen esos jueces. El rey católico estuvo dudando si partiria ó no para Italia. Los amigos de entrar en aventuras le instaban á que lo hiciese; pero los mas cuerdos se lo desaconsejaban, diciéndole que era necesaria su permanencia en la península, ya porque la reina doña Isabel andaba enfermiza, ya porque el reino de Granada recien conquistado pedia suma vigilancia, ya tambien por los cuidados que reclamaba la ocupacion de las Indias Occidentales en la que hacia diez años se iba adelantando gradualmente. Los buenos militares añadian por lo bajo que si Gonzalo de Córdoba debia hacer algo en Italia, era necesario que le dejasen allí en calidad de

único jefe y al aire libre. Habia Gonzalo conseguido la entrega de Taranto, confirmados á los moradores sus privilegios. En la Capitanata se habia apoderado de la plaza de Manfredonia, frustrados los planes del duque de Nemurs. Habia ocupado las poblaciones de Andria y Varleta, y desde ellas sin hostilizar á los franceses los contenia, y recibia por mar vituallas y pertrechos. No se negó á tener una conferencia con el duque de Nemurs, entre Atela y Melfi, rodeado cada uno de doce caballeros y un asesor, y aunque nadie deseaba venir á términos de acomodamiento, llenó en cuanto pudo las formas. Ocupó el punto de Tripalda poco antes que de él se apoderasen los franceses, como quisieron intentarlo por sorpresa, y despues puso en él tal presidio que ya aquellos no pudieren ganarle por la fuerza antes fueron derrotados al quererembestirle. Parecióle que, recibiendo como recibian los franceses nuevos refuerzos venidos de Suiza, tambien él los necesitaba, y envió á pedirlos con instancia, y algunos los recibió muy pronto. En Canosa entraron los franceses dejando salir á los españoles, con banderas desplegadas, armas y bagajes: iban mandados estos por Pedro Navarro. La ciudad de Viseli se dió á los franceses, pero Gonzalo de Córdoba la castigó haciéndola entrar á saco. En el Abruzio los pueblos estaban mas á favor de los españoles, que de sus contrarios. En Monorvino los españoles rindieron el presidio francés, y obligaron á retirarse á un cuerpo de franceses que intentó recobrar la plaza. El duque de Nemurs procuró el dia 22 de agosto venir á batalla con Gonzalo á la distancia de una legua de Varleta. Llevaba el francés siete mil hombres y una numerosa artillería. El español le era muy inferior en número, pero admitió el reto, cayó sobre su caballería, la desorde-

nó, hizo que esta pusiese confusion en la infantería, y le obligó á irse retirando. Al cruzar el Osanto Nemurs perdió mucha gente y los bagajes. Nemurs tentó otro esfuerzo y puso sitio á Taranto, pero se vió obligado á levantarle por haber recibido refuerzos los españoles á mediados del mes de octubre, y por haberle dicho que en Nápoles habia síntomas de alteraciones. Gonzalo de Córdoba para acabar de asegurarse la Calabria procuró con buenas palabras, y dándole seguridad, atraer al duque de aquella comarca, y luego le envió á Sicilia y le hizo trasladar á España. Nemurs envió á Aubigny á la Calabria con unos tres mil hombres, los quinientos caballos, y consiguió arrollar á Benavides y á Avalos que mandaban las tropas españolas, y ocupar en consecuencia algunas poblaciones. Allí en donde estaba Gonzalo no podian los franceses dar un paso sin caer en una emboscada. Y si, cansados de lidiar por partidas, juntaban un cuerpo de ejército, Gonzalo les oponia al momento otra hueste. Nemurs no se atrevia ya á dar batalla desde su rota de Varleta. Franceses y españoles iban recibiendo refuerzos. A fines de año una escuadra salió de los puertos de la península, y la mandaba Luis Portocarrero, y llevaba á bordo unos cuatro mil hombres de guerra, los tres mil de infantería. Los caballeros de las dos huestes francesa y española hacian lo que en España los moros y los cristianos; se desafiaban á veces, y á vista de los dos ejércitos se entregaban á una especie de torneo á muerte. Una vez las dos huestes presenciaron uno de estos desafios no sin interés por ambas partes. Los franceses iban de vencida, y llevaban ya perdidos sus caballos. Pero los que quedaban se formaron una especie de barrera con los cadáveres de los brutos, y los españoles, que ya se creian vencedores, no

pudieron arremeter con ellos en aquella trinchera por repugnancia de sus propios caballos. Acudieron en esto los jueces y dieron por buenos á todos los campeones: pero Gonzalo indicó que los españoles debian entonces haber puesto pié á tierra y arremetido contra aquella barrera espada en mano.

El rey de Portugal don Manuel, aunque á la peste que aflgia á su reino se añadió en 1504 el hambre que le diezmó, no dejó de pecho su idea de procurarse en África buenos presidios y pié para mas adelante. Los que defendian las plazas de Tanjer y Arcila intentaron una sorpresa contra los moros de Alcerquivir, mas no dió los resultados que de ella se prometian, y les fué forzoso replegarse. Las córtes portuguesas ofrecieron cincuenta mil cruzados para ayuda de costa de una nueva expedicion, y esta se llevó á cabo desde Arcila, y consistió en una cabalgada que dió por resultado la tala y el saqueo de las cercanías de Arcila. Es útil dejar aquí consignado que el dia 24 de octubre la reina de Portugal dió á luz una niña á la que pusieron por nombre Isabel, cuya infanta andando el tiempo debia ser esposa del emperador Cárlos quinto. Siete meses antes, el dia 10 de marzo, en Alcalá de Henares, la princesa doña Juana, madre de ese emperador, habia dado á luz un príncipe á quien se puso por nombre Fernando, príncipe que estaba destinado á llevar el cetro del imperio. El archiduque de Austria, Felipe, padre de este príncipe, viajaba entonces por el extranjero, y queria arreglar á su capricho las desavenencias entre los reyes de España y Francia. Obtenido salvo conducto del francés no vaciló en prometerle desistimiento en Nápoles por parte de Aragon siempre que se designase como á rey de Nápoles á Cárlos, primogénito suyo, á quien casaria con Claudia, hija del rey de Francia. Se-

mejante ligereza en el manejo de asuntos graves, no hizo mas que enconar los ánimos en vez de aplacarlos. A un mismo tiempo Gonzalo de Córdoba recibió en Italia dos cartas, una del archiduque en que se le decia que todo quedaba arreglado, y otra del rey católico en que se le manifestaba que para nada debia atender á lo que le escribiese el archiduque. El rey Fernando se aseguró de que los navarros no se le mostrarian hostiles. La princesa doña Juana deseaba ardientemente ir á juntarse con su esposo el archiduque, y, no siendo esto posible por las circunstancias de los tiempos, se puso triste y silenciosa, sin que bastase á dominarla el cariño de su madre doña Isabel; y este fué el comienzo de la locura de aquella princesa: locura nacida de un esceso de amor conyugal no satisfechó. Por la parte de Fuenterrabía los franceses hacian algunos amagos. El señor de Luza, agente del francés, quiso entrar en Aragon por Valderroncal, y fué rechazado; probó lo mismo por Jaca, y le repelieron: y creyó que ya podia estarse quieto. En el Rosellon metió el francés un ejército de doce mil hombres, cuyo gefe Rieux puso sitio á la plaza de Salsas. Es notable que por este tiempo una escuadra francesa y otra mora pareció que iban á una en hacer la guerra á los aragoneses y castellanos; pero la armada del rey católico se dió tal maña que muy luego las naves francesas se metieron en Marsella, y los buques de los moros quedaron en su mayor parte destruidos. Al mismo tiempo el rey católico juntó un ejército de unos treinta mil hombres, los veinte mil infantes, y se entró con él en Perpiñan por el mes de octubre. La noticia de su aproximacion bastó para que los franceses levantasen el sitio de Salsas, abandonando enfermos, vituallas, pertrechos y artillería. En honor del rey don Fernando

debe decirse que en Perpiñan fueron cuidados los heridos y enfermos franceses con el mismo esmero que los españoles. Así la campaña del Rosellon redundó en honra del aragonés sin mucho trabajo. La de Nápoles fué mas reñida. Gonzalo de Córdoba continuaba manteniendo constantemente en alarma á los franceses, y habia conseguido llevar á Italia la guerra de sorpresas que un dia ensayó en las cercanías de Granada. Á la vista de Cerignola, de Trani, y de Canosa, arrebataba los ganados al enemigo, y cuando salian tropas á recobrarlos, se perdian ellas tras el ganado. Gonzalo supo con política agriar á los italianos con los franceses hasta el punto de hacer que se desafiasen doce contra doce, y como del palenque saliesen vencedores los italianos, los honró mucho admitiéndolos á su mesa. Hizo que fuese perseguido y destruido, hasta en el mismo puerto de Otranto, un marino francés que con algunas galeras interceptaba los socorros que les llegaban con regularidad á los españoles. Dirigió en persona, al frente de cuatro mil hombres, una sorpresa contra la plaza de Rubo, la tomó por asalto, la dió á saco, é hizo prisionera toda la guarnicion francesa. Consiguió por medio de otra sorpresa hacer levantar el cerco que los franceses tenian puesto á Cosenza. Burló una emboscada que preparaba el príncipe de Rosano, y le hizo derrotar en ella. Por marzo llegó de España y Sicilia un refuerzo de diez mil hombres que, por muerte del señor de Palma, quedó á las órdenes de don Fernando de Andrade. Auxiliado de los naturales hizo Conzalo que Lope Arriaran se apoderase de Redondo con muerte ó prision de los franceses que guarnecian esta plaza. En Sela y en Grutallas fueron destruidos por marzo dos destacamentos franceses. La plaza de Varleta, donde ya escaseaban los víveres, fué socorrida por el mes-

de abril; casi al mismo tiempo llegaron á Manfredonia dos mil quinientos alemanes procedentes de Trieste; y poco despues en Ischia el marqués del Basto levantó banderas por España. En Seminara, Fernando de Andrade ocupaba con cinco mil españoles, los mil de caballería, una posicion fuerte. Acudió á presentarle batalla el francés Aubigny con cinco mil cuatrocientos hombres, los nuevecientos ginetes. Admitióle Andrade el dia 21 de abril. Hizo ademan de acometer de frente con la caballería, ladeose esta y presentó la masa de la infantería que embistió por el centro al mismo tiempo que los ginetes lo hacian por el flanco, y ganó una completa victoria en la que perdió el francés la artillería, el bagaje, ochocientos caballos y mil doscientos hombres. Así de un golpe las Calabrias quedaron conquistadas. Dávalos, Leyva, Cardona y Benavides se hallaron en esta accion de guerra. Casi al mismo tiempo era destrozado por tropas del mando de Gonzalo un destacamento francés que iba á dar refuerzo á Aubigny. Así que Gonzalo de Córdoba y el duque de Nemurs tuvieron noticia de la batalla de Seminara, el segundo determinó recobrar en otra batalla la fama allí perdida, y al primero le pareció que debia completar en la Basilicata y en la Capitanata lo que Andrade llevaba hecho en las Calabrias. Juntó Gonzalo unos seis mil hombres, la cuarta parte de caballería, y tomó posicion no muy lejos de Cerignola. Nemurs salió contra él con seis mil quinientos hombres, los dos mil quinientos ginetes. Se acometieron el dia 28 de abril. La batalla dió comienzo por los disparos de artillería con que cada uno intentaba quebrantar á su enemigo. El francés no consiguió su objeto; Gonzalo sí, y sembró la confusion en las filas enemigas. Entonces se mezclaron los combatientes. Es esta la primera batalla moderna

ganada por la combinacion de los elementos del arte moderno. En lo mas vivo de la accion resuena un estruendo formidable. El depósito de pólvora de los españoles acababa de volar causando estrago. Los españoles se turban, temiendo alguna traicion. «Son las luminarias de la victoria,» dice á voz en grito Gonzalo de Córdoba, y da la última arremetida, y desbarata las líneas enemigas. Casi todo el ejército francés quedó destruido. El mismo Nemurs quedó tendido en el campo de batalla, y sus enemigos cuidaron de hacerle unos magníficos funerales. Cerignola, Canosa, y casi todas las poblaciones de aquella comarca levantaron banderas por España. Los dispersos tuvieron en su mayor parte un fin miserable. Capua abrió las puertas á los españoles; y Nápoles, la veleidosa, recibió á Gonzalo de Córdoba con las mas entusiastas aclamaciones. La plaza de Castelnovo fué ganada á viva fuerza; al castillo de Ovo le puso cerco don Pedro Navarro y le ganó por zapa y mina; las plazas de San German, Roca Guillermo, y Aguila, se rindieron; la de Roca Guillermo intentaron recobrarla los franceses, y fueron arrollados, y la poblacion fué dada al saqueo; y la plaza de Gaeta, postrer refugió de los franceses, fué estrechamente bloqueada. En ella recibian socorros por mar los franceses. El rey de Francia allegó un nuevo ejército de unos trece mil hombres para mandarle al reino de Nápoles. Andrade juntó sus tropas con las de Gonzalo, y este recibió un refuerzo de tres mil hombres con el cual se preparó para sostener de nuevo la campaña. Muchas poderosas familias italianas, en su número la de los Ursinos, se declararon á su favor. El nuevo ejército francés se adelantaba por Pontecorvo en busca de los españoles. Gonzalo de Córdoba reune sus mejores tropas, acomete á vista de los franceses

el castillo de Montecasino y le gana. El ejército francés, mandado por el marqués de Mantua, cruza el Garellano é intima la rendicion á los defensores de Rosaseca, mas estos, entre los cuales habia los cabos Villalva y Pizarro, ahorcan de un arbol al enviado, rechazan al francés y son socorridos de Gonzalo. Este á su vez, tambien á vista del enemigo, tomó la plaza de Roca de Branda, y con marchas y movimientos procuró cansar á su enemigo. El dia 6 de noviembre los acometió con el mayor denuedo y les hizo sufrir una sensible rota á orillas del Garellano. De resultas el marqués de Mantua se retiró del ejército francés, y se encargó del mando de este el marqués de Saluces. No fué mas afortunado, pues Gonzalo de Córdoba le fué quebrantando las fuerzas en varios encuentros, le arrolló no muy lejos de Gaeta, y al mismo tiempo que obtuvo á fines de año la rendicion de esta plaza, consiguió que los restos de aquel ejército se volviesen rotos, dispersos y humillados, por donde poco antes vinieron llenos de orgullo y blasonando de dar en breve buena cuenta de don Gonzalo y de su gente.

El dia 4 de enero de 1504 entró Gonzalo de Córdoba en Gaeta. Al eco de esta novedad, lo que quedaba por los franceses en el Abruzio, la plaza de Laurino, la de Policastro, las de Diano, Roca de Aspro, Venosa, Rosano, San Severino, Rapola y Tela, fueron conquistadas, por la fuerza unas, por tratos otras. Todos los gefes españoles se mostraban sumisos con Gonzalo de Córdoba, menos Fernando de Andrade que se excusaba de hacer lo que no era de su gusto. Gonzalo fué á Nápoles con sus tropas, y le recibieron poco menos que en triunfo. Allí cayó enfermo, y al levantarse de la cama pudo convencerse de que, acabada para él la carrera de la gloria, iba á ser blanco de los

tiros de la envidia. Sus émulos le habian puesto mal con el rey católico. Decian de él que atendia mas á sus propias inspiraciones que á las instrucciones recibidas, que, á trueque de poseer la confianza del soldado, echaba tierra sobre sus faltas, que, persuadido de que el archiduque de Austria seria alguna cosa en Castilla, procuraba mostrarse con él mas condescendiente de lo que deseaba el rey Fernando, y que era un gran derrochador del tesoro público. Hicieron tanta mella en el ánimo del rey católico estos capítulos de agravios que determinó cercenar las facultades que tenia concedidas á Gonzalo de Córdoba. Á lo que respondió Gonzalo pidiendo muy comedido que se le permitiese dejar el mando y volverse á España. Una de las últimas y preciosas cartas que escribió la reina católica fué para desterrar del ánimo de don Gonzalo los pensamientos tristes que en él pudo encender la desconfianza del rey. Decimos una de las últimas porque doña Isabel se habia puesto mala. Veia encendida la discordia en su familia. Su yerno el archiduque, buscando la paz por un camino, mientras su esposo el rey Fernando la buscaba por otro. Su hija doña Juana, loca de amor por un príncipe que la descuidaba, y no haciendo caso del cariño materno por ir en busca de un esposo tibio, como lo hizo en Laredo el dia primero de marzo. Jurada por don Fernando á 31 del mismo mes una tregua de tres años con el rey de Francia, con ánimo de no cumplirla. Suscitadas dudas y necias malevolencias sobre si la conquista de Nápoles se habia hecho con recursos de Castilla y debia considerarse como conquista castellana. Sin poder conseguir que su nieto Cárlos viniese á recibir educacion y enseñanza en España. Entristecida con la noticia de los estragos que causó en España, y muy especialmente en Andalucía, un fuerte terre-

moto que ocasionó numerosas desgracias. Fenecida por el mes de mayo, no se sabe en que circunstancias, la infanta de Navarra doña Magdalena, guardada en su poder como en rehenes para los reyes católicos. Tratado mal, ápesar de su proteccion real, aquel Colon que habia dado á su reinado mucha honra, y á la corona vastas colonias. Todo esto eran amarguras que iban minando sordamente la existencia de la reina católica. Por el mes de julio, en Medina del Campo, cayeron enfermos Isabel y Fernando. Ambos convalecieron; pero fué fácil conocer que en Isabel la enfermedad habia dejado surcos profundos. Por noviembre se agravó su dolencia y se perdió toda esperanza de salvarla. Se despidió de la vida como quien se separa de un desengaño; y recibidos los sacramentos se extinguió el dia 26 de noviembre al mediodía. Su testamento decia que nadie se pusiese luto por ella; que dejaba por ejecutores testamentarios al rey, á Cisneros, al obispo de Palencia, á Fonseca, Velazquez, y Lopez de Lezarraga; que su hija doña Juana era heredera de Leon y Castilla, y en su defecto su nieto don Cárlos, y por demencia de su hija, el rey debia administrar el reino hasta que Cárlos llegase á los 20 años; que la enterrasen en Granada, á flor de tierra, con losa no levantada; y que la mitad de las rentas de Indias y todas las de los maestrazgos de las órdenes militares quedasen para el rey. Así murió la princesa que mas ha contribuido á enlazar la nacionalidad ibérica moderna. Azote de los grandes turbulentos, la misma que habia sido su aliada, se abrió los caminos con los instrumentos que halló á mano, y despues arrojó los inútiles, y destruyó todos cuantos obstáculos se oponian á la concentracion monárquica. Dió direccion contra el moro al ardor guerrero de sus súbditos, y

supo hacer de manera que su esposo don Fernando creyese obrar como rey de Aragon y de Castilla cuando en realidad obraba como rey consorte. Envidiable por su claridad mental, le pareció que Colon no iba errado cuando queria seguir el curso del sol, é ir por el ocaso al oriente, y con esto dió á la Europa, nó á la España solamente, un impulso asombroso. En la union con el clero y el pueblo halló la alianza que necesitaba para encerrar en su álveo á los ricos-hombres. Fué muy sufrida, recatada y casta; en mantener los fueros de la autoridad, muy firme; en conservar intacto el prestigio de la justicia muy mirada. No bien hubo cerrado los ojos cuando el rey católico se entregó á todas las cavilaciones que habian avivado en su mente los émulos de Gonzalo de Córdoba. Ya le parecia que en Nápoles se iban á levantar señeras por Castilla, y que llamaban al archiduque Felipe, y le arrojaban del reino como un dia lo hicieron con su padre don Juan II. Se hubiera dicho que en doña Isabel se eclipsaba la grandeza de la union de los reyes católicos, y que muerta ella volvian á asomar aquellas turbulencias, casi pueriles sino fuesen tan graves, de los tiempos de Enrique IV. En el mismo reino de Portugal se tomaron precauciones como si la muerte de aquella soberana debiese ser el principio de nuevas alteraciones. El rey Manuel acababa de enviar una mision al Congo, de destruir en Larache unos corsarios moros, y de hacer que del presidio de Arcila saliesen continuas cabalgadas contra el moro.

Estas las hizo repetir en 1505, y fueron afortunadas. El rey Manuel obtuvo del papa la cruzada para continuar la guerra en África, y la hizo mas bien por mar que por tierra. Hacia algunos años que sus naves iban á la India doblando el cabo de Buena Esperanza, y procuraban meterse en el

mar Rojo y destruir en él todas cuantas naves se dedicaban al comercio de especeria y daban beneficio á los venecianos, genoveses y catalanes que iban á buscar á Alejandría las procedencias de la India. Indignado el sultan de Egipto, ya por aquellas devastaciones, ya con la noticia de que los españoles y portugueses habian arrojado de sus dominios á los judíos y moros que ahora andaban errantes por oriente, dijo que destruiria los santos lugares de Jerusalen é inmolaria á los cristianos que los frecuentaban. Pero luego calmó su enojo, cuando supo las pingües rentas que daba el tránsito de los peregrinos. El rey católico, convocadas córtes para Toro, promulgó en ellas las leyes que llevan este nombre, é hizo jurar por sucesora del trono á doña Juana, quedando él por gobernador mientras su nieto Cárlos no llegase á los veinte años. No se avinieron á esto último los ricos-hombres, y el archiduque Felipe. Don Juan Manuel, el duque de Nájera y el marqués de Villena, creian llegado ya el momento de la renovacion de los antiguos bandos, y les parecia que la puerilidad de que adolecia el archiduque era seguro presagio de que seria un monarca imbécil. Poco trabajo les costó imbuirle á que reclamase la gobernacion del reino. El rey católico quedó perplejo. Si en esta conjuracion de los ricos-hombres hubiese entrado Gonzalo de Córdoba, como él se lo temia, hubiera sido cosa incontrastable en Castilla y muy peligrosa en las dependencias de Aragon. Don Fernando lo temia todo de todos. Es muy cierto que la nobleza castellana hizo cuanto estuvo en su mano para destruir en un punto y hora la obra de la union de estos reinos. Trataba con desden al rey viudo; le incitaba en alguna manera á que contrajese segundas nupcias; le insinuaba pérfidamente que en Portugal existia aun en un claustro

aquella Juana, hija desconocida del injuriado Enrique IV; le pintaba el reino de Granada como cosa de gananciales, adquirida durante el matrimonio, ni mas ni menos que las islas de las Indias; y en todos sentidos le espoleaba para que cometiese un despropósito. Vino á Castilla una embajada del archiduque, solicitando del rey católico que se fuése á Aragon, y dejase el gobierno de Castilla en manos del flamenco; y los señores estaban casi en su totalidad por el flamenco y contra el aragonés. Á su vez al rey mandaba órdenes á Gonzalo de Córdoba para que enviase á España la mayor parte de las tropas; y Gonzalo no las cumplia en vista de los preparativos que estaba haciendo el francés para recobrar lo perdido: por lo que al rey le pareció que los castellanos, y el archiduque y Gonzalo de Córdoba á una, estaban tramando contra él una conjuracion para desconceptuarle en el reino. Entonces meditó la baja venganza de pasar á segundas nupcias, y ver de marchitar en su edad madura los laureles ganados en su juventud á tanta costa. Pidió por esposa á doña Germana de Foix, hija del conde de Foix, á pesar de que sabia que en pasando á segundas nupcias perdia por ley el gobierno de Castilla. Á la sazon hizo que Gonzalo de Córdoba le enviase alguna gente sobrante; y, juntándola en Málaga con otra ya prevenida, á instigacion de Jimenez de Cisneros, decretó jornada contra Mazalquivir, no muy lejos de Oran. La expedicion fué afortunada, y se llevó á cabo por el mes de setiembre, costeada en gran parte por este Cisneros, arzobispo de Toledo. El rey de Francia se mostró muy satisfecho de que doña Germana de Foix, que era sobrina suya, viniese á constituirse en enemiga de la alianza de Aragon y Castilla: por lo que no vaciló en firmar paces con el Católico á 12 de

octubre, y en renunciar todos sus derechos á la corona de Nápoles en favor de la descendencia que tuviese doña Germana. Esta paz era la mas terrible venganza que la casualidad le ofrecia contra el rey católico. Alarmóse el archiduque Felipe al saber estas novedades, y conoció ya tarde que, en su increible vanidad y ligereza en querer llamarse señor de Leon y Castilla, se habia puesto á punto de perder para sí y los suyos las coronas de Aragon y de Nápoles. En vano la archiduquesa Juana escribia á su padre el católico, diciéndole que le estaba bien que él y no otro gobernase; en vano el emperador Maximiliano hablaba en el mismo sentido: el necio y caprichoso Felipe interceptaba las cartas de su esposa, la acababa de trastornar el juicio con su malignidad, y no cesaba de escribir á los ricos-hombres castellanos que se preparasen para encender una guerra civil sangrienta. Los enviados del archiduque tuvieron mas claridad mental que su príncipe, y en Salamanca firmaron con el rey católico los capítulos de una concordia, cuyo espíritu era de que el rey, su hija y el archiduque gobernasen juntos, y se repartiesen el sobrante de las rentas.

Aunque este convenio se firmó á fines del año 1505, no se publicó hasta el dia de la Epifanía de 1506. Felipe y doña Juana habian juntado una numerosa escuadra, y se habian dado á la mar desde Midelburgo. Una borrasca los puso á punto de perderse y les fué forzoso buscar un refugio en los puertos de Inglaterra. Reinaba allí Enrique VII, y los recibió con magnificencia y los hospedó en Windsor. Pero los autores dicen que, recibidas ciertas confidencias del rey católico, exigió de ellos en pago de su hospitalidad que le entregasen el duque de Suffolck, que tenian preso en

Namur: y aunque otros príncipes hubieran demorado el hacerlo, ellos lo hicieron á trueque de poder alejarse de Inglaterra: y de esta suerte, añaden los aludidos autores, Enrique VII obtuvo lo que deseaba, y el rey católico no vió cumplidos completamente sus deseos. Entretanto á mediados de marzo la nueva esposa de este príncipe, Germana de Foix, llegó á Valladolid procedente de Fuenterrabía, y, ratificado el enlace, quedaron asimismo firmadas y juradas las paces con el francés, y una diputacion de napolitanos juró por rey á don Fernando y á los sucesores que tuviese en doña Germana. Hubo quien dijo que este era el acto mas triste del reinado del rey católico, y que por él se parece demasiado este príncipe á su padre Juan II. Verdad es, añadian, que los ricos-hombres le han incitado á cometer una accion poco digna; pero tambien lo es que estos reinos merecian de su monarca que no deshiciese la obra de la union nacional conseguida á tanta costa. Otros opinaban que Castilla no merecia estar unida con Aragon, y les parecia que los dos pueblos perderian en la union aquel carácter propio que hasta hoy les habia dado poder y nombre. Uno ú otro, decian, ha de quedar sacrificado; y si Castilla queda dominante, eran tales los males ejemplos de rebelion dados por su nobleza que debia temerse en ella una reproduccion del ignominioso goticismo. Fernando, al pasar á segundas nupcias, obedecia al espíritu de emancipacion de los aragoneses. Felipe y Juana, al declararse abiertamente contra su suegro y padre en cuanto desembarcaron en la Coruña el dia 26 de abril, obedecieron al instinto de los grandes que veian su propia utilidad en la separacion de Aragon y Castilla. El suegro y el yerno entraron en una lucha abierta. El suegro hizo de manera que el obispo de

Lieja y el duque de Güeldres hiciesen guerra en Flandes al yerno. El yerno era un niño, que á todas horas estaba hablando de su sagacidad y en realidad era llevado y traido por los grandes de nna manera lastimosa. El suegro era lo que podia llamarse un político de mundo, acostumbrado, decia uno de sus allegados, á jugar á cubiletes con los príncipes, y ahora desorientado precisamente porque tenia que habérselas con una nulidad absoluta. No sin muchas dificultades, el suegro pudo recabar del yerno que se viesen como por casualidad en el camino, quien va de Asturianos á Puebla de Sanabria. Felipe y los suyos iban armados, y haciendo alarde de sus fuerzas y de su número. Fernando se presentó con su séquito desarmado y cabalgando en mulas. El suegro muy comedido y con la sonrisa en los labios daba á todos la bienvenida; al yerno, grave y taciturno, le habian dicho que tomase aires de juez, y lo hacia con una mímica afectada y ridícula. Al suegro no le permitieron ver á su hija, á quien el yerno y los nobles daban por inhábil, precisamente porque tenia mas claridad mental que su esposo, aunque mezclada de nieblas, cuando este no tenia en su mente mas que nubes. El suegro conoció que su yerno venia rodeado de flamencos que por necesidad debian andar discordes con los castellanos, y determinó dejarle saborear sin obstáculo las delicias de un mando tan ocasionado á sinsabores. Avínose, pues, en Villafajila, el dia 27 de junio, á lo mismo que juró su yerno en Benavente, á saber, que el rey católico pasase á Aragon, quedando á su favor los legados que le hizo la reina católica y las rentas y gobierno de los maestrazgos de las órdenes militares, y que Felipe gobernase en Leon y Castilla.

El dia 5 de julio, en una capilla de la iglesia de Renedo,

volvieron á avistarse suegro y yerno, y se despidieron, el uno muy engreido porque quedaba dueño de un grande estado, y el otro muy seguro de que dejaba en Castilla en vez de un gobierno un incendio. Los pueblos se quejaban de que llevaban presa á su reina, bajo el falso pretexto de demencia. Los grandes no podian ver con indiferencia á la nube de flamencos, hambrientos de honores y riquezas, que habian venido con el nuevo monarca. Las córtes celebradas en Valladolid juraron por reina á doña Juana, por rey consorte á don Felipe, y por sucesor á don Cárlos, hijo de entrambos, y en ninguna manera quisieron declarar por inhábil á la reina. En ellas se votó un servicio de cien millones de maravedís para hacer la guerra al moro. Pocas semanas antes habia muerto en aquella ciudad, casi olvidado, aquel digno genovés, español por adopcion, á cuyo impulso obedecian ahora centenares de naves surcando el Atlántico para investigar sus senos. Probaba sus fuerzas en Castilla una especie de reflujo contra la política y las instituciones de los reyes católicos. Para humillar á los grandes habian tenido estos que dar brios á las comunidades, á la hermandad con ellas, y al tribunal que con la hermandad andaba unido. Ahora los ricos-hombres y el consejo real tendian á recobrar lo que el tribunal y la hermandad y las comunidades les habian arrebatado. El consejo real no vacilaba ya en admitir recusaciones de inquisidores y recursos en queja contra las hermandades. Felipe y Juan se trasladaron por el mes de setiembre á Burgos en donde fueron recibidos con magnificencia; y sucedió que á los pocos dias de su llegada el rey se puso malo. Una fiebre ardiente le devoraba, originada, dicen, de cansancio en el juego de pelota, pues no era hombre para cansarse en otra cosa que

en nimiedades. Murió quejándose del infausto destino que le arrebataba la existencia, lejos de su patria, lleno de juventud, y de hermosura. Es de creer que el cielo le hizo un favor especial librándole de la carga, demasiado grave, que pesaba sus hombros. Dejó en doña Juana á don Cárlos, que se educaba en Flandes, don Fernando á quien custodiaban en Simancas y luego le trasladaron á Alcántara, doña Leonor que primero fué reina de Portugal y luego casó con Francisco I de Francia, doña Isabel que reinó en Dinamarca, doña María que casó con el rey de Hungría, y doña Catalina, á quien su madre llevaba ahora en el seno, y que debia casar andando el tiempo con un rey de Portugal. La muerte de don Felipe fué una nueva tea de discordia para los castellanos. Unos querian nombrar un consejo de gobierno y convocar córtes; otros y en su número doña Juana clamaban porque volviese don Fernando; y algunos decian que al emperador Maximiliano tocaba la gobernacion del reino. Y entretranto grandes y pequeños se entregaban á sus complacencias y caprichos. De la reina no podia decirse bien si era loca ó demasiado cuerda. Fué al monasterio de Miraflores, reconoció el cadáver de su marido, se apoderó de él, é hizo llevarle á Torquemada, se negó á contraer segundo enlace, demostrando que no era varon lo que necesitaba, sino un verdadero cariño lo que la enloquecia; é inspirada del arzobispo de Toledo dió por nulas cuantas donaciones llevaba hechas ese esposo cuya memoria idolatraba, y quiso reducir el personal del gobierno á lo que era cuando reinaba su padre. En unas cosas pues parecia muy loca, y en otras sobrado cuerda. El postrer de sus actos en 1506 fué permitir que fuésen en busca del rey católico. En varias poblaciones de Castilla picó la peste. En Portugal

picó tambien, y hay quien atribuye á sus estragos el furor en que entró la plebe de Lisboa contra los judíos recien convertidos hasta allanar sus casas y pasarlos á cuchillo en número de mas de mil segun se desprende de las crónicas. Tomóse pretexto para ello al saber que un judío pretendia explicar por medio del reflejo los rayos de luz que despedia una imágen milagrosa; y arremetiendo con él, le mataron; y hubo quien supo explotar la indignacion de las masas para que consumasen aquella otra alevosía. El rey don Manuel al saberlo se mostró justiciero, hizo prender y castigar con pena capital á muchos de los alborotadores, mandó quemar á dos religiosos á quienes se acusaba de haberlos capitaneado, y borró gran parte del libro de franquicias de Lisboa. En la costa de África hizo fortificar una eminencia á la que puso el nombre de Castillo Real, sin que bastasen á embarazárselo las acometidas de los moros. Mientras los castellanos andaban desatentados, con motivo de la inesperada muerte del archiduque, el rey católico habia prevenido armada en Barcelona, y se hizo á la vela el dia 4 de setiembre, seguido de la reina Germana y de los mas de los nobles aragoneses. Detúvose por el mal tiempo en Palamós, y luego en Tolon, desde donde tomó rumbo para Génova. En mitad del camino se avistaron desde la nave Real ocho embarcaciones que venian sobre la armada aragonesa. Á poco se vió que tambien ondeaba en sus palos la enseña de Aragon. La mas velera de aquellas naves se acercó á la Real, y entonces tuvo lugar una escena tal vez única en la historia del Mediterráneo. Las naves recien avistadas saludaban á la nave Real; pero de la escuadra del rey Fernando se levantó un grito nutrido de « el Gran Capitan, el Gran Capitan, » con que las tripulaciones saludaban á su vez al

ilustre guerrero que habia salido á su encuentro. El mismo rey católico se vió en alguna manera llevado de aquella corriente de aplausos, y no pudo menos de saludar con efusion á aquel guerrero que le habia dado un cetro arrebatándole de las manos de dos reyes. Gonzalo de Córdoba pasó á la nave Real, agasajado, honrado, y hecho el blanco de todas las miradas y de todas las atenciones. Esta inesperada visita en medio del mar era de parte del Gran Capitan una inspiracion del genio. Allí el general iba á recibir las órdenes de su rey, antes que llegase á sus dominios. Allí el rey tenia á su merced al general contra quien le habian llenado de sospechas sus émulos, diciéndole unos que estaba vendido al emperador, otros que al papa, y otros que entregado á las fantasías de la propia ambicion para ceñirse una corona. Allí le tenia, sin poder dudar que ese hombre, que se ponia á sus órdenes, acaso hubiera podido darlas. De Génova pasó el rey á Portofí, y luego á Gaeta, en donde aportó el dia 19 de octubre. El dia primero de noviembre entró Fernando en Nápoles, y fué recibido con una pompa que pudo borrar de su mente los recelos de que sus propios soldados tratasen de arrojarle de aquella tierra. Todos los potentados de Italia, incluso el sumo pontífice, le enviaron embajadas. Allá fueron tambien algunos enviados de Castilla suplicándole que volviese á encargarse del mando.

De la historia de Navarra se desprende que en 1507 el conde de Lerin fué despojado por la fuerza de todo cuanto poseia en aquel reino. Para ello fué necesario que la reina de Navarra y su esposo pusiesen en campaña una hueste compuesta de ocho mil infantes y seiscientos caballos. En una escaramuza murió el obispo de Pamplona, César Borja, duque de Valentinois, cuñado del rey y caudillo de la hueste

real. Este duque habia sido enviado á España por Gonzalo de Córdoba, y estuvo preso hasta que al tiempo de la venida del archiduque habia podido escaparse. El rey de Portugal don Manuel sacó partido de unas parcialidades que existian en Safi de África. Fué de manera que las dos pidieron auxilio á los portugueses, y estos se lo dieron y quedaron dueños de la plaza. Una escuadra berberisca de veinte naves fué dispersada por una deshecha borrasca y la arrojaron las olas á la playa de San Lúcar de Barrameda en donde sus tripulantes quedaron esclavos. Los castellanos no tuvieron buena fortuna en África. De Mazalquivir habian salido ciento cincuenta hombres para surtir de agua la plaza, y todos cayeron en manos del moro. Por el mes de agosto salieron de la misma plaza para una cabalgada doscientos caballos y tres mil infantes. Corrieron la tierra y talaron las cercanías de Oran; pero luego la comarca en masa apellidó guerra, y los merodeadores fueron acometidos, rotos, y destruidos. En Torquemada la reina doña Juana de Castilla habia dado á luz el dia 14 de enero una infanta á la que se puso por nombre Catalina. Los nobles continuaban divididos en parcialidades; en todas partes estallaban alteraciones; Córdoba, Toledo, Cuenca, Úbeda y Ávila, fueron teatro de varias perturbaciones; unos aclamaban al rey Fernando, estos á la reina, aquellos al niño Cárlos; algunos nobles intentaron apoderarse de Villavicencia, Villada, Ponferrada y otras plazas, diciendo que les pertenecian; el marqués de Moya y su esposa Bobadilla se hicieron dueños del alcázar de Segovia; en Medina del Campo hubo una especie de batalla por las calles; y la peste hacia estragos casi en todas partes. La infeliz doña Juana no apartaba de sí el cadáver de su marido, y con él se fué á Hornillos desde Torquemada.

Volvióse á renovar el antiguo espectáculo de la compra y venta de los ricos-hombres. El rey católico escribia á los descontentos haciéndoles grandes ofrecimientos, seguro de que le seria imposible satisfacer todas las ambiciones. El duque de Alba era uno de los adictos al rey católico; el conde de Lemos era uno de sus contrarios. El duque de Medina-Sidonia deseaba sacar partido de las circunstancias para recobrar la plaza de Gibraltar, mas no pudo conseguirlo. El rey católico antes de trasladarse á Castilla pensaba en dejar arreglados los asuntos de Nápoles. En este reino hubo de devolver sus bienes á los nobles del país, y despojar de ellos á los generales españoles que se los habian repartido, y lo hizo prometiendo indemnizar á estos en España. Luego le fué forzoso prestar homenaje al papa por la investidura del reino, prometerle cooperacion contra los venecianos que le tenian usurpado algun territorio, rechazar algunas pretensiones del emperador Maximiliano que deseaba entrometerse en el gobierno de Castilla, desoir los consejos del mismo que le ofrecia un imperio en Italia con tal que rompiese con los franceses, mantener á los venecianos ni demasiado confiados ni sobradamente recelosos, y hacer á todos muchas promesas con ánimo de cumplir muy pocas. Nombró por virey de Nápoles á don Ramon de Cardona, y se hizo á la mar el dia 4 de junio. Detúvose en Saona en donde tuvo vistas con el rey de Francia Luis XII. Los dos reyes se abrazaron como si fuesen los mas queridos amigos; y pasaron los últimos dias del mes de junio en una intimidad admirable. A veces, á ruegos del rey de Francia, admitian á su mesa á Gonzalo de Córdoba, y Luis XII, dicen las crónicas, no se cansaba de mirarle y de encomiarle aunque le debia la pérdida de una corona. La escuadra real tocó des-

pues en Cadaqués, y por último dió por terminado el viaje en Valencia, el dia 20 del mes de julio. Las cartas que recibia de Castilla venian llenas de instancias para que no demorase su ida á aquel reino. Se sabe que en 21 de agosto se hallaba en Monteagudo, y el 23 en Astorga, y el 28 en Tortoles. En esta poblacion le recibió su hija doña Juana, y se echó á sus pies, y los abrazó sumisa y cariñosa. Habia salido de Hornillos llevando consigo aquel ataud que encerraba el cadáver de su esposo y la seguia á todas partes. Era una estraña manía la suya, y contra ella eran inútiles las observaciones, y al contrario dañosas. Los flamencos se desbandaron y volvieron á su tierra en cuanto vieron que el rey católico recobraba el gobierno; los nobles mas orgullosos se dieron á partido; el alcázar de Burgos que se mantenia por los descontentos tuvo que rendirse; y en esta ciudad hizo el rey don Fernando un magnífico recibimiento á Gonzalo de Córdoba.

El casamiento de doña Juana la loca con el flamenco habia sido desgraciado. Ahora el emperador de Alemania, suegro de aquella princesa, era el mayor enemigo de la paz de Castilla. Pareciole que Leon y Castilla eran ya patrimonio suyo del cual podria exprimir el jugo en sangre y oro para ornamento del imperio. Odiaba al rey católico en quien veia el único obstáculo que podia detener sus planes. Queria formar alianza con el rey de Francia y el papa contra Venecia, y ponia por condicion el que quedase excluido de ella el rey católico para volver luego contra él las fuerzas de la liga. No pudo conseguirlo, y tuvo que firmar la alianza, incluso en ella el rey don Fernando, el dia 10 de diciembre de 1508, aunque manifestando que en nada cedia de sus derechos á la corona de Castilla. En virtud de esta liga, en

que entraba su mas encarnizado enemigo. el rey católico debia recobrar las plazas de Brindes, Otranto y Trani, ocupadas por los venecianos. Don Manuel de Portugal envió este año una expedicion contra la plaza de Azamor, creyendo por confidencias que se la entregarian los mismos moros: mas no lo cumplieron, antes por poco destruyen la escuadra portuguesa y los dos mil cuatrocientos hombres que esta llevaba de desembarco. Al mismo tiempo los moros fuéron con una chusma que no bajaba de cien mil hombres contra la plaza de Arcila, la entraron á viva fuerza, y redujeron á su guarnicion á meterse en el castillo. Pero al poco tiempo socorrieron á los sitiados algunas fuerzas portuguesas, y otras castellanas puestas al mando de don Pedro Navarro y de don Ramiro de Guzman, y la plaza quedó recobrada, y los moros fueron ahuyentados de ella con mucha pérdida. Tambien el rey católico tuvo que volver su atencion al Africa. Los berberiscos no se cansaban de hacer excursiones por las costas de Andalucía, en donde hallaban connivencias entre los moriscos españoles. Fué preciso internar á estos para que no favoreciesen á los africanos; y se previno escuadra en Málaga, poniéndola á las órdenes de don Pedro Navarro, para que limpiase de piratas aquellas aguas y los acosase hasta en sus guaridas. Una de estas era la isla de Velez de la Gomera, y Navarro dió en ella tal arremetida á los moros que se la hizo abandonar y la ocupó el dia 23 de julio. Los portugueses manifestaron que esta isla entraba en los límites de sus conquistas; y el rey católico respondió que por bien comun la habia tomado y que, aclarada la pertenencia, no vacilaria si era justo en devolverla á los portugueses. Esta expedicion es mas gloriosa que todo cuanto pasó este año en Castilla. El rey don Fernando instaba para

que de Flandes le enviasen su nieto el príncipe don Cárlos; y el emperador Maximiliano, en vez de consentir en ello, ideaba planes para dar un nuevo esposo á doña Juana la Loca y mandar á su sombra. Para ello volvia los ojos á todas partes buscando un novio capaz de sembrar la confusion en Castilla. Ya fijaba su atencion en el rey de Inglaterra, ya en algun noble de buena presencia que le fuese adicto. Pero doña Juana vivia en Arcos al lado de la nueva esposa del rey católico, y pensaba mucho en el difunto, y poco en reemplazarle. Los nobles de Andalucía se entendian con el emperador, nó por él sino por su propia conveniencia. Giron, primogénito del conde de Urueña, el marqués de Priego, el obispo de Badajoz y el conde de Cabra, habian al parecer formado liga con el gefe del imperio. El obispo tuvo que huir en direccion á Flandes, pero fué preso y encarcelado. El conde de Lemos y Fernando de Andrade fueron alejados de Galicia en donde podian suscitar disturbios. El inquisidor de Córdoba, Rodriguez de Lucero, fué preso, unos dicen que meramente por abusos de autoridad, otros que por abusos y roces con aquellas parcialidades. Es lo cierto que en Córdoba hubo una asonada, y los ministros de la justicia real fueron insultados, y que don Pedro Fernandez de Córdoba, marqués de Priego, no vaciló en poner preso á un alcalde pesquisidor que allí habia mandado el rey Fernando. El marqués de Priego era sobrino del gran Gonzalo de Córdoba: mas no le valió este parentesco. Gonzalo escribió al rey, pidiéndole en premio de sus servicios el indulto de aquel jóven; pero nada bastó á conmover al rey. El dia 7 de setiembre entró en Córdoba el monarca, seguido de mil ginetes y tres mil infantes. Una diputacion del pueblo, todos los grandes de Andalucía en masa, y al

frente de ellos el Gran Capitan, fuéron á suplicar al rey que fuese indulgente con el marqués de Priego y con los complicados en la asonada. Don Fernando no se aplacó. El marqués fué condenado á destierro que sufrió en Baylen; sus fortalezas le fueron ocupadas, y una de ellas, la de Montilla, que habia servido de cárcel al pesquisidor, fué arrasada; tambien lo fueron las casas de dos corregidores; y algunos míseros, que habian andado entre la turba del motin, fueron azotados unos, ajusticiados otros. Poco despues, el dia 27 de octubre, el rey y su nieto el príncipe don Fernando, junto con la reina Germana, hicieron entrada pública y suntuosa en Sevilla. El rey se aconsejaba en todo con Jimenez de Cisneros; y en opinion de este no habia gobierno posible en Castilla mientras los ricos-hombres antepusiesen las satisfacciones de su orgullo al bien del estado. Don Fernando no podia olvidar que muy recientemente el duque de Medina Sidonia y sus allegados habian intentado recobrar la plaza de Gibraltar y otras que antes poseyeron. Don Pedro Giron, allegado del duque, indujo á este á que ambos huyesen á Portugal para ponerse á salvo de las iras del rey. Así lo efectuaron, y como el rey católico reclamase la persona de Giron, respondió el rey don Manuel que no le era posible satisfacer aquel deseo. Entretanto las fortalezas del duque fueron ocupadas, y una de ellas, la de Niebla, fué tomada á viva fuerza, y en sus almenas fueron ahorcados un escribano y cinco regidores acusados de defenderlas en nombre del duque. Á la sason fué preso un enviado del emperador Maximiliano, por nombre Güevara, junto con un tal Romero, y se les acusó de connivencia con algunos grandes para encender la guerra civil en Castilla. Puesto Romero en el potro, ni una palabra pudieron arrancar de sus lábios; pero

Güevara pensó vengarse del rey infundiéndole sospechas contra Gonzalo de Córdoba, y otros grandes: que fué devolver por un tormento de una hora una tortura de desconfianza que debia durar algunos años.

En 1509 el rey de Portugal don Manuel se hizo respetar por mar de los franceses que tenian armadas naves en corso para aprovecharse sin gran trabajo del comercio de la India. Ya llevaban apresado un buque que venia con rico cargamento de aquellos mares. Pero el rey Manuel hizo armar en guerra seis grandes naves, y habiendo sido perseguidos los corsarios franceses fueron apresados. Iban en cuatro naves, de las cuales una fué echada á pique, y las otras tres fueron metidas en la rada de Lisboa. El rey católico, sojuzgados los ricos-hombres y tranquila la Andalúcía, pasó por Cáceres y Alva, á Valladolid y Arcos, y consiguió que su hija doña Juana se trasladase á Tordesillas. En pos de sí llevaba siempre esta princesa los restos de su esposo, y no se avenia á cambiar de traje, ni á hacer demostraciones públicas ni privadas que no fuesen señales de tristeza ó de amargura. Su traslacion á Tordesillas tuvo lugar el dia 8 de marzo, y mas que comitiva real pareció su acompañamiento un entierro. Varios príncipes habian enviado á reconocer el estado de su salud con motivo de la liga de Cambray, y para poner un término á las diferencias entre el emperador Maximiliano y el rey católico; y el resultado fué convencerse de la situacion de aquella infeliz señora, y convenir en que don Fernando gobernase los reinos de Leon y Castilla hasta que don Cárlos cumpliese veinte y cinco años, y en que entretanto se pasasen de las rentas de Castilla cincuenta mil ducados anuales al emperador para atender á la educacion de su nieto, y otros tantos para él, y además se

le auxiliase contra los venecianos. Estos republicanos habian llamado contra sí el enojo de los príncipes mas poderosos. El rey de Francia se adelantó contra ellos con un numeroso ejército, los venció en las márgenes del Adda, y les tomó en breve tiempo las plazas de Bérgamo, Bresa, Crema y Cremona. El rey católico habia enviado á Nápoles, en veinte y dos naves de guerra, cinco mil hombres. El virey de Nápoles no se daba mucho movimiento, y ciertamente no necesitaba dárselo, pues los venecianos le restituyeron sin derramamiento de sangre las plazas de Trani, Otranto y Brindes. En realidad la afortunada arremetida de los franceses habia puesto sobre sí al papa y al virey: de suerte que ya temian mas al francés que al veneciano, y en muy breve tiempo se formó entre el veneciano, el pontífice y el católico una corriente de correspondencias que tendia á formar una nueva alianza que destruyese los efectos de la liga de Cambray. Añádase á esto que el rey católico se unió en amistad con el recien entronizado rey de Inglaterra Enrique VIII, por haber este tomado por esposa á aquella doña Catalina, infanta de Aragon y Castilla, antes desposada con el príncipe Arturo. De improviso, pues, el rey de Francia, y el emperador, no muy amigos, quedaron á un lado; y el inglés, el castellano, y los potentados de Italia á otro. Para la península fué este año un acontecimiento memorable la expedicion á Oran, aconsejada por el cardenal Jimenez de Cisneros, y en gran parte costeada y dirigida por el mismo. Era reputada la plaza de Oran como un punto limítrofe entre dos poderes berberiscos, y susceptible por tanto de tomar por él la base de un establecimiento en la costa de África. En Cartagena se aprestó una escuadra cuyo mando fué confiado á don Pedro Navarro. Unos catorce mil hombres de todas armas, los mil quinien-

los ginetes, fueron metidos en noventa naves, é hicieron rumbo el dia 16 de mayo hácia las aguas de Mazalquivir. Echada la gente en tierra, el cardenal Cisneros hizo que se adelantasen con ella los capitanes, mientras él y el clero oraban en Mazalquivir por el triunfo de los cristianos. En una loma, entre aquella plaza y la de Oran, los moros esperaron á los cristianos; mas estos los acometieron con tal ímpetu que en un momento los desbarataron, y picándoles las espaldas llegaron mezclados con ellos hasta las murallas de Oran. En esto la escuadra estaba acometiendo la plaza; y fué tal el espanto que se apoderó del moro, y tal la confusion que penetró de sus filas, que los cristianos, sirviéndoles de escalas las picas, subieron al muro, rompieron por las calles, dieron á saco aquella ciudad populosa, pasaron á cuchillo cuatro mil infieles, é hicieron mas de cinco mil esclavos. Al mismo tiempo las cercanías quedaban llenas de cadáveres insepultos y de fugitivos de todos sexos y edades que iban á buscar un asilo abandonando sus lares. Á muchos les pareció maravillosa esta toma de Oran llevada á cabo en tan breve plazo. Los soldados quedaron ricos con el botin; la mezquita fué transformada en templo; y el cardenal se volvió á España dejando encomendada la conquista á don Pedro Navarro, quien puso en ella un buen presidio y se encaminó con la escuadra á las Baleares. Por este tiempo fué cuando aquel cardenal puso la primera piedra del edificio de la universidad de Alcalá de Henares. En Valladolid, el dia 3 de mayo, la reina Germana dió á luz un niño, á quien se puso por nombre Juan. Prometia ser como su abuelo la manzana de la discordia entre Aragon y Castilla. Pero murió á los pocos dias.

En 1510 se despejó el horizonte de Italia, y quedó pa-

tente que el papa no deseaba la destruccion de la república de Venecia, sino su auge para bien de la independencia italiana. Los venecianos prestaron homenaje al papa, y este á su vez echó olvido sobre lo pasado y se alió con ellos. El emperador y el rey de Francia se mostraron muy resentidos. El rey católico deseaba mantenerse tibio, y solo entró en calor á favor del pontífice cuando este hubo declarado que la investidura del reino de Nápoles la daba al aragonés y juzgaba desposeido de ella á Luis de Francia. Esta declaracion se hizo el dia 23 de julio. Aun no se dió por contento el rey católico. En la declaracion se le imponia un tributo de ocho mil onzas de oro anuales; y le pareció mejor, y así se convino en declaracion de 7 de agosto, que las ocho mil onzas quedasen substituidas por una hacanea blanca bien adornada, y la promesa de defender al papa con trescientas lanzas si era necesario. De esta suerte el rey católico fué entrando en animacion á favor del sumo pontífice. Los gefes franceses que favorecian al duque de Ferrara, enemigo del papa, fueron excomulgados, y no pareció sino que del uno al otro confin de la Italia todo fuese confusion y espantos. Los imperiales se adelantaban hácia Verona, y la hubieran tomado si los españoles no estuviesen poseidos ya de otros sentimientos. En Nápoles hubo alguna conmocion por haberse querido introducir allí las hermandades de Castilla y el tribunal enlazado con ellos; y se hubo de sobreseer en este deseo, y limitarle á arrojar del reino los judíos. El rey de Portugal don Manuel se vió obligado á enviar refuerzos á sus presidios de África. Los moros, acaudillando un ejército compuesto de mas de cincuenta mil hombres, sitiaron la plaza de Zafi, y la dieron tales asaltos que pusieron en sumo aprieto á los portugueses.

Pero estos los rechazaron con mucha pérdida el postrer dia del mes de diciembre. El rey católico y el cardenal Cisneros, alentados con la conquista de Oran, dispusieron que don Pedro Navarro juntase escuadra en Ibiza y volviese á las costas de África. Esta vez llevó consigo unos diez mil hombres, é hizo rumbo hácia Bugía. La gente tomó tierra ante esta plaza el dia 6 de enero. Los moros salieron á ellos ni mas ni menos que lo habian hecho los de Oran, presentaron batalla y fueron derrotados, y tras de los fugitivos, lo mismo que en Oran, entraron los vencedores, tomaron la ciudad á viva fuerza y la entraron á saco y á cuchillo. Es imponderable el efecto que produjo en los berberiscos este golpe maestro, cuando el de Oran era tan reciente. Los argelinos, obedeciendo á una breve intima, dijeron que prestaban homenaje al aragonés afortunado; y el mismo ejemplo imitaron otros varios pueblos comarcanos, entre ellos Túnez, Tlemecen, Guijar y Tendoles, prometiendo todos ellos dar libertad á los cristianos cautivos. El despeseido señor de Bugía allegó gente en sus cercanías para recobrarla; pero Pedro Navarro dirigió contra él una expedicion, le sorprendió, entregó á las llamas sus tiendas, se apoderó de todo su bagaje, y tuvo la buena suerte de restituirse á Bugía casi sin perder gente y cargado de botin y cautivos. Algunos enviados del rey de Argel que pasaron á la Península para hacer su sumision ante el rey católico, le hallaron en Calatayud á tiempo en que se dirigia á Monzon para celebrar córtes á los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña. Iban con el rey, entre otros nobles, el duque de Medina-Sidonia y don Pedro Giron que ya habian vuelto á su gracia. Las córtes de Monzon sirvieron al rey católico con un donativo de quinientas mil libras para hacer la

guerra en África, aunque con la condicion de reformar ciertas leyes, y de abolir la hermandad. La reina doña Germana de Foix quedó encargada de terminar las córtes, y el rey partió por Zaragoza á Madrid en donde á 6 de octubre celebró córtes en la iglesia de San Gerónimo. En ellas prestó en manos del cardenal Cisneros el juramento de administrar bien los reinos; y obtenido un cuantioso donativo para continuar la guerra en África, fué á visitar á la infeliz doña Juana, y pudo reducirla á que dejase los andrajos de que iba cubierta y permitiese que algunas damas cuidasen de su persona. Á la sazon por la parte de Fuenterrabía vinieron á las manos los ribereños del Bidasoa por la posesion del rio; y fué necesario que de Castilla y Francia pasasen allá unos comisarios que los pusieron en paz, diciendo que por entonces se juzgase cosa comun el álveo del rio, pero que se negase en él la entrada á las embarcaciones mayores. Estando en las córtes de Monzon, poco antes de partir para las de Madrid, le llegó al rey católico la noticia de que don Pedro Navarro habia hecho nueva expedicion contra la ciudad de Trípoli, y que habia tenido la misma buena suerte que en Bugía y en Oran, lo que indicaba que Navarro debia ser mirado como un capitan sobresaliente. Los moros habian sido derrotados, la ciudad habia sido ganada por asalto y pasada á saco, cinco mil moros habian quedado tendidos en ella y en sus contornos, y un botin inmenso y una cuerda inacabable de cautivos habia enriquecido á los que iban con Navarro en número de unos catorce mil hombres. Tres golpes maestros habia sabido dar á la morisma ese Pedro Navarro mientras estuvo á su cargo la direccion de las tropas: en Oran uno, en Bugía otro, en Trípoli el tercero. Ahora el rey católico, que no desea-

ba que ningun gefe militar cobrase un nombre demasiado claro, quiso que don García de Toledo fuése con Navarro á la conquista de la isla de Gerbes. Desde el primer dia se vió que en la escuadra sobraba un hombre. García de Toledo, hijo del duque de Alba, deseaba una cosa, y Navarro otra. Navarro manifestaba su opinion, García de Toledo no cedia. Fué esto á fines del mes de agosto. García de Toledo echó la gente en tierra, y se puso á su cabeza como si en un momento fuése á reproducir aquellas tres hazañas ya mencionadas. El calor era sofocante. Los soldados iban sedientos, febriles, respirando un ambiente ardoroso y pisando una tierra abrasada. Desbandáronse en busca de agua, y se tendian buscando la sombra de algunas palmeras como si estuviesen en una comarca amiga. De repente los moros cayeron sobre ellos con la rapidez de la flecha, y los arrollaron y vencieron. Don García de Toledo quedó allí tendido con cuatro mil de sus compañeros. Pedro Navarro salvó como pudo el resto, y se hizo á la mar huyendo de aquella funesta playa. Una borrasca acabó de completar la tribulacion de los vencidos, y tres de sus naves se sumergieron con todos sus tripulantes y soldados. En otro tiempo aquella isla habia sido regada con sangre de los moros; hoy lo era con la de cristianos: pero este duelo debia renovarse.

El rey don Fernando deseaba vengar en 1511 esta rota, é hizo en las costas de Andalucía grandes aprestos navales y aun tenia resuelto ponerse á la cabeza de la expedicion; pero muy luego las noticias de Italia le hicieron variar de dictámen. El rey de Francia, visto que el papa habia salvado á los venecianos, se vengó haciendo esfuerzos para crear un cisma. Por regla general los reyes de Francia eran muy amigos del papa mientras pudiesen dominarle á su gusto;

pero en cuanto no les era dado dirigirle, suspiraban ya por los escándolos como por un remedio que por segundas vias podia dar satisfaccion á sus torcidos pensamientos. No les fué difícil por desgracia hallar algunos cardenales que juntasen concilio en Pisa, y le continuasen en Milan, y amenazasen en él con turbar la paz de la iglesia; el papa respondió á este concilio con otro general que abrió en Roma; el emperador no se mostró muy amigo de entrar en el juego á que le brindaba el francés; el rey católico envió en poco tiempo á Nápoles unos ocho mil hombres de todas armas, procuró aliarse con el inglés, y apartar de la alianza francesa á Maximiliano, y por último se atrevió á pedir á los reyes de Navarra que le diesen paso y rehenes para su salvaguardia si rompia los hostilidades con el rey de Francia. El navarro se mostró indeciso en este trance supremo. No sabia como contentar al castellano sin descontentar al francés, y no se atrevió á tomar resueltamente un partido decoroso y digno. Hacia algun tiempo que el reino de Navarra andaba fluctuante entre la Iberia y la Francia: y ahora la llamaban á decision y fallo. España ó Francia, dijo el rey católico. Ni uno, ni otro, respondió el navarro: y dijo una cosa que no podia sostener. Calcularon mal los reyes de Navarra, y no vieron que se ventilaba una cuestion vital para algunas naciones muy influyentes. El rey de Inglaterra y el católico intimaron al francés que dejase de favorecer á los cismáticos pues de otra suerte se verian obligados á romper con él. El dia 4 de octubre se anunció en Roma una liga formada por Venecia, Roma, y España, en la que el papa se obligaba á poner en campaña seis mil infantes y novecientos caballos, el veneciano ocho mil infantes y mil ochocientos caballos, y el rey católico diez mil infantes y dos mil

doscientos caballos, recibiendo el último un subsidio mensual de los dos primeros. Por mar Venecia serviría con catorce galeras, y España con doce. Firmada esta liga, los cardenales cismáticos fueron depuestos, obtúvose del emperador una suspension de armas con Venecia, y las tropas aliadas se apoderaron en breve tiempo de los estados del duque de Ferrara. Para dar á la guerra de Italia toda la solemnidad conveniente, un legado pontificio fué á Burgos, y el dia 16 de noviembre, en la iglesia mayor, ante la córte, los magnates y el clero, anunció la convocacion del concilio de Letran para el año siguiente, y exhortó á los prelados á que concurriesen á él, y á los grandes á que defendiesen la unidad de la iglesia. Hecho lo cual, el obispo de Oviedo subió al púlpito, y en nombre de la corte, de los prelados, de los nobles y de los ciudadanos dijo que quedaban imbuidos de aquellos sentimientos y los pondrian por obra. Con la noticia del descalabro sufrido por los cristianos en la isla de Gerbes, cobraron ánimo los africanos, y se atrevieron á hostilizar los presidios de los portugueses, y armaron piratas que diesen caza á las naves de los cristianos. Una tentativa de los marroquies contra la plaza de Arcila fué infructuosa. Otra de los mismos contra Tanger fué desbaratada por los portugueses, auxiliados de un cuerpo de españoles mandado por Rodrigo de Bazan, y algunos corsarios berberiscos fueron destruidos por los marinos aragoneses.

El año de 1512 ha dejado en nuestra historia unas huellas profundas. El papa buscaba en todas partes aliados contra el francés. Este á su vez procuraba atraer á su partido á los alemanes é ingleses, y no podia conseguirlo. El rey católico deseaba que en Italia se procediese con la lentitud ne-

cesaria para prolongar allí su influencia. El ejército de la liga se acercó á Bolonia, y dicen que por consejo de Pedro Navarro, intentó tomarla por medio de un golpe de mano. Pero los franceses rechazaron con pérdida á sus contrarios. El general francés Gaston de Foix, metido en Bolonia un refuerzo de cinco mil hombres, obligó á los sitiadores á levantar el cerco, y muy luego entró en Brescia á sangre y á cuchillo. Animado con estos buenos comienzos hizo un amago sobre la plaza de Ravena. Los de la liga le salieron al encuentro y le presentaron batalla. Gaston de Foix era sobrino del rey de Francia, y hermano de la reina de Aragon doña Germana. Aun no llevaba cumplidos los 23 años y ya en aquella compañía habia ganado un nombre muy claro. Así que vió formados en batalla no lejos de Ravena á sus contrarios, arremetió contra ellos puesto á la cabeza de su caballería, y arrolló completamente la de la liga. El general español Cardona, y el gefe pontificio duque de Urbino fueron de los primeros en emprender la fuga cuando vieron rotos y destrozados aquellos escuadrones que poco ha eran el orgullo de la Italia. Por el contrario la infantería española rechazó con estrago á la francesa, y no pudo ser quebrantada. De repente se arroja sobre ella la caballería francesa que volvia victoriosa dando al aire sus señeras y prorrumpiendo en gritos de triunfo. Parecíale bochornoso á Gaston de Foix que consiguiese replegarse entera la infantería enemiga cuando la caballería quedaba destruida. Arengó, pues, á sus soldados, y los lanzó á la carrera contra aquella muralla erizada de picas. Pero detrás de aquella muralla habia hombres que no tenian miedo. Gaston de Foix fué uno de los primeros que allí perecieron sin que le valiese decir á sus enemigos quien era y lo mucho que podian pro-

meterse de su rescate. Muchos otros franceses murieron al lado de Gaston, y por apoderarse de sus restos. La infantería española fué replegándose: último resto en alguna manera triunfante tras una espantosa derrota. Unos diez y ocho mil hombres quedaron tendidos de ambas huestes en aquel campo de batalla, enrojecido el dia 11 de abril de 1512. La ciudad de Ravena se rindió y á pesar de esto fué entrada á saco y á cuchillo. Otras varias de la Romanía, en su número Incola y Favencia, tambien se rindieron. Venecia y Roma quedaron espantadas; los españoles se retiraron hácia Nápoles, y enviaron á buscar refuerzos á Sicilia: y el rey católico volvió á pensar en que aun vivia aquel Gonzalo de Córdoba que le habia dado un reino y que tal vez habria necesidad de que le recobrase. Parecióle conveniente sacar gente de los presidios de África, toda vez que los reyes de Argel y Tlemecen se mostraban pacíficos y le enviaban regalos de cautivos, de caballos ricamente enjaezados y de preciosas joyas. Necesitaba el rey católico tener en pié un ejército en las fronteras de Navarra. El francés y el navarro acababan de formar una liga ofensiva y defensiva, que era una amenaza temible contra el rey católico y casi casi contra la independencia de la península. Desde la muerte del rey don Juan II de Aragon reinaba en Navarra la usurpacion representada por la raza de aquella Leonor que habia sido cómplice en la persecucion del príncipe de Viana, y en la muerte por veneno de Blanca, hermana del mismo. Y reinando la usurpacion, la Navarra era mas bien francesa que ibérica. En su seno existian, lo mismo que en los tiempos de las dos Juanas, dos parcialidades, la extranjera que tod o lo esperaba de la córte de Francia, y la nacional que no veia honor ni gloria fuera de la union íntima con los iberos. El

príncipe de Viana habia sido el vínculo de union de los navarros con los aragoneses, y le habian destruido. Y ahora se obligaba á los navarros á declarar la guerra á los que por la naturaleza debian ser sus amigos. El rey católico tuvo un pensamiento magnífico cuando meditó la conquista de Navarra en el modo y forma como la llevó á cabo. Tenia firmada alianza con los ingleses, que debian desembarcar en Bermeo ocho mil hombres. El inglés creia que esta gente y otro cuerpo de ejército aragonés le servirian para recobrar el ducado de Guiena. El rey católico deseaba que aquella fuerza inglesa mantuviese en alarma al navarro mientras él se apoderaba de este reino. El resultado salió á medida de sus deseos. Orset, gefe de los ingleses, instaba al duque de Alba, gefe de los españoles, á que se juntase con él para conquistar la Guiena. El duque de Alba á su vez le decia que le auxiliase en Navarra y luego él le ayudaria en Francia. La campaña del duque de Alba no fué una conquista, fué una toma de posesion. La mayoría de los navarros no estaba por los franceses, y así que vieron á sus reyes don Juan de Albret ó Labrit y Catalina ir á buscar un asilo en Francia, los pueblos fueron abriendo sus puertas á los aragoneses y castellanos con la condicion de que les conservasen sus fueros, y sus bienes, y no se hiciese mudanza en la manera de regirlos. Á los seis mil infantes y dos mil quinientos caballos que habia traido consigo el duque de Alba, y con los que ocupó la plaza de Pamplona, se juntaron luego mil quinientos hombres venidos de Vizcaya, mil cuatrocientos castellanos, y tres mil cuatrocientos aragoneses que acabaron de completar la toma de posesion del reino de Navarra. La plaza de Tudela se rindió el dia nueve de setiembre: último dia de la independencia de los navarros.

Mientras esta nacion tuvo un porvenir hácia el moro, fué dilatando sus dominios. Despues Aragon y Castilla le cerraron el camino, y no pudiendo ensancharse á expensas de los demás iberos, por necesidad debian estrechar con ellos una union íntima si no querian ser esclavos de la Francia. El valle de Andorra, que era tambien feudo del navarro, y el vizcondado de Castellvó, fueron asimismo ocupados por el rey católico. Pero, consumada la ocupacion, cuando el duque de Alba dijo al gefe de los ingleses que ya podian emprender la campaña contra Francia, el inglés se quejó de haber sido burlado, reembarcó su gente, y dijo que el aragonés era el mas intencionado de los príncipes. Ya á la sazon el rey de Francia enviaba dos cuerpos de ejército con ánimo de recobrar la Navarra. Uno de ellos se componia de mil trescientos caballos y ocho mil infantes, y en él iba el desposeido rey de Navarra. El otro seguia como en reserva. Algunos destacamentos entraron en Aragon por la parte de Bearne, y fueron destruidos. Algunas merindades tomaron en Navarra la voz de los franceses, y Estella fué una de ellas. Ochogavía fué tomada; Irun fué entrada á saco y á cuchillo; Iranzo, Ernani y Renteria sucumbieron; San Sebastian rechazó á los franceses y agramonteses; los guipuzcoanos y vizcaínos llevaron en retirada gran trecho á los enemigos; la plaza de Estella fué entrada por sorpresa por los aragoneses, y dada al saqueo, y los que se habian guarecido en el castillo tuvieron que rendirse el penúltimo dia de octubre; la de Pomplona fué amenazada y sitiada por los agramonteses y socorrida por el aragonés; y cuando Juan de Labrit levantó en 21 de noviembre el sitio de la que fué antigua capital de su reino, los vizcaínos le fueron á los alcances, le mataron mucha gente, y se cebaron en un

cuerpo de auxiliares alemanes que escoltaba la artillería del francés, y le arrebataron trece cañones. El rey católico quedó muy pagado de esta hazaña y dispuso que en sus armas ostentase Vizcaya aquellos trofeos. Los que buscan la legitimidad de los hechos consumados, tratan de investigar si el papa desposeyó al rey de Navarra, y facultó al aragonés para apoderarse de su reino. Otros dicen que una legítima reina de Navarra, primera esposa que fué de Enrique IV de Castilla, habia legado á este soberano aquella corona. Y algunos son de parecer que una ocupacion consentida por todos los navarros puso término á una usurpacion que venia llamándose señora de aquel país desde la muerte del príncipe de Viana. Sean cuales fueren los caminos por los que la Providencia quiso que Navarra entrase en la union ibérica, este hecho quedó consumado en 1512. Ante él pierden su importancia otros muchos secundarios. Los africanos intentaron otro alarde contra Tanjer, pero los portugueses los rechazaron con estrago. En las cercanías de Arcila hicieron los mismos portugueses una cabalgada provechosa. Las defensas de Trípoli fueron mejoradas por Hugo de Moncada. El postrer dia de enero nació en Lisboa el infante don Enrique destinado á ceñir corona. En Italia, no por la pérdida de la batalla de Ravena se dieron por vencidos los de la liga, antes Venecia y Roma cobraron brios, y en muy poco tiempo, explotando el mal efecto que causaba alli la vana arrogancia y tiranía con que los franceses trataban á los naturales, recobraron muchas plazas perdidas, arrojaron á aquellos del Veronesado y de Bolonia, los acosaron en la Lombardía, hicieron resonar acentos de independencia en Génova, y ya les pareció que podian ponerse en guarda, no solamente contra el francés,

á quien una victoria habia debilitado, sino tambien contra los españoles á quienes una derrota habia dado mucha fama y de quienes se aseguraba ya que iban á una con los imperiales para constituirse en árbitros de los destinos de la Italia.

En los primeros meses de 1513 hubo algunas perturbaciones en Andalucía por la sucesion de los estados del duque de Medina Sidonia que murió en Osuna el dia 20 de enero. Don Pedro Giron, cuñado del difunto, quiso apoderarse del ducado; pero el rey católico dispuso que pasase á doña Leonor de Zúñiga y á su hijo don Alonso. Al mismo tiempo se habló mucho de unos preliminares de paz secretos entablados entre el rey don Fernando y el francés, en virtud de los cuales habria treguas por un año, mientras se daba tiempo al francés para acudir con tropas al Milanesado, sin tratar de oponerse ya á que el católico poseyese Nápoles y la Navarra. En las fronteras de este reino el destronado Juan de Labrit metió gente por el valle del Bastan, favorecido de los que daban guarnicion al castillo de Maya. Procuraron rechazar la agresion los aragoneses y castellanos, y aun fuéron con gente á acometer á los de dicho castillo, y obligaron á sus defensores á rendirse. En esto se publicó la tregua entre España y Francia, á dia primero del mes de abril. Labrit quedaba en ella sacrificado, porque un año de tregua en una comarca recien ocupada por un príncipe fecundo en recursos era para el destronado príncipe la pérdida de un tiempo inestimable. El rey de Inglaterra se dió por muy ofendido al saber que ya no podia contar con el rey católico para recobrar el ducado de Guiena. El emperador Maximiliano dijo que aquella tregua era una traicion por parte del rey católico. Al parecer los venecianos tambien se enten-

dian con el francés: de suerte que los asuntos de Italia no se comprendian bien sin apelar á las segundas intenciones, al disimulo, y en alguna manera á la perfidia. El rey católico deseaba ardientemente tener sucesion en su segunda esposa doña Germana, y no se comprendia bien este deseo en un hombre dotado de la serenidad mental que le era característica. No se sabe si queria vengarse del emperador porque se habia negado á enviarle el príncipe don Cárlos; ó si le parecia que Navarra, Aragon, las islas de Italia y el reino de Nápoles podian formar un estado poderoso, aunque se separasen de Castilla; ó si tal vez pecaba de demasiado condescendiente con los caprichos de doña Germana. Si hemos de dar crédito á las crónicas, esta señora dió á su esposo un remedio para que en ella tuviese hijos. Y el resultado fué que el rey se puso triste, enfermizo y dado á sombrías cavilaciones. En Cataluña hicieron entrada los gascones, é intentaron talar algunas tierras; pero retrocedieron en cuanto vieron levantada la comarca, y de resultas los catalanes tomaron posesion de la fortaleza de Castellvó, que daba asilo á los merodeadores. Poco despues de esta entrada estallaron en Aragon y el Principado unos fuertes bandos entre los Aranda y los Ribagorza, y mantuvieron en alarma el país hasta que el rey hubo llamado á fuero á los gefes y condenado al conde de Ribagorza á destierro. En realidad los franceses tenian necesidad de la mencionada tregua para rehacerse en Italia. El dia 6 de junio habian perdido en Navarra una batalla sangrienta que borraba en cierto modo los recuerdos de la de Ravena. En breves dias el milanesado habia sido recobrado por Maximiliano Esforcia. Los genoveses se habian emancipado del yugo francés, y eligiendo por duque á Octaviano Fregoso suspiraban por la proteccion

del rey católico. Los venecianos, poco ha amigos de los españoles, ahora lidiaban con ellos y los miraban como á sus mas encarnizados enemigos. El virey de Nápoles, Cardona, habia tomado el castillo de Pesquera, hecho levantar á los venecianos el sitio puesto á Verona, acercádose á las playas de Venecia desde donde con su artillería habia introducido la confusion en la ciudad, resistido al general enemigo Albiano, derrotádole, y entrado en Bérgamo á saco y á cuchillo. Entretanto en las dos Calabrias don Pedro de Castro sosegó algunas alteraciones promovidas por el mal trato que daban los señores á sus vasallos, y obtuvo este resultado sin pedir consejo á la arrogancia ni á las armas, sino á los miramientos y á los buenos modos. En África los portugueses de Tanger y Arcila tuvieron que rechazar nuevas arremetidas y lo hicieron con el mayor brillo. No muy lejos de Miravel tuvo lugar otra acometida de los moros, y tambien fueron arrollados. Por la parte de Safi y Almedina los portugueses se vieron acometidos y tuvieron que rechazar con la fuerza á unos numerosos contrarios, acaudillados por el rey de Fez. Esta buena suerte animó al rey de Portugal á que enviase contra la plaza de Azamor una escuadra en la que iban diez y seis mil hombres de desembarco: y la tomó y la redujo bajo su dominio el dia 2 de setiembre. Á la sazon los africanos de las cercanías de Bugía habian intentado una arremetida contra esta plaza, pero tambien habian sido rechazados. Parece que esta agresion habia sido motivada por abusos de autoridad de parte del gobernador de Bugía Gonzalo Marino. Y es la verdad que por abusos fué depuesto.

Lo mismo que en el año anterior, mostró en 1514 el rey de Portugal don Manuel un grande deseo de robuste-

cer sus establecimientos africanos. Antes procuró tener propicio al papa enviándole una embajada con riquísimos presentes, fieras amansadas y un elefante muy enseñado. El papa otorgó para las guerras de África las tercias y décimas de los bienes eclesiásticos de la Lusitania, y el clero de esta comarca se avino á dar por esta razon en tres años ciento cincuenta y tres mil cruzados. Á su vez el rey Manuel, dicen las crónicas de Portugal, recibió una embajada de una reina de Abisinia, muy notable porque, en vez de presentes de un valor material, envió inestimables reliquias. Los gefes portugueses, Ataide desde Safi, y Meneses desde Azamor, hicieron entradas en tierras del moro. El segundo entró á la fuerza en Benacafiz y la dió saco, mientras un teniente suyo penetraba en Tafuz y se apoderaba en ella de un botin muy rico. El primero dirigió una cabalgada contra la plaza de Teznet y en ella halló grandes despojos. Y Ataide y Meneses á una, sabiendo que los príncipes de Mequinez y de Fez enviaban contra ellos un poderoso ejército, salieron en combinacion á su encuentro, le arrollaron, se apoderaron de una presa considerable, y se volvieron á sus presidios dejando tendidos en el campo mas de seis mil moros, dicen las crónicas, las dos terceras partes heridos que daban al aire quejidos lastimosos. Este triunfo abrió camino para otro, pues queriendo el príncipe de Mequinez ir á poner sitio á la plaza de Azamor, los portugueses y algunas tribus africanas á una le contuvieron y le derrotaron haciéndole mil prisioneros y tomándole ochocientos caballos y todo el bagaje. Tambien el presidio de Ceuta consiguió grandes ventajas derrotando á los moros que iban á poner sitio á aquella plaza, y escarmentándolos. Rendido Meneses bajo el peso de tanta fatiga en aquel ardiente clima, murió en Aza-

mor el dia 15 de mayo. Al mismo tiempo los africanos se vengaban por mar, armando naves en corso y siendo el azote de los marinos del Mediterráneo. El rey católico dió algunas providencias para perseguir á aquellos corsarios: pero luego se escondian entre las calas y ensenadas de África. Súpose que el gran turco daba alientos á esos enemigos del comercio con ánimo de mantener en continua alarma á los cristianos, y en consecuencia se trató de formar entre el católico, el emperador y el papa una alianza dirigida á contrarestar la fuerza de aquel formidable enemigo. Antes se procuró poner en paz á los venecianos y á los imperiales nombrando árbitro de sus diferencias al papa. Este dió su sentencia, dando á los imperiales las plazas de Vicenza y Verona, y á los venecianos las de Bérgamo y Brescia; pero los venecianos no se avinieron, antes procuraron que su general Albiano cayese sobre los imperiales y los sorprendiese. Cardona, virey de Nápoles, y sus tenientes Alarcon, Colona y Pescara, renovaron entonces la campaña contra los venecianos, tomáronles algunas plazas, impidieron que se apoderasen de Verona, y recobraron la de Bérgamo recientemente perdida. En Génova perdieron los franceses la fortaleza de Lanterna que fué desmantelada. En la Calabria el español Pedro de Castro tomó por la fuerza la plaza de Santa Severina, y ganó por tratos las de Policastro y Marturano dejando tranquila la comarca. En nuestra Península el rey católico habia conseguido que el francés renovase por un año la tregua entre España y Francia, y aun trató de buscar medios para convertirla en una paz sólida. Noticioso de estos pasos el rey de Inglaterra se dió por muy ofendido, y procuró á su vez anticiparse á firmar paz con el rey de Francia, dándole por esposa su hermana doña María, la

misma que estaba prometida de casar con el príncipe don Cárlos, heredero de la corona que llevaba el rey católico. En Navarra el señor de Lusa, obligado de la necesidad, prestó homenaje al rey don Fernando, y este estableció en Pamplona una Chancillería encargada de la administracion de justicia, nombrando magistrados agramonteses, beamonteses y castellanos en igual número para que siempre la ley pudiese hallar aun entre los apasionados un buen equilibrio. Don Fernando continuaba achacoso y melancólico desde que habia tomado el remedio que en sentir de su esposa debia rejuvenecerle para el cariño.

Don Manuel de Portugal sostuvo en 1515 el empeño con que procuraba extender en África sus conquistas. En Daleborg los gefes portugueses destrozaron un cuerpo de moros, y le arrebataron multitud de ganados y prendas de valor. Otros gefes de Arcila y Tanjer rechazaron varias acometidas de sus contrarios y los mantuvieron á raya. Lo mismo hicieron con sus contrarios de las cercanías de Safi los que daban presidio á esta plaza. Ataide entró á viva fuerza en la fortaleza de Amagor, derrotado antes un cuerpo de moros, y se apoderó en ella de toda clase de despojos. Los lugares de la sierra de Farobo, y los de las mismas cercanías de Marruecos fueron talados por los portugueses y sus aliados moros, que ya quedaban reducidos á un corto número. Aguó la satisfaccion originada de esta ventaja el mal éxito que tuvo una expedicion salida de Lisboa por el mes de junio para fundar una colonia en la misma boca del Mármora. De unos ocho mil hombres constaba la expedicion portuguesa é iba mandada por Antonio de Noroña. Pero los príncipes de Mequinez y Fez se coligaron, cayeron con setenta mil infantes y siete mil caballos sobre

la nueva colonia, dicen las crónicas de Portugal, y esta vez triunfaron tendiendo en el campo de batalla mas de cuatro mil cristianos, y destruyendo la fortaleza recien construida. Tambien este año los corsarios turcos no dieron vagar en el Mediterráneo á los marinos españoles. Luis de Requesens con la armada de Sicilia destruyó una escuadra turca, mandada por el arraez Soliman y la apresó seis naves. Otro corsario turco, por nombre Barbaroja, echó gente en tierra no muy lejos de Bugía, y consiguió apoderarse por sorpresa del castillo de esta plaza ocupada por los españoles. No bien lo supo Miguel de Urrea, que ejercia mando en Mallorca, puso en la mar tres mil hombres, y fué con ellos á Bugía de donde alejó á Barbaroja que la tenia sitiada. Algunos afirmaban que por bajo cuerda el gran turco y el rey de Francia se daban la mano. Acababa de morir Luis XII y le habia reemplazado Francisco I en el trono francés. Este no se mostraba muy amigo de guardar la tregua que su antecesor tenia asentada con el rey católico. Deseaba que la tregua fuese para España ó Italia, ó que no reinase en ninguna parte. Al rey católico, en vista de esto le pareció prudente prevenirse para la guerra. Convocadas córtes á los castellanos en Burgos, obtuvo de ellas un donativo de ciento cincuenta millones de maravedís. En las mismas dispuso que por voto público el reino de Navarra quedase unido con los de Leon y Castilla. Hallándose en dicha ciudad, el rey se sintió muy malo. Desde la toma del fatal filtro que le dió la reina Germana, el monarca habia perdido la salud y la alegría. En Burgos, el 27 de junio, en mitad de la noche, le acometieron unos violentos vómitos, y fué necesario desde este momento tratarle como á un enfermo de gravedad. La reina doña Germana habia

salido para Calatayud en donde debia celebrar córtes á los aragoneses. De ellas no le fué posible obtener ningun donativo, porque los ricosh-ombres deseaban que el rey renunciase á todo recurso de suplicacion en las causas de los vasallos contra sus señores, y otros opinaban que el reino de Navarra no debia haberse considerado como parte de Castilla y Leon, sino como hermanado con Aragon, Valencia y Cataluña. Hay quien afirma que fué gefe de esta oposicion de los nobles el canciller Antonio Agustin, y que por ello el rey le hizo prender en cuando pudo trasladarse de Burgos á Aranda. Otros señalan otra causa á la prision de Agustin, y dicen que fué porque miraba con demasiada ternura á la reina doña Germana. Es lo cierto que el rey, desde Aranda pasó á Segovia, y de este punto, en donde tambien tuvo que guardar cama, se encaminó por setiembre á Calatayud é hizo cuanto estuvo de su parte para obtener de las córtes un donativo, y no pudiendo obtenerle las dió por disueltas. Pero la ciudad de Zaragoza hizo uno, cuando ya el rey habia vuelto á Castilla. Y fué notable que á la sazon un viento impetuoso movió la campana de Belilla y la hizo dar un son muy triste, lo que para algunos pareció signo de mal agüero. Sin embargo los negocios no iban mal en ninguna parte. El inglés se avenia á volver á firmar liga con el rey católico. En los principales puertos de Andalucía y del Mediterráneo se hacian grandes aprestos que lo mismo podian ser dirigidos al África que á Italia. Habíanse frustrado algunos planes tramados por los nobles andaluces para aclamar al príncipe don Cárlos luego que fuese posible hacerle venir de Flandes. Adriano, dean de Lovaina, y maestro de dicho príncipe, habia estado en la península, y se disponia, de acuerdo segun se cree con Gonzalo de Córdoba, á

tomar posesion del gobierno en nombre de heredero del trono luego que falleciese don Fernando de quien ya se temia que el fin estaba próximo. Pero el Gran Capitan se puso malo, y no sin motivo al decir de las gentes, habia dado un fúnebre tañido la campana de Belilla. Aquel héroe pasó á mejor vida el dia 2 de diciembre. Su aprendizaje militar le pasó lidiando con los moros de Granada. En gran parte le fué debida á él esta conquista. Pasó á Italia, no puesto á la cabeza de un numeroso ejército sino acaudillando á algunos miles de valientes. Con ellos habia hecho prodigios. Su audacia, su sangre fria, su serenidad en los momentos mas críticos, y su actividad á todas horas, ataron tras de él la victoria que fué su compañera inseparable. Su rey le pagó con desvíos; y él en mitad del Mediterráneo salió á saludarle como diciéndole que allí estaban los umbrales del nuevo reino que para él habia conquistado. En Granada dió el último suspiro ese dechado de españoles buenos. Ya en Italia el viento de la fortuna habia vuelto á mostrarse propicio á los franceses. El nuevo rey de Francia, Francisco I, habia penetrado en Italia á la cabeza de un numeroso ejército, habia comprado la cooperacion del español Pedro Navarro, ganado la plaza de Novara, y triunfado completamente de los alemanes, en Marignan, el dia 13 de setiembre.

El rey católico no sobrevivió mucho tiempo al Gran Capitan Gonzalo de Córdoba. En el meson de Madrigalejo se tendió moribundo, y allí dió el postrer aliento entre dos y tres de la madrugada del dia 23 de enero de 1516. Nombró por heredera á su hija doña Juana y muerta ella á su nieto don Cárlos. Encomendó el gobierno de Castilla al cardenal Cisneros, y el de Aragon á un consejo compuesto de seis personas, y legó treinta mil florines á su esposa doña Ger-



[illegible]
[illegible] ar, se qu[illegible]
[illegible] habia dado
[illegible] otros para
[illegible] salvaje [illegible]
[illegible] la gran par[illegible]
[illegible] Italia, no pu[illegible]
[illegible] amarillizado [illegible]
[illegible] hecho pro[illegible]
[illegible] así en los [illegible]
[illegible] aguas, alarm[illegible]
[illegible] inseparable. [illegible]
[illegible] Mediterráneo [illegible]
[illegible] estaban los militar[illegible]
[illegible] conquistado. En Granada
[illegible] españoles buenos. [illegible]
[illegible] vuelto á mostrar [illegible]
[illegible] de Francia, Francisco



SEPULCRO DE ISABEL I Y FERNANDO V.

mana. En todas partes hay tachas, nacidas unas de las propias flaquezas, hijas otras de las ajenas envidias. Pero por encima de las tachas del rey católico asoman grandezas, no para llenar un solo reinado sino muchos. No es culpa suya si para darle un trono se lo arrebataron con la vida al príncipe de Viana. No lo es si en Castilla fué necesario despojar con ignominiosos pretextos á la hija de un monarca para dar la corona á otra princesa mas animosa y sobresaliente. Ni es de extrañar que los franceses llamen pérfido á don Fernando, y los ingleses le llamen fementido. Es la verdad que á todos los dejó burlados. No fué la sinceridad la prenda mas digna en el rey católico. Pero téngase en cuenta que para concentrar en el trono los poderes de que antes disponian los ricos-hombres era necesario luchar noche y dia, con armas y con ardides. No queremos emancipar nuestros siervos, decian los nobles. Yo los hago caballeros, respondia Fernando, y quedan libres. Así lo hizo con muchos vasallos de remensa. Y si á esto se añade la union de los principales reinos de España, la conquista de Nápoles, la toma de Granada, el descubrimiento del Nuevo Mundo, y el impulso dado á la colonizacion en África, será difícil hallar otro período histórico mas bien redondeado y magnífico. Durante su reinado, llamó á córtes á los castellanos en Valladolid en 1475, en Madrigal en 1475 y siguiente, en Toledo en 1480, en Madrid en 1482, en Toledo en 1498, en Ocaña en 1499, en Sevilla el mismo año y en 1501, en Toledo en 1502 y 1503, en Toro en 1505, en Salamanca y Valladolid en 1506, en Burgos el mismo año, en Madrid en 1510, y en Burgos en 1511, 1512 y 1515. Á los aragoneses los llamó á córtes en Calatayud y Zaragoza en 1481, en Tarazona en 1484, en Zaragoza en 1488, 1493 y si-

guiente, en Tarazona en 1495 y 1497, en Zaragoza en 1498 y siguiente, y 1502 y siguiente, en Monzon en 1510 y 1512, y en Zaragoza en 1515. Celebró córtes á los catalanes en Barcelona en 1480 y siguiente, en Tarazona en 1484, en Barcelona en 1485 y 1493, en Tortosa en 1495 y siguiente, en Barcelona en 1503, en Monzon en 1510 y 1512, y en Lérida en 1515. Á los valencianos los llamó á córtes en Tarazona y Valencia en 1484 y 1488, y en Monzon en 1510 y 1512. Las córtes de Navarra durante el mismo transcurso de tiempo son las de Pamplona y Puente la Reina en 1483, Olite en 1483 y siguiente, Pamplona en 1486, Tudela en 1488, Pamplona en 1494, 1496, 1499, 1501, 1503 y cada uno de los años siguientes hasta el de 1506 inclusive, Puente la Reina y Sangüesa en 1507, Estella en 1508 y 1509, Pamplona en 1510 y 1511, Tudela y Pamplona en 1512, y Pamplona en 1513, 1514 y 1515.

SINCRONISMOS

Fueron papas durante el período de tiempo que abraza este capítulo X de este libro VII, Inocencio VIII desde 1484 hasta 1492, Alejandro VI hasta 1503, Pio III en 1503, Julio II hasta 1513, y ahora lo era Leon X. En Francia reinaron, Cárlos VIII desde 1483 hasta 1498, Luis XII hasta 1515, y ahora reinaba Francisco I. Era conde de Flandes Cárlos desde 1506. En Inglaterra en 1483 habia reemplazado á Eduardo V Ricardo III, á este en 1485 Enrique VII, y á este en 1509 Enrique VIII. Era emperador de Alemania desde 1493 Maximiliano I. Acontecimientos memorables de esta época lo son los que quedan mencionados de la conquista de Granada y el descubrimiento del nue-

vo mundo en 1492; el primer viaje de Américo Vespucio en 10 de mayo de 1497; la toma de posesion de los establecimientos portugueses en las Indias orientales en 26 del mes de setiembre de 1503; la ruina y fin de la república de de Pisa que fué incorporada á la de Florencia en 8 de junio de 1509; el descubrimiento de la Florida en el continente americano por Ponce de Leon el dia 11 de abril de 1512; la reunion del concilio general de Letran el dia 10 de mayo de 1512; y el comienzo del viaje de Vasco Nuñez de Balboa para el descubrimiento del Perú en primero de setiembre de 1513. La Iberia quedaba ya reconquistada. Sus principales pueblos quedaban unidos y formaban una nacion compacta y poderosa. Recobrada la posesion de la tierra natal se perseguia al enemigo en sus trincheras del África. Tranquila la mente con respecto á la propiedad de la madre patria, se investigaban los arcanos de los mares como para tomar aires y decir á las gentes que, terminado el duelo tremendo entre la España y el África, ya podia aquella noble nacion aspirar á darse á conocer al mundo como muy digna de llamarse señora de una tierra que tenia regada con su sangre. Formado quedaba ya ese todo que se llama España. Antes de los tiempos de Roma semejante núcleo no existia. La España de entonces consistia en una multitud de tribus independientes, no enlazadas unas con otras. Imperando los romanos España fué una tierra esclava. Al yugo de los romanos reemplazó el de los godos, que fué asimismo una coyunda. Cuando ya no quedaban aquí restos de las pasadas dominaciones, y llamó á nuestras puertas un nuevo pueblo que triunfó en un dia de los vencedores de nuestros vencedores, entonces la Iberia se llamó á independencia desde tres puntos de la cordillera del norte de la península.

Asturias, Navarra, y la Ceretania y Aragon marcharon de frente á la obra de la reconquista. Su obra está ya consumada.

CAPITULO XI. — Idea del estado social de la España durante el período que abraza este libro séptimo.

Para no tener que repetir en este capítulo lo que dejamos anotado ya en los diez anteriores, hemos procurado en ellos hacer resaltar aquellos acontecimientos que han ejercido influencia en la marcha social de nuestra península. A algunos les habrá parecido que dábamos demasiada extension á este libro séptimo. Pero deben tener presente que la obra de la reconquista de nuestra tierra debia concentrarse en un solo cuadro, aunque fuese necesario dar á este mayores proporciones; y que de esta suerte ha sido preciso hacer algun sacrificio de las proporciones materiales ante la grandeza moral del objeto que era conveniente encerrar en un solo libro. Ahora conviene resumir en un breve espacio lo que en los antecedentes capítulos queda explanado respecto á los sucesos mas vitales del período que en el referido libro hemos venido historiando.

Algunos autores pierden en claridad lo que derraman en redundancias. Nosotros creemos que un buen luminar es preferible á muchos focos de luces vagas é inciertas. No hay nada mas lógico que el feudalismo; y sin embargo no hay en los libros nada mas obscuro. El feudalismo español tiene una fisonomía peculiar, que lleva profundamente marcado el sello de la empresa á que debia aspirar so pena de anularse. Cuando el paganismo romano no pudo sostener las riendas del imperio, las individualidades quedaron abandonadas á su propio destino. Como á tales no podian subsistir, y cada una se buscó una órbita para rodar en torno de ella.

El débil necesitaba la sombra y el amparo del fuerte; y este no otorgaba su proteccion sino con ciertas condiciones. Si la individualidad se allanaba á ellas, y las aceptaba por miedo ó por conviccion de que los inconvenientes de las mismas quedaban compensados con sus ventajas: la existencia del feudalismo quedaba legalmente cimentada. Guizot está en un error cuando dice que ese fué tiempo de movimiento sin direccion, y de agitacion sin resultados. Es muy posible que aquel autor no viese la direccion, y no quisiese ver los resultados. Y el mismo se confunde cuando añade que de la Europa de aquellos dias nació la Europa moderna. Y es que en sí llevaba la edad media un trabajo de regeneracion, incompatible con la impotencia. Lo que de ella nació es lo que no ha comprendido tal vez en todas partes á su madre: mas no por ello dejaba esta de tener una razon de ser muy clara y consecuente. Las nacionalidades renacian, pero en estado de aislamento, formando diferentes é innumerables arroyos que mas adelante debian ir á confundirse en una vasta y profunda madre. En medio de ellos circulaba asi mismo una corriente mas caudalosa, con la cual á veces mezclaban sus aguas, y luego huian de su roce y volvian á su solitario y caprichoso curso. Esto explica bien la naturaleza del feudalismo, sus inconvenientes, y sus ventajas. No permanecia estacionario; marchaba siempre, como todo cuanto disfruta vida en la tierra, unas veces retrocediendo como para prolongar en mas vasto círculo su individual existencia, y otras formando vistosos saltos y cascadas. Y cuanto mas retardaba su union con la gran madre, mas profundos surcos y gérmenes de fecundidad dejaba en la tierra. Y sucedia, que á veces su propio raudal se subdividia, ó iba por partes en busca del álveo grande, y

de esta suerte por partes los pequeños rios, en vez de ganar tributarios, los perdian, é iban á su vez á la madre casi secos y escuálidos. Esa madre era la monarquía que iba creciendo á costa de los rios, y de los arroyos, y por las vertientes de esos tributarios iba llamando á sí los jugos de las varias comarcas. Antes de que quedase establecida esa nueva topografía, digámoslo así, de las tierras, pasaron algunos siglos. El feudalismo español descendia del norte al mediodía, formándose focos, y acrecentándolos hasta que por la atraccion de un foco mas poderoso los perdia, y él en pos de ellos se constituia tambien en tributario. El feudalismo español formaba caudal en la proteccion otorgada á los que se iban emancipando de los árabes. Si nos fuese lícito vestir con palabras modernas una idea antigua diriamos que aquello fué un estado de sitio casi necesario, que duró ocho siglos. Las lanzas eran la ley suprema, porque los pocos momentos de solaz que disfrutaban las familias, á las lanzas los debian. El mejor estado entonces era el de la guerra. Desde que habia treguas, y parados los combatientes volvian los ojos en torno suyo, acostumbrados á hallar soluciones en las lanzadas, no sabian avenirse á buscar otra razon mas poderosa fuera de la lanza. Blandíanla contra sus superiores y contra sus inferiores; contra sus gefes ó príncipes, y contra sus siervos ó protegidos. En estos momentos de respiro para el moro, nuestros abuelos tenian calentura; y no es extraño que en una especie de remolino unos contra otros se ofendiesen y dañasen. Entonces por lo regular los volvia en sí, como de un letargo, alguna gran ventaja alcanzada por su comun enemigo. De repente olvidaban sus rencores de familia, y se entregaban de nuevo al impulso que los hacia incontrastables.

Es una cosa bella ver á un tiempo adquirir lauros en la inmortal batalla de las Navas á tres monarcas iberos. Lo es asimismo el espectáculo que ofrecen dos príncipes que toman á un tiempo brios, y triunfan en Córdoba, en Sevilla, en Mallorca y en Valencia, unidos al parecer con los vínculos de una alianza tácita que consiste en dar golpes contundentes á un contrario que va de vencida. Á lo mejor, mientras continúan los iberos la obra de su regeneracion nacional, les viene de Italia una pretension extraña. No parece sino que los cónsules renacen, y piden los tributos que un dia cobraron á hierro y fuego. Pedro III de Aragon volvió la vista á aquella tierra y vió que en ella reinaba un poder á cuya influencia era preciso acercarse á toda costa. El feudalismo español fué lanzado á la carrera en aquella nueva direccion, cuando ya los árabes agonizaban en España, y allí obró prodigios. El extranjero fué rechazado de Cataluña. Las islas que dan vistas á Italia una tras otra pasaron á ser propiedad de los aragoneses. Y luego esa Italia, que aspiraba á denominarse señora feudal de nuestra península, tuvo que contar con ella para aspirar á dirigir con algun acierto el mundo.

Ya la Iberia atiende á un mismo tiempo á dos objetos: completar la derrota de los árabes, y hacerse respetar de las demás naciones que deseaban ejercer en Roma una presion exclusiva. La batalla del Salado fué otro bello resultado producido por la union de tres príncipes iberos. Y la invasion del reino de Nápoles por Alonso V de Aragon fué la consecuencia de las premisas sentadas un siglo y medio antes por Pedro III. La union íntima de Aragon y Castilla era una ilacion tan natural, procedente del fundamento de la existencia de ambos pueblos, que ninguno de ellos pro-

testó al consumarse, antes pareció que por su gravedad propia entraban en ella como en su mas digno elemento. Y dispuso la providencia que aquel acontecimiento pudiesen nuestros antepasados anotarle como el mas fausto de sus anales; en él se cumplió el deseo de todos, el complemento de la reconquista; en él se alcanzó lo que en sentir de los mas era una necesidad, la conquista de la Italia; y en él se realizaron las mas ardientes esperanzas de los que creian que el espacio del mundo antiguo era estrecho para tales ardores, y se buscó en el océano un mundo nuevo. Ya hemos visto asimismo, por medio de un simil, que forzosamente las pequeñas dominaciones feudales tuvieron que hacer el sacrificio de sus orgullos en aras del orgullo nacional, patrimonio de todos. Cuando Asturias y Galicia, Leon y Castilla, Cataluña y Aragon, y Navarra, habian depuesto su individualidad para formar parte de la grande union nacional, nadie extrañará que la rico hombría, vencidos algunos amores propios, entrase en la monarquía con toda su alma. Hubo necesidad de dar impulsos, de compeler á veces, de luchar de vez en cuando á brazo partido: pero el resultado era previsto. Las poblaciones hallaban mas consuelos y miramientos alrededor del clero y del señorío real que en torno de los grandes. Las cartas pueblas y los fueros municipales venian siendo unas atracciones irresistibles. Y por lo mismo que el señorío feudal tenia su razon de existencia en la proteccion otorgada á los débiles, debia cesar desde el momento que otro señorío mas poderoso se asumiese este cargo, y los humildes contasen con un protector mas eficaz y prepotente.

Ya dijimos al fin del libro anterior que nada revela tanto el estado social de un pueblo como la reseña de sus leyes.

Así pues, si podemos dar una idea de las mas principales que en un dado transcurso de tiempo fueron sancionadas, habremos adelantado mucho respecto á la inteligencia del período que sea objeto de nuestro estudio. En este caso no es indispensable hacer el resúmen de todas las leyes, sino escojer lo que en ellas sea fondo y trascendencia. Para preparar en alguna manera, dicen unos, el código de las Partidas, publicó Alonso el Sábio en Valladolid el dia 24 de junio de 1255 su Fuero Real. Otros creen que esta fué la obra que le tenia encomendada su padre Fernando el Santo. En aquel Fuero se manda que todos los pleitos se juzguen por él en adelante. Consta de quinientas cuarenta y nueve leyes repartidas en cuatro libros, y en ellos se intercalaron asimismo doscientos cincuenta y dos leyes mas, llamadas del Estilo. El libro primero está dividido en doce títulos. Si alguno faltare á la fé católica, caiga en las penas puestas contra los herejes; el que vaya contra el rey, muera por ello, y pierde sus bienes; ninguno hable mal del rey difunto, pena de cien maravedís para el vivo; el que sepa ó entienda algun yerro del rey, dígaselo en secreto; lealtad al rey y á sus hijos; obediencia al mismo, pena de cien maravedís ó quedar esclavo; lo que se diere á las iglesias esto guarden, y no se venda, y á las mismas págueseles el diezmo, respetando á los recaudadores; concuérdense el poder temporal y el espiritual; la iglesia no acoja á ladron conocido, ni al incendiario, ni al arrancador de mojones; la ley, guarda del rey y de sus pueblos, sea clara que ninguno sea engañado por ella, honesta, justa, igual y provechosa; nadie se escusa diciendo que ignora las leyes; el derecho natural vence al positivo que le fuese contrario; si los alcaldes no pueden juzgar algun caso por estas leyes, avisen al rey que DARÁ

LEY SOBRE ELLO é inclúyanla en este libro; los jueces árbitros decidirán dentro de tres años; el querellante por poder, preséntele; cada alcalde juzgue en su jurisdiccion; el alcalde que por favorecer á alguno dilate el pleito, pague las costas y perjuicios; un alcalde puede ser desechado por sospechoso si hay justa causa; en las ciudades y villas mayores haya escribanos públicos, y cobren sus derechos; el demandado nombre vocero que le defienda, y sino se avienen por los derechos, el juez lo tase, ó tenga el vocero la vigésima parte del valor de la demanda, y no otra, so pena de privacion de oficio; el clérigo solo en ciertos pleitos puede ser defensor ó vocero; ninguno puede tomar por sí todos los voceros ó abogados de un lugar, sino elegir de ellos; el personero, ó procurador, presente escritura ó testigo de que es tal; todo contrato verbal ó por escrito sea guardado; en todo contrato póngase dia y año de la fecha; contrato sobre cosa imposible, ó vedada, ó torpe, ó necia, sea nulo; la cosa litigiosa no se enajene hasta que recaiga juicio ó avenencia. El libro segundo trata de los juicios y demandas, y sus jueces; de los mandamientos de los alcaldes y manera de cumplirlos; de los emplazamientos; de los asentamientos ó entregas de lo demandado; de los dias feriados; de las contestaciones; de las confesiones; de los testigos y pruebas; de las cartas y traslados; de las excepciones; de lo que se gana ó pierde por tiempo; de los juramentos; de los juicios fenecidos y de su cumplimiento; de la terminacion de las demandas; y de las alzadas ó apelaciones. Sigue el libro tercero. El casamiento se haga por ritu de la iglesia; hágase públicamente y nó á hurto, para que en caso necesario pueda probarse; la soltera que case sin consentimiento de padre ó madre, no herede, á no ser que ya tenga treinta

años; antes de cohabitar los casados, puede uno entrar en religion y casar el que quede en el siglo; la mujer que, ausente el marido, se casa segunda vez creyéndole muerto, si este vuelve, ella y el segundo marido sean esclavos del primero; no se dé por arras á una mujer mas que el diezmo de cuanto se tenga; cuanto ganen marido y mujer es de entrambos por mitad; quien haga labor en tierra agena, piérdalo y sea del dueño; cada uno puede hacer testamento ó por escrito suyo, ó de escribano, ó de otro que pongan su sello, ó ante buenos testigos; los hijos legítimos son los herederos, pero á los naturales se les pued e legar el quinto; el que entre en religion puede testar dentro del año; no sea heredero quien no sea cristiano; para ser tutor es necesario tener 25 años y ser cuerdo y abonado; quien pueda. alimente á sus padres ó hermanos que hayan venido á pobreza; dése razon de un desheredamiento de hijo; sean legítimos é iguales para todos los pesos y medidas para compras y ventas; por ingratitud pueden revocarse las donaciones; el que quiera ser vasallo de algun señor, béscle la mano; el hidalgo que quiera despedirse de un señor bésele la mano y dígale que ya dejó de ser vasallo suyo; las armas que un señor dé á su merino para que le sirva sean del merino. Trátase despues de las costas, de los depósitos, de los préstamos, de los alquileres, de los fiadores ó fianzas, de los empeños y prendas, de las deudas y pagos; el clérigo que recaude pechos y rentas reales, y en ello cometiere falta, pueda ser preso por los alcaldes del rey en la cárcel real. En el libro cuarto y último hay algunas leyes notables; el cristiano que se torne judío ó moro, ó haga que su hijo lo sea, muera quemado; el judío que lea ó guarde libros contrarios á su ley ó á la cristiana, quede con sus bienes á

merced del rey; pueda el judío tener voz por sí en pleito suyo, y valga el juicio, aunque se dé á su favor, mas si tuvo la voz por otro, no valga; el que metiere á otro la cabeza so el lodo, páguele ciento cincuenta sueldos, y otros tantos al rey; el que injuriare á otro llamándole gafo, sodomítico, cornudo, traidor, hereje, ó mala á su mujer, desdígase y pague trescientos sueldos; y si el injuriante fuése hidalgo, y no quiere desdecirse en lo de la mujer, pague quinientos sueldos, y lo que el juez estime por la deshonra; el que tome una cosa por la fuerza, pierda el derecho que en ella tenga; si los que fueren en hueste roben ó fuercen alguna cosa, páguenla con el cuatro tanto, ó den todo lo suyo y estén á merced del rey; por un robo en camino ó campo, páguese el cuatro tanto y cien maravedís por camino quebrantado; el monedero falso, muera por ello, sin que le sirva de escusa el que su señor se lo hubiese mandado; las heridas se estiman por dinero segun ellas; el que horadase casa ó quebrantase iglesia por hurtar, muera por ello; el que á sabiendas queme mieses agenas, casa ó monte, sea por ello quemado; el que deshonra á novio ó novia el dia de su boda, pague quinientos sueldos; cuando en el fuero no se halle la pena de un delito, júzguese por derecho comun; al cristiano que mate moro ó judío (es textual de la ley 84 del Estilo) no debe dársele segun derecho tanta pena como al moro que mate á cristiano; el hidalgo (id. 85) no debe ser juzgado como el que no lo sea; el que cierre camino pague treinta sueldos; la adúltera, el adúltero y sus bienes quedaban á merced del marido ultrajado; si una mujer no casada entraba por liviandad en casa de un hombre, este no tenia pena; sea desterrado para siempre el liviano con religiosa profesa; los sodomíticos (ley 2, tit. IX lib. IV) sean públi-

camente castrados, y colgados por las piernas hasta que mueran, y nunca sean de allí quitados; quien robe mujer y la haga fuerza, muera por ello; quien toca á monja, aunque no la haga fuerza, muera; la que case con siervo muera junto con el siervo; el escribano que haga una carta falsa por menos de cien maravedís, pierda la mano y el oficio, y si lo hizo por mas de aquella suma, muera por ello; el que falsifique carta real, muera; nadie ejerza medicina sin aprobacion de los médicos y licencia de los alcaldes; el que mate, muera, sino mató en defensa propia; el que mate con alevosía, sea arrastrado y ahorcado; el que profane sepulturas, muera por ello; el que falte á la hueste, pierda lo que tenga por el rey; los que desertaren de la hueste queden á merced del rey; todo hombre pueda acusar á otro sobre hecho malo; el hidalgo que se queje de otro, debe desafiarle y no hacerle mal en nueve dias; todo traidor muera y pierda sus bienes para el rey, aunque tenga hijos ó descendientes legítimos; el que adopte á otro por hijo, hágalo ante el rey ó alcalde públicamente; el que deseche un hijo, no lo recobre; un esclavo desechado, quede libre; quien desecha niño por no criarle, y muera el niño, muera él tambien como si le matase; los romeros de Santiago vayan y vengan y estén seguros; nadie tome cosa de nave que peligre ó quiebre, si no es para guardarlo y restituirlo.

El mismo monarca que acababa de publicar el Fuero Real se dedicó á la formacion de un código mas completo, desde el momento que creyó que podia titularse emperador de Alemania. Parecíale que un emperador debia ser al mismo tiempo un gran legislador. Encomendó pues á los mas distinguidos sábios de su tiempo la recopilacion de las Siete Partidas, y es de presumir que él mismo las dió el colori-

do literario que en ellas á algunos les ha parecido digno de encomio, y á otros muy censurable. En ellas, dicen unos, todo es admirable, armonioso y digno. Aquello, dicen otros, es un mar de erudicion las mas de las veces llevada hasta el lujo. Allí hay cánones á un mismo tiempo y leyes civiles: lo que ya indica que el código no se hizo meramente para los españoles, sino para ornamento de un suspirado imperio. La partida primera está dividida en veinte y cuatro títulos: de las leyes y razon de la division del libro; del uso, costumbre y fuero; de la santa Trinidad y fé católica; de los sacramentos; de los prelados; de los clérigos; de los religiosos; de los votos y promesas hechas á Dios y á sus santos; de las escomuniones, suspensiones y entredichos; de las iglesias; de los privilegios y franquezas de las mismas y sus cementerios; de los monasterios y otras casas de religion; de las sepulturas; de las cosas no enagenables de las iglesias; del patronazgo; de los beneficios; de la simonía; de los sacrilegios; de las primicias; de los diezmos; del peculio de los clérigos; de las procuraciones, censos y pechos de las iglesias; de la guarda de las fiestas, ayunos, y de las limosnas; y de los romeros y peregrinos. Aquí hay mucha lumbre y poca luz, dicen unos. Aquí hay un gran saber, responden otros. La partida segunda contiene treinta y un títulos: los emperadores, reyes, y señores; cuál debe ser el rey en conocer, amar y temer á Dios; cuál en sí y en sus pensamientos; cuál en sus palabras, cuál en sus obras; cuál con su mujer, y esta con él; cuál con sus hijos; cuál con sus parientes y estos con él; cuál con sus oficiales y los de su casa y córte y estos con él; cuál con sus vasallos; cuál para su tierra; cuál debe ser el pueblo en conocer, honrar y guardar al rey; cuál con la mujer, hijas y

parientas, dueñas y doncellas del rey; cuál con los hijos del rey; cuál con sus oficiales y los que vinieren á su córte; lo que el pueblo debe guardar con respecto á los muebles y raíces pertenecientes al mantenimiento del rey; como debe procurar el abasto y defensa de los castillos y fortalezas del rey y del reino; como debe guardarle de sus enemigos; como debe defender la tierra de su naturaleza; de los caballeros; de los adalides almogavares y peones; de la guerra que deben hacer los de la tierra; de la guerra por mar; de ciertas enmiendas; de la particion del ganado en la guerra; del premio y modo de darse; del castigo de los delincuentes en la guerra; de los cautivos y sus bienes y de los lugares que pasan á poder de los enemigos; de los redentores de cautivos y sus obligaciones; y de los estudios de las ciencias, sus maestros y escolares. Aquí hay otro pozo de erudicion dicen los amigos del rey Alonso. Aquí no hay un legislador, dicen los críticos, sino meramente un sabio. La partida tercera consta de treinta y dos títulos: la justicia, el demandante, el demandado, los jueces, los personeros, los abogados, los emplazamientos, los asentamientos, los secuestros, la contestacion, el juramento en juicio, las posiciones, las confesiones y respuestas, las pruebas, los plazos para ellas, los testigos, los pesquisidores, las escrituras, los escribanos, los sellos y selladores, los consejeros, los juicios y sentencias, las apelaciones, la suplicacion, la revocacion de las sentencias por restitucion á los menores, la nulidad, la ejecucion de los fallos, el señorío y modo de adquirirle, la prescripcion, cómo se adquiere la posesion, las servidumbres, y las labores. Aquí hay una nueva jurisprudencia y un nuevo derecho, dicen unos, que no se aviene con las doctrinas emanadas de los feudos y de

los fueros. Es indudable, dicen otros, que Alfonso X creia asegurada en sus sienes la imperial diadema. Veinte y siete títulos forman la partida cuarta: los desposorios, el matrimonio, casamiento clandestino, condiciones del desposorio y matrimonio, matrimonio de los siervos, impedimento por parentesco, impedimento por compadrazco y prohijamiento, impotencia, acusaciones para impedir el matrimonio, el divorcio, las dotes y donaciones y arras, las segundas nupcias, hijos legítimos, mujeres legítimas, hijos ilegítimos, hijos adoptivos, la patria potestad, cómo se acaba esta, crianza de los hijos y su correspondencia á los padres, criados extraños, los siervos, la libertad, el estado de los hombres, deuda de los hombres con los señores por naturaleza, los vasallos, los feudos, y las deudas de los hombres por amistad: La partida quinta está dividida en quince títulos, y son, los empréstitos, el comodato, los depósitos, las donaciones, las ventas y compras, los cambios, los mercaderes y las ferias y mercados con los diezmos y portazgoz, los alquileres y arrendamientos, las naves, las compañías, las promesas y los pactos y contratos, las fianzas, las prendas, las pagas y lo que por error se paga, y de la cesion de bienes y revocacion de enagenaciones hechas en fraude de los acreedores. Diez y nueve títulos forman la partida sexta, y son, los testamentos; modo de abrirlos; institucion de herederos; condiciones de la misma; substitucion de herederos; aceptacion de herencia é inventario de bienes; desheredacion y sus causas; cómo quebranta el testamento el desheredado sin justa causa; de las mandas; de los testamentarios; de la cuarta falcidia y trebelliánica; de los codicilos; de las herencias ab-intestado; de la entrega en la posesion y dominio de la herencia; de la particion de

la herencia y deslinde de sus heredades; de la tutela de los huérfanos, y bienes de estos; de las escusas en la tutela; de las remociones de tutores sospechosos; y de la restutícion de daños causados á menores. La partida séptima y última contiene treinta y cuatro títulos: las acusaciones y denuncias y el juez pesquisidor de los delitos; las traiciones; los rieptos; las lides; de las cosas porque valen menos los hombres; de los infames; de las falsedades; de los homicidios; de las injurias y libelos famosos; de las fuerzas; de los desafíos; de las treguas y seguranzas y paces; de los robos; de los hurtos y siervos fugitivos; y de los tutores y curadores que hurtan cosas de los menores; de los daños hechos por hombres y bestias; de los engaños y baratadores; de los adulterios; de los incestos; de los estupros con religiosas, vírgines y viudas honestas; de las fuerzas y robos de mujeres; de la sodomía; de los alcahuetes; de los agoreros, sorteros, adivinos, bechiceros y truanes; de los judíos; de los moros; de los herejes; de los desesperados que se matan y de los asesinos; de los denuestos contra Dios, Santa María y los Santos; de la prision y custodia de los reos; de los tormentos; de las penas; de los perdones; del significado de las palabras dudosas; y de las reglas del derecho. Estos cuatro libros, dicen unos, son una mezcla del derecho romano y del derecho feudal y foral. Ellos son, dicen otros, un monumento del saber humano en el siglo trece.

En la historia de la legislacion catalana existe un monumento de la magnanimidad de un príncipe y de la grandeza de un pueblo. Él solo basta para dibujar la fisonomía de un monarca eminente, y el noble proceder de unos escelentes súbditos. El archivo de Barcelona habia sido consumido por las llamas; y entre estas habian desaparecido varios privi-

legios inestimables. Algunos sospecharon que debia imputarse el incendio á aquel á quien le convenia que dichos privilegios hubiesen quedado anulados. Pedro III hizo llamamiento para que los barceloneses acudiesen á formar hueste. Todos comparecieron; pero sin hierros en las lanzas, significando que un pueblo sin franquicias quedaba inerme. El rey mereció entonces el título de Grande que le han dado los historiadores. Al momento mandó reunir á los sabios, y en vista de sus notas renovó los privilegios cuyos originales se habian perdido. Esto lo hizo por el mes de enero de 1283.

Entre los españoles que florecieron en el siglo doce debemos mencionar á Pedro de Alfonso que escribió contra los errores de los judíos; á Pedro de Leon de quien han quedado escritos históricos en que encomia el reinado de Alonso VI de Leon y Castilla; al judío Abenesra, que es celebrado como astrónomo, filósofo, filólogo, médico y poeta; y al árabe Averroés, que tradujo á su idioma natal las obras de Aristóteles, y fué muy versado en los estudios científicos. En el siglo trece floreció como literato el autor de las Siete Partidas, de las tablas Alfonsinas, y de las Querellas; tambien merecen mencion literaria, don Jaime I por a preciosa historia que nos dejó escrita de su reinado, Lucas de Tuy, Jimenez de Rada, y Raimundo de Peñafort. En lugar oportuno hablamos ya de las eminencias en las armas. En el siglo catorce Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, fundó un colegio para instruccion de españoles en Bolonia; Pedro Tenorio, otro arzobispo de Toledo, fué un jurisconsulto célebre; Pedro Lopez de Ayala fué un cronista de mucho talento; y Raimundo Lulio fué un gran filósofo y orientalista. En el siglo quince florecieron como li-

teratos Alfonfo Tostado y el marqués de Villena cuyas obras se quemaron porque fueron atribuidas á la mágia. De las demás individualidades sobresalientes políticas y militares hemos hablado ya á su debido tiempo. Ausias March fué en el siglo quince un valenciano protegido del príncipe de Viana. Algunos dicen que bebió en las fuentes del Petrarca. Otros por el contrario afirman que el Petrarca bebió en las fuentes de Ausias; pero los buenos críticos afirman que ambos bebieron en las fuentes del genio.

Ningun español puede hablar con indiferencia de Cristóbal Colon. Ya en la narracion de su primer viaje diseñamos su fisonomía. Si despues hubo quien se mostró ingrato con él; si tuvo émulos que le pusieron grillos y esposas: la posteridad no pronuncia los nombres de sus enemigos, y solo se acuerda de él para ponerle en un pedestal muy alto. Fué buscando por el mundo algunos compañeros que diesen crédito á sus palabras, y fuésen bastante osados para ir á sepultarse en un mar desconocido. Solo en España dió con ellos. Y desde entonces su corazon se entregó á esta nueva patria, en donde se hallaban hombres para todas las grandes empresas.

De los registros públicos de la época que vamos historiando se desprende que los géneros que salian de la península para el extranjero consistian en su mayor parte en fruta seca, higos, pasas, ciruelas, piñones, pieles, azafran, agarico y coral. En contra pagaban derechos de entrada, el lino, cáñamo, papel, toneles, lienzo de cotanza, lencería, vidrios, salitre, barriles de pólvora, mercería, fustanes, alambre, algodon, especias, acero, almizcle, cuerdas de vihuela, aceite, hoja de lata, arenques, peines, hilo de Borgoña, candeleros, rosarios, lienzos crudos, birretas, es-

tribos, cajas de puntas, alfileres, sombreros de clérigo, arneses, corazas. Desde la época de las cruzadas, Venecia, Amalfi, Génova y Pisa, se habian hecho poderosas por el comercio. Desde Pedro III de Aragon Barcelona siguió el mismo rumbo. Don Jaime I, padre de dicho don Pedro, habia enviado cónsules generales á Alejandría y celebrado unos como preliminares de tratados comerciales con el sultan de Egipto á quien nuestras crónicas llaman sultan de Babilonia. Á pesar de esto Venecia continuaba siendo la principal puerta por donde entraban en nuestra patria los géneros de la India. Alejandría, Roseta, y las demás escalas de levante eran los depósitos á donde iban á buscarlos los venecianos y de donde los iban derramando y esparciendo. Colon suspiraba por ir en línea recta á esa India de donde procedian aquellas ricas mercancías. Vasco de Gama fué allá por otro rumbo, escudriñando las costas de África y doblando el Cabo de Buena Esperanza. Los españoles á su vez llegaron al cabo de Hornos, y descubrieron aquel vasto mar en cuya comparacion el Atlántico no era ya el Océano.

LIBRO OCTAVO.

CARLOS QUINTO.

CAPÍTULO I. — Calamidades públicas durante el gobierno del cardenal Jimenez de Cisneros. Año de 1516.

Muerto Fernando el quinto estuvo muy á punto de verse desencajada la trabazon con que él habia unido los varios reinos que formaban la española monarquía. Al ir el cardenal Jimenez de Cisneros á tomar las riendas del gobierno,



INTERIOR DEL PALACIO DE GUADALAJARA.

cardeal

em a Acrm

ao era re

occorridos

duque de

Sidonia



en virtud del testamento del difunto rey, salióle al paso Adriano, dean de Lovaina, con un poder reservado del príncipe Cárlos, en que le facultaba para regir el estado, falleciendo el monarca. Divididos los pareceres, decian unos que Jimenez tenia peor título, pues era gobernador nombrado por otro gobernador tocante á Castilla, siendo así que Adriano presentaba poderes recibidos del mismo príncipe que iba á ceñir la corona. Contestaban los amigos del cardenal que esta objecion mas que á Jimenez era contraria á Adriano, quien recibió poderes de Cárlos cuando aun no era rey, ni gobernador siquiera. Llegaran sin duda los ánimos á tomar consejo de la ira, si Adriano, de carácter flexible y sosegado, no hubiese obrado cuerdamente contentándose con un simulacro de intervencion en el gobierno y con ser par someramente de quien en el fondo no le admitia. Esta lucha, aunque corta, de trascendencia, dió resalte á la persona del cardenal y le designó como de mejores brios para abarcar la suma del gobierno.

Necesitábalos, y de buena ley, en los tiempos que corrian. No bien se escribió á Cárlos, residente en Flandes, y se hubo elegido para asiento del nuevo gobierno la villa de Madrid, cuando se recibieron nuevas de serios alborotos ocurridos en estos reinos. Don Pedro Giron, favorecido del duque de Arcos, intentó apoderarse del estado de Medina Sidonia, pretextando que le pertenecia por ser bastardo su poseedor. Reunió este sus parciales, y rebrotando en un instante los ya casi inertes bandos de los tiempos feudales, llegaran en breve los dos contrarios á las manos, á no mediar con palabras de paz el arzobispo de Sevilla, y á no saberse que Jimenez mandaba contra los agresores un cuerpo de gente de armas. En Llerena intentó el conde de Mede-

llin ocupar el Maestrazgo de Santiago, y contra él no bastaron el alarde ni la fuerza, sino que fué necesario descender á la blandura y buenos modos. En Aragon por este tiempo se necesitó mucha cordura para matar disensiones, hermanar opuestos dictámenes de letrados, y recibir como curador de la reina doña Juana al arzobispo de Zaragoza. La Navarra en poco estuvo que no cayese descoyuntada del cuerpo de la monarquía, pues Juan de Labrit se echó sobre ella con un grueso de gente atrevida: mas al momento Cisneros relevó al virey que era pacífico, y puso en su lugar al resuelto duque de Nájera. El gobernador de San Juan de Pié de Puerto se defendió de Labrit con grande esfuerzo, y dando confianza á las tropas y desaliento á sus contrarios, no tardaron estos en ser derrotados en aquellas fragosidades por el coronel Villalba, que hizo muchos prisioneros, entre ellos el mariscal de Navarra y otros.

Parecióles á los grandes de Castilla que quien con tanta tirantez sostenia las riendas del estado, ni á ellos holganza les daria; y juntándose, comisionaron al condestable, al duque del Infantado y al conde de Benavente para que preguntasen al cardenal que con qué poderes disponia del reino. Remitió Jimenez la respuesta para el siguiente dia, y tomadas sus prevenciones les enseñó el tesoro abierto y lleno, y asomándose con ellos á una ventana vieron formado en batalla un cuerpo de tropas y artillería, y disparando esta á una señal, añaden otros, les dijo: «tales son mis poderes y mi razon postrera.» Esto se cuenta: y si fué invencion, no peca de inverosímil en sentir de buenos escritores.

No tardaron en llegarle á Jimenez otros poderes que debian hacer mas reverente el temor de los grandes. Así que

recibió el príncipe don Cárlos la noticia de la muerte de su abuelo, hízose públicamente llamar rey de Castilla y Aragon, y como á tal escribió á Jimenez confirmándole en el gobierno, mientras se disponia para pasar á España. Desde luego vió el cardenal que su príncipe le ganaba en arrojo; y vacilando por primera vez reunió una junta para que le ilustrase sobre la conveniencia de llamar rey al príncipe, viviendo su madre reina propietaria: y los consultados, tomando al parecer consejo de quien se lo pedia, determinaron que se diese al príncipe el título de rey. No sin disgusto se accedió á lo mismo en Aragon, y de esta suerte fueron levantados pendones por él, y entró á reinar, mozo de esfuerzo, y en ánimo y esperanzas grande.

Podian los descontentos buscar en doña Juana un pretexto para divivir el reino: Jimenez separa del lado de la reina á los servidores capaces de servir para una intriga, y la rodea de otros seguros. Aumenta esto las murmuraciones: Jimenez responde á ellas dejando sin sueldo á muchos que recibian pensiones de la casa real. Crece con ello la saña, y amenaza convertirse en rebelion abierta: Jimenez opone á la fuerza de los grandes la de los pequeños, superiores en número, entre los cuales halló su cuna, y manda formar en los pueblos unas compañías de labradores que debian ejercitarse en las armas. Providencia extremada, en cuya ejecucion los sumisos aprendieron lo mucho que valian, y los desobedientes lo mucho que podian.

Valladolid suplicó de esta órden, y siendo desoida se alborotó y ahuyentó al capitan que á ella fué mandado para instruir sus compañías. Ávila, Burgos, Leon, Segovia y Toledo imitaron á Valladolid y echaron de sí á los capitanes instructores. Jimenez mandó reunir contra Valladolid

la gente de armas; mas en la ciudad y en sus cercanías se alistaron para defenderla treinta mil hombres, y fué forzoso tomar tiempo, dando aviso al rey para que la irritacion cediese: resistencia mal provocada, no pudiendo ser reprimida, y que dió mas adelante frutos amargos.

En Aragon en tanto disentian diariamente el arzobispo y el justicia mayor Juan de Lanuza; por lo que de todos los reinos salieron embajadas y diputaciones para don Cárlos: diluvio de memoriales en queja por entre el cual debia romper para entrar en sus dominios. Dió satisfaccion en unas cosas, y largas en otras, á sus súbditos; y dispidiólos afable con la esperanza, lo que le valió buenos servicios de parte de Aragon, Valencia y Cataluña. Graves eran los negocios á que tenia que atender. Meditaba Francisco, rey de Francia, cómo recobraria su perdida preponderancia en Italia; y aun, ayudado de los venecianos, hizo embestir á Bresa y Verona que fueron bien defendidas; y Cárlos, para impedir otra brusca acometida, le desarmó prometiéndole, con ánimo de no cumplirlo, que tomaria en matrimonio á Luisa su hija mayor, que le entregaria cien mil escudos por sus derechos al reino de Nápoles, y que devolveria á Labrit la Navarra. Así alejó del reino de Nápoles la ira de los extraños. No pudo empero librar al de Sicilia de la furia de los propios. Era virey en este, sembrando severidades, y recogiendo aborrecimientos, don Hugo de Moncada. Divulgada en Palermo la muerte de Fernando, amotinóse la plebe, y apoyada por bajo cuerda de la nobleza, clamó que eran ya acabados los poderes de don Hugo. En vano intentó este hacerse fuerte en su palacio, pues le acometió en él la armada muchedumbre, y mal disfrazado tuvo que embarcarse para Mesina. Súpolo Cárlos, y su primer impulso fué

de autoridad ofendida, mandando reponer á Moncada en el vircinato: mas, representando los sicilianos lo inconveniente y peligroso del mandato, hizo de la necesidad benevolencia, nombró presidente de aquel reino á don Juan de Luna, y poco despues virey al pacífico conde de Monteleon.

Pero los mayores disgustos que tuvo este año Cárlos, y que con él sintió la nacion entera, se los dieron Génova, y el famoso corsario Barbarroja. Tres carracas y otras tantas galeras de aquella república estaban surtas en el puerto de Cartagena, en ocasion en que entró en él don Berenguer de Oms con galeras españolas, y unas presas hechas poco antes á los piratas berberiscos. Venia entre las galeres de Oms un galeon corsario español á quien tenian los genoveses grande ojeriza. Pidiéronle como presa que buscaban, y siéndoles negado, arremetieron á él con toda su artillería y le echaron á pique. Indignado Oms disparó contra los agresores, quienes contestaron hundiendo una de sus galeras, y lo parara mal á no auxiliarle la artillería del castillo que ahuyentó á los genoveses. Jimenez dió al momento órden de prender á todos los súbditos de la república residentes en el reino, y de confiscar sus bienes: poca satisfaccion para tan grande ofensa.

No fué menor la que á estos reinos causó Barbarroja. Apoderóse de Argel, so pretesto de querer librar á los argelinos del tributo que pagaban á España; y avisando los españoles que daban guarnicion al Peñon cuán urgente era acudir á su socorro, reunió Jimenez ocho mil hombres para que fuésen contra Barbarroja, y eligió para mandarlos á á don Diego de Vera. No correspondió este gefe á la confianza del cardenal, pues llegado á la vista de Argel, de-

sembarcada la gente, y fiado en el número y calidad de la misma, ni la contuvo en el desmandarse, ni puso cuidado en escudarla. Súpolo Barbarroja, arremetió contra él, le mató cuatro mil hombres, cautivó cuatrocientos, y los demás con Vera volvieron á España, dejando su honor en los lodos de las playas argelinas.

Faltan colores para pintar en qué manera ardian los ánimos sabedores de tan tristes novedades. Tradújose parte de la irritacion en libelos satíricos encaminados á herir la reputacion de Adriano y la de Jimenez. Tomaba el primero muy á mal tales desentonos del público descontento, pero el segundo le decia: «Ya que nuestro deber es obrar, dejemos á los demás espédita la lengua; y si hablan en falso, sonriámonos; y si dicen verdades, nos corregiremos.»

CAPITULO II.— Continúan las calamidades públicas; venida del rey; muerte de Jimenez; nuevos alborotos en Sicilia. Año 1517.

Crecia el desórden, creyéndose muchos dispensados de obedecer, con el mal ejemplo que daban los próceres. Los que ocupaban destinos públicos, temian por momentos su separacion, pues diariamente se encaminaban á Flandes nubes de pretendientes para todos los empleos. Los ministros Gevres y Salvago vendian esperanzas á estos, y seguridad á aquellos. De repente llegó á Madrid un nuevo gobernador de Castilla, de apellido Laxao, con nombramiento de don Cárlos. Jimenez se niega á hacer entrega del gobierno, mas que en manos del propio príncipe. Reciben con esto nuevo pábulo las públicas alteraciones. Los grandes se aprestaban á terminar sus pleitos por medio de las armas; los ministros de las chancillerías eran detenidos, maltratados y escarnecidos; y para ejecutar una provision cual-

quiera, se necesitaba llevar por delante un grueso respetable de gente de armas. Á la reina viuda, Germana de Foix, le habia designado Cárlos para su pension las villas de Arévalo y Madrigal; pero fué preciso ir allá y obtenerlas por la fuerza. Habian pleiteado sobre el señorío de Villar de Frades, el conde de Urueña y Gutierrez Quijada, y fué mandado poner á este en posesion del señorío; mas el hijo del de Urueña con algunos caballeros sale al paso á los ministros, los maltrata y ahuyenta. Súpolo el presidente de la de la chancillería de Valladolid, Antonio de Rojas, arzobispo de Granada, y salió con gente armada contra la villa de Urueña. En vano el condestable de Castilla acudió para aplacarle, significándole que aquello habia sido una mala arrogancia de mozos imprudentes que ya acababan de replegarse pesarosos: la villa de Urueña lo pagó por aquellos delincuentes caballeros, y sin que la mas leve resistencia enardeciese al arzobispo, fué entregada por distintos puntos á las llamas.

Ya no era dable, en lo prudente, retardar por mas tiempo la venida del príncipe: un impulso de celos contra su hermano le decidió al fin. Supo el emperador Maximiliano, que el infante don Fernando era sobradamente bien quisto en España, como á nacido en ella, para no ser temido; y al momento se trasladó á Flandes, é hizo que don Cárlos no permitiese que tomase mas pié aquel popular é instintivo apego. Embarcóse, pues, dia 12 de agosto, en Midelburgo y se hizo á la mar seguido de una fuerte armada, y acompañado de su hermana doña Leonor. Pocos dias despues avistó á Villaviciosa de Asturias, no sin alarma del vecindario, que hizo ademan de defender la costa, creyendo tener á la vista una escuadra francesa. «España, España,» dije-

ron los de la capitana desplegando banderas, y convirtiendo el susto de los naturales en gozoso entusiasmo. Saltó en tierra el príncipe con sus mas allegados, y la armada hizo rumbo al puerto de Santander como mas capaz.

Habian salido de Madrid á recibir al rey el infante don Fernando, los miembros del consejo, y á la cabeza de todos Jimenez. Dícese que en Bozequillas dieron á este veneno en una trucha. Ni se afirma, ni se niega. Pero es lo cierto, que si llevaba ya la muerte en las entrañas, no fué ella bastante para hacerle declinar de su natural entereza, pues en Aranda, con resolucion inalterable, puestos en armas sus soldados, mandó cerrar las puertas de la villa, é intimó al infante don Fernando, y obtuvo de él, presentándole una órden reservada del príncipe su hermano, que separase de su lado á don Pedro Nuñez de Guzman, y al obispo de Astorga. Eran los únicos servidores suyos, á quienes se creia capaces de urdir alguna trama contra los derechos de don Cárlos. Tal fué el último acto de energía del inexorable Jimenez.

Pasó á Roa, en donde cayó malo, nó de las tercianas que anteriormente padeciera, sino de un accidente muy grave, que le dió á conocer que era llegada su hora postrera. Feneció como buen cristiano en 8 de noviembre. Afirman unos que una carta que recibió de don Cárlos, mandándole renunciar su arzobispado, aceleró su muerte: otros dicen que la carta llegó entrado ya en la agonía. Lo que hizo como hombre de gobierno en la paz y en la guerra, escrito está. Los juicios que en general han emitido sobre él los historiadores, son apologías. La conquista de Oran, la fundacion y dotacion de la universidad de Alcalá, la impresion, á su costa, de la Biblia complutente, son buenos

fundamentos para una fama duradera. Aquellos que con mas severidad le tratan, dicen de él, que frecuentemente perdia lo conveniente por aferrarse á lo mejor, y que no bastaba á aplacar su celo lo que su integridad irritaba. Paréceles á otros difícil de hermanar la grande sabiduría de Cisneros con aquellos decretos suyos, tan fatales para la oriental literatura, y con la órden de entregar á las llamas ochenta mil volúmenes árabes, como si todos ellos no contuviesen mas que el Coran. Reinando Felipe IV se hicieron vivas instancias en Roma para obtener la canonizacion de Cisneros, pero sin resultado. Angleria refiere, que habiendo mandado el papa que el clero español contribuyese con la décima de los beneficios á la guerra contra los turcos, se opuso el de Madrid, siguiendo el dictámen de Jimenez de Cisneros.

Adelantábase Carlos hácia el corazon del reino, enterándose de las necesidades públicas, y dando á conocer en sus primeras providencias, que si mozo en los años, era en el obrar maduro. Un escritor de su vida, por otra parte exactísimo, hace descender de padre á padre su árbol genealógico desde Jafet, acaso para probar que era hermano de sus súbditos: de todos modos, dió desde luego á conocer que podia dirigirlos. Salióle á recibir con numerosa comitiva y un magnífico equipaje, que casi deslucia al príncipe, el condestable de Castilla: y Cárlos, entre placentero y digno, dió órden, pretextando reposo, de que nadie se molestase para ir á su encuentro. Fué con su hermana Leonor á abrazar en Tordesillas á doña Juana su madre, y entró en Valladolid á 18 de noviembre. Para darle cuenta del estado de las cosas de Aragon, pasó á verle el arzobispo de Zaragoza, mas no pudo conseguirlo, y temiéndose que el verdadero objeto de su visita era solicitar el arzobispado

de Toledo, vacante por muerte de Jimenez, fué prometida esta dignidad á Guillermo de Croy, obispo de Cambray, eleccion dictada por la premura, y recibida con disgusto al divulgarse el año siguiente.

Convocó Cárlos los reinos de Castilla y de Leon para proceder al juramento público, y ofreció á unos diputados de la corona de Aragon, recien llegados, que iria á celebrar córtes entre ellos, una vez que no podian darle título de rey hasta haberle jurado en su propia comarca.

Otra menos agradable visita recibió Cárlos, apenas hubo descansado de su viaje. Tal fué la del señor de Rocha, embajador del rey de Francia, quien cubriendo con la cortesanía el deseo, le dió la bienvenida, y le recordó de paso sus promesas de Noyon, con cuyo total cumplimiento estaba reñida la voluntad del príncipe.

Una de ellas, sin embargo, recibió ejecucion entera. Cuatro mil infantes españoles y ochocientos caballos evacuaron las plazas de Bresa y Verona, y pasaron al servicio del duque de Urbino: mas quejándose el papa de que Urbino era enemigo suyo, fueron las tropas trasladadas á Nápoles, reforzando las del virey de este reino, y poniéndose á dos pasos de la Sicilia, en donde podian por momentos hacerlas necesarias las alteraciones públicas.

Graves eran con efecto las que traian perturbada aquella isla. Indeciso y fluctuante el nuevo virey Piñateli, entre la severidad y la templanza, exasperaba los ánimos renovando órdenes del anterior virey, al mismo tiempo que á cuantos se le acercaban descubria su falta de brios, y aun de entereza. Conjuráronse algunos para darle muerte en la misma iglesia, á hora de vísperas. Piñateli lo supo por revelacion de un religioso, y en vez de sorprender á los descontentos, encerró-

se en su palacio, aconsejándose del miedo. Alentados con ello los revoltosos, acudieron contra él, escarneciéronle al querer hablarles desde una ventana, quemaron las puertas del palacio, entraron en él matando y saqueando, maniataron á Piñateli, á quien hallaron escondido, y, derramándose por la ciudad, llenáronla de desolacion y amargura. Otras poblaciones de la isla imitaron el ejemplo de Palermo. Fué necesario que un noble del país, llamado Vintimilla, reuniese, entendiéndose con Piñateli, á sus numerosos amigos, y haciéndoles una viva pintura de las calamidades que sobre su infeliz patria pesaban, los decidiese á matar la anterior conjuracion con otra nueva. Reúnense en un templo, y mientras oian misa los gefes de la sublevacion pasada, los cosen á puñaladas. El historiador se detiene no pocas veces entre el temor de disfrazar verdades, y el horror de describirlas. Vintimilla recobró para Cárlos la Sicilia. En tanto Piñateli, dudoso del resultado, habíase trasladado á Mesina.

Año fué el de mil quinientos diez y siete preñado de trastornos. En él comenzó tambien á predicar el fogoso Lutero en Alemania su trascendental herejía.

CAPITULO III.—Castigo hecho en los sicilianos; córtes de Valladolid; primer gérmen de las comunidades; córtes de Zaragoza; muerte del corsario Barbarroja. Año 1518.

Para castigar los desacatos hechos en Sicilia á una autoridad débil, pasaron allá desde la Calabria cinco mil infantes y mil caballos, mandados por don Fernando de Alarcon, y fulminando la última pena contra los rebeldes que pudieron prender, confiscaron sus bienes, demolieron sus viviendas, y afirmaron nuevamente en el vireinato al pusilánime Piñateli.

Reunidas en tanto las córtes de Valladolid habian públi-

camente significado la desconfianza con que el reino veia al príncipe don Cárlos rodeado de extraños entre quienes repartia los regimientos, los destinos civiles, y las mas altas dignidades eclesiásticas. Antes de jurarle como á rey pedian que él mismo prometiese lo establecido por las córtes de Burgos en mil quinientos once, respecto á cerrar el paso para los honores y empleos del reino á los extranjeros: peticion por lo desembozada repugnante, y que declinó el obispo Mota, ofreciendo que, jurado el rey lisa y llanamente, él mismo de agradecido cumpliria lo que al pedírselo arrogantes negaria. Juráronle pues á 7 de febrero é hiciéronle donativo de seiscientos mil ducados cobraderos en tres años. La jura se hizo entre fiestas y torneos, justando en ellos gallardamente el mismo príncipe con su caballerizo Croy; pero, pasadas las demostraciones del regocijo, presentáronle los procuradores los capítulos cuya observancia le incumbia, respecto principalmente á los extranjeros, á no extraer moneda del reino, y á no admitir pujas en las rentas reales. Admitiólos el rey con agrado; mas luego, hecho público el nombramiento del flamenco Croy para el arzobispado de Toledo, y sabiéndose que los demás capítulos se infringian por el mismo estilo, formaron memorial de mancomun Segovia, Ávila, Toledo, Cuenca y Jaen, en queja de que no se cumplia lo estipulado: manifestacion de descontento que fué la semilla primera de las comunidades.

El rey habia partido ya para el reino de Aragon, dejando encomendado el gobierno de Castilla al arzobispo de Santiago, al condestable, al almirante y al duque de Alba. Su primera disposicion fué abrir camino por medio de la institucion del consejo de cámara para que se hiciesen justificadas las provisiones en lo del real patronato y regalía.

Quiso Cárlos llevar consigo á la infanta doña Catalina, hermana suya, que cuidaba á su madre comun la reina doña Juana; mas en esta no habia la fatuidad embotado el corazon de madre, y fué forzoso para calmar su sentimiento devolverle su hija querida. Partió, pues, con su otra hermana doña Leonor, y con Germana la reina viuda. Trataba en particular á esta con mucho obsequio y agasajo, obligándola con finas atenciones, de manera que octuvo de ella, como última y legítima heredera de Juan de Labrit, que le cediese todos sus derechos á la Navarra. Así se evadió de dar cumplimiento á uno de los capítulos del tratado de Noyon que mas le repugnaba; si bien, deseoso de contemporizar en lo demás, pasó por la humillacion de hacer entregar ciento cincuenta mil florines de oro al francés en pago de sus derechos sobre Nápoles; y como si aun necesitase obligarle mas, envió á Francisco primero el toison, y recibió de él el collar de la órden de San Miguel. Á su hermano don Fernando, que le hacia sombra en estos reinos, le mandó pasar á Flandes, y salir de Aranda de Duero en donde vivia retirado.

Dia 7 de mayo llegó Cárlos á la Alfajería, y en 15 del mismo mes hizo entrada solemne en Zaragoza. Abiertas las córtes en el palacio arzobispal, entróse en animada discusion sobre la conveniencia de jurar por rey á quien tenia madre y reina propietaria; sostenian muchos que era solo de ley darle el nombramiento de tutor de su infeliz madre: y la disputa se convertia fuera de las córtes en reyertas de aragoneses y castellanos, entre los cuales mediaron lances desagradables, uno particularmente entre el conde de Aranda y el de Benavente. Tratóse asimismo en las córtes, para hacer diversion en los ánimos, de la reforma de

algunos fueros, y de contener varios abusos de los ministros del santo oficio. Por fin, mediando el arzobispo de Zaragoza, fué convenido que el rey jurase segun costumbre, en la metropolitana, los fueros, y hecho, fué á su vez jurado como rey, y le sirvió el reino con doscientos mil escudos. Al arzobispo se le remuneró habilitándole para poder ser á un mismo tiempo diputado y virey del reino. Por este tiempo se ajustó matrimonio entre la infanta doña Leonor, hermana de don Cárlos, y el anciano don Manuel, rey de Portugal.

Aplacadas aquellas disidencias, dispúsose Cárlos á pasar el año siguiente á Cataluña. Sonreíasele al parecer la fortuna, allanando á su paso las mayores dificultades. En Alemania fué elegido rey de romanos, á pesar de haberse inclinado el emperador Maximiliano á favor del infante don Fernando, y habérsele opuesto Francisco primero con idéntica pretension, y obrando de acuerdo con el papa. En África, sabedor el marqués de Comares, gobernador de Oran, de que Barbarroja se habia apoderado de Tremecen, dispuso que trescientos españoles acudiesen á auxiliar al rey desposeido Muley-Aben-Chemí. Llegaron otros moros al socorro de Barbarroja; Comares mandó seiscientos españoles mas para impedírselo; y siendo derrotados los seiscientos, mandó dos mil infantes y algunos caballos, que vencieron al enemigo, y obligaron á Barbarroja á salir fugitivo de Tremecen con ánimo de salvar su tesoro. Rastreáronlo los españoles, y siguiéndole con encarnizamiento, le detuvieron en Zara, en donde se puso en defensa entre las ruínas de un torreon antiguo. No le abandonó en sus últimos momentos el arrojo y la energía con que siempre babia combatido. Tan tenaz en la defensa, como furioso en las aco-

metidas, no daba parar á cuantos le embestian; hasta que el alferez García de Tineo, cayendo sobre él le derribó, y levantó en la punta de una lanza su cabeza que fué llevada en trofeo á Oran. Así terminó su carrera el terror de estos mares, el indomable Barbarroja. Quereddin, su hermano, se hizo dueño de Argel en cuanto supo su muerte, y, manifestando que intentaba imitar aquel ejemplo, mandó Cárlos que don Hugo de Moncada con cuatro mil y quinientos soldados y una respetable armada fuése á recobrar aquella plaza. Pero como los buenos sucesos se cruzan continuamente y dan la mano con los malos, sucedió que Moncada se mantuvo ocho dias á la vista de Argel, sin dar órden para el desembarco; y al nono, sobrevino una furiosa tormenta que echó á pique casi toda la armada, con muerte de cuatro mil hombres. Moncada tuvo el dolor de salvarse, y aportar á Iviza, triste mensajero de tan infausta nueva.

Es notable una cédula real firmada en Zaragoza á 15 de julio de este año, en que se manda á las chancillerías y justicias que no conozcan de causas criminales tocantes á oficiales y ministros del santo oficio, y á criados y familiares suyos, y á los de los inquisidores.

CAPITULO IV.—Córtes de Cataluña. Muere Maximiliano, y Cárlos es elegido emperador. Van en aumento las alteraciones públicas. Año 1519.

Nuevamente instó Francisco, rey de Francia, para que fuése restituida la Navarra á los de Labrit, en cuyo asunto Cárlos, sin negarse abiertamente, procuraba tomarse tiempo: y no queriendo desairar al francés respondió esta vez que en Montpeller se reuniria un congreso de plenipotenciarios de ambos monarcas á fin de tratar del cumplimiento de las capitulaciones de Noyon. Tuvo lugar la reunion,

dándose mucha prisa los franceses en reclamar, y mucha calma los españoles en buscar largas, hasta que por enfermedad y muerte de uno de los diputados franceses quedó disuelto el congreso. En tanto el francés sembraba descontentos en Navarra, y contrarestaba el español sus esfuerzos con prudentes precauciones.

No por esto olvidaba Cárlos los demás negocios de sus reinos. Salido de Zaragoza, entró en Lérida á primeros de febrero, y en Barcelona á dia 15 del mismo mes, entre multitud de gente que acudió de toda Cataluña y de las Baleares. Reunidas las córtes del condado, levantóse no menor polvoreda que en las de Zaragoza, habiendo quien negó á Cárlos hasta el derecho de poder reunir córtes en vida de su madre; mas el buen modo allanó los obstáculos, y á 16 de abril, en el salon del palacio, juró el rey, en manos del arzobispo de Tarragona, guardar los fueros, y fué jurado á su vez conde de Barcelona. Hízosele un donativo de doscientas cincuenta mil libras.

Notable fué por este tiempo la brevedad con que se trató y llevó adelante el casamiento de Germana de Foix, reina viuda, con un hermano del marqués de Brandemburgo, enlace que los aragoneses y los catalanes llevaron muy á mal, por parecerles que no correspondia á quien fué la esposa de su rey, y llegando por ello á negarla el título de alteza; pero Cárlos, muy solícito en ajustar el asunto, y muy dadivoso con los servidores de la noble viuda, dispuso que le fuése dado.

Acababa de llegar la nueva de la muerte de Maximiliano. El carácter de Cárlos se iba desarrollando á medida de la gravedad de las situaciones. Reune oro, despacha para Alemania gente activa y fiel, consigue que en Francfort los

electores le llamen al imperio, hace adoptar las condiciones con que debe ser admitido, logra que el sumo pontífice le reconozca por emperador y le felicite, y recibe en Molins de Rey, como hombre á quien coge desprevenido una buena fortuna, al duque de Baviera, embajador que en nombre de los electores le presenta la imperial diadema. Afirman buenos autores que mientras regocijada Barcelona celebraba el acontecimiento con magníficas fiestas, tuvo Cárlos secretas pláticas con el enviado, y sembró en su persona y en las de su comitiva preciosísimos regalos, antes de despedirle para Alemania.

Cárlos era mas que rey, y sin embargo no le daban otro tratamiento que el de alteza, comun entonces á las personas reales; ideó pues otro de mas realce por lo nuevo, el de majestad, con que primero fué honrada su persona, y que despues ha sido tambien el distintivo de cuantos han ceñido la real corona.

Morando en este tiempo Cárlos en las costas del Mediterráneo, poco podian tardar en llegarle á los oidos nuevas de correrías de piratas africanos que ocasionaban diariamente alarmas y muy graves daños; mandó pues á don Alonso de Granada y Venegas que barriese aquellas aguas, y lo hizo en breves dias dando caza á la galeota de Ragusa, por nombre Negra, y entregándola por su tenaz resistencia, con todos sus defensores, á las llamas. Tambien se hizo á la mar con buena armada don Hugo de Moncada en demanda de reponer en sus estados al rey de Túnez, desposeido por Quereddin, hermano de Barbarroja; combatió en Trapana á nueve galeras turcas; y embarcó en setenta naves, trece galeras, y en otros transportes, diez mil infantes con artillería y pertrechos, quinientos caballos, y

ochocientos hombres de armas, con cuyas fuerzas cayó sobre la isla de Gelbes, embistió y derrotó con grande estrago á los isleños, y les hizo jurar vasallaje á Cárlos y contribuirle con trece mil doblas anuales. Recibióse en Barcelona con públicos festejos esta nueva; y acabó de aumentar el regocijo una embajada del gran turco, en que prometia no molestar á los peregrinos que fuésen á la Tierra Santa, ni á los que cuidaban de aquellos templos y lugares venerandos; y en cambio solicitaba proteccion para los turcos que fuésen á la Pulla y costas de Nápoles para sus negocios.

Para hacer activa guerra al turco, habia el papa concedido á Cárlos las décimas de las iglesias de Castilla; y para obtenerlas mandó el príncipe que acudiesen estas por medio de diputados á Barcelona. Hiciéronlo ellas, mas se negaron á dar décimas, representando ante el papa y el rey que harto estaban ya gravadas: motivo de grandes escándalos. Púsolas entredicho el sumo pontífice, y en muy pocas iglesias fué guardado; ni cesaron los oficios ni los funerales, ni la administracion de sacramentos; representó con viveza la iglesia de Toledo: por lo cual mandó Cárlos alzar las no cumplidas censuras, y á vueltas del rigor en las palabras y de la blandura en los hechos, compuso una parte y echó tierra en otra de este enojoso asunto.

Era á la verdad conveniente no poner nuevo combustible en las sobradamente vivas turbaciones públicas. Las principales ciudades de Castilla continuaban unidas solicitando enmienda de agravios públicos; dieron poderes al regidor de Toledo Gonzalo Gaitan, quien presentado ante el emperador, le recordó sus ofrecimientos, le indicó lo conveniente de que, despues de su larga permanencia en Aragon

y Cataluña, visitase sus leales ciudades castellanas: á lo que Cárlos, lleno de hiel el corazon por los avisos secretos que de varias tramas tenia, respondió no obstante meloso, y dando esperanzas de remedio. Síntomas todo de las tempestades que se preparaban.

Una de mal carácter estalló en Valencia. Se habia salido de esta ciudad la gente noble por picar en ella intensamente la peste. Sucedió que predicando con sobras de ardor un religioso francisco, dia de Santa Magdalena, contra la sodomia, dijo inconsideradamente que en la ciudad no faltaban algunos tocados de aquel nefando vicio, y que por él los castigaba el cielo á todos con el fatal contagio. Enfurécense los oyentes, nó contra el criminal incitador, sino contra sus propios enemigos, tal vez, á quienes suponen infestados de tan fea lepra; prenden á algunos infelices, llámanlos confesos y convictos entre la gritería y el espanto, y logran del juez del crímen que sean entregados á la hoguera. A un panadero, por ser clérigo de menores, se le puso solo á la vergüenza durante la misa mayor, y fué condenado á cárcel perpetua. La plebe pedia tambien para él la hoguera, y fué necesario ponerle á salvo en la sacristía; acude nuevo tropel de gente enarbolando un lienzo blanco por bandera; animoso el arzobispo sale de su palacio, arranca la nueva enseña, y viéndose acosado, hace disparar una arcabuz, y entre la confusion vuelve al palacio, y se encierra; arremete el gentío, y pega fuego á las puertas; el provisor fulmina entredicho, y en vez de calmar los ánimos los irrita; saca el clero en procecion á Dios, y el furor no calma, ántes aumenta, pidiéndose ya á voz en grito al presunto reo de sodomía. Esta vez, en lugar de un lienzo blanco, toman por enseña un crucifijo, derriban la puerta del tem-

plo, convirtiéndole en teatro de sus miserables iras, y entonces el comendador Garch y el jurado Tomás Vibas entregan el reo: que mejor fuera para la buena fama de entrambos no hacerlo. Permitiéronle confesion, diéronle garrote y le quemaron. Lo mismo iban á hacer con un torcedor de seda, mas no pudo ser habido. Acudió con gente á castigar tal desman el gobernador Cavanillas, mas levantó mano en ello pretextando que la justicia no podia hallar el hilo de tanta alevosía. Los culpables sin embargo creyeron que debian asociarse, y so color de que era preciso poner la ciudad en defensa contra los piratas argelinos, armáronse por gremios y cofradías de artes y oficios, diéronse ordenanzas, llamáronse hermandades y germanías, y representaron que lo hacian en gran parte por el desprecio con que los miraban los señores, negándoles sus créditos, quitando el honor á sus hijas y esposas, y maltratándolos á ellos sin que los amparase la justicia. Juráronse de esta suerte hermandad, y hasta dieron cuenta al rey, pidiéndole que fuése á Valencia á tener córtes. Cárlos, entre sentido del desacato, y satisfecho del golpe que acababa de recibir la nobleza, cuya arrogancia le traia desasosegado, respondió que, dado que obedeciesen siempre á su gobernador, y que no contrariasen á la justicia ni turbasen el público sosiego, era bien hecho que se armasen y hermanasen por oficios.

Este año dieron principio, desde Sevilla, Magallanes y Elcano á su famoso viaje alrededor del mundo. Tambien Portugal habia despreciado al primero, lo mismo que despreció á Colon, y acudiendo él á España, hermanó con la de esta nacion su propia gloria. La escritura en que se le daba parte de las rentas en los descubrimientos que hiciese, lleva la fecha de 8 de marzo en Zaragoza. Hernan Cortés en tanto obraba en

Méjico maravillas. El dia 18 de noviembre de 1518 habia salido de Santiago de Cuba, no alzado con la armada como dicen algunos historiadores, sino con consentimiento de los que podian dárselo, para poner el pié en el continente de América; detúvose en la Trinidad, y en la Habana; y una vez puesto en marcha, á tenor de ciertas convenciones, no quiso detenerse ni consintió que se le faltase á ellas. De la Habana partió el dia 10 de febrero de 1519, y llegó á los pocos dias á la isla de Cozumel en donde pasó muestra de su gente, y constaba de quinientos ocho soldados, ciento nueve marinos, dos curas, un religioso, un licenciado, y diez y seis caballos. En Cozumel derribó los ídolos, y fué como una especie de declaracion de guerra á los naturales del continente. Así es que al llegar con la armada al rio de Grijalva los de Tabasco le opusieron una tenaz resistencia y tuvo que vencerla á fuerza de armas. Superado este primer obstáculo se adelantó Cortés siguiendo la costa de Méjico hasta llegar á San Juan de Ulua, en cuyo punto levantó un fuerte, recibió embajadas de Motezuma, príncipe poderoso que reinaba tierra adentro, y se dispuso á ir á visitarle. La empresa era atrevida. Perder la orilla del mar era entregarse al azar en manos de la fortuna. Permanecer entre el mar y la tierra equivalia á no hacer nada. Cortés veia en el imperio de Méjico un gran poder que contaba algunos siglos de existencia, pero que estaba rodeado de envidias que podian con arte volverse contra él siempre que hubiese un núcleo de resistencia que las apoyase. El imperio de Méjico se habia formado concentrando en sí las nacionalidades digámoslo así y la vitalidad de varias tribus; y ahora muchas de ellas, creian que el cielo las enviaba en Cortés un vengador, un ser poderoso que iba á humillar la arro-

gancia de los mejicanos y á devolver á los vencidos su antigua soltura. Y ese Cortés se presentaba á ellos en calidad de representante de un Dios que no admitia otros dioses, antes les declaraba la guerra, lo que equivalia á decir que temeria muy poco á los hombres quien se adelantaba con pretension de derribar ante todo á los inmortales. En Méjico habia civilizacion, cultura, artes, ciencias, policía, y sobre todo riquezas. No era un pueblo despreciable, sino grande, que habia absorvido las vitalidades que le rodeaban, y poseia elementos de resistencia incalculables. Si Motezuma hubiese debido lidiar solamente contra algunos aventureros, la victoria hubiera sido suya. Acostumbrados los pueblos á acatar su poder, y á respetar sus ídolos, hubieran vuelto en sí de la primera sorpresa, y escarmentado á los invasores. Pero venia acaudillando á estos un hombre que valia por un numeroso ejército. Ese hombre se iba creciendo á medida que se le presentaban obstáculos. Veia que mientras sus soldados tuviesen esperanza en la retirada por mar no aspirarian jamás á ver su porvenir en tierra: y entregó á las llamas los buques que le habian llevado á aquel continente. Ya está en él; ya no puede volver atrás; ahí le tenemos que se echa á nado en un golfo desconocido; sabe que á cierta distancia hay una gran conquista que hacer, un nombre que ganar, un imperio que rendir, y se encamina á ese blanco con toda su alma; tiene un entendimiento claro, y va separando de Méjico y haciéndose suyo lo que no es Méjico; conoce que sus soldados, metidos en aquel laberinto, y puesta en él la confianza, no darán un paso sin que él les enseñe la salida que ellos no columbran; funda el pueblo de Vera Cruz y abdica en él el poder recibido del gobernador de Cuba, y consigue que el pueblo y el





HERNAN CORTES.

ejército le nombren á la vez gefe; por grados va haciendo suyas las cercanías de Vera Cruz, derribando en todas partes los ídolos, nó por espíritu de intolerancia, sino para que los mejicanos entiendan que allí no hay transaccion posible, sino que un nuevo poder irresistible viene á reclamar la direccion de aquella tierra; intérnase hácia Tlascala, en donde ha de lidiar por primera vez con hombres de corazon, y los vence con nobleza y los convierte en auxiliares y amigos; de Tlascala pasa á Cholula, en donde triunfa asimismo y gana nuevos auxiliares, y por último entra en Méjico en calidad de amigo poderoso de otro amigo no menos poderoso. Aquella ciudad era grande y muy poblada; tenia palacios suntuosos; tenia templos en los que se sacrificaban víctimas humanas, lo mismo que se habian sacrificado en la antigua Roma; habia allí armerías, jardines, quintas, mercados, tribunales, gobierno de paz y de guerra, festividades, matrimonios, en suma, una sociedad establecida sin haber recibido impulso de los europeos. Á lo mejor sabe Cortés que los soldados que ha dejado en Vera Cruz han sido acometidos: y resuelve asirse de esta ocasion para prender á Motezuma en su propio palacio y en medio de su misma córte. El héroe que venia en nombre de un Dios extranjero se atreve ya á exijir que le den el mando y le entreguen el cetro. Entonces Méjico, herida en su pundonor, vuelve por su honra, y declara al extranjero, no una guerra oficial, sino otra nacional en que los grandes y los pequeños toman parte. En vano el rey quiere prestar obediencia al extranjero, y pagarle tributo: ya el pueblo obra por sí contra los extranjeros y contra su propio monarca. En esta ocasion, tan crítica para Cortés, el gobernador de Cuba envia contra él un cuerpo de ejército mandado por

Pámfilo de Narvaez para destruirle. Cortés tiene que hacer frente á los españoles á la vez y á los mejicanos. Dirígese contra Narvaez, tiene la fortuna de sorprenderle y de hacer suyo el cuerpo de tropas con que venia; y, hallando de esta suerte un refuerzo en lo que debia ser su ruína, vuelve á Méjico robustecido. Pero los mejicanos están exasperados; Motezuma muere en alguna manera á manos de los propios súbditos; y estos eligen nuevo emperador y obligan á los españoles á salirse de la ciudad. Cortés emprende su retirada, y es perseguido, pero consigue ganar en el valle de Otumba una batalla decisiva; y allegados nuevos elementos vuelve á la carga, y añade á la corona de España el floron de un nuevo imperio. Á él le era debido. Á su valor y sangre fria, y mas que á su valor á su talento. De este modo presidia la española enseña en lejanas tierras á las mas heroicas hazañas, mientras en su propia tierra ondeaba tremebunda, dando sombra á repugnantes discordias y á sangrientos ultrajes.

CAPITULO V.—Continúan en Valencia las alteraciones. Disensiones en Aragon. Pasa Cárlos á Santiago, á la Coruña, á Inglaterra y á Alemania, en donde es coronado Guerra de las comunidades. Año 1520.

Cesando en Valencia el contagio, volvieron los nobles á sus hogares, y enviaron una diputacion á Cárlos para que no permitiese que continuasen por mas tiempo en estado de guerra las germanías, y obtuvieron decreto en que se mandaba á estas que sin permiso del gobernador no pudiesen juntarse armadas. Reuniéronse los gremios, y comisionando entre otros á Juan Lorenzo, supo este darse tan buena maña, y mostrarse tan espléndido con los ministros flamencos, y tan artificioso en sus discursos, que hizo suspender aquella

providencia. Esperaba Cárlos de la nobleza valenciana que le dispensase de asistir á las córtes de su reino, y que hiciese de modo que le jurasen en ellas y le sirviesen, presidiéndolas el dean de Lovaina, ya cardenal Adriano; y en la duda, mantenia fluctuante el asunto de los gremios: pero los brazos, alto y clerical, respondieron que era contra fuero lo que deseaba el monarca, y al momento renovó este los privilegios que en un principio concediera á los hermanados, sin atender á otra nueva instancia que aquellos brazos le hicieron.

Habíase Cárlos, por Lérida, Fraga, Zaragoza y Burgos, encaminado á Valladolid. En la capital de Aragon otro embajador fancés volvió á instarle para que restituyese á Labrit la Navarra, y no obtuvo mas que palabras evasivas. Parecia que el príncipe, atento solo á una idea, se agitaba para desembarazarse de los obstáculos que se le presentaban, y de las innumerables redes que á cada paso hallaba tendidas por el descontento de sus súbditos. Y si no las habia, sembrábalas la mala direccion de sus ministros. Á poco de haber salido de Zaragoza, súpose en esta ciudad que la daban por lugarteniente del reino á don Juan de Lanuza, á quien faltaba, contra la costumbre constante, la recomendacion de ser de real sangre; no se le jura ni se le recibe; decláranse algunos á su favor diciendo que no hay contra él fuero explícito; otros se arman contra él, y representan al monarca: y fué preciso que repitiese este con viveza el mandato para ser obedecido.

No así lo fué en todas partes. Las alteraciones públicas tomaban intensidad en el reino de Valencia. Á los memoriales de los próceres, lo mismo que á los de los gremios, daba Cárlos respuestas corteses y promesas halagüeñas:

creíanse desairados los primeros por no haberles visitado Cárlos; por el contrario los segundos esparcian multitud de copias de las cartas reales, que eran recibidas y besadas con entusiasmo, y trocaban en osadía la natural timidez de los humildes. Orihuela, Alcira, Murviedro, Játiva y otros pueblos se reunieron tambien en gremios, alzándose contra los que decian ser sus tiranos, y á algunos matándolos sin piedad en los mismos templos. Nada se respetaba. Las liviandades de los grandes habian puesto en los ojos y en el corazon de los pequeños la semilla que daba ahora su fruto. Iba á entrar en Valencia el nuevo virey, conde de Melito, nombrado por don Cárlos, y mediaron sobre su admision grandes altercados. Los gremios, ya que no podian alejarle, le hicieron dar la bienvenida; mas recibiólos con desabrimiento: por lo que le guardáron rencor, y se lo manifestaron abiertamente en ocasion de elegirse nuevos jurados. Á tenor de las cartas reales que poseian los gremios, dos de los jurados debian pertenecer á su brazo; pero otra carta de Cárlos, en que mandaba proceder á la eleccion, decia que fuese hecha en la antigua forma, sin admitir plebeyos; y montando en cólera al oirlo en la misma casa del virey uno de los gefes de los gremios, por nombre Guillen Sorolla, dijo que se teñirian en sangre aquellos ladrillos si no salian dos jurados del estamento bajo. Amotínanse al saberlo los gremios; penetran dos religiosos en la estancia del virey, y le instan para que acceda á aquella demanda si desea evitar grandes desgracias. Hízolo así el consejo sin consentirlo Melito, antes queriéndole acompañar una vez los dos nuevos jurados, despidiólos de sí con enojo. Puesta en su mas alto punto la irritacion de los gremios, salieron los tejedores con bandera desplegada, dia de la Santísima

Trinidad, y llegáronse á hacer alarde de desobediencia ante la misma casa del virey, disparando sus arcabuces. Contúvose Melito, y ablandándose probó á hacer uso de la suavidad y la dulzura, buenas armas para los principios, y signos de debilidad en lo postrero. Interpretáronlo así las germanías, y ya no dudaron en poner mas alto el grito, en arrebatar los reos de manos de los tribunales, en embestir la misma casa de Melito y hacerle salir á él y á su familia por los tejados, en amenazar el hogar doméstico de las familias de los poderosos, en desconocer la voz de sus propios gefes, en recorrer desbandados el país, haciéndose secundar por todos los pueblos del reino, menos Segorbe, Morella y pocos mas, en acosar al virey fugitivo de pueblo en pueblo hasta Denia, en convertir en teatro de abominaciones los templos, y en hacer escarnio de las pias invenciones con que se les inculcaba que no hiciesen derramar mas lágrimas á la Vírgen pues hartas, les decian, derramado habia una imágen suya en Cocentaina ante el dolor de tantas amarguras. Naturalmente se preguntará cómo fué posible que á tan alto grado de irritacion llegasen los humildes, antes tan sumisos; y á ello se responde que la historia se ve no pocas veces reducida á explicar las causas de las humanas acciones por el conocimiento del corazon humano: y es constante que quien siembra fieros, y exacciones, y malos ejemplos, y depredaciones públicas, recogerá en su dia iras, rencores, abominaciones y ruínas.

En vista de tanta perturbacion y desgobierno, reunióse el estamento militar, y eligió veinte miembros con facultades para acudir al remedio; mas por el pronto no vieron otro que representar al monarca, y dar poderes á Gaspar Marradas para que fuése en posta á darle cuenta de tan tristes novedades.

No eran las únicas que estaban acibarando su juventud primera. Habia convocado á las ciudades de Castilla para reunir córtes en Santiago de Galicia como punto mas cercano á la Coruña, en donde habia pensado embarcarse. Levantan las mas de las ciudades un sentido clamoreo, quejándose de la extraña providencia; Toledo envia diputados al monarca, y en Valladolid le trazan vivamente un cuadro de agravios. Cárlos les responde que lleva prisa, y no tiene tiempo para escucharlos; insiste don Pedro Laso, uno de ellos, diciendo que mas que su partida le interesaba el oirlos; á lo que responde que al primer descanso, pasado Tordesillas, los oirá. Creyeron algunos que si iba á Tordesillas era con ánimo de llevarse y sacar de España á su loca madre; exasperáronse los ánimos ya muy inclinados á la ira; un cordonero tocó á rebato, y juntándose unos seis mil hombres armados, entre vivas á Cárlos, piden la muerte de sus malos consejeros. Cárlos no se arredra, monta á caballo, y aunque llovia á cántaros rompe con su guardia por entre el tropel que queria cerrarle las puertas de la ciudad, y llega á Tordesillas, calados sus vestidos y ardiéndole el pecho. Sin embargo, dominóse, y en vez de decretar castigos en desagravio suyo, mandó sobreseer en el asunto, y aun soltar á los promovedores del alboroto.

Un dia permaneció al lado de su madre, y salió de Tordesillas, dia 7 de marzo. Instáronle los de Villalpando, Salamanca y Toledo, por medio de sus procuradores, para que les diese audiencia, á lo que respondió que en Santiago la daria.

Dia primero de abril, abiertas las córtes en Santiago, como deseaba, manifiesta la necesidad de pasar á Alemania, los gastos hechos y los que le quedan por hacer, las arma-

das que ha tenido que aprontar, y encarece la conveniencia de que miren por el sosiego del reino, y le sirvan en dinero, conforme á costumbre. Don Pedro Maldonado y don Antonio Fernandez, regidores de Salamanca, rompiendo las trabas del respeto que á los presentes contenia, se levantan y se niegan á prestar juramento al monarca mientras no cumpla lo que á Castilla tiene prometido. Don Pedro Laso, procurador por Toledo, mostrando, á vueltas de igual entereza en el fondo, mas sumision en la forma, suplicó al rey que viese las instrucciones recibidas de su ciudad, y que se dignase no mandarle traspasarlas, pues antes como buen procurador le entregaria la cabeza. Ávila, Córdoba, Sevilla, Toro y Zamora, por sus procuradores, apoyaron al de Toledo; y las córtes estuvieron cerradas unos dias, vacilantes muchos ánimos entre el temor de irritar al monarca, y el deseo de llevar á cabo su empeño.

La respuesta que se les dió fué impedir á unos la entrada en las córtes, y fulminar contra otros el destierro. No fué en realidad tan severamente castigado el conde de Urueña, cuando por este tiempo en una audiencia que le dió Cárlos, se descompuso hasta decirle, que si no se le hacia justicia, devolviéndole el ducado de Medina Sidonia, él sabria hacérsela: pues contentóse el rey con responderle que él tambien sabria castigarle.

Arreciaban mas vivos por momentos unos bravos temporales. Enojosa tarea debia parecerle á Cárlos la de regir unos reinos que tenian costumbres tan diferentes, leyes tan varias, y tan desiguales matices de carácter; hubo de creer que sus ilustres abuelos doña Isabel y don Fernando no habian hecho mas que echar puentes de uno á otro reino, mas nó unirlos creándoles un comun centro; en sus adentros de-

bió de fermentar la idea de una centralizacion, que por natural instinto buscó en su voluntad propia, apoyada en acciones bélicas que le darian gloria, numerosas cohortes, y pujanza irresistible: y en este supuesto las diversidades de costumbres, alejando mancomunadas resistencias, y haciendo posibles parciales sujeciones, le servirian admirablemente. Así, pues, dábanle sinsabores y esperanzas á un tiempo las divisiones de los ánimos de sus súbditos y las alteraciones de sus pueblos.

Súpose en Santiago que Toledo se levantaba en armas, y aconsejaron á Cárlos que fuése á castigarla, mas respondió que el tiempo lo haria; Santiago se conmueve tambien, y Cárlos se traslada con las córtes á la Coruña, y obtiene de ellas un servicio de doscientos millones en tres años, á bien que muchas ciudades se negaron á pagarle; y habiendo llegado de Flandes la armada en que debia hacerse á la vela, embárcase dia 20 ó 21 de mayo, y se aleja impasible de unos reinos encomendados á su cuidado, y presa de la devastacion y de unos rencores implacables. El cardenal Adriano quedó nombrado gobernador de Castilla y Leon, y Antonio de Fonseca capitan general.

Felicísimo fué el viaje de Cárlos. Á los seis dias aportó en Hythe (1), puerto de Inglaterra. Habia sabido que Francisco primero y el monarca inglés iban á tener una entrevista; por lo que, aprovechando los momentos, dispuso destruir de antemano sus efectos, y tomar por juez al que querian darle por contrario; trató, pues, amistad con el rey Enrique, haciéndole árbitro de sus diferencias con el francés; y vuelto á embarcarse en Sandwich, tomó tierra

(1) Nuestros autores no estan contestes respecto al primer puerto ingles á donde aportó Cárlos. Lingard, inglés autorizado, dice ser Hythe.

en Flesinga. Muy luego le llegaron los clamores de sus súbditos de la península, con instancia para que volviese á calmar los ánimos con su presencia; mas no le pareció conveniente este consejo, y prefirió escribir á las ciudades diciéndolas que renunciaba al donativo de las córtes de la Coruña, que no se haria puja en las rentas reales, ni se darian destinos á los extranjeros, con lo que parecia poner él mismo la razon de parte de los desobedientes; pero al propio tiempo escribió á los nobles y caballeros empeñándoles á sostener su causa, y nombró al almirante Enriquez y al condestable Velasco para gobernadores junto con Adriano. Cárlos se desembarazaba por el pronto de todo otro cuidado que no fuese recibir la imperial corona. Acompañado de sus guardias, de su hermano don Fernando con tres mil alemanes, y de muchos grandes y caballeros, entre ellos el duque de Alba, don Diego Hurtado de Mendoza, don Fadrique de Toledo y su padre el marqués de Villafranca, salió de Bruselas, y en una aldea saliéronle al encuentro los electores, diciéndole que en Aquisgran picaba vivamente la peste, y que si le parecia le coronarian en otra ciudad. A lo que respondió que por ninguna peste habia que alterar lo dispuesto. Hizo, pues, en medio de la impresion de asombro que causaba su voluntad enérgica, una entrada verdaderamente imperial en aquella ciudad: y en su iglesia mayor fué ungido. Trasladóse luego á Colonia y Lieja, convocando para Wormes su primera dieta.

Entretanto Castilla regaba sus campos con la propia sangre. Toledo fué la primera ciudad en donde se inflamó el combustible de la general irritacion, y del descontento hacinado hacia tiempo, y acrecentado siempre. Desde Santiago, sabedor don Cárlos de que uno de los que

mas contrariaban en Toledo su voluntad era don Juan de Padilla, jóven animoso, hijo del adelantado mayor de Castilla, y esposo de la no ménos animosa doña María de Pacheco, mandó prenderle, y con él á Hernando Dávalos, otro gefe de los desobedientes. Opónese el pueblo, ahuyenta al alguacil mayor, recorre las calles apellidando «comunidad» para la defensa, de lo que vino el nombre de comuneros, quita la vara al corregidor y se la devuelve en nombre de la comunidad y del rey, penetra en la casa del alcaide, y sin saquearla, arroja al rio los muebles, toma á viva fuerza el puente de San Martin, y las puertas del Cambron y Visagra, y creciendo en número hasta reunir veinte mil hombres en un dia, prueba de cuán hondas y sensibles debian ser las causas del general desasosiego, embiste y obtiene la entrega del alcázar y del puente de Alcántara. Á los pocos dias, pareciéndole al corregidor que, pasado el hervor primero, recobraria su imperio, mandó que ninguno saliese con armas. Pero la autoridad, reputada entonces conculcadora de las leyes, habia perdido aquella fuerza que hace respetables sus mandatos, y su voz fué tomada por una provocacion atrevida; reunidos los comuneros en mayor número rompen esta vez por todo, echan al corregidor y sus ministros, y toman el gobierno de Toledo.

Al eco de esta explosion, alteráronse en breve muchas otras ciudades. Zamora apellidó á grito herido traidores á los que habian como procuradores suyos concedido donativo en las córtes de la Coruña, y á no interponerse con autoridad y prudencia el conde de Alba, y con ruegos su esposa, derribaran sus casas: mas se contentaron con arrastrarlos y ahorcarlos á ellos en estátua. El obispo de la ciudad, don Antonio de Acuña, se inclinó desde luego á favor de los comuneros.

En Murcia se armaron los vecinos, y salieron gritando «comunidad;» y queriendo el alcalde de córte, Legizamo, castigarlos, convirtieron el alarde en rebelion, obligaron á Legizamo á entregarles los procesos, y, auxiliados por Lorca y Cartagena, y reunidos mas de ocho mil hombres, echaron de la ciudad á todos los ministros reales.

Úbeda, Badajoz, Jaen, Baeza, Cáceres y Cuenca, tomaron tambien á poco tiempo partido por la comunidad. En unas partes se daba el grito con unanimidad, y sin sacudimientos; en otras la resistencia llamaba al desman, y en algunas las pasiones se daban el color dominante, para saciarse enmascaradas, ó para renovar antiguos bandos. En Leon, Ramiro Nuñez de Guzman tomó la voz, y queriendo impedirlo el conde de Luna, medió una sangrienta reyerta, hasta que Luna tuvo que escapar á uña de caballo. Palencia, al mismo tiempo que dió el grito, se mostró sentida de su obispo, arrojó sus provisores, y mandó gente á Villamuriel, á talar sus sotos, y quemar su casa y fortaleza. Alcalá de Henares echó al vicario del arzobispo de Toledo; Dueñas al conde de Buendia; Haro al condestable; Nájera á su duque.

Levantóse tambien Burgos en ocasion que se habian juntado los vecinos en la iglesia mayor para hacer las elecciones ordinarias de sus parroquias. Acaudillaron á los descontentos Anton Cuchillero y Bernal de la Rixa; mas estos quisieron que aceptase el cargo de capitan don Diego Osorio, y como se negase y huyese, recorrieron furiosos los barrios, en escuadrones, desmandándose. Tenian ojeriza, reputándole enemigo de las comunidades, al obispo Mota, y quemaron la casa de su hermano; sus papeles y escrituras dieron ardor á una hoguera encendida en medio de la

plaza; y añadiéronle pábulo con unos cofres á que no tocaron y que estaban llenos de preciosas alhajas. Á un aposentador real llamado García Jofre le derribaron la casa; persiguéronle hasta Vivar, y alcanzándole, metióse, buscando sagrado, en una iglesia, y un sacerdote pensó ampararle presentando á los amotinados el Pan eucarístico; mas no le valió, que le llevaron á la cárcel de Burgos, en donde murió del susto y de los golpes. Adriano envió á Burgos al condestable para que con calma apagase aquella efervescencia; y por algun tiempo lo logró: pero, queriendo poco despues reducirlos, y habiendo hecho entrar secretamente cuatrocientas lanzas, levantáronse mas furiosos que antes los comuneros, y tuvo al fin que abandonar la ciudad y trasladarse á Briviesca.

En Valladolid, sabiéndose que habian entrado con el cardenal Adriano los procuradores de la ciudad, púsose en armas el pueblo, pidiendo su cabeza. Huyeron aquellos, y por el momento se restableció la calma. Tampoco pudo el incendio hallar alimento en las ciudades de Andalucía; y si bien se reunieron en Sevilla seiscientos hombres al mando de Juan de Figueroa, y, apellidando comunidad, se apoderaron del alcázar, sin embargo fué recobrado este muy luego por los esfuerzos de algunos caballeros, y quedó sosegada la ciudad.

No habian tenido semejante fin las alteraciones habidas en Madrid. Súpose en ella que habia entrado el alcalde de córte de la chancillería de Valladolid, y diciéndose que era su objeto hacer pesquisas contra los toledanos, sublevóse el pueblo, y buscábale ganoso de ensañarse en él. Mas huyó al primer rumor. Rota ya la valla, va la gente en busca de armas, apellida comunidad, se apodera de las puertas,



SEGOVIA

nombra alcalde mayor y capitan, y pone sitio al alcázar. Su gobernador salió de él una noche por gente y víveres, mas no pudo volver ni socorrer á su esposa doña Inés de Carvajal; que quedó en él defendiéndole con denuedo. Madrid pidió auxilio á Toledo para rendir el alcázar, y obtúvole de cuatrocientos infantes y trescientas lanzas, con lo que, reducida ya al extremo la Carvajal tuvo que rendirse, ganando en ello los comuneros muchas armas, artillería y pertrechos.

Ávila hizo un pacto singular. Apellidó comunidad, intentó apoderarse del alcázar, y no pudiendo lograrlo, trató con sus defensores que ninguno de los dos bandos hostilizase al otro, siguiendo cada uno su partido.

En Guadalajara la explosion fué terrible. Dado el grito buscó el pueblo á sus procuradores, llamándolos traidores, y no pudiéndolos haber, derribó sus casas, sembrólas de sal, y nombró por juez y capitan suyo al conde de Saldaña, hijo del duque del Infantado. El padre se escusó con Adriano, escribiéndole que su hijo habia admitido el mando para ver de hacer entrar en los ánimos la calma.

Sigüenza imitó á Guadalajara, deponiendo á cuantos ejercian cargos de justicia. Teatro de escenas repugnantes fué Segovia. Murmuraban algunos contra los ministros de justicia y sus dependientes, cuando acertó á pasar el corchete Lopez Melon, y reprendiólos con aspereza en ocasion en que los ánimos no estaban para sufrirla; dieron voces contra él, y se metió en sagrado, mas le sacaron de él, le arrastraron, atada al cuello una soga, y le colgaron de una horca. Otro corchete acertó á pasar, por nombre Roque del Portal, y diciéndole que su compañero le esperaba, como le viesen con papel y pluma y en ademan

de querer escribir sus nombres, matáronle y le colgaron de los piés. Aquella noche uno de los procuradores de la ciudad, Rodrigo de Tordesillas, de vuelta de la Coruña, quiso entrar en su casa, pues era recien casado, y tenia en ella su mujer; y al levantarse se fué de gala, sin que bastasen ruegos de amigos á detenerle, á la iglesia de San Miguel, en donde habia ayuntamiento. Supiéronlo los comuneros, cercaron la iglesia, y furiosos pidieron á Tordesillas. Saliose este al cementerio; un comunero le arrancó los capítulos de las córtes é hízolos pedazos; y cogiéndole le llevaban á la cárcel, mas fué desgracia suya que la hallaron cerrada, y entonces gritaron diciendo que para qué necesitaban cárcel habiendo horca. Varios religiosos salieron al paso á la muchedumbre llevando en procesion á Dios para contenerla, mas ni así pudieron conseguirlo, y solo uno de ellos logró que diesen confesion á aquel desgraciado. Confesóse, formando los otros círculo, y á poco, pareciéndoles que tardaba, y que el religioso quería quitarle la soga que en el cuello le pusieran, derribaron á Tordesillas y le arrastraron, tiraron de ella, hasta colgarle de los piés en medio de los dos corchetes.

Las circunstancias lamentables de la insurreccion de Segovia transformaron la contienda en guerra civil. Consultada sobre el caso por Adriano la chancillería de Valladolid, su presidente se declaró por una represion severa; y aunque don Alonso Tellez de Giron se opuso diciendo que los tiempos no permitian fuertes escarmientos, y que cuanto mas se castigase en aquella ocasion la llaga mas se enconaria, el cardenal Adriano opinó como el presidente: tal vez porque conocia mejor el sentir de Cárlos, y vió que si alguna ocasion debia presentarse para apellidar guerra,

era aquella en que el horror de dichos excesos amenguaba la justicia de los quejosos, y levantaba á su vez un grito de reprobacion que dividia los ánimos en dos bandos: mandó pues al alcalde Ronquillo que juntase gente, y con ella y mil caballos que puso á sus órdenes al mando de los capitanes Luis de la Cueva y Diaz de Rojas, pasase á hacer escarmiento en la ciudad de Segovia. Grande fermentacion excitó en ella esta noticia. Juntáronse los comuneros en cuadrilla y discurrieron por las calles dando vivas á la comunidad y al rey, y mueras á los malos consejeros, y apoderándose de las puertas, y dando y quitando empleos y dignidades, formaron cuadrillas y se aprestaron para la defensa. Antes quisieron nombrar gobernador á don Fernando de Bobadilla, quien se negó y se hizo fuerte en el alcázar, y en él, abriendo fosos y levantando barreras, le cercaron: y á cuantos no seguian la comunidad, allanáronles las casas y se las asolaron. Representaron á Valladolid los priores de algunas comunidades, diciendo que, reservados para mejores tiempos los rigores de la justicia, se hiciese uso ahora de la bondad y de la clemencia; pero Adriano, que habia conseguido ya levantar una opinion y formarse un núcleo de fuerza, insistió en que era preciso llevar por delante el escarmiento.

Adelantóse Ronquillo con su gente contra Segovia, mas hallándola apercebida, replegóse á Árevalo, y luego estableció su tribunal en Santa María de la Nieva, dando por traidores á los de Segovia, y mandando que nadie les entrase víveres: y, enfurecido por no poder cebarse en ellos, en ocasion en que sus corredores detuvieron á unos peones andrajosos, supuso que pertenecian á la comunidad, y les hizo dar tormento, mandando escribir las entrecortadas frases

que el dolor les arrancaba, y que tradujo por complicidades, y condenólos á ser arrastrados, ahorcados y descuartizados; mísero alarde de justicia, en que fueron castigados inocentes para poner espanto en los culpables.

Mas no se espantaron, antes se enardecieron con mas furia; y, reunidos al mando de Anton Casado, embistieron á Ronquillo, á quien le valió su buena caballería para contenerlos y rechazarlos. Algunos prisioneros que hizo, ahorcólos al momento. En esto le llegó un refuerzo de arcabuceros; y á su vez los de Segovia le pidieron á las otras ciudades comuneras. Enviaron ellas sus procuradores á Ávila, y en la catedral, sobre los evangelios y la cruz, juraron defender el reino y poner remedio á los males públicos. Así entraron en campaña Juan de Padilla con la gente de Toledo, Juan Zapata con la de Madrid, y Juan Bravo con la de Segovia. Tres mil y quinientos hombres salieron contra Ronquillo al mando del regidor Peralta: al primer choque retrocedió Ronquillo, y creyéndole los comuneros fugitivo, le siguieron con mas denuedo que disciplina; por lo que, revolviendo contra ellos el alcalde, desordenólos y prendió á Peralta. Acudieron en lo mas recio Zapata, Bravo y Padilla, y no solo rescataron á Peralta, sino que desalojaron de Santa María de la Nieva á Ronquillo, dieron á las llamas el cadalso que en ella habia levantado, acosáronle de cerca, matáronle algunos caballeros, prendieron á otros, y le tomaron la caja, en la que habia dos millones, segun despues se dijo.

Conoció el cardenal Adriano que era ya tiempo de echar el resto, y así, mandó al general don Antonio de Fonseca, que juntase cuanta infantería y caballería pudiese, y tomando tambien á sus órdenes las fuerzas de Ronquillo, y

las tropas permanentes del emperador, fuése á Medina del Campo por artillería, y cayese contra Segovia.

Habian los de esta ciudad avisado á los de Medina que no permitiesen sacar la artillería, pues la queria Adriano para su destruccion comun: así Fonseca halló asestadas contra él las piezas con que queria sujetar á los comuneros. Enfurécese, embiste á los medinenses, y pega fuego á sus hogares; mas ellos le rechazan denodados, aumentando su ardor las mismas llamas que devoraban sus haciendas, y ahuyéntanle hasta Arévalo. Impotente para ser justiciero, dióse Fonseca el placer salvaje de ver como ardia casi toda Medina, y su convento de San Francisco por entero, y de oir los alaridos de las mujeres y de los niños que en las llamas perecieron: mujeres y niños solo, pues los hombres todos le habian presentado sus pechos animosos. Sobre los ardientes tizones de aquella inmensa hoguera se apellidó comunidad, y si mediaron algunos actos crueles en medio de tanta desolacion y ruína, muy pocos fueron jamás tan horriblemente provocados.

Al saberse en Valladolid el estrago, se toca á rebato, reúnense seis mil hombres, pegan fuego á la casa del procurador de la villa, derriban la de otro que habia otorgado donativo á don Cárlos, y reducen á cenizas la de Fonseca y otro de sus allegados. En vano, para calmar los ánimos, dijo el gobernador Adriano que Fonseca habia obrado contra su voluntad, y aun le hizo intimar que acudiese á darle cuentas: la voz de comunidad fué sostenida, y Fonseca huyó á Portugal, y de allí pasó á Flandes.

Lo que su bárbaro proceder habia hecho perder en autoridad á Adriano, ganólo la causa de los comuneros. Padilla, Bravo y Zapata reuniéronse en Medina, y dia 29 de agosto

se encaminaron á Tordesillas con toda su gente y artillería, y entrando en la poblacion sin estorbo, subieron á besar la mano á la reina doña Juana, de quien se prometian sombra y arrimo; y luego Juan de Padilla contó á la reina la muerte de su padre, la venida de don Cárlos, su vuelta, las injusticias de que eran víctima las çiudades, y como se habian armado casi todas ellas para servirla é implorar de su buen corazon un remedio para sus calamidades. Atónita la reina, y fija la vista en Padilla, pareció que su anterior buen juicio pugnaba por deshacerse de sus íntimas trabas y asomarse en sus ojos y en sus labios. Dijo que todo aquello ignoraba, y que á haberlo sabido acudiera al remedio; pero que él, como capitan general, hiciese todo cuanto fuese necesario, y reuniese en Tordesillas la junta de Ávila, para lo cual llamaba allí á las ciudades de voto en córtes. Ávila, Burgos, Cuenca, Guadalajara, Leon, Madrid, Salamanca, Segovia, Soria, Toledo, Toro y Valladolid acudieron al momento, y dia 24 de setiembre, la reina, acompañada de la infanta doña Catalina, les dió á besar solemnemente su mano. El procurador de Burgos, don Pedro de Cartagena, suplicó á la reina que tomase sobre sí el gobierno para bien y salvacion del reino: á lo que respondió que sentia mucho que los extranjeros hubiesen cargado tanto la mano en el reino; y que nombrasen cuatro personas de las mas dignas para que hablasen con ella y la ayudasen á aplicar remedio á los males públicos.

La junta separó del lado de la reina á los partidarios de Adriano, reunió gente armada, de manera que los contornos de Tordesillas parecian un vasto campamento, y dispuso que un religioso diese órden á los comuneros de Valladolid de prender al presidente y demás miembros del

consejo. Los de Valladolid dijeron que por sí no podian ejecutarlo, pero facultaron á la junta para que mandase gente y lo hiciese. Acudió Juan de Padilla con mil doscientos hombres, prendió á los que pudo haber, depuso los ministros de justicia, y llevóse los libros y el sello de la corona. El cardenal Adriano, testigo mudo de estas escenas, quiso fugarse, y por dos veces lo intentó inútilmente; mas la tercera lo hizo disfrazado, y dia 20 de octubre se trasladó á Rioseco, para darse la mano con el condestable de Castilla, que iba reuniendo gente.

Inútilmente habia la junta requerido á este para que cesase en el gobierno de Castilla. Hombre de voluntad dura, y de grande actividad, habia empleado todos sus momentos, en medio de aquellas turbaciones, para servir á Cárlos. Daba órdenes en nombre del emperador, prometia recompensas, pintaba con exageracion las crueldades de los comuneros, escribia á los pueblos no alterados, diciéndoles que hacian á su rey un gran servicio que no echaria en olvido, y á los desobedientes indicábales que todavía era tiempo para la enmienda; á los caballeros y á los grandes decíales que debian separar su causa de la de la gente baja, y que en la milicia y en los públicos destinos tenian campo en que lucir sus entendimientos, ó en que ganar gloria; al rey de Portugal pidióle prestados cincuenta mil ducados, y los obtuvo; al virey de Navarra díjole que juntase buen número de gente, y supo luego que le mandaba caballería é infantería; y por último, trabajaron tanto en Burgos sus enviados, y supo darse allí tan buena maña, ofreciendo olvido completo, grandes ventajas y la confirmacion de ellas por Cárlos, en prenda de lo cual entregó en rehenes á la ciudad dos hijos suyos, que sus comuneros abjuraron, y separán-

dose de la comun causa, entraron á servirle con ahinco. Primera defeccion, y de pueblo no poco reputado, para no ser sentida de la junta, é influir contra ella desfavorablemente. Con tal ejemplo, el almirante de Castilla probó si reduciria tambien la ciudad de Valladolid, mas esta se mantuvo en su resolucion primera. Reunió en esto el condestable varios refuerzos. Acudió con dos mil quinientos infantes y doscientos cincuenta caballos el conde de Benavente, con mil quinientos infantes el conde de Lemos, con mil el de Valencia, con trescientos cincuenta don Fernando de la Vega, con quinientos su capitan enviado del virey de Navarra y con doce cañones, y con muchos otros infantes y caballos el mariscal de Fromesta, los marqueses de Falces y Aguilar, los condes de Osorno y Oñate, y otros señores.

Habian en tanto los comuneros dado varias aunque inútiles embestidas al alcázar de Segovia; y hecho diversion sobre Alaejos, á cuya fortaleza pusieron sitio; mas el denuedo del alcaide les costó grave pérdida en hombres, en reputacion y en tiempo; y á la verdad que las disposiciones tomadas por el condestable, y por sus compañeros de gobierno, no eran para mirarse tranquilamente. A su vez escribieron á las ciudades en demanda de gente, y á varios caballeros ofreciéndoles adelantos; y al mismo rey de Portugal enviaron embajada pidiéndole auxilio, y ofreciendo la mano de la infanta doña Catalina para el príncipe don Juan; á lo que, temeroso para mas adelante de los enojos de Cárlos, respondió el rey don Manuel que no podia faltar á la amistad debida al emperador, y que á lo mas se brindaba á serles medianero con él. Entonces, hasta á doña Juana les pareció que podian casarla con el duque de Calabria. Imaginaciones de la necesidad, de las cuales, la mas pre-

ñada de imposibles, convertíanla en la mas peregrina y digna de tomar por asidero.

Empeñada la lucha vióse que eran sus condiciones desiguales. Asistia á las ciudades el fondo de justicia con que reclamaban la observancia de sus leyes y el cumplimiento de las promesas reales; ni era posible que se levantasen espontánea y enérgicamente tantos pueblos sin tener aquel fondo de su parte; pero contrariábalas el sacudimiento mismo y espantable aspecto que al declararse tomaban. Militaba la razon en favor suyo, y matábalas la necesidad de defenderla con estrépito. Si únicamente contra el rey de Castilla dieran tono y vigor á sus fibras, es en lo humano presumible que el monarca cediera á las leyes; mas tenian por contrario nó á su rey solamente, sino al de la España entera, y al coronado emperador de Alemania; y en este caso, no apoyando los demás pueblos de la monarquía las pretensiones de Castilla, dejábanla aislada ante un enemigo poderoso. Rechazábala Andalucía; Aragon, cuidadoso de lo propio, solo á sus cosas atendia; Cataluña no comprendia que Cárlos, tan tratable con ella, fuese con los castellanos arisco; Navarra daba vagar y aun gente para que fuese Castilla sujetada; y Valencia tomaba en sus estremecimientos un carácter convulsivo, con el cual no parecia para mas adelante compatible nada que fuese asentado, y que, dando desvio contra sí, en vez de tender la mano, contrariaba. Y si á esto se añade que los enemigos de las ciudades castellanas tenian un centro de vigor en la voluntad de don Cárlos, y por el contrario aquellas, momentáneamente aunadas en su descontento, tendian á la desunion por su propio peso, parecerá evidente que las fuerzas de los combatientes no podian compararse. En cuyo caso aconséjale al cronista la de-

licadeza no rebajar á los débiles para ensalzar á los fuertes, ni acriminar á los caidos para dar incienso á sus vencedores.

Habia enfermado doña María Pacheco; y don Juan de Padilla, su marido, mas cuidadoso con ella de lo que la causa pública se lo permitia, pasó á Toledo por verla; llegaron en esto á Tordesillas refuerzos varios, entre ellos don Pedro Giron con su gente, y el obispo de Zamora con cuatrocientos clérigos armados, y con quinientos hombres de guardias; tratóse de la eleccion de gefe, y recayó en don Pedro de Giron, atendida su buena sangre y sus prendas personales: motivo grande de disgusto para Padilla, y contrariedad no pequeña para su causa.

Antes de dar principio á una nueva campaña, el almirante de Castilla trató de un acomodamiento, é instando á los de Tordesillas, reuniéronse procuradores de una y otra parte; mas entendiendo aquel que las comunidades debian disolverse sumisas, y replicando las ciudades que esto equivalia á querer los honores del triunfo alejando hasta el menor recelo del peligro, apartáronse dispuestos á llevar al campo la querella, protestando unos contra otros de no ser ellos la causa de las desgracias que sobreviniesen y de la sangre que se derramase.

Reunió Giron un ejército compuesto de diez mil infantes, ochocientos caballos, y cuatrocientos hombres de armas, y dia 27 de noviembre ganó, venciendo á los contrarios, el pueblo de Tordehumos, y puso su campo á dos leguas de Rioseco. Tres dias despues formóse en batalla, esperando á que los imperiales le acometiesen, y repitiólo dos veces: mas el condestable no hizo caso de su alarde, ocupado en concentrar todas sus fuerzas que muy luego llegaron á

unos ocho mil infantes, y dos mil quinientos caballos. Ya entonces, elegido gefe en la persona del conde de Haro, quisieran los imperiales arremeter contra los comuneros; pero los mas creyeron ser preferible en aquella coyuntura buscar inteligencia con Giron, interceptar los víveres á sus tropas, enardecer las varias voluntades que en los enemimigos imperaban, y caer con fuerza sobre Tordesillas.

Buenos resultados les dieron á los imperiales sus tratos secretos con Giron, pues este retrocedió alegando frívolos pretextos, y dejó que el conde de Haro con los imperiales tomase á Villagarcía, y se encaminase á Tordesillas con todas sus tropas, el dia 5 de diciembre. Requirió la entrega de la poblacion, y siéndole negada, abrió brecha en la muralla, y entró consintiendo el saqueo. Mientras los grandes y caballeros besaban la mano á la infeliz doña Juana, cebábanse los soldados en la sangre y los bienes de aquellos malaventurados moradores.

Giron hizo movimiento como si intentase socorrerlos, mas se volvió con la noticia de su pérdida, y entró en Valladolid, ocupándose en pedir á las ciudades de la comunidad que le mandasen socorros en hombres y en víveres. Pero los víveres caian en poder de los imperiales, y los refuerzos de gente tenian la desgracia de ser acometidos y desbaratados por el conde de Haro. Así se perdió un refuerzo de ochocientos hombres procedente de Segovia, y otro de quinientos que mandaba Salamanca. Exasperados los comuneros pidieron que fuese cortado el puente de Simancas, que daba paso á los imperiales; salió Giron para ejecutarlo, pero salió tarde, y no pudo: con lo que, echado al hombro el disfraz de comunero, se pasó á los contrarios. Achaques propios de las humanas miserias. Por acla-

macion eligieron al momento los comuneros por gefe á don Juan de Padilla. Súpolo en Toledo, y reunido un buen refuerzo de gente pasó á Medina del Campo, sin que Haro se atreviese á salirle al encuentro, y entró en Valladolid, recibido con gran entusiasmo. Diéronle por compañero en el consejo á don Gonzalo de Guzman y al obispo de Zamora: precaucion mala aunque justamente inspirada por la anterior experiencia. Lo que hacia Haro con los refuerzos dirigidos á los comuneros, hiciéronlo estos con los que los imperiales esperaban. En Cigales sorprendió Padilla un cuerpo de tropas, y se apoderó de él en medio de la confusion y del saqueo. El obispo de Zamora arrojó de Ampudia á los contrarios, acercóse á Burgos por ver si la ciudad se levantaba nuevamente, tomó á Fuentes dándola al saqueo, y volvió á Valladolid con algunas presas. Y de esta manera el año de 1520, tan glorioso para los españoles en el imperio mejicano, y en los confines de la América Meridional, en donde se ilustraban Magallanes y Elcano, acabó en España entre llantos de horfandad y lamentos de míseras familias, rastro doloroso que iban dejando tras sí teñido en sangre unas huestes furibundas.

CAPITULO VI. — Guerras sostenidas por el emperador fuera de la península. Continuan las alteraciones en Valencia. Alteraciones en Mallorca. Batalla de Villalar y fin de las comunidades en Castilla. Defiéndese Toledo. Enciéndese guerra en Navarra. Año 1521.

Continuaba el emperador en Alemania, puesta su atencion en otros cuidados, mientras ardia la península dividida en bandos civiles. Rodeábanle allí nuevos aduladores ambiciosos que empezaban á hacer sombra al favorito Gevres. Mas no le duró á este el disgusto, pues bajó al se-

pulcro con la fama de haber sido uno de los mas avarientos ministros; poco antes habia perecido tambien, víctima de una caida de caballo, Guillermo Croy, arzobispo de Toledo. Abierta la dieta del imperio en Wormes, habíase tratado en ella principalmente de las herejías de Lutero contenidas en su libro de la cautividad de Babilonia; preguntóse al autor si las abjuraba, y respondió que nó, pues las tenia por la pala bra de Dios; visto lo cual escribió Cárlos de su puño propio una confesion de fé, y poco despues publicó un edicto condenando como hereje á aquel autor y á sus secuaces, si luego no se retractaban.

Traia esta cuestion hondamente divididos los ánimos en Alemania, como la de las comunidades en Castilla; por lo que á Francisco I le pareció sazon oportuna para acometer á su rival y dar principio á las sangrientas guerras que asolaron por algunos años varias comarcas europeas; y en sentir de algunos fué para Cárlos una fortuna que así lo entendiese y ejecutase el francés, pues dió diversion contra los extraños á los ánimos de sus súbditos unos contra otros enconados, y la mayor parte de sus iras las encaminó contra un enemigo tan arrogante como poderoso.

Dió el primer pretexto para la guerra Roberto de la Marca, que perdió en pleito por justicia la poblacion de Hierges, y resentido atrevióse á desafiar á Cárlos, y reunida gente cerca de París, entró con ella en el Luxemburgo y puso sitio á Vireton. Cárlos manda contra él al conde de Nassau con un ejército para castigarle, y le reduce á pedir treguas. Pero el vigor de la defensa no fué en proporcion de la acometida, y reveló que Cárlos veia detrás de Roberto á Francisco I. Quejóse, pues, á este; y ambos monarcas eligieron por árbitro al rey de Inglaterra. Pero á

su vez Francisco vió en el conde de Nassau solamente una avanzada, segun eran los refuerzos que preparaba Cárlos; y no queriendo que le cogiesen desprevenido, hizo levantar buen número de tropas y situarlas en la Picardía, la Champaña, la Guiena y el estado de Milan. Cuarenta dias de treguas se emplearon en hacer grandes preparativos de guerra. Nassau cayó sobre Monzon, tomóla y sitió á Meziers; pero acudiendo Bayardo, rompió los diques del rio en que se baña aquella plaza, é inundando su campo le obligó á replegarse.

Ya en esto Cárlos se acercaba á Flandes pasando por Colonia. Asistió en esta ciudad á la procesion de Corpus: y como le insinuasen que yendo descubierto podia dañarle el sol, respondió que ni el sol de Corpus ni el sereno de jueves santo le dañaban. Así aspiraba á la superioridad en todo y contra todo. El monarca inglés habia citado á Cárlos y á Francisco para que compareciesen en Calais á fin de arreglar sus diferencias: ambos mandan allá embajadores; Cárlos, superior en la sumision, dice que cumplirá lo que mande el inglés; pero superior tambien en la intriga, está seguro de que Enrique mandará cosas de su gusto: por lo que Francisco hace inútiles las conferencias y acude con fuerzas al socorro de Tournai, sitiada por el gobernador de Flandes. Adelántase Cárlos para reforzar á los sitiadores, y la plaza se entrega.

Y no fué únicamente en Flandes en donde los dos monarcas se hicieron cruda guerra. Habia Cárlos solicitado del papa que le ayudase á recobrar para los Esforcia el Milanesado, arrojando de él á los franceses, y devolviendo al dominio de Roma algunas ciudades que antes poseyera. Convino en ello el pontífice, y reunidos unos doce mil

hombres por parte del emperador y diez mil por la del papa, acamparon cerca de Parma. El francés Lautrec, que era gobernador de Milan, pidió refuerzos á los venecianos como aliados de la Francia, y se puso en marcha hácia Cremona. Llególes en esto á los imperiales un refuerzo de cinco mil hombres, y embistiendo la ciudad de Parma apoderáronse de sus arrabales. Lautrec con sus tropas acudió por un lado sobre Parma, y por otro los venecianos en número de doce mil hombres; con lo que los imperiales se replegaron por el pronto; mas, recibido un nuevo refuerzo de tres mil hombres, cruzaron el Adda sin que Lautrec pudiese impedírselo, y acercándose á Milan sembraron la consternacion en su recinto. Lautrec retrocede á su vez, y dia 24 de noviembre entraron los imperiales en aquella capital sin efusion de sangre Pavía abrió tambien sus puertas á los vencedores; la ciudad de Como fué saqueada á pesar de que el gefe de los imperiales entró en ella por entrega, tras una viva resistencia: dijo el general que no habia podido contener á sus soldados. Alejandría de la Palla sucumbió tambien, entrando en ella los imperiales mezclados con los franceses, tras una refriega en la que estos fueron arrollados.

Principiada estaba ya, y con encarnizamiento, aquella memorable lucha. Mucho mas llena de mortandad y de espanto, y menos acompañada de lauros, era la que derramaba el luto sobre una buena parte de nuestra península. Continuaba el reino de Valencia siendo teatro de terribles devastaciones. Gandía quiere entrar en la germanía, y son al momento ahorcados los que lo intentan. Forcal, Villafranca y Portel se levantan, y cayendo los de Morella sobre aquellos habitantes, los prenden y mandan ahorcarlos y descuarti-

zarlos. Los valencianos amenazan á los de Morella con represalias, y los contienen. En San Mateo quiso el pueblo registrar la casa de Bernardo Zaera, diciendo que habia dentro gente armada. Salen Zaera y su criado, y como en aquel momento sacasen los clérigos el Pan divino para calmar el alboroto, abrázanse con el sacerdote que le llevaba, y allí mismo fueron hechos pedazos. Saquean algunas casas, y vaciando las bodegas dicen que por San Juan pagarán el vino. Acuden de Morella y otras partes tropas, entran á viva fuerza en San Mateo, entregan al saqueo las casas de los agermanados, y á ellos los acorralan y circuyen en la iglesia y su torre. Los de Morella se cubren con gruesos maderos á manera de mantas, abren las puertas de la iglesia, encienden fuego dentro echando en él mucha paja, y el humo mata ó rinde á sus contrarios, de los cuales son ahorcados los de mas nota, el dia mismo de San Juan, plazo que ellos poco antes, muy ajenos de sospechar el caso, prefijaran. Muchos habitantes de Valencia consternados habian acudido al virey, pidiéndole que volviese á la ciudad y pusiese remedio á los males que en ella se padecian: mas respondiales que mientras no depusiesen los gremios las armas, le era imposible. Iba en tanto juntando tropas y disponiendo que los caballeros y señores acudiesen cada uno con la gente que pudiese. Un hijo del duque de Segorbe reunió hasta seiscientos hombres, entró en Villarreal y la saqueó, embistió á Castellon y tambien la puso saco, alcanzó un cuerpo de agermanados salido de Valencia al mando de Estelles, le derrotó, prendió al gefe y á otros muchos, ahorcólos, y la cabeza de Estelles púsola en una escarpia en la puerta misma de Castellon. Sabiéndolo los valencianos salen en número de dos mil hombres, entran en Corvera y la saquean,

encamínanse á Mogente y danla sin fruto cinco asaltos furiosos, y ocupan despues de una encarnizada lucha el castillo de Játiva. Llegó á tanto el furor de las gentes, que las mujeres se escondian con sus alhajas en los templos, que el clero tenia fortificados, pertrechados y avituallados, para salvar su honor y sus haciendas.

Ya no eran partidas sueltas las que recorrian el país poniendo á contribucion sus moradores: eran respetables cuerpos de ejército que ejecutaban en masa las venganzas. Si la germanía saqueaba algun pueblo, era seguro que al saberlo los caballeros entraban á saco otro pueblo, en el que suponian inteligencias con los agermanados. Si los nobles llevaban á cabo algun acto rigoroso, ahorcando á los agermanados que caian en sus manos, estos á su vez contestaban con otras no menos horrendas ejecuciones. Horror y consternacion, sed de la hacienda y de la sangre ajenas, no ofrecia otro espectáculo el desgraciado reino de Valencia; y llegados á tal grado de excitacion los ánimos, y aumentada además por la falta de trigos, que no les llegaban ya de Cerdeña ni de Sicilia, por impedirlo órdenes terminantes del emperador, la lucha debia terminar con la ruina de uno ó de otro bando.

El duque de Segorbe, reunidos tres mil infantes y doscientos caballos, se acercó á Murviedro y la hostigaba sin descanso. Salen los gremios de Valencia en número de cinco mil hombres, y juntándoseles en Murviedro dos mil mas, no vacilan en presentar batalla al duque. Disparada la artillería, algunos moros, vasallos del duque, huyen desordenando á un tercio de catalanes que tambien le seguia: mas los de Morella y Onda cargan á la germanía, la desordenan, la ponen en precipitada fuga, y la persiguen hasta

Murviedro. Pero los agermanados se habian dividido en dos partes antes de entrar en batalla, y una de ellas habia dado vuelta á unas colinas para cortar la retirada al enemigo. Aparecen, caen sobre los moros fugitivos, los degüellan, échanse sobre los catalanes y rompen sus filas. De nuevo era dudosa la victoria, cuando se presentó el duque con gente fresca, y cargando con furia sobre los agermanados hizo un grande estrago. Dos mil de ellos quedaron tendidos en el campo.

Hubiera tal vez sido decisiva esta batalla si pocos dias despues no hubiese el virey perdido otra con que quedaron equilibrados los dos bandos. Habíase aquel acercado á Játiva en donde habia la germanía juntado ocho mil hombres, con los cuales fuéron derechos al virey que solo podia contar con cuatro mil infantes, quinientos caballos y trece cañones. Jugó la artillería de los dos campos, la de los agermanados con buena direccion, y la del virey mal servida. Tenia este moriscos y manchegos en su servicio, y huyeron desbandados; y lo mismo hicieron los señores siguiendo al virey, que se encaminó á Denia, y de allí se trasladó á Peñíscola, y poco despues fué á ocultar su derrota bajo los laureles ganados por el duque de Segorbe, mientras acudian de Castilla á reforzarle, al mando del marqués de los Velez y del de Moya, seis mil infantes, doscientos caballos y buena artillería. Rindióse Elche á los cristianos; Alicante les abrió sus puertas; los agermanados quedaron vencidos cerca de Orihuela, con pérdida de mil muertos, y fueron acosados hasta esta ciudad, en la cual entraron mezclados con ellos los castellanos, dándola al saqueo: todos los capitanes, alféreces, abogados y gefes de los gremios, llamados Treces, que cayeron en manos de los vencedores, fue-

ron entregados al patíbulo y descuartizados. Espantada Valencia acude á Segorbe á implorar proteccion del infante don Enrique, por alejar de sí los horrores del castigo, y aprovechando el infante sazon tan oportuna, entra con aplauso en ella, dia 17 de setiembre. Murviedro entrega tambien su castillo. Al saberlo enfurécense los restos de los gremios de Valencia, y salen para recobrarle con toda su gente y artillería, y viendo los del bando contrario que era tiempo de deshacerse de ellos, tocan por aquellos pueblos á rebato, reúnense con las tropas del marqués de Cenete, siguen á los agermanados, los destrozan, y ahorcan y descuartizan á su capitan Bocanegra. Ya no quedó con esta rota en Valencia mas que gente adicta al virey, ó inclinada á la sumision, y así mediando algunos tratos para evitar un grande alarde de justicia, entregaron los gremios su artillería, y recibiendo al virey fuéron á besarle la mano len señal de obediencia. Imitaron muy luego este ejemplo os demás pueblos de aquel reino, y solo Alcira y Játiva persistieron algun tiempo mas en resistirse. Alcira rechazó muchos asaltos. Játiva, inspirada por un castellano y jóven ermitaño, á quien llamaban don Juan, perdió por asalto sus arrabales, y todavía se defendió de calle en calle, y en su agonía tuvo serenidad suficiente para acudir á la astucia y hacer que el sitiador se alejase y aun le dejase en rehenes el marqués de Cañete, recibida la promesa de que el pueblo se aplacaria sumiso: últimas llamaradas de un incendio cuyo combustible se agotaba, pero que antes de extinguirse completamente debia dar aun terribles estampidos.

Pero sus chispas habian anteriormente llegado hasta la isla de Mallorca, y puesto fuego á los materiales que en

ella habia tambien secos á punto de arder, y que allí los tiempos habian ido hacinando. Ya á fines del año anterior habia Juan Crespí reunido en una casa de Palma, cerca de la iglesia de San Nicolás, á varios menestrales, y exaltado su imaginacion diciéndoles que, hasta cuándo habian de vivir tan ofendidos y sufrir tantos oprobios de los caballeros, recibiendo despojos en sus bienes, malos tratos en sus personas, y desprecios de la soberbia, y opresiones, solo por ser pobres; y por qué, depuesta la cobardía, y corridos de tantas vejaciones, no los habian de hacer mayores por su número, su valor y su justicia. Dos meses estuvieron preparándose ocultamente. Algun aviso tuvo de la trama el virey don Miguel de Gurréa, é hizo amonestar antes y prender á poco á algunas cabezas de los menestrales, entre ellos á Pedro Begur y Miguel Palomo; por lo que creyéndose descubiertos los agermanados, se declararon á mano armada dia 31 de enero. Salió Gurrea á caballo, y no pudo persuadir al primer grupo que se disolviese en la calle de la Bossería; pero yendo hácia la de Calatrava acudió mayor tumulto de gente, y haciendo frente á Gurrea, y retirado este al castillo real, fuéron á la cárcel, y soltaron no solo á los cuatro menestrales, sino á todos los demás presos. Crespí quedó elegido capitan á los gritos de «mueran traidores y caballeros, viva el rey y la justicia.» Acudieron los cabos de los oficios á la sala de jurados, y se ordenaron en compañías.

Dia 8 de febrero reuniéronse en consejo en las casas de la ciudad, y determinaron mudar á Crespí el nombre de capitan, porque no pareciese que se arrogaban jurisdiccion, y darle el de instador del comun beneficio. Los jurados del reino Odon de Puigdorfila, Dezmas, Martí, Suñer, Arquer

y Arnau, fuéron á la sala con insignias de luto, mas el instador les hizo volver con las acostumbradas, é irritado dió á Palma un dia de espanto. Amotinados los oficios echaron al clavario Juan Alberti, maltrataron á Juan Andreu, amenazaron á los jurados, y se reunieron armados en la plaza de Cort. En vano salió el virey para sosegarlos. Al cabo de cinco dias le pidieron los procesos formados á los cuatro primeros presos; y aunque se quedó copia de ellos, tuvo la debilidad de hacer entregar los originales. Curiosas son las cartas que en 15 de febrero escribió Crespí á Guillermo Sollora, uno de los treces de Valencia, y á todos los treces reunidos. Dice la primera: «Magnífico señor, en esta ciudad está muy unido el pueblo contra los perjuicios y robos que se hacen en este reino, deseando mucho aliviarnos de los pechos, derechos é imposiciones que podemos; y por no saber del todo el órden y forma con que esa ciudad se porta en semejante negocio, no ponemos remedio en ello. Y así, carísimo amigo y hermano, os suplicamos nos hagais merced de aconsejarnos y avisarnos, porque deseamos seguir vuestro parecer y consejo, como de persona tan discreta: y para este efecto va mi primo Antonio Benet, sastre, con quien podrá tratar lo que conviene.» La segunda es como sigue. «Magníficos señores, aunque no los conozco, deseo servirles por su fama, merecimientos y valor, y ofreciéndome con la vida y con la hacienda. Hame parecido dar aviso á vuestras sábias magníficencias como esta nuestra ciudad está sin justicia, y en su última ruina, por que los caballeros solo atienden á quitarnos las vidas y las haciendas; y así queremos poner el remedio que se debe, mediante la gracia divina, que nunca desampara á los que viven con sana intencion; y para esto enviamos á Miguel Nobot no-

tario, y síndico electo por el pueblo; y en su compañía á Jaime Palomo, bonetero, tambien electo, á su majestad, para las pretensiones que tenemos contra los hombres de honor de este reino; los cuales informarán á vuesas magnificencias, á quienes suplico los encaminen para su majestad, que segun de vuesas sábias magnificencias esperamos, nos ponemos en vuestras manos por la mucha experiencia y virtud con que proceden.» Mientras se esperaban respuestas á estas y otras cartas, instaba Crespí á los jurados el remedio de las injusticias en términos generales; mas recibidas por marzo instrucciones de Valencia, tuvieron ya una direccion fija sus instancias.

Habian pedido al virey una libranza de tres mil libras para amortizar algunos censos. Luego pusieron demanda para que fuesen nombrados electos de su parte que interviniesen en el gobierno. No quiso consentirlo Gurrea, y fué cuando los oficios se declararon en insurreccion abierta. Hecha reseña de sus fuerzas hallaron que podian contar con mil ochocientos hombres; doblaron las guardias de las puertas, y en ellas molestaron á los que reputaban contrarios; hicieron que les entregase el virey algunos otros procesos, y mataron á varios caballeros, viendo que los mas se retiraban á Alcudia. Hallábase á la sazon la isla atormentada de sequía, y se hacian rogativas públicas, cuando murió Agustin Serralta, que pasaba por enemigo de los menestrales, y fué enterrado en la iglesia de Santo Domingo. Circula al momento la voz de ue qno llueve por que se ha dado tierra sagrada á un hombre indigno de ella; acuden en tropel á la iglesia, y desoyendo la voz de entredicho que contra ellos fulmina el clero, exhuman el cadáver, llevándole al campo de los judíos, y allí le entregan á las

llamas, y arrodillados en torno de la hoguera imploran á gritos la misericordia del Eterno.

Supieron á poco que el caballero San Martí andaba por los pueblos levantando gente contra ellos; entonces cerraron las puertas de Palma, dejando solo dos abiertas de dia, y armaron nuevas compañías. A los que se mostraban indecisos les hacian redimir por gruesas sumas el servicio de las armas. Al virey instáronle nuevamente para que les dejase nombrar electos, y obtenido, le depusieron, diciendo que á tenor de un privilegio del rey don Pedro no podia un aragonés ser virey de Mallorca; hiciéronle firmar la propia acta de suspension, á bien que en secreto firmó otra de protesta, y por último le permitieron que se trasladase á Ibiza. Tuvieron primero doce electos para su gobierno, bajaron despues el número á ocho, y luego á imitacion de los valencianos le subieron á trece, y no consintieron que entrasen en el nombramiento los marineros, los sastres, ni los albañiles. Llegáronles en esto cartas del emperador en que les mandaba que obedeciesen á Gurrea, y encendidos en furor dijeron que eran falsas, y se lanzaron á pedir venganza por las calles, exigiendo dinero de los jurados, sacándole de la misma tabla comun, y dando muerte á los que les resistian. Dijéronles que en Bellver se habian hecho fuertes algunos caballeros; acudieron contra ellos, haciendo correr la voz de que el virey estaba allí, y tomando el castillo por asalto, pasaron sus defensores á cuchillo. Faltaba trigo en la isla; y desenterrando un privilegio del rey don Martin, armaron bajeles en corso, apresaron cuantas naves pasaban con bastimentos, y quitándoselos, pagaban á los capitanes su valor ó bien le depositaban en la tabla. Al mismo tiempo quitaban gabelas, y mataron á los caballeros que

no lo consentian, entre ellos á los señores Net, Zavila, Pachs, Salt, Mànera, Ballester, Cotoner, Puigdorfila, Berenguer de San Juan, Suñer, Despuig, Vivot, Anglada, Pont, García, Palou, Uñiz, Malferit, Perera y Rusiñol. Á los menorquines teníanles grande ojeriza, y apresaban sus buques. Á un predicador fogoso, que desde el púlpito quiso amonestarlos, interrumpiéronle gritando, muera, muera. Era del órden de predicadores, y llamábase fray Gaspar Estéban.

Retiráronse y se hicieron fuertes en Alcudia los que deseaban poner término á aquellas turbaciones, entendiéndose y dándose la mano con el virey Gurrea. Enviáronles á decir los de Palma, que si no firmaban la extincion de los derechos y gabelas, los pasarian á degüello; mas respondieron que no accedian, y se pusieron en defensa. Dia 11 de noviembre juntaron los oficios hasta seis mil hombres, seis cañones de batir, y alguna caballería, y salieron contra Alcudia. Interpusiéronse muchos ciudadanos y caballeros para evitar un rompimiento, y hasta consiguieron que en Alcudia se firmase el memorial para la extincion solicitada; pero en el momento mismo de firmar las paces se encendieron en furor los bandos puestos en contacto, y en vez de abrazarse se rechazaron ardiendo en ira. Dia 20 de noviembre plantaron los sitiadores una batería en que montaron tres cañones para abrir brecha, pero los de Alcudia hicieron una salida al mando del caballero Rosiñol, tomaron la batería por asalto, y se apoderaron de los cañones, que eran una culebrina, una media culebrina, y una pieza llamada sacre. Acudieron con refuerzo los sitiadores, y rechazaron á los sitiados, mas no pudieron recobrar la artillería.

Habian perdido los menestrales mas de cien hombres, y conocieron que para vencer la resistencia de aquellos habitantes debian hacer grandes esfuerzos. Acercábase la navidad, y muchos abandonaron el campo para pasar la pascua retirados en sus casas, y volver á los pocos dias. Apenas quedaban delante de Alcudia la tercera parte de los sitiadores para guardar las máquinas de guerra qne tenian dispuestas para el asalto. Hacen nueva salida los sitiados, dia de San Estéban, con mil y ochenta infantes y siete caballos, acometen de improviso á sus contrarios, los desordenan, matan ochenta, hacen muchos prisioneros, y ponen á los demás en fuga. Los de Alcudia volvieron cargados de despojos, libres de espanto, y animosos no ya para defenderse, sino para acometer á los mismos que en tanto aprieto los pusieran. El año acabó, pues, tan fatal para los menestrales de Mallorca, como lo habia sido para los agermanados de Valencia.

Tambien lo fué para los comuneros de Castilla. En vano el cardenal Adriano habia probado á entrar en negociaciones para desarmarlos, pues solo consiguió que algunos de ellos, don Pedro Laso en su número, abandonasen su bandera. Viendo imposible una concordia, hizo Adriano fijar carteles en que llamaba traidores á los comuneros; á lo que respondieron estos con otros carteles en que rechazaban aquel nombre sobre los señores. Mas Adriano en sus adentros no calificaba tan duramente á sus contrarios, pues fuéle interceptada una carta confidencial que dirigia al emperador, y en ella se leia: «Que los comuneros no tanto obran por espíritu de rebelion como por deseo de ser gobernados con moderacion y justicia; que los señores, por el contrario, mas bien por sus propios intereses le servian,

que por fidelidad y amor que le tuviesen, y si querian humillar á las ciudades era para hacerse ellos necesarios; que los ministros que tenia cerca de su augusta persona habian por su avaricia dado orígen y fomento á tantos males, y que mientras se gobernase por sus consejos no era posible que cesasen aquellas calamidades en España; por todo lo cual era de parecer él, y los demás regentes opinaban lo mismo, que accediese á las peticiones justas de los reinos, y restableciese así en un momento el público sosiego.» Este documento ha arrojado una espantosa luz sobre las turbaciones de aquellos tiempos.

Solicitaron los nobles á Padilla para que abandonase la causa de las ciudades, siguiendo el ejemplo de Giron y de Laso, y le ofrecieron grandes partidos, mas se negó á ello, y por respuesta se encaminó contra el pueblo de Torre de Lobaton, tomóle á viva fuerza, dióle al saco, é hizo la guarnicion prisionera. En él permaneció esperando los refuerzos que debian venirle de Leon, Salamanca, Zamora y otros puntos. No estuvo inactivo en tanto el condestable de Castilla. Reunida en Burgos mucha gente, sosegó las merindades, haciendo acosar y arrollar con pérdida de seiscientos hombres, y ajusticiar por fin á don Gonzalo de Baraona, mortal y esforzado enemigo suyo, que traia revuelta aquella comarca; y luego á la cabeza de alguna caballería lijera y de tres mil infantes, y quinientos hombres de armas, encaminóse á Rioseco para darse la mano con la gente y grandes de Tordesillas, á fin de caer juntos contra Padilla. Mandó este á don Juan de Figueroa que le cerrase el paso en Becerril de Campos; mas no pudo impedírselo por mas que luchó con bravura. Figueroa cayó prisionero. Acababa de dar aliento á los comuneros el valor con que

Palacios de Meneses, lugar abierto y cercano á Rioseco, se habia levantado en favor suyo, y resistido y rechazado denodadamente al obispo de Osma, que le embistió con tres mil infantes y cincuenta caballos; mas la pérdida de Becerril les causó un gran desaliento. Y en efecto, aumentábase con un vigoroso refuerzo el ejército de los grandes, y quedaba muy inferior á él el de las ciudades. Conociólo así Adriano, y viendo que era tiempo de dar un golpe decisivo, mandó al conde de Haro que cayese con todas las tropas sobre Padilla antes que este recibiese ningun refuerzo. Seis mil infantes y dos mil cuatrocientos caballos acaudillaba Haro cuando fué en busca de Padilla. Parecióle que Torre Lobaton era mala posicion para esperar la acometida, y en la madrugada del 23 de abril sacó su gente con direccion á Toro, llevando delante la artillería, en el centro la infantería formada en dos batallones, y á retaguardia, en donde iba él, la caballería. Llovia, y además soplaba un viento recio que daba en cara á los comuneros. Tuvo Haro noticia de su salida, y calculando el efecto que causaria en sus enemigos un temporal tan bravo si á él se agregaba la sorpresa, les cogió la delantera y los flancos, y acometiólos con ímpetu terrible. En vano intentaron los comuneros manejarse en aquel trance; inútilmente recorrian las filas sus capitanes dándoles aliento; la lluvia, y el viento los contrariaban, mientras los diezmaba la artillería de los grandes. Juan Bravo intentó meterse con la artillería en el pueblo de Villalar, mas perdióla y cayó preso. Juan de Padilla recorrió sus filas, animó á su gente aterida, y embistió con la caballería al conde de Benavente, y aun dió con su propia mano en tierra con don Pedro de Bazan; mas en el momento mismo descargóle don Pedro de la Cueva

una profunda cuchillada en una corva, é hízole prisionero. La rota fué general, y el espanto grande. Muchos comuneros ni huir pudieron: quitábanse la señal de la comunidad, y confundíanse con los vencedores. Cien hombres quedaron tendidos en el campo, cuatro cientos fueron heridos, y mil cayeron prisioneros, entre ellos los gefes Padilla, Bravo y Maldonado. Queria el condestable implorar para ellos la clemencia del monarca, mas el almirante opinó porque fuesen al siguiente dia degollados. Bravo pidió morir el primero; en pos de él fué degollado Padilla, y ultimamente Francisco Maldonado. Fueron sus cabezas colocadas en la picota, que no pudo infamarlas. Este dia perecieron las libertades y los fueros de Castilla, en manos de la misma grandeza castellana, que creyó recobrarlas para sí, y se engañó, pues las ganó para Cárlos y sus sucesores.

Consternadas las ciudades abrieron una tras otra sus puertas, no pidiendo ya condiciones, sino clemencia. Toledo, la primera en dar el grito, fué en la humillacion la última. Mandaba en ella doña María Pacheco, viuda de Padilla, y resistia con esfuerzo al prior de San Juan don Juan de Zuñiga, que habia acudido contra ella con un grueso de gente aguerrida. Habia tambien entrado en la ciudad el obispo de Zamora, á quien el pueblo nombró por aclamacion su arzobispo, aunque no quiso reconocerle el cabildo: mas se escapó sabiendo la derrota de Padilla. Doña María por el contrario sintió que la ira aumentaba su denuedo, y apoderándose del alcázar, enardeció los ánimos de los que la rodeaban. Manda llamar á los hermanos Aguirre, á quienes habia entregado cinco mil ducados, para que los llevasen á Padilla; pregúntales que por qué se han quedado con aquel dinero que pertenecia á los soldados de



TOLEDO

su marido, y conociendo su traicion los hace matar á estocadas. Sale con gente y artillería para combatir á Almonacid, y siendo rechazada, cae sobre Mascaragüe, y prende en él á don Alonso de Carvajal con toda su gente. Un asesino, llevado del cebo de un gran premio, se ofreció á prender á doña María, y entró para ello en Toledo; mas fué conocido, y arrojándole por una ventana diéronle muerte desastrada. Acercóse á la ciudad, ya reforzado con mas gente, el prior San Juan, y puso en ella sitio. Sosteníale con valor doña María, y dirigia salidas, en una de las cuales cayó en sus manos prisionero don Pedro Guzman, herido. Habíale ella visto desde el alcázar defenderse con bravura, y haciéndole curar solícita, le pidió si queria ser caudillo de su gente, á lo que Guzman se negó, con sentimiento de aquella amazona. Faltábale dinero, y le pidió á los canónigos; negáronselo, y los tuvo dos dias con sus noches detenidos en la sala del cabildo, sin darles de comer ni cama, hasta que le entregaron quinientos marcos de plata, con que dió el socorro á sus soldados. Algunos meses continuó defendiéndose con admirable denuedo, hasta que vino á combatirla otro contrario irresistible, el hambre. Hostigados de ella, y ávidos de mantenimientos, salieron los toledanos, dia 16 de octubre, y acometieron al sitiador con la furia de la desesperacion: mas halláronle muy atrincherado, y perdieron sin fruto mas de mil y trescientos hombres, en este último esfuerzo de una penosa agonía. Necesario fué ya que Toledo sucumbiese. Nadie se atrevió á insultarla en su postrer momento; ni hubo á quien perdonar, ni contra quien fulminar castigo, pues los que podian reclamarle ó temerle, su subieron al alcázar, en donde continuó su defensa la viuda de Padilla.

Viendo de esta suerte dividida la España, no era posible que permaneciese inactivo el monarca francés, cuyos ojos estaban siempre fijos en Navarra. Echó, pues en ella un ejército de doce mil infantes y ochocientos hombres de armas al mando de Esparros, que se apoderó de San Juan de Pié de Puerto, y luego de Pamplona, en cuya defensa fué herido en una pierna don Ignacio de Loyola. Entregáronsele tambien Arcos, y Estella; y dueño ya de la Navarra entera puso sitio á Logroño. El virey de aquel reino, duque de Nájera, se vino á Castilla en demanda de gente, y fué allá con buenas tropas el conde de Haro. Defendiéronse en tanto heróicamente los habitantes de Logroño; á todas horas hacian salir y entrar gente con distintos trages y banderas, y entendiendo el enemigo que habia dentro muchos defensores levantó el campo. Ya en esto asomaban las tropas de Castilla. Tomó entonces el mando de ellas el duque de Nájera, como virey de Navarra, y fué acosando á los franceses hasta la llanura de Esquiros. En ella le hicieron frente, y aun le acometieron con ímpetu animoso, de manera que pusieron en desórden algunos escuadrones castellanos; mas luego revolviendo contra ellos el de Nájera con furia, aunque se defendieron tenazmente por espacio de dos horas, declaráronse al fin en sangrienta derrota. Toda su artillería y sus banderas quedaron en poder del vencedor; el mismo Esparros fué hecho prisionero; seis mil franceses quedaron en el campo, y los que pudieron huir fueron el dia siguiente alcanzados y pasados á cuchillo. Pamplona y las demás ciudades de Navarra fueron recobradas con la misma facilidad con que se perdieron. Fué esta batalla dia último de junio; á ella concurrieron siete mil hombres entre guipuzcoanos, vizcaínos y alaveses que poco antes habian aumentado el

ejército castellano. Atribúyese al valiente Diego García de Paredes gran parte de esta famosa victoria. Han dicho algunos que peleó en ella el conde de Haro; mas no es cierto, pues sin entrar en Navarra se habia vuelto á Burgos. Otra tentativa hizo contra el mismo reino el francés en este año; pero halló las plazas muy guarnecidas, y haciendo un vano amago contra Pamplona, se echó con todas sus fuerzas sobre Fuenterrabía, cuyo gobernador se defendió bien, mas á pocos dias se vió obligado á capitular, saliendo con armas y bagajes, y estipulando que no se vejaria en nada á los vecinos. No fueron tan felices los franceses delante de San Sebastian, pues sufridos muchos daños tuvieron que replegarse á Bayona.

CAPITULO VII.—Adriano es elegido papa; continúan las guerras en Italia; fin de las germanías en Valencia; siguen las alteraciones en Mallorca; huye de Toledo la viuda de Padilla, vuelve el emperador á España; guerra contra el francés en Navarra. Año 1522.

Habia fenecido en 2 de diciembre anterior el sumo pontífice Leon X; y á 9 de enero de 1522 fué elegido papa el cardenal Adriano, obispo de Tortosa, por la grande influencia puesta en juego por el emperador, á quien habia prestado tan eminentes servicios. El nuevo pontífice se dirigió por Zaragoza á Tarragona, en donde se embarcó para Italia.

Continuaba en ella muy viva la guerra entre imperiales y franceses. Trescientos hombres perdieron estos delante de Parma, á la que dieron una inútil embestida. Próspero Colona, á la cabeza del ejército imperial compuesto de quince mil infantes y mil quinientos caballos, y aumentado luego con cuatro mil alemanes que cruzaron por territorio de Venecia, estrechaba el castillo de Milan defendido por los fran-

ceses, é instaba á Francisco Esforcia, á que acudiese á juntársele con todas sus tropas y á tomar posesion del Milanesado. Quiso Lautrec con treinta mil infantes y dos mil caballos franceses, oponerse á semejante union de fuerzas que podia serle fatal; mas no pudo conseguirlo; y Esforcia entró en Milan. Revolviendo entonces el francés sobre Novara, tomóla é hizo la guarnicion prisionera; y luego puso sitio á Pavía. Defendian la plaza Antonio de Leyva y el marqués de Mantua, y yéndole á Colona la propia reputacion en socorrerlos, pudo meter en la plaza á viva fuerza tres compañías de españoles aguerridos. Lautrec abrió brecha, mas sus soldados fueron rechazados, y no atreviéndose á dar un asalto general, fuése en busca del ejército de Colona que acudia al socorro de los suyos. Durante algunos dias reinó un temporal de agua que solo permitió algunas escaramuzas; pero el 27 de abril acometió el francés formado en línea de batalla. Dieron los suizos la primera embestida á los españoles; mas éstos no hicieron movimiento hasta tenerlos á cincuenta pasos, y entonces descargaron de golpe sobre ellos toda su artillería y les mataron dos mil hombres. Vuélvense los suizos contra los alemanes, pero acuden los españoles, y tambien los rechazan. La misma suerte les cupo á los venecianos y á los hombres de armas franceses. Y por fin, llegando á buen tiempo con tropa fresca el duque de Esforcia, y destrozando á Tomás Fusio, que iba á cortar la retirada á los imperiales. completóse la victoria llamada de Bicoca, con muerte de diez mil del campo francés. Juan de Cardona murió en esta batalla como buen caballero, habiendo contribuido al triunfo. Fugitivo Lautrec puso gente en la plaza de Lodi para su defensa; mas luego embistióla con furia el marqués de Pes-

cara con la infantería española, y arrojando de ella al francés, hízole buscar un asilo en Cremona. Pescara continuando su triunfo entró en Piziguitone, que espantada le abrió las puertas; y juntándose con Colona, cayeron ambos sobre Cremona. De ella habia ya huido Lautrec para Francia, confiando la defensa á Tomás Fusio, quien capituló prometiendo rendir la plaza y todo cuanto poseian los franceses en la Lombardía, escepto los castillos de Milan, de Novara, y de la misma Cremona, si dentro de cuarenta dias no recibia socorros de Francia, en cuyo caso saldria con todos los honores de la guerra. Convinieron en ello los imperiales; pero mientras llegaba aquel término parecióles bien aprovechar el entusiasmo que en sus soldados dispertara la victoria, y determinaron arrojar de Génova á los Fregosos, amigos del francés, y entronizar á los Adornos, amigos de los imperiales. Pusiéronse á vista de Génova los generales Colona y Pescara; dirigia este las baterías, y abierta brecha, dia 30 de mayo, aunque la ciudad acababa de ser socorrida por mar, subió por ella la infantería española, y entró en la plaza dándola todo aquel dia al saqueo. Presos los Fregosos, fué entregado el gobierno á los Adornos. Súpose á poco que el francés intentaba socorrer á Cremona, y acudieron allá los imperiales; mas sabedor aquel de la rendicion de Génova, retrocedió, y cumplido el término entregó Tomás Fusio la plaza. Florencia, Génova, Luca, Milan y Sena, entregaron las pagas que se debian á los imperiales, con lo que tomaron estos sus cuarteles de invierno. El primer resultado de esta brillante campaña fué que Venecia se separó de su alianza con la Francia.

En Italia al menos si se derramaba sangre española, era en buena lid, y conquistando lauros: no así en algunos

reinos de la madre patria. Játiva y Alcira en el de Valencia, mantenian en los ánimos la debilitada efervescencia, y transformaban en frenesí el entusiasmo primitivo. Al observador imparcial le es fuerza reconocer que existia sin duda, en el seno de aquella sociedad, alguna muy profunda llaga que se traducia por fuera en tan espantosas convulsiones; ni es posible pensar que el mayor número de aquellos habitantes, fuése una raza depravada á quien aquejaba una inapagable hambre de carnicería. Habíase sublevado Onteniente, dia 25 de enero; vuelve á ella el virey, destroza á los agermanados, y hace colgar de la horca á veinte y cinco; luego se encamina á la Ollería, entrega á las llamas la casa del cura y la iglesia, en donde habian buscado los agermanados un asilo, y á los que salen medio ahogados del humo, ahórcalos en número de diez y seis. Los de Játiva habian soltado al marqués de Cañete, pero poco despues fuéron á acometerle, mandados por Vicente Periz, hasta dentro de Valencia. Creyó Periz que en ella volveria el pueblo á sus banderas, mas no fué así, pues el marqués hizo tocar á rebato, reunió á los caballeros, y armó á los clérigos y hasta á los mismos oficios contra su antiguo gefe. Divididas sus fuerzas en tres cuerpos, embiste el marqués á Periz que le espera en su casa de la calle de Nuestra Señora de Gracia; acométenle unos por la plaza de Pallejeros, otros por la calle de San Vicente, y otros por la plaza de la Merced. Muebles, ladrillos, cántaros y agua hirviendo arrojaron de lo alto de las casas á los del marqués, hasta las mismas mujeres; pero nada pudo contener la furia de los acometientes, que pusieron fuego á la casa de Periz, y al salir él le prendieron, hiciéronle pedazos, le ahorcaron, arrasaron su vivienda, y dieron garrote y descuarti-

zaron á nueve compañeros suyos. Tan horrendos castigos, en vez de enervar el valor de los agermanados, convertíanle en rabia furibunda. El predicador de Játiva, llamado el rey Encubierto, se habia trasladado á Alcira, y de allí salió para Alberique y Alcocer ensangrentando estos lugares. Determinó el virey volver contra los de Játiva, y para castigarlos del pasado engaño, armóles emboscada; hizo asomar contra ellos algunos corredores que luego huyeron, y saliendo los agermanados dieron contra el virey que los destrozó con mucha pérdida. Túvolos además estrechamente asediados, y á unos ochenta que salieron en busca de mantenimientos, obligólos á meterse en una iglesia, y dándola fuego los hizo perecer ahogados, ó degolló á los que buscaban su salvacion en la fuga. Tambien el Encubierto intentó penetrar en Valencia, mas tuvo que retirarse, y como se habia puesto precio á su cabeza, matáronle á puñaladas Pedro Lluesa y José Aparici, y arrastrado su cadáver condenóle la Inquisicion al fuego como cuerpo de hereje. Viéronse en aquellos dias cosas repugnantes. Los soldados del virey, si no eran pagados exactamente, pasábanse á los agermanados. Los de Alcira fuéron contra Sueca, Carlete, Alberique y Alcocer, y dieron estos pueblos al saqueo y á las llamas. En Albaida fueron rechazados. Luchente se defendió tambien con fruto contra ellos, animada á vista del denuedo con que dos hermanas del gobernador acudieron á las murallas apellidando defensa. En Alfarrafi se dieron una nueva batalla el virey y los agermanados, mas estos la perdieron, dejando en el campo dos mil hombres, y los demás buscaron en Játiva un asilo. Estrecha esta plaza el virey, antes que puedan acogerse á ella, y reunidos seis mil hombres ordena el asalto;

pero doscientas mujeres acuden á la brecha, arrojan sobre los contrarios cantos, piedras, hachones embreados encendidos y aceite hirviendo, y les hacen levantar el sitio: no cabe en lo humano presumir que mereciese muy mal nombre una causa que, aun moribunda y á vueltas de tantos horrores, era con tan grande heroismo defendida. Los jativeños juntaron en Alcira dos mil hombres para acudir á la defensa de sus hogares; el virey quiere impedírselo, y no lo consigue, pues cerrada la noche penetran en sus casas; entonces acude al remedio de separar de su causa á los soldados castellanos prometiéndoles indulto y salvaguardia. Cuéntanse los desgraciados jativeños, y viéndose aislados y en último quebranto, capitulan, dia 21 de noviembre. Guillen Sorolla, uno de los primeros gefes de las germanías, fué arrastrado con algunos otros, ahorcado y descuartizado. Alcira, trémula de ira y de cansancio, abrió tambien sus puertas. Así acabaron aquellas famosas germanías, levantadas contra las liviandades de los grandes, sostenidas con un teson admirable mezclado de vergonzosos desenfrenos, y terminadas hundiéndose en un lago de sangre sobre el cual plantó su estandarte la dominacion centralizadora de los césares.

Tambien, casi por idéntica causa, se derramó este año mucha sangre en Mallorca. Ya los defensores de Alcudia no se recelaban y salian á cultivar sus campos; mas algunos de ellos dieron á 15 de febrero en una emboscada, y replegándose fueron socorridos por los de la plaza. Pasóse algun tiempo en tratos por la intervencion de personas amantes de aquella ciudad, y que veian con dolor encendida en ella una guerra civil funesta. Pero todos los buenos oficios fueron infructuosos. Cuando los agermanados tenian que acu-

dir á alguna necesidad de su compañía, tomaban de la Tabla el dinero necesario. Este año decidieron como el anterior armar bajeles para detener á cuantos buques pasasen con trigo por aquellas aguas, pues continuaba siendo grande la necesidad pública. Un bergantin que armaron, aportó á Ibiza á causa del mal tiempo, y allí el virey Gurrea obtuvo á buenas de los veinte y dos hombres que le tripulaban que se separasen de la germanía, y dióles un buen premio. No bien llegó el caso á noticia de los de Palma, armaron algunos bajeles de remo, y fuéron á acometer con brio á los de Ibiza metiéndose hasta debajo de la artillería que defendia el ancoraje; mas aunque pelearon con esfuerzo, les fué forzoso retirarse, muriendo en el combate doscientos cincuenta agermanados. No habian aun abandonado la idea de someter á Alcudia; para lo cual reunieron gente, apellidando traidores y dignos de castigo á los que vacilaban en seguirlos; á bien que algunos se les escapaban, no queriendo hacer la guerra á los propios de la isla, entre ellos Juan Simonet que pudo ponerse en salvo á pesar de que le persiguieron, disparándole una lluvia de flechas y arcabuzazos. Á los rehacios talábanles las heredades, y saqueábanles las viviendas. Pusiéronse al fin sobre Alcudia por el mes de abril. Pero, dia de san Jorge, dieron sobre ellos los de la plaza, capitaneados por Pedro Pax, los pusieron en derrota, y los acosaron hasta Pollenza, volviendo cargados de armas y despojos. De esta manera se hizo Alcudia la ciudad de los caballeros; á ella llegaban refuerzos de Menorca; en su puerto entró dia 3 de agosto el regente Ubage de órden del emperador; y de sus muros salian ya las órdenes imperiales. Para interceptar las comunicaciones que de ella salian, ocuparon los agermanados el

lugar de La Puebla. Salió á descubierta una avanzada de Alcudia, y tuvo con ellos un encuentro; mas cargando los agermanados; tuvo que retirarse aquella fuerza hasta llegar á punto en que fué socorrida de los de la plaza, y volviéndose su suerte de adversa en favorable, embistieron con tal furia, que dieron muerte á cuatrocientos de la germanía. Así lo escriben verídicos escritores mallorquines, aunque Escolano dice que los de Alcudia llevaron lo peor de esta jornada. Es lo cierto, que desde este dia hicieron mayores esfuerzos los agermanados para apoderarse de la plaza; y, en los primeros dias de setiembre, juntaron hasta tres mil infantes, doscientos caballos, y alguna artillería, y se encaminaron nuevamente á sitiarla. Levantada una batería en la parte del Puerto Menor, vieron pronto que les convenia ir por otro lado, y la rehicieron sin abrir zanja, con solo tierra y fagina, en la parte del Puerto Mayor. Parlamentó con ellos el regente Ubage, y les hizo entregar cartas del emperador, que se negaron á abrir, diciendo que eran falsas. Fabricaron una máquina sobre cuatro ruedas, y levantaron en ella un aparato en que podian ir doce hombres para dominar la brecha que habian abierto. Muy de madrugada subieron dos veces al asalto, y dos veces fueron rechazados con gran pérdida: con lo que, sabedores de que se habia avistado una armada, que sin duda acudia al socorro de la plaza, se retiraron mas allá de sus líneas. Reinaba en Palma una gran agitacion, y eran muy pocos los que ejercian allí alguna influencia sobre las masas. Es característico, no obstante, el siguiente rasgo. Uno de los conservadores de los oficios intentó quemar algunos procesos de los inquisidores. Éralo en comision el obispo de Cuenca, Pedro Pont, trinitario, y mandó pren-

der á aquel conservador. Agrúpanse los agermanados y amenazan al prelado; mas este asoma á una ventana con un crucifijo en la mano, y dice en alta voz, que suban y sigan los que sean del bando de Jesucristo; y delante de ellos prende al conservador con su propia mano, y le mete en la cárcel, sin que nadie replique una palabra. En una carta que escribieron por este tiempo los agermanados á los síndicos que habian enviado á la córte, afirmaban que Gurrea enviaba bastimentos y municiones á los de Alcudia, diciéndoles que no firmasen convenio con Palma; y que los de Alcudia tenian tiranizada la isla, y habian hecho muchas muertes, sacado los ojos á algunos, cortado pies y manos á otros, y ahorcado á los prisioneros en la misma muralla; y que esperaban del emperador que les hiciese justicia. Habian tomado empeño en arreglar la hacienda del comun, y decian que entraban cada año setenta y cinco mil libras, y salian solo cuarenta y dos mil, por lo que se les quitaba lo demás; extinguieron, pues, los derechos y gabelas personales, y coordinaron á su modo la paga y luicion del capital de los censos. Los que en tiempo de don Fernando cobraban censos del comun, daban un real por libra de procura, por ser entonces difíciles las cobranzas. Habíase mandado, capítulo veinte de la pragmática de 1499, que dicho real quedase en el comun para redimir y luir censos; no se habia ejecutado; y clamábase ahora para que se llevase á efecto en todo lo cobrado desde aquel año, con lo que se quitarian muchos censos, y mas pagando los caballeros sus rezagos. Y mientras unos intentaban de esta suerte poner arreglo en las cosas comunes, otros hacian un inútil amago sobre Felanix, á cuyo castillo se habian retirado varios caballeros; y algunos fuéron

á Valldemosa y trajeron presos á los hijos, muger y suegra de don Pedro de Forteza, enemigo incansable de los agermanados: diez meses los tuvieron encerrados, y escasamente alimentados, hasta que supieron que Forteza volvia con la armada enemiga, que entonces degollaron á la mujer, suegra é hijas, y el hijo se les escapó sin saber como. Cuatro galeras, trece velas grandes, y otras menores, componian la armada destinada á la reconquista de Mallorca, é iban en ella mil doscientos infantes y doscientos coseletes, al mando de don Juan Velazco. Llegó la armada á Ibiza, en donde recogió al virey y á los caballeros mallorquines que le rodeaban, y dia 13 de octubre se presentó á la vista de Palma. Inútil fué insistir en que los agermanados abriesen las puertas y recibiesen á Velazco y á Gurrea: la armada fué despedida, y pasó á Alcudia, en cuyo Puerto Menor de Pollenza afirmó áncoras. Los sitiadores se replegaron entonces dentro de Pollenza, y allí los embistió Gurrea con gran ímpetu. Retiráronse á una iglesia, y corriendo la voz de que disparaban flechas envenenadas, hizo Gurrea pegar fuego al templo, y en él perecieron ahogadas mas de doscientas personas, y en el número muchos niños y mujeres; los prisioneros fueron ahorcados: así iba teniendo los mismos fines que en Valencia la germanía de Mallorca, nacida casi de unos mismos principios. Acertaba á pasar por junto á Pollenza una tropa de agermanados y fueron pasados á cuchillo. Dia 5 de noviembre hizo Gurrea otra salida con tres mil hombres; entró en la Puebla, y solo halló dos hombres y un clérigo; los lugares estaban desiertos, pues los caballeros acudian á Alcudia, y los plebeyos á Palma. En Muro habia peste, y de ella y sus contornos salió mucha gente armada á pelear con

los imperiales, ó mas bien á hacerse matar: mil de ellos quedaron en el campo, muy pocos volvieron á Muro, en cuyas puertas se detuvo Gurrea temeroso del contagio. Á los prisioneros ahorcólos de los árboles que iba encontrando. Las poblaciones de Inca, Benisalem y otras, abrieron sus puertas á los vencedores, pero era necesario dejar en ellas buen presidio, para poder conservarlas. Sale Gurrea del pueblo de Benisalem, y los agermanados entran en él y le saquean; deja atrás el general la villa de Sineu, y al momento vuelve á ella la germanía, y pasa á cuchillo á los sumisos que puede haber á manos; y no bien el gefe se aleja de la villa de Inca, dejando guarnicion en ella, cuando acuden los agermanados, y degüellan el presidio entero. Indignado Gurrea busca al grueso del enemigo, acomete con furia, degüella á quinientos, ahorca cuarenta, descuartiza setenta, y los cuelga de los árboles en los caminos: frutos horrendos á que tuvo necesidad de acudir en sus primeros pasos la dominacion austríaca. Tiembla la mano al pintar este espantoso cuadro, y el corazon desfallece martillado.

En Castilla, el último estandarte de los fueros públicos habia sido hecho girones en manos de la viuda Padilla. Hasta en su propia casa defendióse; pero dia 3 de febrero fué asaltada, y á duras penas pudo esconderse, y luego salir de Toledo disfrazada de labradora. Retirada á Portugal con un hijo de corta edad, murieron ambos en la miseria, debiendo al arzobispo de Braga el escaso pan que los alentaba.

En Navarra hacia el francés por sus lindes algunos alardes de fuerza desde Maya. El virey, conde de Miranda, reune fuerza, acomete el castillo con viveza, y por capi-

tulacion le gana. Intentó el francés volar el castillo de Beovia, y abandonarle; sábenlo los españoles mandados por Beltran de la Cueva, acuden presurosos, ponen en fuga á los franceses que habia en Beovia, y la recobran íntegra. Avergonzado el francés, dia 28 de junio, reune tres mil quinientos hombres, toma posesion en lo mas alto del cerro que dominaba á Beovia, y la combate. Sábelo Beltran, hace que cuatrocientos hombres y mujeres capitaneados por el clérigo Pedro Irizar se adelanten de noche camino de Irun con hachas de palo, que allí se usan, encendidas; y él, guiado por un viejo, y atadas las lenguas de los caballos para que no relinchen, sube por el cerro con dos mil infantes, doscientos caballos, y la asonada de los valles cercanos, arremete contra el enemigo, y le sorprende y desaloja. Vuelto este en sí de la sorpresa quiere recobrar el cerro, y es destrozado, perdiendo la artillería y dos mi ochocientos hombres, muertos unos en el campo y ahogados otros en el Bidasoa, en aquella confusion nocturna. Los demás cayeron prisioneros.

Tiempo era ya de que volviese Cárlos á sus devastados reinos de la península. En Midelburgo juntó ciento cincuenta naves, embarcó cuatro mil alemanes y dos mil flamencos, los despachó para Calais en donde debian esperarle, nombró gobernadora de Flandes á su tia doña Margarita, pasó por tierra á Calais, se trasladó á Douvres, en donde le hizo el inglés un recibimiento magnífico, ajustó casamiento con doña María, hija del rey Enrique, se obligó á dar á éste anualmente ciento treinta mil doblas mientras hiciese guerra al francés, reconcilióse con el cardenal Volsey que estaba resentido de no haber salido papa, y, vuelto á Calais, hízose á la vela dia 6 de julio, y aportó en Santan-

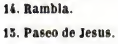
der dia 16. Antes vino rodeado de ministros extranjeros; ahora le acompaña un ejército extraño. La grandeza tembló de ira, porque aquello no era ya Castilla, sino una provincia del imperio. Las ciudades conocieron que habia un gefe superior á ellas, y á la grandeza que habia querido avasallarlas. Salió Cárlos para Palencia, trasladóse á Valladolid, en donde entró dia 26 de agosto, visitó á su madre en Tordesillas dia 2 de setiembre, y dia 28 de octubre publicó indulto, mandando romper y anular las sentencias dadas y no ejecutadas, alzar la nota de infamia, y devolver su honor y bienes á los levantados, excepto en los casos de daño contra tercero, en que dejaba salva la reclamacion civil, no criminal, y solo ponia fuera de indulto á unas ochenta personas, entre ellas algunos religiosos. Dióse este indulto dejando asomar algunos actos de terror; don Pedro Pimentel, preso en Villalar, fué degollado en Palencia; siete procuradores presos en Medina, fueron llevados ignominiosamente al patíbulo sobre unos asnos, y allí degollados; un pellejero y otros varios fueron ajusticiados en Victoria; el obispo de Zamora fué encarcelado en Simancas; la casa de Padilla fué demolida, sembrada de sal, y en su solar puesto un padron, que despues fué trasladado al puente de San Martin. Instaban algunos grandes del consejo para que se hiciesen mayores escarmientos, y Cárlos, dando á entender que ni consejos admitia, respondió «ya basta.» Y á uno que le indicó en donde se hallaba escondido uno de los exceptuados del indulto, dijo: «á él debias avisarle para que huyese.»

CAPITULO VIII.—Fin de las germanías de Mallorca. Sigue la guerra en Navarra. Continuacion de la de Italia. Año 1523.

Los agermanados de Palma veian ya segura su ruína, y buscaban medianeros capaces de desarmar la furia de los vencedores. Tenian ofendido al obispo Pedro Pont, que ántes ejerciera en sus ánimos tan grande influencia, y fuéron á buscarle sumisos á la torre de San Miguel, en donde se habia metido, y á suplicarle que alejase de Palma las venganzas que la amenazaban. Por su mediacion fuéron recibidos en la ciudad el regente Ubague y el gobernador de Menorca, quienes viendo quebrantando el aliento de la germanía se negaron á todo cuanto tuviese visos de composicion y nó de sumision completa: Gurrea, para aumentar el desmayo en los sitiados, hizo en torno de la ciudad aprestos como de asalto; y dia 7 de marzo abrióle Palma las puertas con la sola condicion de que á los agermanados se les diese carta de guiaje hasta que el emperador dispusiese de sus personas, y al efecto cuatro pasaron á la córte á negociar perdon para sus compañeros y para sí mismos. Mientras tanto á nadie se permitió salir de la ciudad sin pase. Á su vuelta, trajeron los cuatro una carta del emperador para el virey, latiéndoles el pecho á impulsos de la esperanza que en la magnanimidad imperial tenian puesta. Se engañaron. Aquella carta no era como el rayo del cielo que espanta á muchos y hiere á muy pocos: fué una órden draconiana, y ejecutiva. Los cuatro que habian tenido en sus manos la carta real fueron descuartizados; el gefe de la germanía fué atenaceado, y su cabeza puesta en la Puerta Pintada. Muchos otros fueron ahorcados, y todos sus bienes confiscados. La germanía habia sacado de la Tabla

PALMA EN MALLORCA.

1. Santa Eulalia.
2. Catedral.
3. Lonja.
4. Puerta de Santa Catalina.
5. id. de Jesus.
6. id. de la Conquista.
7. id. Pintada.
8. id. de San Antonio.
9. id. de Campos.
10. Portella.
11. Puerta de la Calatrava.
12. id. del Muelle.
13. Paseo de la Princesa.
14. Rambla.
15. Paseo de Jesus.



treinta y dos mil y seiscientas libras; los nobles reclamaban cuantiosas sumas que se les habian usurpado: hízose una derrama sobre los agermanados y sus pueblos, pagóse á los nobles, y se repuso en la Tabla una gran parte del dinero de ella extraido. Así, azotada tres veces por la propia insurreccion, por la peste, y por las órdenes de don Cárlos, cabalmente cuando la apertura del nuevo mercado de Indias reducia diariamente su comercial importancia, vió llegar Mallorca la época de su triste decadencia: de manera que la isla, que habia sostenido reyes con decoro, mudados los tiempos, ya ni barones alimentar pudiese. Alcudia ganó timbres, y fué llamada ciudad fidelísima, con franquicia de derechos y gabelas.

Los pueblos de la península enmudecieron. Aragon padecia hambre y peste, y en él habian andado revueltos los bandos de Riberas y Benedetes, y los pueblos de Tarazona y Borja turbados; pero el conde de Luna y la diputacion del reino sosegaron los ánimos y restablecieron la calma. Varias representaciones se elevaron sobre la observancia de los fueros: mas el gran fuero que entonces imperaba, se robustecia, y manifestaba tendencias de asumirlos en sí todos: era la voluntad de Cárlos. Rodeaba á su persona una fuerte guardia flamenca, con la cual hasta dentro de Valladolid tuvieron reyertas los soldados españoles, indignados de no ser ellos los guardas de su príncipe: pero Cárlos, sin darse por entendido, puso en ella la confianza entera, y á los regimientos españoles mandólos á las fronteras de Aragon y Cataluña, en donde á un mismo tiempo hicieron alarde contra el francés, y contra los privilegios de aquellos naturales. Cárlos instituye el consejo de estado. Concentraba la autoridad; mas el dinero, no le tomaba, le pedia. Ne-

cesitaba cuatrocientos mil ducados; al momento reune córtes en Palencia, y los obtiene fácilmente: en cambio concede á los plebeyos el uso de espada, y niega á todos, siendo tiro particular contra los nobles, el uso de máscaras y antifaces. Habíase reunido con su hermana la infanta doña Leonor, viuda ya del rey de Portugal; y ántes habia recibido en Valladolid embajadores de Polonia y Prusia, para que arreglase las diferencias promovidas entre ambos estados, todo lo cual le daba una atmósfera de superioridad, aumentada por su carácter reservado y taciturno. Terminadas las córtes, encaminóse á Navarra.

Estrechaban por aquella parte los españoles la plaza de Fuenterrabía, y los franceses intentaron socorrerla por mar; pero parte de su escuadra fué rechazada ó destruida, y los buques que se salvaron de las baterías imperiales perdiéronse á impulsos de una furiosa borrasca. Entonces el rey Francisco la hizo socorrer por tierra reuniendo hasta veinte y dos mil hombres, ante cuya superioridad se replegaron los imperiales; y cuando volvieron á adelantar, recibidos refuerzos, los franceses rehuyendo la lid se alejaron. Mas como Fuenterrabía tenia ya nuevos y numerosos defensores, no daba vagar á sus vecinos. Para ponerlos á raya, previniéronles los de Irun una emboscada en Peraza, y saliendo quinientos franceses, mas de la mitad encontraron en ella la muerte. Otra les armaron junto al solar de Urdanidia, y en ella dieron trescientos hombres salidos de la plaza, sin que escapase uno. Estas pérdidas hicieron prudentes á los sitiados, y dieron arrojo á los sitiadores, que ya se atrevian á hacer correrías hasta Bayona. En esto, dia 9 de octubre, entró Cárlos en Pamplona, reunida buena artillería, con veinte y dos mil infantes y dos mil ca-

ballos. Enfermaban muchos soldados; faltábanle al ejército recursos: Francia podia dárselos, y Cárlos mandó invadirla. Entró en ella el ejército imperial al mando del condestable de Castilla, se apoderó sin sangre de Melon, San Pelayo, y Salvatierra, asaltó la fortaleza de Bidajona pasando á sus defensores á cuchillo, dió al saqueo el valle de Alpe, y amenazó á Bayona. Lautrec, jefe del ejército francés, huia el cuerpo y procuraba cubrir la plaza de Fuenterrabía.

Vivamente acosado se vió tambien este año el francés por la parte de Flandes. Enrique de Inglaterra envió allá fuerzas al mando del duque de Norfolk, las que reunidas con las de Flandes formaron un ejército de treinta mil hombres que entró en la Picardía, cruzó el Soma, tomó las plazas de Roye y Montdidier, alarmó á París, y temeroso del frio se replegó para tomar cuarteles de invierno.

La verdadera lucha se trababa en Italia. Habíase preparado Francisco primero para entrar en ella con un ejército numeroso, mas le detuvo la necesidad de hacer frente á sus contrarios de Flandes y de Navarra, por lo que confió á Bonivet, almirante de Francia, las tropas que debian obrar en el Milanesado contra las del emperador y las pontificias, venecianas y florentinas, mandadas por Próspero Colona. Una casualidad reforzó el ejército francés con tropas destinadas contra él. Un hijo del conde de Montpensier y de Clara de Gonzaga, Cárlos duque de Borbon, estaba resentido con el rey de Francia, y mas todavía con la madre del rey que le habia solicitado por su gallardía, y que siendo rechazada se vengó quitándole sus bienes. Y como las heridas del corazon no se curan fácilmente y una mujer poderosa recibida con desvío de sus gracias es un mortal ene-

migo, viéndose Borbon sin bienes y desairado, trató de buscar una nueva patria, y convino con el emperador en pasarse á su servicio, en casarse con doña Leonor, viuda de don Manuel de Portugal, y en levantar á favor suyo la Borgoña si se le enviaba un cuerpo de doce mil alemanes. Alguno ha llamado traidor á Borbon; mas otros indican que si traidor viene de TRADERE, entregar, Borbon no entregó nada, sino su propia persona. Súpolo Francisco, y tuvo en él fija su mirada, de manera que Borbon, no pudiendo ponerse al frente de aquel cuerpo, ya reunido, huyó disfrazado á Italia: y los doce mil alemanes, viéndose perdidos y sin gefe, entraron al servicio del francés. Con este inesperado refuerzo pudo Bonivet entrar en Italia á la cabeza de mil hombres de armas, dos mil caballos, una fuerte artillería, y treinta mil infantes. El castillo de Milan se habia rendido; el duque Esforcia se habia salvado de una tentativa de asesinato; y Antonio de Leiva habia recobrado por asalto á Valencia del Pó que cayera en poder de Galeazo Virago: era ya pues una completa reconquista la que debia hacer Bonivet en el Milanesado. Entra en él ocupando á Alejandría. Colona sale á disputarle el paso del Tesino, mas Bonivet va siguiendo el rio para procurarse un vado. Treinta y seis horas estuvo defendiendo un paso el capitan español Francisco Villamuriel con solo cien soldados, y se retiró al fin, recibida órden expresa de hacerlo. Cruza Bonivet el Tesino, bloquea á Milan, y en tanto el caballero Bayardo con cinco mil hombres entra en Lodi, se adelanta contra Cremona, la combate, abre brecha, y ordena el asalto, pero le rechaza el valor de los sitiados favorecido de una copiosa lluvia; retírase y bloquea á Monza, pero Juan de Urbina, desde la plaza, y Antonio de Leiva desde

Pavía le embarazan con continuas salidas y con sangrientas escaramuzas: que el renombre de Bayardo, en vez de contener á los españoles en los límites de lo prudente, los espoleaba hasta lo arrojado y lo temerario. Bonivet intentó penetrar por traicion en Milan, y ganó á un alférez para que le abriese una puerta; mas fué descubierta la trama y sufrió el traidor su castigo; con lo que se retiró el francés sin haber hecho cosa de provecho. Esta fué la última campaña que dirigió Próspero Colona, pues enfermó y murió en Milan á fines del año, siendo digno por sus hechos de alta nombradía.

Otra muerte de grande trascendencia para la España acaeció en Italia. El sumo pontífice Adriano, que relevó á Cárlos del feudo pecuniario de Nápoles, y le concedió la presentacion de todos los obispados de la península, y la administracion perpetua para sí y sus sucesores de los maestrazgos de las órdenes militares, por breve de 4 de mayo; Adriano, que decia de sí mismo que la única desgracia de su vida fué el haber sido llamado á gobernar, feneció dia 24 de setiembre. En él perdió Cárlos un amigo, y el imperio un ausiliar poderoso, pues la eleccion de Clemente VII, sucesor de Adriano, indicaba en la córte pontificia deseos de mudar de alianzas. Adriano murió cargado de pesadumbre desde que supo cuánto habian aumentado los turcos su preponderancia con el sitio de Belgrado y la toma de la isla de Rodas, y cuánto eran de temer si los príncipes cristianos continuaban mutuamente encarnizados.

CAPITULO IX.—Cuestion de los moriscos. Entran los franceses en Aragon. Toma de Fuenterrabía. Continúan las guerras en Italia. Año 1524.

Perdida Rodas no tenia asiento la órden de San Juan, y

á instancias de Roma concedióla el emperador la isla de Gozo perteneciente á la corona de Sicilia, y la de Malta. Instó al mismo tiempo el sumo pontífice, para que los príncipes cristianos, depuesta la ira, se aunasen contra el turco, á lo que respondió Cárlos que accederia á ello, si Francisco abandonaba la Italia y se ceñia á lo justo, y Francisco dijo asimismo que lo haria si Cárlos abandonaba sus ambiciosas é injustas agresiones: con lo que se vió cuan imposible era por entonces poner amistad entre los dos rivales. El mismo soberano persa les envió cartas en que les pedia que hiciesen la guerra al gran turco: mas para entrambos no habia otro gran turco que su contrario aborrecido. En otras circunstancias la posesion de las Molucas, descubiertas recientemente por Magallanes, y disputadas por los portugueses á tenor de la línea divisoria tirada por Alejandro sexto, habria promovido una guerra entre España y Portugal; mas ahora Cárlos se contentó, por el pronto, con que el portugués pidiese y tomase por esposa á su hermana doña Catalina, y le hiciese un cuantioso préstamo con que pudiese activar sus guerras contra Francia. Habíase Cárlos detenido en Burgos en donde enfermó de unas cuartanas, á tiempo en que un temporal de agua inundó la ciudad y derribó muchas casas de sus arrabales. Allí mandó matar en la cárcel misma al conde de Salvatierra, don Pedro de Ayala, que fué llevado á la sepultura, descubiertos los piés y atados con grillos. Tambien fué ahorcado en Simancas de una reja del castillo el obispo de Zamora, que habia intentado huir matando al alcaide. Últimas y misteriosas cuchilladas de la ley contra las comunidades vencidas. Habia Cárlos obtenido en el año anterior un donativo de Castilla; ahora pide otro á Aragon, pero por conducto del virey; mas Aragon le res-

ponde que cuando tenga la honra de ver á su majestad en Zaragoza se esforzará en servirle. No le gustó á Cárlos la cortapisa, y pretextó cuartanas. Recibió por este tiempo un breve del papa Clemente, en que le avisaba que los moros valencianos tenian comunicaciones con los berberiscos, y le ordenaba que los echase del reino, alzando cualquier juramento que él ó sus antecesores hubiesen hecho de protejerlos en sus creencias, y encargando á los inquisidores la ejecucion de este decreto. Á algunos les pareció improcedente que se faltase á la fé jurada, que se condenase para siempre á morir idólatras á los que tal vez en España tratados con dulzura se hubieran convertido, ellos ó sus hijos, y que se encomendase una jurisdiccion tan lata á un tribunal que recibia órdenes del extranjero. Coincidió este breve con una demanda que hicieron los moriscos del mismo reino á quienes á la fuerza se habia bautizado durante la germanía, y que, no creyéndose cristianos por la violencia en ellos ejercida, habian vuelto á su secta y eran por ello furiosamente perseguidos por la hermandad; y pedian que en virtud de las promesas reales se les diese libertad para seguir su secta. Túvose en el convento de San Francisco de Madrid una junta de inquisidores, consejeros, teólogos y obispos, cuya mayoría sentó por principio que los moriscos bautizados por miedo ó á la fuerza, estaban obligados á observar la fé de Cristo. Parecióle á Cárlos un poco dura la sentencia, y suavizóla en la aplicacion, diciendo á los moriscos que si la cumplian les haria grandes mercedes. Respondieron ellos que lo harian siempre que se les librase del vasallaje de los señores, pues ahora los sujetaban con dos grillos, y al ménos que se les quitase uno: á lo que les dijo Cárlos que no podia hacer á los señores una injus-

ticia abierta, quitándoles vasallos; pero que si los nobles se desmandaban con ellos, él pondria remedio; y que obedeciesen ó abandonasen la península.

Los cuidados de la guerra le impedian atender á los clamores de los moriscos. Los franceses, en número de trece mil hombres, hicieron entrada en Aragon por el valle de Aran; pero el castillo de Salardi, aunque defendido solo por quince hombres y veinte mujeres, no se les rindió, y apellidando guerra los naturales, y acudiendo el duque de Segorbe con nuevecientos hombres, y muchas partidas de araneses, volvióse mas que de paso el ejército contrario.

En Navarra sostenian los españoles vigorosamente la campaña. Los vizcaínos, obtenida licencia, habian armado en corso mas de treinta buques con que hicieron varias presas; mas los franceses á su vez armaron buques mayores, é hicieron daño en las costas de Galicia. Tenia el ejército imperial sitiada á Fuenterrabía, y fué la defensa tan valiente como bizarra la acometida. Pero, abierta brecha en el muro, y teniendo órden Fraget, gobernador de la plaza, de no perder su lucida gente, capituló dia 27 de febrero, y salió con todos los honores de la guerra á la cabeza de mil quinientos infantes, cien lanzas é igual número de arqueros. En la plaza encontró el vencedor cuarenta y siete cañones y muchos pertrechos y vituallas, y quedó en ella de gobernador con buena guarnicion don Sancho Martinez de Leiva, hermano de don Antonio, que tan grandes muestras de su valor habia dado en Italia.

Dábalas tambien ahora. Reunidos en el Milanesado el duque de Borbon como á vicario general de Cárlos, Launoy, virey de Nápoles, el marqués de Pescara, y el duque de Urbino y los venecianos, formaron con los impe-

riales un ejército de quince mil infantes y dos mil trescientos caballos. El francés Bonivet ocupaba Viagrasa, y Bayardo la poblacion de Raveca. Pescara escoge algunas compañías aguerridas, manda á los soldados que echen por fuera las camisas para ser conocidos, sorprende de noche á Raveca, degüella ó ahuyenta al enemigo, y vuelve á Milan con despojos. Los venecianos se echaron sobre la plaza de Garlasco y fueron rechazados, mas acudiendo quinientos españoles subieron al asalto, y lo pasaron todo á saco y á cuchillo. Bonivet tuvo que trasladar su cuartel á Vigeben, esperando comboyes por Sartirana; conocieron los imperiales su intento, y destacaron con dos mil españoles y cuatro cañones á Juan de Urbina, que entró en Sartirana á viva fuerza. Habíase movido Bonivet para socorrerla, y retrocedió sabiendo su pérdida; y destacó trescientos caballos con ánimo de interceptar víveres al enemigo, mas fueron derrotados. Viendo lo cual Bonivet se trasladó á Novara, sintiendo picada siempre con furia su retaguardia. En tanto Juanin de Médicis con un cuerpo de imperiales desbarataba algunas compañías suizas, y entraba en Viagrasa á degüello. Cada paso que daba el francés le atraia un descalabro. Intenta darse la mano con los suizos que acudian á su socorro, y junto á Romanía es arrollado y herido. Toma el intrépido Bayardo el mando de su gente que va confusa y acosada por Pescara y Fernando de Alarcon; detiénela, la alienta, y hace frente á los imperiales con un denuedo grande; mas cae herido, se arrima entre las bascas de la muerte á un árbol, dando la cara al enemigo, y espira casi en los brazos del marqués de Pescara: los españoles vertieron lágrimas ante aquel héroe enemigo. Los suizos se desbandaron, mientras los franceses se retiraban en desór-

den por los Alpes. Hasta en ellos les siguió la pista Alarcon, y les tomó los bagajes y diez y ocho cañones. Alejado el francés, Lodi y Alejandría de la Palla abrieron las puertas á los vencedores.

No creyeron estos haber hecho lo bastante sino ponian á contribucion la Francia, haciendo pesar sobre ella la manutencion del ejército. El duque de Borbon y Pescara, con diez y ocho mil hombres y catorce cañones, se encaminaron á Niza, en donde reunida una armada al mando de Hugo de Moncada, se les facilitó artillería de batir, y fueron á poner sitio á Marsella, dia 19 de agosto, mientras Moncada se apoderaba de Tolon. Colocada la artillería, y abiertas dos brechas en Marsella, fueron reparadas. Abrióse tercera brecha, y Borbon dispuso el asalto, mas Pescara se opuso diciendo que la brecha era defendida por detrás con cortaduras; y habiendo en esto sufrido algun descalabro la armada de Moncada, y tenídose noticia de que el rey de Francia acudia desde Aviñon con treinta y ocho mil hombres, determinaron los imperiales levantar el sitio y volverse por Génova á Italia, aunque dejando clavada la gruesa artillería. Efectuaron la retirada con tal maestría que ni un bagaje perdieron, y ni un soldado, pues no merecen tal nombre unos alemanes ébrios que quedaron rezagados.

Tras de ellos Francisco I, viéndose á la cabeza de tan numeroso ejército, pasó con él á Italia con ánimo de recobrar el Milanesado, sin que le detuviesen las reflexiones con que algunos le decian que esperase mejor coyuntura, que vendria en la próxima primavera. Francisco nombró regenta del reino á su madre, y cruzando los Alpes por Cenis, pasó á Turin, y luego á Verceli, en donde entró el mismo dia en que Borbon y Pescara llegaron á Alva. Reuni-

dos los imperiales en Pavía tuvieron consejo, y tomaron las siguientes posiciones: Antonio de Leiva con seis mil infantes y doscientas lanzas en Pavía; abandonóse Milan dejando buena guarnicion en el castillo; aseguróse Cremona; Pescara fortificó el punto de Lodi; y Borbon fué á Alemania en busca de refuerzos, pues de Venecia, Florencia y Roma no podian prometérselos, porque las tres ciudades esperaban ver una bandera triunfante para saludarla. Milan indefensa abre las puertas á Francisco primero, quien en vez de acosar al grueso de los imperiales, pone sitio á Pavía, dia 28 de octubre.

Pocos capitanes han defendido una plaza con tanta gloria como Antonio de Leiva defendió la de Pavía. Abriéronle en ella brechas, las asaltaron con el arrojo que inspiraba á los sitiadores la presencia de su príncipe, y volvieron varias veces á la carga con nuevo ardimiento: y Leiva reparaba de noche el estrago que la artillería hacia de dia, y rechazaba con admirable serenidad á los acometientes, y aun dirigia salidas que llevaban el desórden y la vergüenza al campo enemigo. Faltábale á Leiva dinero para sus tropas, mas fundió su propia bajilla, y con su ejemplo animó á sus amigos á que hiciesen lo mismo, y á algunas iglesias á que le prestasen plata, y salió del apuro. El rio Tesino defiende el lienzo mas débil de la muralla de Pavía; el monarca francés lo observa é intenta sangrar el rio, y torciéndole, entrar por este lado; pero sobrevienen lluvias, crece el rio, y destruye los trabajos. En esto el marqués de Pescara, haciendo de noche una marcha forzada, y vadeando el Adda á pié, yendo él á vanguardia, sorprendió un cuerpo de tropas franceses situado en Melza, hizo en ellas un grande estrago, y volvió á Lodi cargado de un botin muy rico. Dió mucho

golpe esta sorpresa, pues habiendo preguntado el rey de Francia qué hacian los leones, respondióle Bonivet que ya se desperezaban; y en Roma, habiendo salido un pasquin en que «se prometia un hallazgo al que diese noticia del ejército imperial» al saberse lo de Melza, salió otro diciendo, «que ya habia parecido en camisa, y llevádose en las uñas doscientos hombres, con lo que se podia calcular lo que haria una vez vestido y armado.» Otra sorpresa hizo tambien de noche el mismo Pescara en Mariñan derrotando á quinientos ginetes franceses. El papa Clemente envió á su datario Mateo al campo imperial con el intento visible de ajustar una tregua, y con ánimo reservado de preparar una alianza con el francés; y habiendo el rey Francisco destacado un cuerpo de diez mil hombres sobre Nápoles para dividir la atencion de los imperiales, avisóle el papa que no desmembrase su ejército pues acudirian muy pronto poderosos refuerzos imperiales, y así lo hizo. De manera que terminó el año en la espectativa de acontecimientos ruidosos, presagiando muchos, en vista de la bizarría de Leiva, del denuedo de Pescara, y de la grande actividad desplegada por Borbon para conducir refuerzos, que de nuevo seria la Italia lo que tantas veces habia sido, la sepultura de los franceses.

CAPITULO X.—Se encona la cuestion de los moriscos. Batalla de Pavia. Liga clementina. El rey Francisco prisionero. Año 1525.

Habíase enconado la cuestion de los moriscos del reino de Valencia. Mandóles Cárlos que dentro de cuatro meses se reconciliasen con la Iglesia, ó de nó serian echados de España. Leyóse en las iglesias el edicto imperial de fecha 4 de abril; y fueron enviados á los pueblos varios ministros ejecutores para llevarle á efecto; al mismo tiempo algunos

dignos sacerdotes procuraban atraerlos con dulzura; mas lo que estos ganaban con la suavidad y buenos modos, perdíanlo aquellos con la arrogancia, ganosos, mas que de la conversion de los moriscos, de sus despojos. Con lo que no se adelantó nada en punto á entibiar el afecto que á sus creencias profesaban, y les fué mandado que antes de fines de enero de mil quinientos veinte y seis abandonasen la península, señalándoles la Coruña para punto de salida. Dispusiéronse pues á dar el último adios á sus hogares y á su patria, prefiriendo los dolores del destierro y los llantos de la miseria á la adjuracion de sus errores. Pero de su corazon henchido rebosaron los enojos en el fatal momento, dando como veremos tristes resultados.

Mientras esta grave cuestion, ligeramente tratada, devoraba una de sus entrañas, mecíase la España en ilusiones de gloria. Era bastante poderosa para deshacerse sin sentirlo de la isla de Malta, cedida á los caballeros de Rodas. Habia visto volver á sus puertos á Elcano, el primer viajero que midió la circunferencia de la tierra: y empezaba á creerse la señora del mundo, y á tener en menos lo que antes apreciara.

La Francia era la única potencia que se atrevia á desafiarla. Decidido Francisco á no alejarse de Pavía sin rendirla, asediábala cada dia con mas ímpetu. Leiva resistia denodado siempre. Una parte de las tropas que mandaba este español ilustre eran alemanas, y le significaron que si no las pagaba le abandonarian. Avisa Leiva á Launoy, y este le envia oro por medio de dos soldados que se finjen vivanderos y cruzan por entre los batallones franceses. Solo los alemanes tomaron su paga; los españoles dijeron que hasta haberla ganado del francés no la querian. Cuando Leiva

tuvo oro, le faltó pólvora, y avisó otra vez á Launoy, quien se la mandó por medio del capitan Haro, quien vistió una partida de su caballería á la francesa, y cada caballo llevaba un saquillo de pólvora; y maniobrando entre los franceses como si perteneciese á su ejército corrióse hasta Pavía. Y mientras Leiva era socorrido, veia el francés diezmadas sus filas. Seis mil suizos abandonaron el campo de los sitiadores para volverse á su patria, que los llamaba á su defensa. Ya los diez mil hombres destacados contra Nápoles hacian falta en los reales de Francisco. Habia este tenido noticia de una ventaja conseguida en Saona por dos mil franceses, que prendieron á Hugo de Moncada y á una partida que habia desembarcado perteneciente á su escuadra: mas luego se supo que los vencedores habian al poco tiempo sido arrollados, y sus prisioneros recobrados. Todo siniestros presagios para aquel monarca aguerrido.

Habia vuelto Borbon al campo de los imperiales con un refuerzo de diez mil infantes y mil caballos; y deliberando los caudillos acerca del partido que tomarian, levantóse Pescara y dijo con brio, que á su entender debian dar batalla al rey de Francia; y oyéndole le aplaudió y abrazóle Borbon con entusiasmo. Reunió Pescara á los españoles, y no tuvo necesidad de encarecerles mucho la conveniencia de acometer al francés para salir de apuros, pues en cuanto abrió los labios, no solo esforzaron su designio, sino que gefes y soldados á una le prestaron dinero para que se diese á los alemanes una paga. Salieron de Lodi doce mil alemanes, seis mil españoles, tres mil italianos, alguna artillería y pertrechos, doscientos caballos lijeros, y ochocientos hombres de armas. Hicieron un amago sobre Milan, mas, viendo que el francés no se daba por entendido, encamináronse á

Pavía á marchas cortas. De paso, Pescara, á la cabeza de mil españoles, tomó por asalto el castillo de Santángel. Dia 3 de febrero tomaron posicion á una legua del campo francés, mientras los de Pavía echaban á vuelo las campanas, é iluminaban la ciudad entera, hasta las murallas. Aconsejábanle al rey Francisco que levantase el sitio, evitando un encuentro decisivo, pues la prudencia mas bien que la bravura debia valerle contra los imperiales: mas él, lleno de audacia y bizarría, dijo que no le cumplia como rey alejarse de Pavía sin rendirla. Puso en buen órden su campo, y se mantuvo firme. Pescara le daba de noche contínuas y falsas alarmas, hasta que avergonzado el francés de darse por sentido, no hizo caso de aquellas nocturnas morisquetas; y entonces Pescara trocó la burla en veras, y una noche dió tal acometida, que pasó á cuchillo á dos mil enemigos, clavó algunos cañones, derrumbó otros en el foso, y se volvió cargado de despojos. Aquejábales á los imperiales la necesidad, de manera, que por falta de víveres desertaban algunos soldados, y los demás á duras penas eran contenidos; y, reunidos los gefes, tambien á propuesta de Pescara, decidieron acometer á los franceses, dia 24 de febrero. Trasladáronse todos los bagajes al castillo de Santángel. Dispúsose que los soldados se pusiesen por encima camisas y bandas rojas, ó á lo menos papel blanco; y dióse aviso á Leiva, defensor de Pavía. Por la noche algunas compañías abrieron brecha en el parque llamado de los cartujos, por donde se creia mas seguro el francés, y mientras la retaguardia imperial ponia fuego en las tiendas para dar á entender al enemigo una retirada, la vanguardia penetraba en el campo de Francisco, y abria paso para todo el ejército. Pescara iba á la cabeza de la línea con seis mil

infantes españoles; seguia Jorge de Austria con doce mil alemanes; y en pos de él marchaban tres mil italianos. Launoy se colocó en la ala derecha al frente de trescientas lanzas; Borbon y el marqués del Basto se situaron en la izquierda capitaneando otras tantas; y Alarcon á retaguardia con doscientas, protegiendo la artillería. Una vez metidos en el parque entraron á degüello en una casa que los franceses defendieron. Formáronse estos en batalla, y el primero que acometió á los imperiales fué Alenzon, cuñado del monarca francés, á la cabeza de cinco mil suizos y de quinientas lanzas, que dieron sobre los tres mil italianos y los desordenaron tomándoles algunos cañones. Acudieron los alemanes, y cargando á los suizos y á Alenzon los pusieron en derrota. La artillería francesa, bien dispuesta y dirigida, contuvo á su vez á los alemanes, sobre quienes cargaron con denuedo los refuerzos enemigos; mas los imperiales habian ya saboreado el triunfo, y todo lo rompieron. Sin embargo, estaba indecisa la batalla, fluctuando las masas de guerra, que unas veces cedian y otras volvian á la carga, en el punto en donde peleaba el rey Francisco con sus tropas escogidas. En vano Borbon, Launoy y Alarcon, reunidas sus lanzas, cayeron sobre la caballería francesa, pues esta era superior, y los rechazó con furia, y hasta resonaron los gritos de victoria en favor de Francisco. Acude Pescara, arenga á los españoles diciéndoles que el francés no quiere darles cuartel, mezcla entre los caballos imperiales algunas compañías de arcabuceros mandadas por Pedro Fernandez de Quesada, dispone otra carga, y haciendo la arcabucería un grande estrago en los franceses, quedan arrollados con muerte de su gefe Bonivet. Sucedió en esta carga que al marqués de San Ángel le cortaron las riendas del caballo,

que no se las puso de cadenilla, y no sintiendo aquel el freno fué á embestir contra el mismo rey Francisco, quien de una lanzada derribó á San Ángel. Y en el mismo punto Leiva hizo una impetuosa salida que aumentó la consternacion de los sitiadores y los puso entre dos fuegos. Pescara acometió por fin con la infantería española á la guardia misma del monarca francés, y la desordenó y puso en fuga. Francisco, reducida su escolta á algunos caballos, trata de salvarse por el puente del Tesino; un arcabucero le mata el caballo, y el rey cae en tierra; Juan de Urbieta (nó un tal Pomperan, como erróneamente se ha dicho) hombre de armas, natural de Hernaní, le presenta la punta del estoque y le dice que se rinda; declárale el rey quién es y se entrega prisionero. Volvian algunos para libertarle, y Urbieta se lanza á la defensa de su alférez que en aquel momento peligraba; otros soldados rodean al monarca; el catalan Juan de Aldana le quita la espada y el puñal, Diego de Ávila la manopla, y Juan de Pita el collar de San Miguel. La escena que se siguió fué para enternecer al monarca. Acudieron Launoy, Pescara, Alarcon y Basto, y luego de visto el rey se le inclinaron como si fuese su propio príncipe, y le pidieron que les diese á besar la real mano, mas él se la ponia á todos en el hombro, en ademan de ir á abrazarlos. Borbon se arrodilló tambien pidiéndole la mano, y conmovido le dijo que á creerle antes, no se viera en aquel lance, á lo que le respondió Francisco que en la mala fortuna solo á la resignacion se acudia, y nó á memorias muertas. Esta fué la famosa batalla de Pavía, en la que diez mil franceses perecieron, y los demás cayeron prisioneros. De los imperiales solo murieron ochocientos, y casi ninguno de los que quedaron con vida dejó de enri-

quecerse, que tanto botin produjo esta jornada. Toda la nobleza de Francia se portó como debia, menos el duque de Alenzon que huyó espantado, y que por una nueva debilidad de corazon murió de vergüenza de haber huido. El ejército francés, que antes constaba de unos cuarenta mil hombres, tuvo de menos en esta batalla los diez mil destacados contra Nápoles, los seis mil dejados de guarnicion en Milan, y los seis mil suizos que habian vuelto á sus cantones. «Todo se ha perdido, menos el honor,» escribió Francisco á su madre. De pronto se hospedó al rey en un convento cercano, y luego fué trasladado á Pizziguitone, confiando á Alarcon su persona. Todo en efecto se habia perdido para el francés. Los diez mil hombres que iban camino de Nápoles fueron derrotados; los seis mil de Milan huyeron por los Alpes: y los vencedores se derramaron por la Italia, poniendo á contribucion á los príncipes desafectos.

El capitan Peñalosa recibió encargo de llevar al emperador la noticia de esta victoria. Fué á Lion á ver á la regenta de Francia, y recibió de ella pasaporte para España, y una carta para Cárlos. Siguió corriendo la posta, mas se lastimó una pierna, y encomendó á un postillon una carta para su príncipe. Recibióla Cárlos dia 23 de marzo, y conteniendo su grande alegría, se entró en su adoratorio, y no quiso recibir plácemes, ni permitir que se hiciesen demostraciones públicas ni que se cantase Tedeum, diciendo que esto se aguardase para cuando fuesen vencidos los turcos. Reunió consejo de estado, y pidió dictámen sobre la conveniencia y el modo de dar libertad á Francisco. Opinó el obispo de Osma, confesor imperial, que le parecia lo mas acertado poner en libertad al rey sin condicion alguna, porque así se le obligaria de puro agradecido, y con seguridad

se volverian las armas contra los infieles; fuera de que era presumible que cualquiera condicion, firmada en cautiverio, podria, obtenida la libertad, darla por violenta y nula. El duque de Alba opinó que antes de soltarle debia quebrantarse su pujanza, de manera que no fuese de temer cuando libre. Cárlos se adhirió al pensamiento del de Alba, que era el suyo, y escribió que soltaria al rey si devolvia al Austria la Borgoña y las plazas que tenia en Flandes, y si restituia al duque de Borbon el condado de Proenza, declarándole independiente.

Launoy y Pescara recibieron órden de indicar al rey cautivo las condiciones de su libertad; y al oirlas echó mano al puñal y si no se lo estorbaran se matara. Respondió que preferia morir cautivo ántes que ver hecho pedazos su reino, y por el lodo su fama. Tentó para escaparse poner á prueba por medio de sus adictos la lealtad de Alarcon, mas este dió aviso de la trama á Launoy, y éste sin participarlo á Pescara ni á Borbon, que lo sintieron mucho, se apresuró á embarcar al rey en Puerto Delfin, escoltándole Alarcon y mil soldados españoles, y, haciendo correr la voz de que le llevaba á Nápoles, hizo rumbo para España con no poco contento del cautivo que deseaba tener una entrevista con Cárlos. Aportó en Palamós dia 17 de junio, de donde pasó á Barcelona, y fué recibido con magnificencia; fué trasladado á Valencia, luego á Requena y Guadalajara, en donde le hospedó suntuosamente el duque del Infantado, y entró por fin en el alcázar de Madrid, siempre custodiado por Alarcon que le permitia todo linaje de diversiones, hasta la de la caza, como respondiese de su persona. Pedia con instancia el rey cautivo que le permitiesen ver al emperador, mas este lo dilataba mientras aquel no firmase la res-

titucion de la Borgoña; y así Cárlos se entregaba á la diversion de la caza para impedir que su corazon concediese lo que negaba su cabeza. De Toledo pasó á Segovia, y de aquí á los montes de Buitrago; y dia 18 de setiembre se encaminaba nuevamente á Toledo, cuando al caer de la tarde recibió aviso de que el monarca francés habia caido gravemente enfermo, y estaba en peligro de muerte. Monta Cárlos á caballo, y seguido de Launoy llega á Madrid ántes de las nueve de la noche, y sube á ver al rey cautivo. Con efecto, la pesadumbre de haber sido vencido y preso, el trastorno del viaje, y mas que esto su descorazonamiento al ver que no podia obtener la libertad con honrosas condiciones, le habian postrado en cama y le tenian moribundo. El duque de Memoranci salió á recibir á Cárlos con una luz en la mano. Cárlos entró, dejó el sombrero y abrazó al rey, quien se incorporó, se quitó lo que llevaba en la cabeza, y estuvieron ambos abrazados un rato, hablando por ellos el llanto, hasta que el rey dijo: —Señor, veis aquí vuestro esclavo y prisionero.—Y Cárlos le dijo: Nó, sino libre, mi buen hermano y amigo verdadero.—Esclavo vuestro, insistió el rey.—Amigo y hermano, repuso Cárlos; y lo que mas deseo es vuestra salud, á que ahora debemos atender; que todo lo demás se hará como quisiereis.—Nó, sino como vos mandareis, dijo Francisco.» Permaneció Cárlos poco tiempo á su lado por no fatigar al enfermo, y en otra pieza del alcázar cenó y durmió. Los caballeros de la escolta del emperador, que habian acudido al alcázar, entraron á ver al cautivo, é hincados le pidieron la mano para besarla; mas á todos, como en Pavía, hizo ademan de abrazarlos. Al otro dia, estando Cárlos junto á la cama de Francisco, avisaron que llegaba al alcázar la

señora de Alenzon, hermana del rey; y Cárlos salió á recibirla, abrazóla, besóla á la usanza francesa, acompañóla al lado de su hermano, díjola que deseaba que tan buena visita le mejorase, y despidiéndose se alejó de Madrid y durmió aquella noche en Getafe. No le pareció de buen agüero al enfermo tan precipitada marcha, y empeoró visiblemente, hasta el punto que, dándole un desvanecimiento creyóle muerto la de Alenzon y le cubrió el rostro; mas luego dió un suspiro, y al dia siguiente tomó el viático, y dijo: «Me siento bueno.» Pero dia 26 de setiembre le dió un desmayo convulsivo y se creyó ser llegada su postrer hora. Asistíanle Alfaro y Narsi, médicos de Cárlos. Mas á poco le dió un vómito violento: provocó abundancia de flemas, y quedó muy postrado. Alentáronle, y descansó un par de horas; pasadas las cuales de repente se regularizó su pulso y entró en convalecencia. Por su salud se hicieron públicas rogativas en todas las iglesias.

Cárlos volvió á cerrar su corazon al sentimiento. En vano la de Alenzon le visitó en Toledo, y vió tambien á su hermana doña Leonor, pues tuvo que volverse á Madrid sin esperanza, y Cárlos fué á Aranjuez á solazarse, y envió á doña Leonor á cumplir por él una novena que dijo tenia ofrecida á la Vírgen de Guadalupe. Inútilmente tambien el papa envió á Toledo á su sobrino y legado Salviati, para pedir la libertad del rey cautivo. Ofendida la de Alenzon intentó libertar á su hermano, valiéndose de un negro que entraba leña para la cámara, y con cuyo traje pensó hacer salir al rey ennegreciéndole la cara; mas Chapin, criado del rey, ofendido de que Arrochacut, otro servidor de Francisco, le hubiese maltratado, descubrió el designio, é hizo que se negase la entrada al negro. El cautivo insis-

tia siempre en preferir el cautiverio á la restitucion de la Borgoña.

Así las cosas, á 15 de noviembre llegó á Toledo el duque de Borbon, animado del deseo de que no se ajustase ningun tratado que fuese en perjuicio del que con él se habia hecho. Recibióle Cárlos con muestras de sumo contento y con grande aparato; y sabedora de ello la de Alenzon, y viendo frustrada su mediacion, y sus intentos desvanecidos, pidió al emperador permiso para volverse. Cárlos, entre cortés y ladino, dijola que no podia negárselo si no habia cometido ningun delito de estado; dándola á entender que olvidaba lo sabido: con lo que partió de Madrid la de Alenzon á 28 de noviembre. De repente el rey Francisco muda de parecer, y escribe á Cárlos que desea complacerle, y que le cederá la Borgoña si le da por esposa á la infanta doña Leonor, y en dote á esta el ducado de Milan y el condado de Oscra; y promete que dará en rehenes á uno de sus hijos y á doce nobles caballeros, en prenda de que volverá á la prision si el parlamento no accede á la restitucion de la Borgoña. Opúsose el de Borbon, alegando la promesa que le hizo Cárlos de darle en matrimonio á dicha infanta; mas ella significó que preferiria un rey á un duque, y dando Cárlos á entender al de Borbon que sin aquel enlace no le era posible ajustar nada con Francisco, le contentó con la promesa de darle luego la investidura del Milanesado, y pasó adelante en los tratos con el cautivo, admitido aquel fundamento. Explícase la mudanza del francés con la noticia que tuvo de que, obtenida su libertad á cualquier precio, y siendo en último resultado negocio de armas el cumplimiento de los tratos, se veria Francia á la cabeza de una formidable liga destinada á quebrantar la pujanza de los imperiales.

Roma, Venecia, Florencia, Inglaterra y el mismo Esforcia estaban ligados ya secretamente, el inglés á medias, para arrebatar á Cárlos la Italia. Dieron algunos á esta alianza el nombre de santísima, y otros el de clementina. Intentaron los nuevos aliados ganar al marqués de Pescara, prometiéndole el reino de Milan como feudo de la Iglesia, por la mediacion de Gerónimo Moron, ministro del duque Esforcia. Entretuvo Pescara sagazmente á Moron, dando aviso á Cárlos hasta que supo la trama entera, y entonces puso preso al emisario, se apoderó de Milan sitiando á Esforcia en el castillo, y guarneció bien las plazas de la Lombardía. En cuyo tiempo, siendo ya avanzado en años, le acometió una aguda dolencia que le llevó al sepulcro, con la fama de haber sido uno de los mejores caudillos que tuvo Cárlos en Italia.

El emperador no tenia ya intento de contemporizar por mas tiempo con el monarca inglés, sabiendo que este habia dispuesto de la mano de su hija, que en Windsor le habia prometido; y así, convocadas córtes en Toledo, y admitido un donativo con que ellas le sirvieron, se hizo instar para que tomase esposa, y eligió á la infanta doña Isabel, hermana de don Juan tercero, rey de Portugal; para lo cual envió embajadores, y dia primero de noviembre efectuó el enlace por poderes el obispo de Lamego, aunque antes era necesaria dispensa, que se creyó no tardaria. Otro matrimonio se llevó adelante entre doña Germana, viuda ya de su segundo esposo el hermano del marqués de Brandemburgo, y don Fernando, duque de Calabria, que habia estado preso muchos años de órden de don Cárlos.

CAPITULO XI.—Rebelion de los moriscos de Valencia. Vuelve el rey Francisco a Francia. Viaje de Cárlos á Andalucía. Efectos de la liga clementina. Año 1526.

Algunos mahometanos del reino de Valencia, dudando entre el amor á sus hogares y á su secta, pidieron el bautismo, y le recibieron por mera ceremonia. Otros, los de Benaguacil entre ellos, mas resueltos, apelaron á la fuerza. Los de Villamarchante, Betera, Benifano y otros lugares, se juntaron con armas, y eligieron por caudillo á Tagarino, moro tuerto, vecino de Algar, y de grandes brios. Acudieron de Valencia dos mil hombres con artillería, y sitiaron á Benaguacil; cuya plaza fué denodadamente defendida por espacio de un mes, hasta que con la llegada de tres mil cristianos al refuerzo de los sitiadores, tuvieron que rendirse los moros, ofreciendo humillar la cabeza ante el bautismo, y rescatar su libertad con el oro. Doce mil ducados entregaron. No escarmentó á los demás este castigo; pues los moros de Segorbe, Eslida, Almonacir y Ujo, huyeron á la sierra de Espadan, negándose á ser bautizados, aumentaron la hueste de Tagarino hasta el número de cuatro mil hombres, y nombraron por rey á Selim Almanzor, por otro nombre Carbau, vecino de Algar, y fortificándose en aquellas sierras, improvisaron pueblos de chozas y humildes mezquitas. Otros, ya bautizados, pero corridos de serlo, habitadores de la otra parte del Júcar, en número de cerca dos mil, avisaron á los berberiscos, que vinieron por ellos y los pasaron á África. Para reducir á los de la sierra de Espadan, reunió el duque de Segorbe dos mil hombres en Valencia, y mil mas en sus cercanías, y acometió á los moros á fines de abril; pero le resistieron y vencieron, y dispersa su gente retrocedió á Valencia. Los moros bajaron

hasta Chilches, saquearon el lugar, desbarataron la iglesia, y se llevaron de ella el copon sagrado. Levántase al momento una especie de cruzada, vélanse los altares como en la dominica de Pasion, celébranse en tono bajo los divinos oficios en todo el arzobispado, y se dilata la festividad del Corpus, hasta haber borrado aquella profanacion con sangre mora. Sale de Valencia el estandarte del murciélago, rodeado de tres mil guerreros, cuyo número aumentan los caballeros que acuden con su gente, y dia 19 de julio entra el ejército cristiano en Onda. Embiste al de los moros; siete veces se desordena, y otras tantas se rehace y vuelve á la carga con el mayor encarnecimiento: hasta que huye el moro á la sierra, dejando que en los lugares de Ahin y Alcudia de Veo se ceben los cristianos en un botin estimado en mas de treinta mil ducados. El duque de Segorbe, gefe de los cristianos, pide refuerzos para penetrar en la sierra, y de todos puntos se le mandan; acomete, y viendo que ha de ganar á palmos el terreno, sembrándole de cadáveres, reclama nuevos refuerzos: entonces acuden de Aragon mil hombres, de Requena y la Mancha algunas compañías, y de Castilla dos mil quinientos alemanes, y, dividido el ejército en cuatro cuerpos, acometen á un tiempo, suben por la fragosa sierra, luchan denodadamente contra la mas obstinada resistencia, y vencen al fin, dejando dos mil moros en el campo, prendiendo otros tantos, acorralando á mil quinientos en la Muela de Cortés, en donde se rindieron dia 10 de octubre, y recogiendo inmensas riquezas, pues sin lo que llevó cada soldado, entraron en arcas, como fruto de la empresa, doscientos mil ducados. Purificadas las mezquitas, fueron convertidas en iglesias, y los prisioneros fueron bautizados.

Habíase publicado la paz entre Cárlos y Francisco, dia 15 de enero, y tambien el casamiento del francés con doña Leonor, que se efectuó en Torrijos por poderes. El monarca cautivo habia, libre ya en apariencia, salido del alcázar para recibir en la puerta de Toledo, y rodeado de los guardias reales, al emperador, que volvia á Madrid desde Toledo: y los dos príncipes se abrazaron como si jamás debiesen volver á sus pasados enconos. Fueron en resúmen las condiciones de su efímera composicion las siguientes: Concordia perpetua; libertad de los prisioneros; mutua proteccion comercial; devolucion de la Borgoña á Cárlos dentro de seis semanas; renuncia, á favor del mismo, de todo derecho sobre Asti, Flandes, Génova, Milan y Nápoles; promesa de cooperar á que Labrit no se llamase rey de Navarra, y de no ayudar á ninguno de los caballeros enemigos de Cárlos; restitucion de sus respectivos bienes y honores á la reina Germana, al príncipe de Orange, al duque de Borbon, al marqués de Ariscot, y demás que los tuviesen confiscados ó invalidados, tanto de uno como de otro bando; cláusula de que las demás potencias pudiesen ser admitidas en la concordia si lo demandasen; casamiento de Francisco con doña Leonor, con lo relativo al dote y arras, y del delfin de Francia con la infanta doña María, hija de doña Leonor; y promesa de entregar en rehenes el francés sus dos hijos mayores, y doce de los principales caballeros de Francia. El monarca francés juró el tratado con ánimo de no cumplirle, y aun se dice que protestó secretamente de antemano, que aquello lo hacia violentado; y el emperador le ratificó con recelos de que nada se ejecutaria, pareciéndole en sus adentros, que el parecer de libertar al cautivo, sin imponerle condicion

ninguna, hubiera sido á la par que el mas útil, el mas caballeroso y digno. En Torrejon de Velasco, dia 16 de febrero, rebosando cortesía los labios, y doblez los corazones, ratificó Francisco su matrimonio con la hermana de su mortal enemigo, entre banquetes y saraos, siendo presentes el emperador y doña Leonor: mas la esposa no fué entregada al marido, dilatándolo hasta tener los rehenes del tratado. A los tres dias se despidieron los príncipes, partiendo Cárlos para Madrid, y Francisco para su reino, escoltando á éste Launoy y Alarcon con quinientos caballos, y órden de no soltarle hasta recibir los rehenes. Llegados á Irun, púsose en el Bidasoa una nave bien anclada, y á ella fuéron en barcas á un mismo tiempo, de una parte Launoy, Alarcon y otros caballeros, llevando en medio al rey de Francia, y de otro el delfin de Francia, su hermano, el hijo del almirante de Francia, y los demás rehenes que conducia Lautrec. Trocóse al rey por las rehenes, dió un abrazo á sus hijos, y pareciéndole que se le ensanchaba el pecho, entró en Francia, montó á caballo, y dió una carrera gritando: «aun soy rey.» Esperábanle su madre y muchos caballeros en San Juan de Luz, y en llegando, lo primero que hizo, fué un acto de política. Sabia que Enrique de Inglaterra habia mandado salir de España á su embajador, quejoso de que Cárlos despreciaba á su hija; y le escribió diciéndole, que á la entereza de sus representaciones debia su libertad, y se lo agradecia en el alma. Launoy y Alarcon, puestos en salvo los rehenes, se le presentaron en Cognac, recordándole el cumplimiento de lo pactado; y les respondió que no seria posible restituir la Borgoña, pues sus reinos no accederian jamás á ello, pero que, para conservar la amistad de Cárlos, le entregaria en cambio dos

millones de ducados. Tal fué el cumplimiento de aquel famoso tratado, llevado adelante por la fuerza, sin consultar los consejos de la sagacidad y de la prudencia. Acostumbrado Cárlos á ver pasar bajo un yugo de hierro á las ciudades de Castilla, á los gremios de Valencia, á los menestrales de Mallorca, y á los moriscos, le pareció que con tal que una mano firmara, aunque fuese bajo la impresion de una extraña manopla, habia de ser el acto valedero. Cuando era tarde ya, se convenció de que la fuerza no gana corazones. Reunió un consejo para inquirir lo que debia ejecutarse en semejante caso: mas le fué respondido, que, como á ningun español de valía habia querido atender al celebrarse el tratado, nadie habia podido decirle lo que pensaba. Sin embargo, por el pronto dispuso que retrocediese doña Leonor, que habia ya partido para Francia; y consumando al mismo tiempo su rompimiento con el inglés, encaminóse á Sevilla para recibir á su esposa. Habíase esta desposado segunda vez con él por procura á 20 de enero, por haber creido nulo el anterior acto efectuado sin las dispensas convenientes. Fué entregada en Elvas con las solemnidades de estilo, y llevada á Badajoz, de donde la condujeron á Sevilla, en cuya ciudad entró á dia 3 de marzo, esperando al emperador que llegó el dia 10. Las fiestas fuéron suntuosas. Cárlos, ya de noche, fué á la catedral, y de allí le acompañaron con hachas al alcázar, en donde el cardenal Salviati ratificó el matrimonio, y el arzobispo de Toledo le bendijo. Y como las alegrías humanas siempre van mezcladas de tristezas, supo el emperador la notica de la muerte de una de sus hermanas, casada con el rey de Dinamarca, é hizo suspender las justas por algunos dias. Paracióles á los sevillanos que se consumaba con malos aus-

picios aquella imperial boda, por creer muchos que el rey estaba escomulgado por haber hecho ahorcar al obispo de Zamora, y no habérsele alzado la pena.

Pero Cárlos lo allanaba todo, de suerte que fuese su voluntad la reina. Dia 18 de mayo, salió de Sevilla con direccion á Córdoba, Écija, Jaen y Santa Fé. Entró en Granada á dia 5 de junio. La emperatriz se aposentó en el segundo patio del convento de San Gerónimo, cortada antes la comunicacion con el primero. Á algunos les pareció irreverencia, por cuanto Cárlos iba allá todos los dias, y en realidad el heredero del trono fué engendrado en un claustro. Á poco de la llegada de Cárlos, un terremoto puso en consternacion á aquellos habitantes. Todo se traducia en presentimientos de grandes calamidades públicas. Los regidores de la ciudad pusieron en manos del emperador un memorial, en queja de los agravios que los moriscos de aquel reino recibian de los curas y de los ministros de justicia. Hizo Cárlos que varios visitadores eclesiásticos recorriesen aquellos lugares, y examinasen el fundamento de tales quejas; y unánimes manifestaron que todas ellas procedian de que se obligaba á los moriscos á vivir como cristianos, en el supuesto de que á principios del siglo habian recibido el bautismo. Nombróse una junta de prelados é inquisidores (cuyas disposiciones mas adelante se sancionaron con cédula de 7 de diciembre), la cual tomó las resoluciones siguientes: que fuesen perdonados á los moriscos los delitos contra la fé, cometidos hasta aquel año; que se erigiesen templos en las Alpujarras; que los moriscos no hablasen ni escribiesen sino en castellano, ni tomasen nombres que no fuesen cristianos, ni trajesen distintivo de moros, ni se casasen con dispensa que no viese el diocesano, ni pudiesen

usar armas, ni mudar de poblacion; que las moriscas no usasen sábanas ni almalafas, ni empleasen para comadres mas que cristianas viejas; y por fin, entre otras cosas, todas de baja servidumbre, que las cristianas no anduviesen tapadas, y que los cristianos viejos vigilasen cuidadosamente á los moriscos: todo lo cual la inquisicion, trasladada para ello de Jaen á Granada, debia hacer ejecutar severamente. En cuanto los moriscos tuvieron noticia de la tempestad que les amenazaba, se escudaron con el oro, é hicieron á Cárlos un donativo de ochenta mil ducados, que les fué admitido, logrando que por entonces quedase el espediente debajo la mesa. En Sevilla habia Cárlos recibido la triste nueva de la muerte de una hermana: en Granada recibió la del fallecimiento de su cuñado el rey de Hungría, que vencido del turco se ahogó en un rio mientras los reyes cristianos solo atendian á vengar sus mutuos ultrajes. Quedó viuda muy jóven la hermana, acaso demasiado querida de Cárlos, doña María. Otro motivo de no leve disgusto tuvo el rey en Granada con la embajada que le llegó del rey Francisco, manifestándole que el parlamento del reino daba por nulo, por falta de libre voluntad, el tratado de Madrid, y se negaba á permitir que la Borgoña fuese separada de la Francia, por lo que le ofrecia recibir á doña Leonor, si se mostraba razonable en el rescate que pidiese por los rehenes que le habian sido entregados. Al mismo tiempo, los demás miembros de la liga clementina hicieron indicar al emperador la conveniencia de que volviese á Esforcia el Milanesado, abandonase Nápoles y la Italia entera, y pagase al rey de Inglaterra lo que le estaba debiendo. Oidas estas demandas, Cárlos aparentó tomar consejo de algunos hombres de estado, aunque en realidad solo atendió á su pro-

pio dictámen, y dió por respuesta á todos y á cada uno: que el parlamento no podia estorbar á Francisco que cumpliese lo jurado; que en recibir á su muger obrase como cristiano; que de los rehenes haria lo que le pluguiese; que á Esforcia castigaria por rebelde como á feudatario suyo; que nadie le obligaria á evacuar contra su voluntad, la Italia ni la Lombardía; que de Nápoles era rey por herencia; que pagaria al inglés con lo que el francés le debia; y que si le declaraban la guerra, su justicia y su espada esperaba en Dios que le valdrian: y en una apología que dirigió al papa, le decia que se manifestase en este asunto, nó parte, sino juez y padre, pues de nó, apelaria al sacro general concilio, por ser materia no perteneciente al dogma. Respuesta arrogante, y propia de quien rechazaba como yugo todo cuanto podia contrariar su albedrío. Á 10 de noviembre, con señales de que estaba la emperatriz en cinta, salió Cárlos de Granada con direccion á Valladolid, preñada tambien su cabeza de armamentos y venganzas contra sus enemigos.

Numerosos eran estos y activos. Era el alma y director de todos ellos el papa Clemente, que primero formó un núcleo con Venecia y Florencia, y luego se atrajo al duque de Milan, y por fin al francés y al inglés. El motivo público de la liga consistia en asegurar la paz de la Italia, y confederar á todos los cristianos contra el turco; el real era la devolucion de Milan á Esforcia, de Nápoles al papa, y de Génova á Francia, con la restitucion por un moderado rescate de los rehenes que esta habia dado: para lo cual los aliados debian poner en la mar veinte y ocho galeras y otros tantos navíos, y reunir en Italia un ejército de treinta mil infantes, con artillería, y cinco mil quinientos caballos.

El francés envió sus galeras, salidas de Marsella, para que se juntasen con las del genovés Doria, y reunidas dieron á Génova una furiosa embestida; pero fueron rechazadas. Mas feliz fué un cuerpo de tropas francés que pasó á la Lombardía, pues se apoderó de Cremona y Monza. Los pontificios, venecianos y florentinos, mandados por el duque de Urbino, entraron por connivencia en Lodi, que no pudieron recobrar los imperiales, aunque quedaron dueños del castillo. Avanzó Urbino hasta Milan, y la embistió con denuedo; mas fué tal la resistencia que en ella le opusieron, que tuvo que retirarse con mucha pérdida, clamando por refuerzos. De manera que el duque Esforcia, á quien los imperiales tenian sitiado en el castillo de aquella ciudad, tuvo que capitular, asegurando su retirada á Como. No tuvo mas fortuna un cuerpo de pontificios y florentinos que intentó apoderarse de Sena, dándola repetidos asaltos; pues la ciudad opuso una tenaz resistencia, y no solo rechazó las acometidas, sino que hizo una salida y llevó á los sitiadores en derrota. El emperador no habia descuidado sus medios de defensa. Para dar á entender que trataba de matar el asunto negociando, envió á don Hugo de Moncada, primero á Francia, y luego á Roma, con órden de que pidiese al rey Francisco el cumplimiento de lo tratado, y de que hiciese en Roma los mayores esfuerzos para apartar al papa de la liga; cuyos pasos fueron infructuosos, con lo que Moncada se trasladó á Nápoles. Suponiéndolo así de antemano Cárlos, habia dispuesto levas en Aragon y Castilla, escrito á su hermano don Fernando que le enviase doce mil alemanes á Italia, y mandado al duque de Borbon que fuese al Milanesado á ponerse á la cabeza de los imperiales. Juntáronse en Cartagena cuarenta naves, en las cuales se

embarcaron por setiembre Launoy y Alarcon con ocho mil hombres en direccion á Italia. No tuvo la expedicion mucha fortuna, pues primero la obligaron los vientos á arribar á Cerdeña, y luego la armada francesa la embistió y echó á pique dos navíos, y á poco una tormenta la dispersó de suerte que Launoy y Alarcon fuéron á parar á Gaeta, mientras unos buques aportaban á Liorna, y otros á Bonifacio, y costó algun trabajo reunir la gente. Lo primero que procuraron los imperiales fué buscarse inteligencias en Roma para apartar al papa de la liga. Sirvióles el cardenal Colona, con cuyo auxilio entraron en aquella capital por la puerta de San Juan de Letran, al amanecer del dia 20 de setiembre, tres mil hombres, la mitad de caballería, esparciendo la voz de que nadie se moviese, pues no era la acometida contra los romanos. Turbado y medroso, se trasladó el papa al castillo de San Ángelo, abandonando su palacio, que los soldados entregaron al saqueo, y luego fuéron á sitiar al pontífice, hasta que Moncada recabó de él una tregua de tres meses. Mas esta no se cumplia, como condicion firmada en las agonías del espanto; antes enfurecido el papa contra los Colonas, autores del desastre, reunidas tropas, los escomulgó, despojó del capelo al cardenal, é hizo talar sus estados; con cuya noticia acudió Launoy con tropas y puso sitio á Fromobona, para atraer sobre sí la enemiga furia, lo que consiguió, pues los pontificios se le echaron encima, y alejándole de aquella ciudad, le contuvieron en los límites napolitanos.

Con la diversion y llamada de los pontificios, tembló Florencia, creyendo que caeria sobre ella el nublado que se formaba en Milan, en donde el duque de Borbon tenia reunidos ya quince mil hombres. Acudió pues con embajada

á los imperiales, ofreciéndoles medio millon de ducados si la protegian; pero Borbon respondió que necesitaba el millon entero. Desquiciábanse los cimientos de la liga. Venecia replegó sus tropas para la defensa propia, con la noticia de que Jorge de Fronsberg acudia de Alemania con catorce mil infantes y seiscientos caballos, para caer sobre la desgraciada Lombardía. En vano el papa envió á Juan de Médicis con algunas fuerzas para contener al aleman, y en vano tambien el marqués de Saluces cruzó el Adda para llamar la atencion del duque de Borbon, á fin de que no fuése á darse la mano con Fronsberg; este rompió por todo, rechazó al veneciano, desordenó á Médicis y le causó una herida de la que murió; y cruzado el Pó, entró en Plasencia y en Parma, auxiliado por el duque de Ferrara, y concertó con el de Borbon los medios para llevar adelante las venganzas del emperador, cuya estrella, en vez de eclipsarse bajo la sombra de la liga, brillaba siniestra con luz enrojecida.

CAPITULO XII.—Asalto y saqueo de Roma. Córtes de Valladolid. Esfuerzos de la liga. Año 1527.

Pocos períodos de la historia de Italia nos ofrecen tan grande copia de calamidades públicas como el de esta guerra encarnizada. La desgraciada ciudad de Milan, condenada incesantemente á ver tremolar en su seno una bandera, y en el castillo otra enemiga, pasó, no un solo dia, sino meses enteros, por todos los horrores de una ciudad tomada por asalto. Cárlos habia reunido en Italia muchos soldados, sin pensar en los medios de mantenerlos y pagarlos. Alemanes, italianos y españoles á una, perdido el sufrimiento, pedian á gritos sus pagas, ó desertaban entregándose al

merodeo. Los generales obligaban á los vecinos á que cada uno pagase diariamente á uno ó mas soldados su haber, cuidando estos del cobro, de manera que eran á la vez en causa propia jueces y sayones, y se les veia reunidos en turbas ir de vecino en vecino, arrancándoles prendas, ó bien sujetándolos á ellos ó á sus familias hasta conseguir el cobro. Alguna vez, provocados los vecinos, opusieron al desenfreno la fuerza, mas fué solo para conseguir que aquellas fieras clavasen en ellos mas hondamente sus garras. Muchos, locos de desesperacion, se suicidaron. Cuando en el año anterior llegó Borbon á Milan, conjuráronle con lágrimas los ciudadanos á que pusiese un término á sus tormentos, y diéronle treinta mil ducados para que sacase de la ciudad sus huestes desalmadas. Prometiólo, diciendo que si no lo cumplia, la primera bala enemiga le matase. Es probable que Borbon al salir de la córte de España recibió órdenes de Cárlos relativas al modo de hacer la guerra en Italia, pues no era presumible que obrase á su antojo para buscarse un reino, ya se atienda al conocimiento que tenia del carácter de aquel monarca, ya á la circunstancia de que la fuerza principal de su ejército se componia de alemanes recien llegados, sobre quienes debia aun ganarse prestigio, y ya á la publicidad con que desde su llegada manifestó á los soldados la esperanza que tenia de pagarlos con el botin de Florencia ó de Roma. El emperador ansiaba vengarse del papa Clemente, autor de la liga sagrada; habia significado ya que queria apelar contra él al sacro general concilio; habíase valido de los Colonas para hacer penetrar fuerzas en Roma y sitiar al pontífice en San Ángelo; y todo induce á creer que quiso hacer sentir á Roma todo el peso de la guerra, y dió instrucciones á Borbon en con-

secuencia. Al cronista le toca poner en su verdadero punto de vista los hechos, rechazando no solo el engaño, sino hasta el disimulo: el duque de Borbon fué un instrumento terrible, elegido con maquiavelismo, para llevar á su último término una venganza.

Borbon sacó de Milan sus soldados, cumpliendo su juramento, é hizo un amago sobre Placencia y Parma, y luego sobre Florencia, mas se contuvo, porque debia guardar intactas sus fuerzas, y era empresa sangrienta la toma de las dos primeras plazas, y la de la tercera pedia, á mas de sangre, tiempo, por haberse metido en ella el duque de Úrbino con toda su gente. Pasó, pues, adelante, animando á sus soldados con la esperanza del saqueo de Roma. El sumo pontífice, no creyendo que la tormenta le viniese de la Lombardía, escudábase contra Nápoles de donde le bajó el anterior escarceo; y así, reunidas fuerzas contra aquel reino, no solo hizo levantar á los imperiales el sitio que tenian puesto á Frusalon, sino que con el auxilio de Renato de Lorena, se apoderó de Aguila, Ceramo y otros lugares, mientras la armada de la liga, al mando de Pedro Navarro, tomaba á Sorrento y Castelamare. Mas cuando supo que aquel nublado, por momentos mas negro, ponia gran turbacion en los ánimos, acudió por treguas á Launoy, virey de Nápoles, quien le pidió dinero para pagar á las tropas, resarcimientos en favor de los Colonas, y la entrega de varias plazas fuertes. No quiso el papa acceder á estas peticiones por el pronto; pero fué entrando en convenio á medida que Borbon adelantaba, hasta que á 15 de marzo, ya mas receloso y espantado, firmó treguas prometiendo que enviaria á Borbon sesenta mil ducados, y accederia á la mutua restitucion de las plazas tomadas, con tal que

Launoy fuése en persona á Roma á tratar de la paz, y que el cardenal Tribulcio fuése á verse con Borbon para detenerle. Pero Borbon respondió que solo obedecia las órdenes del emperador; con cuya noticia Launoy fué á verle en persona, y dicen que procuró persuadirle á que se volviese, pero que tuvo que huir á Nápoles, amenazado por los soldados que clamaban para pasar mas adelante. Borbon dejó en Sena la gruesa artillería, y ganando tres dias de ventaja sobre las tropas del duque de Urbino, presentóse con treinta mil hombres á la vista de la ciudad de los césares, dia 5 de mayo. Sus soldados prorumpieron en gritos de frenética alegría, viendo delante de sí la suspirada presa; y Roma tembló despavorida. Siete mil escasos defensores pudo reunir el pontífice; verdad es que los romanos vivian en una falsa seguridad, creyendo que la actual embestida, ni mas ni ménos que la del año anterior, solo contra San Ángelo iria encaminada. Borbon formó tres cuerpos, de alemanes uno, de españoles otro, y de italianos el tercero, y escitando su nacional emulacion, y su codicia, díjoles que dentro de la ciudad encontrarian sus pagas, y ordenó el asalto. Dicen que la primera acometida fué rechazada, y que encendido en cólera Borbon, se vistió una túnica blanca para ser de todos conocido, y dió el funesto ejemplo á sus soldados arrimando una escala al muro, en cuyo tiempo una bala le entró en la ingle; y conociendo que era mortal su herida, dijo al príncipe de Orange que le cubriese con su manto, y en efecto espiró al cabo de una hora. Cunde entre las tropas la infausta nueva, y dando alaridos de venganza, arremeten todas contra la ciudad, coronan el muro, y se derraman por ella, llevando en pos de sí la desolacion y el estrago. Ningun edificio se libró del saqueo,

y cuanto mas sagrados, con mas encarnizamiento eran despojados. Allanados los templos, hechos pedazos los altares y sus ornamentos y vasos sagrados; violadas á un tiempo las madres y las hijas, y hasta las vírgenes consagradas al Eterno; puestos á tormento los padres y los hijos por solo el placer de prolongar su agonía; elegido por mofa Martin Lutero en calidad de pontífice, aunque ausente, y paseando en su lugar en procesion un soldado llamado Grunswall: no trataron tan mal á Roma las naciones apellidadas bárbaras. Jamás tanto cúmulo de abominaciones ennegreció los anales de las tierras apellidadas cultas; ningun príncipe llevó á un punto mas horroroso la venganza dirigida contra sus mas aborrecidos enemigos. El papa, rodeado de trece cardenales, de algunos prelados, y de los embajadores de Venecia y Francia, se trasladó al castillo de San Ángelo, creyendo que el duque de Urbino acudiria á su socorro: mas este no se atrevió á acometer á los imperiales. Launoy, sabida la noticia, se presentó en Roma para tomar el mando del ejército, pero los soldados no le quisieron admitir, y eligieron al príncipe de Orange por caudillo. El papa se rindió prisionero el dia 6 de junio, prometiendo entregar cuatrocientos mil ducados y sus mejores plazas; y su guarda fué confiada á Alarcon, recien llegado de Nápoles. La desgraciada Roma, víctima de un saqueo que habia durado siete dias, y que á cada paso se repetia en algunos barrios, por poco que fuese escitado el furor de los vencedores, fué á poco diezmada por una peste devoradora. Los verdugos se revolcaron entonces moribundos sobre las cadáveres que habian hacinado. Del contagio murió tambien Launoy. Pero ni la sangre derramada, ni el oro recogido, ni el nuevo estrago, habian apagado en los guerreros la sed de oro. Los

alemanes pidieron sus pagas ó la cabeza del pontífice. Clemente les entregó algun dinero, y puso en sus manos rehenes que les asegurasen el resto. Pero los trataron con tanta barbarie, que Alarcon facilitó su fuga; y sabiéndolo los alemanes apellidaron traidores á los españoles, y en poco estuvo que no viniesen con ellos á las manos.

Es imposible describir el efecto que en España produjeron tan terribles novedades. Habia Cárlos pasado á Valladolid, y reunido córtes para pedirlas un donativo. De su órden se dividieron en cuatro estados: la congregacion de iglesias, las religiones, la nobleza y órdenes militares, y las ciudades puestas en último rango. Las iglesias respondieron que cada una daria lo que tuviese por conveniente; las religiones dijeron que solo poseian miseria, aunque la de San Benito ofreció dos mil doblones; la nobleza manifestó que seguiria al rey en campaña, pero que era contra sus privilegios pedirla donativos; y las ciudades contestaron que para el real casamiento habian contribuido con cuatrocientos mil ducados, y que por el pronto no podian hacer nuevo sacrificio. Archivó Cárlos la respuesta, y disolvió las córtes. Dia 21 de mayo nació el príncipe don Felipe, y mientras se preparaban magníficas fiestas, divulgóse la noticia del saqueo de Roma. Si reservado habia recibido Cárlos la nueva de la batalla de Pavía, con no menor impenetrabilidad y sangre fria recibió la del desastre de la capital del mundo cristiano. Mandó suspender las fiestas, y hacer públicas rogativas por la libertad del papa, cuando una simple órden suya podia devolvérsela, y envió embajadores á Roma para que dijesen al pontífice cuanto sentia su mal, y cuán contra su voluntad se le habia ocasionado, y que se apartase de la liga para conjurar tantas desgracias y reunir

á los cristianos contra el turco: que era decirle que pusiese toda la cristiandad bajo el yugo de Cárlos, que él sabria dirigirla contra la media luna. Y luego dispuso que continuasen las fiestas reales, y en ellas, desterrado el dolor, justó en persona con mucha gallardía y gentileza. Pero tambien picó peste en Valladolid; y Cárlos se fué á Palencia, en donde tuvo varias conferencias con unos embajadores de Francia é Inglaterra, en realidad con ánimo de no conciliar en ellas nada, como así sucedió, haciéndose de una y otra parte nuevos aprestos para decidir la cuestion con las armas.

Francia, Inglaterra, Venecia, Florencia, Ferrara y Mantua, formaron liga para libertar al papa. El inglés puso en campaña diez mil hombres, el francés quince mil infantes, artillería, y buen número de caballos, y dióse á Lautrec el mando del ejército que debia invadir la Italia. Génova cayó en poder de los aliados, entregada por los ciudadanos. Desde ella la armada de Doria interceptaba los comboyes que de España pasaban á Italia, pero no cogió ningun decreto por el cual el emperador devolviese la libertad á Clemente, por lo que no pudo decirse que fué causa de que esta se retardase. Doria intentó un desembarco en Sicilia, mas siéndole contrarios los vientos le hizo en Cerdeña, y puestos á contribucion algunos pueblos, tuvo que volverse por haberse declarado entre los suyos una enfermedad mortífera. Entretanto Lautrec se puso sobre Alejandría, y en tres dias la obligó á rendirse, y luego, juntándose con los venecianos, hizo un amago sobre Milan: pero en realidad deseaba vengar sobre Pavía la derrota de su rey, y la embistió furioso. Ya no la defendia Leiva, quien estaba en Milan desde donde cubria la Lombardía, y aun llevó el terror de su nombre

hasta Cazale, cuya guarnicion de suizos pasó á cuchillo. Ludovico Barbiano era el actual defensor de Pavía. Solo tres dias resistió á los franceses, y al cuarto entró en tratos, y cuando iba á capitular, entraron los enemigos, ávidos de carnicería, á degüello, haciendo á Pavía teatro de unas escenas no menos horrorosas que las del saqueo de Roma. Ocho dias duró la matanza, el pillaje y la ruína, para que no pudiese decirse que los franceses habian sido menos bárbaros que los imperiales. Consumada esta horrenda hazaña, instaron á Lautrec para que fuése contra Leiva que estaba en Milan, mas no le pareció conveniente. Entonces algunos cardenales le pidieron que acudiese á libertar al papa, pero prefirió tomar en Bolonia cuarteles de invierno.

En tanto el príncipe de Orange habia sido nombrado gefe de los imperiales, y don Hugo de Moncada virey de Nápoles. Instaba el sumo pontífice para que le soltasen, y prometió que daria ciento y diez mil ducados, que no contrariaria al emperador en Nápoles ni en Milan, que le haria concesion no solo de la cruzada, sino tambien de una décima de las rentas eclesiásticas de España, y que daria buenos rehenes personales, y por prendas las plazas de Civitavechia, Ostia y otras: y como aun así se dilatase su soltura, envió á España al religioso seráfico fray Francisco Quiñones. Dia 9 de diciembre le dió libertad Alarcon, sin haber recibido órden expresa de Cárlos; y se trasladó al palacio de San Pedro, desde donde de noche huyó cabalgando á Orvieto.

CAPITULO XIII.—Cortes de Monzon. Desafio entre los reyes de España y Francia. Sitio de Napoles. Año 1528.

Francia é Inglaterra enviaron por reyes de armas, el

primero al señor de Guiena, y el segundo al de Clarencia, para que declarasen la guerra á Cárlos. Dióles éste audiencia; escuchólos con la sonrisa en los labios, y respondióles que, pues le declaraban la guerra, se defenderia, pero que el francés andaba desacordado en sus quejas, y que el inglés hacia mal en aconsejarse del cardenal Volsey, cuya ambicion estaba resentida porque no fué elegido papa como pensara; y estando á solas con el rey de armas del francés, le añadió, que su amo habia obrado ruin é infamemente en no cumplir el tratado de Madrid, y que se lo mantendria de persona á persona. Hecho lo cual, los reinos de Leon y Castilla juraron en Madrid á 19 de abril al príncipe don Felipe como heredero de la corona. Y á 4 de mayo, trasladado Cárlos á Valencia, recibió tambien juramento de fidelidad de los estamentos reunidos, en medio de la consternacion que causó en los ánimos el hundimiento del puente Real, que fué causa de que se sumergiesen en el rio mas de mil personas, pereciendo algunas. Acabadas las fiestas valencianas, pasó en primero de junio á abrir en Monzon las córtes reunidas de Aragon, Cataluña y Valencia, á las que pidió subsidios, y, jurados los fueros, obtuvo un donativo de doscientas mil libras.

En Monzon acudió, pidiéndole pública audiencia, Guiena, rey de armas de Francisco primero, y concedida, le entregó de parte del francés un cartel de desafío, que era aceptacion del que le habia dirigido Cárlos llamándole ruin é infame, y al que contestaba que Cárlos mentia por la gorja y que se lo mantendria si le aseguraba campo. Consultó Cárlos á los grandes, y opinaron que no debia llevarse adelante el caso: pero él, visitado antes el monasterio de Monserrate, se fué á Zaragoza, y á dia 24 de junio

envió su rey de armas Borgoña á Francisco, admitiendo el desafío, señalando por campo una isla del Bidasoa, y por plazo cuarenta dias. Pero Borgoña estuvo cincuenta dias en Fuentarrabía esperando el salvo conducto del francés y cuando se le permitió llegar á París, y presentarse á Francisco, temeroso este de oir de su boca palabras atrevidas y dicterios, le despidió sin permitirle hablar como queria, y aun hizo amenazarle con la horca. En realidad Cárlos y Francisco manifestaron en este asunto una puerilidad extremada.

Era llegado el caso de fiar la cuestion á los azares de la guerra, ya, ántes que declarada, encendida. Con cuarenta mil infantes y cinco mil caballos se encaminó Lautrec á la conquista del reino de Nápoles. Ante un ejército tan numeroso, espantadas las ciudades, abrian las puertas y entregaban las llaves al caudillo. El mismo papa, aunque aliado del francés, tembló en Roma, y para alejar de esta ciudad el nublado, dió secretamente á los imperiales las pagas que reclamaban, y logrando que saliesen á campaña, puso á salvo de amigos y de enemigos la ciudad eterna.

De veinte mil hombres, los tres mil de caballería, se componia el ejército que el príncipe de Orange sacó de Roma. Lautrec, cuyo ejército era doble, fué en su busca y le presentó batalla. Orange, á pesar de su inferioridad, queria admitirla : mas, reunido su consejo, se siguió el parecer de Alarcon, quien opinó que era conveniente dejar al tiempo y al clima que enervasen el primer ardor de los franceses ; por lo que solo mediaron varias escaramuzas, y Orange se replegó sobre Nápoles, en cuya ciudad se metió para defenderla. Lautrec le siguió, ganada antes á viva fuerza Melfi, cuya guarnicion pasó á cuchillo, con lo que

casi todos los pueblos de aquel reino se le rindieron, y pudo caer sobre Nápoles con todo el ejército de la liga, dia 9 de abril. Al poco tiempo acudió tambien contra ella Filipin Doria, que la bloqueó por mar estrechamente. Parecióle á Hugo de Moncada, virey de aquel reino, que debia acometer á Doria, ántes que se le juntasen las galeras venecianas, si queria conservar la ciudad; y salió en su busca: mas Doria le recibió prevenido, le derrotó, y lo hizo prisionero. Nápoles se vió en grandes apuros. Faltábanles víveres á los defensores; los alemanes pedian á gritos sus pagas, y se amotinaban continuamente; los escasos alimentos que en la ciudad entraban se vendian á tan alto precio, que muy pocos podian adquirirlos: y para colmo de quebranto dejóse ver la armada veneciana que acudia al refuerzo de la francesa. En este conflicto, de la misma desgracia de Moncada salió la salvacion de aquel reino. Filipin Doria envió los prisioneros á Andrea Doria, pidióselos á este Lautrec, imperioso, y negándose Doria, se enemistaron, por lo que, dando Doria oidos á las proposiciones que le hacian aquellos prisioneros, convino en admitir las ventajas que le hacia el emperador y en pasarse á su servicio. El primer acto de su cooperacion fué salvar á Nápoles llevándola abundantes víveres. El francés envió tambien por mar nuevos refuerzos y dinero á los sitiadores, y viéndolos desembarcar, salió tropa de Nápoles para impedirlo, y sitiados y sitiadores tuvieron por ello bravas escaramuzas, hasta que parte del dinero cayó en manos de los imperiales.

Por este tiempo, á primeros de junio, la suerte fué trocándose para los franceses de próspera en adversa. Habian perdido las galeras de Doria; parte de su socorro en dinero habia ido á parar en manos de sus enemigos; y para

colmo de desgracia cebóse en ellos una epidemia que los vendimió cruelmente. Llamábase mal francés. Dicen unos que procedia de incontinencias con el otro sexo; otros, y es mas probable, que de la destemplanza en comer frutas no maduras, y en beber agua de charcales: es lo cierto que hasta los caballos morian de la dolencia á centenares. Aconsejábanle á Lautrec que levantase el sitio, apartándose de aquella atmósfera infecta: mas respondió que debia morir ó tomar á Nápoles; y murió de la peste: gefe digno de mejor sepultura que la que le dieron bajo un monton de arena. Ya no se veian entre los sitiadores mas que cadáveres y moribundos, por lo que levantaron el sitio, abandonando la gruesa artillería y todo cuanto podia darles estorbo. Los mas iban enfermizos y azorados. Cargaron sobre ellos los imperiales, desbarataron la retaguardia, y cayendo sobre el centro le destrozaron, cogiendo muchos prisioneros, entre ellos á don Pedro Navarro. El resto del ejército francés se encerró en Aversa, en donde tuvo que capitular, de manera que fueron recobradas en pocos dias la mayor parte de las plazas perdidas, y muy pocos franceses de aquel ántes tan lozano ejército pudieron volver á sus hogares.

Entretando don Antonio de Leiva, aunque con escasas fuerzas, habia protegido el corazon de la Lombardía, y aun logrado juntarse con un refuerzo de doce mil alemanes que bajo el mando del duque de Brunswich vino por Trento á su socorro: mas salióles fallida una empresa que intentaron contra Lodi; y los alemanes, faltos de víveres y de dinero se volvieron. Con la noticia de la expedicion de Brunswich, dispuso el rey de Francia que el conde de San Pol con artillería, ocho mil infantes y mil caballos, fuése á reforzar el ejército de la liga; y aunque al tiempo de su

llegada se habia retirado ya Brunswich, pasó San Pol adelante, y fué á aumentar el número de las víctimas del contagio, y de las que cayeron á manos de los imperiales. Leiva habia vuelto á replegarse sobre Milan, aunque nó sin haber ántes acometido denodadamente á Pavía y apoderádose de ella. Pero la poca gente que dejó para su presidio, no pudo impedir que volviesen á penetrar en ella los de la liga, lo mismo que en Novara y Viagrasa. Génova sintió luego el golpe de la desercion de Doria, pues sabiendo este que la ciudad estaba casi sin gente, porque la peste se habia cebado en la guarnicion francesa, y los ciudadanos se habian derramado por las cercanías, se acercó por mar á ella, y echando en tierra quinientos hombres, obligó á los franceses á ampararse del castillo, en donde pudieron sostenerse poco tiempo.

La fortuna, aunque colocaba á los imperiales en duros trances, no los abandonaba. El emperador no habia personalmente dirigido ninguna empresa, ni hecho por entonces otra cosa que mandar gente al gran matadero de Italia, sin cuidar de proveerla para que no se desmandase; pero habia tenido la fortuna de encontrar gefes como Launoy, Pescara, Alarcon, Leiva, Basto, Borbon y Orange que supieron arrostrar la muerte por obedecerle, y conquistarle lauros, alguna vez enrojecidos, que él ponia sobre su diadema, formándose una especie de aureola. Su brillo le deslumbró no pocas veces, y le hizo caer en pecados de soberbia y de ira, contra los cuales solo en la grandeza del alma hubiera hallado correctivo. No sabia Orange qué hacer de Pedro Navarro á quien habia hecho prisionero, y escribió al emperador pidiéndole órdenes. La órden que dió Cárlos fué que se degollase á aquel gefe octogenario, digno

por su valor y edad de otros miramientos, porque habia tenido la desgracia de ver la primera luz en los dominios de aquel príncipe, y de creer mas justa que la de Cárlos la causa de Clemente. Ahogáronle en la cama para evitarle á él la vista del patíbulo, y á Cárlos que se hiciese pública la nota de no haber podido exprimir de su corazon un acto de clemencia.

CAPITULO XIV.—Fin de esta guerra de Italia; paz de Cambrai; el emperador se traslada á Italia. Año 1529.

El príncipe de Orange recibió asimismo órden de tratar como rebeldes á cuantos vasallos del emperador habian apoyado ó seguido el ejército de la liga, de manera que hubo muy pocas familias en Nápoles cuyos individuos no tuviesen pendiente sobre sus cabezas la implacable cólera de Cárlos. La mayor parte huyeron, y formaron compañías de merodeadores. Orange se vió precisado á sostener una nueva campaña para alejar de Nápoles tan molestos enemigos, y recobró al mismo tiempo la ciudad de Águila arrojando de ella á los franceses. Tampoco estuvo inactivo en la Lombardía don Antonio de Leiva, pues impidió constantemente que el conde de San Pol intentase nada contra Milan, y cuando supo que este se encaminaba con toda su gente hácia Génova, con ánimo de reconquistarla, siguióle de noche llevado en andas á causa de la gota que le atormentaba, y sorprendiendo á San Pol y á toda su hueste, derrotóle completamente y le hizo prisionero, tomándole todos la bagajes y la artillería. Así fué destruido en Landriano, dia 21 de junio, el último cuerpo francés que aun se sostenia en Italia. El rey Francisco veia unas tras otras desvanecerse sus mas acariciadas esperanzas, muertos ó prisioneros sus guerre-

ros, su reino diezmado por un mortífero contagio que habia sucedido á la temperatura benigna de algunos años, en que casi no se sintió el frio, y su corazon martillado cada dia con mas ímpetu por la separacion y el cautiverio de sus hijos. Inclinóse por tanto á hacer la paz á cualquier costa. Ya el papa, mudado el dictámen, habia convenido tambien en la necesidad de ganar la amistad de Cárlos.

Este, soltados los cardenales que tenia en rehenes, recibió un amistoso mensaje del pontífice, en que le proponia fuése á Italia á recibir la corona del imperio, y á arreglar paces entre aquellos príncipes. Deseábalo tambien Cárlos para visitar de nuevo la Alemania, y, dejando por regenta á su esposa, mandó reunir armada y tropas en Barcelona, en donde tenia convocadas córtes para el dia 15 de mayo, y entró en ella á 30 de abril. Ántes le preguntaron los de la ciudad si queria entrar como emperador ó como á conde de Barcelona, y respondiendo él que como á conde, fué recibido con mucha alegría de aquellos naturales. Duraron las córtes hasta el dia 27 de julio. Un mes ántes habia Cárlos ido á la catedral, rodeado de un magnífico acompañamiento, y juró en ella la concordia que su plenipotenciario acababa de firmar en Viterbo con el sumo pontífice. Sus principales artículos fueron: que Cárlos, no muy dado á la continencia, y que tenia una hija natural, por nombre Margarita, la daria en matrimonio al sobrino del papa, Alejandro de Médicis, señalándola en dote el estado de Florencia á título de ducado; que serian restituidas á la santa sede las plazas que ántes poseia; que el único señorío que reconoceria Cárlos en el papa, tocante al reino de Nápoles, consistiria en ofrecerle cada año un caballo blanco, que tendria Cárlos derecho de presentacion de obispados y arzobispados; que el

papa daria seguro á los imperiales para pasar por sus tierras si le necesitasen; que Cárlos y Clemente se avistarian en Italia; y luego pasaria el primero á Alemania para sujetar á los herejes, y que la cuestion de Esforcia la someteria Cárlos á jueces no sospechosos.

A los tres dias de cerradas las córtes, se embarcó Cárlos en una armada de treinta y tres galeras, las trece genovesas, y otros buques, con ocho mil infantes. La galera capitana genovesa era buque lleno de esculturas y dorados, de una grande magnificencia. Á 12 de agosto entró en Génova, y desembarcada la gente, supo á pocos dias que entraban en la Lombardía nueve mil alemanes, los mil de caballería, y le llegó asimismo la nueva feliz de que en Cambray su tia Margarita, y la madre de Francisco primero, debidamente facultadas, habian concluido paz á fines de julio, y obtenido la ratificacion del monarca francés. Cárlos la juró en Génova luego de conocida. Excepto en lo tocante á la restitucion de la Borgoña, cuya cuestion se dejó indecisa, los demás artículos de esta paz, funesta para la Francia, fueron basados sobre los del tratado de Madrid. Porsu rescate debia dar Francisco dos millones de escudos de oro, á saber, un millon y doscientos mil al contado, cuatrocientos mil que se destinarian para pagar al inglés lo que Cárlos le debia, y cuatrocientos mil en tierras de los Paises Bajos. Además se obligaba Francisco á cubrir la indemnizacion de quinientos mil escudos que debia Cárlos al inglés por no haber tomado su hija en matrimonio, renunciaba á la Italia, y restituia sus bienes y honores á los herederos de Borbon; con otras crueles humillaciones. El papa habia firmado paz sin contar con el francés; el francés la firmó sin contar con el inglés ni con ninguno de sus otros aliados; el inglés se avino

á ella el 6 de agosto; y luego todos los demás estados á porfía aspiraron á ser incluidos en sus artículos. Venecia envió un sumiso mensaje á Cárlos; el papa le hizo dar la bienvenida; Florencia, que se habia armado para sostener su libertad y su independencia, acudió tambien por ver si disipaba la borrasca que preveia, y, conociendo que no era posible, se aprestó para la lucha. Tambien los protestantes alemanes enviaron diputados á Cárlos, mas no quiso recibirlos. Dividió el emperador sus tropas en dos cuerpos; uno encargó á Orange para que redujese á Florencia; otro dejó en Nápoles bajo el mando de Alarcon, y nombró virey de Nápoles al cardenal Colona, que fué desterrarle honrosamente de Roma. Muchas plazas resistieron á Orange con esfuerzo, entre ellas Hispelo y Cortona, y si al fin se rindieron, fué probando que tenian brios. Pero Cárlos estaba de enhorabuenas. Teníale en cuidado la noticia de que los turcos habian puesto sitio á Viena, y reunido un ejército capaz de poner en alarma á la cristiandad entera: mas luego supo que le habian levantado sufriendo grandes pérdidas. Preparábase ahora para pasar á Bolonia á avistarse con el papa. Ántes le convenia para sus designios sacar de Milan á Leiva; llamóle con pretexto de querer conocer á un hombre tan ilustre, y, recibiéndole con la cortesanía que sabia emplear á tiempo, le mandó que le acompañase á Bolonia. Dia 5 de noviembre hizo en ella su entrada solemne. Precedíanle cuatro escuadrones, detrás de los cuales iba Leiva en silla de manos, seguido de cuatro mil infantes, veinte cañones, y mil caballos; iban en pos dos docenas de pajes, dos reyes de armas y dos maceros; y luego venia montado el emperador á la cabeza de mil quinientos caballos y tres mil infantes. El oro y plata, las perlas y alhajas y borda-

dos eran riquísimos y deslumbradores, Fué recibido debajo de palio, y acompañado en procesion hasta la plaza de San Petronio, en donde estaba el papa sentado en un grandioso tablado. Apeóse Cárlos, subió al tablado, hincóse, besó el pié y luego la mano al pontífice, quien le recibió en sus brazos, y le besó el rostro, recibiendo un presente de diez libras de oro acuñado. En Bolonia se ajustó lo que faltaba para completar la paz de la Italia. Venecia tuvo que restituir á Roma las ciudades de Ravena y Cervia, entre otras; y al emperador las que de él ocupara, y darle además medio millon de ducados. El duque de Ferrara fué admitido á firmar la paz; el marqués de Mantua dió su adhesion á ella; y por fin, el duque de Esforcia, protegido del papa, y objeto de una promesa hecha por Cárlos al pontífice, vino á echarse á los piés del emperador, fiado en su caballerosa justicia. Cárlos le abrazó, y reservándose solo la posesion de Como y la del castillo de Milan, le declaró duque del Milanesado, con la carga de cuatrocientos mil reales y pension de cincuenta mil por diez años, con admiracion de Leiva que no podia creer que tanta sangre se hubiese derramado y tantos tesoros agotado, por la posesion de un castillo. Pero este era el sacrificio impuesto para obtener la alianza de Clemente.

En medio de sus prosperidades, no dejaba Cárlos de experimentar algunas borrascas, como indicios de desconfianza en las buenas fortunas. Supo que su esposa habia dado á luz un infante que vivió pocos dias, y cuyo nacimiento habia puesto en gran peligro la vida de la madre. Llególe asimismo la noticia de que Haadin Cachidiablos, oficial intrépido del corsario Ariadin Rarbarroja, habia puesto á saco muchos pueblos de Valencia, llevádose á Ar-

gel los moriscos, cautivado centenares de cristianos, y que, siendo perseguido por ocho galeras del emperador, mandadas por Rodrigo Portundo, las hizo cara, á 25 de octubre, cautivó á Portundo y á su gente, apresó sus galeras ó las destrozó, y llenó de consternacion aquellas costas.

CAPITULO XV.—Expedicion contra los corsarios. Restituyénsele al rey de Francia sus hijos. Consúmase la sesion de Malta. Cárlos, coronado en Italia, pasa á Alemania. Campaña contra Florencia. Año 1530.

Sabida la desgracia de Portundo, dispuso Cárlos que Doria, reunidas sus galeras con las españolas y con diez francesas, fuése en busca de Barbarroja para escarmentarle. Supo en Mallorca que aquel corsario habia dividido sus fuerzas, dirigiéndose á Argel con treinta galeras, y dejando á Hali Caraman en Sargel, poblacion distante de Argel diez leguas, con otras treinta. Doria se echó sobre estas, apresó dos, se apoderó de siete buques menores, y libertó á los cautivos. Pero tres compañías de italianos que habia desembarcado se entregaron al saqueo, y como Caraman con su gente lo viese desde el alcázar, á donde se habia retirado, salió contra ellos, y cautivó ó pasó á cuchillo la mayor parte, pues solo sesenta volvieron á embarcarse con su gefe: y Doria se hizo á la vela con el dolor de ver su anterior ventaja menoscabada por un descalabro. Cuando Barbarroja supo en Argel el saqueo de Sargel, hizo matar á cuantos cautivos cristianos tenia, entre ellos á Martin de Vargas, atormentándole: soldado merecedor de laureles por haberse defendido por mucho tiempo solo contra una numerosa chusma.

La noticia de esta crueldad avivó en la península los ardores bélicos contra los musulmanes, y fué favorable á las

levas de gente que se hacian para pasar á Alemania contra Soliman y su gente. Á la empresa estaba convenido que contribuiria tambien el francés, quien envió el rescate á Fuenterrabía para que le fuesen devueltos sus hijos, y entregada al mismo tiempo su esposa doña Leonor, como se efectuó á primero de julio. Poco ántes habia sido consumado otro acto que tenia tambien su fundamento en años anteriores, cual fué la entrega de las islas de Malta, Gozo y Tripol á los caballeros de Rodas para que continuasen sirviendo de avanzadas contra la media luna. La tendencia general de la cristiandad se habia vuelto contra Soliman y sus atrevidas empresas. Cárlos, al tiempo de la publicacion de la paz general, habia incluido en ella á casi todos los príncipes cristianos, y dia 22 de febrero fué ungido solemnemente por el papa, recibiendo la famosa corona de hierro, y dos dias despues le fué ceñida la de oro, y cabalgando á la izquierda del papa, siguió las calles de Bolonia, recibiendo las entusiastas aclamaciones de aquellos habitantes. Al cabo de un mes habia partido ya para Alemania, con ánimo de extinguir el luteranismo, y de reunir luego grandes fuerzas contra el turco. En Inspruck salióle al encuentro su hermano don Fernando, y convocados para dieta en Augusta los príncipes del imperio, asistieron ambos á ella, aunque desde luego vieron que los príncipes protestantes acudian con gente armada. Intentó Cárlos reducir por medio de la persuasion á los luteranos, pero conoció que las diferencias religiosas, por mas hondamente arraigadas en los ánimos, son mas difíciles de arreglar, y así escribió al papa y á varios príncipes, que no veia otro camino de paz que la reunion de un general concilio. Preparóse pues contra el turco, y para dar mayor representacion á su hermano don Fer-

nando, durante sus ausencias, nombróle rey de romanos. Los luteranos en tanto, reunidos en Smacaldica, y temerosos de que se les obligase por las armas á la restitucion de los bienes eclesiásticos que se habian repartido, formaron una liga armada para defenderse si la cuestion pasaba al terreno de la fuerza. Por este tiempo recibió el emperador la triste nueva de la muerte de su tia Margarita, á cuya intervencion debia la paz de Cambrai, y que habia dado muestra de gran prudencia en el gobierno de Flandes: Cárlos nombró por sucesora suya á su hermana doña Maria, viuda del rey de Hungría.

Al salir de Italia no habia el gefe del imperio dejado enteramente tranquilos aquellos estados. Florencia aspiraba á defender su libertad, y los imperiales habian prometido arrebatársela. Mandaba á los imperiales el príncipe de Orange, y á los de Florencia el caudillo Malatesta Baglion. Orange puso sitio á la ciudad, á pesar de una vigorosa salida que sus defensores hicieron para impedírselo. El papa envió á los sitiadores dos mil hombres de refuerzo, y al mismo tiempo hizo que sus tropas impidiesen á Napoleon Ursino, abad de Farfa, auxiliar á los sitiados. Otra salida hicieron estos, no ménos vigorosa que la pasada, creyendo que hallarian descuidados á los españoles y á los alemanes, mas tambien fueron rechazados. Florencia pidió auxilio á Eupoli, que por seguir su causa habia resistido ya dos asaltos; los pidió á Pisa, á Volterra y otras poblaciones que estaban á su favor, y todas ellas juntaron para socorrerla algunas fuerzas puestas al mando de Ferruchi. Súpolo Orange y salióle al encuentro con tres mil quinientos infantes, y algunos escuadrones; mas, ántes de llegar á las manos, hizo que se retirasen mil españoles con su gefe el marqués del Basto, de quien

estaba disgustado, y acometiendo á Ferruchi con inferiores fuerzas cayó muerto en el acto en que alentaba á los suyos con el ejemplo: y hubieran sido derrotadas completamente sus tropas, á no haber acudido en aquella sazon el capitan español Velez de Guevara con su gente, que arrebató á Ferruchi la victoria y la vida. Fué muy sentida del ejército la muerte de Orange, y temiendo los soldados que le sucediese en el mando algun gefe en quien no tuviesen la misma confianza, eligieron por aclamacion á don Fernando Gonzaga, general que era de la caballería imperial: eleccion que Cárlos confirmó por acertada. Parecióle al nuevo gefe que en el estado á que habia llegado Florencia, quebrantadas sus fuerzas, agotados sus víveres, abiertas sus murallas y falta de recursos, oiria á una voz amiga que le manifestase cuán imposible le era evitar su última ruina si se obstinaba contra su mala estrella; el mismo Malatesta Baglion, no sin propio peligro, manifestó á sus conciudadanos que era ya un arrojo temerario la defensa. Rindiéronse, pues, dia 9 de agosto, y poco despues admitieron por duque á Alejandro de Médicis, sobrino de Clemente.

CAPITULO XVI.—Secretos manejos. Asomo de nuevas turbaciones. Continúan los aprestos de Cárlos contra el turco. Año 1531.

Si los príncipes poco ha hostiles no se hacian ya la guerra con las armas, tampoco se estaban mano sobre mano, ántes trabajaban por debajo de cuerda para dañarse mutuamente por medio de la intriga, ya que no podian de otro modo. El rey de Inglaterra escribia al de Francia llamándole su buen hermano. El de Francia escribia al papa pidiéndole en matrimonio una sobrina suya para el príncipe de Orleans su hijo segundo, con la mira de enemistarle con

el emperador y de poner otra vez por medio de este enlace los pies en la Italia. Enrique de Inglaterra echaba la vista sobre los Paises Bajos, y viendo que la princesa María que los gobernaba era muy altiva y carecia de la grande prudencia de su predecesora doña Margarita, proponíase en caso de rompimiento sacar buen provecho del disgusto público. El francés por su parte esparcia voces calumniosas contra Cárlos, para aglomerar indignacion sobre él; y como sucediese que algunos incendios devorasen grandes propiedades en la Champaña, en Borgoña y cerca de París, al momento cundió la voz de que el emperador tenia incendiarios á sueldo. Los protestantes, temerosos de que cayesen sobre ellos de rechazo los grandes aprestos que hacia Cárlos contra los turcos, solicitaron el auxilio de Inglaterra y de Francia. Tambien le solicitó el mismo Cárlos con intencion segunda, pidiéndoles que le ayudasen contra el turco. Ambas potencias se excusaron con el emperador; pero á los protestantes les envió el francés dinero y esperanzas, y el inglés prometió auxiliarlos con cincuenta mil escudos mensuales, llegado el caso de romperse las hostilidades. Conociendo Cárlos cuán preñada de dificultades estaba la cuestion religiosa en el imperio, instaba al papa á que convocase un general concilio, y viendo que Clemente daba largas al asunto por no parecerle necesario el remedio, tomó el partido de hacer una momentánea concordia con los protestantes, mandando que hasta tener efecto el concilio, ó hasta la reunion de la dieta del imperio, quedasen en suspenso los decretos expedidos contra ellos, y no fuese nadie molestado por sus creencias: con cuyo acto de tolerancia se calmó por el pronto la irritacion de los ánimos, y se logró que los católicos y protestantes á una se aprestasen contra el turco.

Mas Cárlos no se preparaba solamente contra el turco. Escribia incesantemente á Roma para que el papa se negase á la disolucion del matrimonio que entablaba Enrique de Inglaterra contra su legítima esposa, hija de Fernando el Católico. Daba tambien órdenes para que en la península fuesen muy vigiladas las fronteras de Francia, como si recelase alguna brusca acometida. Supo que en España habia un asomo de nuevas turbaciones que tomaba un mal gesto, y escribió al cardenal arzobispo de Toledo que procurase, en cuanto estuviese en su mano, evitar toda desavenencia con el arzobispo de Santiago, para que de ahí no tomasen pié aquellos gérmenes de desazon pública para convertirse en discordancias religiosas. Procedia el disgusto de que el consejo de gobierno detenia la ejecucion de las bulas pontificias hasta ver si eran contrarias á las prerogativas del rey ó perjudiciales al estado; y entendiendo algunos curas que el papa habia manifestado sobre ello su disgusto, entregáronse en el púlpito á ardientes declamaciones contra el gobierno; y dicen unos que el arzobispo de Santiago los animaba, mientras por el contrario el de Toledo escribia á Cárlos que solicitase bula pontificia, para que pudiese por sí el consejo de gobierno proceder contra aquellos predicadores. Cárlos procuró echar tierra en estas discordias, y logró del papa que nombrase cardenal al arzobispo de Santiago, y obtuvo tambien el capelo para el de Sevilla.

Disponia al propio tiempo grandes levas de tropas en la península, para que por Italia se trasladasen á Alemania, en donde estaba reuniendo contra el turco un ejército numeroso. Temido de la cristiandad, dueño de España, señor de Alemania y poseedor de dos imperios riquísimos en el Nuevo Mundo, el de Méjico conquistado por Hernan Cortés

que le ensanchaba, y el del Perú recientemente recorrido por Pizarro en las costas del grande Océano Pacífico, segun de ello hablaremos al fin del capítulo XXVI, y pudiendo decir que el sol no abandonaba nunca sus dominios, solo una cosa le hacia sombra, la gloria adquirida por Soliman; y se preparaba para eclipsarla á toda costa. La emperatriz recibió este año tristes nuevas de Portugal su patria, pues se sintieron grandes terremotos en muchas poblaciones, singularmente en Lisboa, en donde se desplomaron muchos templos y palacios, y mas de mil y quinientas casas.

CAPITULO XVII.—Córtes en Segovia: campaña contra Soliman: Cárlos en Bolonia. Año 1532.

La emperatriz reunió en Segovia córtes de los reinos de Castilla y de Leon en solicitud de donativos. Promulgáronse en ellas algunas leyes de utilidad pública, entre ellas que los pleitos de segunda suplicacion se viesen por cinco vocales del consejo, que ninguno que no tuviese órdenes sagradas fuese nombrado fiscal eclesiástico, que los escribanos firmasen cada fin de año y signasen sus registros, y que cobrasen derechos por arancel, y no por su voluntad ó por costumbre. Al mismo tiempo hacíanse en la península públicas rogativas por el éxito feliz de la campaña que el emperador habia abierto contra el turco.

Fijos estaban en Cárlos los ojos de la cristiandad entera. Habia hecho nuevas instancias al rey de Francia á fin de que le asistiese con buques, tropas y caudales; mas Francisco le respondió que los buques y las tropas los necesitaba para la defensa de sus costas, y que de caudales le habia dejado exhausto el rescate de sus hijos. Debia Cárlos contar con solas sus fuerzas. Sacó de los protestantes el partido

posible, confirmando en la dieta de Ratisbona el decreto de tolerancia religiosa; auxilióle el papa con grandes sumas sacadas de un impuesto echado sobre los beneficios eclesiásticos, y envióle además con lucida escolta á su sobrino; y por fin llamó de Italia á don Antonio de Leiva y al marqués del Basto con los tercios españoles que habia en la Lombardía, y los que habian acudido de España. Hecha reseña de su gente halló que podia contar con noventa mil infantes, treinta mil caballos, y mucha artillería, sin contar las guarniciones de las plazas, y los domésticos que en caso necesario podian tambien acudir á la comun defensa.

Necesario era todo este aparato de fuerza. Habia Soliman reunido en Belgrado trescientos mil hombres, pareciéndole que avasallaria en muy poco tiempo la Alemania. Juan Sepucio, príncipe de Transilvania, que se titulaba rey de Hungría, fué á rendirle homenaje. Don Fernando, hermano del emperador, le envió un mensaje de paz, brindándole con la amistad del imperio, á lo que respondió que á su tiempo contestaria; y dió órden de abrir la campaña. La primera acometida tuvieron el honor de sostenerla los españoles. Encerrados mil de ellos, bajo las órdenes de don Tomás Lezcano, en la ciudad de Estrigonia, fuéron embestidos por una multitud de turcos, de válacos y de transilvanos con grande estruendo y gritería. La plaza es batida y asaltada, mas Lezcano se defiende y rechaza al enemigo. Acude á su socorro un cuerpo de tropas que es derrotado por los sitiadores, mas no por esto decae de ánimo el español intrépido, ántes rechaza muchos asaltos con entusiasta denuedo, y al fin obliga al musulman á levantar el sitio. No ménos gloriosa defensa hizo Nicolás Tarezic en Guiuz ó Gunz, pues con solos ochocientos hombres resistió

no menos asaltos que Lezcano en Estrigonia, aunque al fin, para alejar de sus muros á tan formidable enemigo, convino en que sonase que quedaba en ella de comandante con su propia gente en nombre del gran turco: de manera que en la posteridad fueran iguales los timbres de Tarezic y de Lezcano, si conservara el primero hasta el postrer momento, sin apelar á ficciones vanas, su admirable entereza. Es lo cierto que estas dos heroicas defensas descorazonaron á Soliman y á su gente, haciéndoles entrever grandes dificultades y peligros, cuando un puñado de valientes se defendia de tan gran poder desde tan débiles murallas. Por este tiempo Francia y Venecia, alarmadas con la perspectiva del peligro que corria la Europa si Cárlos salia vencedor, ó la cristiandad si era vencido; escribieron á Soliman manifestándole que evitase con Cárlos un encuentro decisivo, pues eran muy aguerridas sus tropas, é iba con él la fortuna: cuyo consejo le pareció bien al gefe musulman, y pretextando las avenidas de los rios y la proximidad del invierno, taladas las tierras y reunidas grandes riquezas, fuése replegando hácia Constantinopla. Pero dejó cuarenta mil merodistas al mando de Micaloglis, para que acabasen de devastar el Austria. Quien primero opuso á Micaloglis resistencia en campo raso fué el caballero aragonés don Fernando Cabero, seguido de cuatro mil españoles, quien, obedeciendo mas á su denuedo que á la prudencia, pensó poder rechazar al bárbaro, y fué vencido y pasado con todos los suyos á cuchillo. Obtenido este triunfo, creyó Micaloglis que podia dividir impunemente sus fuerzas, y encargó la mitad de ellas á Ferricio y la otra á Cazano, gefes cuyo valor tenia muy probado. Ferricio, mas prudente, contentóse con saquear algunos pueblos y fué á juntarse con Soli-

man; Cazano, ménos advertido, dió lugar á que en Staremberg le alcanzase el conde Federico Palatino á la cabeza de doce mil infantes y dos mil caballos, y le destruyese completamente. Este feliz golpe de fortuna terminó la campaña, en la que, al decir de los alemanes, perdió Soliman setenta mil hombres, y en opinion de los turcos, ganó un botin inmenso, y puso á contribucion al Austria sin que nadie se atreviese á perseguirle. En efecto Cárlos se aconsejó con sus generales, y aunque su hermano don Fernando era de opinion de pasar adelante y recobrar algunas plazas de Hungría, opinó que debia dejarse puente de plata al fugitivo, y se preparó para volver á Italia y luego á España. Los imperiales dijeron que jamás habian estado tan inactivos como cuando los mandó el mismo Cárlos en persona.

Tambien por mar habia hecho Soliman grandes aprestos, y reunido ochenta galeras, y muchos otros buques para hacer la guerra á su enemigo afortunado; y Cárlos respondió á los aprestos del turco juntando cuarenta y cuatro galeras y treinta y nueve transportes en que embarcó diez mil hombres, cuya armada confió á Andrés Doria. Venecia no quiso contribuir con su armada al aumento de la de Cárlos, pues dijo que tenia hecho tratado de amistad con Soliman, por lo que Doria se adelantó solo á combatir á la escuadra turca. Evitó esta el encuentro, y Doria se echó sobre la antigua Coron, ó Cheronea, la conquistó, llenó de terror la Morea, se encaminó á Patrás, la combatió, entró y saqueó, y tocando en Nápoles se restituyó á Génova cargado de botin y de laureles. Por tierra y por agua se le sonreia á Cárlos la fortuna.

A su paso por Italia, de vuelta de Alemania, deseaba avistarse nuevamente con el papa, y lo efectuó en Bo-

lonia, dia 8 de diciembre. Tratóse en esta entrevista de algunos asuntos graves. No queria Cárlos creer que el rey Francisco se aviniese á pedir por esposa para el duque de Orleans á una sobrina del pontífice; mas este le enseñó la correspondencia del francés que no daba lugar á dudas. Cárlos deseaba que se tomase resolucion acerca de la reunion de un concilio, á lo que respondió Clemente que accederia á ello si los demás príncipes cristianos tambien le reclamasen. Cárlos tenia empeño en que Clemente usase de todo el rigor de las leyes canónicas contra Enrique de Inglaterra que queria repudiar á su esposa, tia del emperador; y Clemente dijo que obraria en este asunto como fuese justo y conveniente. Tratóse por último de asegurar el reposo de la Italia, y convinieron en formar liga el emperador, el papa, Génova, Florencia, Sena, Luca, Milan, Ferrara y Venecia, si esta queria entrar en ella (mas no quiso), contra cualquiera que intentase turbar su sosiego, para lo cual Antonio de Leiva quedaria por general en la Lombardía con solos dos tercios españoles, que procuró Cárlos fuesen enteramente completos.

CAPITULO XVIII.—Vuelve Cárlos á España. Córtes de Monzon. Expediciones contra turcos. Disgustos que Cárlos no pudo evitar. Año 1533.

Súpose en España que el emperador tenia determinado volver á ella por Génova, y salió á recibirle la emperatriz con el infante don Felipe por Zaragoza, á donde llegó dia 6 de marzo, hasta Barcelona, en donde hizo entrada solemne. Cárlos, antes de embarcarse en Génova, quiso visitar el sitio en donde se dió la famosa batalla de Pavía, y recorrió aquellos campos haciendo que Leiva y el marqués del Basto le explicasen los pormenores de la sangrienta jornada. Es-

cuchólos atentamente como si sintiese el enervamiento en que hasta entonces habia permanecido sin compartir las glorias de los que conquistaban laureles en nombre suyo. En Génova juntó una armada de veinte y cinco galeras, y se hizo á la vela para Barcelona, ádonde llegó dia 22 de abril, siendo recibido como general que volvia victorioso, aunque sin haber luchado. En medio de una ovacion deslumbradora, presentósele un enviado de Muley Hascen, rey que fué de Túnez, y en la actualidad arrojado del trono por Barbarroja, ofreciéndosele como vasallo, si lograba reponerle en el imperio. Sintió Cárlos lisonjeado su orgullo, y dando muestras de alguna ligereza, desde luego prometió amparo al monarca desvalido. Mandó á don Álvaro Bazan que con diez y seis galeras fuése á auxiliar á Hascen y á los piratas africanos. Es de observar que en aquellos tiempos, en que estaban en continua lucha los moradores de las costas africanas contra los de las europeas, unos á otros los contendedores se daban el nombre de piratas, se perseguian, hacian desembarcos, saqueaban los pueblos, y degollaban ó cautivaban á sus habitantes. Este estado de cosas, sostenido por las mútuas persecuciones religiosas, debia durar naturalmente hasta que la cruz ó la media luna obtuviesen en el Mediterráneo un triunfo decisivo: perspectiva que aparecia distante todavía. Bazan se contentó con tomar tierra junto á Tremecen, embestir la poblacion de One y saquearla, degollar á seiscientos moros, cautivar mil, y volver con botin á sus galeras; y de retorno derrotó al moro Arraez á quien embistió con solo once galeras, apresó algunas que andaban dispersas, y volvióse á España habiendo dado libertad á los cristianos que los moros tenian al remo.

En tanto Cárlos, señalado el punto de Monzon para con-

vocacion de córtes de Aragon, Cataluña y Valencia, y restablecida la emperatriz de unas tercianas que la aquejaban, se trasladó á aquella poblacion, y pidió á los estados que le ayudasen á sostener las cargas públicas. Aragon le hizo un donativo de doscientos mil escudos, Cataluña otro de doscientas cincuenta mil libras, y Valencia lo que faltaba para seiscientos mil ducados. Todo este dinero, lo mismo que las grandes sumas que venian de las Indias occidentales, en un momento fué consumido. La conquista sola del punto de Cheronea, costó al tesoro inmensas sumas. Soliman quiso recobrar aquella plaza, y Cárlos se empeñó en sostenerla. Aquel envió contra ella un ejército y una armada, y la puso estrecho sitio. Cárlos envió allá á Doria, quien derrotó á la escuadra turca, y puso en fuga á los sitiadores. Pero no bien se hubo alejado Doria de aquellas playas, envió Soliman nuevo ejército, con intento de recobrar por hambre á Cheronea. Los sitiados hicieron una salida feliz en un principio, desgraciada en el fin, y que los desalentó sobremanera. La peste acabó de ponerlos en el mas duro trance. Instaba el papa al emperador á que no cesase de enviar socorros á los de Cheronea, y con este fin le concedió las décimas de todas las rentas eclesiásticas españolas. Levántase con esto una grande polvoreda; clama el clero diciendo que se huellan las inmunidades de su clase; y en algunos puntos, en Toledo por ejemplo, se suspenden los oficios divinos: de manera que fué necesario no hacer uso de aquella concesion para calmar la creciente efervescencia. La piedad de la emperatriz contribuyó á serenar esta tormenta: y el papa dió á aquella princesa una muestra de su aprecio, mandando que le fuese entregada una espina de la corona de Cristo, que veneraban en Madrid los padres franciscos.

Ni el gran poder de Cárlos, ni su fortuna, ni la política sagaz de que habia dado muestra en sus relaciones con la córte pontificia, pudieron evitarle unos crueles disgustos. Clemente le temia mas que le amaba, y estaba descontento de él por el decreto de tolerancia religiosa que habia firmado en Alemania. Acercóse pues al monarca francés, que le brindaba con un casamiento ventajoso, y le honró visitándole en Marsella. Una Médicis, sobrina de Clemente, tuvo el honor de enlazarse con el duque de Orleans, hijo de Francisco I. El papa admitió de Francisco una riquísima tapicería. Francisco recibió del papa una asta de rinoceronte montada en oro. Francisco señaló pensiones á todos los cardenales que acompañaban al pontífice: y este creó y nombró cuatro cardenales franceses, á pesar de que ya habia seis de la misma nacion, cosa que contrariaba las ideas italianas mas generalmente recibidas, y era de grande contrapeso para las influencias del imperio. Pero Francisco, á pesar de ser á un tiempo amigo del papa, é íntimo aliado del rey de Inglaterra, no pudo arreglar el asunto ruidoso pendiente entre este monarca y la santa sede. Enrique VIII, haciéndose superior á las leyes y á las costumbres civiles, y hollando en consecuencia las eclesiásticas, declaró que el obispo de Roma no tenia mas poder en Inglaterra que cualquier otro obispo extranjero, casóse con Ana Bolena, y repudió á doña Catalina de Aragon, tia del emperador, desafiando al mismo tiempo que á Roma el poder de Cárlos: mientras Francisco daba la mano al papa, con la esperanza de hacerle firmar la restitucion del Milanesado en favor de la Francia.

CAPITULO XIX. —Espedicion de Barbarroja. Aprestos contra él. Año 1534.

No contento el rey de Francia con la esperanza que el matrimonio de su segundo hijo le daba para recobrar su perdida influencia en Italia, trabajaba en Alemania secretamente para procurarse partidarios. Frustráronse por el pronto sus planes, ya porque los príncipes alemanes estaban contentos con la tolerancia que habian obtenido, y ya tambien porque don Fernando, rey de romanos, acababa de firmar paz con Soliman por lo respectivo al imperio, viendo con gusto que la ambicion del gran turco tomaba ahora nueva direccion contra la Persia. Opinan algunos que fué una consecuencia de esta paz la evacuacion de Cheronea, ordenada por el emperador, y ejecutada este año con pretexto de ser su conservacion harto costosa. Pero, si hizo Soliman la paz con la Alemania, nó así con Cárlos en calidad de rey de España, y para molestarle, nombró por bajá y general de sus escuadras á Barbarroja, y dióle el mando de una armada de ochenta galeras, y otras muchas embarcaciones. Animado Barbarroja del odio que tenia á Cárlos, dió muestras de una actividad poco comun; llegó á Cheronea, reparóla, y púsola guarnicion conveniente; presentóse ante Mesina, creyendo sorprenderla, y no pudiendo, costeó la Calabria, hizo un desembarco, entregó á las llamas la poblacion de San Nochito, degollando ó cautivando á sus moradores, encaminóse á Cataro, en donde incendió siete galeras recien construidas, redujo á cenizas entre otros pueblos el de Piota, espantó á Nápoles, saqueó la isla de Prochita cautivando á dos mil quinientos habitantes, embistió á Fundi, en donde no dejó con vida mas que á los niños y á las mujeres, que redujo á cautive-

rio, llenó del terror de su nombre á la misma Roma, y ocupó completamente á Túnez, en nombre del gran sultan, llevando á ello su riquísimo botin y sus cautivos.

Con estas novedades volviósele acíbar á Cárlos la satisfaccion con que habia sabido el resultado de la expedicion de Bazan, y encendióse en ira al pensar que su proteccion declarada no habia podido afirmar en el trono de Túnez á Muley Hascen. Determinó por tanto hacer contra el temible Barbarroja grandes aprestos. Habia ántes reunido córtes en Madrid de los reinos de Castilla y Leon, y obtenido un considerable donativo. Dispúsose en ellas que solo se cabalgase en caballos, dejando las mulas para la labranza. Trasladado luego á Toledo, habia elegido para arzobispo de esta ciudad al cardenal Tavera, por muerte de su antecesor el cardenal Fonseca. Ocupado en seguida en los síntomas que aisladamente se notaban en España, de querer echar en ella raices el luteranismo, cuidó de que los inquisidores procurasen destruir el naciente gérmen, á fin de no tener que acudir mas tarde al remedio de la tolerancia, puesto en uso en Alemania; y supo con gusto que Ignacio de Loyola, Pedro Fabro Saboyano, Francisco Javier, Diego Laines, Alonso Salmeron, Nicolás de Bobadilla y Simon Rodriguez, habian echado los cimientos de la compañía de Jesus, destinada á combatir á aquellos sectarios, y á impedir que sufriese el catolicismo nuevas pérdidas, tan crueles como la recientemente sentida de la separacion de la Inglaterra, en donde se eregia el rey en gefe de la iglesia anglicana. Verdaderamente Roma derramaba lágrimas amargas. Clemente habia dictado contra Enrique una sentencia, que, aunque justa, pareció á muchos inoportuna, y murió de tristeza al saber que el monarca inglés rompia abiertamente

con la santa sede, se declaraba papa de Inglaterra, y se apoderaba de los inmensos bienes que allí el clero poseia. Sucedióle en el pontificado el cardenal Alejandro Farnesio, que tomó el nombre de Paulo tercero.

En medio de estos tan trascendentales acontecimientos, conocia Cárlos cuánto le importaba dominar en las aguas del Mediterráneo, ahora mas que nunca, en que la pérdida de su preponderancia marítima podia arrastrar en pos de sí la ruina de las colonias de las Indias occidentales, tan recientemente conquistadas. Pensó, pues, que el medio mejor era dar un golpe formidable contra Barbarroja, reponiendo en Túnez, como monarca tributario de España, al despojado Muley Hascen. Á esta empresa deseaba asistir en persona, no tanto por empeño de dirigirla con mas acierto, como para rodear su nombre, y acompañarle de timbres guerreros que codiciaba vivamente. Pidió galeras á Roma, Génova, Portugal, Nápoles y Sicilia; dió órden de aprontar todas las que habia disponibles en los puertos de la península, y dispuso que se juntase en Barcelona la mas poderosa armada que hasta entonces hubiese reunido. Y mientras hacia estos preparativos, habia enviado á Túnez un criado suyo, por nombre Luis Presendes, que poseia perfectamente el árabe, para que se informase del país, de sus fortificaciones, y del espíritu público: mas fué descubierto, y reconocido como espía de Cárlos, por lo que Barbarroja le condenó al último suplicio. Un morisco español le habia hecho traicion para apoderarse de las mercaderías que llevaba en dos naves, á fin de dar á su disfraz un completo colorido.

CAPITULO XX. — Jornada contra Tunez. Pasa Carlos á Italia. Saqueo de Mahon. Muerte de Esforcia. Año 1535.

En los primeros meses de este año fueron llegando á Barcelona la mayor parte de los buques destinados á formar armada contra Barbarroja. No creia este que Cárlos tomase tan á pecho el negocio, que quisiese en persona dirigir la jornada; pero luego, siendo público en Europa el empeño que ponia el emperador en reponer en el trono de Túnez á Muley Hascen, preparóse aquel para la defensa. Desde mucho tiempo no se habia visto en el Mediterráneo tanta actividad en el armamento de buques de guerra. Todas las potencias cristianas, excepto Inglaterra, Francia y Venecia, auxiliaron á Cárlos como si se tratara de una nueva cruzada. Portugal envió al infante don Luis con dos mil soldados y veinte y cinco buques: Génova á Andrés Doria con diez y siete galeras; Malta cuatro; el papa doce; Mónaco dos; y Cigala otras dos. Cárlos llegó á Barcelona el dia 3 de abril, y permaneció en la ciudad ó sus cercanías hasta el 30 de mayo. Fuera de la Puerta Nueva pasó reseña de la gente que habia reunido, y de ocho mil hombres que por mar acababan de llegar de Málaga, y de los dos mil portugueses. Asistió con don Luis de Portugal á la procesion de Córpus, llevando una vara del palio, visitó el monasterio de Monserrate, y se hizo á la vela, acompañado de las personas mas ilustres de su córte. Un fuerte vendabal llevó la escuadra á Mallorca, pero luego hizo rumbo hacia Cerdeña, y en Caller, á 11 de junio, se juntaron con ella las galeras italianas y los buques de transporte que conducian los tercios españoles é italianos mandados por el marqués del Basto. Constaba ya la armada imperial de cua-

trocientos buques que llevaban á bordo cuarenta mil combatientes, y una multitud grande de sirvientes y de marinería y chusma. No parecia á la verdad que tan formidables preparativos se hubiesen hecho para reponer á un musulman en el trono de un miserable reino, sino mas bien para conquistar el África, y destruir la marina del islamismo. Cárlos se hizo á la vela y entró en el golfo de Túnez el dia 16 de junio. Desde el tiempo de los romanos no habia surcado aquellas aguas una tan fuerte y numerosa escuadra. Está situado el golfo de Túnez en donde se cruza el grado treinta y siete de latitud septentrional con el octavo de longitud oriental del meridiano de Paris. Ábrese el golfo entre el cabo Bueno ó de Ras-Adar, y el cabo Farina, con una anchura de unas cuarenta millas, que va menguando par ambas costas hasta reducirse á unas diez y seis en el punto en donde á mano izquierda hay el cabo Zafran, y á la derecha el cabo de Cartago y las ruinas de esta antigua rival de Roma. Desde aquí el golfo continúa redondeándose hasta la profundidad de unas diez millas. En la dicha mano derecha, junto á las ruinas de Cartago, hay una lengua de tierra que va á parar, internándose en el golfo, en el fuerte llamado La Goleta, cerrando la entrada de una especie de lago ó ensenada de unas veinte millas de circúito en cuyo fondo existe Túnez. Era, pues, La Goleta, una especie de avanzada que defendia el verdadero puerto de Túnez, y una atalaya que el emperador creyó debia hacer suya ántes de intentar nada contra esta plaza. Desembarcada la gente, ganada una torre llamada del Agua, en donde se encontraron algunos pozos de agua potable, y ocupado un cerro que está entre ella y las ruinas de Cartago, dispuso el marqués del Basto lo conveniente para la seguridad

del campo y para acometer al enemigo. En esta posicion los defensores de La Goleta estaban á igual distancia de Túnez que los del campo imperial, mas aquellos iban y venian de la plaza por la márgen izquierda del lago, y los imperiales solo tenian abierto el camino de la derecha. Las primeras escaramuzas no fueron favorables á los imperiales, por ser mas prácticos que ellos del terreno sus contrarios, y porque estos acometian casi siempre por dos puntos á la vez, por la parte de Túnez á la derecha del lago, y desde La Goleta, cogiendo en el ángulo á los cristianos; y no pocas veces hicieron salidas, y luego se retiraron como espantados para que cebados los sitiadores cayesen en emboscadas peligrosas. Muchos españoles perecieron víctimas de tales ardides, entre ellos un cuerpo de tropas que tuvo el arrojo de llegarse hasta debajo los muros de La Goleta. En esto, dia 25 de junio, llególe á Cárlos de refuerzo el valeroso Alarcon con cuatro galeras y dos galeotas, llevando consigo algunos caballeros y buenos soldados. Alegróse el emperador porque aunque presidia á todo, no se le alcanzaba mucho de ciertos pormenores de la guerra; y así mandó á Alarcon que reconociese si el marqués del Basto habia dirigido bien los ataques contra La Goleta. Hízolo, y opinó que los ataques debian estrecharse mas, y así se hizo. Barbarroja hizo entonces una salida contra los imperiales, y puso en duro conflicto al primer cuerpo de seis mil hombres que estos destacaron contra él; de manera que tuvo que salir el mismo emperador á la cabeza de la caballería, á bien que no fué necesaria su presencia, pues las demás tropas acudieron y rechazaron á los tunecinos. Muley Hascen compareció en esto á la cabeza de ciento cincuenta ginetes, y fué recibido de Cárlos con los honores debidos á

un monarca. Levantáronse tres baterías para abrir brecha en La Goleta, una de veinte y cuatro cañones y algunas culebrinas asestada contra el bastion de la marina, la muralla nueva y la torre; otra de seis cañones mucho mas cerca de la plaza, y otra de diez y seis para batir las obras de la parte del lago. Situáronse algunas galeras junto al cabo de Cartago para impedir que Barbarroja pudiese acometer á los imperiales por la espalda, mientras las otras tomaron posicion delante de La Goleta, y rompióse á una de todas partes el fuego con estruendo espantoso. A las pocas horas desplomóse parte de la torre, del bastion y del muro viejo, viéndose entre los escombros algunos cañones destrozados y muchos cadáveres. Á 25 de junio, dia del apóstol Santiago, se dió el asalto general, y los tunecinos abandonaron la fortaleza, metiéndose cuatro mil en Túnez por el lago, y pasando dos mil á Rhades, cortado ántes el puente que de La Goleta cruzaba el canal dando paso para la izquierda márgen. Cerca de cien buques, muchos pertrechos, y trescientos cañones de bronce y otros de hierro, fueron el fruto de este asalto en el que murieron ochocientos tunecinos. «Ved ahí la puerta por donde habeis de entrar en vuestro reino,» dijo Cárlos á Muley Hascen al entrar con él en La Goleta.

Indicaban estas palabras que eran fundados los rumores que corrian entre las tropas de que, dejado buen presidio en el fuerte para apoyar á Muley Hascen, debia la mayor parte de la expedicion volver á España; y mostrando mucho disgusto los soldados y los caballeros que se habian embarcado con esperanzas de coger un buen botin, tuvo Cárlos junta de gefes, y determinó no cejar en la empresa hasta que fuese ganada Túnez. Trabajóse en limitar el

fuerte de La Goleta de manera que bastasen mil hombres para su presidio, y dia 30 de julio se publicó jornada contra el baluarte del famoso Barbarroja segundo. En el ala derecha, orillando unos olivares, se adelantan ocho mil españoles soldados viejos, mandados por el marqués del Basto. En el ala izquierda, siguiendo las márgenes del lago, van las tropas de Italia con su gefe el príncipe de Salerno. En el centro, los marineros y los tudescos tiran á brazo la artillería escoltada por seis mil alemanes, tras de los cuales vienen los pertrechos de guerra, y trescientos caballos. Detrás asoma el cuerpo de reserva compuesto de la infantería española mandada por el duque de Alba, con un cuerpo de caballería en cada flanco. Vibraba un sol ardiente sobre los arenales que el ejército iba cruzando, y en cuanto se oia un grito de ¡agua! desordenábanse todos para ir á apagar la sed; mas luego que resonaba otro grito de ¡moros! volvian los soldados á sus filas en un abrir de ojos.

Barbarroja habia salido con noventa mil hombres á presentar batalla á su enemigo; pero desconfiaba de los tunecinos y alabares que componian la mayor parte de sus fuerzas, y mas aun de los muchos cristianos cautivos que tenia encerrados en Túnez. No obstante adelantóse hasta un llano distante de Túnez unas tres millas, junto á unos abundantes pozos, y colocó á vanguardia un cuerpo de nueve mil turcos con doce cañones, y á su derecha mil caballos, y á su izquierda doce mil alabares y otras tropas. Cárlos demostró en este momento que los placeres de la corte no habian enervado su alma. Adelantóse con algunos caballeros á reconocer el campo enemigo, y luego anduvo recorriendo las filas de sus soldados, diciéndoles brevemente que llenasen su deber y cumpliesen con lo que su honor les

prescribia. Principiaron la accion los alabares, pero fueron rechazados por los arcabuceros, y pasando la artillería de Cárlos á vanguardia desalojó sin grande esfuerzo á los turcos. La vanguardia cristiana se apoderó de los pozos, y apagó en ellos su sed, aunque el agua estaba teñida en sangre de cadáveres moros, mientras la reserva acababa de ahuyentar á los tunecinos.

Si los caudillos cristianos habian dado en este dia grandes muestras de habilidad y de denuedo, no las dieron menores de cordura y de cautela durante la noche. Recogidos todos los soldados en torno de sus banderas, y dobladas las guardias, esperóse á que amaneciese para embestir la plaza. En Túnez reinaba un pánico espantoso. Los habitantes acomodados reunian sus familias y sus peculios, huyendo á los montes y lugares interiores; los moros y alabares desertaban. El mismo Barbarroja, visto aquel desórden, y presagiando un desastre, puso en salvo sus tesoros y mandó volar las mazmorras en donde gemian en cautiverio mas de veinte mil cristianos. Supiéronlo á tiempo, y cobrando brios en su desesperacion se sublevaron, rompieron sus grillos, se apoderaron del castillo, rechazaron al alcaide y al mismo Barbarroja, á quien obligaron á salir de Túnez fugitivo, y encendieron fuegos é hicieron muchos disparos enarbolando una bandera blanca para que Cárlos acudiese á su socorro.

Amaneció, y los imperiales se adelantaron sin descubrir ningun enemigo. El mismo Cárlos se llegó hasta una puerta de Túnez sin que nadie le hostigase. La ciudad permanecia silenciosa, y solo sobre la palidez de sus edificios se vislumbraban á lo lejos las ahumadas del castillo. Al fin unos moros y un cristiano de los cautivos sublevados salieron á

explicar la causa de aquella quietud inesperada, y á poco se presentaron los principales de la ciudad para entregar las llaves á Cárlos y poner á su merced todas sus haciendas. Un momento de indecision fué fatal para el honor de Cárlos y de su gente. Las tropas venian sedientas, no ya de agua, sino de oro. Faltó una inspiracion suprema, una voluntad enérgica, una voz querida ó imperativa que supiese encaminar á los soldados en busca de Barbarroja que huia con un botin precioso; y ellos, manchando sus nobles banderas, llevaron á cabo la infamia de pasar á saco y á degüello una ciudad que les presentaba las llaves rendida é indefensa. Sesenta mil personas perecieron en esta horrenda carnicería, y cuarenta mil fueron cautivadas; y si en alguna casa hecha un lagar de sangre no se encontraba oro, era destruida. No es estraño que el África haya por tanto tiempo rechazado con furor á los europeos, que así trataron á una poblacion que iban á libertar y que les abria sus puertas. Los cautivos, á quienes se debia la entrega de Túnez, fueron enviados bien vestidos á sus tierras para que esparciesen el terror de las armas imperiales. Muley Hascen quedó por rey de aquellos escombros con la condicion de que trataria á los cristianos con tolerancia religiosa, que no admitiria moriscos ni corsarios, que daria doce mil ducados de oro anuales para mantener el presidio de mil españoles dejado en La Goleta, y seis caballos y doce halcones, y que haria alianza perpetua con la España. Tales términos tuvo una expedicion tan formidable y digna de mas altos fines. Dia 17 de agosto empezó á hacerse á la vela de vuelta la armada imperial. Una tormenta dispersó sus buques. Los de Castilla y Portugal volvieron á Barcelona. Cárlos aportó en Trápana, de donde pasó á Palermo y Mesina, y

recibidos considerables donativos se dirigió á Nápoles, loco de orgullo, oyéndose llamar el africano, el invencible y el emperador del universo.

Barbarroja en tanto, se habia trasladado á Bona y luego á Argel, seguido de cerca por Doria, que no se atrevió á acometerle por conocer su valor y su pericia. Allí reunió treinta y cinco galeras, y por vengar el desastre de Túnez hizo un amago sobre Mallorca, y luego se echó sobre Mahon. Entró en el puerto enarbolando bandera de cristianos, desembarcó dos mil quinientos hombres, procuró con promesas de paz que le abriese Mahon sus puertas, y así que estuvo dentro, dió la poblacion á saco, cautivó ochocientas personas, y se llevó grandes riquezas. Los que habian capitulado con Barbarroja fueron despues descuartizados por el mismo gobernador que no habia sabido defender la isla.

Mientras Cárlos recorria sus estados de Italia, sucumbió bajo el peso de los años y de las dolencias el duque de Milan, Esforcia, legando á la Europa una nueva guerra.

CAPITULO XXI.—Cárlos en Roma. Infructuoso sitio de Marsella. Vuelve Cárlos á España. Año 1536.

Asomó con tristes augurios para la Europa el año de mil quinientos treinta y seis. La Italia veia cargarse nuevamente de sombrías nubes su horizonte en donde acostumbraba á dar la guerra los primeros estallidos. Ya Francisco I, en vida del duque Esforcia, quejoso de él porque habia detenido un emisario que enviaba al turco, le habia amenazado con invadir sus estados, y aun pedido paso para sus tropas al duque de Saboya; y como éste, casado con una hermana de Cárlos, se lo negase, alegó Francisco derechos sobre la Saboya, é invadióla. Sabida la muerte de

Esforcia, pidió Francisco el Milanesado para su hijo segundo, ofreciendo á Cárlos cuatrocientos mil ducados por la investidura. Pero Cárlos, contentándole con buenas palabras, ordenó á Leiva que acudiese á proteger al duque de Saboya, hizo trasladar á este con sus riquezas á Verceli, formó liga con Venecia para impedir que la Francia se apoderase del Milanesado, hizo de modo que en Alemania é Ilalia se reclutase gente á toda prisa, y que Génova y España aprontasen armada, y mandó á su hermana doña María, Gobernadora de Flandes, que hiciese entrar en Francia un ejército de treinta mil hombres. Dispuesto lo cual se encaminó á Roma para concertarse con el papa Paulo tercero. Dia cinco de abril entró en ella en triunfo, escoltado por setecientos coraceros de á caballo y muchas compañías de veteranos, y yendo á besar el pié al papa, este le besó, le abrazó y luego tuvo con él largas conferencias que versaron principalmente sobre la necesidad de reunir un concilio general de la Iglesia.

Estrecháronle en Roma unos embajadores del francés para que cumpliese la promesa de restituir el Milanesado, y díjoles que en el palacio pontificio les responderia. Para ello hacia tiempo que estaba estudiando una arenga, obra suya, de no muy bellas formas, pero sembrada de desenfados. Juntó Paulo un consistorio solemne, y allí, delante de los cardenales, de los embajadores y de la grandeza imperial é italiana, habló Cárlos en castellano con un desentono que esta hermosa lengua rechaza, y que hizo creer que el sol de Africa habia derretido y secado su cabeza. Primero habló bien de la convocacion del concilio, y luego divagó tomando desde su nacimiento los agravios que de Francisco habia recibido: y, dando al traste con su reputacion de prudente, ó tal vez

exaltado con la lectura de la crónica de los doce pares, propuso para evitar derramamiento de sangre un duelo entre él y Francisco, desnudos, con espada y puñal, cuerpo á cuerpo, en una isla, puente ó buque; pues de nó, proseguiria la guerra hasta que uno de los dos quedase reducido á simple caballero; y que en este caso sus soldados, sus capitanes y su propia fortuna le aseguraban la victoria, y á Francisco todo cuanto le rodeaba le estaba presagiando ruinas: de manera que en su lugar se pondria una soga al cuello en demanda de misericordia. Es imposible describir el efecto de semejante arenga. Cárlos se creia ya el rey del universo, y hablaba como el mas ínfimo de los hombres. Paulo procuró calmar con buenos modos aquel enardecimiento; los cardenales, los embajadores y los grandes se miraban con asombro, dudando si aquello era un sueño. Los embajadores de Francia no pudieron contenerse, y á su vez respondieron con no menor dèsentono. Mas interrumpióles Cárlos diciendo que les comunicaria su oracion, y podrian hacer á ella sus reparos: con lo que se retiró, y el dia siguiente, 18 de abril, salió de Roma. Inútiles fueron por el pronto cuantos pasos se dieron para poner armonía entre los dos príncipes; pues Francisco deseaba estender sus estados hasta el Milanesado, y Cárlos pensaba en reducir la Francia quitándola las costas del Mediterráneo, y abriéndose para sí un camino seguro y propio desde el Rosellon á Niza.

Pasó el emperador á Florencia, en donde le recibió espléndidamente su hija natural Margarita, recien casada este año con Alejandro de Médicis; y á los dos dió prudentísimos consejos sobre el uso templado que debian hacer del poder en una ciudad no acostumbrada á sujeciones. En tanto

iba reuniendo tropas en la Lombardía. Catorce mil españoles, doce mil italianos, veinte y cuatro mil alemanes, mucha artillería y cuatro mil caballos, componian el ejército con que contaba para conquistar una parte de la Francia. El primer golpe cayó sobre la plaza de Fosana, en donde entró Leiva á 6 de julio, obligando á capitular á los franceses que la ocupaban. En seguida, reunido consejo, indicó Cárlos su designio de llevar la guerra á Francia, pues los gefes de Francisco abandonaban ya sus banderas, como lo acababa de hacer el marqués de Saluces pasándose á los imperiales; y aunque Leiva y el marqués del Basto manifestaron que seria mas conveniente recobrar antes á Turin, ya sitiada, y las demás plazas del Piamonte, resolvióse con todo la jornada conforme á los deseos de Cárlos. Llevaba la vanguardia el marqués del Basto con diez mil españoles; seguia un cuerpo de diez mil alemanes; en el centro iba el emperador con su escolta; en pos venian cuatro mil italianos y cerraban la marcha diez mil alemanes. Á 25 de julio se rindió la plaza de Antibes. Pero, á medida que el ejército se adelantaba, en vez de encontrar un pais poblado y bien provisto, hallaba un árido desierto. Los habitantes huian llevándose los víveres ó quemándolos, y destruyendo los hornos y los molinos, pues así lo habia mandado Francisco mientras juntaba tropas en Aviñon y en Valence. El 25 de agostó llegó el emperador á la vista de Marsella y la puso sitio. Pero los habitantes, que tenian noticia de cómo habian tratado los imperiales una ciudad rendida, prefirieron defenderse á todo trance, y lo hicieron con el mayor esfúerzo. Batidas las murallas, tres veces se intentó el asalto y otras tantas fueron los imperiales rechazados. Escaseaban cada dia mas los víveres; mal alimentados los soldados y

faltos de pan, comian malas frutas; el mismo Cárlos pasó necesidad; y en consecuencia picó luego una epidemia que convirtió el campo imperial en un hospital inmenso. Veinte mil hombres, entre ellos el gefe don Antonio de Leiva, perecieron de miseria, de cansancio, ó víctimas de la peste. Á 10 de setiembre, reducido á menos de la mitad su ejército, levantó Cárlos el sitio, y volvióse á Niza por donde habia venido. Junto á la Torre de Muley acababa de ser herido mortalmente de una pedrada en la cabeza el delicioso poeta y valiente soldado Garcilaso de la Vega y Guzman, noble mozo toledano: y dió en Niza el último suspiro. Cárlos vengó su muerte haciendo embestir aquella torre y ahorcando á sus defensores, á pesar de que no habian hecho mas que cumplir con su deber defendiéndose, que tan mal consejero es el enojo.

Ya el ejército no tenia ilusiones para Cárlos; y, encomendándole al marqués del Basto, se fué á Génova, y embarcándose á 18 de noviembre, sobrevinieron recios temporales, y hasta el 6 de diciembre no tomó tierra en Barcelona, para trasladarse al interior del reino.

En ninguna parte le habia sido enteramente favorable la campaña de este año. Al principio un cuerpo de doce mil alemanes, amenazando los cantones suizos, habia podido impedir que de ellos saliesen auxiliares para el rey de Francia; pero, abierta la campaña, no solo fuéron á auxiliar á Francisco veinte mil suizos, sino tambien seis mil alemanes. Jacobo de Médicis y el marqués de Saluces habian intentado de órden de Cárlos recobrar la plaza de Turin para el duque de Saboya, pero les hizo desistir de la empresa Guido Rangon, el mismo que acababa de intentar, aunque infructuosamente, poco antes, apoderarse de Génova y en-

tregarla á los franceses. Buria, gefe de estos en Italia, cayó sobre Casale de Monferrato, y la tomó por sorpresa; por lo que el marqués del Basto acudió con fuerzas, embistió á Buria, le hizo perder mil doscientos hombres, y recobró á Casale. En la Picardía, las tropas de Flandes, en número de veinte mil infantes y seis mil caballos, abrieron la campaña tomando la plaza de Braye, pasando á degüello la guarnicion de Guisa, y saqueando aquellas cercanías; pero, queriendo apoderarse de Perona, no les fué posible conseguirlo, aunque la dieron tres impetuosos asaltos, y tuvieron que levantar el sitio. Francisco I vió este año declarársele mas decididamente propicia que otras veces la fortuna, pero recibió un golpe cruel viendo morir á su hijo mayor, que apenas contaba diez y nueve años. Díjose que el conde de Montecuculi le habia dado veneno en un vaso de agua; nególo este con entereza; le dieron tormento, y en la vehemencia del dolor dijo que sí; y preguntándole por sus cómplices, nombró á don Antonio de Leiva, y á don Fernando Gonzaga, por lo que le descuartizaron. Á poco mas que durara el interrogatorio, al mismo emperador, y al papa, y á Soliman tal vez culpado hubiera, que tal es el sello de mentira impreso en las declaraciones arrancadas por la tortura. Algunos autores dicen que la conducta posterior de Gonzaga hace entrar en los límites de lo posible la acusacion de Montecuculi; otros indicaron como autora del crímen, si le hubo, nó á los españoles, sino á la madrastra del delfin, interesada en sentar su prole en el solio de Francia; calumnia groseramente urdida, pues la reina Leonor no tuvo hijos de Francisco. Hay quien ve en la muerte del delfin un ensayo de la famosa Catalina de Médicis, esposa del hijo segundo de Francisco. Otros suponen injusta la muerte de

Montecuculi, é infundadas todas las sospechas, diciendo que el príncipe como mozo sintió grandes ardores juveniles, y pensando aplacarlos bebiendo agua muy fria, se acarreó una mortal dolencia. Otra muerte habia tambien sido muy sentida á principios de este año, y fué la de doña Catalina de Aragon, con la cual apuró el tósigo del dolor por verse repudiada de su marido el rey de Inglaterra, y ser la involuntaria causa del divorcio entre Roma y la Gran Bretaña.

CAPITULO XXII. — Córtes de Valladolid y de Monzon. Campaña del Artois. Campaña de Italia. Treguas. Campaña marítima. Año 1537.

Luego que necesitaba dinero, abria Cárlos las córtes de los reinos en demanda de donativos. Tambien lo hizo este año. Primero abrió las de Valladolid para los reinos de Castilla, y fué servido con una cantidad considerable. En seguida se trasladó á Zaragoza y de ella á Monzon, á donde llegó dia 13 de agosto, y obtuvo de Aragon un donativo de doscientas mil libras jaquesas; de Cataluña, otro de trescientas mil libras catalanas, y de Valencia otro de mil libras. Entretanto habia dado órdenes para que se custodiasen los pasos de los Pirineos, por donde los franceses podian hacer entrada, y para que los habitantes de las costas de Valencia y Cataluña se alistasen en compañías, para acudir á la comun defensa si el turco intentaba algo contra ellas, ya que á pesar de las instancias de Paulo tercero, no solo no cejaba el francés en sus pretensiones sobre el Milanesado, sino que habia formado liga con Soliman, para hacer la guerra á Cárlos poderosamente por mar y por tierra. Cárlos contaba con buenas tropas y generales en Flandes y en Italia, para sostener por tierra la campaña; y por mar confiaba en la habilidad y en la fortuna del genovés Doria,

de cuya omnímoda confianza, resentido el general de las galeras españolas, don Álvaro Bazan, dejó el mando, sin que las instancias de la misma emperatriz fuesen bastantes á hacerle desistir de su negativa.

Envanecido el francés con las ventajas obtenidas el año anterior, dió por nulos los tratados de Madrid y de Cambray, y publicó un edicto declarando por rebeldes á los flamencos, si no volvian luego á su obediencia. Y para apoyar sus pretensiones, juntó veinte y cinco mil hombres, entró con ellos por el mes de marzo en el Artois, talando y destruyendo á fin de reducirle por el terror; se apoderó del castillo de Alce, asaltó sin fruto el de Hesdin, y le ganó despues por capitulacion, entró en San Pol, en Liliers y otras plazas, y regresó á Paris por mayo, creyéndose ya victorioso. Pero de Flandes salieron quince mil alemanes, ocho mil valones y ocho mil caballos; y echándose sobre San Pol recobraron esta plaza, pasando sin piedad á cuchillo á todos sus habitantes. Cuatro mil y quinientos franceses perecieron. Consecuentes los imperiales en su frenesí, entregaron á las llamas aquella ciudad poblada ya únicamente de cadáveres. Al saber esta ruina, Montreuil, trémula de horror y de espanto, abrió sus puertas á los imperiales. Pusiéronse estos sobre Teruana, que les opuso resistencia, y derrotaron un cuerpo de tropas que queria meterse en ella de refuerzo, llevándola municiones. Mas en esto el nuevo delfin francés acudió á socorrer la plaza á la cabeza de veinte y seis mil infantes y tres mil quinientos caballos. La diplomacia contuvo en este punto á los combatientes. María, gobernadora de Flandes, y Leonor reina de Francia, eran hermanas, y deseaban poner término á aquella lucha; por lo que, obtenido el consentimiento de los monarcas belige-

rantes, avistáronse en Bomio á treinta de junio, y firmaron una tregua de tres meses, conviniendo que por el momento quedasen las plazas en poder de quien las ocupaba, mientras se trataria de la paz definitiva.

No fué menos viva que la del Artois fué la campaña de Italia. Forzoso fué en ella arreglar primero los asuntos de Florencia, pues, muerto Alejandro de Médicis á manos de su pariente Lorenzo, aspiraba la ciudad á recobrar sus perdidas libertades; mas el emperador dispuso que el difunto marido de su hija natural sucediese á Cosme de Médicis con igual poder absoluto, y así se hizo. Luchaban en Italia el marqués del Basto, y el francés Humiers. Quiso este sorprender á Asti, mas el español se lo estorbó dándola un oportuno socorro. Echóse Basto sobre Quier, y se apoderó de ella y de los caudales que en el castillo habia, pasando á casi todos sus defensores por el filo de la espada. Pasó á Quirasco, creyéndola intimidada con el anterior ejemplo, mas le recibieron los franceses con bravura, y rechazaron un asalto, si bien despues capitularon saliendo con todos los honores de la guerra. Alba resistió tambien, pero abrió al fin sus puertas á los españoles, que luego se encaminaron contra Piñarol y la pusieron sitio. Con la noticia de estas ventajas obtenidas por Basto, reunió el rey de Francia diez y siete mil infantes, y, seguido de muchos caballeros franceses, dirigióse á Italia, socorrió á Turin, é hizo retroceder á los españoles; mas á la sazon, recibida la noticia de las treguas ajustadas en Flandes, los dos ejércitos cesaron en las hostilidades, y el marqués del Basto, obtenida venia, fué á besar la mano al rey Francisco, y fué recibido de él con grandes distinciones.

Asentadas treguas, reuniéronse por el mes de diciembre en

Leocata varios plenipotenciarios españoles y franceses para ajustar paces: mas no se convinieron, aunque la emperatriz, restablecida ya del parto, en que dió á luz en 9 de octubre al infante don Juan, lo deseaba vivamente, movida del deseo de que los cristianos solo guerreasen con los infieles.

La campaña marítima habia puesto en alarma las costas de Italia. Barbarroja, reunida una numerosa escuadra, habia intentado hacerse dueño del reino de Nápoles, pero le halló muy prevenido, y solo la plaza de Catinara le abrió las puertas, fiada en la promesa de asegurar vidas y bienes, y se arrepintió luego, pues fué saqueada, y cayeron cautivos sus mas ricos moradores. Catinara dió la llave por donde los turcos entraron en el pais, y se derramaron por él, llevándose muchos cautivos y grandes riquezas. El almirante Doria no se atrevió á arriesgar una accion decisiva, y desviando el cuerpo del grueso de la armada de Barbarroja, cebábase en los buques que encontraba dispersos. Así rindió y entregó á las llamas diez galeras defendidas por genízaros; apresó y quemó dos llenas de turcos; y por fin embistió á doce bien armadas que se defendieron bizarramente; y rindiéndolas, las llevó á Mesina. Fortuna fué para él y para el emperador que en esta sazon Venecia y Turquía se declarasen la guerra, y que Francia firmase treguas, pues los armamentos hechos por el turco y por Barbarroja eran harto considerables, y reclamaban ya la union de fuerzas marítimas de los príncipes cristianos.

CAPITULO XXIIII.—Treguas de diez años entre Cárlos y Francisco. Alteraciones en la milicia. Córtes de Toledo en que pide Cárlos la sisa. Campaña contra Barbarroja Año 1538.

La campaña anterior, con sus recíprocas ventajas y des-

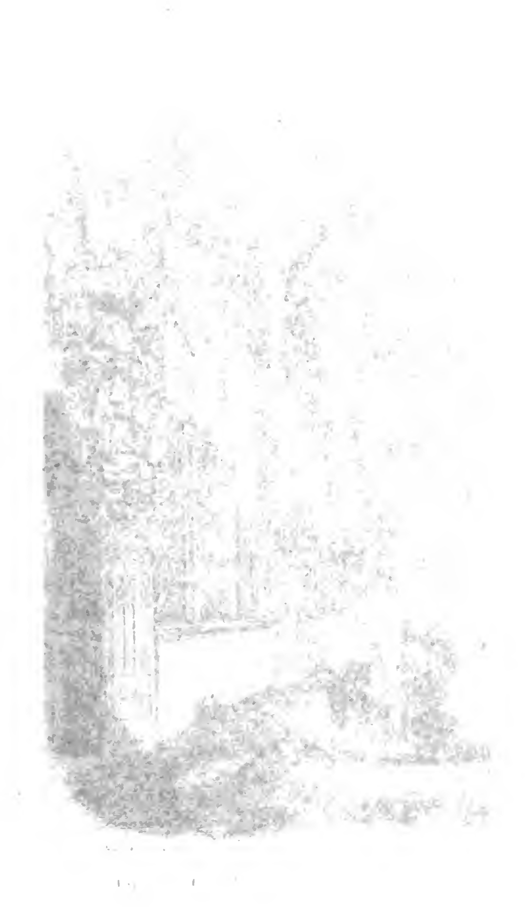
calabros, dejando indecisa la victoria, habia abierto el camino para una transaccion decorosa. Deseaba el papa que por buenos términos se llegase á ella, y para ello envió á Cárlos el cardenal Jacobacio, y á Francisco el cardenal Carpí, y recabó de ellos que se aviniesen á tener en Niza unas vistas con él para buscar un medio de arreglar sus diferencias. Tasladóse el pontífice á Parma, Alejandría y Saona, en donde se embarcó para Niza, y aportó á ella á 17 de mayo. Cárlos habia pasado á Barcelona y embarcádose, y dia 18 entró en el puerto de Niza. Francisco llegó tres dias despues. Solícito el pontífice tenia continuas conferencias ya con uno ya con otro monarca sin poder reducirlos á buen término, pues Cárlos ponia tales condiciones á la entrega del Milanesado, que mas parecia querer perpetuarse en su posesion que tratar de cederla. Visto lo cual, redujo á entrambos el pontífice á que firmasen tregua por diez años, dejando las cosas en el ser y estado que tenian; y al mismo tiempo, no descuidando sus asuntos propios, y con la mira tambien de apartar un pié que Cárlos habia afirmado en Florencia, obtuvo de él que, retirando á Cosme de Médicis la palabra que le diera de concederle la mano de su hija natural Margarita, viuda de Alejandro de Médicis, la entregase por esposa á Octavio Farnesio de la familia de Paulo tercero. Despidiéronse los potentados, aunque Cárlos acompañó al papa hasta Génova, y luego escribió á Francisco que deseaba verse con él cerca de Marsella. A esta ciudad encaminóse Cárlos por mar desde Génova, y fué recibido en ella con los mismos honores debidos á un propio soberano. Cárlos fué á visitar á Francisco en Aguas Muertas, y comió con él y con la reina y el delfin. Al otro dia Francisco volvió la visita á Cárlos en la galera en que vino, y

estuvieron hablando á solas por espacio de una hora sin que se trasluciese nada de su conversacion; y al despedirse se abrazaron tan afectuosamente como si fueran unos buenos hermanos. A los pocos dias entraba el emperador en Barcelona.

De vuelta á España le llegaron tristes novedades de sus tropas. Atento siempre á reunir grandes masas de soldados, no pensaba nunca en atender á su manutencion y á sus sueldos. De Milan supo que habia habido grandes alteraciones en la milicia, pues faltándole á esta las pagas, transformábanse en merodistas los soldados, con descontento general del pais que deseaba descartarse de ellos como de la plaga mas cruel que podia afligirlos. Fué necesario que el marqués del Basto reuniese dinero á toda costa, y pagados los atrasos licenciase muchas compañías. Pero si la prudencia de aquel gefe aplacó la fuerza del mal en la Lombardía, no sucedió así en el presidio de la Goleta, en donde mal pagada y peor alimentada la gente se sublevó y entregara la plaza á los moros, á no sosegarla don Bernardino de Mendoza, relevando la guarnicion y pasando por buenos términos los descontentos á Sicilia. Mas el virey de esta isla no supo ó no pudo arbitrar medios para contentarlos y satisfacerlos, por lo que el contagio de la rebelion se propagó tambien entre los soldados sicilianos, y alborotándose acometieron los lugares de Montforte, Santa Cecilia y Castañera, y los entregaron al saqueo. En vano reunió el virey y armó algunos campesinos para contener aquellos desmanes, pues los sublevados se echaron sobre ellos, los derrotaron, eligieron capitanes á que dieron el nombre de electos, situáronse en Rochela, nombraron por general suyo á un religioso que habia abandonado su convento, y embistiendo la plaza de

Ranzo, saqueáronla, echaron de ella á los vecinos, y quedaron por tres meses únicos señores de ella. Ya que el virey conoció que nada podria contra ellos por la fuerza, acudió al dolo y á la perfidia: les prometió perdon general, cuatro pagas y ocupacion en guarniciones mientras durase la paz; vinieron en ello, con lo que ambas partes juraron las condiciones; y hecho, el virey repartió á los sublevados por las plazas en cortas cuadrillas, y transcurridos tres meses hizo prender en un mismo dia al gefe y á los veinte y cuatro capitanes y á cuantos soldados pudieron haber á manos los pueblos, y mandólos ahorcar á todos. Los mas sumisos envíólos á la península. Llamábase Fernando Gonzaga el autor de tan horrenda justicia.

Es probable que para llevarla á cabo recibiria órden expresa del emperador, para quien la propia voluntad era la ley suprema. No obstante, esta voluntad, por imperiosa y enérgica que fuese, sufrió este año un embate recio. Cárlos convocó córtes de Castilla y Leon en Toledo, á que concurrieron los nobles, el clero y las ciudades, el dia primero de noviembre. Pidió en ellas el emperador un general impuesto sobre consumos de géneros comestibles, llamado la sisa, que obligase sin distincion á los tres estados. El estado llano, con tal que los otros estados le satisfaciesen, no opuso reparo. El estado eclesiástico espuso que, obtenida bula pontificia, no hallaba dificultad; pero Cárlos habia obtenido ya un breve del papa, y destruyó el reparo. Levantóse el condestable de Castilla don Iñigo Fernandez de Velasco, diciendo que el servicio que pedia el emperador, por injusto en la forma y en el fondo, era contra Dios, y podia dar márgen á continuas alteraciones, de que se seguiria la ruina de estos reinos; que al emperador debian





CLAUSTRO DEL CONVENTO DE SAN JUAN DE LOS REYES EN TOLEDO

pedirle todos que no tomase empeño en guerras sangrientas, ni se moviese de la península, evitando grandes gastos y quebrantos á sus vasallos; y que no olvidase lo que jamás habian olvidado sus antecesores, que en Castilla se diferenciaban los nobles de los pecheros, en que no pagaban ningun pecho. Todos los miembros de la grandeza siguieron la voz del condestable tanto mas cuanto estaban resentidos del emperador porque creian que les debia la corona de Castilla libre de trabas y leyes, ganada por ellos en Villalar contra las ciudades, y esperaban otra recompensa que la de verse confundidos con los pecheros que en aquella jornada sucumbieron. Inútiles fueron cuantos pasos hizo dar Cárlos para vencer su resistencia, de manera que por este año no hizo nada en las córtes de Toledo.

Habia Cárlos, por mediacion del papa, hecho liga con él y con Venecia contra Soliman y su almirante Barbarroja; y, falto siempre de dinero, á duras penas pudo aprontar las ochenta y dos galeras que en virtud de aquella alianza le correspondia presentar armadas bajo el mando de Doria. Los venecianos pusieron en la mar otras tantas á las órdenes de Capelo, y el papa treinta y seis mandadas por Grimani. Necesarios fuéron todos estos aprestos para resistir al pujante Barbarroja. Habia este embestido á Canea y Ritimo en Candía, y en ambas partes sido rechazado, por lo que hizo rumbo al golfo de Larta. Grimani intentó acometerle, y fué rechazado. Barbarroja metió su armada en Prevesa, á donde acudieron en su busca Doria, Capelo, y Grimani con unas doscientas velas divididas en cinco escuadras. Estando adelantada la estacion no le pareció prudente á Barbarroja abandonar el puerto; pero un eunuco le indicó que Soliman se indignaria si supiese que los cristianos tenian

encerrada su escuadra, por lo que dijo Barbarroja á los suyos: «Salgamos, ya que esta mitad de hombre lo desea.» Salió; y tomó tan buena posicion, apoyado en la boca del puerto, que Doria no se atrevió á embestirle, y mandó á la escuadra hacer rumbo hácia Corfú. Los venecianos fueron los últimos en retirarse, y perdieron dos galeras y dos navíos cargados de bizcocho, pero su galeon echó á pique tres galeras turcas y rechazó á las demás. Reunida en Corfú la armada cristiana, fuéron muchos los que echaron en cara á Doria casi los mismos reproches que el eunuco á Barbarroja, por lo que se hizo de nuevo á la vela, y cayendo sobre Castelnovo la asaltó, la rindió, hizo mil seiscientos cautivos, y dejando en la plaza un buen presidio, se llevó un botin considerable. Acudia Barbarroja al socorro de Castelnovo cuando una recia borrasca sumergió setenta de sus galeras y veinte mil hombres. Capelo y Fernando Gonzaga instaron de nuevo á Doria reproduciendo las reconvenciones del eunuco, y diciéndole que era hora de acabar con los infieles: mas esta vez respondió el almirante que Cárlos no le habia dado galeras para combatir los vientos.

CAPITULO XXIV.—Fin de las córtes de Toledo. Muerte de la emperatriz. Pérdida de Castelnovo. Sublevacion de Gante. Cárlos va á Gante por Francia. Año 1539.

Puso Cárlos en juego cuantos medios le sugeria la política para reducir á los señores á que le concediesen la sisa; mas no pudo por ningun término persuadirlos; y solo obtuvo de los procuradores de las ciudades un donativo de cuatrocientos cincuenta millones de maravedises pagados en tres años. Resentida sobremanera quedó la corona de aquella negativa por parte de los grandes; de manera que estas córtes de Toledo fuéron las últimas de Leon y de Cas-

tilla convocadas por brazos ó estamentos, pues en adelante únicamente las ciudades fueron llamadas para pedirlas algun servicio: alejamiento de la grandeza que contribuyó poderosamente á concentrar en el trono todos los poderes. Los servidores del monarca, trasluciendo su ojeriza, empezaron á guardar ménos consideraciones con los nobles. Al salir Cárlos de un torneo que se dió en la vega de Toledo, yendo seguido de los grandes, un alguacil de córte se atrevió á varear el caballo del duque del Infantado, diciéndole que no tuviesen detenido al emperador; y volviéndose el duque hirió al alguacil. Presentóse un alcalde de córte á prender el duque, pero todos los grandes, dejando solo á Cárlos, se agruparon para defender ál del Infantado, y el alcalde se fué, diciéndole el condestable que este negocio no le pertenecia. Cárlos revocó la órden que habia dado de prender al duque, y aun llevó el disimulo hasta enviarle recado de si queria que se procediese contra el alguacil descortés; mas el duque intercedió por él; y aun le hizo curar á sus costas y le regaló quinientos ducados.

El dia 18 de abril hubo un eclipse casi total de sol, presagio al decir de las gentes de grandes novedades, y como casi al mismo tiempo la emperatriz enfermó, y en jueves primero de mayo murió de parto, cobró mas intensidad aquella vulgar creencia. Fué doña Isabel muy devota y linda. De muchos partos solo salvó á don Felipe su primogénito, á doña María que fué reina de Alemania, y á doña Juana que lo fué de Portugal. Por la primera vez sintió el emperador que se le llenaban de agua los ojos, y que debia levantarlos al cielo. El cuerpo de la emperatriz fué trasladado á Granada, sin atender á su conservacion debidamente, pues llegó tan desconocido y deshecho que daba espanto el

verle, de manera que don Francisco de Borja, uno de los caballeros que le escoltaban, conociendo por ello cuán deleznable es la humana naturaleza, y cuán faltos de cimiento sus orgullos, aconsejado del ilustre Juan de Ávila, orador y escritor cristiano que por aquellos dias florecia, hizo voto de sepultarse en un claustro. El papa pensó en sacar partido de la muerte de la emperatriz para asegurar la paz de la Europa; y por tanto, envuelta en el pésame, hizo á Cárlos la proposicion de que casase en segundas nupcias con una hija del rey de Francia, al mismo tiempo que estipulase matrimonio entre el duque de Orleans y una de las hijas que dejó la difunta emperatriz, dándola en dote el Milanesado. Cárlos respondió como siempre con buenas esperanzas, y á fin de poner á prueba la buena voluntad del pontífice pidióle un subsidio para ayuda de coste de una expedicion que proyectaba contra Argel, y obtuvo dos cuartas de las rentas eclesiásticas de España.

Llevaba en efecto ánimo de escarmentar á Barbarroja. Continuaba este hábil y atrevido almirante de Soliman siendo el terror del Mediterráneo. Recientemente, apoyado por un cuerpo de ejército turco, habia puesto sitio á Castelnovo con empeño de recobrar la plaza. En vano los españoles, capitaneados por don Francisco Sarmiento, Juan Vizcaino, Sancho de Frias y Machin de Munguía, hicieron recias salidas llevando el estrago á las filas de los sitiadores, y haciéndoles perder en ellas mas de seis mil combatientes; poco tardaban en acudir en auxilio de Barbarroja tropas de refresco. El primer asalto se dió contra el castillo superior, y duró casi sin interrupcion cinco dias, con muerte de gran multitud de turcos; mas al fin, muertos tres de aquellos valerosos capitanes, arremolináronse en una plaza los sol-

dados, y en ella á pié firme, vuelta la cara al enemigo, ni obtuvieron cuartel ni le pidieron. El castillo inferior debió rendirse al poco tiempo, dia 7 de agosto. Quedaba vivo el capitan Munguía, á quien Barbarroja hizo venir á su presencia, y le ofreció grandes riquezas y empleos si apostataba, mas él profirió morir mártir de su creencia.

Sintió vivamente Cárlos la pérdida de Castelnovo, y renovó sus órdenes para reunir caudales con el objeto de preparar contra el turco grandes fuerzas. Exhausta la España, exprimia el jugo de Italia, de Alemania y de su amada Flandes, en donde vió la luz primera. En ella su hermana María habia, en calidad de gobernadora, repartido una exaccion considerable para pago y sostenimiento de las tropas. Negáronse al tributo los moradores de Gante, diciendo ser contra sus antiguos privilegios; insistió la gobernadora; apoyóla Cárlos amenazando á los ganteses, y perdido el sufrimiento en mal hora se sublevaron ellos con estrépito, y echaron de la ciudad á los soldados imperiales. Gante, vuelta en sí de su ira, buscó un protector en Francisco primero, y fué vendida. Francisco no aspiraba á otra cosa que á recobrar el Milanesado para uno de sus hijos, y esperando que el emperador se lo devolveria casando una de sus hijas con el duque de Orleans, y tomando el mismo en matrimonio á una de las princesas reales de Francia, le escribió remitiéndole las cartas de los ganteses, y manifestándole vivos deseos de que los sojuzgase. Cárlos sintió arder su sangre, nó en agradecimiento hácia Francisco, sino en ira contra los de Gante. Lleno de una actividad febril que no le dejaba fijarse en ningun punto, formó el designio de ir en persona á castigar á Gante. Pero vacilaba en el camino que escogeria. Si iba allá por Italia habia de pasar por los estados protestan-

tes de Alemania, y era á la sazon arriesgado. Si iba por mar, los ingleses y las olas, teniendo ya el invierno encima, le ofrecian obstáculo. El camino mas corto era cruzar la Francia. Francisco era un caballero: y en aquella ocasion esperaba obtenerlo todo de Cárlos por buenos modos. Los dos proyectos de matrimonio trazados por el papa servian al emperador á maravilla. La autorizacion de cruzar la Francia es solicitada y obtenida en pocos dias. Nombra por gobernadores durante su ausencia al comendador Cobos y al cardenal Tavera, toma la posta, encuentra en San Sebastian al duque de Orleans que viene á besarle la mano con la esperanza de que será algun dia su hijo político, intérnase con él en Francia sin la menor zozobra, entra en ella, y es acogido como rey; de las ciudades salen á recibirle los grandes, el clero y los magistrados, y llévanle en procesion debajo de palio. Bayona y Burdeos le presentan sus llaves en medio de grandes aclamaciones. Cárlos se adelanta pausadamente, fijando él mismo su itinerario, en el corazon del pais al que habia hecho mas cruda guerra. Tal vez esta es la mas interesante faz de su vida. Impávido, solo, con la sonrisa en los labios y la doblez en el pecho, se pone en manos de su mayor enemigo, porque le ha medido, y sabe que saldrá de ellas no solo ileso sino ganancioso con la fuerza moral que su mismo arrojo debe conquistarle.

Este año murió en Sevilla don Fernando Colon, hijo del famoso almirante.

CAPITULO XXV.—Carlos en Francia. Cárlos en Gante. Cárlos en Alemania. Hambre y peste. Saqueo de Gibraltar. Año 1540.

Cárlos fué recibido en Loches, segun los historiadores





CARLOS V EN FRANCIA

franceses, por el rey Francisco, no bien restablecido de una enfermedad debida á su incontinencia, y por la reina Leonor; y dia primero de enero hizo en París entrada solemne. Francisco era para él todo atenciones; visitó con él lo mas notable de su capital, acompañóle á San Dionisio, y aunque algunos le instaron á que no soltase al enemigo que tenia en su poder, ni quiso, ni queriendo supiera hacerlo. Hasta el punto de la mas abominable crueldad llevó sus atenciones para con el imperial huésped. Estando aposentado este en el castillo de Amboise, pegóse fuego á un tapiz del aposento en que dormia, y aunque los servidores acudieron y le apagaron en un instante, el monarca francés mandó ahorcarlos; ignórase si Cárlos intercedió, aunque no es probable: la justicia turca era la que entonces imperaba. Y sin embargo Francisco alababa ante el emperador á su Francia como muy culta. Paseando un dia los dos monarcas, acertó á pasar un sacerdote con el sagrado Viático. Postráronse todos, y luego volvió Francisco á montar á caballo para continuar el paseo. Cárlos le dijo que en España era costumbre seguir á Dios muy reverentes, pues de nó la inquisicion castigaba. Á lo que respondió Francisco que como en Francia no dominaban los moriscos ni los judíos, podia la Majestad divina ir sin escolta ni temor de insultos. Con este buen humor procuraba el francés mantener alegre á su rival, quien por su parte correspondia dándole con medias palabras grandes esperanzas acerca de los matrimonios proyectados, y del Milanesado, y haciéndole entender que seria fácil cosa obtener el consentimiento de su hermano don Fernando, única cosa de mera fórmula que faltaba. Ciertamente que durante esta representacion, el papel del francés fué el de la candidez caballerosa. La comedia acabó en Va-

lenciennes, en donde la altiva gobernadora de Flandes salió á recibir á su hermano. Hablóle de Gante con la pasion de una mujer desairada, y la fisonomía del emperador cambió de risueña en terrible.

Gante no oponia resistencia, antes se entregaba rendida, haciendo valer en su favor su arrepentimiento, y su fidelidad antigua que por un momento de desliz no podia ser manchada. Imploraba la majestad imperial, creyendo ver en ella un destello de las altas é inagotables misericordias. Engañábase. Habia ofendido al césar, y este no pudo hallar en su corazon ni una gota de aquella magnanimidad que tanto embellece á los césares. Necesitaba oro, sangre, y humillaciones grandes. Dia 24 de febrero entró en Gante á la cabeza de las tropas de Flandes, y de doce mil infantes y mil quinientos caballos alemanes. Veinte gefes ganteses murieron en el patíbulo; los pobres fueron desterrados; á los ricos se les confiscaron los bienes; á la ciudad se le arrebataron sus bienes propios, sus armas, su campana, sus privilegios todos; y para que el césar no decretase un general degüello, fué necesario que los ganteses se impusiesen una contribucion de ciento cincuenta mil florines en el acto, y de seis mil florines anuales, y que además compareciesen en procesion, llevando por delante, en camisa y con una soga al cuello, á cincuenta miembros de cada uno de los gremios en que la ciudad estaba dividida. Jamás el orgullo humano se dió una satisfaccion mas completa. Pero como las grandes injusticias tarde ó temprano dan su fruto, puede decirse que en este dia principió el divorcio de Flandes con la casa de Austria. Fué necesario levantar en Gante una ciudadela para tenerla sujeta. El amor y la confianza antiguas se trocaron en odio y en recelos. Vigilóse hasta la vida

privada, y si alguno poseia impresos venidos de Alemania, era castigado con las últimas penas.

En esta sazon parecióle al rey Francisco que debia felicitar á Cárlos, y le envió para ello una embajada, recordándole al propio tiempo sus promesas respecto al Milanesado; pero Cárlos se habia quitado ya la máscara del huésped, y respondió que habia tantos obstáculos respecto al estado de Milan, que preferia dar el de Flandes en dote á su hija, dando á entender que no daria ninguno. Sin embargo, por la mediacion del francés perdonó á Rainero, conde de Brederode, que como á rebelde habia sido condenado á muerte y á confiscacion de bienes; aunque antes se dió la satisfaccion pueril de tenerle á sus piés media hora de rodillas.

Dado el golpe de Gante, conferenció Cárlos con su hermano si seria aquella una buena coyuntura para hostilizar á los príncipes protestantes y reducirlos. Quejábanse ellos de que los católicos no cumplian el decreto de tolerancia, antes confiscaban los bienes á cuantos seguian la reforma. Cárlos convocó dieta en Espira, é hizo trasladarla luego á Wormes por picar en aquella plaza la peste: pero ni en Espira ni en Wormes fué posible concluir nada, esperándose siempre el concilio. Cárlos, astuto en Francia, é implacable en Gante, continuaba siendo tolerante en Alemania.

La peste que diezmaba aquella comarca del imperio, desoló tambien este año una gran parte de la península. Tuvo por precursora el hambre, y afirman graves autores que estas dos plagas juntas arrebataron la décima parte de la poblacion de España.

Otra plaga la devoraba asimismo, y eran las incursiones

y desembarcos de los corsarios argelinos y berberiscos. Dos de ellos, Caraman y Ali Hamet, cayeron á 10 de setiembre sobre la plaza de Gibraltar, entráronla, saqueáronla, y lleváronse gran número de cautivos. Llenóse de indignacion toda la Andalucía. De Sevilla y de otras ciudades y villas salió gente armada, y llenando de ella catorce galeras don Bernardino de Mendoza, fué en busca de los argelinos, avistólos cerca de la isla de Arbolan, embistió con ellos, derrotólos, pasólos á cuchillo ó los redujo á cautiverio, y recobrando la presa y los cautivos tomó el rumbo para España.

Por este tiempo volvió á la península, lleno de laureles, de canas y de pesadumbres, Hernan Cortés.

A la sazon recibia en Roma, dia 27 de setiembre, una aprobacion solemne el instituto de los jesuitas, objeto de encomios un dia, blanco de animosidades otro dia, y que levantándose, y cayendo, y volviéndose á levantar, ya acariciado de los príncipes, ya contrariado y perseguido, estaba destinado á ejercer en Europa tan grande influencia, y á llenar de su nombre la tierra.

Desde la conquista de Nueva España hasta este año de 1540, resultó que habian bautizado en ella los religiosos franciscos hasta seis millones de indios.

Este año recibió mision para las Indias orientales, con facultad de legado Á LATERE, el ilustre español Francisco Javier, y partió el año siguiente.

CAPITULO XXVI. —Nuevos disgustos con el frances. Vistas con el papa. Espedicion del Argel. Pizarro. Año 1541.

Resentido Francisco I de haber sido el juguete de la astucia de Cárlos durante el tránsito de este por la Francia,

escribió á los príncipes protestantes que podian contar con él en todo y para todo: con cuyo apoyo, abierta dieta en Ratisbona, se mostraron aquellos príncipes mas orgullosos que ántes, y significaron abiertamente que ni el papa ni los católicos podian ser jueces contra ellos, de manera que Cárlos, visto el mal sesgo que tomaba aquel asunto, dejó las cosas en el ser y estado que ántes tenian, y pensó solamente en activar la grande espedicion que proyectaba. De Ratisbona trasladóse á Italia por Trento, escribió al papa pidiéndole si podia avistarse con él en Luca, y entró en Milan dia 22 de agosto. A la sazon habia el francés despachado unos embajadores para Venecia y Turquía, con el objeto de separar á aquella potencia de la alianza con Cárlos, y de animar á esta en su lucha contra el imperio. Embarcáronse en el Pó para ir por él á Venecia, mas les salieron en dos barcas unos enmascarados, y los asesinaron. Francisco puso el grito en las nubes, llamó traidor á Cárlos y al marqués del Basto, diciendo que así alevosamente se burlaban del derecho de gentes, no respetando ni á los embajadores cuando su mision podia contrariarlos, y envió un ministro para que formulase su queja ante el mismo papa. Cárlos se habia trasladado de Milan á Génova, y luego pasó á Luca, en 10 de setiembre, en donde dos dias ántes habia llegado el sumo pontífice. El ministro francés espuso ante entrambos soberanos las quejas de su amo, y Cárlos negó que con noticia suya se hubiese cometido aquel atentado, y dijo que si se descubrian los agresores, estaba pronto á entregarlos al rey Francisco para que hiciese en ellos justicia. Pero no se descubrieron. Tres visitas hizo Cárlos al papa, estando en Luca, y solo una le fué devuelta. Instaba Cárlos á que se pasase adelante en reunir concilio, y en con-

firmar la liga católica, á que respondió el papa que estando en Roma lo decidiria. Instó el pontífice al emperador á que se aviniese con el francés entregando el Milanesado á uno de sus hijos, á que contestó Cárlos que en vez del Milanesado daria las provincias de Flandes en dote á su hija casándola con un hijo del francés. De manera que lo único en que se convino fué en no interrumpir las treguas con Francia, aunque Francisco, en extremo disgustado, mandó prender á don Jorge de Austria, obispo de Lieja, y tio del emperador, que se encaminaba á Flandes. Previnose como para una guerra inminente toda la costa de la Provenza, pues se decia públicamente que la expedicion que Cárlos preparaba mas era contra Francia que contra los moros.

Grande era el armamento que en Génova, en Nápoles y en Málaga se disponia. Del puerto de Málaga salieron doscientos buques con mucha gente armada, entre ellos mil y cien ginetes. Hicieron rumbo hácia Mallorca, y tuvieron que arribar á Cartagena, de donde pasaron despues directamente á las aguas de Argel. Cárlos dejó en Luca al papa; y á las instancias que los buenos marinos le dirigian de que estando tan adelantado el otoño era peligrosa toda espedicion contra Argel, respondió, como ántes del sitio de Marsella, que le dejasen obrar á su gusto. Embarcóse en Porto-Venere, tocó por el mal tiempo en Córcega y en Cerdeña, tomó tierra en Alcudia, en donde se aposentó en casa Moragues, rociando aquellos habitantes su casa y las calles con agua de olor, y llegó á Palma á dia 13 de octubre, siendo recibido con grandes aclamaciones, muchos arcos triunfales, y debajo de palio. Dícese que en la iglesia mayor, oyendo el «Domine salvum fac imperatorem» se le saltaron

las lágrimas, lo que le sucedió muy pocas veces, pues sabia guardar muy cerradas sus alegrías y sus pesadumbres. Supo á poco que la armada española habia hecho vela desde Cartagena directamente, y con la noticia se embarcó en la otra armada venida de Nápoles y Génova. Formaron las dos un armamento de mas de trescientas velas, y setenta galeras, en que iban ocho mil alemanes, seis mil españoles, cinco mil italianos, tres mil aventureros voluntarios y dos mil caballos, sin la servidumbre que en cualquier evento podia armarse, y sin los soldados de marina. Entre los españoles notables que se embarcaron se cuentan Hernan Cortés, y el historiador Francisco Lopez de Gomara.

Forma la rada de Argel una especie de semicírculo trazado por dos puntas llamada una el cabo Metafuz ó Matifú á la izquierda y otra la punta Pescade á la derecha, cerca de cuya última punta, internándose muy poco en la bahía, está Argel, entonces terror del Mediterráneo por el número y la audacia de sus piratas. La mar es brava singularmente en otoño y en invierno, y ha tenido siempre fama de peligrosa. Dia 20 de octubre avistó Cárlos las playas argelinas, y situó la armada en Metafuz para tenerla mas defendida de los vientos. Apresóse una galera turca, y de su tripulacion se supo como Argel se preparaba para la defensa. Mandaba en ella Hascen Agá, sardo á quien muy niño habia cautivado Barbarroja, y adoptándole, aunque castrado, hizo de él un soldado valeroso. Tenia á sus órdenes cinco mil berberiscos, ochocientos turcos, y muchas compañías de alabares que recorrian aquellas cercanías. Desembarcaron sin daño los imperiales, aunque vivamente hostigados. Intimó Cárlos á Hascen que se rindiese, ó de nó seria tratado con todo el rigor de la guerra, á que contestó Hascen, que le cum-

plia como soldado, y mas teniendo á la vista tan gran contrario, defender la ciudad á todo trance ó sepultarse en ella. Dícese que una hechicera le habia vaticinado el triunfo, á bien que muchos pronósticos se revelan cumplido ya el hecho. Adelantóse Cárlos contra Argel llevando á vanguardia los españoles, en el centro los alemanes, y á retaguardia los italianos; pero fueron tan continuas las escaramuzas y arremetidas con los alabares, que el ejército no pudo andar en un dia mas que una legua. De noche continuaron en sus acometidas los enemigos, y fué preciso ganar una colina cercada de unos barrancos en dos caras de un triángulo, y en la otra bañada por el mar. Levantáronse tiendas para pasar la noche, pero sobrevino un temporal de viento que las derribó, acompañado de lluvia y de granizo que dejó á los soldados tiritando y rendidos. Los españoles estaban en lo alto de la colina, los alemanes en la mitad de su altura, y los italianos al pie á la orilla del mar. Alborotóse este con suma violencia, y los navíos, rotas las amarras, empezaron á ser juguete del viento, hundiéndose unos, y estrellándose otros contra las rocas. Jamás se vió mas cúmulo de contrariedades poner á prueba á un ejército aguerrido; el frio, el granizo, la lluvia, el lodo que no dejaba dar un paso, los alabares que se cebaban en cuantos huian de la furia de las aguas, y estas que abrian un sepulcro á cuantos buscaban en ellas contra los alabares un asilo. En esto salen los sitiados, caen sobre los italianos, y hacen en ellos gran destrozo; acuden algunos imperiales con los caballeros de Malta; ahuyentan al enemigo hasta el pié de los muros de Argel; pero Hascen reanima á los suyos, les pinta el ejemplo de la ruina de Túnez, y logra rechazar á los sitiadores y llevarlos en derrota. Fué necesario que Cárlos

montase á caballo; y recorriese las filas para animar á su gente; caian las balas en torno suyo, y algunos de los que le rodeaban sucumbieron, pero Hascen fué rechazado. Las olas nó, que se tragaron en aquel dia de fatal recordacion ciento y cincuenta navíos y catorce galeras con todo cuanto contenian de riquezas, bastimentos y vivientes. Doria salvó lo restante de la armada en Metafuz. Caballos se salvaron poquísimos. Allá tambien se dirigió en retirada el ejército, calados los soldados, hambrientos, y batallando entre el abatimiento y la ira. Tratóse de si se volveria la gente. Um hombre habia allí que valia por todos los demás gefes juntos, y era el único que podia salvar al ejército de su última vergüenza. Señalábanle los soldados, y se repetian unos á otros lo que él no se guardaba de hacer oir, que ofrecia tomar á Argel con solo los españoles é italianos que allí habia, volviéndose con Cárlos los alemanes; los hombres de guerra gustaban de oirle y loábanle mucho, y el ejército murmuraba de que semejante hombre no fuese consultado: pero el emperador y sus allegados no llamaron á consejo á Hernan Cortés, y decretando la vuelta á España, sin haber acometido la ciudad, echaron una mancha sobre nuestra historia. «É yo, que me hallé allí, dice Gomara, me maravillé.» Y con él se maravillaron otros que allí estuvieron. No bien calmada la primera furia de la borrasca se hizo á la mar imprudentemente la escuadra. Unos buques fueron echados á Oran, otros á Cerdeña, unos á Italia y otros á España. Dos se hundieron en el mismo cabo de Metafuz, salvándose la gente que luego se puso en armas; acudieron los alabares, mas ellos, que eran muy valerosos, los llevaron por delante fugitivos hasta Argel, en donde, acometidos por todas partes, dijeron que solo á Has-

cen se rendirían: y hasta que este se presentó no depuso las armas aquel peloton de bravos. Por poco al mismo Cárlos le toca igual suerte. El huracan le llevó á Bugía en las galeras de Doria, y estuvo detenido veinte dias, al cabo de los cuales pudo trasladarse á Mallorca, y de allí á Cartagena á fines de noviembre, y se sabe que á 5 de diciembre entró en Murcia, á 18 en Ocaña, y á 30 en Toledo, de manera que no pasó la pascua en Caller como algun autor ha supuesto. Cortés perdió en aquel gran desastre casi todas sus riquezas, y cinco preciosas esmeraldas que eran estimadas en cien mil ducados: pero mas sintió no ser llamado á consejo de guerra; y desde entonces la congoja tornó en hiel todas sus satisfacciones, y minó sordamente su existencia.

Cerca de Oran otro desastre, aunque en menores proporciones, llevó el desaliento á los presidios españoles. Habian salido de aquella plaza seiscientos españoles con cuatro cañones y un cuerpo auxiliar de cuatrocientos moros para reponer en el trono de Tremecen á Abu-Abdala, desposeido de él por Barbarroja. Se creia que muchos alabares y bereberes favorecerian á Abu-Abdala, mas no fué así, sino que teniendo internados á los españoles se arrojaron sobre ellos, matáronlos ó los redujeron á cautiverio, y solo veinte volvieron á Oran con la triste nueva.

Otra expedicion mencionan nuestros historiadores hecha este año en Berbería por Andrés Doria y Fernando Gonzaga, si bien no convienen en si fué anterior ó posterior á la de Argel, aunque nos inclina á lo primero la circunstancia de referirlo así Sigonia en la vida de aquel marino. Fué el caso que un sobrino de Doria acometió al corsario Dragut al tiempo de hacer este un desembarco en Córcega, y le tomó nueve galeras de las once que llevaba,

y le hizo á él mismo cautivo con casi toda su gente. Creyó Doria que seria esta buena sazon para hacer un desembarco en Berbería; y obrando de mancomun con Gonzaga, virey de Sicilia, se apoderaron de Caramini, Suya, Monaster y otros pueblos. En Monaster dejaron con buen presidio á don Álvaro de Sandí, con órden de auxiliar al tunecino contra un jeque que se le habia sublevado. Salió Álvaro con dos mil quinientos infantes, y aunque cargó contra él la morisma en número de veinte mil hombres, la contuvo y desordenó, y se volvió despues en el mejor órden á Monaster. Iba con los del bagaje María Montano, y viendo venir á los moros armó á todos los bagajeros, y rechazó esforzada al enemigo, obteniendo por ello de Cárlos una pension vitalicia.

Grande fué la ansiedad pública difundida por toda España así que se recibieron las primeras noticias del triste naufragio. De Barcelona salieron correos por tierra y muchos bergantines por mar para indagar el paradero del emperador, y en 10 de diciembre, recibida carta de su propio puño, de que habia ya vuelto á España, se hizo una procesion solemne como la de Córpus.

En el Perú habia muerto asesinado un hombre á quien debia España un rico y vasto imperio. Don Francisco Pizarro habia nacido en Trujillo, poblacion de Extremadura. Era mas hombre de armas que de letras. Por el mes de noviembre de 1524, Pizarro habia partido de Panamá en un buque en el que habia metido un centenar de hombres y algunos caballos. Almagro le llevó un refuerzo de setenta soldados. Fernando de Luque habia contribuido á los gastos de la expedicion con ánimo de tener parte en las ganancias que produjese. Aquel primer ensayo no fué mas que una

especie de reconocimiento al que siguió en 1531 una expedicion compuesta de tres buques en los que iban unos doscientos hombres y treinta caballos. La ocupacion de la isla de Puna, y la toma de Tumba fuéron los primeros pasos que dió la empresa. Reinaba en el Perú Atahualpa, décimo tércio rey desde la fundacion del imperio, y andaba en guerra civil con su hermano Huascar á quien venció en batalla campal y le perdonó la vida. Pizarro no podia llegar en mejor coyuntura á la bahía de San Mateo. Huascar imploró su cooperacion. Atahualpa no le hostilizó como debia, antes quiso adquirir su alianza, comprándola á buen precio: y los españoles echaron raices allí en donde hubieran sido inmolados por poca armonía que hubiese reinado entre los gobernantes. Pizarro y Atahualpa convinieron en tener una entrevista en Cajamalca. Un religioso, por nombre Valverde, dirigió un discurso al rey, ó inca, del Perú, instándole á que abrazase el cristianismo. Atahualpa no pudo menos de preguntar que de donde habia sacado tan asombrosas imágenes. De este libro, respondió Valverde presentándole una biblia. El rey se la puso al oído, y la devolvió diciendo que aquel libro no le decia nada. Has blasfemado, dijo Valverde: y esta fué la señal de un degüello general de indios. Atahualpa quedó prisionero, prometió oro, y entregó por su rescate hasta el valor de treinta y dos millones y medio de reales. No le valió este recurso, pues Pizarro apeló contra él á una representacion jurídica, le acusó del delito de traicion, le hizo condenar, y entregó su cabeza á un verdugo. Aquí no hay la grandeza de de los hechos de Méjico. Aquí domina sobre todo un brutal denuedo. Almagro habia acudido con refuerzos, y muy luego él y Pizarro lidiaron por la supremacia. El dia 6 de

abril de 1538 se dieron en los llanos del Cuzco una batalla que fué decisiva. En ella Almagro perdió la libertad, y luego la vida. Quedaba un hijo de Almagro, y sus partidarios le tomaron por gefe. No habia sido posible vencer á Pizarro en campo llano; la fortuna le habia sido constantemente propicia á este soldado; la conquista del Perú, hecha en esta ó en la otra forma, podia llamarse obra suya; el emperador le habia premiado nombrándole marqués de los Charcas y de Atavillos, primer gobernador de aquella conquista, y capitan general de cuantos paises habia reducido ó redujese á su obediencia; y era preciso acabar con él ó resignarse á representar á su lado un papel secundario. Pizarro fué asesinado en su propio palacio el dia 26 de junio de 1541. No era posible que en la península se echase tierra sobre semejante atentado. Envióse á aquellas regiones á Vaca de Castro, y tuvo que batallar con los asesinos de Pizarro antes de poder vengar á este gefe.

CAPITULO XXVII. — Guerra de Francia. Córtes de Monzon. Campañas del Rosellon, de Flandes, del Luxemburgo y del Piamonte. Año 1542.

La alegría que sintió el francés al saber la nueva del desastre de Cárlos fué tan intensa, como en España la pública amargura. Parecióle á Francisco I que era llegado el momento de humillar completamente á su rival aborrecido, y llamando en todo su reino gente á las armas apellidó guerra, y formó cuatro grandes ejércitos para llevar la guerra á un tiempo al Rosellon, á Flandes, al Luxemburgo y al Piamonte. Habíase preparado Cárlos para recibir á los franceses por la parte de Fuenterrabía y Pamplona; y luego, experimentando los primeros síntomas de aquella desazon que mas adelante le hizo renunciar al trono, retiróse

al convento del Abrojo durante la Semana Santa. Opínase que ya luchaba interiormente, no pudiendo soportar su viudez, con una pasion funesta. No se habia acostumbrado desde su juventud á la continencia moral ni física, y rechazando siempre el freno de las leyes, parecíale que ninguna podia oponérsele, y sino por la fuerza, por la política, queria dominar en la misma Roma. Pero, entrando en años, y sobreviniendo contratiempos, veia que á pesar de toda su pujanza habia cosas y respetos contra los cuales era impotente; y batallando entre esos respetos y sus propios instintos, se creia desgraciado, y no encontraba sosiego en ninguna parte, condenándose á una movilidad continua. Dia 15 de junio entró en Pamplona; á poco pasó á Zaragoza, y convocó en Monzon córtes de la corona de Aragon para que fuese jurado en ellas el príncipe don Felipe. Esta jura se efectuó en 15 de setiembre, quedando cerradas las córtes diez dias despues, obtenido ántes un cuantioso donativo, pues sola Cataluña sirvió al monarca con doscientos cincuenta mil ducados. El dia 16 de octubre le vemos ya entrar en Barcelona, en donde á 9 de noviembre se hace tambien la jura del príncipe, y la ciudad regala al monarca, con el nombre de los doce apóstoles, doce grandes cañones de bronce. Estos fueron llevados á Perpiñan, en cuya ciudad un siglo despues aun se conservaban.

Habia abierto el francés la campaña del Rosellon poniendo sitio á Perpiñan con cuarenta mil infantes y cuatro mil caballos, devastadas ántes aquellas cercanías. Un sobrino de Doria acababa de abastecer la plaza y pertrecharla. Batieron los franceses la muralla, abrieron brecha y dieron varios asaltos, pero en todos ellos fueron rechazados; con lo que tomaron los sitiados tan grandes alientos que hicieron

una vigorosa salida y clavaron la mayor parte de los cañones enemigos; de manera que despues de un sitio de dos meses, diezmados los franceses y recibidas nuevas de que en Gérona se reunia un ejército español para entrar en el Rosellon, levantaron el campo á últimos del mes de octubre. El mismo delfin de Francia habia dirigido el desgraciado cerco.

Por la parte de Flandes el duque de Vendoma, que ejercia mando en la Picardía, juntadas buen número de tropas, se echó sobre Tourneim, cuyo castillo rindió y demolió, cayó sobre Saint Omer, Aire, Bethune, saqueó estas y otras poblaciones, y se retiró con la noticia de que salian en busca suya los flamencos.

En el Luxemburgo entró el duque de Orleans con un ejército de diez y ocho mil infantes y tres mil caballos, y se apoderó de todas sus plazas ménos la de Thionville. Entonces el duque de Cleves, recibidos refuerzos del francés, hizo que Rossen cruzase el Mosa con doce mil infantes y mil quinientos caballos, con ánimo de entrar en Amberes por sorpresa, y no pudiendo conseguirlo, hizo un amago sobre Malines, Queberg, Lobaina, y el condado de Nanur, llevando á todas partes el espanto y tratando con el último rigor á los pobres campesinos: mas con noticia de que los imperiales juntaban gente, retrocedió, volviendo á cruzar el Mosa en Mezieres. Ya el príncipe de Orange acudia con las tropas de Flandes, y en breves dias recobró las plazas perdidas, á escepcion de la de Ivoy en donde se encerró el duque de Guisa y la defendió bizarramente; visto lo cual echóse Orange sobre el ducado de Cleves, é hizo en él grandes estragos. Las plazas de Sitarda, Juliers, Ensberg, Susteren y Duren fueron tomadas, y sus fortificaciones demo-

lidas. Tomaron en esto parte en la lucha el duque de Sajonia y otros príncipes del imperio en defensa del duque de Cleves; le recobraron muchas plazas, pero de la de Ensberg los rechazó Orange, y obligóles á buscar en Juliers, ya por ellos recobrada, un asilo.

Los desórdenes á que se entregaron las tropas francesas en el decurso de estas tres campañas fueron espantosos. En el Rosellon habian cautivado trescientas mujeres, y no pudiendo obtener de ellas el rescate apetecido, determinaron satisfacerse á costa de su pudor miserablemente: mas acudió el rey y mandó poner en libertad á aquellas desgraciadas. En Danvilliers fué necesario que el duque de Orleans se pusiese á la puerta del templo, y la defendiese contra sus propios soldados para evitar que fuese profanada.

En el Piamonte el general francés Langey, prudente y esforzado, se habia apoderado de Cariñan y de Quierasco, y daba jaques continuos á los imperiales, mas fué relevado por el general Annebaut que volvia del sitio de Perpiñan, y murió á poco de enfermedad y de sentimiento. Annebaut se echó sobre la plaza de Coni, pero fué infructuosa su acometida, pues los sitiados se defendieron con denuedo y le alejaron de sus muros. Hay quien atribuye á Annebaut la toma de Cariñan, pero Mezeray lo contradice. Lo que debe atribuirse á Annebaut es la pérdida de Quierasco que recobraron en pocos dias los imperiales. Desde Turin en tanto hacia salidas su gobernador Guillermo de Bellay, y se apoderaba de varias plazas del Monferrato. Intentó el marqués del Basto tomar aquella ciudad por sorpresa, y para ello disfrazó de paisanos algunos soldados cargados de heno, entre el cual llevaban ocultas sus armas, para apoderarse de una de las puertas. Desgraciadamente se des-

cubrió el engaño, y perecieron aquellos hombres atrevidos.

En último resultado las campañas de este año, mas que para abrumar á Cárlos, sirvieron para consolarle algun tanto de su anterior vencimiento. La península, apenas libre del hambre y de la peste que la habian arrebatado gran parte de sus moradores, fué víctima de otra plaga, de la langosta, que redujo á la última miseria á millares de familias.

A la sazon el hijo de Almagro, matador de Pizarro y declarado traidor, fué derrotado cerca de Chapas en el Perú, y cayendo en poder de Vaca de Castro, enviado allá por el emperador con poderes supremos, pereció en un patíbulo.

A 22 de mayo de este año fué espedida la bula convocatoria del ecuménico y general concilio de Trento.

CAPITULO XXVIII.—Se alia Cárlos con el inglés, y Francisco con el turco. Nuevas vistas con el papa. Campañas del año 1543.

Las alianzas de los príncipes ofrecieron á la sazon extrañas novedades. Ya no anduvo el francés en tratos secretos con el turco, sino que se alió con él abiertamente para hacer á Cárlos una guerra encarnizada. El emperador por su parte, noticioso de que Inglaterra y Francia andaban estos dias desavenidas por asuntos de Escocia, vencidas sus anteriores repugnancias, y olvidando la injuria hecha á la reina doña Catalina, y tambien la saña con que el inglés perseguia de muerte á los católicos, hizo alianza con él para llevar la guerra al corazon mismo de la Francia. De manera que el rey católico se alió con el rey protestante, y el rey cristianísimo se confederó con el sultan, que era el mas implacable enemigo de los cristianos.

Cárlos continuaba recorriendo la península en demanda

de subsidios. De Aragon y Cataluña habia recogido el año anterior medio millon de ducados. Trasladado á Valencia y luego á Castilla, obtuvo otro tanto en calidad de donativo. Necesitaba mas dinero, y pensó en casar al príncipe don Felipe con doña María, infanta de Portugal, sobrina suya, solicitando al propio tiempo del portugués un cuantioso préstamo, afianzado en la cesion del tráfico de las Molucas. Portugal concedió con gusto la infanta, y sin él el dinero. Celebróse la boda por poderes á 12 de mayo, pero hasta el 13 de noviembre no fué ratificada y consumada en Salamanca con las solemnidades y fiestas de costumbre. Ya Cárlos habia partido de España, dejando por gobernador de estos reinos á su hijo, y por ministros, en lo de guerra al duque de Alba, y en lo de política y gobierno al comendador Cobos. Unos veinte dias habia permanecido Cárlos en Barcelona, en donde se embarcó á primeros de mayo en las galeras de Doria para Génova, con ocho mil infantes y setecientos caballos. No es pues cierto que en 17 de júnio presenciase en el puerto de Barcelona la experiencia del buque de Blasco de Garay, cuya nave dicen andaba sin remos ni velámen, con ruedas en los costados, movidas por un ingenio que algunos han supuesto ser la primera máquina de vapor aplicada á la marina. Parece sin embargo que Blasco de Garay habia hecho ya tres ensayos de su ingenio de locomocion en el puerto de Málaga, y que en dicho dia, mas nó á presencia de Cárlos, hizo en Barcelona el cuarto y último; pero no está probado que las ruedas se moviesen por vapor, ántes se ha escrito, consultado el archivo de Simancas, que las ruedas eran movidas por hombres que se iban relevando.

Llegado Cárlos á Génova, envióle á pedir vistas el papa,

y tuvo que repetir la instancia, pues le repugnaba al emperador concederlas: mas por último se vieron en Buxeto, entre Parma y Plasencia. Solicitó el pontífice que, depuestos enojos, hubiese paz entre Cárlos y Francisco. Negóse Cárlos, diciendo que jamás haria amistad con quien la tenia puesta en el turco. Insistió el papa diciendo que no veia otro camino que la paz referida para que el turco no tuviese por aliado á un cristiano, ni el hereje Enrique á un católico. Mas toda instancia fué inútil. A vueltas de estos razonamientos dejó entrever el pontífice la verdadera mira que le habia llevado á Buxeto. Es de saber que Paulo, ántes de abrazar el estado eclesiástico, habia tenido una hija que casó con Bosio Esforcio, y un hijo llamado Pedro Luis Farnesio, para quien habia obtenido de los cardenales las ciudades de Parma y Plasencia en cambio del ducado de Camerino. Aquellas ciudades habian pertenecido en otro tiempo al ducado de Milan; y por esta causa deseaba Paulo que Cárlos confiriese su investidura á Farnesio con el título de ducado, y le ofreció en cambio una considerable suma de dinero. Esta es la peticion que aparece haber sido hecha por Paulo, aunque nuestros historiadores dicen que lo que pidió el papa fué la investidura del ducado de Milan para su nieto Octavio Farnesio, hijo de Pedro Luis; pero parece mas conforme aquella version apoyada en buenos autores, y en los precedentes de Paulo, que siempre insistió con Cárlos para que devolviese á Francisco el Milanesado. Cárlos se negó á la demanda, y prefirió vender dos fortalezas al duque de Florencia en doscientos mil escudos, hecho lo cual, se trasladó á Alemania.

Reunidos por el pronto unos veinte y dos mil infantes y cinco mil caballos, se encaminó contra el duque de Cleves,

y puso sitio á la plaza de Duren, el dia 20 de agosto. Trazada la trinchera, adelantados los reparos, y puestas baterías, abrióse brecha, y dia 24 fué asaltada la ciudad con grande encarnizamiento. Habia dentro dos mil infantes y ochocientos caballos. La defensa fué obstinada y valerosa; pero venció el número, y Duren fué entrada y entregada al saqueo. En seguida la ciudad fué convertida en una inmensa hoguera. Los parciales del emperador dijeron que el fuego se habia encendido sin saberse cómo. Ello fué que casi todas las casas quedaron reducidas á cenizas. A los dos dias, aumentado su ejército con doce mil bombres que trajo el príncipe de Orange, y dejado presidio en las ruinas humeantes de Duren, partió Cárlos para Juliers, capital del ducado, que, espantada con la noticia de aquella catástrofe, abrió sus puertas. Las demás poblaciones imitaron su ejemplo. No le quedó pues al duque de Cleves otro recurso que arrojarse á los piés del vencedor implorando clemencia; la que obtuvo con condicion de ser fiel á Cárlos, de separarse del francés, de conservar el catolicismo en sus estados, de ceder el condado de Zutfen, y de dejar en rehenes el ducado de Güeldres. Acibaró bastante el contento recibido por Cárlos de este buen principio de campaña, la noticia de que el francés se habia echado sobre el Luxemburgo, y apoderádose no solo de Andreci y Ailon, sino de la misma capital, en donde puso buen presidio. Habia el rey de Francia puesto en campaña contra el emperador un ejército de cincuenta mil infantes y diez mil caballos; pero el de Cárlos, recibido un refuerzo de diez mil hombres ingleses, ascendia ya á sesenta y cuatro mil hombres aguerridos, los trece mil de caballería. Los imperiales se pusieron á la vista de la plaza de Andreci. Acudió el rey de Francia al parecer con intento

de dar batalla á Cárlos; pero en realidad hizo solo un alarde para ocultar el modo y forma con que tuvo arte de mudar el presidio de Landreci é introducir en ella bastimentos y pertrechos. Hecho lo cual, á media noche del dia primero de noviembre se retiró, con vivo sentimiento de Cárlos que creia ya tener delante otra jornada de Pavía. En vano le hizo picar la retaguardia, pues la tenia resguardada, y ahuyentó á los corredores imperiales. Quiso Cárlos seguirle la pista, mas se lo impidió la enfermedad de cámaras, que empezó á molestar á sus tropas; y, pasando á Cambray, tomó cuarteles de invierno. Dirigió en esta campaña á los imperiales don Fernando Gonzaga en calidad de lugarteniente de Cárlos. Supo este á la sazon que el rey de Túnez habia llegado en persona á Nápoles en demanda de auxilio contra el temible Barbarroja.

Habia este atrevido almirante devastado una parte de la Calabria, y presentádose delante de Ostia. Roma se llenó de espanto; pero Barbarroja manifestó que no venia contra el papa, sino como aliado del francés para hacer la guerrra á los imperiales. Hizo rumbo hácia la Provenza, y en sus costas ondearon juntas las lises francesas y la media luna. La escuadra combinada se echó sobre Niza, la combatió, y desembarcando los franceses y los turcos la asaltaron. La primera embestida fué rechazada, pero agotadas en la defensa las fuerzas de los sitiados, entregaron la plaza, y se recogieron los mas al castillo. La ciudad, aunque no entrada á saco, fué á sangre fria despojada. El castillo no pudo rendirle Barbarroja, pues acudió el marqués del Basto á socorrerle á la cabeza de doce mil infantes y tres mil caballos, é hizo reembarcar mas que de paso á los franceses y á los turcos, lo que produjo la separacion de la

armada coligada. El marqués entonces, para tener ocupadas las tropas que habia reunido, se echó sobre Mondovi, asaltóla dos veces sin fruto, mas luego obtuvo por capitulacion su entrega y la de otros castillos de las cercanías, y cayendo sobre Cariñan logró que esta ciudad le abriese tambien las puertas.

No tuvo la expedicion de Barbarroja, aunque sembró la alarma en el Mediterráneo, el éxito que de ella Soliman y Francisco se habian prometido. Fué el caso que don García de Toledo, hijo del virey de Nápoles, se hizo á la mar con algunas galeras, y auxiliado por un sobrino de Doria, hizo incursion con grave daño en las costas de Turquía: y al volver de ella dió con cuatro navíos en que Barbarroja enviaba á Constantinopla cinco mil cristianos y doscientas bellísimas doncellas cautivas, junto con otras ricas presas que en aquella campaña habia ganado. Toledo y Doria cayeron sobre los navíos, apresáronlos, y entraron triunfantes en Mesina trocando en lágrimas de alegría las que de dolor vertian millares de familias.

Decretóse este año la audiencia de Lima, principalmente con la mira de proteger á los indios contra las demasías del brazo militar que los oprimia.

En la península se anunció jubileo general con públicas procesiones y rogativas para obtener paz entre los príncipes cristianos.

CAPITULO XXIX. — Campañas de Italia y de Francia. Paz de Crespi. Año 1544

Recientes las fiestas públicas por el matrimonio del príncipe, padecieron mucho algunas ciudades de la península, singularmente Sevilla y las comarcas que riega el Guadalquivir, á causa de unos grandes y generales aguaceros. No

era para ser envidiado el bienestar de los iberos en aquellos tiempos. Decretábanse cada dia nuevas levas para ir á sembrar de cadáveres españoles las lejanas tierras. Los que se dedicaban al comercio debian armarse é ir en comboy si no querian caer en manos de los corsarios turcos ó berberiscos. Los habitantes de las costas debian estar alerta y mantener atalayas de dia y de noche, para no exponerse á ser acometidos de improviso y reducidos á cautiverio. Y los que preferian á todas estas penalidades y peligros correr los azares de la navegacion del Océano, y cruzarle para ir en busca de los metales preciosos en las Indias Occidentales, eran allá cruelmente vendimiados por enfermedades mortíferas, ó víctimas de sangrientas parcialidades. El sistema de gobierno del emperador, para dar la mayor suma de felicidad posible á sus súbditos, casi consistia en no tener ninguno. La plata y el oro de Méjico y del Perú, el producto de las rentas, y los millones procedentes de los donativos y de los préstamos, iba á sepultarse todo en las pagadurías de las tropas, y en el fausto cortesano. Y no siempre los ejércitos devolvian en gloria los tesoros y la sangre que consumian.

Triste fué este año la campaña de Italia. Reunidos muchos voluntarios de la primera nobleza partió el duque de Enguien á tomar el mando del ejército francés en el Piamonte, y puso sitio á las plazas de Quiers y de Cariñan. Puso el marqués del Basto empeño en socorrer á esta última, y para ello juntó apresuradamente siete mil alemanes, tres mil italianos, y algunas compañías españolas, y adelantóse contra los franceses. Dícese que Andrés Doria le habia escrito disuadiéndole de dar la batalla con tropa allegadiza contra la pundonorosa y aguerrida del duque de En-

guien; pero el marqués no fué de este sentir. Tenia como general bien probados su valor y su actividad, aunque nó en muy alto punto su pericia. En Cerisola avistó á los franceses, y acometiólos. Fué tan recia la embestida dada por los españoles y los alemanes contra el ala izquierda francesa, en donde se encontraba el duque de Enguien, que éste, viendo en derrota á los suyos, segun dicen los escritores de su nacion Monluc y Montaigne, estuvo dos veces por meterse desesperado la espada en el cuerpo. Pero aquel cuerpo imperial, en alas de su ardor, y creyendo llevar por delante en derrota al enemigo, dejó descubierta en el campo de Basto una brecha, por donde cargando los otros cuerpos franceses hicieron penetrar en él el desórden y el estrago, y revolviendo despues sobre aquellos que ya se creian vencedores, los acribillaron por todas partes y rindieron. La caballería imperial, y el general con ella, se salvó en Asti. Diez mil cadáveres quedaron en el campo de batalla, y los franceses dijeron que todos, ménos doscientos, eran de enemigos suyos. Cuatro mil prisioneros hicieron. Cariñan abrió sus puertas, y la Italia se estremeció asombrada, dudando si era llegada la hora en que la estrella de Cárlos se eclipsase. Mas á la sazon el monarca francés necesitaba tropas en su propio reino, y mandando pasar allá la mayor parte de las de Enguien, le impidió sacar partido de la victoria. Por otra parte el marqués del Basto no se mostró desalentado por la derrota. Reunió á poco siete mil infantes y ochocientos caballos, y junto á Sarrabal hizo acometer al partidario Strozzi, que habia conseguido juntar diez mil hombres en favor de Francia, creyendo ser aquella coyuntura favorable para acabar con los imperiales, y le derrotó completamente. Tambien envió un cuerpo de españoles y alemanes á Ponte

Stura, y sorprendió en esta plaza á setecientos enemigos que fueron pasados á cuchillo: de manera que obligó á Enguien á hacer de nuevo concentracion de las fuerzas que habia derramado por muchos pueblos.

En realidad de verdad necesitaba Francisco las tropas que á Enguien habia pedido. Cárlos, reunida dieta en Espira, y ajustada paz con el dinamarqués, obtuvo de todos los príncipes alemanes que declarasen al francés por enemigo del imperio, llegando para obtenerlo á prometer á los protestantes que haria juntar un concilio de alemanes que ventilase las cuestiones religiosas. De esta manera juntó un ejército poderoso. La Francia fué acometida por tres puntos. El rey de Inglaterra fué en persona con su hueste sobre Bolonia; las tropas flamencas pusieron sitio á Montreuil; y Cárlos á la cabeza de treinta y cinco mil infantes, siete mil caballos, mucha artillería y seis mil carros llenos de pertrechos y municiones, se adelantó contra Francisco que habia reunido hasta cuarenta y seis mil hombres. La plaza de Luxemburgo se rindió á los imperiales despues de quince dias de sitio, saliendo la guarnicion con los honores de la guerra. El castillo de Commerci fué tomado y derruido; Ligni y Briena sucumbieron; Saint-Dizier capituló; Espernay abrió sus puertas; Castel-Thierry fué tomada, y encontrada en ella una grande cantidad de dinero: con cuyas noticias se apoderó de París un terror pánico que ahuyentó hácia Rohan y Orleans á la mayor parte de sus moradores. Pero el emperador se contuvo en mitad de su buena fortuna, y en vez de pasar adelante se ladeó hácia Soisons. Un negocio muy enmarañado está cerca de su fin. Francisco vió que eran el imperio é Inglaterra harto poderosos enemigos para ser á un mismo tiempo resistidos; Cár-

los conoció que no sin grandes miras y sin sobras de ambicion habia el inglés entrado en Francia; metióse por medio la reina Leonor por medio de su confesor que se avistó con el de Cárlos: con lo que se trató de paz.

Firmóse en Crespi con condiciones ventajosas para el que parecia vencido. Todas las plazas tomadas desde la tregua de Niza debian ser restituidas; al duque de Saboya debian devolvérsele las suyas; Cárlos daria al duque de Orleans su hija por esposa con los Paises Bajos por dote, ó bien la hija del rey de romanos con el Milanesado. Publicóse esta paz á 18 de setiembre. Notificada al inglés, dijo que él obraria conforme le conviniese. El duque de Orleans pasó á verse con Cárlos y fué recibido como un futuro yerno. Muertas millares de personas, agotada la fortuna pública, asoladas vastas comarcas, tomadas muchas ciudades, saqueadas otras y entregadas á las llamas, al fin se concertó un consorcio. Habia la guerra suspendido la reunion del concilio de Trento, y cesando ahora, fué expedida nueva bula convocatoria para el 15 de marzo del siguiente año. Cárlos pasó á descansar de sus fatigas á Bruselas, al lado de doña María su hermana, gobernadora de Flandes.

La armada francesa no habia estado inactiva este año. Separada de Barbarroja, que ahora aleccionado llevó él mismo á Constantinopla sus presas, y reforzada con navíos propios para surcar el Océano, azotó las costas cantábricas, y tomadas algunas naves vizcaínas, fuése á Galicia é hizo en ella un desembarco, entregó á saco á Finisterre, Loja, Culcubiol y otros pueblos, y al fin se echó sobre Muros. Pero á la sazon acudió don Álvaro de Bazan con veinte y cuatro navíos españoles, y aunque constaba de treinta la armada francesa no vaciló en acometerla, dió caza á la ca-

pitana, la hundió; y á otro navió francés que acudia a combate, apresóle. Generalizado el combate, muchos del los navíos franceses sucumbieron, con pérdida de tres mil hombres, del botin recogido, y de muchos prisioneros. Bazan y mucha gente fuéron á Santiago á celebrar el triunfo, y poco despues la paz suspirada.

Con los africanos no la habia nunca. El conde de Alcaudete, gobernador de Oran, habia recibido órden de reponer en el trono de Tremecen á Abu-Abdala. Sentian los españoles tener que obrar como auxiliares de un moro, pero con todo, reunidos nueve mil infantes y cuatrocientos caballos, salió Alcaudete á campaña. Amet-Bucein, nuevo rey de Tremecen, mandó á su general Almanzor, que saliese con buen ejército á dar batalla á los españoles. Hízolo con mucha bravura, pero con no menor esfuerzo le resistieron estos, y rechazándole pasaron la noche sobre el campo de batalla. Al amanecer entraron en Tremecen, abandonada; y puesta á saco la ciudad y degollados los enemigos de Abu-Abdala, fué coronado este, poniendo su confianza en Hascen, esforzado y poderoso renegado vizcaíno. A la vuelta tuvo tambien que luchar Alcaudete con gran número de moros, pues se afirma que no bajaban de cien mil los que le acometieron, y no pudieron atajarle en su retirada á Oran. En Túnez y La Goleta tuvo lugar un drama mas repugnante. El rey Hascen, reunidos en Nápoles dos mil hombres, y recibidos otros auxilios del virey de aquel reino, pasó á La Goleta, y confiado en la cooperacion que le habian prometido algunos jeques, adelantóse contra Túnez para arrojar del trono á su hijo Amidas, que se habia hecho dueño de él durante su ausencia. Pero el usurpador no dormia; y sabedor del intento, armó á su padre una

emboscada, ahuyentó, mató, ó cautivó á sus tropas, y á él le hizo arrancar los ojos. Sin embargo, temeroso de Cárlos, devolvió á los defensores de La Goleta la artillería, y los cautivos cristianos, y ofreció pagar el mismo vasallaje que el rey Hascen, con lo que se suspendieron por el pronto las hostilidades.

Instalóse este año en Lima la audiencia decretada en el anterior. Pasó allá de virey don Vasco Nuñez de Vela, mas luego se indispuso por su severidad y carácter altanero con aquella corporacion reciente, y con todos aquellos moradores. Los habitantes del Cuzco se sublevaron nombrando por virey á Gonzalo Pizarro. La audiencia formó causa á Vasco y le desterró á una isla desierta mientras se presentaba proporcion para restituirle á la península. Tuvo medio de salir de ella, y desembarcando en el Perú movió en él una guerra encarnizada.

CAPITULO XXX.—Cárlos en Bruselas. Aprestos contra los protestantes. Año 1545

Continuaron este año en algunas partes de la península los aguaceros que tan fatales habian sido en el anterior, y se dice que bajó tan pujante el Guadalquivir que en Sevilla cubrió cinco tablas de la puerta del Arenal, pareciendo un lago todo el campo de Tablada, y que junto á la puerta de Jeréz, desde la barbacana, se tomaba con la mano el agua del Tagarete. Los pronosticadores de males pudieron muy luego tomar pié de estas inundaciones para tristes augurios. Murieron en poco tiempo dos arzobispos, el de Santiago y el de Toledo, y tres obispos, el de Mondoñedo, el de Cuenca y el de Badajoz; este último, dejando un espolio de cien mil escudos, sobre cuya posesion los colectores pontificios promovieron algunas dificultades. El nacimiento del prín-

cipe don Carlos pareció dar buenas esperanzas al público anhelo; pero cuando se preparaba la España á celebrar el acontecimiento, se difundió la novedad que doña María, madre del recien nacido, y esposa de don Felipe, habia muerto de sobreparto, en 12 de julio, á los cuatro dias de haber dado al mundo á aquel príncipe. Otra muerte muy sentida este año, por lo que podia alterar la paz pública, fué la del duque de Orleans, que feneció de una fiebre pestilente, apenas entrado en la juventud, cuando se esperaba que su matrimonio con la hija del emperador aseguraria por mucho tiempo la paz con Francia. Sin embargo, reciente el sentimiento, aseguró Francisco primero que no deseaba promover nuevas diferencias, y brindó á Cárlos con otro tratado, aunque por el pronto solo se convino en que ninguno moviese hostilidades.

Depuestas las iras contra la Francia, tenia el emperador fija la atencion en otra parte. El invierno, le habia pasado en Bruselas, en trato, tal vez demasiado íntimo, con su hermana doña María, y visitado por su otra hermana doña Leonor, reina de Francia. Entonces vió los asuntos de Alemania con otros ojos que ántes los mirara. Convocada dieta en Wormes, habian faltadoá ella los príncipes protestantes, y manifestado que no contribuirian para hacer la guerra al turco, si no se les permitia tener en los asuntos religiosos la libertad que deseaban; y, tocante al concilio ya convocado en Trento, y al cual Cárlos habia enviado como embajador suyo á don Diego Hurtado de Mendoza, dijeron que no le reconocerian por legítimo, si no le presidia el papa por sí ó por sus legados. La tolerancia religiosa, que algunos años ántes habia Cárlos establecido en el imperio, en vez de ser favorable como pensaran algunos al catolicismo,

abriendo campo á la conquista de los ánimos por medio de la persuasion y de la dulzura, habia por el contrario sido favorable á la reforma, y dejádola echar raices profundas. Y viendo los príncipes protestantes que aquella independencia en las creencias favorecia sus miras, aspiraron á hermanarla con mayor amplitud para su civil desembarazo. Pero si Cárlos era indiferente en puntos de creencia, adaptándose á las circunstancias, de manera que sabia aliarse con herejes si le convenia, y aun con moros si se le presentaban sumisos, no así podia serlo tratándose de consentir en su autoridad alguna merma ó menoscabo. Procuró, pues, hacer aprestos para llegar con aquellos á las armas, ya que creian poder dar un asalto en lo temporal por la brecha que hasta entonces parecia abierta solamente contra Roma. Por el pronto disimuló el intento, y pareció entregado únicamente al cariño de su hermana, y á recorrer las primeras ciudades de Flandes; mas se previno de tropas mientras convocaba dieta para Ratisbona, y prevenia que en ella no faltase ningun príncipe del imperio, y que católicos y protestantes presentasen por teólogos su profesion de fé, para ser examinada, discutida y adoptada irrevocablemente.

El licenciado Juan de Ávila fué nombrado este año gobernador de la isla de Cuba. No era muy lisonjero el cuadro que presentaban entonces las Indias occidentales. Varias expediciones sucesivas habian ensanchado los lindes de la Nueva España, pero una peste espantosa estaba arrebatando á la sazon cerca de ochocientos mil indios. Desembarcaron en Campeche muchos religiosos que se derramaron por aquellas comarcas, y de muchos se sabe que procuraron endulzar los últimos momentos de aquellos infelices moradores, que en poco tiempo se habian visto abrumados por tan gran

cúmulo de plagas. El Perú continuaba siendo víctima de una guerra civil desastrosa. Divididos los españoles en dos bandos, tenia cada uno sus indios auxiliares, que llevaban la desolacion ahora á una provincia, ahora á otra de aquel imperio riquísimo. La audiencia de Lima, persistiendo en su opinion primera, habia declarado á don Vasco Nunez de Vela enemigo de la causa pública, y habia reconocido en lugar suyo por gobernador general del Perú á Gonzalo Pizarro.

En la península se publicó jubileo universal para suplicar el acierto de los padres del concilio tridentino. En Barcelona y otros puntos fué anunciado á últimos de este año. En Sevilla y otros partes á principios del siguiente.

Entre las disposiciones legislativas, se hallan notables las siguientes: Una cédula de 15 de mayo, que manda suspender la de mil quinientos diez y ocho, que impedia á la justicia secular el conocimiento de las causas tocantes á oficiales y ministros del santo oficio; una provision de 12 de marzo, dirigida al arzobispo de Santiago y jueces de su arzobispado, para que, en causas contra reos, que declinando el fuero secular, se llamasen á la corona, se guardase á los tales, nó en iglesia y conventos, sino en cárceles eclesiásticas, pues de nó, serian trasladados á las cárceles reales; y un auto acordado de 24 de noviembre, relativo á que se exija fianza de costas y daños á cuantos soliciten despachos de cartas para traer bulas, ya tocantes al patronazgo real ó de legos, ó bien á derechos de extranjeros, ó á beneficios patrimoniales.

CAPITULO XXXI.—Cárlos en Alemania. Novedades en Nápoles. Año 1546.

Si Cárlos, como han supuesto algunos, hizo alianza con

el inglés, llevando idea de dejarle solo contra la Francia en lo mas animado de la lucha, es menester confesar que habia logrado completamente su objeto, pues negándose Enrique á entrar en la paz de Crespi, continuó todo el año anterior y parte de este en guerra encarnizada con Francisco primero. El estado de la Europa tomó de repente un aspecto nuevo. El rey cristianísimo apareció en lucha contra el rey hereje: el rey católico se manifestó abiertamente contra los protestantes; y el papa envió tropas y artillería para matar la reforma á cañonazos. Acababa de morir, tras de una ovacion recibida en Mansfeld en compañía de la secularizada religiosa que hacia con él vida marital, el indomable Lutero. A dia 17 de febrero, habiendo cenado opíparamente, se quejó de un fuerte dolor de estómago; presintió su fin cercano, miró al cielo, sereno y estrellado: «Se acabó, dijo; ya no volveré á verte.» Dióle un síncope, y espiró á la edad de setenta y tres años. Parecióle á Cárlos que no podia ser mas oportuna la sazon para acabar con la reforma, y concentrar en sus manos el poder de la Alemania entera. Juntó tropas en buen número; á los protestantes que reunidos en Francfort le escribieron que para qué allegaba tanta gente, respondióles que, ardiendo la guerra entre Francia é Inglaterra, era menester vivir prevenido. Despidióse de su hermana María, que le seguia á todas partes, y hasta compartió con él los placeres de la caza, á la que era muy aficionada; y por Espira, Donawert é Ingolstad se trasladó á Ratisbona. Abierta la dieta, se vió que era de todo punto imposible recabar de los protestantes que acatasen las disposiciones del concilio tridentino, y que tarde ó temprano todas las cuestiones se habian de resolver en el terreno de la fuerza. Cárlos envió por tropas á todas partes. Los pro-

testantes apellidaron guerra, y reunieron hasta ochenta mil infantes, quince mil caballos, ciento veinte cañones, trescientas barcas, ochocientos carros para los víveres y pertrechos, y seis mil gastadores. Primero intentaron impedir que se juntasen con Cárlos las tropas pontificias y demás que venian de Italia, luego probaron á cerrar el paso á los que acudian de Flandes, y no siendo afortunados en ambas empresas, presentaron al duque de Alba, gefe de los imperiales, una batalla campal. Rehusóla el duque, ya porque no le pareció conveniente librar el imperio al éxito de una batalla, ya tambien porque deseaba que el primer ardor de los protestantes decayese, y que entrase en ellos la desunion á abrir brecha en sus harto numerosas filas. Cárlos entretanto amenazaba á unos, halagaba á otros, echábase sobre los que veia aislados, hacia rodear su campo de fosos y trincheras, y evitando con sumo afan una accion decisiva, iba entibiando por grados el entusiasmo de sus enemigos. En favor suyo militaba la unidad de sentimientos y de miras. La misma magnitud del armamento enemigo le fué favorable, pues creyendo sus contrarios que con tal pujanza no podian sucumbir, se debilitaron por exceso de confianza. Sin mediar mas que escaramuzas, aquella nube de soldados se disolvió por sí misma, y unos tras otros los príncipes y los pueblos acudieron sumisos al yugo. Quedó resuelta la cuestion de autoridad, y se pasó un lijero barniz sobre la de creencias. No dejó de derramarse sangre; hubo proezas parciales, bellos movimientos militares, afan de luchar por una parte, porfía en no luchar ni perder terreno por la otra, muertes de fatiga, padecimientos grandes, excesos de frio, de hielos y de aguas, plazas acometidas, ciudades abandonadas, recobradas y vueltas á perder: pero la

espectacion pública, que esperaba ver resolverse el problema en una gran batalla, quedó burlada. La sumision civil se tradujo en dinero, ó en saqueos. Ulma alcanzó olvido entregando cien mil escudos de oro, Las villas y lugares que no podian aprontar escudos, fueron entradas á saco. Los pueblos y los príncipes que todavía quedaban resistiendo, hacíanlo estertorosos, mas por pundonor de soldado que con esperanza de sacar triunfantes sus banderas, presintiendo que solo lograban prolongar su agonía.

Mientras esto pasaba en Alemania, perecia en el Milanesado don Alonso Dávalos, marqués del Basto, y le sucedia en el mando don Fernando Gonzaga, que dejó el vireinato de Sicilia á don Juan de Vega. En Nápoles era virey don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, quien habia recibido órden de don Cárlos de ir introduciendo por grados en aquel reino el tribunal de la inquisicion, tal como estaba organizado en España. Tomó, para hacerlo, pretexto de que un religioso, por nonbre Ochino, propalaba entre el pueblo los errores de Lutero; y reunidos algunos magnates les propuso, como único medio para sofocar herejías y rebeliones, el cumplimiento de aquella órden soberana. Prometieron ayudar al logro de sus deseos los convocados; mas, no bien fué divulgada la noticia, cuando sin saber cómo, se levantó en la ciudad un grito de espanto. Hubo juntas de tribunales, de electores, de diputados, de nobles, de ministros, y todos opinaron que pues Nápoles no tenia como España la desgracia de estar plagada de moros, de moriscos y de judíos, tampoco necesitaba los remedios que en la península contra tales gentes se habian imaginado. Y dió un color mas vehemente á la indignacion pública un decreto pontificio que, contrariando la voluntad

de Cárlos, mandaba que ningun tribunal de institucion seglar se atreviese á dar sentencia, ni conocer siquiera en causas de herejía, que tocaban á la jurisdiccion de la iglesia. A la sazon que estaban tan conmovidos los ánimos, acertó á pasar un preso por delante de un grupo, y se puso á dar voces diciendo que la inquisicion habia mandado prenderle; acudieron cinco jóvenes inespertos, y le arrancaron de manos de un esbirro. Súpolo el virey, y no siendo dueño de dominar su enojo, mandó prender y ahorcar sin formacion de causa á tres de aquellos mozos, y arrojar sus cadáveres á la calle fulminando pena de muerte contra quien los recogiese ó diese sepultura. Sublévase la ciudad con la noticia de tan repugnante justicia, y á duras penas los nobles y los curas pueden calmar con palabras de dulzura la irritacion de los ánimos. Sale el virey, seguido de doscientos ginetes, á hacer alarde de su poder, y en todas partes los hombres le niegan el saludo, y las mujeres le llenan de imprecaciones: así el idiotismo de un gefe puso en combustion un reino entero.

En el Perú pereció este año don Vasco Nuñez de Vela á manos de Gonzaló Pizarro, perdida una batalla campal. En vano Mendoza probó á juntar los restos de sus tropas. Acometióle Carvajal, ascendido de soldado á general de mérito, le derrotó completamente, le prendió y entregó al patíbulo. En una de esas expediciones, salpicado de sangre el terreno, fueron descubiertas las minas del Potosí. Y es notable que el espíritu de investigacion no cejó un ápice en la empresa de reconocer el continente americano; y mientras unos invasores se combatian mutuamente y degollaban, adelantábanse otros hasta las inmensas sábanas del Paraguay, y daban cimiento á nuevos establecimientos.

CAPITULO XXXII. — Proyectos de Cárlos. Consolida su poder en Alemania. Alteraciones en Nápoles. Año 1547.

Una plaga de langostas llevó nuevamente la desolacion á muchas provincias. De Sevilla salieron los gremios á minorar el daño, y se dice que solo los vecinos de la calle de Francos midieron ochenta fanegas de langosta cogida en el campo llamado de Quintos. No por esto cesó la peticion de donativos á los reinos reunidos en córtes. Las de Aragon hicieron uno muy considerable al príncipe don Felipe. El oro español pasaba todo á Alemania. Necesitábale el emperador para hacer acatar allí completamente su voluntad de hierro. Acababan de morir poco despues de haber firmado paces los dos soberanos que despues de él habian influido mas en los destinos de la Europa. Enrique octavo, lujurioso y avariento, habia bajado al sepulcro á fines de enero. Francisco primero, víctima de su incontinencia, gran favorecedor de los poetas que le daban incienso, autor de un edicto de 12 de enero de 1535, en que declaró abolida la imprenta, y primer introductor en Francia del inmoral juego de la lotería, habia acabado sus dias á fines de marzo. Con la noticia de estas novedades sintió Cárlos que el mundo que creia tener sujeto bamboleaba bajo sus piés. A la sazon tuvo un hijo natural, cuyo nacimiento es un misterio. Llamóse Juan de Austria. No se ha podido indagar quién fué su madre; pero porque hubo empeño en hacer pasar por tal á una doña Bárbara Blomberg de Ratisbona, prestándose ella al intento, no han faltado historiadores de nota que han corrido una parte del velo que encubre aquel misterio. En el Diccionario Histórico de Moreri, edicion de Amsterdam de 1724, se pueden leer dos artículos, el de

María de Austria, en la que se dice que Cárlos la amaba mucho, y el de Juan de Austria en el que está escrito que fué su madre una princesa, y que muchos han dicho ser parienta del emperador. En el otro Diccionario universal histórico de Chaudon y Delandine, edicion de París de 1810, artículo de Juan de Austria, se dice que es una temeridad sostener que María, hermana de Cárlos, fuese la madre de don Juan. Flamiano Estrada, en sus décadas de Flandes, edicion de Amberes de 1701, página 561, citando en el márgen al cardenal de la Cueva, dice habérsele descubierto que don Juan habia nacido de una madre muy ilustre y verdaderamente de esfera principal, y que mirando por el crédito de esta habia Cárlos supuesto otra, y hecho que la Blomberg representase el papel de madre. Muchos otros escritores de peso se contentaron con decir que don Juan era hijo de cierta señora, sin nombrarla. En nuestros dias ha querido alguno darse aires de novedad diciéndose iniciado en el misterio de la maternidad del austríaco, ignorando que no era el primero, y que otros ántes que él habian no solo apuntado, sino indicado con puntos y señales á la madre. Que este año doña María pasó de Flandes á Alemania lo testifican todos los historiadores; que vivió en una intimidad grande con el emperador está no ménos averiguado: si medió el desliz, ambos amargamente le lloraron. Aspiraba María á mas alto poder que el que ejercia. Tenia con Cárlos continuas conferencias, y le habia inclinado á que alejase á su hermano don Fernando de las gradas del imperio, y en su lugar sentase en él al príncipe don Felipe. Decíale que el oro y la sangre de España eran necesarios por mucho tiempo en Alemania para mantener á raya á los príncipes protestantes.

Halagábale á Cárlos la idea de no dividir el imperio, y de hacerle pasar entero á manos de su hijo; pero le repugnaba faltar al cumplimiento de las promesas solemnes que á don Fernando tenia hechas. Indicó María que tal vez no seria difícil hacer entrar en razon al rey de romanos, y ella misma tuvo valor para proponerle la abdicacion de sus derechos en su sobrino; pero fué tal la exasperacion de don Fernando al oirlo, que ni María insistió, ni Cárlos tuvo á bien declararse abiertamente. Acababa de triunfar del elector de Sajonia y de los demás príncipes protestantes, consolidando su poder en Alemania. Mas orgulloso que César, aunque con mucho ménos fundamento, dijo: « Vine, ví, y Dios venció », nó para dar á Dios la gloria del vencimiento, sino queriendo denotar que estaba por él el cielo. A la sazon el czar moscovita y el kan tártaro le enviaron embajadores, de que se mostró muy satisfecho. Juntó con grande alarde en medio de la plaza de Francfort los seiscientos cañones que habia tomado á los protestantes, y luego envió la mayor parte á Flandes, á España, y á sus estados de Italia. Sintióse algo indispuesto en Austria, mas se restableció luego, y reunida dieta del imperio, una vez que estuvo terminada la cuestion política, y que hubo reunido un millon y seiscientos mil florines de oro, la mayor parte procedentes de multas, entabló el debate religioso. Pero ya el sumo pontífice habia conocido que sus tropas, llamadas por Cárlos con tan vivas instancias á Alemania, no habian servido para reducir á los protestantes al catolicismo, sino para consolidar el poder político del gefe del imperio, por lo que habia determinado transferir el concilio á Bolonia, en donde no fuese tan sensible la influencia de Cárlos; y, conociendo este contra quién iba dirigido el tiro, represen-

tó diciendo cuán conveniente era que en Alemania y nó en los estados pontificios se reuniese aquella congregacion ecuménica. La inmediata consecuencia fué la suspension del negocio.

Era de ver que alguna cuestion espinosa se habia atravesado entre el emperador y el pontífice. Asegúrase que el hijo de Paulo III, afirmado en el ducado de Parma y Plasencia, con no mucho contento de Cárlos, habia favorecido este año al conde de Fiesco, en la tentativa desgraciada que hizo para apoderarse del mando en Génova. Fiesco murió casualmente ahogado cuando ya casi tenia seguro el triunfo. Un sobrino de Doria pereció en la refriega, pero Andrés Doria se salvó, recobró el mando, y auxiliado de los imperiales, trató de quitar el ducado y la vida á Pedro Luis Farnesio, hijo de Paulo. Parece quo don Fernando Gonzaga entendió en el asunto; y otros, aunque poco apoyados, afirman lo propio de Cárlos. Penetraron los conjurados en Plasencia, asesinaron al duque, y luego apellidaron á grandes voces libertad é imperio. El pueblo no contestaba, porque le parecian cosa nueva aquellas dos voces hermanadas; pero acudió Gonzaga con tropas, y se apoderó de la ciudad en nombre de Cárlos. Paulo III ocultó la profunda herida que en el corazon habia recibido, y conociendo á fondo la soberbia incurable del emperador, procuró aliarse con el nuevo rey de Franciá Enrique II.

En Nápoles acabó de dar sus frutos la falta de prudencia del virey Toledo, marqués de Villafranca. Recibida órden de Cárlos de emplear la fuerza para reducir á los descontentos, soltó contra aquella ciudad sus soldados, y provocó en las calles una lucha que duró tres dias; y desde los castillos la artillería disparaba dia y noche sobre Nápo-

les como contra una ciudad sitiada. Medió una suspension de hostilidades, y fué empleada en buscarse auxiliares cada uno de los combatientes. De nuevo volvió á principiar la lucha. Asaltábanse y eran defendidas las casas una por una, y si las ganaba la tropa eran sus moradores pasados á cuchillo. Cansados de matar unos y otros, acabóse al fin por hacer lo que debió hacerse el primer dia: Cárlos dió un perdon general, esceptuadas solo treinta personas que huyeron. El autor de tantas desgracias no llevó castigo.

A 2 de diciembre feneció lleno de congojas, rodeado de desdenes, el hombre mas esclarecido de este reinado. En Castilleja de la Cuesta, hospedado en casa de don Alonso Rodriguez, dió el último suspiro el inolvidable Hernan Cortés, marqués del Valle. Su cuerpo llevaron al convento de San Francisco de Méjico, siendo ántes depositado por poco tiempo en el de San Isidoro de Sevilla.

Al Perú pasó por presidente de la audiencia el licenciado Pedro de la Gasca, á cuya dulzura en el mando se debió desde luego que muchos desafectos se le entregasen depuestas las armas; todavía Gonzalo Pizarro y Carvajal, con los mas acalorados, sostuvieron la lucha y aun alcanzaron ventajas sobre las tropas reales; pero luego les llegó la hora de la desgracia.

A la isla de Cuba pasó de gobernador el licenciado Antonio de Chavez. En Nueva España, los indios de la provincia de Oajaca, tratados con aspereza, renunciaron de repente á la religion cristiana, y pusieron á saco Antequera. No se les habia podido dar á entender que fuesen justas las sentencias de muerte del santo oficio, y afirmaban que eran sacrificios humanos. Tocante á asuntos legislativos deben llamar la atencion las inquietudes en que á la sazon por

defectos de justicia fluctuaba Sevilla, pues sus alcaldes mayores, sus tenientes y los ordinarios, como naturales del país y emparentados en él, no administraban derecho con la equidad conveniente, lo que dió márgen á que se fuése disponiendo la nueva forma de la audiencia.

En Alcalá de Henares, á dia 9 de octubre, fué bautizado un niño, por nombre Miguel de Cervantes Saavedra. Fuéron sus padres Rodrigo de Cervantes, y doña Leonor de Cortinas.

CAPITULO XXXIII.—Desavenencias con el papa. La etiqueta de Borgoña. Parte el príncipe Felipe para Alemania. Año 1548.

No pudiendo Cárlos en manera alguna recabar del sumo pontífice que volviese á reunir en Trento el concilio ecuménico, andaba solícito buscando modo de dar un córte á la cuestion religiosa que continuaba manteniendo á mal traer la Alemania. El doctor Vargas, Hurtado de Mendoza, y Velasco, protestaron en Bolonia y en Roma de la traslacion del concilio, y reclamaron con tono harto imperativo su vuelta á Trento; con cuyo motivo, aumentándose el descontento con que á Cárlos miraba el pontífice, prefirió este dar largas al asunto, ántes que humillarse á una voluntad que queria regir á la vez los destinos del mundo, así eclesiásticos como seglares. Conocia que el emperador, mientras le habia convenido mantener callados á los protestantes, habíales dado lata libertad y contentamiento por espacio de treinta años; y ahora, que contrariaban sus miras de gobierno, esforzábase en concentrar en Trento los rayos del Vaticano: por lo que aspiraba Paulo á que la Iglesia obrase en esta delicada materia con absoluta independencia, y soltura de movimientos. Sintió Cárlos el aguijon, y se tomó

un desquite. Convocó junta de hombres doctos y verdaderamente cristianos, aunque demasiado flexibles ante las exigencias del césar, y mandóles redactar una fórmula de creencia, que á la vez pudiese ser adoptada por católicos y por protestantes, mientras no determinase otra cosa el concilio. Hiciéronlo, y presentaron veinte y seis artículos, dos de ellos en que se permitia á los ministros luteranos el uso del matrimonio, y á los legos el cáliz, á los cuales se unieron luego veinte y dos artículos relativos á costumbres. Sancionáronse todos ellos con el nombre de Interim, levantada entre católicos y reformistas una grande polvoreda. Dijeron los mas, que era grande audacia en Cárlos convertirse en legislador eclesiástico, y arrogarse facultades que en ningun tiempo podia atribuirse; comparaban su decreto con el Tipo de Constancio, el Éctesis de Heraclio, y el Enótico de Zenon, y afirmaban que de esta invasion ambiciosa é incalificable á los actos de heresiarca mediaba poquísimo trecho. Los amigos de transacciones, y que tenian por fundamento de sus actos no dar disgusto al césar, le defendieron diciendo que era preferible á un mal grave, otro mas corto y llevadero. Venecia proscribió el interim como atentatorio á la sana doctrina. Admitióle, como obra de Cárlos, la dieta que reunió éste en Augusta. Al mismo tiempo que se redactaba aquel famoso decreto, mandó Cárlos degollar al general y á los principales capitanes del ejército protestante, é hizo asaltar la ciudad de Constancia y pasarla á sangre y fuego. Allí murió cumpliendo su deber el maestre de campo catalan, don Alonso Vives.

Deseaba Cárlos vivamente, acaso mas que su hermana María, sentar á su hijo Felipe en el trono del imperio, apartando de él á don Fernando, rey de romanos. Para ello

quiso enviar á España al hijo mayor de su hermano, y llamar á Alemania á don Felipe. Dispuso, pues, que Maximiliano, hijo de don Fernando, fuése á España para tomar en matrimonio á la infanta doña María, hija del emperador; y que, quedando de gobernador junto con ella en la península, saliese don Felipe para Alemania.

Surgió Maximiliano en el puerto de Barcelona á 5 de agosto, magníficamente recibido; y trasladado á Valladolid, celebróse con grandes fiestas la boda. A la sazon, lo que dió placer á muchos amigos de novedades, disgustó á los mas, para quienes son preferibles las costumbres patrias; y fué que se planteó en la córte la etiqueta de Borgoña, sustituyendo usos extraños á la grande sencillez y dignidad con que se trataban los príncipes españoles. Al mismo tiempo cundió la voz de que Cárlos se sentia muy agravado de achaques, y que queria tener el consuelo de ver á su hijo: y aunque en verdad tenia la salud quebrantada, pensaron los maliciosos que no era la falta de fuerzas mas que un pretexto. Ello fué, que, dejados por gobernadores de España en el nombre, aunque bien rodeados, merced á la nueva etiqueta, á los recien casados príncipes, partió Felipe por octubre de Valladolid á Barcelona, y embarcóse en Rosas en una armada de cuarenta y cuatro galeras, diez navíos, muchas fragatas y otras velas. Alzadas estas, dia 2 de noviembre, aportó en Colibre, pasó á Perpiñan, volvió á embarcarse, arribó á Villafranca de Niza, y surgió finalmente en Génova, de donde se trasladó á Milan, siendo recibido en todas partes con demostraciones tales, que hacian traslucir muy de léjos las intenciones de su augusto padre. Fué muy notable, que, ántes de salir de Barcelona, predicó adelante de él, dia de Todos los Santos,

el doctor Constantino de la Fuente, tenido entonces en reputacion de gran predicador y teólogo, y condenado despues por pervertido hereje, que así van los tropiezos y las caidas. En Sevilla, ciudad á la sazon muy floreciente por el comercio de las Indias, y en donde estaban en su mas alto punto la riqueza y el fausto, habia pasado á mejor vida á 17 de febrero, y nó á 20, como dicen otros, el esclarecido clérigo Fernando de Contreras, en cuya existencia ni una mancha encontrarse pudo, pues todos sus instantes y sus bienes empleólos en rescatar cautivos de tierra de moros. Hízosele entierro, que ni á un arzobispo se le diera mas solemne, y fué de ver en él que el pueblo no le dejó pelo en la barba ni en la cabeza, y le conservaban como reliquias: tan pronunciado fué el olor de santidad en que acabó sus dias. La mas acrisolada caridad de aquellos tiempos se descubria en el afan de redimir cautivos, porque eran muchas las familias que lloraban la pérdida de algunos de sus miembros apresados por los berberiscos.

La plaga de corsarios no habia menguado. El famoso Dragut Arraez, á quien muchos llaman renegado, y otros afirman que era hijo de moros, habia sido rescatado por Barbarroja, de manos de Andrés Doria, y volvia nuevamente á sus correrías con no vista furia. Recientemente habia juntado catorce velas, caido sobre Castelamare y saqueádola, tomado una galera maltesa ricamente cargada, y llenado de terror las costas de Italia.

Hacen mencion este año algunos historiadores de que Cárlos, al alejarse, no sin riesgo, de Ausburgo, viéndola exasperada por las ejecuciones de los gefes protestantes, recibió mensaje de algunas ciudades de Francia que querian entregársele, porque su rey, dado á las persecuciones

religiosas y á cobrar con rigor cierta gabela, condenaba á perecer vivos en hogueras ó á ser descuartizados á los acusados de herejía; y añaden que Cárlos, aunque enfadado con el francés porque casó á Juana de Albrit, vástago de los reyes navarros, con el duque de Borbon, padre del que despues ocupó el solio con el nombre de Enrique IV, con ánimo de renovar siempre las diferencias y pretensiones sobre Navarra, se contuvo sin embargo y respondió que jamás apoyaria las rebeliones contra otros soberanos: y á la verdad entonces no le convenian, y mucho ménos con el color que tomaban en aquellas ciudades.

Tocante á asuntos legislativos llama la atencion este año la peticion número ciento veinte de las córtes que se juntaron en Valladolid. En ella se expresa y solicita què los estudios de Salamanca, Alcalá y Valladolid sean visitados por un consejero.

CAPITULO XXXIV. — El príncipe don Felipe en Alemania y en Flandes. Nuevas incursiones de los berberiscos. Año 1549.

Viajaba pausadamente el príncipe don Felipe, como quien lo hace para solaz y esparcimiento, mas que para acudir á los brazos de un padre acongojado. Verdad es que las órdenes de éste le detenian en todas partes para hacerle obsequiar con suntuosas fiestas, y mas particularmente en las ciudades alemanas. Se observó no obstante que los mas allegados al rey de romanos, traslucida sin duda la secreta intencion de Cárlos, aunque se mostraban obsequiosos, hacíanlo estudiadamente y con reserva. Salió de Milan el príncipe á dia 7 de enero, trasladóse á Mariñan, á Lodi, á Cremona, á Cane, entró en Mantua, en Trento, en Inspruck á 4 de febrero, en Munich, en Augusta, en Ulma, en Heidelberg,

en Espira, y en Luxemburgo á dia 21 de marzo. Pasó á Namur, y luego á Wavra, en donde encontró á su tia doña María, que se habia adelantado á recibirle y á conferenciar con él, para manifestarle los planes del emperador en que ella misma tenia no poca parte. Al medio año de su salida de Valladolid entró en Bruselas, y abrazó á su padre, que le hizo recibir con luminarias, fuegos de artificio y grandes festejos. Doña Leonor, reina viuda de Francia, se encontraba tambien en Bruselas. Tratóse luego de que fuese Felipe jurado por sucesor de Cárlos en los estados de Flandes, y dia 4 de julio se dirigió á Lovaina para ser ántes jurado duque de Brabante. Don Cárlos y doña María asistieron á la ceremonia, que fué brillante. De vuelta á Bruselas hízose la jura por Flandes, solemnizada con fiestas y torneos.

En la península tenian lugar otros festejos y públicos regocijos. Dispúsolos, dice un autor grave, la lisonja á los que manejaban el mando, con motivo de haber nacido en Cigales, á dos leguas de Valladolid, la infanta doña Ana, primer fruto de la union del príncipe Maximiliano con la infanta doña María; fué cuarta muger de Felipe segundo, y madre de Felipe tercero. Refiérense á estos tiempos unas graves alteraciones habidas en Marruecos, Fez y Velez, de manera que sus príncipes anduvieron demandando auxilios á España y Portugal, y solo obtuvieron palabras de consuelo y pocos buenos servicios. Es la verdad que los hacian muy malos á nuestros pueblos costaneros los corsarios que de por allá y de Berbería alzaban velas; de suerte que eran contados los años en que dejaban de hacer incursiones asoladoras. En el presente, el dia 25 de julio, el renegado Ali-Corzo cayó con algunas galeras en tierras de la costa

de Granada, desembarcó cuatrocientos moros, y dió al saqueo el pueblo de Torroz. Mas desde el castillo se llamó con ahumadas la atencion del capitan Diego Narvaez que acudió allá con treinta y dos caballos y veinte y cinco ballesteros, y armó emboscada á los moros cuando se volvian á sus galeras con cien cautivos y el botin ganado; cayeron en ella los corsarios, y perdida bastante gente soltaron la presa y los cautivos, y volvieron á sus naves escarmentados. Dragut continuaba siendo el corsario mas temido y el mas poderoso; por lo que Cárlos dispuso que Andrés Doria saliese en su busca con cuarenta y tres galeras bien armadas y montadas por soldados de Nápoles y Sicilia. No pudo dar con él, pues andaba receloso de caer segunda vez en tales manos; entonces Doria, ganoso de mayor nombre, se echó sobre la costa de Túnez, y entrando en Susa, África, Alfaques, Calivia y Monaster, entregó estos pueblos al rey de Túnez, y se volvió á Génova creyendo haber hecho cosas de provecho; pero en cuanto le vieron alejarse recobraron las plazas sus anteriores dueños; y aun Dragut tuvo arte y maña de quedarse en posesion de las de África, Monaster y Susa.

Dia 10 de noviembre feneció el pontífice Paulo tercero, ya octogenario, y acongojado viendo que su nieto Octavio Farnesio se declaraba partidario de Cárlos. Cuando le llegó á este la noticia, preguntó si se habian encontrado grabadas en su pecho las flores de lis: aludiendo al cariño que Paulo profesaba á la Francia. En él perdió Roma un ilustre pontífice cuyo único defecto fué acaso, como dijo él mismo ántes de morir, el escesivo cariño que mostró á sus parientes, y que le fué pagado, como lo son casi todos los de este mundo, con la ingratitud mas negra.

En Nueva España se publicó un decreto imperial de fecha 22 de febrero, por el que se declaraba quedar totalmente abolidos los servicios personales, ó servidumbre disfrazada, á que los indios habian hasta entonces estado obligados por la ley de la fuerza.

A la isla de Cuba pasó de gobernador el doctor Gonzalo Perez de Angulo.

En el Perú las tropas de Gasca fueron reforzadas con las de Valdivia, cuyo gefe acababa de conquistar la provincia de Chile, y reunidas cayeron en Saxahuana sobre Pizarro, á quien y á Carvajal sus mismos soldados entregaron. El primero fué ahorcado y el segundo descuartizado. Alejados de aquel país, enviándolos á hacer nuevos descubrimientos, todos los aventureros, cimentóse el poder de la monarquía en aquellas vastas comarcas. Al tino, á la cordura y buenos modales de Gasca, fué debida su pacificacion, pues al punto y altura á que habian llegado las reyertas intestinas, se columbraba un término desastroso. Establecidas nueve audiencias y muchos tribunales, comenzó desde este tiempo á moverse desembarazada en sus movimientos y á funcionar activamente la gobernacion de las Indias occidentales. El licenciado don Pedro de la Gasca fué premiado con el obispado de Palencia dos años adelante.

CAPITULO XXXV.—Se frustran los planes de Carlos. Doria en Africa, y Dragut en Mallorca. Año 1550.

Á la sazon el venerable Juan de Dios, hoy canonizado, dió en Granada el último suspiro, término de una bella existencia empleada en su declive en obras de la caridad mas acendrada; fundó la órden de la hospitalidad.

La política astuta y poderosa de Cárlos se hizo sentir este

año vivamente en Roma. El conclave para elegir un sucesor á Paulo duró tres meses, durante los cuales los cardenales austríacos, en oposicion con los franceses, echaron el resto en artificios para secundar al gefe del imperio. El dia 8 de febrero fué elegido Juan María del Monte, y se llamó Julio tercero. De él recabó Cárlos nueva bula de convocacion del concilio de Trento, ó mas bien de continuacion, y fué notable que en ella solo se nombraba al emperador, pues y todos los demás príncipes, incluso el rey de Francia, venian entendidos bajo la denominacion general de soberanos. Cárlos y Felipe continuaban en Bruselas dados á divertimientos, justas y torneos, en uno de los cuales tuvo una caida el jóven príncipe, y tambien á promulgar edictos contra los luteranos que habian conseguido introducirse en Flandes. El 31 de mayo salieron para Augusta en donde tenia Cárlos convocada dieta de los príncipes del imperio. No concurrió á ella el nuevo elector de Sajonia, Mauricio, porque no habia podido obtener la libertad de su allegado el landgrave de Hesse, y porque ya en sus adentros meditaba cómo destruiria los planes del gefe del imperio: por el pronto envió á decir que no serian admitidas las decisiones del concilio, si en él no se daba voz y voto á los protestantes, sin permitir la presidencia del papa ni de sus legados. La ciudad de Magdeburgo levantó tambien la voz en el mismo sentido, de manera que Cárlos tuvo que mover contra ella sus armas. La mayoría de la dieta dispuso que se estuviese á lo ordenado en el interim. Pero Cárlos no habia venido á Augusta para tratar del interim, sino para obtener que su hijo le sucediese en el imperio. Propúsolo abiertamente, faltando á todos los compromisos contraidos con su hermano don Fernando, y llevado de la idea de que

la España con sus inmensas posesiones debia ser para siempre mas una doble colonia de donde diariamente exprimiese el imperio tributos de oro y de sangre. Afortunadamente los príncipes del imperio conocieron que los sueños de una monarquía universal anublaban la mente de Cárlos, y negándose abiertamente á sus deseos hicieron naufragar sus planes.

Continuaba el corsario Dragut sus correrías por el Mediterráneo, y se echó sobre la villa de Pollenza en Mallorca, en donde apresó niños y mujeres metiéndolos en la iglesia, mientras era entregado el pueblo al saqueo. Pero el vecino Juan Mas, reunida gente y penetrados los corazones con los alaridos de las esposas é hijos encerrados en el templo, arremetió con esfuerzo y los salvó. Dada la alarma, Dragut tuvo que reembarcarse, perdidos setenta hombres, aunque llevándose treinta cautivos y otras presas. Doria en tanto, que siempre iba en seguimiento del corsario, y no podia haberle á manos, reunida armada y gente española al mando de don Juan de Vega, virey de Sicilia, y vueltas á tomar ántes las plazas de Monaster y Susa, se echó sobre la ciudad de Mehedia, ó Africa, sita entre los treinta y cinco y treinta y seis grados de septentrional latitud, y los ocho y nueve de longitud oriental del meridiano de Lutecia, un poco mas allá del golfo de Hammamet, siguiendo la costa. Llamóse en lo antiguo Leptis. Tenia buenas defensas, y fué necesario mucho valor y pericia para conquistarla. Ganóse por asalto, y fué entrada á saco, siendo acuchillados setecientos turcos que la habian bizarramente defendido. Los moradores, en número de diez mil personas, fueron cautivados, siendo sus bienes presa de los vencedores.

Andaba por estos tiempos muy viva la contienda sostenida en Valladolid entre el padre fray Bartolomé de las Ca-

sas y el doctor Sepúlveda acerca del trato que se debia dar á los indios. Y como la controversia promovida primero en grandes consultas se generalizó luego entre los doctos y estadistas, hízose muy interesante, particularmente en Sevilla, por hallarse en ella mas testigos que de una y de otra parte informasen. Ya el año anterior, siguiendo las inspiraciones de Bartolomé de las Casas y de otros varones prudentes, habíanse dictado órdenes mas humanas para el trato de los indios; mas nó en todas partes, segun era la índole de los gobernadores, se habian cumplido. Á 17 de junio del presente, los indios independientes, llamados chichimecas, que tenian su asiento en el valle de Vaorila, se esforzaron en sublevar á los indios convertidos; y para reunir un núcleo de fuerza se adelantaron con mil quinientos hombres, pero fueron dispersados brevemente. Dispuso entonces el virey de Méjico el establecimiento de unas colonias en las fronteras de los indios bravos, para servir de antemural á los convertidos y de vanguardia á los europeos, y echó los fundamentos de la ciudad de San Miguel en Izcuinapan, nombre que equivale en nuestro idioma á Agua de Perros. El nuevo virey don Luis de Velasco entró en Méjico el dia 5 de diciembre, publicó las leyes favorables á los indios, prohibió las vejaciones personales, ensanchó las ciudades de Durango, San Sebastian de Chiametla y San Miguel, hizo reconocer una parte del país de Zacatecas, pacificó la provincia de Topía, y mereció el nombre de protector y de padre del país que tenia confiado. Hubo en Méjico inundaciones grandes, de manera que la capital estuvo completamente hecha un lago por espacio de cuatro dias.

CAPITULO XXXVI. —Enciendese de nuevo la guerra con el frances y contra el turco. Año 1551.

Una pequeña chispa volvió á inflamar los odios mal apagados que trajeron siempre enemistado á Cárlos con la Francia. Octavio Farnesio se habia lisonjeado de que por buenos términos obtendria del emperador la investidura de Parma y de Plasencia; pero, muerto Paulo tercero, no pudiendo contener su ambicioso anhelo, entró en Parma, obtuvo de Julio tercero la investidura que no pudo conseguir del imperio, y se puso bajo la proteccion de la Francia, á fin de conservar la ciudad de Parma y de recobrar á Plasencia que estaba en poder de los imperiales. El jóven monarca francés, que deseaba darse á conocer por medio de alguna accion memorable, aceptó el título de protector, y puso guarnicion en Parma. Alarmado el papa, instó, halagó, amenazó al francés para evitar que de nuevo fuese la Italia teatro de la guerra, y no obteniendo favorable resultado, alióse con el emperador para arrojar de Parma á los franceses. Juan de Monte, con las tropas pontificias, fué contra la plaza de Mirándola, mientras Fernando Gonzaga con las imperiales sitiaba la ciudad de Parma. Los franceses llamaron la atencion de sus enemigos hácia Bolonia, en cuyo estado entraron talándole por todas partes; y con la noticia acudieron los coligados, y los alejaron; pero en el sitio de Mirándola, adelantándose imprudentemente, ó, segun dicen otros, vendido por los imperiales, perdió la vida Juan del Monte, sobrino del papa, gefe de sus tropas, y en quien esperaba en sus adentros ver radicado el ducado de Parma. Sintiólo amargamente Julio tercero, y desde este momento prefirió á la de Cárlos la alianza con la Francia. Para alejar

de Parma á los imperiales, dispuso el francés que un cuerpo de tropas del Piamonte, al mando de Brisac, hiciese incursion en el Milanesado; surtió efecto la traza, pues Gonzaga acudió al punto á la defensa del país que le estaba encomendado, y reunida gente buscó á Brisac para presentarle batalla; mas aquel, conseguido el objeto, rehusóla. El papa tambien retiró sus tropas de la Mirándola, se acomodó con el francés, permitiendo que Octavio Farnesio quedase poseedor de Parma, y aun escribió al emperador pidiéndole que accediese á ello: pero Cárlos se negó redondamente. Acababa de saber que una armada francesa se habia apoderado de veinte urcas flamencas cargadas de ricas mercaderías, lo que habia obligado á la gobernadora de Flandes á detener cuantas naves francesas habia en sus puertos y á declarar al francés la guerra, y estaba decidido á llevarla al último trance.

Pero tenia Cárlos en el descontento de los príncipes alemanes un flanco abierto. Habia el nuevo elector de Sajonia reducido á los de Magdeburgo á que estuviesen en punto á controversias religiosas á lo que decidiese el concilio; y creyendo que, agradecido Cárlos, no le negaria por mas tiempo la libertad del landgrave de Hesse, pidiósela nuevamente con mas ahinco. Tampoco le fué concedida, por lo que, entendiéndose desde luego con los demás príncipes protestantes, formó liga con la Francia, sin que el emperador llegase á sospecharlo, preparando una sangrienta campaña.

Á la sazon el príncipe don Felipe, convencido de que era imposible suceder á un tiempo á su padre en los dominios españoles y en el imperio, se habia despedido de él, y por el Trentino, Mantua, Milan y Génova, trasladádose

á España, surgiendo en el puerto de Barcelona á 12 de julio, y pasando á Valladolid por Zaragoza. Maximiliano y su esposa doña María, hija de Cárlos, dejado el gobierno, pasaron á Barcelona en donde entraron á 29 de agosto; y á 6 de octubre se embarcaron en las galeras de Doria, fuéron á Génova, y de allí partieron para Alemania.

Entrando el francés en campaña contra Cárlos, siguióle naturalmente el turco acordándose de sus pasadas alianzas, y tomando pié de que el emperador, con quien tenia firmadas treguas, las habia roto apoderándose de la ciudad de Mehedia en África, puso en la mar una escuadra de ciento cincuenta galeras al mando de bajá Sinan, hizo reclamar la entrega de aquella plaza al virey de Sicilia don Juan de Vega; y, siéndole negada, echóse Sinan sobre Agosta, entróla y saqueóla, encaminóse á Malta, desembarcó y tuvo que alejarse, fuése á la isla de Gozo, combatióla, tomóla y saqueóla, hizo seis mil cautivos, entrególa á las llamas, y por fin cayó sobre la plaza de Tripol y obtuvo su rendicion concediendo al presidio el ser trasladado á Malta. Nueva acometida dieron este año los moros á los mallorquines. Á 27 de octubre arrimáronse seis galeotas al Pinar de la ciudad de Alcudia, y desembarcando gente ocuparon aquella eminencia. Salió gente de Alcudia, capitaneada por Bartolomé Maura, y embistiendo á los moros los alejaron de la costa. Pero, contados los enemigos, volvieron los de las galeotas sus proas á la playa, y pusieron en ella ochocientos hombres con cinco banderas; y embistiendo á los de Alcudia, aunque fuéron recibidos con denuedo, lleváronse treinta y cinco cautivos.

Don Antonio de Mendoza, cuarto hijo del marqués de Mondejar, virey de la Nueva España, llegó este año al

Perú. Débesele la fundacion de la universidad de San Marcos. Ocupó poco tiempo la presidencia de Lima, pues murió el año siguiente.

En Valencia, á dia 30 de octubre, acabó sus dias el duque de Calabria. En algunas ciudades de la península se publicó jubileo para pedir amparo contra los turcos; y para ganarle los padres de familia debian dar seis dineros, y los hijos y criados tres; y si se queria que algun difunto participase de la gracia del jubileo, debian entregarse tres dineros por cada difunto. Publicóse por mandato expreso del emperador.

CAPITULO XXXVII. —Peligro que corre el emperador. Nuevos envios de gente y dinero á Alemania. Infructuoso sitio de Metz. Campaña marítima. Año 1552.

Enojosa tarea es la de describir tras de una campaña otra campaña: pero hay reinados que solo están llenos de campañas. Por demás seria buscar en ellos un pensamiento de gobierno, un monumento de legislacion, obras públicas de grande utilidad y de memoria duradera. Cuando el gefe del estado concentra en sí toda la vida y la fuerza de la república que le está encomendada, tambien reasume en sus actos toda la historia de su reinado; y si están vacíos de buenos pensamientos, y llenos de sones bélicos, la crónica ha de constituirse en eco de esos ruidos, aunque los considere huecos y vanos. Gracias si aquella concentracion de vida nacional no trae á los pueblos deplorables calamidades públicas; pues si se llama Enrique octavo el monarca concentrador, hace mofa de la santa religion y la transforma; si es Mahoma crea otra falsa; y si Cárlos I, se vale de las creencias como de una palanca para sujetar las gentes y para conculcar las leyes. Y como es muy cierto que el pecado

lleva en sí la penitencia, sucede que las sumisiones de esta suerte conseguidas son precarias y mal cimentadas, de manera que al primer sacudimiento se derrumban. Así le sucedia á Cárlos. Obrando por capricho, por orgullo ó por astucia, mas que por conviccion de lo bueno, haciendo en España levantar hogueras para acabar con los luteranos que en ella asomaban, y sancionando en Alemania la libertad de conciencia, acabó por perder el prestigio que da un modo de obrar sesudo y consecuente. Sus mismas hechuras le aborrecian. Mauricio de Sajonia, á quien habia conferido la dignidad de elector, llevando ahora adelante su alianza con el francés y con los príncipes protestantes, reune ejército, entra en Augusta, hace un amago infructuoso sobre Ulma, se apodera de Friburgo, entra en Clusa, y cae sobre Inspruck, en donde por poco el emperador cae en sus manos, pues tuvo que huir de noche, mal vestido y lloviendo, y dejó sus prendas de vestuario para trofeo de los soldados de Mauricio. El concilio de Trento se disuelve nuevamente, á pesar de que protestan de ello doce prelados españoles. Espantado el emperador, y conociendo por la vez primera que no es mas que un hombre, y que lleva tras de sí todas las consecuencias de sus grandes desvaríos, huye hácia Italia; pero en los lindes de Venecia se detiene y tiembla. Sabe que Venecia levanta tropas; y él, el gefe de inmensos imperios, el que habia tenido valor de cruzar solo la Francia, y ponerse á merced de su mayor enemigo, se recela y vacila. Súpolo Venecia, y le mandó á decir que no temiese, pues si levantaba tropas era para ponerlas á su servicio. El rey de romanos, el hermano á quien en recompensa de sus servicios habia querido arrebatar la corona de Alemania, lo salvó en este trance crítico. Dirigióse á

Lintz, entabló negociaciones con Mauricio, reunió en Passaw junta de príncipes alemanes, y los apartó de la liga con Francia, asegurándoles que se daria libertad al landgrave de Hesse, y que las promesas de Cárlos, respecto á la tolerancia religiosa, serian cumplidas. Con lo que subsanó con la prudencia el mal que hizo Cárlos con el orgullo, y hasta obtuvo del príncipe Mauricio que volviese sus armas contra el marqués de Brandemburgo, único que no se avino con lo convenido en Passaw. Julio III, viendo pujante al francés, firmó con él tregua por dos años. Enrique de Francia, reunidos cuarenta y dos mil hombres, los doce mil de caballería, tomó buenas posiciones en Toul, Verdun y Metz, como si eligiese á su placer el teatro de la guerra. Y fué así, pues aunque de Flandes salieron diez y ocho mil hombres para asolar la Picardía, no tardaron mucho en ir á juntarse con las fuerzas que reunia Cárlos en las fronteras de Alemania.

Para ello habia este escrito á Felipe que, de todos modos, y por todos medios allegase en España gente y dinero para llevar aquella al degolladero del imperio, y este al consumidero de los acampamentos. Castilla y Andalucía fuéron sangradas de hombres y caballos que en las galeras de Doria, pues siempre tuvo Cárlos mas confianza en las naves de Génova que en las de España, se embarcaron para Italia. El reino de Aragon, reunidas córtes en Monzon, y oidas en ellas palabras halagüeñas respecto á las públicas franquicias, facilitó grandes sumas de dinero, pues sola Cataluña entregó doscientos mil escudos. Por Génova y Milan llegaron los refuerzos españoles á Alemania. Asegurado Cárlos, volvió á Inspruck, entró en Augusta, pasó por Ulma que le habia permanecido fiel, y por Estrasburgo di-

rigióse á la Lorena, con ánimo de caer sobre Metz con sesenta mil hombres, contados los de Flandes que acudian al mismo punto, y á los cuales se juntaron luego las tropas del marqués de Brandemburgo, abandonada al fin su alianza con la Francia. Presentáronse los imperiales á la vista de Metz el dia 2 de octubre. Defendíala el duque de Guisa, y allí probó que era digno de mandar un ejército. Levantadas baterías, y colocada la artillería, hicieron los imperiales un fuego espantoso contra la plaza, y probaron contra ella varios asaltos; pero hallaron siempre la mas obstinada resistencia. Al cabo de un mes y medio, el dia 20 de noviembre, impaciente Cárlos, se acercó á Metz, y aquel dia fué tal y tan continuo el estruendo de la artillería, que á grande distancia parecia un terremoto. De la plaza contestaron con no menor viveza: y viendo el emperador que no habia por entonces esperanzas de rendirla, alejóse del campo y retiróse á Thionville, diciendo que la fortuna era dama cortesana que gustaba de los mozos y se cansaba de los viejos. Para colmo de desgracia, picó entre los imperiales una enfermedad que arrebató en breves dias treinta mil hombres, de manera que fué necesario levantar el sitio. En la retirada quedaron abandonados á centenares los soldados enfermos, y fué para ellos una dicha, pues el duque de Guisa, en cuyas manos cayeron, se portó con ellos como hombre valiente y de corazon magnánimo, y los hizo cuidar con mas esmero que si fuesen soldados franceses. Semejantes rasgos borran gran parte del horror de una campaña.

En Italia, la república de Sena fué teatro de escenas sangrientas. Ocupáronla militarmente los imperiales, arrojaron de ella á los partidarios de la Francia, y dejando por gobernador de ella á don Diego de Mendoza, no se portó este

con toda la cordura conveniente, ántes exasperó á los vencidos, y levantando una ciudadela, dió á entender que desde ella mediria por un igual á todos los moradores. Los seneses pidieron auxilio al rey de Francia, y sublevados á la voz de independencia arrojaron de la plaza á los imperiales; y les obligaron á buscar en Orbitelo un asilo, en donde se hicieron fuertes.

Tenia razon Cárlos diciendo que la fortuna huia de los viejos. Tambien Doria lo experimentó este año. Dragut se adelantaba contra el reino de Nápoles con la armada de Constantinopla, compuesta de ciento cincuenta velas, esperando reunirse con la francesa que venia al mando del príncipe de Salerno, reñido con el virey de Nápoles, y pasado al servicio de la Francia. Echóse Dragut sobre Mesina, destruyó el templo de Santa María de la Gruta, entregó á las llamas los lugares de Mola, Policastro, Staglia, Trayeto y otros, y amenazó la populosa Nápoles. Doria iba á reforzar la plaza con cuatro mil alemanes, y receloso de Dragut, navegaba de noche para no ser visto; mas no pudo evitar que le acometiese, le ahuyentase, y le tomase seis galeras en que iban setecientos alemanes. Tembló Nápoles al saberlo; pero salvóla un napolitano, por nombre Cárlos Mermile, que, andando fugitivo de su patria, desde el pasado alboroto, fué á servir al francés, y se hallaba en Roma como enviado de Enrique II, para asegurar al papa que ni Francia ni Turquía querian nada contra sus estados. Sabida la consternacion de su patria manifestó que si se le indultaba prometia hacer retirar á Dragut dándole algun dinero. Admitióse su oferta, entregó á Dragut doscientos mil escudos sacados de los ochocientos mil de donativo hecho aquel año por Nápoles á Cárlos, y, dando á Dragut

para su resguardo un papel en que de parte del francés le decia que por entonces, hasta otro año, se volviese á Constantinopla, obtuvo de él que hiciese rumbo para el mar de Mármara, á donde á poco le siguió la armada francesa, sabedor su gefe de la burla.

En Mallorca, la villa de Valldemosa, llamada por los moros Villa Verde, por lo apacible de sus jardines, y por el regalo de sus frutos, fué molestada de los argelinos á 30 de setiembre, saqueada y reducidos á cautiverio cuatrocientos de sus habitantes. Pero el capitan Gual con solo veinte y ocho hombres armó una emboscada á los moros cuando se retiraban, y cayendo en ella los derrotó, rescató el botin y los cautivos, mató á setenta y dos moros, y cogió vivos diez y ocho: ventaja que muchos creyeron milagrosa.

En la península se tocaron este año los primeros resultados de la importancia de la etiqueta de Borgoña. Aspirando Cárlos á reunir por medio de continuos matrimonios el reino de Portugal con el de España, habia hecho que el rey don Juan de Portugal pidiese para su hijo el príncipe don Juan la mano de la infanta de Castilla, doña Juana, hija del emperador; y siéndole naturalmente concedida, hubo dificultad en el modo de hacer la entrega de la infanta, pues decian los portugueses que debia hacerse á la usanza de Portugal, y los españoles que á la de nuestra córte. Es por demás decir que en esta primera prueba la etiqueta borgoñona cedió el campo á la lusitana. Felipe, que habia venido de Alemania con plenos poderes para el gobierno, no pudo hacerla triunfar. Habia el príncipe inaugurado su mando, disponiendo que el santo oficio hiciese terribles castigos contra los tenidos por luteranos españoles.

En uno de los autos públicos que hubo en Sevilla fué sacado á abjurar proposiciones heréticas al canónigo magistral de aquella santa Iglesia, doctor Juan Gil Egidio. Sin embargo, no sanó con el remedio, pues mas adelante fué preso segunda vez, muerto en la cárcel, y quemados sus huesos con los del doctor Constantino.

Por este tiempo murió en la isla Sanciano, á la edad de cuarenta y seis años, recorrido el Japon, y anhelando recorrer la China, sin otro auxilio que su fé inmensa, el digno español Francisco Javier, hoy canonizado, víctima de su caridad, de su humanidad y de su celo incomparable; llámanle el apóstol de las Indias orientales. Sus últimas palabras indicaron la fé viva con que habia tomado sobre sus hombros aquella empresa.

En las occidentales, el Perú anduvo otra vez en guerra civil por muerte del virey Antonio de Mendoza, y disputas de quién le sucederia en el mando mientras se esperaba de la península un nuevo presidente que fué el marqués de Cañete. En Nueva España, los gobernantes se mostraban muy solícitos en convertir indios, pero prohibieron reducir á cautiverio y oprimirlos como hasta entonces se venia haciendo, y mandaron á los obispos que los protegiesen.

CAPITULO XXXVIII.—Toma de Teruana y de Hesdin. Alternativas de la guerra en Italia. Se trata el casamiento del príncipe don Felipe con la reina de Inglaterra. Pérdida de una flota riquísima. Año 1553.

Aconsejábanle á Cárlos sus cortesanos que volviese con nuevo ejército contra la plaza de Metz; pero él habia probado, despues de las desgraciadas expediciones de Marsella y de Argel, que no entraba en sus miras navegar contra el viento y marea de la mala fortuna: y, viéndola recibirle con

ceño en una parte, se retiraba á otra. Dirigió pues esta vez sus aprestos contra la plaza de Teruana, y la de Hesdin. Teruana resistió dos asaltos, y fué necesario que Manuel Filiberto, duque de Saboya, acudiese con refuerzos. Un soldado español, á quien habia tenido en cautiverio un ingeniero turco, enseñó á los sitiadores la manera de minar la muralla. Aturdiéronse los sitiados, y á 17 de junio pidieron capitulacion; pero al saberlo los imperiales, olvidados de la disciplina y de la humanidad que se debe á los rendidos, ó acaso instigados de sus gefes por debajo de cuerda, entraron por la brecha á saco y á degüello, y solo algunos, no pudiendo olvidar el buen trato que del duque de Guisa habian recibido delante de Metz, soltaron á varios prisioneros. Teruana fué demolida, y los imperiales se echaron sobre Hesdin. Hubo en el ataque minas, y se hicieron por los sitiados contraminas. Los defensores se hicieron fuertes en el castillo, mas luego se abrió brecha en él, hízose ademan de asaltarla, y acudiendo los de dentro á la defensa, se disparó contra ellos la artillería en masa con grande estrago, aumentado en el momento mismo por una mina que fué volada, y por la explosion de la pólvora que tenian los sitiados. Murió sepultado en los escombros Horacio Farnesio, hermano de Octavio, duque de Parma. En medio del horror de este desastre fué entrada la plaza, saqueada y demolida. Cuando acudió el rey de Francia con cien cañones y sesenta y cuatro mil hombres, los diez mil de caballería, era tarde ya; no pudo hacer aceptar batalla al príncipe Filiberto, y se retiró á tomar cuarteles de invierno, en lo que le imitaron á poco los imperiales. Hacia cincuenta años que las minas de guerra habian sido puestas en uso por los españoles; y en realidad de verdad ya en lo

antiguo habia dado de ellas un tosco ensayo el rey de Roma Anco Marcio en el sitio de Fidenes, cerca de seis siglos y medio ántes de nuestra era; pero, generalizadas desde ahora, las veremos mas adelante influir en los sitios de una manera terrible.

En Italia, no queriendo el emperador quedarse corto en los castigos, habia dispuesto que fuesen rudamente escarmentados los seneses, y para ello mandó al virey de Nápoles que juntase ejército, y fuése contra Sena. Hízolo el virey Pedro de Toledo, no sin alarma del papa, que reunió ocho mil infantes y alguna caballería, para poner á Roma á cubierto de un segundo saqueo. Toledo fué á Roma, y probó á tranquilizar al pontífice; pero éste vió mas seguridad en sus propios aprestos, que en las promesas de quien servia á un amo tan artificioso y cuyas creencias eran de muy equívoca naturaleza. García de Toledo, hijo del virey, ocupó las plazas de Asinalonga, Lusignano, Montecelónico y Monticelo, haciendo prisioneras sus guarniciones. Alentado con estos prósperos principios, dividió García sus tropas, y dejó en Asinalonga un corto presidio para guardar los prisioneros, los víveres y los pertrechos; mas los enemigos, viéndole confiado, cayeron sobre la plaza, rescataron los presos, y se llevaron las vituallas y provisiones de guerra; y echándose luego sobre setecientos imperiales que iban aislados, derrotáronlos completamente. García, mas cauto ya, se encaminó contra Montalcino, y sabedor de que de Roma salia para Sena un convoy de dinero, hízole acometer y se apoderó de él. Á la sazon murió de achaques el virey de Nápoles, y le sucedió en el mando el cardenal Pacheco. Tuvo éste noticia de que la armada turca, en union con la francesa, iba á caer sobre el reino de Ná-

poles, y, haciendo de la necesidad cordura, avínose á un armisticio que propuso el papa á fin de que Sena quedase libre de imperiales y de franceses, bajo la proteccion del pontífice, y llamó las tropas á la defensa de aquel vireinato. Todavía en el Piamonte hubo escaramuzas, y don Fernando Gonzaga tomó las plazas de Casal de Montferrato, Tillola y Orfanela; pero los movimientos de los beligerantes se resintieron de flojedad desde el armisticio de Sena, y aun por un mes guardaron treguas imperiales y franceses. Pero á fines de año Brisac con los franceses entró de noche en Verceli, y estuvo á punto de apoderarse de ella: mas los imperiales se hicieron fuertes en las mismas calles, y dando tiempo á Gonzaga para que acudiese á su defensa, obligaron al francés á retirarse.

Dragut en tanto, con ciento treinta velas y la armada francesa, echó gente en Sicilia, entró en Alicata y saqueóla, é hiciera lo mismo en Saca á no impedírselo el ardid de Antonio Amodeos, baron de Vallelongo, quien hizo pasear por las murallas muchas banderas y tocar buen número de tambores, dando á entender á Dragut que habia dentro mucha gente y que iba á hacer salida, con lo que se alejó. Cruzó luego el faro de Mesina, y desembarcó en la costa de Nápoles mil quinientos hombres; pero el español Miguel de Belvis cayó sobre ellos con alguna gente, y los ahuyentó con pérdida de cuarenta muertos. Solicitado entonces del francés cayó Dragut sobre la isla de Cerdeña, desembarcó en ella siete mil hombres, se apoderó de toda ella ménos de Calvi y la Bastida, entregó las plazas á los franceses, y volvióse á Constantinopla, con la flota cargada de botin y de míseros cautivos. Es por demás decir aquí que los cristianos y los turcos, en sus sangrientas guerras, no habian

adoptado todavía el derecho de gentes moderno. No se hacian mútuamente prisioneros, sino cautivos, que eran reducidos á servidumbre hasta obtener rescate.

Un acontecimiento, de trascendencia para la España, sobrevino por este tiempo en Inglaterra, con la muerte del rey Eduardo acaecida cuando apenas rayaba en los diez y seis años. María, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, vencidas algunas dificultades, ocupó el trono. Era católica, y desde luego hizo soltar á los que estaban presos por afectos á Roma, se entregó en palacio á las prácticas del catolicismo, y escribió á su pariente el cardenal Polo, pidiéndole que fuése á Inglaterra para ayudarla á restablecer la religion romana. Los hombres prudentes, que veian á María preservada de los vicios de su padre, aunque nó de su dureza de carácter, deseaban y aconsejábanla que no se entregase á violencias geniales y á castigos sangrientos, sino que por medios suaves restableciese la fé, que lleva en si misma las virtudes convenientes para perpetuarse sin la fuerza en el corazon de las gentes: mas no fueron atendidos, y María tuvo la desgracia de querer rodear su trono de cadalsos en que perecieron muchos hombres ilustres. Dicen que le aconsejó el emperador la entrada en tal senda erizada de tropiezos. Es lo cierto que, tendiendo Cárlos constantemente á su sueño de la universal monarquía, hizo que don Felipe su hijo sobreseyese en los planes que, de acuerdo con él, habia formado de casar con otra infanta portuguesa, y pidiese la mano de la reina de Inglaterra. El cardenal Polo podia contrariar la boda: Cárlos le detiene en Alemania hasta verla efectuada. Así lo confirman los autores eclesiásticos, aunque otros opinan que Polo fué el medianero para la boda. No prometia la reina ser fecunda,

pues ya rayaba en los cuarenta, era de complexion delicada, y de poca aficion al matrimonio; veia además que los nobles de su córte no deseaban entregarse á la merced de un soberano extranjero: pero, animada con la esperanza de que, auxiliada del poder de Felipe, tal vez podria hacer prevalecer en Inglaterra la fé de sus mayores, dió su consentimiento.

En estas circunstancias todo el afan del príncipe don Felipe era sacar dinero desde España para enviarle á su padre. Intentó para ello vender los vasallos de los prelados, de los monasterios é iglesias, y hubo á este fin muchas juntas y consultas, y se sabe que las corporaciones científicas, en particular Salamanca, negaron la justicia y la conveniencia de aquella demanda.

En Sevilla cesó este año el juzgado de los alcaldes mayores que venia funcionando desde la conquista de la ciudad, hacia mas de trescientos años, y fueron nombrados tres ministros para ejercer justicia. En Tablada hubo un voraz incendio que destruyó bosques enteros de alerces, muy estimados por la calidad de su madera, ántes muy comun y usada en la campiña de Sevilla.

Don Luis de Velasco, virey de Nueva España, envió á la península una flota riquísima para atender á los grandes gastos que hacia el emperador llevado de su ambicion batalladora. Plata, oro, preciosas mercaderías, y mas de mil personas, salieron de la Habana con viento próspero. Pero en el canal de Bahama turbóse la mar, y un huracan deshecho arrojó las naves á las costas de la Florida, y contra las rocas se hicieron astillas los mas de los buques. Casi todo se perdió. Una nave pequeña llevó á Vera-Cruz la nueva del desastre; otras tres, casi destrozadas aportaron

en Sevilla, míseros restos de una magnífica y poderosa flota.

En la historia de Mallorca hallamos que á 10 de agosto veinte y cuatro velas de berberiscos desembarcaron junto á la villa de Andraix hasta mil moros; mas no pudieron hacer esclavos ni llevarse gran botin, ántes recibieron algun daño, dejaron ocho cautivos, y tuvieron que reembarcarse mas que de paso. Al capitan Jorge Fortuny se debió la salvacion de aquella comarca.

CAPITULO XXXIX.—*Segundo matrimonio del príncipe don Felipe. Continúa la guerra contra el francés en Italia y en Flandes. Año 1554.*

Graves autores manifiestan que el cardènal Polo, como inglés de corazon, y conocedor de la índole de sus compatriotas, se oponia á que María de Inglaterra contrajese matrimonio con el príncipe don Felipe. Sin embargo, fueron mas poderosos en el ánimo de la reina los resortes de que Cárlos supo echar mano, y quedó convenida la boba con las condiciones de que Felipe se titularia rey de Inglaterra, de que no se alterarian las leyes ni los usos, de que solo la reina nombraria empleados y no saldria fuera del reino, de que Cárlos, hijo de Felipe, sucederia á este en la corona de España, y la de Inglaterra seria para los hijos que tuviese de María; que Flandes y Borgoña se repartirian entre dicho Cárlos y los hijos de María, y que Inglaterra no se mezclaria en las guerras que sostuviese Felipe en el continente. Dispuso el emperador que su hijo partiese con poderosa armada para Inglaterra, y que dejase el gobierno de España á la infanta doña Juana, ya viuda del príncipe de Portugal, y que acababa de dar á luz al príncipe don Sebastian destinado á pasar por crueles infortunios. Volvió á España doña Juana, y su

hermano don Felipe partió por Santiago á la Coruña, en donde le esperaba una escuadra compuesta de ochenta grandes navíos, y sesenta y ocho velas menores. Embarcóse con numerosa comitiva, y cuatro mil infantes, y eligió por capitana una magnífica nave vizcaína mandada por Martin de Bertendona. Acompañáronle muchos grandes y caballeros, y algunos eclesiásticos, entre ellos el doctor Constantino de la Fuente. El dia 19 de julio desembarcó en Southampton. Los cuatro mil infantes envióles á Flandes. A la augusta novia envióla joyas estimadas en cien mil ducados, y entregándose con su comitiva á una brillante escolta inglesa, trasladóse á Winchester, en donde le esperaba la reina, y el dia 25 de julio se celebró con mucha pompa el matrimonio, recibidos en el acto unos despachos del emperador en que daba á su hijo el título de rey de Nápoles y de Sicilia. Al poco tiempo hizo en Lóndres entrada solemne el cardenal Polo en calidad de legado apostólico, y fué recibdo con grandes demostraciones de alegría por parte de Felipe y de María. Dijo Polo que la mision que llevaba «era la de reducir al redil de Jesucristo muchas ovejas descarriadas, pero siempre queridas del primer pastor, que ocupa en la tierra el lugar del Hijo de Dios, y mira con particular cariño á ese infeliz rebaño.» Hízose que el parlamento presentase una súplica en que pedia que cesase el cisma, y se le absolviese de sus pecados. Envióse luego una embajada á Roma para prestar obediencia al pontífice, la que fué recibida con extraordinario regocijo. Instó el cardenal Polo para que esta revolucion inesperada se inaugurase con la paz general entre los príncipes cristianos, y al intento obtuvo que se reuniese un congreso en el pueblo de Merc, sito entre Calais y Gravelinga. Pero Cárlos se manifestó tan

distante de toda conciliacion, que pidió lo mismo que pedia en Madrid cuando tenia en cautiverio á Francisco primero, y ante todo la restitucion de las plazas tomadas por los franceses en Flandes y en Saboya; visto lo cual el francés volvió poco menos que á las pretensiones del tratado de Noyon, insistiendo siempre en que Sena quedase libre, y en que Plasencia fuese devuelta al duque de Parma. Esperóse, pues, el fallo del tribunal supremo de las armas.

Habia el francés enviado tres cuerpos de ejército contra Flandes. El uno, al mando del condestable, se apoderó entre varias plazas de las de Chimay, Glayon y Trelon, y por último entró nó sin gloria en Marienburgo; el otro, al mando de Borbon, taló el Artois; y el tercero, á las órdenes del duque de Nevers, se apoderó de Orchimont, Villares, Hierge y otros castillos. El mismo rey Enrique salió á campaña, y se apoderó de Bovines, de Dinan, Bavay, Binches, y otros lugares que entregó á las llamas, y lo mismo hizo con Marimont, residencia de regalo de doña María, reina viuda de Hungría, en represalias de haber quemado los imperiales en una anterior campaña el sitio real de Folembray: que tan cierto es que quien con fuego mata, á fuego muere. Acudió con las tropas de Flandes, contra el francés, el duque de Saboya, Filiberto; mas viéndole superior, contentóse con observarle. El francés, para obligarle á venir á las manos, se echó sobre la plaza de Renti. Quiso socorrerla Filiberto, y á dia 3 de agosto hubo un sangriento combate en que ambos ejércitos se atribuyeron la victoria, señal de que ninguno la obtuvo; y aunque es cierto que los imperiales dejaron en el campo dos mil cadáveres, y en manos del enemigo algunos cañones y estandartes, tambien lo es que los franceses se aleja-

ron de la plaza de Renti, y que siguiéndolos Filiberto entró en Francia, y taló gran parte de territorio.

En Italia se renovó con furia la lucha contra Sena. El duque de Florencia, recibido del emperador por general al marqués de Mariñan, declaróse contra aquella ciudad, y juntó tropas para resistir á las de Sena y Francia puestas al mando de Pedro Strozzi. A la cabeza de unos cinco mil hombres ejecutó Mariñan una rápida marcha nocturna para sorprender la ciudad de Sena, y estuvo en un tris de conseguirlo; mas los seneses defendieron su libertad con gran bravura, y Mariñan pudo á duras penas apoderarse de un fuerte cercano á la ciudad, y guarecerse en él con esfuerzo y maestría. Strozzi acudió á desalojarle, y no pudo, por lo que levantó no muy léjos otro fuerte que protegiese á la ciudad y molestase al enemigo. A la sazon los cabos imperiales Ascanio de Corna y Balloni intentaron tambien entrar por connivencia en Chiusi, pero fuéron engañados, y armándoseles celada en la misma plaza y en sus cercanías, perdieron dos mil hombres, mitad muertos, mitad prisioneros. Mariñan en tanto desde el fuerte molestaba á los seneses con la artillería y con salidas, sin que nadie pudiese desalojarle; viendo lo cual Strozzi salió de noche de Sena para llamar la atencion de Mariñan hácia Florencia, y, recibidos refuerzos de Francia por mar, aunque tuvo la desgracia de perder á su hermano Leon Strozzi, tomó algunas plazas, entró en el Val de Chiana, le devastó, é hizo amago sobre Marciano. Mariñan, recibidos tambien refuerzos de Milan, encaminóse en busca de Strozzi, avistóle, y viéndole bien acampado no quiso acometerle, hasta que le vió en retirada, que entonces se echó sobre de él con ímpetu, le mató cuatro mil hombres, le hizo muchos prisio-

neros, y volvióse contra Sena. Strozzi salió herido, mas no decayó de ánimo, ántes juntando los restos de sus tropas puso presidio en las plazas, y á pesar de los imperiales introdujo en Sena socorros.

En el gobierno de Milan hubo novedades. Recelaban algunos que la ambicion de Fernando Gonzaga le impelia á querer apoderarse del mando, por lo que Cárlos le llamó á Flandes, y aunque le honró mucho, nombró por sucesor suyo en Milan á don Fernando Gomez Suarez de Figueroa, y mandó allá pesquisidores para que indagasen el fundamento de aquellos recelos. En tal coyuntura creyó Brisac, gefe de los franceses en el Piamonte, que podia prometerse por las armas algunas ventajas; acometió la plaza de Yorea, entróla por trato, tomó la de Sancio, la de San Albano por sorpresa, derrotó un destacamento de imperiales, y púsose sobre Valfenera. Hizo entonces movimiento el nuevo gobernador de Milan, y saliendo contra Sumarriva, tomóla, casi al mismo tiempo que de Valfenera hacia don Álvaro de Sande una salida é introducia en los sitiadores el espanto. Brisac se vió precisado á levantar el cerco.

En Sevilla hallamos este año memoria de una inundacion deplorable. Desplomáronse en el barrio de Triana mas de doscientas casas, llevóse el Guadalquivir la puente, perdiéronse muchas naves, y ahogáronse centenares de reses. Alvaba, Brenes, Rinconada y Santiponce tambien sufrieron mucho.

Á Cuba pasó de gobernador don Diego de Masariegos, que permaneció en la isla y en su empleo once años hasta el de 1565.

En Méjico dispuso el virey que Ángel de Villafañe fuése á la costa de la Florida y sitio en donde naufragó el año an-

terior la flota, por si sacaba parte de las riquezas sumergidas; en efecto, algo recogió, pero mas contento estuvo con poder restituir á la Habana á Francisco Vazquez, uno de los náufragos que se alimentaba entre las peñas, de yerbas y raices. El mismo virey dispuso que desde Zacatecas fuése Francisco de Ibarra hácia la Florida, en donde fundó el pueblo de San Juan de Cinaloa en la provincia de Topía, y el de San Sebastian en la de Chimicha; y trescientas leguas adelante reconoció aquella vasta comarca, descubrió minas de plata en San Martin, y en San Lucas de Aviño, y algunas de oro, y vió rios caudalosos y tierras fertilísimas. Fundó la ciudad de Nombre de Dios, sometió los indios que vagaban hasta diez leguas al norte, y echó los cimientos de la ciudad de Aviño. Trasladóse á Durango, recientemente fundada en el valle de Guadiana por Alonso Pacheco, adelantóse con cincuenta hombres, señaló las minas de Ende y de San Juan, y entrado el invierno, con solos treinta hombres, internóse hasta una cordillera en donde fundó la colonia de Topía. De vuelta ya, hizo que Rodrigo del Rio se estableciese cerca de las ricas minas de Ende, mientras él echaba los fundamentos de Santa Bárbara y de San Juan en la Nueva Vizcaya, á tres leguas una colonia de otra, y á veinte de Ende. No paró aquí, sino que muy luego penetró hasta Cinaloa, en donde fundó la ciudad de San Juan de Cinaloa; y tomando hácia el norte, y provincia de Chiametla, dió comienzo á la colonia de San Sebastian, recorrió unas trescientas leguas, y vió grandes poblaciones, con casas de techumbre plana, habitadas de gente bien vestida, provista de todo y aguerrida. Y viendo que para mantenerse en país tan distante necesitaba mas gente, anduvo en retirada.

Hallamos en escritos autorizados que hubo este año un serio disturbio en el muelle de Barcelona. Habia surtas en él dos galeras del comendador mayor don Luis de Zuñiga y Requesens, en ocasion en que entraron cuatro galeras reales mandadas por don Bernardino de Mendoza. Mandó este al capitan de las de Requesens que izase estandarte, á lo que no accedió, diciendo que no debia por ser de la religion de Santiago. Airado Mendoza hizo embestir una de las dos galeras, tiró al agua su estandarte, y prendió al capitan como si fuese algun enemigo. Requesens al saberlo juntó sus parciales, y hubiera llegado el caso á mayores, á no intervenir el virey arrestando á ambos contendientes. Hay memoria tambien de que por este tiempo, con motivo de graves competencias entre el virey y la provincia, salió el primero con el tribunal de la audiencia para Perpiñan; pero á los dos meses habia vuelto ya á Barcelona.

CAPITULO XL. — Continúa la guerra con el francés. Muere doña Juana la Loca. Treguas de Cambray. Abdicacion del emperador. Diferencias con el pontífice. Año 1555.

Juntáronse nuevamente en Calais y en Ardres algunos diputados imperiales y franceses para tratar de paz; mas fuéron por el pronto inútiles sus conferencias. Sin embargo, por la parte de Flandes anduvo tibia la guerra: Jaille entró en el Artois, pero volvióse en derrota: solo en Italia continuó enardecida la lucha. Mariñan estrechaba cada dia mas el sitio de Sena, y dió á la ciudad varias embestidas, siempre rechazadas con extraordinaria valentía, por lo que, viendo que era impotente la fuerza para hacer mella en hombres tan denodados, determinó reducirlos por el hambre. Consiguiólo, y el dia 21 de abril salieron de Sena sus defensores con armas, seguidos de los vecinos car-

gados de todo cuanto pudieron llevar, y fuéron á buscar en Groseto, en Chiusi y en Montealcino la seguridad individual y las franquicias que Cárlos les negaba. Mariñan conquistó una ciudad desierta, realizando aquella sentencia de Tácito, que allí en donde abren el vacío de la soledad, allí dicen haber restablecido la calma: « Ubi solitudinem faciunt, pacem apellant. » A la caida de Sena tardó poco en seguir la de Puerto Hércules, por donde podian recibir auxilios marítimos los seneses. La ciudad de Puerto Hércules fué batida por mar por el mismo Doria con treinta y ocho galeras, y combatióla por tierra Mariñan hasta desalojar de ella á los franceses: de manera que fueron muy pocas las plazas que Strozzi pudo conservar como restos de la independencia de Sena. Brisac en tanto, general de los franceses en el Piamonte, dió un golpe de mano contra Casal de Monferrato, ocupóla por sorpresa, y puso en alarma el Milanesado. Era preciso que los imperiales mandasen allá un general de grande esfuerzo y pericia, pues los franceses hacian grandes aprestos contra aquel estado. Pensóse en el duque de Alba, ya por sus prendas militares, ya tambien porque Ruy Gomez de Silva, favorito de don Felipe, intentaba en alejarle del lado de este jóven monarca. El duque de Alba, cuyos grandes talentos empañaba un orgullo insoportable, exigió, como condicion para aceptar el mando, que le nombrasen de vicario general de todos los dominios de Italia, y le diesen buen número de tropas, y dinero. Nada le faltó de cuanto deseaba cuando llegó al Milanesado; entró pues en campaña; su operacion primera fué hacer levantar á Brisac el sitio que tenia puesto á Ulpiano; arrojóse despues sobre Sancio, abrióla brecha, asaltóla, y fué rechazado; por lo que, sabedor de que venian sobre él los franceses,

abandonó precipitadamente el sitio, perdiendo algunos víveres y pertrechos, y luego se retiró á Nápoles, abrumado con la carga, que ántes creyó lijera, de tener que acudir á tan distantes puntos. Al poco tiempo de su partida cayó la plaza de Ulpiano en poder de los franceses. Amenazaba las costas de Nápoles la escuadra turco-francesa. Al mismo tiempo los argelinos caian sobre Populonia, la entregaban al saqueo, y luego retrocedian á sus naves acometidos por Leon Santi. Los turcos acababan de desembarcar tres mil hombres no muy léjos de Pomblin; embistiólos el general Viteli, acorralólos en la orilla del mar, y les mató mas de quinientos hombres inclusos los ahogados. Mantúvose entonces el turco algunos dias en aquellas aguas, hasta que cayó sobre Córcega, recobrada por los genoveses, y solo consiguió cargar sus naves de infelices cautivos. Tambien en Andraix de la isla de Mallorca cautivaron los argelinos á algunos vecinos, y á varios soldados de la compañía allí llamada de los doscientos. En las costas de Flandes hubo un reñidísimo combate naval entre veinte y dos navíos flamencos y holandeses, y veinte y cinco franceses; ambos contendientes dijeron haber salido gananciosos; pero es lo cierto que aquellas aguas dieron sepultura á muchas víctimas, pues abordándose los combatientes inflamóse la pólvora y se hicieron astillas doce navíos, los seis franceses, imperiales los otros, quedando divididos los demás con el espanto de aquel tremendo estrago: sin embargo los franceses apresaron aquel dia cinco navíos imperiales. Para que se vea cuán difícil es sacar en limpio la verdad de ciertos hechos, basta leer la relacion que de esta batalla dan los imperiales, y compararla con la de los franceses. Aquellos dicen que murieron mil franceses y trescientos imperiales;

y estos afirman que el primer número corresponde á los imperiales y el segündo á los franceses. Saciada por el momento la ambicion de unos pocos, firmáronse en la abadía de Vaucelles, cerca de Cambray, treguas por cinco años, incluyendo en ellas al papa, al duque de Saboya y á los seneses, quedando cada uno en la posicion que actualmente ocupaba: fantasmagoría de la paz, que los pueblos no solemnizaron con la alegría de costumbre, pues les pareció preliminar de nuevas y mas encarnizadas luchas; firmóse solo para que en aquel respiro pudiese resonar estrepitosamente en todas partes un acontecimiento que acababa de consumarse en Bruselas, llamando la atencion de la Europa.

Habia muerto, dia 12 de abril, doña Juana la Loca, y se dice que en los últimos momentos habló de manera que parecia haber recobrado el juicio. Esta triste noticia afectó vivamente al emperador, y le afirmó en la idea que tenia formada de abdicar en la persona de su hijo don Felipe. Aquejábanle graves dolencias, y la mas fuerte de todas era la gota, cuyos vivísimos dolores le daban pocos ratos de descanso. Estos padecimientos de todos los dias, y de todas las horas, mantenian en su pecho una desazon continua que paralizaba la lucidez de su claro entendimiento. Acostumbrado á recibir de la fortuna no merecidos favores, indignábase contra ella por poco que con él se mostrase ceñuda ó caprichosa; achacábale la retirada de Marsella, el desastre de Argel, sus peligros en Inspruck, y la horrenda mortandad de Metz; y con gestos poco dignos de la majestad y de un corazon magnánimo, decia que la vejez es inútil, y que la juventud es la verdadera reina del mundo. Quiso, pues, dar á sus vasallos un nuevo monarca, jóven, impaciente del mando y amostazado además por las pullas poco

decentes que contra él se publicaban en Lóndres. Llamóle á Bruselas. La lucha interior de Cárlos en aquel momento supremo debió ser grande y terrible. De una parte el deseo de ejercer mando sin cortapisas, que habia sido la ambicion de toda su vida; y de otra unos dolores crueles que no le daban vagar para los negocios, y el recelo de perder en un dia tal vez, por un golpe de fortuna, todas las ventajas conseguidas en cuarenta años de reinado; por un lado el temor de que la muerte viniese á arrebatarle de un momento á otro el fruto de tantos años de afanes; y por otro la idea de llenar por última vez de asombro á amigos y contrarios, probándoles que ni la muerte podia nada contra él para arrancarle de la mano los cetros que empuñaba. El dia 18 de octubre dicen que firmó la abdicacion: y el 25 del mismo mes, reunida junta de los estados de Flandes, de los caballeros del Toison, y de los magistrados, rodeado de príncipes, de grandes, de caballeros, y ostentando en torno suyo toda la magnificencia del imperio, entró en el salon mayor del palacio de Bruselas. Sentáronse á su lado Felipe, rey de Nápoles, de Sicilia y de Inglaterra, Maximiliano, rey de Bohemia, y Manuel Filiberto, duque de Saboya; y al otro lado María, reina viuda de Hungría, Leonor, reina viuda de Francia, María, reina de Bohemia, y Cristerna, hija del rey de Dinamarca. Ante todo Cárlos cedió á Felipe el maestrazgo del Toison, y luego mandó al senador del consejo de estado, Filiberto Bruxelio, que dijese lo que se le habia mandado. Lo que dijo Bruxelio fué que, declinando cada dia visiblemente las fuerzas de Cárlos por la enfermedad, y no pudiendo soportar ya con lustre el peso del imperio, renunciaba en su hijo Felipe las soberanías de Flandes y de Borgoña. En esto púsose Cárlos en pié, y apoyándose

en el príncipe de Orange, parte leyó un escrito, parte le decoró en francés, refiriendo todo cuanto habia hecho desde su juventud, sus nueve jornadas ó viajes á Alemania, seis á España, siete á Italia, cuatro á Francia, diez á Flandes, dos á Inglaterra y dos á Africa; cómo habia cruzado once veces los mares; cómo habia luchado, triunfado, y hecho paces; cómo siempre habia atendido á defender la religion y el imperio, y á nadie habia dado pesar sino á sus enemigos: cómo ya le iban faltando los brios, y en lugar de un viejo tullido les presentaba un mozo robusto y despierto; que guardasen el catolicismo; que le perdonasen si en algo habia faltado; y que él los tendria presentes en los pocos dias que le quedaban y que queria consagrar al Eterno. Y volviéndose á Felipe le dijo: que ya que nó por muerte sino por voluntad le daba un grande patrimonio, le pedia que el amor que por ello le debiese lo pasase entero á sus súbditos; que para él seria un gozo grande verle vivo por él, y por él reinante, y que todos viéndole buen monarca alabasen su renuncia; y que le deseaba una prole tal en quien pudiese y no tuviese necesidad de abdicar. Y añadió, aunque engañándose en esto, que apenas, abdicando, habia tenido á quien imitar en la antigüedad entera. Felipe, oida esta arenga, se puso de rodillas delante de su padre, quien le bendijo con lágrimas, entre los sollozos que á todos los circunstantes arrancó esta escena de paternal ternura. Levantóse Felipe, y disculpándose ante los estados de que ignoraba el francés, dijo que en su nombre hablaria Perenoto Granvella, obispo de Arras. Hízolo Granvella significando el agradecimiento de Felipe á su padre, y que seguiria sus consejos. En seguida renunció tambien al gobierno de Flandes doña María, reina viuda de Hungría. Así ter-

minó el acto mas bello de la existencia de Cárlos, porque en él se entregó al corazon y nó á la política. Acaso la enumeracion de sus hechos fué harto difusa, pero borróla la ternura con que profirió algunas palabras que le salieron del pecho. Imposible parece que quien encontró en sí mismo fuerzas y voluntad para esta abnegacion, no los hubiese usado ántes para actos de clemencia, de justicia y de buen gobierno, que hubieran inmortalizado su reinado.

En Valencia murió este año el arzobispo Tomás de Villanueva, ya canonizado, y conocido en vida con el dictado hermoso de padre de los pobres. En sus funerales rompieron los concurrentes en gemidos que no dejaban oir las preces divinas.

En África se perdió Bugía despues de veinte y dos dias de defensa; y dando algunos en decir que no se habia portado bien su gobernador Alonso de Peralta, degolláronle en Valladolid el año siguiente. Tambien Oran fué embestida de los moros, mas el conde de Alcaudete la defendió con fortuna, ahuyentando á los sitiadores.

En las córtes de Madrid de este año se nota la peticion de que las pragmáticas promulgadas en córtes no se revoquen sino con audiencia de otras córtes. Y es mas notable la respuesta que á esto dió Felipe, y fué, «que haria lo que mas conviniese á su servicio.»

El dia 23 de marzo, á los cinco años de pontificado, habia fenecido Julio III. Diez y siete dias despues habia subido al solio pontificio Marcelo Cervino, y se llamó Marcelo II. Pontífice declarado enemigo del fausto, de la vana ostentacion, de las prodigalidades que empobrecen á los súbditos, y del nepotismo, hasta impedir que ninguno de sus sobrinos entrase en Roma: daba de sí las mas grandes esperan-

zas; pero una apoplegía, dicen, fulminante, las cortó en flor, y otros afirman que una pócima suministrada por el cirujano pontificio. Veinte y un dias ocupó la tiara, el tiempo necesario para que diese á conocer sus deseos, y su voluntad de llevarlos á cabo. Contaba cincuenta y cuatro años. El 23 de mayo fuéle elegido por sucesor, á pesar de las cábalas de los imperiales, el cardenal napolitano Juan Pedro Caraffa, co-fundador de los teatinos, hombres de sana doctrina, y de voluntad firme, aunque frisaba ya en los ochenta años. Los escritores españoles hablan de él con demasiada libertad, porque se mostró enemigo de la casa de Austria, y mandó formar proceso en que constase que Cárlos y Felipe habian mostrado ser enemigos de la santa sede, y que Cárlos debia ser mirado como fautor de herejes, y sospechoso de luteranismo por varios decretos de la dieta de Ausburgo reunida en el año anterior, y en que se sancionaba entre otras cosas la libertad religiosa. Una de las ideas favoritas del nuevo pontífice fué arrancar el reino de Nápoles de las manos de hierro de los imperiales. Ayudóle en la empresa su sobrino Cárlos Caraffa, á quien dió el capelo, y envió de embajador al rey de Francia, y volvió luego muy aferrado en sus planes para alejar de Italia á los austríacos. Acaeció por entonces que los imperiales apresaron dos galeras francesas surtas en Civitavecchia, y, obtenido por sorpresa un premio del papa, las llevaron á Nápoles. Instó vivamente el francés pidiendo al papa las galeras apresadas en sus puertos; tuvieron junta los cardenales de la cábala austríaca y un embajador español recien llegado para felicitar á Paulo; cundió la voz, abultada por Cárlos Caraffa, de que se tramaba un complot contra el pontífice, y aun se trataba de dar su eleccion por nula; in-

dignóse Paulo, y mandó prender al cardenal Esforcia de Santa Flora, y á Camilo Colona; alarmados los imperiales soltaron las galeras para obtener la soltura de Esforcia; prendióse en Roma, formóse causa, y se ajustició al abad Nanio y á Cárlos Espina acusados de estar vendidos al emperador para quitar la vida al papa y á su sobrino; y á todo esto el duque de Alba, que habia dejado á los franceses amenazando la Lombardía, y se habia trasladado á Nápoles presuroso, no supo qué remedio poner mas que dar aviso á su príncipe de la grande novedad de que el Capitolio se negaba á ser complaciente con la casa de Austria.

Don Andrés Hurtado de Mendoza, segundo marqués de Cañete, que habia servido con honor en las guerras de Alemania y Flandes, pasó de virey al Perú, é hizo su entrada en Lima, en donde por espacio de seis años dió pruebas de tacto y talento en el mando. Durante su administracion el inca Sairi-Tupac salió de las montañas en que se habia refugiado, renunció á sus derechos al imperio, y dicen que se hizo cristiano.

CAPITULO XLI.—Cárlos vuelve á España. Su metodo de vida en Yuste. Su muerte.

Conviene aquí hacer un alto y suspension en la crónica de la monarquía para acompañar y seguir al ilustre emperador en su pacífico retiro. A la abdicacion de los estados de Flandes, siguió en breve la de todo el peso de la monarquía española. Es inconcebible la divergencia que en los historiadores se nota con respecto á la fecha de esta segunda abdicacion. Flamiano Estrada la pone á 17 de enero; el doctor Sabau y Blanco, á 6 del mismo mes; el laborioso Ferreras, á primero de enero; el presbítero Ortiz y Sanz, á 19 de enero; Sandoval á 16 de enero; por último,

los sabios religiosos de la congregacion de San Mauro convienen con Sandoval, en que el acto lleva la fecha del dia 16, pero afirman con Muratori que no se hizo pública hasta el dia 5 de febrero, y los autores de las Efemérides dicen que hasta el dia 6. Es probable que se daba largas al asunto, hasta tocar los últimos resortes para ver si en la abdicacion á favor de Felipe podia comprenderse el imperio. Los pasos que se dieron para obtener el consentimiento del rey de romanos don Fernando, fueron muchos y de índole distinta: sugestiones, promesas de hacerle compañero de Felipe en el mando, y de darle el vicariato independiente de casi toda la Italia, pinturas sombrías del porvenir, que mas parecian amenazas del presente, mediaciones de la reina viuda de Hungría, de todo se echó mano y con ningun fruto. Fernando se cauteló sobremanera en estas circunstancias, y procuró alejarse de Cárlos y de Felipe, y rodearse de príncipes alemanes que le eran adictos; no asistió á la primera abdicacion ni á la segunda, y ni aun fué á ver á su hermano para recibir de sus manos la corona y el cetro del imperio, pues Cárlos tuvo que remitírselos por conducto del príncipe de Orange. Añádese que éste, conociendo la poca voluntad con que Cárlos entregaba ambas prendas, no debiendo ser para su hijo, dijo en presencia de Felipe, que mas desearia servir á su príncipe en cualquier otra cosa, que en la de separar de él las insignias del imperio. Sin embargo, tuvo Cárlos bastante grandeza de ánimo para consumar el sacrificio de la soberanía, y para entrar completamente en la vida privada. Reunida una armada de setenta velas españolas y flamencas, salió de Bruselas en compañía de sus dos hermanas, doña María, reina viuda de Hungría, y doña Leonor, reina viuda de Portugal y de Francia;



BURGOS.



trasladóse por Gante á Zelanda, embarcóse á dia 17 de setiembre junto con sus hermanas, y á 28 del mismo mes, despues de una feliz navegacion, aportó en Laredo. Léese en escritos autorizados, dado que otros no lo mencionan, que no bien hubo Cárlos puesto el pié en la playa, cuando levantándose un temporal de viento, esparció la armada, y echó á pique la capitana; y que Cárlos besó la arena, diciendo que desnudo volvia al seno de la comun madre. Descansó algunos dias en Laredo, y aunque alguno lo contradice, es lo cierto que muchos fuéron á darle la bienvenida. Trasladóse á Burgos, y luego á Valladolid, donde se negó á que le hiciesen recibimiento, diciendo que le reservasen para sus dos hermanas que le seguian. Entretúvose algunos ratos con su nieto don Cárlos, á quien no conocia, y se dice que no congenió con él, ni le agradó su carácter arrogante y caprichoso; tan cierto es que en los demás nos repugnan los defectos, que en nosotros nos parecen virtudes.

Llovia cuando salió de Valladolid, con escasa servidumbre, el que ántes conducia ejércitos, para trasladarse al monasterio de Yuste. Viajaba en litera, pensativo casi siempre, pero mas tranquilo y sufrido en sus dolores, hecho ya superior al príncipe orgulloso el hombre cristiano. Levántase el monasterio de Yuste cerca de Plasencia, en un valle templado, rodeado de agradables colinas. Es fama que en el mismo sitio buscó un refugio Quinto Sertorio, y no le halló, pues fué traidoramente muerto. Á Cárlos le dió la religion un delicioso y envidiable asilo. Algun tiempo ántes habia hecho formar el plano de una pequeña habitacion que debia levantarse junto al monasterio: y se habia llevado á cabo. Constaba de siete aposentos, á manera de

celdas, que tenian vistas y salida á un pequeño jardin, en el que se oia el murmullo de una fuente, que cayendo formaba arroyuelos, y regaba limoneros y olorosas plantas. El ambiente era grato, la quietud plácida, y grande el contentamiento interior del monarca. Nuevo Diocleciano, entreteníase en componer los cuadros del jardin, en cultivar las plantas, dirigir el riego, y poner injertos en los árboles. Habia dejado en Jaramilla casi toda su servidumbre, y solo habia llevado consigo seis criados, dos médicos y dos cirujanos. El prior del monasterio llevaba el gasto de la imperial colonia. Habíase Cárlos reservado un caballo, y, seguido de un lacayo, salia á veces para recorrer aquellas colinas, y pedirlas nuevo aire que robusteciese su decaido cuerpo. Platicaba comunmente con Juanelo Turriano, natural de Cremona, y dedicaban entrambos algunos ratos del dia á fabricar y recomponer relojes, y trazar máquinas ingeniosas. Dícese que los dos juntos formaron el plano, que mas adelante realizó Juanelo, del acueducto de Toledo. Divertíale el artífice, presentándole hoy un guerrero, que á manera de heraldo hacia resonar un clarin bélico con cadenciosa armonía, y mañana un hombre de armas batiéndose con otro, á quien daba desaforados golpes; ya le ofrecia un pajarillo que daba un vuelo, se escapaba y volvia; ya unos molinos de que se servia para moler el trigo: todo en miniatura, pero tan acomodado á la verdad, que muchas veces el prior, si asistia á los ensayos, se hacia cruces creyendo ser invencion diabólica. Pero estos solaces no distraian la enfermedad que iba haciendo cada dia mas sensibles progresos. Aquellos divertimientos se trocaron por grados en místicas meditaciones. Cárlos comenzó á cansarse de cultivar el jardin, de enjertar los árboles, de cabalgar

por las cercanías, y hasta del murmullo de la fuente solitaria. Queria completa quietud para entrar en cuentas consigo mismo, y prepararse para el gran viaje á ignoradas regiones. Debióle parecer que esa tierra, mas y mas achicada desde que su redondez y términos eran conocidos, no bastaba con todos sus aparatos de tronos que se levantan, tronos que se derrumban, de ejércitos que llevan á todas partes el espanto, y que luego al roce de un contagio se aniquilan, de ciudades que se levantan hoy soberbias, para sucumbir mañana; que ese globo, repito, no bastaba para llenar los deseos de un solo hombre. Cárlos pasó muchos ratos contemplando el firmamento, ya cuando el sol le inunda de luz, ya cuando la noche le salpica de estrellas, y despierta en el alma pensamientos grandes; y diera entonces su sangre toda porque los murmullos del viento no llevasen á sus oidos sino voces de gracias por sus actos de clemencia, y nó alaridos de espanto por sus severidades terribles. Levantábase de repente al dispertarle tan crueles recuerdos, y se maceraba las carnes con cilicios, que es fama haberse conservado mucho tiempo enrojecidos. Ya mas calmado, asistia con los monges á los divinos oficios, leia vidas de santos, conversaba de asuntos piadosos, confesábase á menudo y comulgaba, obtenida de Roma dispensa para hacerlo aun despues de desayunado, por su flaqueza de estómago.

Giró un dia la conversacion de los padres sobre la prision de algunos herejes. Y, sabiendo que era tenido por tal el doctor Constantino Ponce de la Fuente, dijo: «pues si este es hereje, es gran hereje.» Y, diciéndole que fray Domingo de Guzman tambien estaba preso, respondió: «que mas por bobo que por hereje, debian haberle preso.»

Enardecióse poco despues hablándole de la prision de Cazalla, y dijo: «que, si alguna cosa podia sacarle de Yuste, eran los herejes, mas nó unos piojosos como los que le habian nombrado. Ya tengo escrito, añadió, á Juan de Vega (presidente del consejo de Castilla), y á los inquisidores, que no dejen de quemar á ninguno, pero que ántes trabajen para que mueran cristianos. Y errarse han si los dejan de quemar, como erré yo en no quemar á Lutero, guardándole el salvoconducto... que yo no le habia ni debia de guardar palabra, sino vengar la injuria hecha á Dios... y por no le haber muerto yo, fué siempre aquel error de mal en peor.» Y decia asimismo, que no se debia escuchar á los herejes, pues tenian unas razones tan vivas y estudiadas, que fácilmente engañaban á las gentes. «Tocante á mí, les respondí que yo no era letrado... Y á la verdad, yo sé poca gramática, pues comenzándola á estudiar siendo muchacho, sacáronme luego á negocios, y así no me pudo pasar adelante.» Añadia no haber querido escuchar á los protestantes, ni cuando le prometieron que si los oia caerian todos detrás de él contra la Francia, ni tampoco cuando le hicieron columbrar, si los atendia, la conquista de Constantinopla. «Yo no quiero reinos tan caros como esos, les respondí, ni con esa condicion quiero Alemania, Francia, España, ni Italia, sino á Jesus crucificado; y dí de las espuelas al caballo.» Varias cosas refirió por el estilo; y, por la entonacion en el decirlas, no las echaban los religiosos á jactancia ó vanagloria, sino á natural expansion y llaneza.

Un dia el augusto penitente se acordó de que habia sido césar. Hacian limosna los religiosos en la puerta del monasterio, y acudian á pedirla muchos hombres y niños, y algunas mujeres de no mala apariencia. Quejóse Cárlos de

que allí se acercasen mujeres, mandó reunir capítulo para que en adelante no se hiciese limosna en la puerta, sino por medio de los alcaldes de las cercanías, é hizo en su nombre publicar un bando, de que ninguna mujer se acercase de media legua, so pena de cien azotes. Pero, pasado el primer ímpetu, volvió al recuerdo de su situacion, y entregóse con mayor ahinco á la meditacion, queriendo enteramente llevar vida de monge. Asistia al coro, y dicen que cantaba bien los salmos, y que se extasiaban oyéndole aquellos padres. De vez en cuando alguna noticia política, como la de la victoria de San Quintin, hacia brillar sus ojos, y daba vuelo á sus pensamientos; pero á poco cruzaba los brazos, bajaba el rostro, se disciplinaba, ó se echaba á los piés de un religioso ante el tribunal de la penitencia. En su dormitorio dicen que hizo poner colgaduras de paño negro. Francisco Borja fué á visitarle, y preguntóle Cárlos que si podia él dormir vestido como los demás monges, á que respondio Borja, que las noches que veló armado, suplian por las que los monges pasaban vestidos. Decia de sí, que no estaba satisfecho de ninguno de los dias de su vida; y con ocasion de un aniversario que se celebró por el descanso de su madre, manifestó deseos de celebrar en vida sus propios funerales. Fray Juan de la Regla, que era su confesor, respondió ser cosa pia, pero nó acostumbrada; mas con todo afirman que se pasó adelante. Es curioso saber lo que de esto dicen los autores mas amigos de Cárlos, aunque otros lo nieguen. Los que lo afirman pudieron saberlo de boca del mismo confesor de Cárlos. Los que lo niegan se apoyan en que en los archivos no hallan rastro de ello. Los primeros lo refieren del modo siguiente: «Levantóse en la iglesia un suntuoso túmulo, cubriéronse las paredes del templo y

el suelo de negras colgaduras; encendiéronse hachas y blandones fúnebres; vistiéronse de luto los criados, y dióse principio tristemente al oficio de difuntos. La voz de Cárlos resonaba entre la de los monges que imploraban para él el descanso de los justos; y llegado el ofertorio, presentó la vela, y puestos en el altar los ojos, dijo:—Ruégote, ó Arbitro de la vida y de la muerte, que así como el sacerdote toma esta cera que ofrezco, así recibas tú benignamente esta mi alma.— Y vestido de negro, tendióse en el suelo, y entre el llanto de los presentes, le fuéron rezados los responsos.» Un grave autor refiere que esta escena no tuvo lugar una vez sola. Otros dicen que fué un mero ensayo de profesion que Cárlos quiso presenciar en Yuste. Al divulgarse, unos dijeron que Cárlos era loco, otros que santo, ó que trabajaba para serlo, y para merecer altares. Aquella representacion de la muerte fué un ensayo del verdadero tránsito. La enfermedad de Cárlos tomó un carácter de gravedad alarmante. Sintió frio y estremecimientos, y luego le entró una ardiente calentura; una sangría que le dieron, en vez de aliviarle, le aumentó el mal, y le puso en un estado de postracion completa. Reunida la comunidad le viaticaron, le dieron la uncion, y acudió don Bartolomé de Miranda, arzobispo de Toledo, para asistirle en los últimos momentos. «Dios mio, esclamó al recibir el viático, si en mí permaneces, seré salvo.» Y entró en la agonía diciendo: «Mi hora es llegada.» A su postracion sucedió una expansion extraordinaria. ¡Jesus! exclamó de repente, y dió el último suspiro, á dia 21 de setiembre de 1558, á los dos años ménos dos meses de haber entrado en el retiro de Yuste. Al cabo de cerca tres siglos, hemos visitado esta morada, únicamente célebre por haber sido mansion del ilus-

tre penitente; nos enseñaron en ella un ataud de madera, en que dijeron haberse depositado el féretro de Cárlos ántes de ser trasladado al Escorial; vimos en torno restos de jardines ya abandonados, pero ningun monumento que atestiguase la abnegacion heróica del que habia sido dueño del imperio, y voluntariamente se habia convertido en solitario. Solo en una esquina del huerto habia unas armas y una pobre inscripcion debajo, para memoria de la fecha en que murió Cárlos. Dicen los autores, dando crédito á las vulgares tradiciones, haber aparecido un cometa, y desaparecido como por encanto el dia de esta muerte; haberse oido cinco noches seguidas el graznido extraño de una ave rara; y haber florecido aquella noche poco ménos que por milagro una azucena. Tres mil setecientos túmulos fuéron erigidos en Europa para funerales del difunto césar. Desde Cárlomagno, ningun príncipe habia hecho mas famoso su nombre en la era moderna; y es necesario subir hasta los emperadores romanos, para hallar otro que fuese soberano de mayor número de hombres, y cuya accion se desplegase en tan extenso territorio. Si á la firmeza de voluntad que poseia, á la energía de carácter que atesoraba, á la actividad incalculable que desplegó siempre, y á la reserva y cautela con que procedió en todos sus actos, como talento de primer órden no pulido, hubiese hermanado aquella dote sublime de las mentes grandes, que saben, cuando conviene, ceder al corazon el imperio, seria en la historia uno de los monarcas mas cabales. Tuvo la fortuna de poseer grandes hombres sumisos á su voz; y la desgracia de creerse superior á todos ellos. Para él no habia leyes que respetar, si se oponian en algun modo á su libre albedrío. Compáranle los españoles á Constantino en la fé, á Alejandro en el valor, á César en la fortuna, á

Numa en lo prudente, á Aurelio en lo sábio, y hasta á Octavio en lo victorioso y pacífico, á Severo en lo justiciero, y á Adriano en lo misericordioso; llámanle los extraños supremo pirata del mundo; que, devastada la tierra, escudriñaba los mares; cuando pobre, ambicioso; cuando rico, avaro; insaciable aun poseyendo el Oriente y el Occidente; ávido de todos los bienes de la tierra; matador cruel, usurpador de todos los poderes; y que allí decia haber puesto paz, en donde apenas quedaban vivientes. Los romanos le echan en cara la terrible devastacion de Roma, y la pérdida de Inglaterra y de Alemania para el catolicismo, pues si no se hubiese jactado de poderlo todo por intriga en los cónclaves, tal vez Enrique VIII no hubiera llegado á hacer desprecio y mofa del poder pontificio; y si no hubiese dejado saborear por espacio de treinta años á los protestantes la libertad de su secta, acaso no se hubieran aferrado en sus errores. Los franceses le llaman artificioso y pérfido, y han dado en repetir que contra él asestó Cervantes los mas afilados y finos tiros de su sátira; y si le conceden genio y grandeza, es para parangonarle con Francisco I, que resistió, haciéndole la guerra, á la Europa entera. A ningun monarca se ha pintado con tanta diversidad de fisonomías; bello, noble, generoso, valiente y magnánimo si se le mira por un lado; atroz, vulgar, implacable, sañudo y vengativo, si se le mira por otro; valióse de los nobles para acabar con las franquicias de las ciudades; con los flamencos domó á los españoles; con los alemanes y los españoles saqueó á Roma; con los romanos y los españoles derrotó á los alemanes: y alemanes, italianos y españoles le sirvieron para oprimir á los ganteses y flamencos. En Yuste dijo que no reconocia otra ley que Dios, y sin duda se creia intér-

prete del cielo para indicar á cada cual su rumbo. Siempre que dejó dominar su corazon fué grande verdaderamente; lo fué en la primera visita que hizo en la prision á Francisco; fuélo cuando protegió en Ticiano á los artistas, y en Garcilaso á los poetas; fuélo cuando dijo á los grandes españoles que ya bastaba de muertes; y fuélo, como muy pocos lo han sido, cuando, conociendo el ningun fundamento de de los humanos orgullos, se despojó de los cetros y coronas como de una carga enojosa. Tuvo de su legítima mujer á don Felipe, á don Juan y á don Fernando, que murieron en edad tierna, á doña María, que fué emperatriz de Alemania, y á doña Juana, que fué madre del infortunado don Sebastian de Portugal. En Margarita de Vangest, siendo soltera, tuvo en 1522 á doña Margarita, casada con los duques de Florencia. En otra ignorada, ya fuése Bárbara Blomberg, ya una parienta harto cercana, tuvo en 1547 segun unos, y en 1545 segun otros, á don Juan de Austria, en quien brillaron mejoradas las virtudes paternas, sin los vicios.

CAPITULO XLII.—Reseña del reinado de Cárlos I en lo relativo á las artes, á las letras y á las costumbres.

Echemos ahora una ojeada sobre la sociedad española, y sus adelantos materiales é intelectuales durante el reinado, cuyo bosquejo dejamos trazado. Era evidente que, al subir Cárlos al trono, los oficios mecánicos daban ocupacion á una gran parte de los españoles. La pujanza de los gremios valencianos, la de los catalanes, la de los menestrales de Mallorca y la de las ciudades de Castilla, durante las alteraciones de las comunidades, demuestran que la actividad de los pueblos no estaba limitada al cultivo de los

campos, sino que se ejercitaba en varias y productivas artes mecánicas. Abierto recientemente al consumo el mercado de las Indias Occidentales, llevaban allá los españoles géneros de abrigo para los indios, armas, avalorios, y toda especie de quincallería. Los que se trasladaban á aquellas apartadas regiones, codiciosos de metales y piedras preciosas, trocaban por ellos el hierro ó los lienzos, y muchos se dedicaban á la venta de cautivos que les producia pingües beneficios. Pero vueltos á la península, los pocos que no eran víctimas de sus propias armas ó de las enfermedades, haciendo gala y ostentacion de las riquezas adquiridas, dispertaban en los ánimos incautos el deseo de imitarlos, y les hacian mirar con indiferencia los trabajos á que ántes debian, ya que nó regalos, un bienestar sencillo. Poco tardó en ser la península un depósito inmenso adonde llegaban mercaderías de Génova (cuya república, no sin miras comerciales, auxilió á Cárlos) de Milan, Alemania, Flandes, Gascuña, Gante, Sauveterre, Charelois, Constanza, Aviñon, Mompeller, París, San German, Tolosa, Lion, Borgoña, Namur, Ferrara, Ostende, Auvernia, Brujas, Orleans, Tournay, Oudenarda, Piamonte, Luca, Irlanda, Cremona etc. En los capítulos diez y once de las córtes de Monzon de 1547, se enumeraron por tarifa cuarenta y una clases de lienzos extranjeros que tenian entrada y á que se daban varios nombres, como ainaos, alnetes, bretañas, coseriles, calicuts, estopas, lionés, montañás, mascones crudos y prensados, holandas, plates, ruanes, sistellones, traveseras; en los mismos se pone una tarifa de cuarenta artículos de mercería extranjera, entre otros las agujas de París, de Italia, y de Alemania, los anteojos de media vista, los cristalinos, cordones, candeleros, naipes, cintas, cu-

chillos, cepillos, hilo de Damasco, hilo de oro, de plata, de plata falsa, medias, mitones, máscaras, espejos de cristal y de acero, oropel, papel estampado, papel por resmas, plumas, y telas de cedazo; tambien se nota una tarifa de veinte y cinco artículos de ropas y tejido extranjeros, arneses, bombasíes, rasos, sayas, sargas, tapicerías, y terciopelos. Tenian entrada además todos los artículos de quincalla, mencionándose entre ellos cazos, candeleros de cobre, candados, clavazon y tachuelas, cucharas de laton, alfileres, estribos, espuelas, estaño en todas clases de labores, dedales, hilo de alambre, hilo de hierro, hebillas, manteles, imágenes de metal, hoja de lata, corchetes, planchas de hierro y de laton, papel de todas clases y tamaños hasta el bastardo, sartenes, sierras, y vacías de azófar. Una gran parte de estos géneros no hacia mas que pasar por la península para cruzar el Atlántico, y trocarse en las Indias Occidentales por metales preciosos. El tráfico marítimo comenzaba á desprenderse de los buques menores, y á reclamar la construccion de otros de mayor porte, propios para surcar el Océano. En Vizcaya y en Cataluña construíanse naves de porte de unos diez y ocho mil quintales. Hay memorias de aquellos tiempos que atestiguan que los cambios y giros entre las plazas principales de España se hacian á corta diferencia como en nuestros dias, y sin embargo los correos iban con una calma extraordinaria. Comunmente se tardaba en las fronteras de Cataluña de veinte á veinte y cuatro dias para recibir cartas de París, y de diez y seis á diez y ocho para recibirlas de Lóndres. Distinguíanse los españoles en la frabricacion de toda clase de armas, ofensivas y defensivas, y se gloriaban de poder presentarlas bellas y bien acabadas al monarca: ya hemos visto

que, cuando el sitio de Perpiñan, Barcelona regaló á Cárlos doce magníficos cañones de bronce. Las guardias viejas de Castilla eran notables en el ejército por la hermosura y brillo de sus armas; eran por lo comun veteranos, gente de arneses blancos, y caballos encubertados, como los llama Fernandez de Oviedo. Existen varias leyes dictadas desde 1523 hasta 1551 que tratan de las exenciones, privilegios y disciplina de esta privilegiada caballería; una compañía, llamada los cien continuos, debia residir siempre en palacio para guardar la persona del monarca; los demás debian acudir al llamamiento del veedor general armados con coraza, bracalle ó brazalete y lanza. Cada guardia debia tener dos caballos adiestrados, tan bueno el uno como el otro, un arnés de los buenos con todas piezas de guerra, de buen talle y hechura, buena silla armada, cubiertas pintadas ó especie de gualdrapa, que cubria todo el cuerpo del caballo, cuello y testera para el potro, lanza de armas, lanzon, espada de armas, estoque y daga, y un mozo que le pudiese armar y servir: de manera que en caso necesario, armando á los mozos, se duplicaba el número de la guardia. No entraban en la guardia mas que los hábiles ó hijosdalgo. Soto de Aguilar afirma que Cárlos creó un depósito de inútiles de sus guardias, á que llamó guardia vieja, y añade que su institucion era defender á los infantes de Castilla cuando se les ponia casa aparte. Pero Cárlos, el terror de la Europa, el que aspiraba á la universal monarquía, no tenia á veces en sus arcas ni dinero para pagar á sus guardias; cosa que pareceria increible si no se explicase con los hábitos de la nobleza de aquellos tiempos que no veian en el dinero mas que una manera transitoria de acallar sus necesidades, y solo atesoraban hoy á cualquier costa para derrochar ma-

ñana á manos llenas. Cárlos no dejó erario; pero en cambio dejó unas minas productivas de donde le enviaban anualmente flotas riquísimas, con cuyos tesoros hubiera podido ser trasformada en un jardin la península.

Los hombres célebres por las armas en este reinado, al que dieron tantos laureles, en este libro quedan consignados, campeando en primera línea Cortés, Pizarro, Antonio de Leiva, García de Paredes, el marqués de Pescara, Launoy, Alarcon, y el marqués del Basto.

Los hombres ilustres por sus grandes virtudes fueron en no menor número: ya hemos mencionado á Juan de Dios, Tomás de Villanueva, Francisco de Borja, Ignacio de Loyola y Francisco Javier.

Cárlos no necesitaba ministros; si ántes de su llegada á España murió el famoso Jimenez de Cisneros, puede decirse que murió á tiempo para su gloria. En sus primeros años tuvo Cárlos á un flamenco por consejero: despues no admitió de nadie consejos ni insinuaciones siquiera. Sus diplomáticos podian ser mas ó ménos hábiles y elocuentes, pero Cárlos les trazaba el camino, del que no les era dado moverse, ni ladearse.

Las nobles artes recibieron en España una vibracion fuerte al impulso dado por Rafael y Miguel Ángel en Italia. Ya Pedro Berruguete y Fernando del Rincon habian dado buenos pasos en la senda de la nobleza y hermosura, y algunos jóvenes habian pasado á Italia, y de ella volvieron llenos de entusiasmo artístico. Alonso Berruguete, Felipe de Borgoña y otros amigos suyos, emulábanse mútuamente, enseñaban á Prado y á Monegro, y con Gumiel, Ontañon y Covarrubias, hacian esfuerzos para aclimatar en España las ideas dominantes en Roma, y para substituir, en la pintura y la

escultura, la naturalidad y la nobleza á la exageracion y á la repugnancia. En la arquitectura lidiaba Alonso Berruguete para desterrar de los edificios el estilo gótico: Toledo y Herrera puede decirse que ya entonces tenian en la mente la fábrica suntuosa de San Lorenzo. Ya hemos hablado en Yuste de Juanelo Turriano, grande artífice de máquinas. Otros artistas imitaron á Berruguete en ir á Italia para hacer su aprendizaje. Becerra Carducchi, Coello, Leoni, Mingot y Polo, le siguieron luego, y trabajaron de consuno para hacer triunfar sus doctrinas. Todo se pintaba entonces en algunas capitales; todo se estucaba, y cubria de estatuas y adornos esquisitos. En Sevilla se vestian las casas de una especie de tapicerías al temple, llamadas sargas; y como la mano debia en estas obras lidiar con el pensamiento en lijereza, y no esperar de la enmienda el triunfo, notábase en ellas una grande espontainedad, destreza y lozanía. Villegas, el amigo del ilustre sabio Arias Montano, y Luis de Vargas, ejercitaron de aquel modo sus fuerzas. Preludios todo de un siglo de oro para las bellas artes en España.

La poesía entraba tambien en un palenque vasto, tomaba nuevas formas, y se abria un porvenir brillante. Juan Boscan fué el primero que intentó introducir en la poesía española los versos endecasílabos, y el artificio del ritmo italiano. Siguióle Garcilaso de la Vega, mozo dado al ejercicio de las armas, y que á la edad de treinta y tres años, en que acabó sus dias, habia ya ganado la corona de príncipe de los poetas castellanos, por su buen gusto en el decir, su naturalidad de sentimientos, su pureza, su dulzura, su elegancia y su armonía. Conócese desde luego que para él era la poesía un solaz que llenaba los entreactos de la guerra; y como en esta no podia dar campo á su tierna

sensibilidad y á su delicadeza, nunca buscó sones bélicos en las cuerdas de su lira, sino vibraciones sencillas, amorosas y pacíficas, y á su musa solo le pidió un vuelo lleno de gracia y gentileza. Y lo mas admirable en él es que sus poesías, que cuentan mas de tres siglos, parecen escritas de ayer, pues nada en su lenguaje es viejo ni caido en desuso. Diego de Mendoza, Luis de Haro, Hernando de Acuña y Gutierre de Cetina, beben en tan pura fuente, le siguen, y abren á Luis de Leon una anchurosa senda. En vano Cristóbal de Castillejo le tilda; en vano en su sátira contra los que llamaba petrarquistas, le hace comparecer ante el tribunal de Juan de Mena y de los antiguos vates, y le censura porque quiere sustituir á la brevedad de los coplistas la majestad de los italianos: el tiempo ha echado un velo denso sobre la sátira de Castillejo, y ha dado su sancion suprema á la innovacion de Boscan y de Garcilaso.

La prosa castellana tomaba en estos tiempos una noble majestad, gracia en la expresion, sonoridad y brio, sin apartarse de aquella modesta sencillez, que es el mejor adorno en los escritos. Florian de Ocampo en la historia, Juan de Ávila en la cátedra evangélica, Hurtado de Mendoza en la literatura, echaban los cimientos de un hermoso edificio en el que luego debian albergarse muchos escritores esclarecidos. Culpan á Florian por haber dado en su crónica demasiada cabida á los hechos de los tiempos fabulosos, pero él mismo dice que no hace mas que poner en órden las vagas noticias por otros aglomeradas; y á la verdad que, habiéndose propuesto dar á conocer los varios discursos acerca de aquellos tiempos remotos, á nadie debe pesarle que lo haya hecho, aunque sin ánimo de darles mayor autoridad que aquella con que entre los eruditos y anticua-

rios se propalaban. Juan de Avila, llamado el apóstol de la Andalucía, fué al mismo tiempo varon de grandes virtudes. Sus escritos respiran aquella uncion y caridad, propias de las almas generosas, y sin cuyas dotes las obras del entendimiento son estériles. Tuvo enemigos que le acusaron ante el santo oficio, y fué encarcelado porque dieron en decir que en sus sermones cerraba á los ricos la puerta de la salvacion eterna. Salió libre, y aun se le mandó que predicase en San Salvador, colegial de Sevilla, y al parecer junto al púlpito se hicieron sonar trompetas y chirimías en señal de su triunfo. Nunca estuvo Ávila mas elocuente. Abierto el corazon á la misericordia, pidió á los fieles que orasen por los que le habian calumniado y á quienes quisiera, dijo, en aquel momento estrechar contra su pecho, y regar con el propio llanto sus mejillas; y añadió que el haber tocado las trompetas y chirimías habia sido acometerle con la mas grande tentacion que jamás hubiese sentido, pero que arrojaba lejos de sí al espíritu maligno, y apartando las vanidades y los orgullos humanos, abria solamente á la caridad sus entrañas. En agua tan cristalina bebieron fray Luis de Granada, Ribadeneira y Teresa de Jesus, que muy luego florecieron. En Amberes publicó Mendoza en 1553 el Lazarillo de Tormes, libro hasta entonces sin modelo, y que indicaba á los literatos una senda nueva y peregrina. Acostumbradas las gentes á la lectura de libros llenos de exageradas proezas, creian imposible que la gracia en el decir y el chiste urbano fuesen capaces de dar interés á la narracion de las travesuras de un muchacho: mas luego de principiado el libro no sabian dejarle de la mano.

En el teatro hacia esfuerzos no siempre coronados de feliz éxito, Fernan Perez de Oliva, vertiendo al español, aun-



CÓRDOBA.

que separándose del texto, el Anfitrion de Plauto, la Electra de Sófocles con el título de Venganza de Agamenon, y la Hécuba de Eurípides: fué Perez de Oliva nombrado maestro de don Felipe segundo; nacido en Córdoba hácia 1494, murió cinco años antes que el emperador, y no llegó á servir el destino con que habia sido honrado. A mediados del siglo aparece en la escena Lope de Rueda, llamado por Gracian, el prodigioso, y por Juan Rufo, el inimitable. Solo se conservan de él cuatro comedias, tres coloquios, y siete pasos, en prosa todo, menos un coloquio que escribió en verso. Debió ser muy bien reputado en su tiempo, porque el cabildo de la santa iglesia de Córdoba mandó enterrarle entre los dos coros. Tuvo por modelos á Juan de la Encina y á Torres Naharro, pero los dejó en zaga, pues puso atencion en los caractéres, y manejó la lengua con gracia, con viveza, con sal cómica, y fué correcto, puro, flúido y armonioso en el estilo. Se sabe de él que nació á principios de este siglo, de padres poco acomodados, pues tuvo que trabajar mucho tiempo de batidor de oro para ganarse la subsistencia. Su primera aparicion en la escena fué en 1544. Sin duda el teatro le debió grandes adelantos materiales, ya que no morales, pues inventó la comedia de mágia.

Bartolomé Las Casas, Bernal Diaz del Castillo, Gomara, y el mismo Hernan Cortés deben ser citados como escritores cuyas obras echan luz sobre los hechos mas culminantes de este reinado. ¿Son verdaderas las acusaciones de Las Casas? ¿es cierto que los indios fuéron perseguidos, acosados, atormentados, y tratados como á fieras por el solo hecho de que no querian negar incienso á sus dioses? Por desgracia los escritores mas eminentes, no cegados por el nacional espíritu de partido, han dado fé á aquellos asertos y

los reconocen por muy probados. Y en verdad es consiguiente que quien trataba con un rigor implacable á los católicos insumisos, creyese que aquellos infelices moradores debian ser castigados, nó como á seres humanos, sino como á rebaños.

FIN DEL TOMO VIII.

INDICE

DE ESTE TOMO OCTAVO.

LIBRO OCTAVO.

CARLOS QUINTO.

FIN DEL INDICE DEL TOMO OCTAVO.

